INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

# HOMENAJE

a

# D. Raúl Montero Bustamante

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

PROLOGO DEL Dr. DARDO REGULES

TOMO III

MONTEVIDEO
1955

# HOMENAJE

a

## D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

# HOMENAJE

a

# D. Raúl Montero Bustamante

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

PROLOGO DEL Dr. DARDO REGULES

TOMO III

MONTEVIDEO
1955

# En casa de Carlyle

## La Amistad Inmarcesible

*Idem velle atque idem nolle,*
*ea demum firma amicitia est.*

### I

### LAS SOMBRAS DE CHELSEA Y LA CASA DE CARLYLE

La casa de Carlyle está situada en la calle *Cheyne Row*, en Chelsea, el histórico barrio de Londres, *a fascinating quarter*, como dicen los ingleses, que se tiende entre South Kensington y la ribera del Támesis. Hace tiempo que la ciudad absorbió e incorporó a la zona urbana este barrio que, antes, era una agreste población alejada de la capital. Enrique VIII llegaba hasta ella por el río a visitar al Lord Canciller, Sir Tomás More, que tenía allí su palacio, y que no podía suponer, en aquellos días, que su real amigo pronto le haría decapitar, sin otra causa que la natural resistencia que el ministro opuso al divorcio del rey y Catalina de Aragón y al casamiento de aquél con Ana Bolena. Muy cerca de la casa de More, en *Church Street*, está la antigua iglesia de Chelsea, donde el Lord Canciller hizo preparar su propia tumba, y donde es fama que fué sepultado su cuerpo sin cabeza, pues ésta, luego de estar muchos días colgada de una escarpia en el puente de Londres, fué llevada piadosamente a San Dunstán de Canterbury.

Aquel barrio está lleno de recuerdos históricos, y acaso por esto lo eligió para su morada el original escritor que dijo que la historia es cosa inefable y divina y que confesó que un artículo de su credo era que "la única poesía es la historia si supiéramos escribirla". Así la escribió él; así hizo de la historia de la Revolución Francesa una sucesión de magníficos cuadros murales o de vastas tapicerías, en las que se

mueven y desfilan el rey y la corte, el *"Oeil de Boeuf"* con sus deslumbrantes galas y sus privilegios aristocráticos, como un lúgubre cortejo que camina hacia la guillotina y la muerte, y la muchedumbre popular erizada de picas, manchada de barro y miseria, embriagada de sangre y de incendiarias arengas, tocada con la cucarda tricolor como un desordenado ejército que avanza hacia la libertad y la democracia; así nizo resurgir la dramática vida de Cromwell y de la Inglaterra de su tiempo, y la vida de Federico el Grande; así trazó las fulgurantes estampas de "Los Héroes" y escribió los extraordinarios capítulos de historia social y espiritual del *Sartor Resartus*.

Cuando Carlyle abandonaba su modesta casa y recorría las quietas calles de Chelsea, y los jardines de *Cheyne Walk* que se asoman al río, le salían al paso las sombras de los que fueron vecinos del lugar. A la del Lord Canciller se unía la de otro decapitado, el Duque de Monmouth, el hijo de Carlos II, a quien Jacobo envió al cadalso, y la más torva de Ricardo de Gloucester, cuyas manos están aun teñidas de púrpura, y su trágica corona y su usurpado cetro salpicados con la sangre de los hijos de Eduardo y de sus propios hermanos. Tropezaba también, aquí y allá, con más serenos fantasmas: la taciturna figura de Erasmo que meditó, junto a la ribera del Támesis, los discursos del "Elogio de la locura" y de los "Coloquios"; el pálido rostro de Adisson, a quien Macaulay imagina cuando, después de haber escrito un artículo destinado al *Spectator*, salía de su gabinete de Chelsea con las cuartillas en la mano y se dirigía al jardín para repasarlas a la sombra de un árbol; la obesa estampa de Walpole, que mascullaba allí los apóstrofes de sus discursos; la nerviosa silueta de Swift, crispados los labios por amarga sonrisa; la sombra grave y pensativa de Newton, que interrogaba con sus ojos los misterios de las esferas; los fantasmas de Smollet y Fielding, que discutían los personajes de sus novelas; el poeta Gay, que escuchó las confidencias de Adisson cuando este agonizaba; el filósofo Locke y, tantos otros todavía, artistas, pintores: Turner, Dante Gabriel Rosetti, Whistler que dieron a Chelsea romántico prestigio.

El recuerdo de su amigo Emerson debía asaltarlo, sobre



todo, pues con él había discurrido por los jardines de la ribera, y soñaba volver a hacerlo todavía, como lo había hecho por la solitaria campiña de Craigenputtock cuando el filósofo americano llegó por primera vez al destierro del filósofo inglés.

Sin embargo, aquel barrio con sus recuerdos históricos, literarios y artísticos no se asemeja ni al Barrio Latino, ni a Montmartre, ni a Montparnasse. Parece más bien un rincón burgués de provincia con sus calles desiertas y silenciosas, sus viejas viviendas de escasa altura y su avenida costera bordeada de sombreados jardines que se asoman al Támesis. La opuesta orilla, poblada por la frondosa vegetación de *Battersea Park*, da aun mayor color bucólico al cuadro, enturbiado, a veces, por el humo de los pequeños y recios vapores que surcan las aguas arrastrando convoyes de pesadas embarcaciones.

El paisaje fluvial trae el recuerdo de Turner, que vivió allí, a un paso, en una de las casas que miran al rio desde *Cheyne Walk* y cuyas fachadas de desnudo ladrillo recuerdan la época de la reina Ana. A través de los cristales de su estudio el precursor del impresionismo sorprendió el secreto de la descomposición de los rayos solares al atravesar la niebla que se levanta del río Támesis y se puebla de irisados dardos que ofrecen los extraordinarios efectos de luz y color que el pintor aprisionó en sus telas. Aquí está todavía intacto el pasaje original que llevó a sus cuadros la vaporosa claridad, los rayos del sol poniente, la irisación de la bruma, el halo multicolor que envuelve las formas y les da fantástico aspecto, el penacho de humo que brota de las chimeneas, la indecisa y trepidante mancha de la ribera lejana, la vibración de la luz convertida en rojo incendio.

El parquecillo fluvial que se tiende a lo largo de Chelsea, que es lo que resta del famoso Jardín Ranelagh donde se reunió una sociedad ligera y despreocupada semejante a la que concurría a los bailes de Marlit de los Campos Elíseos, como todos los jardines de Londres está defendido por una verja de hierro. En un pequeño rincón de fronda se tropieza con la estatua de Carlyle. Los añosos árboles y plantas, no se sabe por qué, dan la sensación de cosa antigua. El autor de

*Sartor Resartus* se halla sentado en actitud meditabunda. Viste una amplia hopalanda que disimula el traje burgués y calza gruesos zapatones. El observador imagina, al mirar la estatua del escritor, que es éste uno de los escasos visitantes que se asoman al jardín de barrio donde rara vez se encuentran niños y parece que no se oyen cantos de pájaros.

Allí está Carlyle, fundido en bronce, con las manos posadas sobre las rodillas y la mirada perdida en la lejanía del paisaje. Poco hay en la estatua que revele la presencia de aquel original espíritu y del genial escritor. Quien se sienta en el banco de hierro que hay frente al pequeño monumento e intenta dialogar con el hombre de bronce cree tener delante, más que al a veces excéntrico artista, a un humilde pastor de barrio que ha olvidado prenderse el alzacuello. Sin embargo, en la frente, debajo de la leonina cabellera se adivina el numen y se advierte que algo de sarcástico asoma a los entornados ojos. El bronce traduce, tal vez, lo que de violento y áspero hubo en él, pero, en cambio, no acierta a expresar los mil matices de aquel extraordinario carácter hecho de contrastes, en que el rugido del león se mezclaba con la elegíaca queja, la dureza del juicio con la ternura del corazón. Mejor lo hizo el pincel de Millais en el retrato inconcluso que se conserva en la Galería Nacional de Retratos, en el cual aparece el filósofo en todo el desorden de su personalidad, con su hirsuta cabellera, su adusto ceño, su chispeante mirada, sus labios crispados por una sardónica mueca, sus manos finas y nerviosas que tan admirablemente manejaron la pluma y la convirtieron, casi siempre, en escalpelo que llega hasta la esencia del alma humana, en buril que graba, con colérico y, a veces, melancólico acento, la lámina de cobre del aguafuertista o el mordiente que se derrama con avidez sobre ésta.

A cien pasos de la estatua está la casa del escritor. No hay más que salvar el portillo del parque, cruzar la calzada y remontar la calle de *Cheyne Row*. El número 26 señala la puerta de la modesta morada del filósofo. Es una casita burguesa de tres plantas, un subsuelo y una pequeña buhardilla, que se confundiría con las demás casas del barrio si no fuera que, en el muro de la fachada de ladrillo desnudo hay em-



potrado un medallón de bronce que reproduce la cabeza de Carlyle. La pequeña reja de hierro, como en todas las casas inglesas, defiende la escalera que conduce al subsuelo. Cuatro peldaños de piedra, dos pilastras y un dintel con simple cornisa sirven de pórtico a la casa. Los tres órdenes de ventanas, discretamente veladas por cortinas, la buhardilla cubierta de pizarra, en la que se abre un pequeño tragaluz, la calma y el silencio de la calle y el sentimiento de paz e intimidad que reina en el barrio alejan toda impresión de majestad y grandeza y sugieren la idea, a quien se aproxima a aquella casa y tira del cordón de la campanilla, que va a hacer una visita de cortesía y que, al entreabrirse la puerta, será preciso preguntar:

—¿Está en casa el señor Carlyle?

El señor Carlyle, a quien ya se ha visto en efigie en el parque y en el muro de la fachada, no está en casa; pero está en ella una parienta del filósofo que es quien, en forma a la vez recatada y cordial, recibe y conduce al visitante por el oscuro pasillo hasta el salón, como si debiera esperar allí al dueño de casa. La figura alta y delgada de aquella dama vestida de negro, de grises cabellos alisados y recogidos en un simple moño, y en cuyo noble rostro surcado de hondas arrugas ya nada queda de juventud, como no sea la vivacidad de la mirada, evoca el recuerdo de algunas mujeres que se ven pasar por las páginas de Dickens y de Balzac. Ya en el salón, iluminado por la luz gris que filtra a través de las ventanas que caen sobre la calle, aquella dama, con sus delgados brazos y sus finas y alargadas manos señala los objetos y habla de ellos como quien describe un paisaje. Su voz evoca el recuerdo del filósofo y lo sitúa en el intacto salón que, realmente, adquiere vida y recobra la expresión de los pasados años. No parece sino que el señor Carlyle va a aparecer en el marco de la puerta para recibir al visitante.

No aparecerá, nó; pero su sombra anda por aquella casa, se pasea por la sala simple y cordial de cuyos muros cuelgan los retratos de familia, se asoma a la ventana para contemplar el cielo plomizo y las copas de los árboles del parque envueltos en la niebla que se advierten detrás de los techos de las casas del barrio, aviva el fuego de la chimenea,

franquea el umbral del estudio en que están sus libros, sus manuscritos, sus cartas, sus papeles, sus objetos personales, cruza el comedor en cuya chimenea arde el fuego, desciende por la escalera interior a la cocina que está intacta con su hogar, su horno, su bazar, su menaje, y en donde Mrs. Carlyle hizo prodigios, y a donde él solía bajar para hacerle compañía. Escaleras arriba, se asoma a la alcoba donde está su lecho de madera y la vieja cómoda que guarda las ropas de gala del escritor junto con el birrete de terciopelo y la manta con que se cubría. Desde la pequeña ventana se domina el jardinillo de la casa y los viejos muros de ladrillo de las construcciones fronteras. De nuevo en el estudio, se aposenta en el sillón de cuero en cuyo atril hay un infolio abierto, y en cuyo tablero se amontonan las cuartillas cuya tinta parece fresca todavía, aunque hace casi cincuenta años que reposan en la vitrina donde se exhiben los manuscritos y las cartas del ilustre escritor.

¡Misterioso poder de evocación de las cosas! ¡Cuánto más se toca aquí al hombre, y se penetra su vida, y se adivina su carácter, y se comprenden sus debilidades, y se admira su grandeza que frente a la impasible estatua de bronce! ¿No es, acaso, éste, el verdadero y perenne monumento que ha podido levantarse a su memoria? Quien visita este pequeño templo del recuerdo y ve imaginativamente vivir, y pensar, y sentir al hombre, y luego lo vuelve a encontrar en sus libros, ¿no entra, acaso, mucho más hondamente en su intimidad, sobre todo en su intimidad humana, que quien lee solamente a sus críticos o va a contemplar su estatua en el parque vecino?

## II

## EL DIALOGO Y LOS INTERLOCUTORES

Entretanto, la voz de la vieja dama suena en la sala como un eco lejano.

—Aquí se sentaba el señor Carlyle, y aquí su amigo el señor Emerson, y señala el viejo sillón de cuero y el mullido sillón de tapicería colocados junto a la chimenea. En esta sala hablaron durante largos días, en tanto la señora Carlyle bordaba o preparaba el *punch* para ambos.



El diálogo entre los dos filósofos parecía prolongarse en la dulce voz y difundirse por la sala acariciando los retratos de familia, los libros, los manuscritos, el busto de mármol, las viejas piezas de porcelanas, los muros, el lustroso pavimento, el bajo plafón del techo.

El diálogo, en realidad, había desbordado aquella sala, aquella casa, la ciudad, el mismo océano. Se había iniciado en 1833, en Craigenputtock, un solitario lugar de Escocia, se mantuvo epistolarmente, se reanudó en la casa de Chelsea, varias veces, y se extinguió con la melancolía de la vejez que puso largas pausas en las cartas, y las hizo cesar al fin, aun cuando los corazones de ambos amigos conservaron intacto el afecto hasta que dejaron de latir.

En esta misma sala en que tanto habían conversado permanecieron también largas horas silenciosos durante la última visita. No se habían visto hacía muchos años y, al reunirse de nuevo en el otoño de la vida en la sala de Chelsea, nevadas ya las cabezas, ellos que tanto habían conversado y cuya correspondencia es un desbordamiento de mutuas confidencias, no atinaron a reanudar el diálogo y, luego, se despidieron hasta la Eternidad.

Este diálogo, que duró cuarenta años, es extraordinario. En él se ve y se siente vivir y pensar a los interlocutores. Y vida y pensamiento en estos hombres excepcionales es siempre un gran espectáculo. Además del pensamiento desborda en este diálogo la sensibilidad, y esto es mas singular cuando se trata de un filósofo como Emerson, a quien se puede suponer absorbido por la especulación, y un pensador como Carlyle, que da la impresión de haber sido un hombre acorazado contra el sentimiento, dispuesto siempre al juicio áspero cuando no agresivo. Sin embargo, son inagotables los tesoros de ternura que se descubren en la intimidad de estas dos almas.

Emerson, "el buen pastor matutino de los prados pálidos y verdes", como le llama Maeterlinck, el poeta, el hombre de la serenidad en cuya alma parecía reflejarse algo del tranquilo paisaje de las llanuras de su país natal y de la juvenil simplicidad de la sociedad en que había nacido y en cuyo seno vivía, tenía, sin embargo, afinidades con el espíritu de

Carlyle que pocos han advertido. Carecía del genio y del numen del pensador inglés; pero, dentro de su apacible vida burguesa, sentíase, a veces, agitado por ideas, inquietudes y rebeldías que, sin el fuego ni la elocuencia ni la plasticidad ni el acento profético que imprimió Carlyle a la expresión de su pensamiento y de su verbo, se traducían episódicamente en gestos de mal humor para con las verdades consagradas, en extraños conceptos, como el de "la verdad brutal" y la doctrina del odio, en la negación, por vía anecdótica, de la caridad y de los vínculos naturales frente al genio, en el rechazo de la lección del pasado, de la tradición, del sentido espiritual colectivo y de muchas otras cosas venerables, a las cuales oponía su indeclinable individualismo, su "yo trascendental", su egolatría y su egoismo. Nada de esto se compadecía, sin embargo, con el hombre simple y bondadoso que había en él, que sólo aspiraba a la serenidad de la vida rural, al goce de los afectos domésticos, al calor del hogar, a los sanos placeres burgueses, a la especulación mental o a la contemplación de la naturaleza y a buscar en ésta el secreto del canto y de la poesía. Sucesivamente aparecen en sus páginas el poeta filósofo y el filósofo poeta. No creó al héroe, pero sí al arquetipo. La iglesia unitaria a que perteneció como pastor hasta que se indispuso con ella dejó en él un fondo de misticismo que se refugió en la revelación interior, ajena al dogma, y en el panteismo, que le permitió sumergirse en el alma universal, como lo hizo Carlyle en el "inefable misterio". Su reino era el de la abstracción, y justo es reconocer que, habitualmente, huía de las regiones glaciales y sombrías, de las críticas mordaces, de las negaciones severas, de los juicios sin remisión.

Carlyle fué, sobre todo, una unidad; Scherer dice que no hay escritor que le aventaje en esto; era el hombre tempestuoso, el "gigante", como lo llamaba su amigo. Su agitada sensibilidad y su convulso pensamiento se asociaban para crear la más extraordinaria literatura en que el humorismo, la mordacidad, y la violencia se unían a la adivinación profética, al juicio esencial. En su obra se mueven, agitan y retuercen, como en los pórticos barrocos, las ideas, los sentimientos, los personajes, la historia humana encarnada en sus héroes y sus multitudes y rodeada por sus pasiones, sus vicios, y sus crímenes.



Taine, que lo admiró sin amarlo, dice que para penetrar sus libros "se está obligado a descifrar una nueva lengua"; que allí todo es nuevo: "las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario"; que todo es violento: las expresiones y las cosas; que "confunde todos los estilos y mezcla todas las formas, acumula las alusiones paganas, las reminiscencias de la Biblia, las abstracciones alemanas, los términos técnicos, la poesía, el *argot*, las matemáticas, la fisiología, las palabras antiguas, los neologismos". ¿Qué más para decir que es esto un almacén de extravagancias, un verdadero pandemónium? Pero, ¡qué almacén y que pandemónium! ¿Cuándo se vió cosa igual en la literatura inglesa? Y qué pocas veces se ha visto en la literatura europea. Samuel Johnson, si no en su obra, sí en su vida, en su carácter, en sus excentricidades, en su genio, en fin, tiene algo de todo esto; pero, ¡qué lejos estuvo de expresarlo como lo hizo el filósofo de Chelsea! Hay en las letras inglesas otros escritores y poetas de vuelo genial que le aventajan en muchas cosas; pero ninguno se le parece. No ha de buscársele tampoco parangón en las literaturas de origen greco-latino, pues este fué un genio de la raza nórdica que nada tiene que ver con la claridad y el equilibrio romano ni mucho menos con aquello que era el supremo ideal griego: *sophrosine*, contención, moderación, serenidad, armonía. Para hallar parangón a este moderno profeta que se remontó a las regiones inasequibles del "caos" y dijo cosas que, a veces, parecen incomprensibles, hay que recurrir a textos que sería una irreverencia nombrar.

Dice Carlyle que "para conocer una cosa, lo que nosotros realmente podemos llamar conocer, es necesario, antes que nada amarla". Acaso podría decirse: amarla u odiarla, lo que nos acercaría al concepto de Menéndez y Pelayo que sostiene que la pasión debe intervenir en la obra del historiador; que éste no puede ser un espectador insensible de los hechos y mucho menos, agreguemos nosotros, del drama interior del hombre.

Taine ni amó ni odió a Carlyle, y acaso por eso no advirtió que, junto a las extravagancias del pensador, que eran

producto de su genio, y a las excentricidades del escritor, que obedecían a la necesidad de crear una forma de expresión que concordara con su mundo interior, había una sensibilidad viril pero finísima, una aptitud que le permitía advertir los más sutiles matices de la Naturaleza y de la actividad espiritual, un don de ternura de que pocos hombres han estado dotados. Fué, como se quiere, un profeta y un predicador. Pocos ha habido en la historia moderna que tuvieran un concepto más personal y más hondo de eso que él llamaba "lo divino", "lo eterno", "lo inefable", "lo celeste", "el misterio" y que, a menudo, lo escribía con letra mayúscula para darle mayor valor simbólico. Pero, a veces, también el símbolo se develaba. En su teoría de los héroes considera a éstos como emanación del Todopoderoso y acuerda a sus acciones el valor de revelación. Aun va más allá y su lenguaje adquiere entonces claridad meridiana para decir verdades como estas contenidas en *Pasado y Presente* que, aplicadas a la Inglaterra de mediados del siglo pasado, podrían ser repetidas hoy como ayer para aplicarlas al mundo entero: "Hemos olvidado a Dios; hemos cerrado tranquilamente los ojos a la sustancia eterna de las cosas y los hemos abierto a la apariencia y a la ficción. Creemos que este universo es, en el fondo, un gran Puede Ser ininteligible... Ya no hay más Dios para nosotros. Sus leyes han sido transformadas en principios de la más grande felicidad posible, en oportunidad parlamentaria; el cielo no alza su cúpula sobre nosotros más que para proveernos de un reloj astronómico, de un objeto para la curiosidad de los telescopios de Herschel, de materia que sirva a las fórmulas matemáticas, de pretexto para sentimentalismos... No hay religión, no hay Dios. El hombre ha perdido su alma y busca en vano la sal pútrida que impedirá que se corrompa su cuerpo". He ahí al místico, al religioso y al profeta.

El filósofo no le iba en zaga. Es tan original como el escritor, como el místico, como el religioso, como el historiador. Claro que no parte de la revelación ortodoxa. El hombre es para él un misterio; lo es en su origen y en su destino. "¿De dónde venimos nosotros? pregunta, ¡Oh, Dios! ¿a dónde vamos? Los sentidos no lo conocen; la fe tampoco; solamente sabemos que venimos de un misterio y vamos hacia otro misterio; de Dios y hacia Dios!". El cree que lo contingente, la realidad grosera, que es origen del utilitarismo, no es lo esencial; lo esencial es la realidad del misterio y conocer el misterio mismo, no mediante el microscopio, los tubos de ensayo y las reacciones de la materia traducidas en fórmulas químicas, sino mediante la penetración espiritual del mismo misterio. De este concepto surge una metafísica que no se resuelve en definiciones ni fórmulas, pero que traslada los fenómenos del ser y del conocimiento a esferas superiores a donde la inteligencia sólo puede aproximarse mediante la iluminación de que es capaz la elevación del espíritu, de la imaginación y del sentimiento. De esta posición filosófica surge naturalmente un estado propicio al misticismo y al panteísmo que hace caer a Carlyle en el arrobamiento y la embriaguez de la Divinidad, la cual se le presenta en todas las apariencias y formas de la Naturaleza y le sumerje en la eternidad de Dios.



Esta filosofía, que es casi una teodicea, fué la que opuso Carlyle al utilitarismo árido de Stuart Mill y a las definiciones spencerianas que tanta boga tuvieron en Inglaterra y fuera de ella, y tanta influencia ejercieron en el orden político, social y económico. Frente a la escuela oficial que preconizaba una religión de hábito y mecanizada, una filosofía que conducía al materialismo, y una ciencia negativa del ideal, él predicó la elevación del espíritu a Dios, el reconocimiento de la eterna causa, origen y fin del hombre, el cultivo de la ciencia como revelación de una fuerza ordenadora superior a la inteligencia humana. "La ciencia sin veneración es estéril y puede ser venenosa. El hombre que no puede venerar, que no sabe venerar y adorar habitualmente, aunque sea presidente de cien sociedades reales y lleve en su cabeza toda la mecánica celeste y toda la filosofía de Hegel y el compendio de todos los laboratorios y de todos los observatorios, con sus resultados, no es más que un par de lentes detrás de los cuales no hay ojos". Y agregaba: "Ese sublime universo, en la más insignificante de sus provincias, es, en realidad, la ciudad de Dios llena de estrellas; a través de cada estrella, a través de cada brizna de hierba, y sobre todo, a través de cada alma, resplandece la gloria de la presencia de Dios".

Sobre esta filosofía edificó su concepto de la historia, del héroe y del heroismo. Contra la doctrina determinista de Buckle que afirmó que los grandes hombres, como todo, son producto de fuerzas ciegas y fatales y no agentes activos y conscientes capaces de crear la historia, él afirmó que el héroe, que es emanación del eterno misterio, es el que hace la historia. "El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito, dice,... la inspiración del Todopoderoso le da inteligencia y lo que anuncia verdaderamente es una especie de revelación".

No obstante este concepto trascendente de la historia en el cual parece primar el factor subjetivo no hay historiador más probo, pulcro y exigente en su información que Carlyle. "La ficción, la imaginación, la forma imaginativa, dice, cuando no son el vehículo de alguna verdad, es decir, de un hecho de algún género, ¿para qué sirven?". Taine, que tantas reservas le opuso, reconoció la veracidad del historiador y el trabajo de benedictino con que buscó la verdad en libros, documentos, lugares, ruinas, reliquias y tradiciones que pudieran conservar rastros del hecho histórico, no obstante haberlo considerado como un extraordinario animal, "resto de una raza perdida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no se ha hecho para él".

La vida de Carlyle, humilde, dolorosa y reconcentrada, correspondió a su genio. Sobre la oscuridad de su retiro y sobre su modesto hogar iluminado por el amor, la devoción y la abnegada paciencia de su compañera, a la que tanto amó, no cesaron de cernirse las tempestades que provenían de su atormentado mundo interior.

## III

## LA AMISTAD INMARCESIBLE

¿Cómo se logró la mutua comprensión entre el sereno y feliz filósofo y poeta de los lagos americanos con el salvaje e hirsuto hijo de las montañas, los torrentes y los bosques escoceses? ¿Cómo? Más que por el pensamiento, la doctrina



o el temperamento, más que por el concepto del hombre y de la sociedad que ambos tuvieron o por el juicio que los sucesos pasados y contemporáneos les merecieron, por la atracción moral y espiritual, por la amistad, por el afecto, por la ternura: porque estos dos ejemplares tan distintos de la especie, el sencillo y aparentemente impasible Emerson y el complicado y delirante Carlyle estaban tan admirablemente dotados de sentimiento y de ternura que, en la intimidad, sentían el corazón desbordado y se volvían niños.

He ahí una maravillosa amistad que fué superior a todas las circunstancias: la diferencia de cultura y de temperamento, los desacuerdos y divergencias intelectuales y espirituales. El afecto se mantuvo fresco e intacto como flor inmarcesible y sólo pudo ser extinguido en la tierra por la muerte.

Mientras suena la dulce voz de la vieja dama y ella nos hace recorrer la casa, desde la sala a la cocina, subiendo y bajando las vetustas escaleras de madera que se quejan, y nos conduce al jardinillo, y nos lleva nuevamente al gabinete de trabajo, y nos insta a sentarnos a la mesa del filósofo y recorrer los legajos de manuscritos, es profundamente poético y consolador evocar, en el recojimiento de la casa de Chelsea, que es como una isla de silencio en medio del torbellino de Londres, el diálogo de los amigos que duró cuarenta años y cuya versión se conserva en las amarillentas cartas que parecen cobrar voz y repetir quedamente las palabras que pronunciaron y escribieron Carlyle y Emerson.

Los dos amigos se vieron por primera vez en el año 1833, en Craigenputtock, un desierto lugar de Escocia en el que el escritor inglés, tocado ya de misantropía y pesimismo, en compañía de su esposa, había buscado refugio y soledad. El entonces joven Emerson, deslumbrado por la violencia del pensador y la originalidad del escritor, llegó como peregrino hasta el lejano lugar, ansioso de conocer a aquel hombre, tal vez el único que realmente le interesaba en la Inglaterra de aquella época.

El había, de tiempo atrás, anotado el nombre de Carlyle entre los críticos que colaboraban en los periódicos ingleses, como el autor de los ensayos más originales y profundos de

su tiempo. Consideraba éstos como obra de un hombre de fe a la vez que dotado de alta inteligencia que ofrecía en sus escritos tanta amenidad como erudición y que, aun cuando pertenecía a la escuela de los filósofos pesimistas y burlones, no se avergonzaba de esperar y de hablar sinceramente. Se sentía deudor ante él porque su luz había penetrado su espíritu en la soledad intelectual de su inmenso país carente todavía de cultura.

La iniciación del diálogo se produjo frente al melancólico paisaje de las landas escocesas pobladas de los ecos de las leyendas y la historia, que parece que hallan su voz en las ruinas de los castillos y abadías destruídos por las guerras y el paso de los siglos. "Siempre conservaremos el recuerdo de aquel domingo de otoño que le vió desembarcar procedente del Espacio infinito en nuestro desierto de Craigenputtock como mensajero celeste", le escribía dos años después Carlyle a su joven amigo. Este, había partido conquistado por el escritor, el pensador y el hombre, y conmovido por la simplicidad de su vida doméstica. Mientras su esposa, que lo acompañaba valerosamente en el solitario destierro, realizaba los menesteres de la casa, cultivaba el jardín, gobernaba el corral, cocía el pan y manejaba incansablemente la aguja, el filósofo escribía, leía a la luz de la lámpara, o soñaba melancólicamente hundido en su sillón, junto a la chimenea. Emerson se había llevado la impresión de que en aquel hogar reinaba una felicidad sencilla, como la ansiaba el filósofo para su simple reino humano.

Apenas regresó a su país, le escribió desde Boston, el 14 de mayo de 1834, para hacerle esta confidencia: "desde que me encontré en Europa fuí a su casa a decirle: "No se acobarde; la palabra pronunciada por usted ha sido escuchada aún cuando esto sea en el confín de la tierra y por hombres muy modestos; esa palabra realiza su obra, triunfa". Y al referirse a la impresión que le había causado su visita a Craigenputtock, le decía que al regreso había recordado con placer la situación de "su filósofo solitario", su felicidad conyugal, su feliz temperamento, su inconmovible simplicidad. Le daba, por fin, las gracias por haber tomado resueltamente posición en el espiritualismo, pero le reprochaba que su humorismo prodigara "verdades celestes" en estilo truculento, y agregaba que esperaba la hora en que su pensamiento y su palabra fueran una sola cosa.



Carlyle ya había abandonado su solitario refugio; vivía en Londres y se había instalado en la casa de Chelsea, de donde ya no se movería como no fuera para sus periódicas vacaciones. Desde allí escribió a su amigo, el 12 de agosto de 1834 para defender su posición retórica y espiritual con palabras que tienen todavía actualidad: "A mi entender, decia, hemos llegado a una época en que se ve romper y desaparecer toda especie de Poética, Retórica y Homilética, y se puede decir. de una manera general, todas las Cátedras desde donde se hablaba a la humanidad". Agregaba que, cuando pretendía tomar el tono serio, la voz se le detenía en la garganta como si tuviera la impresión de que la solemnidad se había transformado en mascarada. Todo lo arrojaba entonces y solo sentía que nada había ya de sagrado, salvo el *Verbo del Hombre* al dirigirse a los hombres de fe. He aquí la confesión de la existencia del *tic* que aparece invariablemente en todas las páginas de Carlyle, aun en las más solemnes, el irresistible impulso del humorista que lo llevaba a veces a saltar todas las barreras, y a estampar las más extraordinarias cosas sin percatarse de las ideas y de los sentimientos que hería. Fué así como la forma agresiva y mordaz en que a menudo expresó su sentimiento religioso indudable, su concepto confesional y aun su singular misticismo, si lo indispuso con la Iglesia Romana, más lo indispuso con la Iglesia de Inglaterra y con todas las sectas protestantes. Sus opiniones sociales y políticas, expuestas también con el mordiente del humorismo que, a cada paso aflora en las reflexiones del Profesor Teufelsdröckh del *Sartor Resartus*, en la *Revolución Francesa* y aun en *Los Héroes*. le indispusieron también con las clases dirigentes inglesas, sin que lograra conquistar tampoco la simpatía de las masas populares que, por entonces, no tenían unidad ni organización. Tal vez fué esta la causa de su retraimiento y de su vida solitaria. Cuando su genio le abrió todas las puertas, había adquirido ya el hábito de la soledad y del pesimismo que le hizo huír de la sociedad para seguir viviendo su melancólica vida

de monje laico, aunque sin abandonar la militancia de la pluma.

Esta misma carta contiene una dolorosa confidencia. Le anuncia en ella a su amigo que había abandonado el refugio de Craigenputtock, donde habían vivido días inolvidables, y que se hallaba en Londres buscando "pan y trabajo". "Me veo frente al porvenir mas agobiante, mas sombrío", le decía "¡Estoy solo, solo!". Y recuerda que su padre, ya muerto, en sus devociones de la noche tenía la costumbre de formular esta plegaria: "Podemos decir: no estamos solos, porque Dios está con nosotros". El agrega sacásticamente esta breve moraleja: "¡Amén! ¡Amén!".

Vuélvese luego a su amigo para decirle en un rasgo de ternura que contrasta con lo anterior: "Sepa también que su antiguo lecho está aquí, en una nueva habitación, y que la bienvenida de la vez anterior le espera en la puerta de esta casa". La carta se cierra con un postdata en la que le anuncia la muerte de Coleridge. "¡Cuántas grandes promesas y qué escaso resultado!", es el *De Profundis* que reza por el poeta inglés.

El 20 de noviembre, desde Concord, Emerson le escribió una larga carta que encierra esta frase que, en la pluma de un filósofo y de un anglo-sajón, y sobre todo de Emerson, es realmente extraordinaria: "Si me es permitido emplear esta expresión diría que doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de usted". Le hacía en seguida el elogio del *Sartor Resartus* y le reprochaba sus dudas sobre el Profesor Teufelsdröckh: "Desgraciado en el sentido terrestre, eso le confiere el signo de una especie superior y sagrada". Le decía que prefería la impopularidad del *Sartor*, al que llama poema filosófico, a la *adulación* de que era objeto Goethe, de quien confesaba que comenzaba a conocerlo mejor, pero que no podía admirarlo sin reservas y aceptar sin reproche que su amigo le hubiese acordado la apoteosis.

Carlyle que, además de amar a Goethe, estaba saturado de cultura alemana y cuya posición a este respecto fué muy semejante a la de Renán, contestó extensamente esta carta el 3 de febrero siguiente. Al hacerlo explicaba su posición frente al gran poeta alemán: "Le diré en una palabra por qué



amo a Goethe: es el único espíritu sano de alguna extensión que he descubierto en Europa después de numerosas generaciones; es él quien por la primera vez me ha gritado con fuerza convincente puesto que he visto la realización: Ve, en esta escandalosa generación escéptica, epicúrea, cómo cuando todo se ha ido menos el hambre y el canto, es posible todavía que el hombre sea hombre. ¿Cómo testimoniar demasiada gratitud por este último evangelio, confirmación y rehabilitación de todos los otros evangelios cualesquiera que fuesen? Por otra parte supongo que usted no conoce por ahora en Goethe más que al *pagano;* pero pronto conocerá al *cristiano* y lo amará mucho más".

No obstante este y otros juicios semejantes en que Carlyle abundó en varias de sus obras, él que tan poseído se hallaba del espíritu germánico y tanto admiraba al poeta, no se decidió a incorporar a Goethe a la *Walhala* de sus héroes, aunque le hizo el más fervoroso elogio en su famoso libro, y aun dijo que, dentro de su libérrima elección, el poeta alemán habría sido "el modelo, el ejemplar del héroe como hombre literario". Con todo ello, pudieron más razones circunstanciales para que Carlyle optara por Samuel Johnson, Juan Jacobo Rousseau y el poeta Burns para ofrecerlos como arquetipos del héroe hombre de letras. Dentro de la poesía pura Burns venció a Goethe, aunque es difícil el parangón entre ellos.

Flaquezas del cuerpo avivaban en aquellos días su pesimismo y le hacían exclamar: "mal de salud y de nervios, no tengo en mi horizonte nada que se parezca a una aurora". Sufría por la lentitud con que llevaba adelante el libro sobre la *Revolución Francesa* que tenía entre manos, y decía a su amigo con abandono: "su alma bondadosa se llenaría de piedad"... "Dados mi hígado y mis nervios, es el más terrible trabajo que jamás haya emprendido; todo, en los innumerables libros que he consultado es tan inexacto, tan superficial, ¡tan vago!".

Su amigo, desde Conrad, el 30 de abril, con el objeto de consolarlo y ofrecerle nuevos horizontes y posibilidades, le hablaba de la conveniencia de un viaje a los Estados Unidos y de la organización de un curso de conferencias, idea que pa-

reció interesar a Carlyle. Había pensado y soñado en esto toda una semana y seguía planeando el proyecto. Boston podría ofrecer un ambiente favorable. Allí, el mismo Emerson había tenido público en un curso durante el cual habló sobre Lutero, Miguel Angel, Milton, Georges Fox, Burke, etc. La religión, el arte, la poesía, la política, la historia habían interesado al auditorio. Carlyle podría hablar sobre Goethe, a quien tanto amaba, y sobre Schiller a quién le fué necesario hacer grandes esfuerzos para amar al poeta alemán y ser su amigo. Además, podría agregar algunos "sermones laicos".

El momento era propicio. El *Sartor Resartus* se estaba leyendo con interés y con un poco de escándalo en los círculos intelectuales americanos, y los ecos de este éxito, traducido en la venta de ejemplares en librería, llegaban a conocimiento de Carlyle que sufría, en cambio, con la indiferencia de los lectores ingleses. El 13 de mayo de 1835 le escribió a su amigo y le expresó su sorpresa. El éxito americano le parecía sospechoso; pero de todos modos le consolaba del hecho de que en Inglaterra no se vendiera un solo ejemplar del libro. Con áspero tono atribuía ésto a todos los círculos e instituciones conservadoras y con tal motivo hacía la aguda crítica del ambiente inglés. "En nuestro pobre país, decía, todo es devorado por el caos estéril de la política; los ministerios caen y suben en un golpe de mano; todas las cosas son un horrible substráctum de ignorancia y de hambre, y todo parece marchar en rápido avance hacia la disolución". No obstante su pesimismo, concluía con estas palabras de fe cristiana: "Mi creencia en una Providencia especial se hace cada vez más fuerte, invencible, inexpugnable". Se había decidido, pues, a escribir los libros que tenía en preparación y para ésto sólo pedía un año de salud y de paz. "Dios me lo dará si lo juzga bueno, o bien me privará de él, si su sabiduría así lo dispone".

En esta misma carta Carlyle cumplimentaba a su amigo por su próximo casamiento. "No es conveniente que el hombre esté solo, decía: en verdad los dioses bienhechores, al crear a Eva, nos han preservado generosamente contra este peligro", decía en tono humorístico, y concluía con estas palabras que reflejaban el profundo afecto que profesaba a Emerson: "Que todo les sonría, mi digno compatriota, pariente y hermano."



Malas lenguas atribuyeron a Carlyle veleidades galantes que, en realidad, parecen no caber dentro de su carácter, sus ideas, su moral, su manera de vivir y, sobre todo del sereno cuadro de su vida conyugal, tan tiernamente admirada por Emerson que, en esto, ayudado por el bienestar económico, igualó y, acaso, superó a su amigo, como lo veremos más adelante. El filósofo tuvo una esposa ejemplar, culta, devota de la gloria de su marido, abnegada, cuyo dulce carácter y cuya tierna comprensión fué el refugio en las tempestades que, a menudo, azotaban el espíritu del grande hombre. Leopoldo Alas, que se interesó por la intimidad de Carlyle, califica a su esposa de mujer superior por el talento, por la sensibilidad y "sobre todo, por la superioridad más genuinamente femenina, por la abnegación dulce, graciosa de la mujer que tiene una especie de culto clásico, elegante del deber que la ata a su hogar con lazos que Dios aprieta".

Tengan o no fundamento las voces que atribuyeron debilidades galantes al filósofo, el hecho es que en el diálogo epistolar mantenido con Emerson durante cuarenta años no hay una sola alusión a ella: ni una frase, ni una palabra que lesione la fidelidad del filósofo, y sí muchas, procedentes de ambos amigos, que afirman el amor, la ternura, el sentimiento de fidelidad que unió a los esposos.

## IV

## CONFIDENCIAS, JUICIOS E IMPRESIONES

Emerson creyó siempre en Carlyle, en la virtualidad de su obra literaria y en sus adivinaciones proféticas. Se propuso difundir sus libros en los Estados Unidos, y, aun cuando no era hombre rico, decidió convertirse en su editor de ul tramar. Comenzó por disponer una reimpresión de 500 ejemplares del *Sartor* para que fuera vendida a un dólar el ejemplar. Buscaba también con ello lograr recursos para su amigo. Le comunicó su empresa en carta fechada en Concord el 8 de abril de 1836. "No sé qué acogida le harán, le decía. No soy muy optimista, porque muchas veces oigo o leo juicios en

que se hacen reservas a su estilo. Es extraño, pues yo acabo de leer uno de sus capítulos con verdadero placer".

Antes de recibir esa carta le escribió Carlyle, el 29 de abril. Le anunciaba que en octubre del año anterior había terminado con enorme esfuerzo, el primer tomo de la *Revolución Francesa*. Estaba enfermo y abatido. Había huido a Escocia, junto a su madre, para descansar. "No hay reposo en ninguna parte para los hijos de Adán", exclamaba con desesperación. Todas las cosas tomaban a sus ojos, en su vieja tierra paterna, aspecto fantasmal. De nuevo en su mesa de trabajo había logrado concluir el segundo volumen. Quedaba aun el tercero. "¡Todavía un esfuerzo y después!... Me parece que ahora huiría a algún rincón muy oscuro del mundo y que permanecería allí un año sin decir palabra. Mi espíritu está fatigado, mi cuerpo enfermo; un pequeño punto negro baila aquí y allá delante de mi ojo izquierdo (una parte de la arteria que protesta contra el hígado y se declara en huelga). Nada puedo, es necesario que mariposee y baile, como una señal de socorro sin respuesta en tanto que no haya concluído. Mis amigos íntimos me dicen, por otra parte, que mi libro está lleno de defectos, que el estilo es difícil, etc.... Mis amigos, les digo, ustedes tienen toda la razón; pero... ya nada puedo. He ahí la vida que llevo aquí". Y la larga queja terminaba con esta frase escrita en castellano: "¡Ay de mí!".

Emerson, entre muchas palabras de consolación le contestó: "¡Oh, amigo mío! si quisiera usted venir aquí y permitirme cuidarlo y alimentarlo en mi rincón de este vasto continente, le daría gracias a usted y a Dios, mañana y noche; no dudo que en un trimestre le daría excelentes ojos, mejillas llenas y buen humor". Lo instaba a trasladarse a Boston a dar una conferencia sobre la Revolución Francesa y le anunciaba que los quinientos ejemplares de *Sartor* se habían vendido totalmente. Le enviaba su primer ensayo *Naturaleza*, que consideraba obligación de más importantes cosas, y concluía diciéndole que, a pesar de su resistencia a cruzar el océano, se sentía unido a él. "Nos volvemos a encontrar en Dios. Es allí que existimos, de allí que descendemos sobre el Tiempo y sus hechos infinitesimales que se llaman la



Cristiandad, el Comercio, Inglaterra, la Vieja y la Nueva".

Carlyle le escribió para agradecerle sus cartas, a pesar de su silencio, que no era olvido ante la muerte de un joven hermano de Emerson. "No digo a usted que no le llore; yo lloro con usted". Y se decía a sí mismo: "Tal vez tus muertos no están lejos de tí, están contigo; están en la Eternidad, que es el Momento Presente, el lugar donde estamos nosotros". El pensamiento de la muerte le arranca palabras verdaderamente inspiradas: "Frecuentemente, en la ruidosa multitud de los vivos, una visión, un rasgo fisonómico nos recuerda el rostro amado; y en esas calles agitadas vemos el pequeño cementerio tranquilo, la tumba que se cubre de hierba, allá lejos, silenciosa, indeciblemente melancólica". "¡Oh, tal vez nos volvamos a encontrar todos allá, y las lágrimas se secarán en todos los ojos! Hay algo de que no se puede dudar: todos nos volveremos a encontrar si tal es la voluntad del Creador".

Se refería luego a los ofrecimientos de su amigo y al interés que le inspiraba su salud. "Concord, —la he buscado en el mapa— me parece digna de su nombre; ninguna disonancia me llega de ahí; la pena misma ha logrado la armonía: en la alegría o en la tristeza una voz me dice: Vé, hay allá alguien que te ama; en tu aislamiento, en sus tinieblas ves brillar bien lejos, allá, del otro lado de los mares, una luz hospitalaria, hay allá un corazón amigo que vela".

Seguía enfermo de cuerpo y espíritu, pero no creía que su mal fuera grave; atribuía su estado a fatiga. Esperaba concluir su *Historia de la Revolución Francesa* en dos meses y comenzar a imprimirla el primer día del año, para terminar en marzo. "Seré un hombre libre; habré conocido pocas felicidades iguales a ésta". ¡Ingenua ilusión! Carlyle permanecería toda su vida amarrado, como el galeote a la cadena, a su mesa de trabajo, luchando a brazo partido con las cuartillas que irían amontonándose para formar nuevos y nuevos libros. Jamás tendría libertad, como no la gozan los hombres que poseen verdadera vocación literaria. Su espíritu, hasta los últimos días de su vida, estaría hostigado por la obra inconclusa que lo acechaba como un monstruo, desde un rincón de su gabinete, y le gritaba al oído en los instantes de reposo en que se hundía fatigado en su sillón: ¡Trabaja! ¡trabaja!

El se volvía, sin embargo, sin rencor, hacia su obra, y decía que no debía ser calificado de infortunado. "Me ha rodeado durante estos dos años como de una armadura; me ha hecho invulnerable, indiferente a una infinidad de cosas. El hombre más pobre de Londres ha sido, tal vez, uno de los más libres: la muchedumbre aturdidora de los *equipages* y de los que los montan con sus blasones dorados y sus ruedas endiabladas, poco le ha incomodado: ellos seguían su camino, él el suyo".

De lo que sí dudaba era del resultado económico de la obra. "Es un libro que está en oposición con todas las reglas convencionales desde que ellas no traducen una Realidad; un libro donde se declara, más resueltamente cuanto más tranquilo es el tono, guerra mortal a los impostores de peso alto y de peso bajo". A su hermano Jack le había confesado que estaba espantado del libro: "Hay gente que da alegremente la vida por defender errores y semi-errores: ¿por qué no encontrar un escritor que dé alegremente la suya por decir en buen inglés de Escocia, delante de Dios y de los hombres: considero que esas son cosas falsas y medio falsas?".

Esta apreciación de su obra le llevaba a esta conclusión: "supongo que no hay hoy en Inglaterra un hombre vivo que esté menos calificado que yo para obtener empleo o promoción". Aunque, sin duda, exageraba, en el fondo tenía razón. Ya hemos dicho cual era la posición que le había creado la forma de exponer sus ideas religiosas, filosóficas, políticas, sociales y económicas. No hallaba naturalmente acomodo ni en las iglesias de Inglaterra, ni en las escuelas de Stuart Mill y de Spencer, ni en las gradas del trono, ni en los partidos políticos agitados por pasiones egoistas, ni junto a los plutócratas que movían la industria y el comercio. En cuanto a las masas populares, carentes de unidad y vida orgánica, eran incapaces de escuchar ni comprender la voz del original fliósofo. También a su "buen inglés de Escocia" se le hacían demasiadas reservas para que se le abrieran de par en par las puertas académicas. Pocos eran los que advertían el formidable numen poético sólo comparable con el de los profetas bíblicos que iluminaba aquella prosa barroca, aquella endiablada sintaxis, aquellas inspiradas y deslumbrantes figuras, aquellas extra-



ordinarias alegorías, aquellos bruscos pasajes del arrebato a la serenidad, de la solemnidad a la burla, de la claridad a la oscuridad, de la cólera a la ternura.

El historiador de la Revolución Francesa iba ahora a poner en tela de juicio el prestigio de la realeza y de la aristocracia, y la legitimidad de los privilegios. Con la acerba crítica del orden político hacía también la disección del orden social y económico, de cuya integridad eran tan celosas las clases dirigentes de Inglaterra. Así como Benezzo Gozzoli en los tremendos frescos del camposanto de Pisa igualó, con patética elocuencia, a los grandes y los pequeños ante la realidad repugnante pero grandiosa de la muerte, el pensador inglés los igualaba también ante la majestad de la historia, luego de despojar a unos de sus oropeles y a otros de sus miserias; proclamaba con meridiana claridad lo que en forma simbólica y de difícil comprensión había expuesto en el *Sartor* por la boca del extravagante Profesor Teufelsdröckh: la necesidad de dotar a las viejas sociedades de Europa de un nuevo régimen político, social y económico basado en la dignidad y el derecho igualitario del hombre.

Carlyle, a pesar de sus aparentes dudas, tenía fe en su obra. Frente al libro, casi terminado, exclamaba mezclando el humorismo a una dolorosa confidencia: "Tengo ahora cuarenta años y soy dispéptico en el más alto grado; soy un hombre que parece no tener ninguna esperanza y, sin embargo, lleno de eso que yo llamo una esperanza desesperada".

En esta carta daba noticia a su amigo de algunos otros trabajos literarios, especialmente del ensayo sobre el *Collar de la Reina* por el cual Fraser, el editor de la *Fraser's Magazine* le había pagado 50 £. "Creo que es el primer chelín que me ha producido mi profesión en mis últimos cuatro años, le decía; me quedo estupefacto cuando me pregunto de dónde ha salido el dinero con que he vivido durante el tiempo que he escrito gratuitamente; y, sin embargo, ha salido, puesto que estoy aquí, y no tengo más obligación que con el cielo, lo que es una cosa importante". Prevenía a su amigo contra la *London Review* comanditada por Stuart Mill, a la cual le había entregado gratuitamente su *Mirabeau*. Se trataba de un periódico inspirado por un estrecho radicalismo. "No abra usted

sus páginas porque de cada una de ellas sale como un soplo del Sahara y del infinito desierto''. Esta era una de sus llagas dolorosas. La filosofía utilitaria inglesa que confinaba con el materialismo o que por lo menos, prescindía de la metafísica y olvidaba la soberanía del espíritu, era constante motivo de sus angustiosas reflexiones.

El 13 de febrero de 1837 volvió a escribirle para hacerle un finísimo juicio sobre el ensayo de Emerson, *Naturaleza*. Hallaba en él la alegre serenidad de alma con que el filósofo consideraba la permanencia en la tierra, el oído atento a las eternas melodías ''que cantan en los vientos a nuestro alrededor y expresan en todos los tonos, todos los espectáculos y todas las cosas''. Alguien le había dicho que Emerson era el único hombre en América que había logrado consagrarse a su vocación literaria. Ese pensamiento le entristecía, pero exclamaba en seguida: ''Sea uno al menos, sea el primero, que luego vendrá el segundo y el tercero. Es un pobre país aquel en que todos los hombres están vendidos a Mammón y no puede producir más que caminos de hierro y explosiones de elocuencia parlamentaria''. Este juicio en tangencia sobre Estados Unidos lo complementaba con este más tremendo sobre la vieja Europa: ''nosotros también estamos vendidos a Mammón en alma, cuerpo y espíritu''; pero agregaba que Mammón no quería pagarle a su país, pues dos millones trescientos mil irlandeses no tenían suficientes patatas para alimentarse.

Le decía también que la *Revolución Francesa* estaba terminada. Dos impresores trabajaban en ella. Se refería al estado de espíritu en que había escrito la última palabra de su obra, una noche de los primeros días de enero, cuando el reloj daba las diez y cuando se servía su frugal comida de Escocia. ''No lloré; no oré tampoco; pero me sentía capaz de una y otra cosa. Es necesario que durante algún tiempo no vuelva a someterme a tal hechizo''. Consideraba su libro como un miserable aborto que no dejaría satisfecho a nadie, ni a él mismo, y del que no sabía si su verdadero sitio no sería el fuego. La confidencia se prolongaba, pero, en las entrelíneas, se advierte que, en el fondo, sentía una secreta



satisfacción de haber escrito aquel libro. ''En el verano, concluía, iré a reposar a un sitio cualquiera, en un sueño tan profundo como sea posible''.

Emerson le contestó desde Concord el 31 de Marzo de 1837. Había recibido y leído el *Mirabeau*, el *Collar de la Reina* y una hoja de olivo, símbolo de la *Revolución Francesa* terminada, de la cual sólo tenía un capítulo en pruebas. El *Mirabeau* establecería, según el filósofo norteamericano, el reinado de su amigo en Inglaterra. Era un trueno y todos tendrían que oirlo. El *Collar* era el producto de la ciudad del autor, ''el aroma de Babilonia''. ''Creo, le decía, que usted ve como otros tantos cuadros: cada calle, la iglesia, el palacio del Parlamento, el cuartel, la panadería, la carnicería, la forja, el muelle, el navío y todo eso que se mantiene, se arrastra, rueda o nada alrededor, y todo lo cual usted absorbe. De ahí sus alusiones enciclopédicas a todas las cosas posibles y las virtudes y los defectos de sus páginas panorámicas. Después de todo, eso es propiamente de usted, y es inglés''. He ahí un penetrante juicio en que está sintetizada parte sustancial de la técnica literaria de Carlyle.

El inglés, desde Chelsea, el primero de junio de 1837 le anunciaba: ''Hace casi un mes que partió, llevando su dirección, un ejemplar de un libro que se llama *La Revolución Francesa*, mal impreso, mal escrito, mal pensado. Pero, en fin, me he libertado, y esto es un hecho que vale todos los otros''. No esperaba nada de la crítica: ''chismes y murmuración y todavía murmuración y chismes''. Eso es lo que preveía, junto con la sorpresa, ejercitado por el estúpido cerebro del público.

El 13 de septiembre Emerson le contestó. Había leído ya los dos primeros volúmenes y la mitad del tercero. ''Usted es un buen gigante que va regocijándose con una vasta y original ambición de divertirse''. Y agregaba con profundo sentido crítico: ''no siendo cosas bastante fuertes para usted el placer y la paz, prefiere la coraza del dolor, enseñar a la fiebre y al hambre a bailar y cantar. Creo que usted ha escrito un libro maravilloso que durará largo tiem-

po; ha creado una historia que el mundo tendrá por tal; ha reconocido la existencia de otros personajes, además de los oficiales y otras relaciones, además de las de la vida cívica''. Y más adelante agregaba que en esa historia se encontraban hombres y no solamente nombres; ''hombres siempre, aunque a veces desearía preguntarme si esos hombres son realmente seres históricos''. Lo tranquilizaba respecto al acento real de su obra. "Sobre este punto no tenga usted inquietud, hombre divino e impío, usted ignora absolutamente el lenguaje hipócrita''. Respecto al estilo le decía que jamás había habido otro más rápido; que nada asombraría más que ''la audacia de este humor espiritual y alegre, que no se deja dominar ni intimidar por ninguna tragedia ni por la importancia de ningún acontecimiento''.

Se extendía aún el juicio y el crítico formulaba algunas objeciones. Decía que el libro podía ser más simple, ''de menor eflorescencia gótica''; que se sentía refrigerado cuando, de tiempo en tiempo, se deslizaba en el relato un hecho especial trazado en los términos precisos de la lengua de los negocios. En cuanto a la pintura de caracteres la consideraba admirable: ''las líneas son surcos trazados por el arado''.

Le daba luego la noticia de la venta de 1.166 ejemplares del *Sartor,* y se refería a su soledad en aquel país en que existían tan pocos intelectuales, lo que le obligaba a confiarse a su amigo y a todos los maestros generosos. Creía en la necesidad de difundir la cultura; por eso mantenía activa su cátedra. Había dado una serie de doce conferencias sobre la filosofía de la historia y meditada otra sobre las costumbres.

Carlyle, el 8 de diciembre procuró justificar su largo silencio de medio año. Su esposa estaba enferma. El estaba más agotado que nunca. Se había refugiado tres veces en Escocia para huir del comercio de los hombres y sumergirse en el paisaje. Las cascadas de los arroyos familiares, el rumor de los viejos bosques solitarios, el ruido del océano le habían producido la impresión de una música del otro mundo.

Le hablaba en esta carta del reverendo John Stirling



que se había prendado del pequeño libro de Emerson, *Naturaleza,* y en quien había encontrado un espíritu afín con el suyo y con el de su amigo, formando así un trío perfecto.

Juzgaba luego el *Discurso* del filósofo americano y decía: ''He aquí que nos llega del Oeste una voz distinta, en la que se reconoce netamente la voz de un hombre; es la de un pariente, de un hermano... Habría llorado leyendo ese discurso; su clara y alta melodía viene a resonar en mi corazón''. Se lo había dado a leer a su esposa, y ésta le había dicho ''que no se había visto nada parecido desde que la voz de Schiller había callado''.

Emerson le contestó el 9 de febrero de 1838: ''Su carta ha debido hacerme saltar de alegría y ha faltado poco para que lo hiciese''. Le dice que la *Revolución Francesa* tiene éxito entre los mejores espíritus. ''Los jóvenes dicen que es la historia que han leído; los hombres maduros y los viejos sacuden la cabeza y se sienten desorientados''.

Carlyle, al agradecerle las buenas nuevas sobre la *Revolución Francesa,* el 16 de marzo, le confiesa en un rasgo de candorosa franqueza: ''Será un día memorable aquel en que me llegue dinero, poco importa la cantidad, sea siete o setecientos, viniendo del país de los yanques; y eso no dejará de tener originalidad si es, —como no es improbable— el primer dinero que realizo por ese trabajo, pues el país de los ingleses permanece siempre insolvente a mi respecto''. Triste confesión que el escritor disfrazaba con su habitual humorismo. ''Sea usted bendecido, hermano mío. Pero. ¿que digo? su obra está ya doblemente bendecida. Creo, después de todo, que, ayudado por la frugalidad escocesa, no me veré positivamente arrojado a la calle o reducido a pedir prestado, y, por un pedazo de pan, convertido en esclavo de alguien''. Y agregaba esta tocante invocación: ''¡Miserable espectro de la mendicidad, tú que no has cesado jamás de perseguirme desde que llegué a la edad de hombre, ven entonces un poco, por el diablo, a mostrarnos qué tienes en el vientre! ¡Con el alma de un hombre, teniendo la eternidad algunos años de ella, temblar delante de tí!''.

Emerson, que no conoció la pobreza y que vivió en la

preciosa medianía horaciana, escribió en su diario al recibir esta carta: "¿Por qué es necesario que sea tan pobre Carlyle?" Y agregó como moraleja: "Es la pobreza más honorable que yo conozco".

Carlyle, en la carta del 16 de marzo se refería al curso de conferencias sobre la *Cultura Humana* que Emerson iba a dictar ese año y le decía que él, simultáneamente, daría un curso semejante titulado *Sobre historia de la Literatura.* "Mientras usted dé sus conferencias, le confiesa, yo estaré aterrorizado. ¡Pobre de mí! Como mi único deseo sería poder contener la lengua, cuando pienso en esto y me siento empujado hacia la sala de conferencias por las puntas de bayoneta de la Necesidad aplicadas sobre mi espalda —¡en qué estado de alma!— y obligado a hablar o morir, me parece que no encontraré otra expresión que un torrente de lágrimas y sollozos".

## V

## EL SUEÑO DE AMERICA

Emerson procuró consolarlo. El 10 de mayo le escribió para decirle que adelantaba la impresión de mil ejemplares de ensayos de Carlyle que se venderían bien en Estados Unidos y que el editor le había asegurado un dólar por ejemplar. Agregaba que el *Carlylismo* avanzaba en aquel país. *La Revolución Francesa* lograba amigos y compradores; creía que se venderían ochocientos ejemplares. Le proponía que sus futuros libros se imprimiesen simultáneamente en Inglaterra y en Estados Unidos. Lo invitaba, por fin, a que se embarcase en el vapor "Victoria" y fuese a pasar quince días en Nueva York, y luego a descansar en Concord. "El sillón de su gabinete de trabajo, la chimenea, el lecho, largo tiempo vacío, esperan y parecen anunciar su llegada. Entonces usted corregirá sus pruebas y será el árbitro del espíritu y del saber en el nuevo mundo". En un rasgo de tierna intimidad, con el objeto de decidir a su desgraciado amigo a aceptar aquella vacación necesaria, estampaba es-



tas palabras que nos permite conocer el delicioso *home* de Emerson en *The Manse,* la villa que habitó el filósofo: "Yo ocupo solamente dos acres de tierra del buen Dios, que encierran mi casa, mi huerta, mi quinta de treinta árboles jóvenes, mi granja vacía. Mi casa es ahora muy confortable y muy espaciosa. Poseo, además, según creo, 22.000 dólares, cuya renta en los años ordinarios es del 6 o|o. No tengo otra propiedad ni percibo otro rédito excepto el producto de mis conferencias de invierno que el año último llegó a 800 dólares. Y bien, aquí, con esa renta, soy rico. Permanezco en casa o viajo cuando me parece. Tengo la mesa, el fuego, ocio, libros, amigos. Fuera de casa no soy rico. Nunca tengo un dólar para gastar en una fantasía... Pero, en mi casa, soy rico y bastante rico para diez hermanos. Mi mujer Lidian es una encarnación del espíritu cristiano, —yo la llamo Asia— e impide a mi filosofía derramarse en el antinomismo; mi madre es la más encanecida, la más dulce, la más conservadora de las señoras, que no hace a su universal preferencia por las cosas antiguas más que una excepción en favor de su hijo; mi hijo, un rayo de sol y de amor, bien digno de que yo me consagre a él de la mañana a la noche; he ahí, con tres criados que nos hacen la cocina, la costura y los mandados, toda mi pequeña casa. Aquí vivo y leo y escribo, con poco cuidado, y, en lo que concierne a la composición, con los resultados más fragmentarios...".

Muy distinta a la casita de Chelsea, penetraba en *The Manse* la luz por las amplias vidrieras de las cuatro fachadas de sus dos plantas que se alzaban en medio del jardín, y de cuyos tejados techos emergían las chimeneas que hablaban del interior amable y tibio en el clima frío y duro que reina en aquel país lejano, de tierras pobres que, en invierno, se cubren de nieve, salpicadas de pequeños lagos, limitadas por ásperos golfos y bahías contra cuyos acantilados golpea el mar, paisaje que conquistó a los puritanos fugitivos que fundaron las primeras colonias de Massachuset. La imaginación poética de Emerson hizo, sin embargo, de *The Manse* un refugio horaciano y lo convirtió en su reino.

*Satis beatus unicis Sabinis*

.....

*Car valle permutem Sabinâ*
*Divitias operosiores?*

Para hacer aun más atrayente el cuadro de reposo que ofrece a su amigo, agrega: "En verano, con la ayuda de un vecino, cultivo mi jardín; he plantado hace ocho días, sobre el costado oeste de mi casa, cuarenta pinos jóvenes destinados a protegerme, a mí y a mi hijo, contra el viento de enero. El ornamento del lugar es la presencia ocasional de diez o doce personas buenas y sabias, que vienen a pedirnos hospitalidad en el curso del año". Y remata el bucólico cuadro diciéndole: "Mi historia es demasiado larga. Quiera Dios que venga usted y nos traiga esa querida esposa, cuya larga enfermedad lo apena, y a la que una travesía seguida de los cuidados de mi mujer y mi madre le devolverían en menos de un año una floreciente salud". Y concluía con estas dobles palabras de amistad: "Adiós, mi querido sabio, su pobreza es para mí más honrosa que el resplandor vulgar de la corona de espina de los grandes. Ella le valdrá la simpatía de los hombres y el elogio de un millar de años... ella va a dejarlo en camino hacia la centésima edición y la adoración de los editores." Tiernas, bellas y consoladoras palabras que deben haber sido un bálsamo para el angustiado corazón de Carlyle y como una serena brisa de primavera para las tempestades que agitaban su espíritu.

Antes de recibir esta carta, el filósofo inglés le había escrito el 15 de junio. Las conferencias habían sido dictadas con éxito. El resultado pecuniario le permitiría subsistir frugalmente un año. La Providencia le había ayudado en la hora oportuna. "La pobreza y la juventud pueden marchar juntas, decía; pero la pobreza y la edad madura van mal juntas". Sentíase nuevamente agotado y fatigado, la cabeza y el corazón ardiendo; débil y enfermo; la cuestión, como siempre, era dónde encontrar reposo. Su estado de espíritu se manifiesta en esta carta por estas palabras que escribe en español: "¡Andar con Dios!"



El 30 de junio Emerson vuelve a escribirle, esta vez desde Boston. Le envía un cheque de 50 £, producto de la venta de libros. Pocos días después le da noticia de la impresión de los nuevos volúmenes de ensayos organizados por Carlyle, en tiraje de 1.200 a 1.500 ejemplares.

Desde Scotsbrig, Ecolefechauw, Escocia, el 25 de setiembre le escribió Carlyle para darle tiernamente las gracias por su invitación y ofrecimiento. "¡Del otro lado del océano tenemos hermanos!", exclama. Las cosas habían mejorado: la salud de la esposa, el humor del gran hombre. Había probabilidades de realizar un nuevo curso y ganar con qué vivir otra estación. Se le estimulaba a abrazar la profesión de conferenciante. Este éxito lo atribuía a su libro *La Revolución Francesa*, a pesar de todos los silencios, críticas y reservas que se le habían hecho. En su auditorio había tenido jesuitas, swedemborgianos, viejas cuáqueras, *omne eum Proteus*. Nuevamente el 15 de noviembre le escribía para decirle: "Me parece que he vivido cuatro décadas en estos cuatro años tan llenos de sufrimiento y de trabajo."... "el sufrimiento y la pobreza no son cosas sanas." ... "por el momento tengo con qué subsistir aquí, cosa que había vanamente ambicionado durante varios años. Me será necesario reanudar las conferencias en primavera; sabe el Cielo sobre que tema. Será para mí una mala fiebre; pero pasada la cosa, la subsistencia estará asegurada por un año". Piensa, en seguida, con melancolía, en el oasis de Concord y agrega: "Soy, en años, más viejo que usted, pero en humor me aventaja en siglos. ¡Cuánta esperanza en ese corazón siempre joven, alegre, sano como la mañana! En cuanto a mi, no se puede usted figurar en que conjunto gruñón y áspero de tristeza y de dispepsia me he convertido". El no podía ir a Concord, pero Emerson podía venir a la Vieja Inglaterra. Lo esperaban la casa y el corazón. Le habla en esta carta del "joven e inocente Dickens", que espera su destino dudoso, "del gran Wordsworth" que hablará hasta que él mismo lo declare aburrido", de Southey, "con su tez de caoba oscura, con un mechón de cabellos blancos que parecen correr a gran

galope'', de otros todavía, y para cada uno de ellos tiene un juicio dudoso o una palabra humorística.

Le escribió nuevamente el 2 de diciembre y le hacía esta dolorosa confidencia: ''Me siento solitario, triste, enfermo, no desgraciado. En general, la Muerte me parece bella, dulce y grande, pero la Vida, también me parece bella, grande y divina aunque no ofrezca alegría alguna''. Y describe su melancólico *home* que contrasta por su humildad y austeridad puritana con el risueño y horaciano refugio de Concord: ''Yo leo, mi mujer cose cerca mío, a la luz de una lámpara *sínumbra*, en un pequeño departamento muy confortablemente defendido contra el invierno, y no me siento nunca más feliz que cuando todos los hombres, o casi todos, me dejan tranquilo, aunque, —soy ingrato— muchos hombres me tiene también amistad''.

El 8 de febrero de 1839 le escribió una carta más esperanzada. Tenía mayores probabilidades y más amigos que le testimoniaban su interés; pero la Babilonia londinense le quebraba los nervios. ''Todas las cosas, las mismas palabras que se escuchan en la calle tienen la rapidez del camino de hierro. No se puede gozar de la misma alegría y hay que evitarla como un dolor. ¡Ay! juro muchas veces que al menos seré enterrado en la libre Escocia, donde reina la brisa, lejos de este tumulto insensato, donde el destino me encadena para toda mi vida". El trabajo era su refugio, pero le flaqueaba el vigor. ''El fondo de mi existencia es sombrío como la muerte'', exclama, pero, con todo, había emprendido la obra de preparar elementos para escribir sobre Cromwell, la nueva obra que empezaba a diseñarse en su imaginación y que tanto le haría gozar y sufrir. En una postdata le advertía ''que un cierto mister Gladstone, famoso erudito de Oxford''. había transcripto un fragmento del primer discurso de Emerson en una obra sobre la Iglesia y el Estado. Así aparece por primera vez, en el diálogo, el que fué luego el gran ministro victoriano: *the great old man.*

Emerson le contestó desde Concord, el 15 de marzo: ''Los meses y los años que pasan avivan mis deseos de una conversación sin límites con usted, y pienso que Dios nos la acordará



algún día''; pero le advertía que por el momento no podía volver a Inglaterra: su mujer acababa de darle un heredero que llenaba el hogar de ternura y él no hallaba fuerzas para interrumpir el hechizo de la llegada del infante.

El 13 de abril partió de Chelsea una carta optimista. Carlyle proponía enviar a Boston 500 ejemplares de la segunda edición de *La Revolución Francesa.* Le anunciaba que el editor Fraser le había liquidado inesperadamente la suma de 110 £ por concepto de venta de libros y que se preparaba a dar una serie de conferencias sobre la revolución de la Europa moderna. Un mes después le daba cuenta que había concluído sus conferencias con éxito. 200 £ le había producido aquel esfuerzo, esto es, la vida de un nuevo año. El auditorio había sido tolerante. Reputaba que la mejor de las conferencias era la última, que había versado sobre el sanculotismo, ''dirigida a un auditorio en gran parte *tory,* todo crujiente de la más rica y aristocrática seda''. Era realmente un triunfo inesperado. Las grandes damas y los grandes señores londinenses habían ido en tropel a escuchar al profeta que anunciaba la abolición de los privilegios y la emancipación de los humildes. Soñaba ahora en adquirir un caballo para cabalgar en la soledad de los campos y huir así del torbellino de la ciudad. Entre otras cosas, le decía que Wordsworth estaba en Londres. ''Es un viejo locuaz, insípido, pero no aburrido. Hay en él algo como frescura de arroyo de brisa montañesa. Se dice de él: ''No eres grande, pero está en tí la naturaleza; buena suerte''.

Al regresar de una vacación en Escocia, el 8 de diciembre, le escribió a su amigo. Esta carta halló un nuevo tono. El áspero inglés aparece convertido en un melancólico y angustiado René que dialoga con la naturaleza y arrastra sus sueños por la soledad del romántico paisaje. ''Las antiguas colinas no han cambiado; los viejos torrentes van lanzando el agua como en los pasados años, como en los viejos tiempos; pero el que los mira no es el mismo y los amigos de antaño, preguntan ¿dónde están? He caminado silenciosamente por ese rincón del país, entre mis recuerdos familiares, sumergido en reflexiones imposibles, en un caos insondable de ensueños melancólicos para los cuales no se puede encontrar imagen ni forma''. Saint-Preux no lo hubiera escrito mejor. Es un párrafo de *La Nueva Eloísa*

o un pequeño poema al que sólo falta la medida rítmica del verso.

Vuelve a escribir el 1º de abril de 1840 y confía la carta a un amigo. Quisiera enviarle algo más que una carta. Quisiera ir él y, si no, enviarle el retrato que le había pintado D'Orsay. Cosa singular. El humorista lo dice así. "¡El conde D'Orsay, el príncipe de los dandis europeos retratando al profeta del sanculotismo espiritual! Hace varios meses, descendió de su flamígera carroza, en medio del deslumbramiento de todos los asistentes; me encontró vestido con mi polvorienta *robe de chambre* de escocés gris, sombrío, dice mi mujer, como el genio del presbiterianismo, y consiguió ponerse pasablemente de acuerdo conmigo... En veinte minutos trazó el retrato sobre el papel". El retrato literario que Carlyle hace de D'Orsay es, sin duda, superior al otro, como lo es el de Laudor y el de tantos otros que desfilan en ese largo diálogo. He aquí un rasgo sobre Laudor: "Muy a menudo da ganas de suspirar viéndolo servirse de los lugares comunes más usados".

La voz de Carlyle vuelve a sonar nuevamente el 2 de julio. Había dictado sus conferencias de mayo y ellas le darían el material para su famoso libro *Los Héroes,* pues lo esencial sobre su concepción, su filosofía y su estructura lo había dicho. Estaba rehaciendo sus conferencias y sobre su mesa de trabajo se confundían las cuartillas que contenían las heroicas semblanzas y los capítulos sobre el culto de los héroes y el heroísmo. Odín, Mahoma, Cromwell, el mismo Napoleón, estaban ya redivivos.

La voz de Emerson le contestó el 30 de agosto desde el otro lado del océano. El éxito de las conferencias de Carlyle le llenaba de alborozo; lo instaba a repetirlas en los Estados Unidos. Respondiendo a preguntas de su amigo le decía que su pluma se estaba ensayando en la filosofía, en la poesía, en todo menos en la historia. Su labor contínua era su "interminable diario", en el que anotaba cuanto hallaba de cognoscible en la naturaleza.

El 26 de setiembre Carlyle le envió una extensísima carta. No iría a América; eso no era más que un sueño de la fantasía. "Todo lo que imaginaba era simplemente absurdo. Creía que sólo tenía que atravesar el océano, abrir los labios, recorrer



durante varios meses los estados de la Unión como un verdadero león, (muy parecido a un frívolo charlatán) dando conferencias hasta ganar, pongamos un millar de libras, con las que me retiraría a algún pequeño *cottage* tranquilo, a la orilla del mar, lo menos a trescientas millas de aquí para permanecer allí en reposo diez años o, tal vez, ¡siempre! Tal era mi pobre ensueño que no es posible realizar". Tenía que quedarse en su Babilonia de ladrillo, tirando de las cadenas que no podía romper. A pesar de todo había redactado su última serie de conferencias e iba a imprimirla; le enviaría las pruebas para que Emerson las hiciese estampar también en los Estados Unidos. Ese sería el medio de dar conferencias en América. Había abandonado la equitación después de rendir a su caballo en un dilatado viaje por las campiñas. Esa sería su *villegiatura;* permanecer en Chelsea, en cuyo gabinete había colgado la vista de Concord que le recordaría muchas cosas.

## VI

## SOLEDAD, LUCHAS, SILENCIO Y MELANCOLIA

Volvió a escribirle el 9 de diciembre. *Los Héroes* estaban aun en manuscrito, pues el editor Fraser no le ofrecía la suma que él esperaba. Esta carta está llena de amargura y humorismo. Calibán le inspiraba una terrible figura. ¡Pobres hombres! "ínfimas fracciones de hombres; ¡no hablemos más!". Se refería al juicio que Emerson había emitido sobre Goethe. El americano había dicho que el poeta alemán es realista no idealista. Carlyle acepta el juicio y agrega esta paradoja: "En el fondo, ¿la plena verdad no es también ésta?: Lo real, bien visto, es lo ideal"... "un día encontrará usted que ese Goethe de rostro risueño, con maneras de hombre de mundo ocultaba en sí un dolor profético, tan profundo como el de Dante, y entonces le parecerá a usted, como a mí, más noble por haberlo podido contener así".

Emerson, desde Boston, el 30 de abril de 1841 se despachaba contra los impresores americanos, especialmente contra Apletton, que pretendía imprimir por su cuenta cuanto Carly-

le publicaba en Londres. El se proponía perseguir judicialmente a "todos los Apletton y corsarios de esa especie". Los diarios de Nueva York publicaban también las obras de Carlyle en capítulos. "Usted circula a 6 centésimos la hoja por todas las esquinas de Nueva York y Boston, ganando en renombre lo que pierde en dinero," le decía amarga, pero festivamente.

Carlyle había pasado las vacaciones de Pascua en Yorkshire con Ricardo Milnes. El 8 de mayo, ya en su casa de Chelsea, daba las gracias a Emerson por el envío de su nuevo libro. "Una voz clamante en el desierto es, una vez más, la voz de un *hombre*", le decía. Le parecía que era la única voz en el mundo que respondía inteligentemente a la suya. El 21 del mismo mes agregaba: "La soledad, es lo que deseo ardientemente y lo que pido en mis plegarias". Quería irse otra vez a la orilla del mar, encerrarse en una humilde cabaña, lejos de todas las cosas locas y enloquecedoras. Envidiaba a su amigo que se iba a hacer granjero. El, entretanto, se había encerrado en una pequeña pieza alta de la parte posterior de la casa, huyendo de toda visita, desde donde veía un bosquecillo y, a lo lejos, los gabetes de Westminster y la cruz dorada de San Pablo, "la enorme tintamarra de Londres endulzada en un enorme murmullo". ¿Quién ha pintado con menos palabras estampa igual y que contenga así *the spell of London?*

El 25 de junio le anunciaba que había tomado una casa de campaña en Annau, en Escocia, en el paraje en que hizo sus estudios, a ocho millas de la casa de su vieja madre, en el centro de todos los parientes que tenía en el mundo. Iba a sumergirse en la soledad. "Dios es testigo, decía, que tengo gran necesidad de estar solo por largo tiempo (para siempre, me parece en este momento), a fin de poner un poco de orden en mi vida interior y cuidar mis pobres nervios igualmente destrozados".

Emerson le agradeció las cordiales y nobles palabras de estímulo que le había escrito sobre su último libro, palabras generosas hasta avergonzarlo a él, "personaje frío, difícil y reservado." Le hablaba de sus trabajos, de sus deficiencias, de su filosofía. "Toda mi filosofía, que es muy real, enseña la aceptación y el optimismo". Y se refería a cuánto tenía que



hacer "un poeta, en todo espiritualista, en esa grande, sensual y avara América" al deplorar sus dudas que se movían a tientas y su lengua balbuciente.

Carlyle, el 19 de noviembre, le decía que había ido al teatro a ver a Gambardella y le confesaba que se había divertido e interesado. Esto le servía para deplorar la falta de alegría en el mundo. "¡Ay! casi nadie ríe en el mundo en la hora actual".

El diálogo continúa con algunas interrupciones. El 19 de julio de 1842 Carlyle advertía a su amigo que los Fraser ya no eran sus editores, excepto para los ensayos y el *Sartor*. Sus demás manuscritos los había llevado a Chayman y Hall, 186, Strand. "He visto a los libreros, agrega, veo raramente a esos imbéciles..." El *Cromwell* le tornaba la cabeza. Era posible que abandonara la obra sin ejecutarla. Se había documentado: había visitado lugares y campos de batalla, proseguía sus investigaciones, aun sentía un cierto placer de vampiro en revolver esos viejos osarios y esas naves sepulcrales. "Mantengo la más bizarra camaradería con ese inmenso genio de la Muerte", pero, en realidad, nada adelantaba. Y consignaba esta bella verdad que puede servir de constante consejo a los historiadores: "Es perfectamente inútil escribir sobre las cosas del pasado a menos que se pueda devolverles la vida y hacerlas cosas del presente". El 29 de agosto agregaba: "Seguiré su consejo a propósito de *Cromwell* o de mi próximo libro, si vivo lo bastante para escribir otro. Pero he descendido de nuevo a la noche primitiva y vivo sólo y mudo con los manes, como dice usted, sin saber si volveré a ver el día".

Las confidencias atraviesan el Atlántico de este a oeste y de poniente a naciente. Son como breves y largos ritornelos en los que se siente siempre la melancolía y, muy a menudo, el dolor. Entretanto, las parcas van devanando las madejas del tiempo y con ellas el hilo de la vida y poniendo paréntesis de silencio entre los amigos.

El 31 de octubre de 1843 se reanudó el diálogo. Carlyle se queja de los días morosos que han transcurrido sin el placer del menor cambio de impresiones con el confidente. "Ociosidad, caos, inacción, impotencia de expresión, en fin. Nada". Esta misma palabra, en español, estampaba en su *Diario*, en aquellos mismos días, Amiel, el atormentado filósofo ginebri-

no, al arrastrar su melancolía por la orillas del lago Léman. Pero, ¡qué diferencia de temperamento existía entre la dolorosa inmovilidad de Amiel y la tempestuosa agitación del filósofo de Chelsea!

Carlyle había resuelto marcharse a Escocia, huyendo del calor de Londres, a "soñar cosas celestes", pero no había hallado para ello más almohada que "una inquietud cada vez más despreciable y un *spleen* cada vez más negro", y había vuelto extenuado. En seguida hacía esta confesión digna de Juan Jacobo, otro atormentado: "Tengo el don funesto de convertir para mi uso toda la Naturaleza en visión sobrenatural". El taciturno huésped de *L'Hermitage* había dicho: "Yo dispongo como amo de la naturaleza entera".

En tal estado de espíritu, al regresar a Chelsea se había entregado a la lectura y había hallado alivio. Los negros torbellinos y diluvios se habían gradualmente calmado y comenzaba a sentir el beneficio del viaje. Nuevamente se planteaba el problema de su *Cromwell*. ¿Lo escribiría o no? No lo sabía aún, sólo hallaba como expresión de su estado de incertidumbre esta palabra: ¡Paciencia!

El 17 de noviembre le escribió nuevamente largo y tendido. Juzga los *Poemas* de W. E. Channing que le ha enviado Emerson. Le habla en general de la poesía que a él, que era un gran poeta, le inspiraba, sin embargo, grandes reservas. Dice que le horrorizan los versos vacíos que todo lo confían al ritmo y a la rima, como le horroriza, de más en más, toda palabra vacía de sentido. Fulmina la retórica de los poetas, pero salva de su condenación a su amigo. "Entre todas las voces que me llegan de América sólo hasta hoy la de mi amigo Emerson tiene en sí la música de las esferas, sólo la suya es una voz profética, una verdadera aurora que me reconforta". Música de las esferas, voz profética, eso era la poesía que sentía y realizaba Carlyle. Y cuanto más elevada la esfera y más tremenda la profecía, mas a su gusto se hallaba este poeta. Cuando se leen sus páginas se piensa, a veces, sin quererlo, en lo que no se debe ni se ha de nombrar. *Silemtium indicere.*

Luego de muchos meses de silencio, el filósofo inglés le escribió (5 de Agosto de 1844), para hablarle nuevamente de poesía y de poetas. Tennyson le había anunciado visita y aprovechaba para trazar rápidamente su retrato: "Alfredo es una de las raras fisonomías inglesas o extranjeras (cuyo número creo que no aumenta) que son y permanecen bellas para mis ojos, una de esas almas verdaderamente humanas, a la cual nuestra propia alma puede decir: ¡Hermano!". Y agrega: "Sin embargo, tengo la vaga impresión de que no vendrá; muchas veces se olvida de mí en sus breves visitas a la ciudad, como, por otra parte, lo hace con todo el mundo; es uno de esos hombres solitarios y melancólicos que suelen encontrarse aquí, que viven en una atmósfera de tristeza y que lleva en sí un trozo de caos, del cual quiere él hacer el Cosmos".



Luego de una pausa vuelve a tomar los pinceles y entonces crea sobre las cuartillas el definitivo retrato del poeta, sorprendente de vida: "Creo que Alfredo es el hijo de un hidalgo granjero de Lincolnshire; se advierte en sus versos que ha nacido en un país de tranquilas granjas y de verdes y ricas praderas, y no de montañas con sus torrentes y tempestades. Recibió su educación en Cambridge, como si se le destinara al foro o a la Iglesia; pero encontrándose a la muerte de su padre a la cabeza de una pequeña renta, prefirió vivir sin tomar el grado, en compañía de su madre y de sus hermanas, y consagrarse a la Poesía. Esa es la vida que hace todavía, tanto aquí como allá, pues su familia reside siempre a escasa distancia de la ciudad, pero nunca en Londres, y él mismo hace raras y cortas visitas a la ciudad, donde se hospeda en casa de algún antiguo camarada. Creo que tiene menos de 40 años, pero no mucho menos. Es uno de los más bellos hombres que haya en el mundo. Posee un abundante vellón de rudos cabellos, de un negro agrisado; el tinte de su tez es moreno casi como el de un indio; lleva las ropas descuidadamente flotantes, vastas y libres; fuma enormemente. Su voz es musical o metálica, propia a la risa ruidosa y a la aguda queja... es libre y abundante en el pensamiento y el lenguaje. No he encontrado en estas últimas décadas a interlocutor semejante para fumar una pipa". El poeta laureado inglés ha quedado estereotipado en estas breves líneas.

Medio año más pasa en silencio. El 16 de febrero de 1845 Carlyle vuelve a hablar de *Cromwell* para confesar a su amigo que nada tiene que decirle. "Noche y día, durante estos

largos meses y estos largos años, me he hallado miserable, muchas veces casi desesperado. Jamás un hombre fué sepultado bajo tan escandalosa acumulación de humana estupidez, que reviste todas las formas. Imposible de escribir aquí una historia para el uso de esta generación lamentable, irónica, burlona, hipócrita, charlatana, impía. ¿Cómo explicar los hombres al menos junto al Mar Muerto?'' No obstante, este año 1845 fué propicio: *Cromwell* tomó forma definitiva y, al comenzar el mes de noviembre, concluyó la impresión del libro. El primer ejemplar cruzó el océano antes de que los libreros de Londres lo ofrecieran al público.

El 11 de noviembre anunció a su amigo el envío, sin agregar comentario alguno. Había estado nuevamente en Escocia dialogando otra vez con las colinas, los arroyos y las viejas casas del país natal. Volvía saturado de tristeza, pues nadie quedaba allí de los amigos y vecinos de la familia. Sólo estaba su vieja madre, frágil pero todavía joven de corazón. El fiero león, cuya melena comenzaba a tornarse gris, había acallado sus rugidos para acogerse como un niño al nido materno.

El 3 de enero de 1846 habló por primera vez a Emerson del lanzamiento del *Cromwell*. ''Ante mi gran sorpresa, dice, el libro ha logrado popularidad y pronto tendremos una segunda edición''. Esta vino en seguida. Un mes después, el 3 de febrero le anunciaba la reimpresión del libro en tres volúmenes y acordaba a su amigo plenos poderes para hacer una edición en Estados Unidos.

Corrían, pues, días de mayor optimismo. El 18 de abril nuevamente volaba su pensamiento hacia Concord y prometía al confidente enviarle su daguerrotipo, a condición de que Emerson le retribuyera con el suyo. ''Será un momento muy extraño, le decía, aquel en que mis ojos vuelvan a ver su sombra inanimada en lugar del viviente rostro que permanece en mí, inalterable, envuelto en bellas nubes y emergiendo de un tiempo a otro extraordinariamente nítido. ¿Ha encanecido la cabeza? Sobre la mía hay cabellos blancos por aquí y por allá y yo no lo sé. He vivido en este mundo un medio siglo, cincuenta años bien contados el 4 de diciembre último: es a mis ojos un hecho solemne.''

Había reanudado su ejercicio de equitación y cabalgaba



por la campiña, pero prefería hacerlo solo y dialogar con los árboles y las nubes. Ya lo había dicho: aborrecía las palabras sin espíritu y las conversaciones vagas. ''¿Qué diría Shakespeare, preguntaba, si asistiera una noche a la reunión de una sociedad shakespireana y oyera el vacío charlatanismo y toda otra música asnal que se hiciera oir en su honor?''.

Se había retratado al daguerrotipo. Había sido todo un acontecimiento. Lo había acompañado el pintor Lawrence al taller del fotógrafo, y el gran artista había dirigido la laboriosa operación. Es fácil suponer la nerviosidad y la impaciencia que poseyeron a Carlyle frente a la cámara de Daguerre, ante la cual debió permanecer media hora cojida la parte posterior del cráneo por la tenaza metálica del soporte con que se inmovilizaba al modelo. La tortura tuvo, sin embargo, su compensación. Se conmovió profundamente ante la imagen. Quedó encantado con el parecido. Era su mejor retrato. ''Si su fotografía ha resultado como la mía, le decía a su amigo, experimentaría una alegría casi trágica''.

Emerson se sintió feliz con el retrato de su amigo. El 31 de mayo le escribió para decirle: ''Tengo lo que he deseado. Esta cabeza, sin comparación posible, me gusta más que toda pintura. Confirmo mis recuerdos y hago nuevas observaciones; es la vida agregada a la vida. Demos gracias al sol. Este artista recuerda lo que todo otro olvida de lograr, y eso que yo deseo conocer: la escultura real de los rasgos, los ángulos, el organismo especial, la implantación de los cabellos, la forma y la unión de la cabeza''. Le anunciaba el envío a su vez, de su daguerrotipo, aunque éste no le había dejado satisfecho. Tampoco le satisfizo a Carlyle y así se lo dijo en la carta de 17 de julio en que le reclamó un nuevo retrato.

En esta carta el filósofo inglés dice que ha estado releyendo sus propio libros, penosa experiencia, por cierto, para todos los escritores. El mismo lo declara: ''Es realmente ingrato mirar la antigua figura de uno mismo... todo este elenco anticuado''. La carta respira el disgusto de sí mismo; pero también de otros. Estaba enfrascado en el estudio de la historia de América. Había encontrado cosas interesantes en libros intrascendentes. Acaso fué entonces cuando tropezó con la inquietante figura del Dr. Francia, el tirano del Paraguay, y

trazó su semblanza. Lástima que no ocurrió lo mismo con la de Rosas. ¡Qué retrato habría pintado Carlyle del tirano Don Juan Manuel!

Los libros intrascendentes le habían proporcionado, pues, excelente material, en cambio otros... Por ejemplo, disparaba este agudo y, sin duda, injusto dardo contra el autor de la *Historia de la Revolución*: "en la genial espuma de champagne de Michelet, ¡ay!, no he podido descubrir un solo hecho que soportase el examen". Michelet fué también un poeta, cuya imaginación solía dar a sus palabras, acento profético. Se le reconoce como uno de los grandes suscitadores de ideas de su tiempo. Sintió el misticismo de la historia, y de tal manera se sumergió en el pasado y se identificó con sus héroes, que llegó a sentirse inspirado por "lo alto" y "la luminosa visión del cielo". Taine llamó a Carlyle "el Michelet francés", lisonja que habría sabido a acíbar al autor de *Los Héroes*.

"Leo con orgullo, a pequeñas dosis, y no he recorrido todavía la materia nueva", le escribe Emerson refiriéndose a la nueva edición del *Cromwell*. Carlyle calla. Recién el 18 de diciembre, de regreso de Escocia, su voz, siempre apocalíptica, atraviesa el Atlántico: "he pasado dos meses extremadamente desolados porque todas las cosas llevan a la desesperación a una pobre criatura, sensitiva como yo, en esta antigua región que me parece a la vez una Tierra y un Infierno, un lugar incalificable, ahora que yo soy casi un aparecido". Parece verlo así vagando por las praderas y los collados como una sombra, inquiriendo a las aguas de los ríos, a los árboles de los bosques, a las ruinas de los pasados siglos, a las losas de los sepulcros el destino de las almas que se fueron y que ya no tornarán.

## VII

## LA VISITA DE 1847

La voz de su amigo llegaba, en tanto, desde el otro lado del mar y procuraba calmar sus tempestades. El 31 de enero de 1847 le daba noticia de que había sido reiteradamente requerido para dar conferencias en Liverpool y Manchester y que sentía la tentación del viaje. Le atraía la novedad del auditorio inglés y la perspectiva de agregar a su vida "algunas horas de oro", en compañía de su amigo, engrandecido ahora por la plenitud de la notoriedad. Carlyle lo estimuló a hacer la travesía, y le advirtió cuál sería su auditorio: "personas de la verdadera aristocracia, siendo así, agrega, que usted mismo, hombre pecador, forma parte de ella". Emerson temía a la cultura inglesa, y esperaba que se obligaría al más desordenado de los yankees, como se llama a sí mismo, a hacer uso de la precisión y la exactitud.



Frente a la perspectiva del viaje trabajaba su huerta y su jardín. *The Manse,* su pequeño reino rural, prosperaba con el trabajo propio y la ayuda del vecino. Se ocupaba en aquellos días de hacer plantíos y estos le absorbían demasiado. La naturaleza objetiva le había conquistado. "Un pensador laborioso" debe evitar el encanto de estos menesteres, decía. En la misma carta le daba la noticia de que Wiley y Putnam tenían 600 £ en su cuenta, por concepto de venta de ejemplares del *Cromwell*.

El 31 de julio le anunció que estaba resuelto a ir a Inglaterra. Partiría el 1.o de octubre. "Le ruego cultive su benevolencia, su indulgencia, le decía. Que su esposa las cultive a fin de que pueda yo, el indolente, encontrar a ese increíble trabajador, cuya labor ha hecho desde hace mucho tiempo mi orgullo y mi admiración". Carlyle le contestó el 31 de agosto desde Rowdon, cerca de Leeds. Había andado con su esposa recorriendo los campos. Estaba cansado de todo, ávido de sueño sin medida. "En cuanto a la visita que usted nos hará no hay más que una cosa que decir y repetir, a saber, que una habitación de profeta y la bienvenida de un hermano y de una hermana esperan a usted en Chelsea, algún día, a cualquier hora que usted llegue"... "Venga entonces y nos veremos; nos oiremos y conversaremos. No sé que haya otro hombre en el mundo al que pueda yo hablar con la segura esperanza de obtener de él adecuada respuesta: si le hablo será para romper mi silencio, puede ser que por última vez, puede ser que la primera vez sobre algunos puntos". Se refería luego a la posibilidad de escribir un nuevo libro que podría llamarse *El éxodo de Houndschith* en el que trataría el problema judío en todos sus aspectos.

Una carta llega a Chelsea fechada en Concord el 30 de setiembre. El filósofo americano anuncia que se embarcará el 5 de octubre con destino a Liverpool. Terminados sus compromisos en esta ciudad, Manchester y Leeds, iría un bello día en busca de su amigo a su rumorosa capital: lo vería en el centro del mundo y se calentaría un poco al sol de su corazón británico.

Carlyle respetó la embriaguez que produjo a Emerson su viaje triunfal a las ciudades inglesas. No fué a recibirlo; le dejó gustar a sus anchas el aplauso y la gloria. Permaneció en su casa de Chelsea, y desde ella, el 15 de octubre, le escribió una carta que debía alcanzarlo en Liverpool. "Sabe mi amigo, le decía, que su *home*, cualquiera sea el tiempo que usted permanezca en Inglaterra, está *aquí*, y que todos los otros lugares a que puedan llamarlo el trabajo y las distracciones no son más que albergues y alojamientos temporarios... En seis horas puede usted abandonar las aguas inconstantes y volver a encontrarse sentado aquí, en su propia habitación. No se le importunará con conversaciones mientras no haya reposado, y usted hallará, cuando sienta nacer el apetito, abundancia, y siempre calor. Venga pronto, venga en seguida".

Emerson, envuelto en el torbellino de su éxito, le escribió desde casa de Mrs. Massey, el 5 de noviembre, para decirle que no había cesado de ser víctima de todos los inconvenientes de los viajes. Los días habían transcurrido en mil minucias: bienvenidas, invitaciones, cartas. "En esta bruma y esta confusión, y de aquí hasta que el sol del cielo me dé un rayo, ¿no quiere usted, amigo y alegría de tantos años, enviarme de cuando en cuando una o dos líneas serenas para decirme que continúa fumando apaciblemente su pipa junto a su esposa y su hermano?".

Carlyle le contestó diez días después. Estaba sumergido en antiguos manuscritos, en abstrusas meditaciones, en oscuridades viejas y nuevas, "hundiéndose, de capa en capa, a través del espacio vacío", sin saber hasta qué profundidad. En otra carta de 30 de noviembre le decía que oía hablar de sus éxitos en el norte; pero que lo esperaba pronto en Londres Entretanto estaba estudiando el *Libro del Juicio* de Guillermo el Conquistador.



Emerson halló tiempo en medio de sus éxitos, que realmente lo embriagaron, para escribirle desde Manchester, el 28 de diciembre. Todas las puertas se le abrían. América había conquistado a Inglaterra. El pequeño filósofo de Concord había resultado, como lo decía Carlyle, un profeta. El confesaba que cada vez amaba y admiraba más a los ingleses. Claro que todo aquello impedía que fuera a golpear la puerta de la casita de Chelsea.

Dos días después Carlyle le escribió para incitarlo a visitar a Ricardo Milnes. Agregaba que Tennyson hacía tres semanas estaba en Londres, comiendo en la ciudad cada día casi hasta morir, y, a la vez, adelantando un poema. Los dos últimos domingos había estado de visita en Chelsea. "Es un hijo de la Tierra y un hijo del Cielo, muy interesante, que casi ha perdido su camino, así lo temo, entre fuegos fatuos, y bien podría finalmente zozobrar hasta las orejas, en medio de mares que abundan. Lo quiero mucho, agregaba, pero no puedo hacer casi nada por él. Milnes, con el apoyo de todos, le ha obtenido una pensión y así tiene pan y tabaco; pero es poco equipaje para tal alma".

Emerson seguía triunfando en el norte. Hacía ya cuatro meses que estaba en Inglaterra y todavía no había visto a su amigo. El 26 de febrero le escribió desde Ambleside. Se aprestaba para partir hacia Manchester; luego iría, por fin, a Londres. Había estado con Wordsworth una hora y media, lo que parecía no haber importunado al poeta, puesto que hablaba "abundantemente y con vivacidad, no obstante su paralisante torismo y todo lo que a eso se une con bastante prudencia". El poeta laquista gozaba de salud y, aunque contaba 77 años, "su vejez no le molestaba en nada".

Dos días después Emerson recibió un billete de Carlyle que revela la impresión que le había producido la revolución que había estallado en París. Según él reinaba alegría general con motivo de la nueva República francesa que acababa de "ascender" de la Inmensidad. "Hace numerosos años, dice, que no experimentaba un sentimiento tan profundo de piadosa satisfacción con ocasión de un acontecimiento público". Breve fué, sin embargo, su satisfacción. La República nació herida de muerte.

El 2 de marzo el filósofo de Concord anunció a su amigo su próxima llegada a Londres, a donde iría a pedirle de comer. Los dos amigos se abrazaron, al fin, y sintieron latir corazón sobre corazón. Hacía quince años que no se veían. Carlyle tenía entonces 52 años, Emerson 44. El tiempo y las tempestades del alma habían encanecido la leonina cabeza del filósofo inglés; la serenidad y la calma no habían evitado que la calvicie dejara al descubierto la noble bóveda del cráneo del ensayista americano, y que las guedejas de su cabello y sus largas patillas se agrisaran. Pero sus espíritus se mantenían alerta y ambos se hallaban en la plenitud de su talento.

El diálogo se reanudó en seguida, esta vez de viva voz, en la pequeña sala de Chelsea, junto al fuego de la estufa, en medio de las volutas de humo que brotaban de las pipas, mientras Mrs. Carlyle preparaba el *punch* y vigilaba la comida. Nuevamente se plantearon los puntos de vista en que coincidían y en que discrepaban los amigos; nuevamente se hicieron mutuas concesiones y mutuas reconvenciones; nuevamente Carlyle, el poeta apocalíptico, clamó contra el *canto,* la poesía pura, y Emerson defendió con serenidad, pero con firmeza, lo que él llamaba "lenguaje de los dioses"; nuevamente los dos filósofos buscaron la conciliación dentro del espiritualismo que ambos profesaban, pero sin lograr que ni uno ni otro abdicaran de sus posiciones y modificaran sus juicios.

Hubo algo más. Emerson estaba demasiado embriagado de su gloria para advertir la secreta amargura con que su amigo consideraba el resultado de los aplausos, elogios y demostraciones con que la clase culta inglesa había abrumado al filósofo americano. El, que había sido calificado de *sans-culotte,* y puesto en el *index* por los señores ingleses de la política, de la aristocracia, del dinero, de la filosofía y de las letras, consideraba que su amigo podía caer en tales redes, y temió que la clara voz que había clamado en los vírgenes desiertos de América y había encontrado eco en su corazón, se extinguiese en el maremágnum de las vastas ciudades de Europa, donde una sociedad hastiada y decadente abjuraba de los profetas y cortejaba a los filósofos que se sentían capaces de halagar sus debilidades. No le ocultó Carlyle sus temores, y sus palabras llegaron a ser ásperas y sus juicios alcanzaron, como él mismo



lo reconoció, verdadera ferocidad. Más, el afecto y la amistad permanecieron intactos.

La partida de Emerson abrió un paréntesis de silencio. El 6 de diciembre Carlyle, con la melancolía del recuerdo, escribió, desde Chelsea, al amigo; le decía que volvía la mirada hacia lo lejos, "hacia el bosque de Concord; ahora podemos hacernos una idea más precisa de él, evocando una imagen muy dulce y muy querida". Lo suponía poniendo en orden el enorme *fardo* de recuerdos de Inglaterra. Nadie, salvo Carlyle, había recibido sus noticias. "Hay una impresión de la que no podemos desprendernos, le dice: es la admiración que nos inspiran sus virtudes pacíficas, su urbana y noble tolerancia, muchas veces puesta aquí a ruda prueba. Perdóneme mis ferocidades; usted no sabe exactamente lo que yo sufro en estas latitudes; si fuera así, su indulgencia le sería más fácil".

Le escribió nuevamente el 19 de abril de 1849. Preparaba la tercera edición del *Cromwell;* se estaba pensando en Inglaterra en erigir estatuas al Protector. El aconsejaba que no se hiciera tal cosa. No es que no sintiera el personaje maduro para el bronce; pero donde no hallaba, sin duda, la madurez era en el pueblo, si es que entonces existía esta entidad orgánica. Le decía que la *Historia* de Macaulay parecía llegar a la cuarta edición; y formulaba esta pregunta que es un juicio dubitativo, que no llegó a aclararse: "¿Le he dicho ya la última vez que la había leído con sorpresa y estupor?". Claro que dada la posición de Carlyle y la de Macaulay se explican el estupor y la sorpresa; pero es lástima que el historiador de *La Revolución Francesa* no haya sido explícito respecto al de la Revolución Inglesa.

## VIII

## LA TEMPESTAD Y LA CALMA

El diálogo comenzó a ser interrumpido por largos meses de silencio. El 19 de julio de 1850 escribió Carlyle desde Chelsea: "Amigo mío, he aquí ante usted un hombre lleno de remordimientos... Hace cerca de un año que le envié desde Es-

cocia una hoja de papel borroneada de prisa... ahora casi ha llegado el fin del otoño y no le he escrito ni nada he recibido de usted... Si el cielo lo quiere, no volverá a suceder... La verdad es que mi vida ha estado sobrecargada de cuidados y trabajos; salvo bajo la presión de una inmediata necesidad, no he escrito una palabra a nadie". Le decía que no lo había olvidado en ningún momento y que aunque veía perfectamente el "grande y profundo pozo" que les separaba en sus maneras de considerar las relaciones con el mundo, veía también, como debía verlo su amigo, dónde las capas de roca se unían, a una profundidad de varias millas, y dónde "las dos pobres almas se ponían de acuerdo".

Acaso es ésta la primera y cruda confesión del desacuerdo intelectual que existía entre los dos amigos; pero es, a la vez, el grito de esperanza que revela que, en lo profundo de sus almas, acaso en lo más esencial, había un bello y resplandeciente país de conciliación cristiana, que era la comunión en Dios, la creencia en la supervivencia del espíritu, la seguridad de que el mundo, la sociedad, las instituciones, las ideas y los sentimientos tenían un origen y se encaminaban a un fin del que era responsable el hombre. "Aun cuando no existiera entre nosotros ningún punto común, concluía, y aun cuando yo fuera más intolerante todavía de lo que soy, respecto a las maneras de pensar de otros, ¿es que Emerson habría sido menos para mí, después de largos años, un amigo entre los hombres? ¿Puedo yo olvidar jamás al hombre que es Emerson, o pensar en él de otra manera que con afecto?" Y cerraba el penoso capítulo íntimo con estas tiernos palabras: "Escríbame en la primera hora favorable y dígame que aun me queda una alma fraternal en este mundo y que un pensamiento amigo sobrevive del otro lado de los mares".

La carta de Emerson en contestación a esta confidencia llegó a Chelsea. Infelizmente no la conocemos, pero, en cambio, conocemos la réplica de Carlyle. Estaba entonces entregado a la lucha de ideas que había desatado con sus panfletos. La clara voz de Emerson, que sin duda le instaba a la serenidad y la calma, produjeron profunda impresión en su alma sensible; pero su violenta individualidad estalló en un arrebato que tiene enorme valor psicológico. El 14 de noviembre le



contestó. De la paradoja inicial, producto del afecto que le inspiraba su amigo, saltaba al campo de los hechos y defendía apasionadamente su posición. "Usted tiene razón en todo lo que me dice, confiesa, pero, sin embargo, no es usted, mi amigo, quién tiene razón; ¡soy yo! Cierto; es conveniente que un hombre conozca los recursos más profundos de nuestro universo, y está en el interés de su dignidad, así como en el bien de su paz íntima, poseer su alma con toda paciencia y considerar todas las cosas con confianza y aun, si ese es su temperamento, sin que nada le haga fruncir el ceño. Porque es indudable que el bien está en todas las cosas; y aun si usted viese asesinar a un Oliverio Cromwell, ciertamente que usted podría extraer de su cadáver un carretón de nabos. ¡Ay! Creo que nos hemos olvidado demasiado de todo eso, sin lo cual no hubiera sido enviado un hombre como usted para mostrárnoslo en la forma que usted lo ha hecho. Recordemos también que no es bueno en todos los casos, ni todos los tiempos, estar "a gusto en Sión"; que muchas veces es oportuno, en Sión, dejarse arrebatar por furiosa cólera y que, en verdad, es urgente que los viles Pitones de este mundo sean, según la ocasión, acribillados de flechas luminosas o atravesados por el hierro calentado al rojo. ¡Desgraciado del hombre que, llevando una u otra de esas armas, no se sirve de ellas en su presencia! En este mismo momento, por ejemplo, un miserable organista italiano acaba de atacar bajo mis ventanas, la *Marsellesa;* ¿la *Marsellesa* ha sido victoriosamente creada sobre un lecho de plumas, o bien no servía para nada cuando fué creada?".

¿Quién puede detener la voz del profeta cuando estalla su inspiración apocalíptica? De la paradoja salta a la tremenda trasmutación que le permite extraer el bien del mal y convertir la corrupción del cadáver en venero fertilizante; de esto a la cólera de Jehová que castiga y destruye, pero que, por medio de la voz del profeta, viste de nuevo con la carne y anima con el espíritu las áridas osamentas que cubren la llanura; para caer, por fin, en la dolorosa confidencia: "yo no les concedo a mis panfletos valor alguno; su única ventaja, a mis ojos, es que mi corazón sea desembarazado, y esto es, se lo aseguro, ventaja no despreciable." Mas,

creía en su eficacia: "en nuestro público, en medio de nuestra tempestad de maldiciones, de estos brindis ignominiosos, concluía, ya me es posible advertir que la opinión les es bastante favorable y que la controversia de los 18 millones contra las 18 mil o las 18 unidades adquiere, tal como yo puedo juzgar, bastante buen aspecto".

Más de medio año de silencio se hizo después de esta carta. El 8 de julio de 1851 reprochaba afectuosamente a su amigo. "¿No recuerda usted bien que existe un hombre llamado Carlyle? Sé que usted lo recuerda y que lo seguirá recordando. Pero, hace largo tiempo que no cambiamos una palabra, estado de cosas que debe cesar inmediatamente... En tanto estamos sobre la tierra no puedo pasarme sin algún signo suyo de amistad. A despecho de sus numerosos pecados, usted está entre los más humanos de todos los seres que yo conozco ahora en el mundo, los cuales, créame, forman una compañía muy restringida y que se va restringiendo de más en más".

En seguida estallaba su incontenible mal humor e inconformidad con el mundo; pero, acaso con esto daba una permanente lección que hoy, a través de un siglo, es todavía de actualidad y tiene tremenda aplicación. Se refería a la exposición industrial celebrada ese verano en Londres y decía que ésta comprendía todas las naciones y englobaba todas las cosas "en un mismo torbellino fútil..." "Nunca, seguramente, se había visto reunido en una sola ciudad un tal Sanhedrín de tontos sin cerebro venidos de todos los países del globo. Pero se irán, sobre eso no hay duda, y esta seguridad nos permite asistir tranquilamente a todo esto y aun pasear nuestra mirada sobre este baile universal de niños que ofrece la nación inglesa en estas circunstancias extraordinarias".

Reconfortado por las cartas de Emerson el 7 de mayo de 1852 le decía: "Mis numerosas injusticias respecto a usted, aunque involuntarias, puedo decirlo, ocupan muchas veces mis tristes pensamientos y se mezclan a mi otra tristeza como una especie de remordimiento. ¡Cómo si hubiera podido impedir el ser —por efecto de la época y del destino— el feroz Ismaelita que soy, y que chocara con mis ferocidades



su serenidad! Reconozco que usted ha sido para mí como un ángel, y que usted ha absorbido todas mis nubes tempestuosas en las profundidades de su inconmensurable éter; y es indudable que yo lo quiero mucho desde hace mucho tiempo y que lo seguiré queriendo". E insistiendo en el deseo de lograr su conciliación intelectual agregaba: "por alejado que esté de su visión *gymnosophista* del cielo y de la tierra, yo veo entre nosotros un acuerdo ante el cual se borran todos los disentimientos concebibles; en el mundo entero, le repite, apenas si encuentro en respuesta a mi humana palabra otra voz que tenga auténticamente el signo humano. Dios nos asista; ¡en que soledad está en camino de convertirse esta rabiosa perrera que es el mundo!". Y presa ya de la melancolía del ocaso concluía: "Al menos caminemos, y aun de prisa, si podemos; porque el sol baja...".

Emerson le enviaba palabras de consuelo y esperanza; justificaba su iracundia y su sátira en las que hallaba un gran fondo de verdad. "No es falta en usted que realice el trabajo de un héroe, y por otra parte, no lo amamos a usted menos porque seamos incapaces de prestarle asistencia". Y a su vez brotaba de la pluma del filósofo americano esta espontánea confidencia: "Tenga piedad de mi, ¡oh, hombre poderoso! Soy de constitución débil, formado a medias, como lo sé desde mi infancia, no poeta pero amigo de la poesía y de los poetas, y haciendo simplemente el oficio de escritor en esta América vacía, antes de la llegada de verdaderos poetas".

Carlyle, tocado, sin duda, por esta confesión, le contestó en seguida. "Usted es un entusiasta de nacimiento, por sereno que sea, y eso será así, con intermitencias, hasta el fin. Yo admiro también su discreto y fino sarcasmo; en pocas palabras: amo mucho, como siempre lo he dicho, y me propongo continuar haciéndolo, al hombre estrechamente reservado y lleno de dulce gravedad". Le hablaba de la melancolía de la vejez próxima y de la que ya había llegado, que era su caso, que de tiempo en tiempo le hacía considerar las cosas más bellas bajo su aspecto más feo y "apretar los labios con una especie de feroz desafío y de infernal tristeza, que era casi parecida a la felicidad;" pero, concluía por

confesar que "la vejez es bella y lleva en sí alguna cosa realmente divina". Decía luego a su amigo que no podía separarse de él, sucediera lo que sucediera, y lo invitaba a mantener el diálogo epistolar. Sin embargo, la vejez traía consigo el silencio.

Emerson, desde Concord, le escribió el 19 de abril de 1853. Habían corrido, monótonas, las semanas y los meses. Nada había hecho si no era pensar. "América está incompleta, le decía. Hay sitio para todos, pues ella no está concluída, ni hay indicación que esté a punto de estarlo por la aparición de bardos y de héroes. Es una democracia salvaje, mezcla de mediocridades, y no como las egoistas Italia e Inglaterra, donde una generación cristaliza en un genio..."

Carlyle le respondió el 13 de mayo: "no sabe usted todas las tristes reflexiones que he hecho sobre su silencio en el curso del último año. Jamás he dudado de la fidelidad de su corazón, de la generosa, profunda y amistosa estimación que hace usted de mis pequeños méritos, de mis pequeños sufrimientos, de mis facultades y embarazos, del perdón que usted acuerda a mi culpa". Temía que la vejez hubiera entrado en escena y que todo hubiera callado. "¡Ay! muchas cosas se van, año tras año, al dominio de los Inmortales, lo que es indeciblemente bello, pero también indeciblemente triste... la soledad en que vivimos, si se tiene alguna espiritualidad, es bien grande en nuestra época". Y agregaba esta figura patética: "El aislamiento fantasmal de esta hora de medianoche, en medio del sordo y ronco concierto de la posteridad degradada y harta de Adán, hace muy precioso un hombre provisto de una voz articulada: "Centinela: ¿qué dices tú, entonces? Centinela: ¿qué hora de la noche es?"

Se refería luego a la "República modelo" y decía que el mundo entero era y fué siempre una "república de mediocridades"; dudaba del sufragio universal, y aun la democracia le inspiraba cuidados, no por ella, sino por el estado moral del mundo. Había viajado por Alemania y, luego de descubrir el paisaje alemán y el Rin, había ido a saludar la sombra de Schiller en la cámara mortuoria de Weimar, y la de Lutero en la celda de Wartburg. Los pensadores alemanes le habían sorprendido, especialmente los de Berlín a



quienes consideraba "inconscientes ejemplares de charlatanismo de alto potencial".

El 9 de setiembre le habla de Thackeray: "Es un joven gordo, gordo de cuerpo y de alma, con muchos dones y cualidades, sobre todo en el género de Hogarth, con un toque de Sterne, provisto además de un enorme apetito, y muy indeciso y caótico en todas las cosas, excepto en la educación exterior, la cual en él está bien vigilada y perfectamente de acuerdo con el estilo inglés moderno... Es un hombre corpulento, violento, lacrimoso, hambriento, no un hombre fuerte". He ahí otro retrato de la galería literaria de Carlyle.

En la carta de Emerson de 10 de agosto le decía que no osaba hablarle de América "a él, el europeo inveterado que defiende a buen derecho la civilización, las antigüedades y la cultura de Europa"; pero lamentaba no viniera a ver el nuevo continente y Nueva York, donde Thackeray había producido buena impresión. Decía que era aquel un país nuevo en que se edificaban rápidamente grandes fortunas. "Naturalmente, las comidas, el baile, los trenes lujosos son la única felicidad, y Thackeray no nos curará de esta enfermedad". E insistía: "¿por qué no viene usted?; si viniese, ciudades enteras saldrían a su encuentro".

El 11 de marzo de 1854 Emerson recordaba, al reprocharle su negligencia, la máxima que los franceses habían tomado de los indios: "No dejes crecer la hierba en el sendero de la amistad". "¡Ah! mi bravo gigante, le decía, usted no comprenderá jamás el silencio y la abstención de los que no son gigantes". Se refería luego a los famosos panfletos de Carlyle que continuaba leyendo, sin agotarlos, y al expresarle su admiración insistía en reprocharle que usara la sátira tan acerbamente contra "el pobre mundo".

En seguida su pluma trazaba un párrafo de exquisito afecto. Le decía que había oído decir que los diarios anunciaban la muerte de la madre de su amigo. "Me figuro su dolor. El mejor hijo no es bastante hijo. Yo he visto morir en mi casa, en noviembre, a mi madre, mi madre que había vivido conmigo desde mi nacimiento y conservado hasta el fin su corazón y su espíritu, claros e independientes. Es muy necesario que nosotros, los que leemos y escribimos, tenga-

mos madre, para impedir que nos transformemos en papel. Había hecho la experiencia de que su avanzada edad no era suficiente para hacerle soportar su muerte sin dolor".

Concluye esta carta Emerson invitando nuevamente a su amigo a ir a América, que crecía penosamente en ciudades, en riquezas, en poder y se preparaba a solucionar grandes cuestiones, como la de la esclavitud. "*John Bull* en su país, le interesa; es todo su tema. Venga aquí a ver la "*Johnathiensetion*" de *Jhon*". Carlyle le contestó el 8 de abril desde su solitaria casa de Chelsea. Le reiteraba en esta carta las expresiones de tierna amistad al único hombre que comprendía completamente su voz. "La soledad, el silencio de mi pobre alma, en el centro de este rugiente torbellino que se llama Universo, son siempre grandes y, a veces, extraños, casi asustadores. Tengo, yo también, muy cerca mío, dos millones de bípedos, sin plumas y que hablan... ¡Silencio, silencio!, me digo frecuentemente. ¡Calla, pobre loco, y prepárate para ese divino silencio que ahora no está lejos!".

En seguida, el hombre que con su pluma desencadenaba tempestades y cuyo mordaz humorismo era capaz de derribar templos, instituciones y humanos convencionalismos lanzaba esta desgarradora pero extrañamente serena página llena de inefable ternura: "Después de mi última carta he tenido que hacer y ver tristes cosas: la pérdida de mi querida y buena vieja mamá, que no podía conservar eternamente, me ha golpeado más de lo que se podía esperar, dada su edad y la mía; ha sido como una especie de bancarrota total. ¡Oh esos últimos días, ese último domingo de Noel! Fué para mí una verdadera madre, piadosa, valiente y noble; y ahora todo está concluído y el Pasado se ha tornado pálido, triste y sagrado; y jamás la potencia universalmente renovadora de la muerte, de eso que nosotros llamamos la muerte, me ha parecido tan extraña, tan cruel y tan inefable. No, cruel de ninguna manera, diría yo; profunda, *inefable* es la palabra justa. Usted también ha perdido su buena y vieja madre que conservó como la mía, el espíritu claro hasta el fin; ¡ay! es la más antigua ley de la naturaleza y, sin embargo, ella nos golpea a cada uno de nosotros con originalidad, como si esto no hubiera ocurrido antes".



En aquellos días su preocupación literaria era su estudio sobre Federico el Grande. Aunque insistía, no lograba adelantar; su personaje no le parecía suficientemente divino; bien lejos de eso, y él se sentía viejo y advertía su corazón cansado. Temía no poder escribir una palabra más. "Compadézcame, compadézcame; no sé a que costado volverme y mi tierra y mis Cielos se llenan de Caos, en forma que rara vez se ha visto en la literatura inglesa o extranjera; agregue a esto que esta entidad sagrada, la literatura misma, no aparece venerable a mis ojos, sino menos y cada vez menos". Pero le pedía que conservara esta confidencia "como un secreto de familia".

## IX

## EL PRECIO DE LA GLORIA

Transcurrió un año de silencio. Emerson lo interrumpió el 17 de abril de 1855. Le habían dicho que el astro de Carlyle ascendía día tras día. Ese era el hombre que algunos años antes estaba seguro que todos los hombres lo tenían por loco. Ahora todos, —hasta el *Times*— se le aproximaban y creían en él. Allí también, en el Nuevo Mundo, se creía en él. Las mismas objeciones de Emerson contra su amigo eran refutadas. Ante todo esto se decía a sí mismo que el amigo austeramente exigente que él había elegido y que había sido elegido por él, lo encontraba inerte y sin voz cuando todos lo elogiaban y lo amaban. Pero él no había cambiado; seguía fiel a la amistad y orgulloso de su genio a pesar de su silencio.

El filósofo de Concord pretendía definir gráficamente en esta carta al hombre americano de la época: "es un *pionner* y un hombre que tiene muchas manos, que lee su diario el sábado por la noche como hacen los granjeros y guardabosques. Admiramos la *megalothukia,* la manía de grandezas, y nos proponemos educar a nuestros hijos para un destino grandioso; pero no hacemos más que bosquejar todo esto, y acaso harán ellos lo mismo". En cambio Inglaterra se le aparecía

como el volcán rugiente del Destino que amenaza asar o ahogar a los pobres Plinios literarios que se le aproximan demasiado en busca solamente de reportaje.

Carlyle respondió prontamente a la voz de su amigo. El 13 de mayo, ansioso como estaba de sus cartas, le contestó, pero su humorismo estalló en este juicio tremendo: "Somos aliados de Luis Napoleón (un caballero que hasta ahora no ha dado más prueba que la de poseer cualidades de asaltante y que debe darlas de heroicidad bajo pena de irse al diablo) y bajo las órdenes del Mariscal Saint-Armand (que antes fué maestro de baile en esta ciudad y no ha cesado de ser un ladrón en todas), un jefe de género cómico pirata, que se parece tanto a un general como Alejandro Dumas se parece a Dante Alighieri". El sarcasmo alcanzaba a todos y él debió sonar a ruido de artillería en la serena granja de Concord, donde sólo se escuchaban "las voces celestes" del filósofo poeta.

Transcurrió un nuevo año de silencio. Emerson se había prometido enviar a su amigo la versión de cualquier hecho extraordinario que se produjera en el orden político, social o literario. El 6 de mayo de 1856 envió al "hombre formidable" la noticia del acontecimiento y el "cuerpo del delito". Este era un libro de versos. "El último verano, le decía, apareció en Nueva York un monstruo heteróclito, que tenía ojos terribles y la fuerza de un búfalo y el carácter indeclinablemente americano: tuve ganas de enviárselo: pero el libro fué tan mal recibido por algunas personas a las que se lo mostré, y las costumbres estaban de tal maneras ausentes, que no hice nada. Sin embargo, vuelvo a creer que debí enviárselo. Se llama *Leaves of Grass* y fué escrito e impreso por un ayudante de impresor de Brooklyn (Nueva York) de nombre Walt Whitman. Después de darle una ojeada, si usted conceptúa, como es posible, que eso es sólo el inventario de un almacén hecho por un simple tasador, puede usted prender la pipa con él". Emerson, el poeta de la serenidad y el espíritu, había adivinado al gran poeta revolucionario norteamericano cuando todos lo repudiaban por la novedad de la forma y la violencia y originalidad del concepto y, hallando, tal vez en él, secreta afinidad con el tempestuoso espíritu de su amigo, le envió el libro a título de sondaje espiritual.



Infelizmente no sabemos que pensó el filósofo de Chelsea del poeta de Nueva York. Nada le dice en su carta de 20 de julio, que es la más próxima al envío del libro. Sin embargo, si llegó a leerlo, sin duda encontró en él, en medio de la broza y del canto, el acento carlyliano y algunas de aquellas "cosas inefables y divinas" que proceden del misterio y que pocos hombres logran formular.

Luchaba aquellos días con *Federico* que le absorbía todas sus meditaciones. Poco después partió para Escocia. Desde Annan escribió el 28 de agosto. "Estoy en mi país natal cabalgando, tomando baños de mar, viviendo de la comida de campaña, no pronunciando una palabra, y he terminado ya la quinta semana; es un retiro como ninguna Trapa me lo podía ofrecer, un retiro sin cilicios, sin colchones de cardo y con devociones silenciosas". Allí, a Higlands, el correo le llevó el esperado libro de Emerson sobre Inglaterra. Al regresar a Londres, le escribió el 2 de diciembre: "en los últimos siete años no he puesto la mano sobre un libro parecido. Es la obra de un *hombre real*, que tiene ojos en la cabeza, nobleza, sabiduría, humor y muchas otras cosas en el corazón". Creía que solamente Franklin podría haber escrito este libro, pero claro que a su manera." El público inglés lo saboreaba y hacían lo mismo los hombres doctos. Esta carta terminaba con una queja: "Oh, amigo mío, consérveme siempre un rincón en su recuerdo; he estado muy aislado estos años, hundido hasta el centro de la Tierra, amenazado de ser, en mis días de vejez, estrangulado por los Pitones y los dioses de barro...".

Emerson le requirió noticias de su *Federico*. El 2 de junio de 1858 Carlyle le anunció la próxima aparición de los dos primeros volúmenes. "Es un mal libro, le decía, pobre, débil, deforme, casi sin valor (por la culpa de las pasadas generaciones y mía) y mi sola excusa es: no haber podido hacerlo mejor..." La idea de la declinación que trae la vejez le asaltaba en esta carta. Sin embargo, decía: "aunque quebrado y extraordinariamente abatido, no creo todavía que haya huesos rotos; la vejez, no obstante, ha llegado, y usted puede retener su camarote en el barco cuando desee..." En

la postdata hablaba de las desventuras conyugales de Dickens, que se había separado de su mujer. "Hace muchos años que eran desgraciados en la vida en común y a la larga han puesto fin a esa situación".

Emerson había recibido el *Federico* "emocionado y casi con lágrimas". Así se lo decía el 1.º de mayo de 1859. "Está soberanamente escrito. Creo que usted es el verdadero inventor del estereóscopo por haber revelado este arte en el estilo, mucho tiempo antes que hubiésemos cído hablar de aquél en el dibujo". Este concepto crítico sobre la plasticidad del estilo literario de Carlyle es realmente exacto y puede aplicarse a toda su obra.

Un año después, el 16 de abril de 1860, Emerson le envió un breve billete. "Siga amando a sus viejos amigos, le decía. No importa que le escriban o nó". Le instaba a que una vez que terminara el *Federico* fuera a América donde le esperaba una ovación. El le contestó que sus palabras sobre los dos primeros volúmenes del *Federico* habían estado presentes en su espíritu en medio de las tinieblas de los dos últimos años. Había sido su unico estímulo. "He leído algunas críticas de mi miserable libro y he rehusado leer centenares de otras". Elogios y censuras, pero jamás una estimación justa y exacta como la de su amigo. El *Federico* le abrumaba y no lograba concluirlo. El 29 de enero de 1861 le decía: "No lo terminaré antes de un año... y tengo el aspecto de debilitarme de mes en mes". Se refería al nuevo libro de Emerson *The Conduct of Life* y, al nacer su fervoroso elogio, le decía: "creo siempre que hay aquí en Inglaterra, en estado de mutismo, un gran número de almas pensantes que saben reconocer a un Pensador y a un Profeta de un tipo humano que no perecerá, y saludarlo como el más raro de los milagros...".

En 1862 apareció el tercer volumen de *Federico*. El 8 de diciembre Emerson le acusó recibo: "Lo he leído, primero concienzudamente por el aspecto histórico, luego me detengo y medito sobre la Musa que lo inspira y el amigo que lo escribe. Es un libro soberanamente escrito por encima de toda literatura, que dicta a todos los mortales lo que deben recibir como decreto del Destino y esencial a su salud...



Es la Declaración de los Derechos y Deberes de la Humanidad, la proclamación real del Intelecto subiendo sobre el trono, anunciando que, según su buen placer, antes como hasta esta hora, y ahora una vez por todas, el mundo será gobernado por el buen sentido y la ley moral o si nó marchará a la ruina".

En seguida examinaba el estilo del libro. "¡Que decir de la manera! El autor está en ella como Demiurgo, lanzando sus marionetas temblequeantes, elogiándolas y burlándose de ellas, encontrando placer en verlas representar bien, dándoles pequeños golpes en la espalda y saboreando las feas muñecas cuando se conducen mal, comunicando siempre con medida su sentimiento... dando al lector la impresión de que se halla en posesión de la historia entera, mirada desde un punto de vista central, que su investigación nada ha desdeñado, y que él abraza el minúsculo proyecto de Prusia de un golpe de vista alto y cósmico. Todavía me gusta más el sentido sólido y la independencia absoluta del tono capaz de llenar de espanto a los reyes".

Los espacios de silencio se hacen cada vez más extensos. Casi dos años transcurrieron sin una palabra. El 26 de setiembre de 1864 Emerson le acusó recibo del cuarto volumen de *Federico*. Fué su mejor lectura durante el verano y la única durante dos semanas. "Queda en Inglaterra, le decía, una cabeza sólida y un gran corazón, inconmovible, superior a sus propias excentricidades y perversidades, digamos mejor, llevándolas, según me parece, como un traje elegante o una cucarda roja". En tanto que Carlyle viviera, "Inglaterra poseería una garantía segura de poder". Recién el 14 de junio el historiador le anunció, desde Escocia, Annan, la terminación de *Federico*. Sentía agotadas sus fuerzas; no leía, no trabajaba, sólo aspiraba a recuperar las fuerzas en el país natal. Emerson leyó el libro en medio del júbilo de la paz que puso fin a la guerra de secesión. "No he encontrado en la obra ningún trazo de la vejez de que usted habla, le dice. En el libro la mano no tiembla". Le reprochaba sus juicios poco amables sobre América; le instaba nuevamente a visitarla a fin de que atenuara su impresión.

El 16 de mayo de 1866 el filósofo de Concord escribe a

su amigo una de sus más bellas y dulces cartas. Le acababan de dar la noticia de la muerte de la esposa de Carlyle. "Me he enterado del triste regreso a su casa vacía... El golpe largamente temido ha caído finalmente bajo la forma más dulce para la víctima, y endulzada para usted mismo por largas treguas renovadas. No puedo evitar juzgarla feliz hasta en la fácil partida, como ella lo fué en su serena y honrada carrera. Para nosotros mismos no quisiéramos, después de haber franqueado la cumbre de la montaña, contar ansiosamente los pasos descendentes o sacrificar con sentimiento algunos días de la decadencia. Y usted tendrá la tranquilidad de saberla liberada, al abrigo de toda nueva prueba. Me he sorprendido repitiendo antiguos versos dirigidos al alma que se va:

Tú no conocerás más vicisitudes humanas.
Y para tí la belleza ya no podrá morir.

Creo que hará treinta y tres años, en julio, que la ví por primera vez: su conversación y sus cumplidas maneras prometían un bello y feliz porvenir. No habiendo sido testigo de ninguna decadencia, me apena pensar en ella; recuerdo siempre vivamente a la joven, la gracia lijera con que ella hablaba de las cartas y homenajes que había recibido de Goethe, los detalles que daba de la visita que se proponía hacer a Weimar y de las contrariedades que le producía. No cesó de testimoniarme, lo mismo que a mis amigos, una perfecta bondad; todos los Americanos han hecho nuevamente su elogio... Desearía vivamente estar con usted en sus días de soledad".

Concluía confiando en que los amigos le acompañarían con su simpatía y en que el trabajo sería su consuelo. Lo sentía fuerte y tallado para la resistencia. Además, estaba seguro que "no dejaría de consultar los sagrados oráculos que, a veces, en estas horas en que el alma parece sumergirse, nos son acordados. Y si nunca nadie los conoció, usted los conocerá".

Carlyle había huído de la soledad de la casita de Chelsea. Estaba en Francia. Desde Menton, donde había ido a



pasear su soledad y su melancolía, recién le contestó el 27 de enero de 1867. Era un largo espacio de tiempo. "El más largo intervalo, decía, y seguramente un intervalo más triste que cualquiera de los producidos desde que, por la primera vez, nos encontramos en las landas de Escocia, hace algo así como treinta y cinco años. Vd. me ha dirigido también billetes y cartas bondadosas y reconfortantes, —casi la sola palabra humana que he oído de un ser viviente— y, sin embargo, no he podido romper mi silencio de piedra hasta este momento; aunque me lo propuse muchas veces, no he podido resolverme a ello. Pensará usted que yo he caído muy abajo, y que padezco una profunda depresión de corazón y de esperanza: — y, en verdad, es mi caso: soy casi sin esperanza y sin temor, un anciano grave y sombrío, silencioso y triste que tengo los ojos fijos sobre el abismo final de las cosas, en un mudo diálogo con "la Muerte, el Juicio y la Eternidad" (¡diálogo mudo de ambas partes!) sin interés alguno de discurrir con pobres semejantes en voz articulada sobre sus asuntos. Tengo razón y, sin embargo, por otra parte me equivoco. Siento muchas veces que valdría más estar muerto que ser indiferente como lo soy, despreciando, disgustado del mundo y de la ruidosa estupidez a la cual no tengo la menor idea de remediar, si me fuera necesario para ello levantar un dedo, atento solamente a encerrarme y a cerrar mi puerta". Agregaba en seguida como justificación: "Es verdad que he estado casi anonadado por esta horrible obra de *Federico* —doce años de lucha contínua con las pesadillas y las hidras subterráneas— casi anonadado, teniendo muchas veces la impresión de que lo sería todo y que moriría sin acabar este monstruo". Luego retomaba el melancólico recuerdo de la muerta y agregaba: "La calamidad de abril último me ha privado del pequeño todo que yo tenía en el mundo y no me queda un alma que pueda rehacer mi *home* en cualquier rincón que sea del universo. Alegre, heroica, tierna, sincera y noble, tal era ese tesoro que mi corazón ha perdido y que fielmente me acompañó en todos mis caminos rocallosos y mis ascensiones; sin ella, yo soy pobre para siempre... Todo el último verano, mi único consuelo en forma de trabajo fué, evocando, en plena luz, escenas pasadas, es-

cribir y clasificar viejos documentos y recuerdos que acababan de cerrarse para mi sin regreso... Ponerme a escribir mi propia *vida* no sería nada menos que horrible y jamás lo haría. La masa vulgar e indiferente que puebla la tierra, ¿qué tiene que hacer, le pregunto yo, con mi vida o conmigo? Que un noble olvido, que el silencio y el aliento azul de la Eternidad me absorba''.

## X

## LA TARDE CAE

Casi tres años permaneció en silencio después de esta carta Carlyle, y mudo también su amigo. El 18 de noviembre de 1869, desde Chelsea, el viejo y solitario filósofo recordaba a su amigo que hacía tres años que no le escribía, desde la carta de Mentón, trazada por ''el más triste, probablemente, de todos los hombres vivientes bajo los olivares y los naranjales de Liguria con sus umbrías sombras exóticas, sus sugestiones más sombrías todavía''. ''Sé muy bien, le decía, que si usted no me ha respondido, eso quiere decir simplemente: ''¡Ay! ¡qué palabras de consuelo puedo dirigirle que él no las conozca'' Y agregaba: ''Seguro es que entre las luces que han desaparecido o desaparecen todavía ante mis ojos, una después de otra, en virtud del inexorable decreto, en este mundo, ahora crespuscular y vacío, deploro muchas veces que nuestra correspondencia (sin orden absoluto del Destino) se haya extinguido o haya sido suspendida; pero interpreto este hecho como usted lo ve, y mi afecto, mis sentimientos fraternales hacia usted permanecen vivos y permanecerán tanto como yo mismo''. Y agregaba que ansiaba recibir la repuesta a esta carta ''antes que llegara el silencio final''. ''Tendría muchas cosas que decirle, muchas cosas lúgubres, pero también puede ser, que haya algunas cosas buenas y benditas, aunque serían las más tristes, y al mismo tiempo las más nobles, las más afectuosas y las mejores, como corresponde al poniente que se aproxima''.

Si no el poniente, la tarde avanzaba. ''El sol cae'', habría dicho él mismo. Carlyle ajustaba sus cuentas con la vida. Había resuelto legar a la Universidad de Harvard todas las obras que le sirvieron para componer su *Cromwell* y su *Federico*. Era un homenaje a la patria de su amigo



La vejez hacía su camino. El 24 de febrero de 1870 escribió a Emerson con dificultad y con lápiz. No podía escribir la larga carta que se había prometido. Su mano derecha sufría. Le acompañaba en la desolación de Chelsea su sobrina Marx, como una pequeña luz amiga en medio de su pequeña casa, ahora ''sombría, triste, pero llena de una belleza y de una solemnidad tierna que van creciendo sin cesar''. Esa belleza no se ha extinguido; está todavía allí, y es ella la que inspiró este ensayo.

Las últimas cartas de Emerson llegan a Chelsea como rayos de sol a un lugar subterráneo. Todavía insta al viejo amigo a ir a América. No hallaría allí más que respeto. ''Han sido olvidados sus brillantes pecados de la época de la guerra y de antes''. El no había cesado de explicar o justificar ''sus feroces expresiones respecto a América''. El genio tiene derecho a todo. No se puede exigir a Miguel Angel, a otros, a Carlyle, que renuncien a sus paradojas o acorten su paso de gigante para que caminen como las personas que desfilan por la vereda. Lo estimula de todas maneras. Le dice que pertenece a la raza de los gigantes y que no sabe nada de la debilidad y de las depresiones del temperamento de los hombres rubios; agrega que no hay ejemplo de fidelidad como el suyo; que es su más rara felicidad haber sido casi su contemporáneo y su amigo, haber podido descubrir el astro nuevo por la rareza de su luz, casi antes que apareciera a los hombres de oriente.

Carlyle da las gracias a su amigo por todas sus bondadosas palabras, por la forma en que le abre las puertas de su corazón en Concord. El 2 de abril de 1872 le escribe la última carta; ¡melancólica carta!, pero en ella hay una bella profecía que debió haber llenado de contento a Emerson. ''En la horrible confusión de anarquía bajo el cual se presentan actualmente a mi contemplación desencantada todos los pueblos ingleses, encuentro un consuelo que me reconforta al pensar que habrá allá lejos de aquí, a cincuenta años, más

de un millón de hombres y de mujeres capaces de leer a Shakespeare y la Biblia inglesa; como la historia (igualmente bíblica y noble durante un largo período) de la Madre Patria, — y de hacer, a menos que el Diablo no se apodere de ello, lo que hicieron sus abuelos, o mejor aún, si tiene valor para ello".

Hacía luego el apasionado elogio de Ruskin, que fué su discípulo y continuador, y cerraba para siempre su correspondencia con estas palabras triviales, pero que el silencio hizo luego simbólicas: "¡Ay! he aquí el final de mi papel, querido Emerson, y tenía todavía que decirle todo un caos de cosas".

Realmente fué aquel el final de la correspondencia entre los dos amigos. No volvieron a escribirse durante los años que sobrevivieron a esta última carta. Se vieron, sin embargo. Emerson estuvo en Inglaterra en el verano de 1872 y volvió de nuevo el año siguiente. En ambas ocasiones fué a golpear la puerta de la casita de Chelsea.

El tiempo había nevado sobre las cabezas de ambos. Ya no eran los hombres llenos de ardor que se vieron por primera vez, hacía cuarenta años, cuando Emerson cayó como un enviado celeste en la soledad de Craigenputtock. Setenta y seis inviernos habían arado hondo en la frente del "hombre gigante" de Chelsea; se hallaba ya en los umbrales de los setenta el filósofo y poeta de Concord. ¡Cómo desbordaría el pensamiento en la mente de ambos y cómo latirían sus corazones rebosantes de amistad inmarcesible! Se estrecharon en apretado abrazo, se miraron a los ojos, balbucearon extrañas palabras, y luego quedaron sumidos en profundo silencio sin acertar a formular palabra alguna.

El salón de Chelsea fué testigo de la escena y allí están todavía, junto a la chimenea, los sillones en que los amigos permanecieron en largo y mudo coloquio, viendo desfilar las sombras que habían llenado cuarenta años de intensa vida. La palabra humana no intetrrumpió el silencioso diálogo de aquellas dos grandes almas. Luego, los amigos se abrazaron estrechamente, y se despidieron hasta la Eternidad.

Varios años vivieron todavía. Carlyle fué el primero en partir; se fué un día del invierno de 1881; al año siguiente lo siguió Emerson cuando despuntaba la primavera. Ambos,



a pesar de sus limitaciones, reservas y rebeldías se encontraron en Dios, creyeron en la inmortalidad del espíritu, en la vida de ultratumba, en los países inefables y celestes en que reposan definitivamente las almas. En ellos reanudaron sin duda el diálogo inmarcesible.

Londres, 1929 - 1936.

Nota. Además de los papeles originales examinados, a simple título de sugestión, que le han permitido aventurar algunas interpretaciones originales, el autor ha utilizado para su glosa las epistolarios publicados y, especialmente, la excelente traducción francesa de las cartas cambiadas entre los dos amigos de 1834 a 1872 realizada por E. L. Lepointe, apasionado admirador del escritor inglés que logró vencer las dificultades que ofrece la prosa de Carlyle para ser vertida a extranjero idioma. y animar, a menudo, la versión, con el soplo carlyliano.

# Glosa de Amiel

## I

### EL "OASIS" DE CLARENS

"He reconocido en el "Ooasis" de Clarens el paraje donde me gustaría dormir. Aquí me rodean mis recuerdos; aquí la muerte se asemeja al sueño y el sueño a la esperanza". ¿Cómo pasar junto a Clarens, al bordear el lago Léman, corriendo en pos de los fantasmas de Juan Jacobo, de Corina, de Byron, de Shelley, de Lamartine sin trepar el camino alto que lleva de Vevey a Montreux, y llegar hasta el "Oasis", el pequeño cementerio donde, cumplido su deseo, reposa Enrique Federico Amiel,

Entre le clair miroir du lac aux vagues bleues
Et le sombre manteau du Cubly bocager...?

Delicioso viaje. Se camina a la sombra de los castaños y de las hayas por la senda bordeada de vallados de zarzas, mirtos y lilas en flor. A lo largo del camino se recuerda a Töpffer y se sueña con las románticas peregrinaciones de Saint Preux cuyos pies hollaron estos senderos; pero, sobre todo, se busca "cierto caminito, reino del verde, con surtidor de agua, sotos, ondulaciones del suelo y abundancia de aves canoras" que él frecuentó. Por allí se llega al pequeño pórtico del jardín de los muertos, poético camposanto que él mismo cantó con morosa melancolía:

Calme Eden, parvis discret
Qui fleurit toute l'année.

Los senderos discurren entre las piedras musgosas, en las que se leen desconocidos nombres de extranjeros que fue-

ron a pedir salud al lago y la montaña y sólo encontraron un sitio donde reposar para siempre en el romántico jardín suspendido sobre las aguas del Léman, frente a la maravillosa escenografía de los Alpes. Allí duerme, en un poético rincón que él mismo eligió muy poco tiempo antes de morir, el penitente del "Diario Intimo". Los cipreses prestan sombra a la romántica tumba, los rosales trepan por la reja de hierro, las lilas, las prímulas y los oxiacantos le dan abrigo y follaje, los elegantes rododendros y las frágiles anémonas asoman sus corolas multicolores, las amarillas gencianas acarician con sus hojas largas y lustrosas la losa donde está grabado el melodioso nombre. En el jardín los ruiseñores entonan su *ritornello,* los pinzones, con su rojo collar, y las ágiles oropéndolas, con sus vestidos tornasolados, bajan a beber las gotas de rocío que el alba deja olvidadas en el césped, las abejas liban los nectarios repletos, las mariposas blancas, como cándidos *edelweiss* que la brisa trae desde la montaña, vuelan de flor en flor, y el agua que desciende de las torrenteras murmura entre los guijarros. A lo lejos, todas las voces de la naturaleza se extinguen; las hayas y los pinos parecen procesiones de monjes silenciarios que trepan las laderas de los montes.

Allí iba a menudo a pasear su tristeza y a dialogar con el Rey de los Espantos; entre esas tumbas discurrió el enlutado Hamlet ginebrino buscándose a sí mismo sin hallarse, perseguido por la duda y confortado por la fe, agitado, siempre, por la inquietud y la angustia de lo desconocido. Allí recibió la revelación del mal incurable que le mató. Allí sintió, al fin, que la muerte se asemeja al sueño y el sueño a la esperanza.

El maravilloso paisaje parece realmente un sueño. El espejo de las aguas se extiende desde la cintura de los collados, llenos de vergeles, viñedos, bosquecillos y deliciosas villas, hasta las bocas del Ródano, la ribera de Saboya y las lejanías de los Montes del Oeste. El lago refleja el color del cielo y la imagen invertida de las montañas. Las blancas velas que surcan las ondas se confunden con las gaviotas que planean sobre el líquido cristal. Cendales de bruma, levementes irisados, se desprenden de la superficie y envuelven las colinas, detrás de las cuales se levantan las cresterías de los Alpes y resplandecen las nevadas cimas. De un lado, sobre la montaña, se dibujan los torreones de Chatelard, del otro, hacia la garganta del Ródano, cerrada por los dientes del Medio Día y el Monte Blanco, hunde sus fundaciones en el lago el romántico castillo de Chillón.



Todo allí tiene la belleza objetiva de la forma y del color y esa otra honda e indescriptible belleza que le presta el recuerdo. Es aquel el maravilloso país de Rousseau, "la cuna del verdadero amor", como lo llamó Byron. En la ribera saboyana están las sendas que aquél recorrió, embriagado del recuerdo de Madame Warren, y, a un paso de Clarens, está el teatro de los ensueños de Saint Preux. "Id a Vevey — dice Juan Jacobo en sus "Confesiones" — visitad el país, examinad los sitios, pasead por el lago, y decid si la naturaleza no ha hecho ese bello país para una Julia, para una Clara y para un Saint Preux; pero no los busquéis".

¡Cómo no buscarlos! ¿No están allí los senderos por donde los amantes de "La Nueva Heloísa" pasearon sus ensueños, sus angustias, sus remordimientos y su melancolía; no se reconoce allí el romántico *bosquet* del abrazo fatal; no se ve, acaso, en la ribera opuesta, la blanca mancha de la *Meillerie;* no es aquella la isla donde zozobró la barca que condujo a los amantes; no está allí aún, junto al castillo de Chillón, el muelle desde donde Julia, para salvar a uno de sus hijos, se lanzó al lago en cuyas ondas encontró el mal que le costó la vida?

¿Cómo no buscar también otras sombras? Ese mismo castillo de Chillón, ¿no fué, acaso, donde Childe-Harold tomó tierra una noche de tempestad, envuelto en su capa enlutada?

Byron, comme un lutteur fatigué du combat,
Pour saigner et mourir sur les rives s'abat.

¿No está todavía inscripto en la columna de la prisión de Bonivard el nombre del poeta? ¿No está allí también, en la otra ribera, "la encantadora villa Diodali", llena de recuerdos de él y de Shelley, peregrinos de la montaña y del lago, cuyas aguas surcaron con el libro de Rousseau bajo el brazo? ¿No vino tras ellos Lamartine a recorrer los mismos sitios, a buscar en Coppet la poética tumba

Oú Corinne repose au bruit des eaux plaintives,

a discurrir por los senderos de Clarens, "fantástico reino de los sueños de Rousseau?" ¿No le siguió Alfredo de Musset en la romántica peregrinación y no está en Vevey la pequeña posada donde vivió el poeta de las "Noches"?

Todas estas fueron sombras amigas del melancólico profesor ginebrino. Anda por allí otra sombra, — ingrata sombra, — la única, tal vez, que no fué amable ni tutelar para él, quien jamás halló en la sarcástica sonrisa de Voltaire ni alimento para sus sueños ni estímulo para sus dudas. ¿Qué podía ofrecer el espíritu seco, preciso, ordenado y burlón del señor de Ferney a aquél que fué todo sensibilidad, vaguedad y cambio, desmaterialización y éxtasis, gravedad y melancolía?

En cambio, ¡cuánto dialogar con las sombras hermanas o amigas! Con Juan Jacobo, de cuyo peligroso encanto quiso defenderse, pero cuya embriaguez lo poseyó a pesar de su resistencia; con René, en quien reconoció un hermano de tormento; con Corina, cuyo reino visitó a menudo; con Töpffer, sobre quien escribió páginas deliciosas; con Byron, cuyas pasiones tempestuosas le causaron espanto pero lo llenaron de enajenamiento; con Shelley, cuyo sereno panteísmo le conquistó y, a través del cual, amó también a Wordsworth; con Lamartine, cuyas melancólicas estrofas repitió con deliquió.

Toda la ribera del lago Léman es una caja resonante de recuerdos. Cada senda que se recorre, cada piedra que se pisa, cada ciudad o aldea que se cruza, cada árbol debajo del cual se reposa tienen una expresión y un lenguaje que el alma interpreta y entiende. "Tu atmósfera, escribió el poeta inglés, es el juvenil alimento del pensamiento apasionado, tus árboles hunden sus raíces en el amor".

Nadie penetró como Amiel ese lenguaje ni nadie amó más que él este maravilloso rincón del planeta. Con razón eligió los seis palmos de tierra del camposanto de Clarens para dormir en paz.



## II

## EL "CASO" AMIEL

"¿Qué he sido? ¿Qué soy? En verdad me hallaría perplejo para decirlo..." escribió Stendhal en un momento de íntimo abandono, cosa rara en este escritor siempre en guardia contra los demás y contra sí mismo. Estas dudas no persistían en el espíritu de aquel hombre hecho para la acción, y fué así que luego estampó, orgullosamente, estas palabras que fueron una verdadera profecía: "Yo seré comprendido hacia 1880". No se equivocó. "Adivinación sorprendente" llama Bourget a este gesto de orgullo.

Amiel, en cambio, vivió y murió en la oscuridad, convencido del irremediable olvido que caería sobre su nombre y de la inutilidad de su obra. Pocos días antes de su muerte escribió estas melancólicas palabras en su dietario: "Concluiré en las arenas como el Rhin; se acerca la hora en que desaparecerá mi hilito de agua". Antes, en uno de aquellos enajenamientos de renunciación esencial, que a menudo le poseían, había hecho la confesión suprema de la inutilidad de su vida y de su obra. "¿Qué es lo que he sabido sacar de mis dotes, de mis circunstancias particulares, de mi medio siglo de existencia? Todos mis papeluchos, mi correspondencia, estos millares de páginas íntimas, mis cursos, mis artículos, mis rimas, mis diversas notas ¿son otra cosa que hojas secas? ¿A quien ni a qué habré sido yo útil? ¿Durará mi nombre un día más que yo, y significará algo para alguien? Vida nula. Muchas idas y venidas y muchos garrapatos, ¿para qué? En resumen: Nada".

Este sí que se equivocó. Apenas sus amigos lanzaron al mundo, como tributo póstumo, las páginas del "Diario Intimo" la celebridad se apoderó del nombre del oscuro profesor ginebrino. Desde entonces no ha cesado de crecer su gloria literaria.

¿Por qué? ¿Es que las páginas del "Diario" le revelaron como pensador excepcional, como extraordinario filósofo, como gran artista, como gran escritor siquiera? No es eso. Hay

en este autor un pensador de noble estirpe, pero mediocre, que tuvo puestas constantemente las gafas del trascendentalismo, que vivió encaramado en las nubes, que se elevó siempre a los orígenes de la fenomenalidad, o lo que es lo mismo, que se apartó de las realidades tangibles para vivir en el mundo de las inciertas interrogantes. Es un filósofo sin originalidad, embriagado de metafísica y de absoluto, ondulante entre la duda esencial y la fe primitiva. Es un artista de exquisita sensibilidad, admirablemente dotado para la función receptiva, pero limitado en sus recursos de realización objetiva. Es un escritor original, densamente emotivo, a quien se le hacen demasiadas reservas retóricas para que se le pueda presentar como modelo de prosa francesa.

¿Cuál es la causa, pues, de este eco que se prolonga a través del tiempo y de las generaciones y que cada vez halla mayor resonancia en las almas? ¿Es que el "Diario Intimo", esta "crónica de los sufrimientos de un alma", como lo llama Scherer, esta "larga y difusa monografía de un alma", como aclara Bourget, constituye un espectáculo capaz de seguir interesando a los hombres que se han sucedido en los últimos sesenta años? ¿Es que esta alma puesta al desnudo fué tan grande, tan admirable, tan extraordinaria que el mundo puede hallar deleite en su morosa contemplación? ¿Es que siquiera la vida reflejada en las páginas de este "Diario" tiene tan picante y continuado interés como para que los espectadores sigan acudiendo en multitud a contemplarla?

Lo que hay, en realidad, es que, el "Diario", además de ser un gran espectáculo y de reflejar las inquietudes de una gran alma, y referirse a las especulaciones de una mente austera y a la intimidad moral de un noble ejemplar de la especie humana, tiene verdadero valor épico, puesto que responde a aquel fondo de ansiedad y de ensueño que unos más que otros, todos los hombres llevan oculto en su ser espiritual. Este libro es una obra de arte, pero es, además, un devocionario de la melancolía, un libro de horas de la tristeza, un sutil tratado de la enfermedad moral que fué llamada por nuestros abuelos "mal del siglo", en el cual todos los hombres encuentran algo que corresponde a la oculta intimidad, a ese mundo interior, cerrado a los demás, al que penetramos con



el alma desnuda y el corazón suspenso, en el cual hallan récipe y cordial esos seres, más numerosos de lo que se supone, cuyo estado moral pintó el penitente al describir su propio estado de alma con estas palabras: "todo esto no sería nada sin otro instinto, el instinto del Judío errante, que me arranca la copa donde he refrescado mis labios, que me prohibe el goce prolongado y me grita: "¡Marcha, no te duermas, no te apegues, no te detengas!" Este sentimiento inquieto no es la necesidad de cambio, sino más bien el miedo de lo que prefiero, la desconfianza de lo que me encanta, el malestar de la dicha". Y para precisar ese estado de alma agrega esta dolorosa confesión: ¡"Qué naturaleza tan singular y qué inclinación tan extraña! No atreverse a gozar candorosamente, con sencillez, sin escrúpulos, y retirarse de la mesa temeroso de que la comida no termine. ¡Contradicción y misterio! No usar por el temor de abusar; creerse obligado a partir, no porque uno se haya saciado, sino porque se ha descansado. Siempre soy el mismo: el ser errante sin necesidad, el desterrado voluntario, el hombre sin reposo, el eterno viajero que, arrojado por una voz interior, no construye, no compra ni trabaja en ninguna parte, sino que pasa, mira, acampa y se va".

Pasa, mira, acampa y se va. Mas, fuerza es advertir para que se aprecie este estado de alma que este "eterno viajero" apenas si abandonó su ciudad y su montaña, que sus viajes se realizaron casi exclusivamente a través de los misteriosos países de su alma, que fué por ellos por los que constantemente peregrinó, que fueron sus sombríos paisajes los que miró, que fué en sus desolados valles donde acampó, que fué de sus simas de las que huyó.

¡Cuántos hombres realizan constante y secretamente estas peregrinaciones imaginarias y sufren esta misma inquietud y tortura! Para ellos ha sido escrito este libro. El "Diario" es el ambiente natural de los que participan de ese estado ansioso: raza de almas atormentadas, casta de soñadores, melancólica muchedumbre de seres dolientes que no tienen paz ni sosiego, consuelo ni esperanza, alegría ni amor, y a quienes Stendhal llamó "mártires sin Dios y sin fe, pero mártires". Las páginas de este libro forman la patria espiritual de todos esos hombres que parecen planear sobre la realidad del

mundo, y para quienes la vida ordinaria es un suplicio, que esperan lo que no ha de llegar, que se sienten atormentados por la sed insaciable de lo que no ha de ser y torturados por la inquieta angustia de desear, el dolor de vivir y el secreto terror de morir.

## III

## LA INQUIETUD RELIGIOSA

El proceso de la vida interior de Amiel tiene hondo sentido religioso. La Revelación y el dogma fueron el punto de partida de sus especulaciones. Protestante por tradición y por educación, sintió a menudo la atracción de las ceremonias de la Iglesia Católica y del profundo simbolismo de su liturgia. En todo ello, su natural, hecho a la ternura y al ensueño, hallaba motivos de embriaguez y transporte. La severidad y sequedad del culto luterano lastimaban su sensibilidad. "Nuestros templos anota, están demasiado cerrados... Nuestra Iglesia ignora estos sufrimientos del corazón, no los adivina, tiene poca previsión compasiva, pocas consideraciones discretas por las penas delicadas, ninguna intuición de los misterios de la ternura, ninguna suavidad religiosa. Hemos perdido el sentido místico, y sin él, ¿qué es la religión? Una flor sin perfume?"

Buscaba, pues, el afecto paternal, el sentimiento de simpatía y comprensión, la ternura compasiva, el bálsamo de consuelo, y buscaba, sobre todo, el arrobamiento místico, el estado de beatitud y éxtasis que Huysmans encontró en el camarín subterráneo de la catedral de Chartres y que él no pudo encontrar bajo las bóvedas de la iglesia de San Gervasio de Ginebra. Perdido en el desnudo templo protestante exclamaba: "Me hace falta un cristianismo menos solitario... Me falta algo, el culto, la piedad positiva y participada. ¿Cuándo se constituirá la Iglesia a que pertenezco de corazón?"

¿Cuándo? ¿No estaba hacía siglos constituída? ¿No se hallaba allí, próxima a él, sin que acertara a verla y, sobre todo, a penetrarla y comprenderla? Esa exaltación espiritual, ese encendido sentimiento de amor y ternura, esa efusión íntima, esa necesidad de confidencia, ese perpetuo estado de confesión ¿no habrían hallado su natural ambiente en la Iglesia universal. en el tribunal de la penitencia, y en la Eucaristía? ¿No es, acaso, seguro que esta alma inquieta habría encontrado en todo ello, en lugar del implacable Dios de justicia que se le ofrecía, al Dios de amor, en lugar del Dios juez, al Dios padre, y, sobre todo, en lugar del *amor intellectualis* que creyó encontrar en el árido vacío del concepto spinozista, el amor verdadero, el único capaz de saciar su corazón y apagar su sed espiritual? ¿No tuvo, tal vez, la intuición de ello cuando, en un instante de enjaenamiento místico, escribió estas palabras que parecen desprendidas de la Imitación: "Gracias, Dios mío, por la hora que acabo de pasar en tu presencia. He reconocido tu voluntad, he medido mis culpas, contado mis miserias, sentido tu bondad en mí. He saboreado mi nada. Me has dado tu paz"?



Infelizmente la paz fué ave de paso en su espíritu. Si la índole de su sensibilidad hallaba tierno acomodo en las ceremonias de la liturgia católica, en cambio, la polaridad de su inteligencia religiosa, sutilmente analítica y especulativa, tendía a la emancipación luterana y al libre examen que fueron los caminos por donde llegó a aquel punto extremo de su exaltación mística en que, fuerza le fué desprenderse de toda realidad religiosa para dar el gran salto en el absoluto y despeñarse por los mundos desiertos y desolados, el *inania regna* ya visitado por el pensamiento de Spinoza.

En el "Diario" se halla menudamente expuesto este proceso. La primera línea, dice. "No hay más que una cosa necesaria: poseer a Dios". El comentario que fluye, en seguida, de este pensamiento tiende, todo él, a explicar las relaciones del hombre con Dios y cómo es lo mejor vivir en El. Esta aspiración a Dios tiene, naturalmente, su disciplina. "Renuncia a ti mismo, agrega, y acepta tu cáliz con su miel, y, no importa, también con su hiel. Haz que Dios descienda a tí, embalsámate de El por anticipado, haz de tu alma un templo del Espíritu Santo, haz buenas obras, haz a los otros felices y mejores". Todo esto es profundamente cristiano, pero ya se anuncia en ello una especie de emancipación mística, una como manera de desmaterialización y de despersonalización.

"Tratándose de Jesús, es preciso no creer más que en El", escribe poco después; mas, vencido el espontáneo movimiento de elevación religiosa por el espíritu crítico, agrega: "es preciso descubrir la verdadera imagen del fundador tras todas las refracciones groseras, a través de las cuales, más o menos alterada, ha llegado a nosotros". Y para que no se dude de que este pensamiento empieza a desplegar sus alas en las sombras del absoluto, anota: "Revelación, redención, vida eterna, divinidad, humanidad, propiciación, encarnación, juicio, Satán, cielo, infierno; todo esto se ha materializado, groserizado, y presenta esa extraña ironía de tener un sentido profundo y ser interpretado carnalmente". "Quiérase o no, — agrega, — hay una doctrina esotérica. Hay una vinculación relativa: cada cual entra en Dios en la medida que Dios entra en él". Poseído por este concepto personal y lanzado ya por la vía spinozista anota: "Si quiere triunfar del panteísmo, el cristianismo debe absorberlo". Y disgustado con el dogma histórico, agrega: "A nuestro siglo le hace falta una nueva dogmática, esto es, una explicación más profunda de la naturaleza de Cristo y de los fulgores que proyecta sobre el cielo y la humanidad".

Emancipado de la dogmática, su inteligencia religiosa, corroída por el veneno del espíritu de análisis y también por la insatisfacción a que lo condujo el vicio de las estériles especulaciones, no halló solución ni sosiego. Todas las religiones y sistemas filosóficos se le aparecieron como incompletos, carentes de la suma de vida universal y limitados en su concepción de la realidad. Pretendió sustituir la Revelación, el dogma y el culto por un estado de iluminación interior capaz de todas las interpretaciones, sino por la vía del entendimiento, por la del sentimiento. Cayó así en un vago panteísmo que concluyó por poseerlo, absorberlo y sumirlo en un estado de mortal ensueño. Fué una especie de desmaterialización, de abolición del ser para penetrar todo él y diluirse en el alma universal, en busca de un estado de beatitud extática. Llego a tal estado de espiritualización que su caso recuerda el de los grandes místicos. Solamente que éstos tuvieron en su pensamiento y en su vida interior un objeto determinado y su vida espiritual tendió a la santificación y a la obtención, cada vez más



perfecta, de la gracia. El transporte místico que busca a Dios es un estado gozoso; cuanto más próximo se siente el objeto, más intenso es el gozo, más plena la confianza y más honda la serenidad. Este melancólico viajero de las sombras no conoció jamás ese estado; vagó, sin norte y sin objeto por el mundo inmaterial y buscó sin hallarla la satisfacción de los requerimientos imperiosos de la razón y la inteligencia. "Yo oscilo entre la melancolía desolada y el dulce quietismo". Solamente logró alcanzar "el dulce quietismo", y eso, a veces.

Ese quietismo fué una especie de anulación de la conciencia, de desintegración de la personalidad, de anestesia de la sensibilidad, de abolición de la voluntad, de verdadero nirvana. El ha descripto ese estado con la morosa delectación con que se recuerdan los instantes de felicidad. "Puedo estar fuera de mi cuerpo y de mi individuo; yo estoy despersonalizado, suelto, volado". "Es un estado singular, precisa. Todas mis facultades se van como un manto que se deja, como el capullo de una larva". Se convirtió así en una melancólica sombra, en un doliente fantasma. La vida de relación llegó a cobrar en él carácter sonambúlico. "Leo, hablo, enseño y escribo. No importa, es como sonámbulo". "Hay días, agrega, en que todos estos detalles me parecen un sueño, en que me admiro del pupitre que está bajo mi mano, de mi mismo cuerpo; en que yo me pregunto si hay una calle delante de mi casa, y es verdaderamente real toda esa fantasmagoría geográfica y topográfica. La extensión y el tiempo vuelven entonces a ser simples puntos. Asisto a la existencia del espíritu puro, me veo *sub specie aeternitatis*".

Estos estados de embriaguez psíquica, que recuerdan la facultad de espiritualización de los *chamas* de la teosofía oriental, sólo sirvieron para hacer más dura y dolorosa la vuelta a la realidad, más profundo el vacío, más torturante la duda, más insoportable el vivir. De vuelta de unos de esos viajes siderales exclama: "La realidad, lo presente, lo irreparable, la necesidad, me repugnan y hasta me espantan... La vida práctica me hace retroceder". A él, que en su paraíso artificial pretendía ver los tipos, el fondo de los seres, el sentido de las cosas, al volver a la realidad, toda forma le parecía una violencia y una desfiguración y todo acto se le hacía intole-

rable. "Mi cruz es la acción", exclama, y descubre, en seguida, el terrible morbo que devora su vida de relación; "Como un acto es esencialmente voluntario, obro lo menos posible".

La voluntad, la facultad motora y libre del alma, fué sacrificada en esta inútil lucha. ¡Miserable condición! Abdicación de lo que realmente tiene de capaz el hombre en el orden de la creación y de la realización. Apartamiento definitivo de la vida social y útil a los demás y a sí mismo para sumergirse en la contemplación sin objeto, en la quietud egoísta, en el renunciamiento sin mérito. Anulación de la personalidad, repudio de la misión del hombre, evasión anticipada de la vida, vida aparente, pero sólo muerte. He aquí la poetización, pero la realidad de su terrible anonadamiento: "Me siento mudar, dice, o más bien volver a entrar en una forma más elemental; asisto a mi desmembramiento. Yo olvido aún más de lo que soy olvidado. Entro todavía dulcemente vivo en el ataúd. Experimento algo como la paz indefinible del anonadamiento y de la quietud vaga del nirvana; siento ante mí y dentro de mí pasar el rápido río del tiempo, deslizarse las impalpables sombras de la vida, y lo siento con tranquilidad cataléptica".

Este estado "fluído, vago e indeterminado" fué un mar aparentemente tranquilo y silencioso, pero lleno de ocultas sirtes, porque esta emancipación del mundo de las realidades no fué capaz de domeñar los asaltos de la sensibilidad y las exigencias de la vida afectiva.

Veamos como se confiesa a sí mismo. "La gran contradicción de mi ser, exclama, es un pensamiento que quiere olvidarse en las cosas y un corazón que quiere vivir en las gentes". Antinomia irreductible. El pensamiento quiere emanciparse del mundo; pero la sensibilidad lo retiene. Su ser sensible se moría de sed de amor, de simpatía; pero era incapaz de saciar aquella sed, de buscar el objeto de sus sentimientos, de ir a él. "Yo a quien la soledad devora y destruye, me encierro en la soledad y tengo todas las apariencias de no complacerme más que conmigo mismo, de bastarme a mí mismo". Pero la realidad era otra. Esta soledad fué para él constante tortura. No le dió paz, ni consuelo, ni descanso. Le hizo caer



en una vaga angustia sin motivo y sin objeto, como la de los atacados de melancolía ansiosa.

Así destruyó su ser espiritual y se halló en aquella patética situación por él tantas veces descrita en que "todo se tambalea, vacila y tiembla alrededor del hombre y se oscurece en las lejanas tinieblas de lo desconocido", en que el "mundo no es más que una ficción o hechicería y el universo una quimera", en "que todo el edificio de las ideas se desvanece en humo y todas las realidades se convierten en duda".

Atravesaba una crisis de angustia esencial cuando escribió estas terribles palabras: "El grano de trigo molido en harina ya no puede ni germinar ni crecer". No hay frase del "Diario" que refleje con más patética fuerza que ésta el drama de la vida espiritual del autor. En ella está sintetizada la devastación que en su alma hizo el espíritu de análisis erigido en norma del pensamiento y en implacable fiscal de todas las acciones del hombre. Su alma amplia y generosa, capacitada para el ejercicio de las grandes virtudes sociales, perdió, primero la espontaneidad y, luego, la libertad al ser estrechada por el cerco del análisis que bien pronto destruyó su voluntad y se convirtió para aquélla en cárcel y tortura.

Dios verdadero, vida, hombre, sociedad, amor fueron los leños que alimentaron esta insensata hoguera que todo lo destruyó. Ante las desoladas cenizas, ante los resultados del devastador análisis lanzó en la soledad sus más desgarradores lamentos. Se volvió al Dios verdadero y lo buscó en las tinieblas, entre transportes de fe y gestos de duda; se encaró con la vida y la consideró frente al enigma del espacio y del tiempo, entre espasmos de angustia y gemidos de dolor; quiso mezclarse con los hombres y retornar a su sociedad, pero se sintió incapaz de ello; pensó en el amor, pero, sin atreverse a llevar la copa a los labios, sólo atinó a reconocer que el amor es una fe, que esta fe es una felicidad, una luz y una fuerza. Y al contemplar su existencia destruída y la soledad de sus ruinas confesó que no se entra más que por el amor en la cadena de los vivos, de los dispuestos, de los dichosos, de los rescatados, de los verdaderos hombres que saben lo que vale la existencia y que trabajan en la gloria de Dios y de la verdad. Este fué su *De Profundis* sentimental y la confesión de que él

se sentía definitivamente impotente para reincorporarse al mundo de la realidad.

¿Qué halló, pues. en el *inania regna?* ¿Qué trajo de sus excursiones a través de lo que él suponía la esencia eterna e infinita? ¿Qué trajo? El lo reveló con aquella palabra desoladora y lapidaria que solía emplear en castellano, acaso porque su rotundidad fonética la daba la completa sensación del vacío: "¡Nada!".

Bourget, que tanto le amó, dice que el "Diario" fué el instrumento cotidiano del homicidio; del suicidio debió, tal vez, decir.

## IV

## EL DIALOGO CON EL REY DE LOS ESPANTOS

Cuando tuvo la revelación de la enfermedad de que debía morir, este hombre que tan poco se curaba de la vida exclamó, sin embargo, con espanto: "¿Es seguro que esto se refiere a mí? ¡Humillaciones incesantes y crecientes! Mi esclavitud se hace más pesada y mi claustro más estrecho". ¿Era el secreto amor a la vida? ¿Era el más secreto terror a la muerte? Más tarde agregó: "Marcharse todo de una vez es un privilegio; tú perecerás a pedazos. Sométete. La rabia sería insensata e inútil". Y, en seguida, lo poseyó el sereno pensamiento de Dios y terminó la confesión del día con esta frase digna de un santo: "¡Hágase tu voluntad!"

Desde entonces comenzó el diálogo con el Rey de los Espantos. Fueron años en que la idea del fin le obsesionó como un *leit motiv* y en que todo lo dispuso para la partida. Ya ni emprendió nada ni soñó en emprenderlo. "Sé que no se realizará ni uno siquiera de mis deseos, y hace mucho tiempo que ya no deseo nada. Acepto solamente lo que viene a mí, como la visita de un pájaro sobre mi ventana. Me sonrío; pero sé muy bien que el visitante tiene alas y que no permanecerá mucho tiempo".

La inquietud de la muerte hizo reaparecer nuevamente, entre los melancólicos nublados del crepúsculo, el rostro de "Aquél en quién es preciso creer", de Aquél a quién en su



juventud invocaba al decir: "Haz que Dios descienda a tí, embalsámate de El por anticipado, haz de tu alma un templo del Espíritu Santo". Nuevamente buscó a tientas "la presencia de Dios", se consoló con el pensamiento de "la ternura del Todopoderoso" y aspiró a "la gloria de Dios" y "la muerte en Dios".

Estas meditaciones avivaron sus sentimientos de caridad, de fe y de esperanza. "Espero que los que me han querido me querrán hasta el fin; desearía haberles hecho bien y dejarles un dulce recuerdo. Quisiera extinguirme sin rebelión ni debilidad. Esto es casi todo. Este resto de esperanza, de deseo ¿es todavía demasiado? Sea lo que Dios quiera; yo me pongo en sus manos". Treinta años antes había escrito: "No hay más que una cosa necesaria: poseer a Dios... Ponte de acuerdo contigo mismo, vive en presencia de Dios, en comunión con él y deja que guíen tu existencia las potencias generales contra las cuales no puedes nada. Si la muerte te deja tiempo bien está; si te arrebata, mejor todavía; si te sorprende en la mitad de tu camino, muchísimo mejor, pues te cierra la carrera del éxito para abrirte la del heroísmo, la de la resignación y la de la grandeza moral. Toda vida tiene su grandeza, y como te es imposible salir de Dios, lo mejor es elegir conscientemente domicilio en El".

El angustiado peregrino regresaba a sus viejos lares y con la carga de sus inquietudes recorría su "vía dolorosa". "La vida, decía, no es más que una oscilación cotidiana entre la rebelión y la sumisión, entre el instinto del yo, que es dilatarse y deleitarse en su inviolabilidad tranquila, si es que no en su triunfante realeza, y el instinto del alma, que es obedecer el orden universal, aceptar la voluntad de Dios".

Entre tanto la destrucción continuaba. "Todas las mañanas me despierto con el mismo sentimiento de bregar en vano contra la marea ascendente que me va a devorar. Debo morir sofocado y las sofocaciones están en acción". "Mi alma se muere, mi cuerpo se muere. De todas maneras aboco al fin. Abandonado a mí mismo, me roe la tristeza; y la medicina me dice también: "Tú ya no irás lejos". Ya no tengo porvenir".

Con la desintegración orgánica que se aceleraba se ha-

cía más intensa la espiritualización de aquel ser. No obstante, la angustia de la partida le hacía exclamar: ¡"Qué cerca está el abismo! Mi espíritu es frágil como un cascarón de nuez, quizá como una cáscara de huevo. Ante la idea de que crezca la avería, siento que todo ha concluído para el navegante". Y luego, después de una noche miserable en que creyó ahogarse, hace este acto de contrición: "Entreveo la conveniencia de estar dispuesto y de poner orden en todas mis cosas... Para comenzar pasa la esponja por tus agravios y tus amarguras; perdona a todos, no juzgues a nadie; no veas en la malevolencia y en las enemistades más que malas inteligencias". "En cuanto dependa de nosotros, estemos en paz con todos los hombres". La proximidad del fin le acercaba cada vez más a Dios. "En el lecho de muerte el espíritu ya no debe ver más que las cosas eternas. Todas las mezquindades del tiempo se desvanecen. El combate ha terminado. Es permitido no acordarse más que de los beneficios recibidos y adorar los caminos de Dios. Es natural concentrarse en el sentimiento cristiano de la humildad y de la misericordia. "Padre, perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido". Prepárate como si las próximas pascuas fueran tus últimas pascuas, porque, de ahora en adelante, tus días serán cortos y malos".

No se equivocaba. "Noche espantosa, apunta pocos días después. He luchado tres o cuatro horas seguidas contra mis estranguladores y he entrevisto cercana la muerte... Claro es que lo que me espera es la sofocación, la asfixia. Me ahogaré". Y luego vuelve a clamar: "Hágase la voluntad de Dios y no la mía".

Salido de otra crisis anota melancólicamente: "He envejecido algunos meses en una semana... ya se oye la lanzadera de los destinos y uno se siente correr a la muerte a despecho de los altos y de las treguas concedidas". La naturaleza le dice: "Recobra fuerza y valor, pobre muerto". Pero él no puede más. "Mi garganta me atormenta. Está nevando. Así dependo de la naturaleza y de Dios"; y, luego de un largo análisis, concluye: "al presente la paz está en mí, pe-



ro mi carrera ha concluído, mi fuerza no sabe que hacerse y mi vida se acerca a su término.

Il n'est plus temps pour rien, excepté pour mourir...;"

Pocos días después estampa este trágico comentario: "Muy pocas personas sospechan nuestras miserias físicas, ni aun nuestros deudos y amigos más íntimos conocen nuestras conversaciones con el Rey de los Espantos. Hay pensamientos sin confidente; hay tristezas que no se comparten. Hasta por generosidad es preciso ocultarlas. Se sueña solo, se muere solo, se habita solo en el camarín de las seis tablas; pero no está prohibido abrir a Dios esta soledad". ¡Desolado monólogo! Espantosa revelación de los antros de dolor y de muerte que se complace en recorrer el pensamiento. Terrible confesión del más terrible de los desamparos. Angustioso grito en la soledad que queda sin respuesta.

Ya no le interesa el espectáculo de la naturaleza. No tiene energía para gozarlo. "El peso de mi cabeza fatiga mi cuello, el peso de mi vida agobia mi corazón: no es este el estado estético". Tampoco puede ya asistir a su cátedra. Las flores que recibe le producen el efecto de coronas que se arrojan sobre una tumba. Mentalmente se despide de todos los amigos lejanos que no volverá a ver. Ya ha adquirido, además, su tierrecita del "Oasis" de Clarens, los seis palmos donde colocar el camarín de las seis tablas.

La primavera revienta las yemas, pero él se apaga lentamente. El digital y el bromuro ya nada pueden. El Viernes Santo de 1881 comenta la fiesta del dolor. "Llevemos humildemente nuestra Cruz", y cuatro días después, las últimas y desoladas palabras: "Aplanamiento... Languidez de la carne y del espíritu...

Que vivre est difficile, o mon coeur fatigué!"

Si Amiel hubiese escrito su propio epitafio tal vez habría trazado solamente sobre la losa, la palabra que él empleó tantas veces: *Nada*. La posterioridad se habría encargado de rectificar la terrible sentencia. El desconocido que pasó os-

curamente sobre la tierra, como una sombra, atrae hoy la curiosidad y la simpatía de todas las almas sensibles. ¡Maravilloso ejemplo de la falencia del pensamiento y de la intuición del hombre frente a la infinita grandeza de Dios! Los peregrinos del "Oasis" de Clarens han sustituído ya la palabra maldita por aquella otra que es compendio de fe, de amor y de eternidad: *Spes.*

París, 1936.

# María Baskhirsseff

## I

## EN EL CEMENTERIO DE PASSY

El cementerio de Passy mirado desde la plaza del Trocadero, con su alta terraza, sus glacís engramillados y sus murallas grises parece una fortaleza encaramada sobre la pequeña montaña. Las copas de los cipreses, que asoman sobre las tapias, revelan, sin embargo, que aquél es el país de la muerte. Cuando se sube la alta escalera tendida sobre el talud poblado de plátanos y castaños aparecen las cruces, los pináculos y las cornisas de los mausoleos; cuando se llega arriba, a la calle *des Reservoirs,* se abarca en toda su extensión aquella melancólica isla perdida en medio del bullicio de París, en cuyas riberas los ruidos se apagan y la soledad impone su imperio.

Al franquear el pórtico del cementerio se experimenta la sensación de que se hubiera tendido un telón de silencio detrás de las tapias y pasado un esfumino sobre el panorama de la ciudad. París, envuelto en la niebla y mojado por la helada llovizna invernal, aparece detrás del muro a la manera de las telas que Pizarro pintó en gris desde su balcón de la plaza *Dauphine.* El cielo cubierto, bajo y denso aleja las próximas torres del Trocadero; más allá, la borrosa silueta de la Torre de Eiffel semeja un penacho de humo que asciende del Campo de Marte; las mansardas erizadas de chimeneas, las fachadas de los hoteles salpicadas de indecisas manchas de apagado color y los árboles desnudos parecen huir por las avenidas, en líneas convergentes, hasta perderse en el fondo de niebla.

Es este un romántico paseo por lugares donde nadie pasea. Una tarde melancólica en que el frío cala los huesos y en que la nieve comienza a vestir de blanco el paisaje es propicia

para visitar a María Baskhirtseff. Hace ya muchos años, —casi cincuenta—, que ella duerme en medio de la recogida poesía y la inenarrable tristeza que envuelve los cipreses y las tumbas del pequeño camposanto.

No es necesario preguntar al conserje. Apenas se penetra en la avenida central se tropieza, a la derecha, con la severa capilla románico bizantina en cuyo pórtico está inscripto, con letras de oro, el nombre de María. Allí se acostó a dormir en paz, en su ataúd tapizado de terciopelo y raso blanco, vestida con el albo sudario ceñido al cuello y atado al talle por el simbólico cíngulo de seda, tal como ella lo dispuso poco antes de morir, y con la paleta de colores que Bastien Lepage colocó en las manos de la muerta en el momento en que los amigos cerraron la caja para conducirla del hotel de la calle Ampére a la iglesia rusa de la calle Daru, y de allí al cementerio. En la cripta de la cárcel de piedra yacen las cenizas de aquella que perennemente vivió embriagada de libertad, que fué prodigio de gracia, de ingenio, de inquietud, de sensibilidad y cuya vida fué un breve poema de dolor, de arte y de melancolía.

El fúnebre palacio de María es suntuoso e imponente. Los ocres paramentos de piedra, el himafronte de vago sabor ojival, defendido por una reja adosada a la hermética puerta de vitrales, y el alto dombo que hunde en el denso cielo la historiada cruz de cuatro brazos apoyada en la grave curva del arco peraltado, forman, en el cementerio, un pequeño y exótico país. Cuando se observa a través de la misteriosa puerta se ve que está allí el pequeño mundo desaparecido: los caballetes, las paletas de colores, los pinceles, los bastidores, el reclinatorio, los retratos. Una escalera conduce a la cripta sepulcral, donde vela la misteriosa mujer de mármol que esculpió Saint-Marceaux. De la dorada reja de la capilla penden simbólicas ofrendas y misteriosos mensajes; hay allí, además, perennemente, flores frescas, como las hay en la tumba de Alfredo de Musset, en el cementerio del Pére Lachaise, y en la de Margarita Duplessis, en el de Montmartre.

María Baskhirtseff sigue teniendo su culto y sus fieles aumentan a medida que desaparecen los que fueron sus amigos y contertulios del hotel de la calle Prony y del taller de la calle Ampére. Es un culto semi-romántico y semi-místico, en



el que acaso interviene también ese no sé qué de obscuramente sensual y triste que, al decir de Paul Bourget, todos los hombres tenemos en el fondo del ser. Maurice Barrés lo sintió hondamente y escribió sobre él páginas coloreadas de emoción que constituyen el breviario de los iniciados y algo así como la exégesis del "Diario" de la pintora rusa.

En realidad, María, sus cuadros y su diario son más un símbolo que una realidad humana, artística y literaria. ¿Qué son esta niña que a los doce años pensaba y sentía tan complicadamente como una mujer madura, estas telas, por lo general *ebauchées*, y estas confesiones de una alma sutil e inquieta, embriagada por el diletantismo de la sensibilidad y el análisis, si no un símbolo capaz de satisfacer ese estado de espíritu hecho de ensueño, de ansiedad, de tristeza sin causa, de vagas aspiraciones, de no saciados deseos, de impotencia de realizar, de miedo de vivir, de *tedium vitae*, que es el patrimonio espiritual de los hijos de René, de Adolfo y de Joseph Delorme? Si los enfermos de soledad moral, los impotentes para la dicha, los solitarios, los enervados, los incapaces de *querer*, los ávidos de nuevas emociones, que fueron legión a fines del siglo pasado y lo siguen siendo todavía, buscaron y buscan una imagen para colocarla en el altar de la intimidad sentimental y rendirle culto, natural es que la hayan hallado y la hallen en esta pálida y frágil figura de cera, un poco envuelta en el mito, erigida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Melancolía.

Maurice Barrés definió en 1890 ese culto con estas palabras: "Cada generación elije los lugares de devoción preferidos, y es en esas elecciones que se revelan las variaciones de la sensibilidad". Y se preguntaba, en seguida, a cual de los hombres de su generación se le ocurriría ya conmoverse ante la casa cerrada de la Avenida Eylau donde murió Víctor Hugo. "Nuestros hermanos mayores, agregaba, como Catulle Mendés o aún Camille Pelletan, deben quejarse de esta frialdad, y, a pesar de toda su comprensión, seríamos sospechados en nuestra buena fe, si yo no dijera que, indiferentes, ante la última casa que habitó Víctor Hugo, nos sentimos, sin embargo, conmovidos al pasar frente a cierto hotelito del barrio Monceau. En el N.o 61 de la calle de Prony vivió algunos años

María Baskhirtseff, hecha para apasionar a ese millar de espíritus comprensivos y hastiados y cuyo tono, a la vez seductor e irritante, desde hace algunos años viene interesando a la crítica".

Admirable y sincera confesión la del egotista de *"Sous l'oeil des Barbares"*. Estos hombres que se sentían ya impotentes para conmoverse ante Víctor Hugo, el gigante que llenó con su obra y con su gloria todo el siglo XIX, se conmovían y se siguen conmoviendo hasta lo más profundo del ser ante esta criatura alada y casi desconocida, que parecería quimera más que realidad si no fuese por sus inquietantes confesiones, por las telas que manchó con más sensibilidad que genio, y por el místico monumento en que está grabado su nombre y dentro del cual yacen sus despojos.

## II

## NON OMNIS MORIAR

En mayo de 1884, seis meses antes de morir, María escribió el prólogo de su diario y estampó en él estas palabras: "¿Para qué mentir y engañar? Sí; es evidente que si no tengo la esperanza tengo el deseo de *permanecer* sobre la tierra por cualquier medio que sea. Si no muero joven, espero *quedar* como gran artista; pero si muero joven quiero que se publique mi diario". Ella confió, pues, a los grandes cuadros que se proponía pintar, y que no llegó a pintar jamás, y, a falta de ellos, al diario que comenzó a escribir cuando tenía apenas doce años, la misión de conservar perennemente sobre la tierra su recuerdo.

No se equivocó. El *non omnis moriar* del poeta latino se realizó en el caso de la penitente del diario, si no por su obra pictórica, sí por este documento humano que, además de narrar la cruel y desnuda historia de un alma, es un nuevo y precioso documento psicológico mediante el cual se puede penetrar y estudiar la sensibilidad del siglo XIX, especialmente esa forma mórbida de sensibilidad que enriqueció la literatura con desgarradoras confidencias como jamás habían sido escuchadas hasta entonces.



He aquí, pues, otra alma que se desnuda para narrarnos su historia sin reservar ninguno de sus repliegues, ni aun los más íntimos. Y como se trata de una alma complicada y llena de imprevistos, el espectáculo no cesa de interesar y seguirá interesando a las generaciones que se sucedan. Se cumple así el deseo de la atormentada penitente. Desde la videncia de ultratumba asiste a la supervivencia de su diario y no tiene ya motivo para clamar como lo hacía cuando moraba en la tierra: "Vivir, tener tanta ambición, sufrir, llorar, luchar y, al fin, ¡el olvido!... el olvido!... como si no hubiese existido jamás...". "¡Nada más de mí... nada... nada... nada!..."

Amiel, que fué una alma hermana de la de María, repetía también esta terrible palabra, poseído de la inutilidad de su vida y de su obra; y, sin embargo, tanto el melancólico ginebrino como la inquieta artista rusa lograron la inmortalidad literaria y la perenne devoción de las almas sensibles.

¿Quién fué María Baskhirtseff? Nació esta peregrina mujer en el seno de una familia de la nobleza rural rusa. Su padre, hijo y nieto de generales, militar él mismo, fué un hombre ferozmente egoísta, puerilmente orgulloso, "fanfarrón y lleno de pequeñas vanidades", que prefirió "ser rey en Poltava" a ser algo en otra parte. A los dos años de casado, su esposa, cabeza ligera, aturdida y despreocupada, abandonó el hogar conyugal y se fué a vivir con sus padres llevándose a María y a Pablo, sus dos hijos, los cuales crecieron junto a sus abuelos, los Babanine.

Esta familia aristocrática, un poco tronada, logró reunir algún dinero, e, impulsada por madame Baskhirtseff, se lanzó a viajar y a vivir en el extranjero, un poco a la bohemia, con paréntesis de penosa estrechez, en el mentido lujo de sus trenes de Viena, de Niza, de Roma, de Berlín, de París, de las estaciones internacionales a lo Baden Baden.

Era aquel un elenco curioso. El abuelo, orgulloso de su estirpe del Cáucaso, contemporáneo de Lermontov y Pouchkine, byroniano, poeta, militar, letrado, fué, en realidad, un bohemio; vividor, eslavo hasta los tuétanos, pero ambicioso del confort occidental y de sus placeres, de los que ya viejo y herido por la hemiplegia no pudo gozar. La madre tenía

ingenio, poca instrucción, ninguna experiencia. Carecía de tacto y su espíritu se había tornado pueril a fuerza de no hablar más que de los criados, de su salud y de los perros, o de atiborrarse de "novedades, de bellas tiendas y de teatros". Agreguemos a ello su suprema embriaguez que perduró más allá de la muerte: la idolatría por la hija, idolatría ciega y dominadora de toda otra pasión que, todavía en la vejez y la miseria, la arrastraba, diariamente, hasta la tumba del cementerio de Passy a llevar flores y balbucientes plegarias, humedecidas en lágrimas, a su niña bien amada, su jamás olvidada Moussia. La tía Romanoff, rica y soltera, "sacrificada y sacrificándose por todos" y sin más consuelo que el que le proporcionaban las mesas de ruleta de Monte Carlo; el hermano Pablo, ocioso e inútil; la prima alemana, Dina; un médico de novela y la servidumbre, entre ella, el negro Chocolate, *groom* de María, que completaban la errante familia a cuyo seno se asomaban, de cuando en cuando, exóticos príncipes rusos y nobles internacionales.

En este ambiente creció María, junto a la abuela, a la madre y a la tía, a la manera de los niños prodigio, mimada y admirada por todos, educada por una institutriz rusa y otra francesa que la atiborraron de encontradas culturas. Trajo así al mundo occidental el misterio de su alma eslava, embriagada precozmente de romanticismo y de ensueño. Niña apenas, en Baden Baden, la opulenta estación aristocrática, comprendió el mundo de la elegancia y se sintió torturada por la vanidad. La vida se le presentó como un panorama glorioso. Todo se engrandeció en su imaginación infantil y en sus presentimientos de futuro. Sus muñecas eran reinas o reyes. Y ella... ella se sentía emperatriz. Recuerda, en su diario, que desde los cuatro años tuvo el deseo de cosas gloriosas, grandes, confusas, pero inmensas. Primero se sintió bailarina célebre adorada por la sociedad de San Petesburgo; luego aspiró a ser la primera cantante del mundo; después se vió aclamada por la multitud y temida por el Emperador; más tarde soño con el amor, con el arte y con la gloria. A los 16 años quería ir al gran mundo, brillar, tener rango supremo. Ambicionaba ser rica, poseer cuadros, palacios, joyas; presidir una tertulia política y literaria brillante. La gitana que



develó el misterio de sus manos le había predicho a su madre: "Tu hija será una estrella". Y el presagio de la buenaventura debía cumplirse.

Su reinado comenzó temprano. Bebió a grandes sorbos el triunfo de su juventud, de su belleza, de su irresistible atracción, de sus encantos, del imperio que ejercía sobre todo y sobre todos. Su voz, su palabra, su ingenio, su gracia, su distinción, sus vestidos, sus perfumes, sus movimientos, la suprema armonía de su belleza física y moral cautivaron o hechizaron a quienes se le aproximaron. Recorrió toda Europa; se embriagó de arte en los museos y galerías; se sintió maja en Sevilla; copió a Velázquez en Madrid; intrigó en los bailes de máscaras de Roma; soñó en las noches azuladas de Niza; volvió a recorrer las melancólicas estepas rusas, y, sin embargo, en todas partes, junto al fugaz placer, encontró sin revelarlo, dolor, tristeza y hastío.

Se hizo pintora y soñó en ser cantante porque quería hacer comprender a los demás lo que sentía. Le parecía que la palabra hablada o escrita era impotente para ello. "Por mucho que escriba, jamás lograré decir lo que siento". Creyó que la pintura y el canto eran el lenguaje más expresivo y eficaz y confió, para realizar la obra que debía inmortalizarla, en su voz y en su visión de la forma, en su instinto del color y en sus aptitudes naturales, realmente extraordinarias. "Yo no seré ni poeta, ni filósofo, ni sabio. No puedo ser otra cosa que cantante y pintora". La garganta la traicionó y le faltó la voz, y, luego el oído también. La paleta no llegó a su plenitud; después de angustiosa espera fué admitida en el Salón, oscuramente; logró luego conquistar la *cimaise*, pero no la ambicionada medalla; se empecinó en seguir pintando hasta el fin, y los pinceles se le cayeron de las manos yertas por el frío de la temprana muerte. En cambio, el diario es lo que realmente quedó de ella y lo que le ha dado celebridad y le ha asegurado la humana gloria.

¿Qué es el diario? Ya lo hemos dicho: es un documento humano, un *test* psicológico, acaso el más extraordinario de cuantos ha producido ese angustioso hurgar en los repliegues de la propia alma en que perseveraron tantos escritores en el último siglo. Este diario es ya indispensable para quienes

quieran penetrar, no solamente el alma de la autora, que está en él despojada de toda vestidura, sino esa forma de sensibilidad que fué producto genuino de los excesos del siglo XIX y que constituye uno de los principales si no el principal elemento que dió origen a las escuelas de decadencia en todas las esferas del arte.

¿Cuál es el valor literario de estas confidencias? Aunque María no es una gran escritora, sus páginas tienen un encanto que subyuga y un sabor que embriaga. Hay en ellas algo de celestialmente candoroso mezclado con acerbas cosas que, aunque no lo sean, parecerían ser el fruto de dolorosa experiencia. A los desbordamientos de ternura, de esperanza, de ambición, de juvenil alegría suceden reflexiones e impulsos que parecen provocados por ácidas pasiones, por terribles mordientes que roen el virgen corazón de la niña. Tanto ensueño, tanta ambición, tanto deseo de vivir y de triunfar se confunden con el dolor, con la amargura, con la melancolía esencial, con la enfermedad y con la muerte. Todo ello es la esencia de su original literatura.

Su técnica literaria es personalísima; tiene audacias gramaticales e intrepideces de estilo que sorprenden; usa sin freno del neologismo y de raras maneras de decir. Sin embargo, su lenguaje adquiere, casi siempre, claridad y nitidez sorprendentes. "Mi gran cuidado, escribe, es explicarme tan exactamente como es posible". "Si este libro no es la exacta, la absoluta, la estricta verdad, no tiene razón de ser". Y lo fué sin duda.

Mas esa verdad que ella quiso expresar y que la expresó en forma soberana, no acertaba con las triviales formas retóricas. Su innato dandismo hallaba siempre la manera personal de pensar, sentir y decir que pone un sello y un sabor especiales en cuanto procede de su pluma. ¿No es esto, acaso el estilo? ¿Qué otra cosa lo es si no este desbordamiento de la personalidad, este misterioso fluído que imprimen a la prosa vibración y acento inconfundibles que hacen recordar esa subyugante fuerza que los grandes pintores ponen en sus cuadros y los grandes escultores en sus estatuas?

Esta forma de dandismo se manifestó también en sus preferencias literarias. Lo vulgar, lo trivial le producían verdadero sufrimiento. Comenzaba a leer una mala novela y la tiraba por la ventana para que no le corrompiese el estilo, y tomaba en seguida su Herodoto, que siempre lo tenía a mano, y el poeta de la tierra le devolvía la serenidad. Es preciso advertir que esta jovencita estaba atiborrada de lecturas clásicas y modernas y que pasaba de unas a otras un poco convulsivamente. Cierta vez leía el Nuevo Testamento y lo dejó para leer a Dumas, por quien se apasionó un instante. Leía a Homero, a Virgilio, a Horacio; les agregaba, sin comprenderlo, el erotismo de Tibulo y Catulo; luego leía a Labruyére, a Rochefoucauld, y mezclaba, en seguida, a Confucio con Epitecto, Fourier y Jouffrow. Un pandemonium. Y no había cumplido aún diez y seis años. Afrontó luego la Enciclopedia, Platón, Ariosto, Shakespeare, novelas inglesas, Mme. de Stael, Saint-Pierre, novelas de Balzac, de Feuillet. Entretanto, no se apartaba de su Tito Livio, de Dante, de Lamartine. Leyó luego a Kant y después a Aristófanes, a Plutarco, a Jenofonte, a Goethe. De todo esto queda constancia en el diario con juicios, exclamaciones apasionadas o gestos de fatiga. Esta cultura heteróclita y un poco *péle-mele* no enturbió ni atormentó su estilo que mantuvo su encantadora personalidad.



Esta artista del diario es la que ha conquistado la gloria perenne que no pudo conquistar, sino fugazmente, la otra, la de los pinceles, ni la otra, la de las maravillosas romanzas, ni la otra, la mundana que impuso la moda y el imperio de su seducción. Todo esto sucumbió con su envoltura mortal en una melancólica mañana del otoño de 1884 en que su frágil cuerpo, que apenas había vivido veinte y cuatro años sobre la tierra, fué encerrado en la blanca caja y conducido al cementerio de Passy.

*Non omnis moriar*... María sigue viviendo en las páginas del diario; allí permanece su alma torturada y pasa a través de ellas como aquellas sombras dolientes y errantes que el poeta florentino vió girar en el primer círculo infernal y cuyo eterno destino era desear sin esperanza.

## III

## LA SENSIBILIDAD Y EL ESPIRITU DE ANALISIS

Se ha hablado de sus extravagancias, de sus excentricidades. Alfonso Daudet presumió ver en ella un pequeño monstruo eslavo; Maurice Donnay, en su comedia *"Autre Danger"*, habla de una *snob* "género María Baskhirtseff"; Maurice Barrés, que tuvo su primer contacto con el alma de María, seis años después de morir ésta, cuando compró de lance el "Diario" en una estación de ferrocarril, sintió la embriaguez de sus confesiones, y, aunque no interpretó entonces cabalmente la pureza de su espíritu, asoció su desgarrador recuerdo a los arrobamientos que le produjo la ejecución del *"Paradis et la Péri"* de Schumann, en la catedral de Lucerna:

L'éclat des larmes que l'esprit répand...
...Ah! laisse-moi puiser la fiévre...
Dors, noble enfant, repose á jamais...

Sobre estos versos envueltos en los acordes del órgano planeó el alma de María y desde entonces quedó como una aguda interrogante en la memoria de Barrés que, a poco, completamente conquistado por aquella alma extraña, le dedicó el pequeño tratado *"Trois stations de psicoterapie"*. Lo que había sido para él inquietud tumultuosa, voluptuosidad de lo imprevisto, insaciable sed de gloria y engaño esencial de la realidad se convirtió en uno de los más curiosos espectáculos que pueden ofrecer la sensibilidad y el espíritu de análisis. Tenía razón.

Acaso no haya en la historia literaria caso más interesante. La sensibilidad de la artista rusa llegó a aquel grado de torturante fineza que permite incorporarla al grupo de los grandes sensitivos que, desde Juan Jacobo a Amiel y al propio Barrés, han enriquecido la literatura universal con páginas que, sin alcanzar el alto valor estético, tienen, acaso, mayor valor psicológico, pues son esenciales para escribir la historia del alma humana. Con razón Sainte-Beuve llamaba



la Biblia del siglo XIX a los libros de este género que él conoció.

María ha descrito con extraordinaria precisión su singular aptitud para sentir. "Soy tan sensible, escribe, que la menor cosa me magulla". Y agrega: "Para mí, toda sensación llevada al límite extremo, aún una sensación de dolor, es un goce". En otra ocasión anota: "Cuando me lastimé, el dolor fué tan vivo durante media hora, que sentía placer".

Este tipo de hipersensibilidad que llega a transformar el dolor moral y físico en placer, jamás había sido revelado con tal claridad y precisión literarias. El ha podido ser sospechado en otros casos, como en el de Rousseau y Amiel; pero, no por confesión propia, sino por el enfermizo deleite que se adivina en la insistencia con que ambos escritores irritan, sin cesar, los dolorosas llagas del alma.

En María, la sensibilidad dominaba también las funciones del conocimiento. Las ideas puras no la atraían. Para que le interesaran era preciso que éstas se transformaran en sensaciones. Si no era así las relegaba al mundo de lo mecánico y lo indiferente. Cuando estudió Filosofía, más que la ciencia y las escuelas le sedujo la personalidad y la vida de los filósofos; cuando se sintió atraída por la revolución social, más que la doctrina y la revolución misma la atrajo la figura de Luisa Michel tocada con un pañuelo rojo y arrebatada por la elocuencia; cuando la atormentó la duda religiosa le bastó sumirse en la penumbra del templo, adivinar a la media luz el oro y las piedras preciosas de los iconos y aspirar el perfume del incienso para recobrar la fe.

Hasta las cosas que su razón rechazaba hacían vibrar su sensibilidad. "Cada trozo de música que no es un *galop* me hace llorar", dice. "A los quince años llorar a cada estúpida frase sentimental", agrega. Lee *Pablo y Virginia*, se ríe de las ingenuidades, pero exclama: "Mas, acabo de propinarme una buena sesión de lágrimas".

Comentar sus confidencias sentimentales y hablar de su amor infantil pero dramático por el duque de H., de sus peligrosas experiencias con Pietro, de su curiosidad con X., de su enamoramiento de Cassaignac, de Alejandro Dumas y de otros, de sus deseos de casarse y de su repulsión por el amor

humano parece una pequeña traición; pero es necesario hacerlo para comprobar que, más que alardes de romanticismo o juegos de la imaginación, son verdaderas explosiones de su sensibilidad mórbida. Al referirse a la ausencia del Duque de H., que jamás reparó en ella, y que no era, por cierto, el héroe que convenía a tal juvenil ensueño, estampó estas palabras que pudo escribir Claude Larcher, el protagonista de la "Fisiología del amor moderno", de Bourget: "Siento un dolor lento y calmo que es horrible". Cuando se enteró de que el personaje se iba a casar, anotó: "He sentido como si un agudo cuchillo se clavase en mi pecho". La crisis debió ser muy dolorosa. Era como si le "arrancaran el corazón, como si viera que se llevaban el féretro de un muerto bien amado". Y tenía solamente doce años.

Hay en esta exacerbación de la sensibilidad algo del místico ardor de los disciplinantes. "Cuando el dolor físico llega a cierto grado se pierde el conocimiento y se cae en el éxtasis; lo mismo ocurre con los sufrimientos morales cuando llegan a cierto punto; se produce el transporte, uno se sorprende de haber sufrido; se desprecia todo y se marcha con la cabeza erguida, como los mártires". Así adelantó por su "vía dolorosa".

Extraña mujer y extraño carácter. Confiesa que jamás tuvo sentimientos simples; que había en ella exceso de fineza, amor propio, deseo de análisis, temor de equivocarse, de no triunfar. Ella que se creyó predestinada a la gloria y que había proclamado como divisa: "Nada antes que yo; nada después que yo; nada fuera de mí", exclama: "Tengo una terrible enfermedad; estoy disgustada de mí misma".

¿Por qué lo estaba? Pocos meses antes de su muerte, monologando sobre lo que había soñado ser y lo que era, escribió: "Hombre habría conquistado Europa; mujer, me prodigo en excesos de lenguaje y en tonterías excéntricas. ¡Miseria!". Pocos días después agregó esta dolorosa y terrible confesión: "No soy ni pintora ni escultora ni música ni mujer ni hija ni amiga. Todo en mí se reduce a motivos de observación, de reflexión y de análisis. Una mirada, una imagen, un sonido, una alegría, un dolor son inmediatamente pesados, examinados, verificados, clasificados, anotados". ¿No



es ésta la misma atroz enfermedad moral que consumió a Amiel, el mismo inacabable suplicio, el mismo holocausto en que el melancólico penitente del "Diario íntimo" hizo arder lo mejor de su alma devastada por el vicio del análisis?

Esta actitud psicológica ante sí misma y ante la vida fué para ella motivo de constante tortura. Vivió mirándose vivir, en un estado de exacerbada cinestesia, pesando sus sensaciones, analizando su propio yo, interpretando a su guisa cuanto llegaba del mundo exterior a su censorio.

Este estado de perpetuo análisis que en otros fué causa de anulación de la voluntad, no afectó para nada su dinamismo espiritual ni su capacidad para la acción. Paul Bourget, en su ensayo sobre Stendhal, ha estudiado esta familia de intelectuales que, en lugar de iniciarse y abandonarse al espíritu de análisis, como lo hizo Amiel, hallan en él motivo de excitación, y en vez de deprimirse se sienten más fuertes y más capaces para la lucha. A esa familia perteneció María.

En medio de las pequeñas y grandes miserias que entristecían su espíritu, ya entristecido por la falencia de su salud cuando más la necesitaba, tendieron sus alas la ambición y el ansia de vivir. Se sentía artista llamada a singulares destinos. Veía aproximarse el triunfo de que eran apenas anuncio sus primeros éxitos en la Academia, su primer cuadro aceptado en el Salón y el que luego logró colocación sobre la *cimaise;* se sentía mujer y soñaba con el amor; presentía el advenimiento de sucesos gloriosos y confiaba al Diario sus íntimos pensamientos y sus más íntimos sentimientos.

Aun al saberse condenada a breve plazo, su voluntad permaneció sin rendirse. Cuando Potain y Charcot confirmaron el diagnóstico de la tisis tuvo un momento de flaqueza: "Deja todo; no vale la pena vivir". "¿Para qué vivir? ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué es lo que tengo? Ni gloria ni dicha ni aun paz". Sin embargo, siguió soñando aún en los cuadros que había de pintar, en la medalla del Salón, y lo que es más admirable, siguió trabajando sin descanso aun cuando la fiebre la postraba y el dolor no le daba tregua.

"Hay en la vida tan breve de María Baskhirtseff, escribió Anatole France, yo no se qué de acre y de desesperado

que aprieta el corazón. Se sueña leyendo su Diario que ha debido morir insaciada y que su sombra vaga por alguna parte, cargada de pesados deseos''. Ello es así si se ha de comprender que esos deseos jamás pasaron de la zona ideal a la zona de la grosera sensibilidad.

## IV

## DANDISMO... NARCISISMO... MISTICISMO...

Si existe un dandismo femenino, no hubo mayor dandi que ella. Tuvo la ciencia de la suprema elegancia, el arte de la distinción, de los colores, de los trajes, de esos conjuntos armoniosos que embelesan sin que se sepa por qué; pero que deben ser producto de una inspiración superior puesto que se les halla en los cuadros y en las estatuas de los grandes maestros. Desde niña manejó ese supremo arte que es una de las maneras de seducción. Tenía tres años cuando alguien se sorprendió de la manera como llevaba los guantes. ''Será terriblemente coqueta'', anunció después de predecirle una gloriosa vida. A los cinco años se vestía con puntillas y encajes de su madre, se adornaba con flores la cabeza y se presentaba en el salón a bailar. Más tarde soñaba pasear por la rambla de los Ingleses, en Niza, por la mañana, seguida de sus perros. Su diario está lleno de anotaciones que comprueban esta predisposición de su espíritu. ''Tenía un sombrero... pero eso no me interesa más... Lo que busco es tener el aire distinguido...'', escribe. ''Soy original en todo sin quererlo'', agrega. Cuando pasea, realmente, por la rambla de Niza, anota: ''Camino silenciosa y blanca como una sombra''.

Así como fué dandi en el vestir lo fué en el pensar y en el sentir, y cuando trazó las páginas de su diario, y hasta cuando escribió sus cartas y sus billetes; lo fué en las cosas de que se rodeó. Odiaba lo trivial. Su taller, su salón, su alcoba tuvieron el sello de su refinamiento espiritual. Todo era allí bello y, sobre todo, distinguido. Hasta cuando viajaba, el cuarto impersonal del hotel adquiría el sello soberano que ella imprimía a su alrededor. En cualquier parte montaba su gabinete. Le bastaba unas cuantas preciosas ediciones de que



jamás se separaba, su retrato, dos bujías, un florero con rosas, camelias o violetas. Y sobre todo el fascinante encanto que imponía a todos su presencia.

Su testamento lo hubieran envidiado Brummel y Byron y los dandis de todas las épocas. Ninguno de ellos llevó el dandismo más allá de la vida ni soñó que pudiera existir un supremo gesto capaz de enfrentar a la muerte y subsistir con ésta: ''En mi lecho de muerte, escribió aquella frágil mujer de veinte y cuatro años, sin que le temblara la mano, quiero estar vestida de lana blanca, muy fina, y adornada como me agradaba estar cuando vivía. Adornos muy simples; y encargo a Madame Valleid, probadora en casa Doucet, rogándole que me cuide bien''. Por otra parte ella precisa hasta los más mínimos detalles de su *toilette* mortuoria. No lo habría hecho mejor si se tratara de ir a un baile. Nada descuida en esta hora suprema en que la fiebre la consume como al blandón la llama, en que la angustia de la muerte le atenacea la garganta y acelera los latidos de su corazón que parece un pájaro enloquecido en la jaula de su pecho. Su cuerpo, su lecho, su habitación, nada olvida en este último episodio que durará breves horas, pues es su deseo que el fuego purifique la materia y que el puñado de cenizas se deposite en ''una urna de oro puro y de antiguo estilo''. El vestido de sus desposorios con la muerte ha de constar de ''una camisa de batista con valencianas alrededor del cuello, en los brazos y en el ruedo. Los pies, desnudos, estarán cubiertos por la túnica. Los cabellos sueltos''. Encarga a Bastien Lepage, Robert Fleury y su hermana Dina le peinen los dorados cabellos que en los días que precedieron a la muerte tomaron el color de oro en fusión como lo escribió su amigo el príncipe Karageorgevich. El testamento sigue disponiendo los detalles: ''El cuello y los brazos quedarán descubiertos cuanto sea posible; los brazos podrán quedar velados pero de manera que se advierta su forma; se me pondrán flores en las manos. El lecho será cubierto, antes de que depositen en él mi cuerpo, con un gran paño de brocato blanco que caerá alrededor y hasta el suelo. No llenen el lecho de flores ni coloquen éstas sobre mi cuerpo''. Y para que su figura mortal, que ella tanto amó,

no se pierda para siempre, pide a Bastien Lepage que pinte su retrato de cuerpo entero en tamaño natural.

Había en todo esto mucho de narcisismo también. Era apenas adolescente y ya consignaba en su diario que su cuerpo era bello como el de una estatua. La mujer se confiesa a sí misma: "Mi cuerpo es de diosa antigua". Se mira con morosidad; "Mi frescura, mi blancura sin parecido, son mi principal belleza", dice. Se enorgullece de sus manos y de la manera como tocan los objetos y apunta que hay un arte de tocar las cosas que por lo general la gente ignora.

A menudo se comparaba con las estatuas clásicas, con los modelos de los grandes artistas, con las bellas mujeres de la ficción o de la historia. "Escribo frente a un gran espejo, anota, tengo el aire de Beatriz Cenci; es bello un vestido blanco y los cabellos sueltos. Me peino a la pompeyana". Otra vez se peina a lo Venus Capitolina o se hace "un delicioso peinado Imperio". Vuelve del teatro, donde ha oído cantar "*Traviata*" y anota: "los lazos blancos sobre los hombros, el cuello y los brazos desnudos me asemejan a una infanta de Velázquez". Otra vez escribe: "Con mi blusa negra tengo alguna cosa que recuerda a María Antonieta en el Temple". Se prepara para un baile y escribe: "Llevo un vestido hecho en colaboración con Doucet, reproducción casi fiel de la "*Cruche cassée*" de Greuze". Se deleitaba en describir sus *toilettes*: "una camisa napolitana en crêpe de China azul cielo y viejas puntillas, una larga pollera de tafetán blanco y un gran pedazo de tela oriental rayada de blanco, azul y oro puesta como paño adelante y anudado detrás..." "No sabrá imaginarse nada más lindamente bizarro". Cuatro meses antes de morir describía aun el vestido de muselina de seda blanca con que asistió al baile de la embajada rusa y sus éxitos de aquella noche. En sus últimas semanas de vida hablaba todavía de la *toilette* con que visitó a Bastien Lepage también moribundo.

Dice que del vestido depende su humor. Y es verdad. Vuelve triste y transida del taller de pintura, se pone un vestido blanco, se toca con encajes, como las damas de Chardin, y se produce el milagro: se siente feliz y transfigurada:



"Estoy soberbia", exclama. Es el vestido del retrato que ella describió morosamente: "Una gran *robe*, como las estatuas, con las mangas levantadas más arriba del codo, con escote circular adelante y abierto atrás para dejar ver el nacimiento del cuello, con una ancha valenciana que cae. El vestido flotante y ajustado al talle por una cinta y bajo el pecho también por dos cintas unidas adelante por un simple nudo. Sin guantes, sin alhajas". Cuando se lee esta descripción se piensa también en el vestido que pidió para dormir su último sueño. Es el mismo de su testamento.

Dandismo y narcisismo desbordan y exigen la admiración de los demás. Quiere que la vean, que se experimente el encanto de su presencia, que la envidien, que la imiten, que la amen. "Yo puse el blanco de moda hace tres años, escribe transportada de dicha que no de orgullo, se copian ahora mis *draperies* cruzadas y mi cintura a la Valois". Vuelve del bosque de Boulogne, donde ha lucido una simple *toilette* de luto, y escribe: "Hoy me he vuelto a encontrar, he tenido éxito, todo el mundo me ha mirado".

Todo esto no nació de la vanidad, ni del orgullo, ni de un concepto material de la vida y de las formas sensibles. Estaba en su naturaleza; era un instinto ajeno a la voluntad y a la deliberación. Calificada de extravagante exclamó: "Yo soy bizarra en todo sin quererlo".

## V

## EL AMOR Y LA RELIGION

Su diario está salpicado de observaciones y reflexiones sobre el amor. Primero son casi infantiles: reflejos de lecturas de novelas románticas; luego se complican con las propias experiencias, algunas de ellas, como las que se refieren a Pietro o al *marquesino,* un poco arriesgadas; más tarde son enamoramientos puramente cerebrales; por fin, se convierten en razonamientos de vida práctica, casi de vida burguesa. Pero en todo ello hay una pureza inmaculada, una castidad sin mancha que no se inquieta ni aun cuando ella se asoma,

curiosa y cautamente, a los misterios del amor para rechazar su esencia carnal y acrisolar aún más la pureza de sus sentimientos y el altivo e indeclinable concepto que tenía de su jerarquía de mujer y de su casta virtud.

Y eso que fué profundamente femenina y romántica y no resistió la embriaguez de ensueño en que la sumergía la música, la lectura, esas mil pequeñas cosas que rozan la sensibilidad superior y nos hacen soñar con las "posibles imposibilidades". Sentía así intenso placer en ser mirada y admirada; estimulaba la curiosidad de los hombres con sus *toilettes* y sus actitudes. En Madrid, escribe: "cuando salgo a la calle vestida con simplicidad pero con *chic*, me miran, se detienen; me siento renacer, es una nueva existencia, romancesca, coloreada de caballería medioeval". Ella habría vivido esa existencia si hubiera hallado el héroe. Lo soñaba y lo deseaba, pero a su guisa, y resistió hasta el fin la idea de unir su destino a un buen partido, como lo hacen las jóvenes que capitulan frente a la vida.

Acaso su idilio ideal pudo hallar realidad sobre la tierra. La admiración de María por el pintor Bastien Lepage, cuando éste fué sorprendido por el mal que no le dió cuartel, se convirtió "en aquel sentimiento grandioso y puro, todo casto", con que había soñado, en amor, en fúnebre amor alimentado por la igualdad de circunstancias, por el signo de muerte puesto por la enfermedad en las frentes de los dos protagonistas del drama, por la necesidad de ternura de ambos, por el sentimiento maternal que el gran pintor, convertido en sufriente criatura, despertó en el corazón de María, por el presentimiento del desenlace próximo que arrebató a ambos con pocas semanas de diferencia.

En nada de esto hay sentimiento pagano ni sombra de sensualismo; pues fué cándida y profundamente religiosa, no obstante la vida despreocupada de su familia en la que la religión era más hábito y superstición que otra cosa. Su diario es un constante ruego a Dios. Al principio pide no tener nunca la viruela, ser linda, tener bella voz, ser feliz en su casa y que su madre viva largos años; luego le pide que consuele sus penas de pequeña enamorada; protesta su



fe y hace sus plegarias cotidianas. Va a misa, confiesa, comulga; en la intimidad de su habitación cae a menudo de rodillas para dar gracias a Dios o para demandar su asistencia y cuando el dolor comienza a atormentarla, para confiarle sus penas íntimas y ofrecerle sus lágrimas. Cree y espera en su misericordia, pero, frente a la realidad, frente a sus pequeños fracasos íntimos comienza a vacilar. "Hasta ahora siempre me he dirigido a Dios, pero como no me escucha, casi comienzo a dudar", escribe. Las lecturas arriegadas la empujan. "Dios es una invención que nos salva de la desesperación definitiva". "Se le invoca como el último, el único recurso, aunque no se crea". En seguida, presa de remordimiento, cae de rodillas ante su lecho para pedir justicia, piedad y perdón. "Moriría de deseperación si no creyera", exclama.

Las crisis espirituales se suceden, sin embargo, y coinciden con los estados de salud y las decepciones. Siente, por grados, la aridez espiritual y el fervor de sus mejores días. Conquistada por sus lecturas quiere reformar la Iglesia; pero en seguida se arrepiente. Vuelve a abrir el Nuevo Testamento, a orar, a invocar los milagros, después de "haberse sentido deísta con días de ateísmo absoluto". Duda de la justicia de Dios. No espera nada de él, pero concluye: "Cuando falla ese supremo refugio, no queda otra cosa que morir. Sin Dios no puede haber ni poesía, ni ternura, ni genio, ni amor, ni ambición". "Hay necesidad de un Dios, a quien ofrecer los entusiasmos y las oraciones, un Dios a quien todo se le puede pedir y todo se le puede decir". No hay otro recurso, confiesa. En una crisis de duda, exclama: "Yo no creo en Dios, cuento con Dios". Tres meses antes de morir, quiere creer sin razonar, sin condiciones. Y su primer pensamiento es para Dios, a quien supone tan severo con ella. Próximo ya el fin, en medio de su fúnebre idilio con Bastien Lepage, que va a morir también, exclama: ¡Oh! ¡he aquí el momento de creer en Dios y de rogarle!

¿Qué son las inquietudes, las dudas, las negaciones de esta pobre alma atormentada por la soledad moral, por sus dolores físicos, por el espíritu de análisis, por su mórbida

sensibilidad, por el fracaso de su resplandeciente vida? Son acerbas quejas de angustia y de ansiedad, terribles espasmos de dolor moral; instantes de terror que sacuden el fondo místico de su alma eslava que, al prentender emanciparse y planear en el absoluto, sentía la nostalgia del templo, del iconostasio resplandeciente y envuelto en nubes de incienso, de las bóvedas cubiertas de oro en las cuales vuelan figuras angélicas y están en éxtasis los Santos, de los acordes del órgano, de los místicos cantos litúrgicos, de la paternal absolución y del pan de la comunión ortodoxa. Todo ello servía para devolverla a la dolorosa esperanza, pero esperanza al fin, detrás de la cual, a veces velada, a veces resplandeciente, estaba la mirada misericordiosa de Dios.

## VI

## LA ARTISTA

Atenaceada por el deseo de ser pintora llegó a la conclusión de que un año en el taller Julián le serviría de base. Su entrada a la academia de la calle Vivienne fué triunfal. El maestro la anima y la elogia; dice que si continúa así, en tres meses sus dibujos entrarán al Salón. Ella, embriagada, escribe: "En el taller todo desaparece; no se tiene nombre ni familia; no se es más hija de su madre, se es una misma, se es un individuo y se tiene delante de sí el arte y nada más". Y agrega: "¡Se siente uno tan contenta, tan libre, tan orgullosa!"

Robert Fleury se sorprende de aquella nueva discípula que a los diez días hace prodigios: "¡Es extraordinario!", exclama. Ella goza con este elogio desusado y un poco tambien con los celos de los demás discípulos y concluye el monólogo del día con estas palabras: "Yo seré premio de Roma".

Para ello trabajaba nueve horas diarias; quería hacer en un año el trabajo de tres. Se revelaba así la facilidad extraordinaria que tenía para todo. Cuando a los trece años comenzó a estudiar latín hizo en cinco meses lo que no se



hace en el liceo en tres años. Sin embargo. pronto llegaron los disgustos. Robert Fleury elogiaba a Mlle. Breslau que hacía dos años trabajaba en el taller, y nada le decía a ella. En cambio sabía que sus compañeras la discutían. La Breslau comenzó a ser su pesadilla y concluyó por ser su dolorosa obsesión. Además la turbaron y la llenaron de ansiedad y angustia las mil pequeñas miserias de la vida cotidiana del taller: la brutal realidad, los celos, las envidias, las mentiras, las pequeñas conspiraciones.

Al principio había soñado con el mentiroso encanto de la Academia, de los estudiantes, de la vida libre, de la bohemia artística. Para mezclarse a ésta se aventuró en el Barrio Latino y fué a las grandes y pequeñas tiendas de las calles Bonaparte, Jacob y Furstemberg a comprar cartones, colores y pinceles. Se asomó también a las academias de la calle de la Grande Chaumière en Montparnasse y a los talleres de Montmartre. Visitó a los pintores en boga y en todo ello se sintió un poco *rapin*. Quiso afrontar la vida alegremente, reírse, burlarse, sentirse llena de optimismo. Tocó el mandolino en la academia Julián, se disfrazó de estudiante pobre, soñó con tener solamente dos blusas negras por año, con lavarse la ropa los domingos, con comidas frugales en los pequeños restaurantes de artistas, con viajar en el imperial de los ómnibus, con la camaradería de café y de buhardilla.

No podía ser. La caída fué vertical. Lo que había leído en los libros y había visto en la imaginación estaba muy lejos de la realidad. Esta era dolorosa, fea y sucia.

La academia Julián fué para ella un corrosivo. Desde el primer día que pisó el taller de la calle Vivienne, a pesar de su embriaguez, advirtió lo brutalmente agresivo del ambiente. "Posaba un hombre desnudo cuando M. Julián me condujo a la sala", anota seca y brutalmente en el diario. Esta fea desnudez del cuerpo nada fué en relación con las repugnantes desnudecese morales que hubo de sorprender luego.

Las academias son templos de arte; pero templos levantados con barro y con miseria humana. Los locales apare-

cen, generalmente, sórdidos; la tarima, iluminada por los reflectores, muestra la suciedad de los paños que la cubren o que cuelgan a guisa de cortinas; las graderías de madera, gastadas por el uso, crujen y se quejan; los muros, desnudos y desconchados, chorrean la humedad que no consigue absorber el calor de la estufa. Todo es allí triste y marchito: el *velarium* lleno de polvo y de manchas amarillentas producidas por el gotear de las vidrieras; la claridad mortecina que cae de ellas; el biombo detrás del cual se desnuda la modelo; la pobre muchacha que trepa sobre la tarima para que la luz devele sus dolorosas intimidades; los ojos agrandados por la ansiedad que miran con fiebre; las cabezas que se inclinan sobre los tableros; las manos que se mueven nerviosamente sobre las hojas de papel o sobre las telas de los bastidores. Se ven allí rasgos de todas las razas, y cuando el timbre anuncia que ha terminado el tiempo de *pose,* se oyen palabras de todos los idiomas, acentos de todos los países de la tierra, mientras el profesor mira, observa, aprueba o corrige. Cuando se desciende por las escaleras sucias y lóbregas y se llega a la antecámara, se cae en otra estación de dolor: están allí las modelos, mujeres marchitas y famélicas que fuman y tiritan esperando turno para lograr una hora de *pose* que las salve del hambre y del frío.

Desde que María ingresó al taller de Julián se produjo en ella una transformación de la que ha quedado el reflejo en su diario. Sus ideas, sus sentimientos, su concepto del hombre, de la vida, del amor, todo su mundo interno sufrió la influencia del nuevo ambiente. Fué una especie de septicemia espiritual que fué invadiéndola y extendiéndose día tras día.

El contraste fué demasiado brusco para no herir a aquella alma diáfana. Hasta entonces había vivido una vida artificial, fuera de las groseras realidades. Mimada, admirada, consentida en todos sus caprichos, convencida del imperio que ejercía sobre los demás, convencida también del luminoso destino que le preparaba la Providencia, apenas si habían rozado su despreocupación pequeñas incidencias domésticas que la disgustaban sin inquietarla.



El taller la puso en contacto con la realidad. Hay en las confesiones de María dos etapas: la primera llega hasta 1877; está colmada por la fantasía, la imaginación, la sensibilidad, el amor; todo ello mezclado con lágrimas, pero adorables lágrimas; es una niña que ríe y llora, que canta y solloza, que pasa de la alegría y la embriaguez a la tristeza y el hastío sin saberlo ella misma. Todo eso tiene algo de angélico, de sublimemente puro, de inmaculado.

En 1877, desde que comenzó a frecuentar el taller Julián, eso cambió: la fantasía y la imaginación tropezaron con la realidad; la sensibilidad se sintió brutalmente herida; el amor ideal cedió su puesto a la reflexión y a la razón. Todo eso se hizo también con lágrimas, pero, cuán amargas son estas lágrimas; cómo ahogaron la risa y los cantos; cómo devastaron esta alma eslava. Desde entonces aparecen en el diario palabras que jamás había escrito. Es el vocabulario del taller: sucio, suciedad, canalla, innoble, nauseabundo. Desde entonces asomaron también ideas y conceptos que nada tenían que ver ni con su temperamento, ni con su educación, ni con su cultura, ni con su posición en la sociedad. Se sintió emancipada de su tradición. La aristócrata se tornó republicana y revolucionaria. Se sintió arrastrada hacia la muchedumbre que clama por las reivindicaciones sociales, asistió a las reuniones libertarias y a las conferencias de Luisa Michel, colaboró en el diario feminista "La Citoyenne". La aristócrata rusa, la blanca y silenciosa sombra que se deslizaba por la rambla de los Ingleses de Niza, la deliciosa niña de las *toilettes* a lo Beatriz Cenci y a lo María Antonieta, que gozaba con la admiración de los demás, la que se sentía reina y soberana de grandes y pequeños se cubrió con el rojo gorro frigio y tendió sus manos de ámbar y marfil hacia la multitud proletaria.

La embriaguez no duró mucho. La muchedumbre, y Luisa Michel y las miserias sociales concluyeron por hastiarla y devolverla a sus sueños de artista, a su taller y a su *boudoir*; pero trajo a ellos algo de amargo y angustioso recogido en el contacto con la realidad social que se mezcló a sus propios dolores: a sus pulmones que trabajaban con fatiga;

a su garganta que la atormentaba; a sus oídos que se debilitaban cada vez más; a sus ojos sobre los que comenzaba a tenderse un velo; a su alma que estaba transida y desolada.

A veces resucitaba un instante la María de los mejores tiempos, pero ¡ay!, era para caer en más tremenda soledad moral. Iba al teatro, al bosque, al Salón, veía que todos los ojos se volvían a ella, que aún se copiaban sus vestidos y sus actitudes; pero cuando regresaba a su taller y penetraba en su terrible soledad, las lágrimas quemaban sus ojos, la fiebre consumía su cuerpo, el insomnio quebrantaba sus energías. Apenas si sus manos podían tomar la paleta y los pinceles; apenas si podían posarse sobre el diario para estampar en él la angustiosa, la desolada, la dolorosa confesión. "Odio todo lo que he hecho, dicho y escrito. Me detesto porque no he justificado ninguna de mis esperanzas. Me he equivocado". Y en seguida esta queja que parece un arrullo y un sollozo: "¿Quién me devolverá mi juventud desperdiciada, saqueada, perdida?" Y luego la tremenda pregunta: "¿Para qué?"

Si Bastien Lepage ejerció influencia fundamental sobre su obra pictórica, tanto como aquel artista la ejerció el naturalismo literario. Por una curiosa paradoja esta alma pura, sutil, hecha de fantasía y ensueño, fué conquistada por el maestro de Medán, que la condujo a sorprender en la naturaleza, en la calle, en la vida, la realidad de las formas y de las expresiones y llevarlas a la tela con crudo verismo. Su mejor cuadro, *Un meeting*, es una escena de sumario naturalismo, de vigorosa verdad, de la que está ausente, sin embargo, el alma de la pintora rusa. Acaso ésta habría hallado en el impresionismo su clima natural y su lenguaje pictórico; pero ni Manet, ni Renoir, ni Monet, ni ningún impresionista le interesaron. En cambio amó a Carolus Duran por la fuerza de vida de sus telas y a Bonat por su ciencia de pintar, y se sintió atraída por "el inexplicable encanto de Hénner". A Manet recién después de muerto, y cuando ya ella también se sentía morir, logró comprender lo. Atormenda por la fiebre fué a visitar la exposición general de las obras del maestro hecha en la Escuela de Be-



llas Artes con motivo del primer aniversario de su muerte. Poco conocía de él; encontró en sus telas cosas de Velázquez, Tiziano, Courbet y Goya. "Es incoherente, infantil y grandioso, exclama. Hay en sus obras locuras pero hay trozos soberbios Con un poco más sería uno de los grandes genios de la pintura".

Su verdadero maestro, más que Julián y Robert Fleury, fué Bastien Lepage. Hubo en esto pasión irrefrenable. Dice que este maestro y Gericault, tenían luz, numen, pero Bastien Lepage es "el verdadero, el solo, el único, el grande". Cuando visitó su exposición en la galería Petit escribió: "He pasado una hora ante sus incomparables telas". Ya había escrito de él: "Es imposible no pensar a toda hora en este inmenso artista".

Este pintor ejerció sobre ella verdadero hechizo: "Yo soy Bastien Lepage", confiesa al contemplar sus telas. Reconoce que sin proponérselo lo imita. Muestra a Julián el cuadro pintado en Mont Doré y el maestro le dice que es una mezcla de Bastien Lepage y Bouvin. Le reprocha, a la vez, su crudeza, su brutalidad de pintura y le dice que ella pinta como verdugo. El juicio del profesor no la irrita porque ello la aproxima a Bastien el grande. El otro grande que reconoce es el escultor Saint Marceaux. Por eso en su testamento encomendó la ejecución de su retrato a Bastien y el modelado de la estatua sepulcral a Saint Marceaux.

Su cultura pictórica no se limitaba al taller Julián y a las visitas a los Salones. Había visto y sentido mucho en sus viajes. Italia la embriagó. España la embrujó. En el Palacio Pitti tuvo grandes revelaciones. Rafael no le interesó. Lo halló pálido, sin color natural y la expresión de la Virgen de la silla le pareció más de una doméstica que de la Madre de Dios; pero vió una Magdalena de Tiziano que la maravilló. La subyugaron Miguel Angel, el Tintoretto, el Veronés Van Dyck, "pero, ¡el pobre Rafael!" Habla también de "las carnes innobles de Rubens y de las carnes magníficas pero *bêtes* del Tiziano". Velázquez la llenó de estupor; enajenada copió la mano del "retrato de un escultor desconocido" y

el Vulcano de la forja. Madrazo elogió aquellas copias que se las quiso llevar, a cualquier precio, un millonario ruso. Rivera la impresionó también; Murillo no le dijo gran cosa; pasó delante de Goya sin verlo, aunque más tarde lo adivinó en los cuadros de Manet.

"¿Qué soy yo? Nada. Es decir una buena discípula, he ahí todo. Pero, ¿el fenómeno, el *coup de foudre?*" Melancólica confesión que no está lejos de la realidad. La pintora rusa, detenida en el Luxemburgo y el *Petit Palais,* no ha entrado todavía en el Louvre.

## VI

## EL VASO ROTO

En un escondido pasaje que nadie visita de un museo de París, entre grandes telas de autores ignotos y antiguos croquis que nadie mira, hay un pequeño retrato al óleo de María. No tiene la frescura, el candor y la gracia del autorretrato de los mejores días que figura en la colección de Pedro Borel y el del *Petit Palais;* el aire marchito y melancólico de esta breve cabeza, la expresión dolorosa y atormentada de la sonrisa, la fiebre que arde en los ojos agrandados y profundos y el velo de fúnebre tristeza que parece patinar el lienzo hacen de esta imagen un verdadero documento psicológico. Cuando se la mira se siente el hechizo del alma que animó aquel frágil cuerpo, se adivina la vibrante y mórbida sensibilidad que hizo de esta mujer un exquisito instrumento capaz de registrar las más sutiles y complicadas sensaciones; pero a la vez se advierte que en la frente de aquella pálida figura hay un presagio de muerte. La materia no resiste la plenitud de sustancia espiritual y el quebrantado vaso amenaza romperse.

Ella lo había previsto: "Temo que este deseo de vivir a todo vapor sea el presagio de una corta existencia". "¿Morir?..., agregó, eso me parece absurdo y, sin embargo, creo que voy a morir. Yo no puedo vivir; no estoy regularmente creada; tengo una cantidad de cosas, y otras que me faltan,



y un carácter que no puede durar... Me he equivocado en todo". Desde entonces la persiguió la obsesión de la muerte.

Con paréntesis de esperanzas y de optimismo se preparó para el trance. Sabe que está condenada, pero se aferra a la vida: trabaja, pinta, escribe, lee, sueña, espera, va al gran mundo, viaja, fracasa, triunfa, todo ello, en medio de tormentos físicos y de mayores tormentos morales.. Inmensas estepas de soledad, inenarrables días de dolor, noches sin sueño y llenas de angustia; la tos que la ahoga; los pulmones que no respiran bien; el pecho que la atormenta; el dolor que la cerca; la fatiga que la acaba; el insomnio que la enerva; la fiebre que la devora; el silencio y la soledad que la consumen.

"Es preciso que haga mi testamento, porque esto no durará", anotó en una de sus dolorosas crisis. Lo hizo tal como ella podía hacerlo, y la muerte llegó como lo había previsto. Las últimas páginas del diario que llevó meticulosamente hasta diez días antes de sucumbir, se leen con angustia más que con melancolía. Al propio dolor se une el de Bastien Lepage que también se extingue. Tiene, pues, una doble agonía. Moribunda casi, se arrastra hasta la casa de su amigo para llevarle el consuelo de su presencia. Cuando ya no puede más, el artista viene a ella y es un cruel espectáculo oír dialogar a aquellas dos sombras. El 20 de octubre de 1884 el diario se detiene después de las últimas y dolorosas confidencias. Ella no puede más. El 31 de octubre, una madrugada gris de otoño, se extinguió dulcemente.

Su amigo el Príncipe Karageorgevitch ha narrado sus últimos días. El 23, durante el almuerzo, la postró un vómito de sangre. Se la condujo al rincón de reposo que se había hecho con biombos en el salón, pues ya no podía subir las escaleras. La fiebre y la tos la atormentaban. Se la llevaba en brazos a un sillón donde permanecía largas horas inmóvil y silenciosa. Su cuerpo había enflaquecido dolorosamente; pero los ojos permanecían soberbios y la sonrisa, que era muy particular en ella, conservaba el aspecto de los días de salud. Los cabellos, ordinariamente de un ru-

bio ceniza luminoso, parecían oro en fusión. Se extinguió dulcemente, como un cirio que se consume.

El drama de esta breve vida cobra patética expresión cuando se le considera en el silencio del solitario cementerio de Passy cuya intimidad recuerda los pequeños y poéticos camposantos de provincia. Y lo cobra más en una tarde de invierno, cuando la nieve concluye de vestir de blanco el melancólico paisaje y la extraña luz crepuscular envuelve las cosas y acusa las aristas de piedra y los lisos paramentos de los mausoleos.

Los muros del templo bizantino en cuya bóveda duerme María Baskhirtseff parecen translúcidos; los cipreses inmóviles, envueltos en el glacial sudario, adquieren aspecto fantasmal. ¡Qué admirable cuadro habría pintado ella frente a estas tumbas y qué intensa página descriptiva habría agregado a su diario!

Al descender la pequeña montaña de Passy por el talud que baja hasta la calzada poblado de árboles cuyas desnudas ramas parecen florecidas de blanco, se divisa, todavía, la cúpula del mausoleo donde María duerme en paz, y mientras se recuerdan, mentalmente, como una salmodia, los versos que Theuriet dedicó a la muerta:

Il me semble te voir dans la grace mouvante
Des tes longs vètements, passer sur le chemin,

se sueña ver avanzar a María por la senda, nimbada por la luz crepuscular, tal como ella se vió en Niza una tarde en su espejo, envuelta en la larga túnica blanca, la doliente cabeza un poco inclinada, llevando en las manos un misterioso fulgor como los fantasmas de las leyendas nórdicas.

París, 1929.

# Una visita a Delacroix

La pequeña calle Furstenberg parte casi del flanco de la iglesia de *Saint-Germain-des-Pres,* del lugar en que se levantó el pórtico del palacio abacial, y termina doscientos metros más allá, en la calle Jacob, refugio de pequeñas tiendas de libros, antigüedades y pintura, que va a morir en la de *Saints-Pères,* luego de atravesar la de Bonaparte, a un paso de la Escuela de Bellas Artes.

Todo este barrio es uno de los últimos rincones del viejo París y está construído sobre tierras que pertenecieron a la antigua abadía de *Saint Germain.* Desde la iglesia, cuyos anchos muros apoyados en sólidos estribos, y cuya apuntada torre de sabor románico pertenecen al siglo IX, y en cuyo jardín lateral se conservan reliquias de la vieja abadía que da nombre al bulevar, a la plaza y a la calle que pasa junto al templo, se tendían feraces tierras de cultivo, salpicadas de pequeños burgos, de verdes bosques y de risueños alcores y graciosos setos que bajaban, en suaves estribaciones, hasta el Sena, frente a la isla de la *Cité.*

Era aquel el sitio de las antiguas tierras muradas y rodeadas de fosos pertenecientes a las abadías y conventos de las órdenes religiosas, que tenían entonces algo de las órdenes militares: los benedictinos de Cluny, los domínicos, los religiosos de Santa Genoveva, de San Víctor, de San Marcos, de San Medardo, de *Sain-Germain-des-Prés.*

La ciudad devoró el bucólico paisaje y, a lo largo de las sendas de los antiguos alcores, que conducían todas al camino de Santiago, ruta de los peregrinos del histórico santuario, se levantaron las casas y los hoteles hasta que la maciza edificación unió los burgos, cubrió totalmente las tierras de cultivo y los bosques, algunos de cuyos árboles quedaron apri-

sionados en las patios y los jardines de las nuevas posesiones burguesas.

Cuando se recorre la calle Furstenberg se tiene la sensación de caminar por una pequeña ciudad de provincia. El silencio y la quietud suceden al ruido y al movimiento del bulevar. Hacia los cincuenta metros la estrecha calle se ensancha en forma de círculo para rodear una plazuela sombreada por añosos árboles a cuya sombra van a sentarse los ancianos del barrio en los días de sol, mientras los niños juegan y corren alrededor de la fuente protegida por una verja de hierro, que hay en el centro del jardín, y los gorriones bajan a beber en el plato del surtidor y a explorar las floridas platabandas.

Sobre la plaza se levanta la fachada gris de un viejo hotel, cuyo portal lleva el número 6, en el cual habitó Delacroix. Es preciso salvar el hondo zaguán, abrir una pequeña puerta que se advierte en el fondo, debajo del arco de la escalera, y bajar la grediente de una galería casi subterránea y sin luz que conduce a un melancólico jardín interior, desde el cual se ve, detrás de la ronda de viejos castaños y tilos que sombrean el patio, el cielo recortado por los abuhardillados techos erizados de chimeneas, que forman el fondo del paisaje parisiense. A la derecha, adosado al muro frontero, construído en forma independiente del hotel, pero unido a éste por el pasaje subterráneo y una escalera de hierro, está el taller del pintor.

Es este una construcción cuadrangular, techada de pizarra, que consta de un subsuelo y una elevada planta. La fachada es simple, pero armoniosa; aun despojada de intención arquitectónica se advierte en ella un vago sabor italiano. En el centro del liso paramento que se levanta sobre el jardín se abre una ancha vidriera de cristales flanqueada por dos ventanas simétricas, más estrechas. Sobre el recto dintel de las tres aberturas aparecen, empotrados en el muro, en forma de friso, tres bajorrelieves de gusto renacentista.

Se accede al taller por una escalera de hierro que articula, en la modesta meseta adosada a la lisa fachada lateral, con la que conduce al departamento del hotel en que vivió el artista. Sobre esta meseta se abre la ancha puerta del



taller, por la que se entra a una pequeña antecámara ornamentada por una chimenea revestida de estuco, en cuya repisa descansan botes de tabaco y dos vasos de cerámica policromada que pertenecieron al pintor. Junto a esta antecámara hay otra diminuta sala que, sin duda, estuvo destinada a vestuario y descanso de los modelos. Ambas antecámaras dan sobre el taller, que es una amplia sala cuadrangular de cien metros de superficie, pavimentada de madera, iluminada por las tres aberturas que dan sobre el jardín y una ancha vidriera, en forma de claraboya plana, que cubre el tercio del techo, por donde filtra la luz cenital a través del *velarium*.

Aquí trabajó el pintor desde el año 1857 hasta el año de su muerte, acaecida en 1863, en el departamento del viejo hotel frontero que se conserva intacto. Allí, Albert Besnard, cuando era todavía niño, vió al artista, como lo recordaba melancólicamente, poco antes de morir, en una sesión académica. En aquel viejo hotel vivió también Paul de Saint Victor.

El gran pintor amaba este barrio de París. Antes de habitar el inmueble de la calle Furstenberg, había tenido su taller en la pintoresca calle Visconti, en el mismo hotel en que Balzac montó su famosa imprenta, a un paso de la casa en que vivió y murió Racine. Así se confunden en la vecindad gloriosa de los recuerdos del clásico poeta del gran siglo, el creador de la comedia humana y el pintor romántico, hombres los tres de muy distinto temperamento, pero que coincidieron en el apasionado tesón con que realizaron su obra.

*
* *

La "Sociedad de los amigos de Eugenio Delacroix" ha convertido en templo el taller del artista. Allí se rinde conmovedor culto a la memoria del hombre y a la realidad objetiva de su obra. Se ha logrado reunir en las antecámaras y en la sala de trabajo muchos objetos que pertenecieron al pintor, y se mantiene además, una exposición permanente de sus obras, que se renueva periódicamente con telas, cartones, acuarelas, grabados y dibujos cedidos en préstamo por los museos y las colecciones privadas. Varias de estas piezas han

hallado allí alojamiento definitivo, pues sus propietarios han hecho donación de ellas. Otros lo harán en el futuro. Con estas obras y algunas adquisiciones que se han hecho se va formando el museo Delacroix.

Claro que no están allí, ni lo podrán estar nunca, sus grandes composiciones; pero, en cambio, se pueden admirar los apuntes, estudios, croquis, dibujos y bocetos que sirvieron al pintor para prepararlas. Están, además, sus paletas, sus cajas y botes de colores, sus caballetes, sus armas de trabajo, y están, sobre todo, sus cartas, sus manuscritos y los originales de su diario. Cuando se leen las páginas de los cuadernos en que, con su nerviosa caligrafía anotaba sus reflexiones, y no pocas veces sus confidencias íntimas, se tiene la sensación de que el espíritu del pintor vela junto a los cuadernos, detrás del cristal de la vitrina.

Ocurre pensar que el maestro que sigue viviendo en la intimidad de su taller no es el Delacroix de las grandes decoraciones murales de San Sulpicio, del Palacio del Luxemburgo, del Palacio Borbón, del Hotel de Ville y de la galería de Apolo del Louvre, ni el que provocaba la ira de Ingres y el asombro del público con los célebres cuadros que penden de las grandes salas del museo. Sin menoscabo de su gloria, de su obra y de sus inmarcesibles laureles de renovador de los cánones pictóricos y creador de nuevos conceptos y procedimientos de expresión plástica, es éste un Delacroix más íntimo, más recatado, más simple, y también más anecdótico. El pintor aparece en esa otra obra, formada por multitud de maravillosas gemas, todavía no bastante admiradas, que se hallan en las colecciones particulares y de las que son ejemplo los pequeños cuadros con que se tropieza en las salas y corredores poco frecuentados de las colecciones Thomy-Tiéry, Chauchard y Camondo del Louvre, prodigiosas realizaciones de color, armonía, expresión y movimiento, que tienen íntima relación con el Diario del pintor y en que la materia plástica adquirió volumen, palpitación y vida, como ocurre con el pequeño Paraiso del Tintoretto del Louvre que, cuando se le contempla, se experimenta la sensación de que los círculos de bienaventurados se animan y giran alrededor del eje formado por la Virgen que recibe la celestial corona.



Además, está allí el hombre, y con el hombre su vida, que es como decir su historia. Y como este hombre fué un noble ejemplar de la especie y su vida está íntimamente vinculada a la historia de su tiempo, es una apasionante aventura aproximarse a uno y a otra.

* * *

Por la escalera interior de hierro se asciende al departamento que habitó el pintor, en cuyas salas se han reunido diversos recuerdos, pero sobre todo, la evocadora galería en que aparecen las imágenes de las personas que, de alguna manera, estuvieron vinculadas al artista. Es aquella una resurrección de su vida íntima, que convierte el pequeño museo en una colección de figuras parlantes que adquieren, en el silencio de las salas, fascinadora expresión.

En las tiernas litografías, en las telas pintadas al óleo, en los apagados pasteles, en los inquietantes daguerrotipos, en las borrosas fotografías que penden de los muros regresa todo un mundo desaparecido que formó la intimidad del artista: protectores y maestros, amigos y confidentes, amantes y admiradores, figuras, algunas de ellas, que constituyen, a veces, un enigma o un interrogante, y otras una afirmación de amor, de amistad y de consecuencia. Están allí los retratos de familia: los hermanos, los sobrinos, los camaradas de la infancia; los croquis que él trazó apresuradamente de sus amigos íntimos; otros retratos todavía: Talleyrand —he ahí un enigma en la vida del artista— con su continente de gran señor y su sardónica sonrisa; el conde y la condesa de Marnay, con quienes hizo el primer viaje a tierra africana; Gericault "el grande", que fué el anunciador de su gloria; Guerin, que no comprendió a su rebelde discípulo, pero que le enseño muchas cosas que él jamás olvidó; el barón Gerard, que lo introdujo en la intimidad de su salón; el barón Gros que, a pesar de la hipnosis davidiana, lo comprendió y lo admiró aún ante aquella tela de la que dijo que era "la masacre de la pintura"; Bonington, de quien hizo el retrato; Deveria de quien se supuso que compartiría con él el cetro

de la pintura romántica; Chasseriau y Barye que le hicieron escolta; Talma, Mademoiselle Mars, la Rachel, la Malibrán, Madame Dorval, con su carga de aplausos y de gloria; y con ellos toda la pléyade presidida por Víctor Hugo: Teófilo Gautier que, al despedirlo desde las columnas del Monitor, trazó de él un retrato literario que no desmerece del autorretrato del Museo del Louvre, Alfredo de Musset en el esplendor de su breve juventud, Dumas, Sainte-Beuve, Merimée, Jorge Sand, cuyo retrato pintó el artista, Baudelaire que tanto le admiró como le amó, el embrujado Paganini, Liszt, el melancólico Chopin, y tantos otros todavía que dejaron en el alma del maestro la huella de su presencia.

En un discreto testero está el retrato de Madame de Forget, la secretaria bien amada del pintor *"sa consolatrice"*, como la llama Raymond Escholier en el libro encantador en que reveló este recatado romance sentimental, flor de consecuencia, de fidelidad y de ternura que duró treinta y cinco años sin marchitarse.

Mucho de lo que significa esta asamblea de figuras congregada en la casa de Delacroix palpita en la obra del maestro. ¿Qué es ese acento apasionado, esa violencia dramática, esa embriaguez de color y de poesía de sus cuadros? ¿No es, acaso, expresión de la época y de la sociedad en que vivió? ¿No es él, intérprete en el lienzo, como lo fueron otros en las letras y en la música, de la sensibilidad, de las ideas, de la manera de ver y sentir la vida, de la inquietud con que se consideraban sus misterios y sus problemas, de la fiebre de vivir demasiado intensamente, del desenfreno de la imaginación, del arrebato de la pasión, del predominio del individuo y del yo sobre las razones generales, de eso que se llamó Romanticismo y que fué atributo de las generaciones que sucedieron a la Revolución y al Imperio?

Todo eso estaba en este hombre atormentado por su naturaleza enfermiza, pero dueño de una voluntad poderosa; que sufría, pero que vivía y trabajaba sin descanso; que era un sensitivo, pero que ocultaba cuidadosamente su temperamento; que amaba a los hombres, pero que huía de ellos y se sumergía en la soledad; que buscaba el orden en las ideas y, sobre todo, en el arte y en el trabajo, pero que creía en



el numen, en cierta manera de exaltación en que el artista, como en el concepto platónico, adquiere poder de adivinación y realiza la obra bajo el hechizo de la inspiración; que, frente al paisaje, sentía la limitación de la línea y se preguntaba: ¿dónde están las líneas que producen las sensaciones del pájaro que canta, del follaje que murmura, de los mil reflejos del río?; que se exaltaba frente a la naturaleza y adquiría una extraña doble vista que le hacía pintar bosques que, en su grandiosa realidad, tienen algo de alucinación, figuras que son profundamente humanas pero que parecen animadas por una vida extraterrena; que exclamaba enagenado: "¡Elefantes, rinocerontes, hipopótamos, animales extraños!... Los tigres, las panteras, los jaguares, los leones", y los pintaba, pero, ¡de qué manera!; que afirmaba que el color no significa nada si no corresponde al asunto; que creía en el tono dominante, "llave y gobierno de lo demás"; que atribuía a cada color la expresión de una idea, de un sentimiento, de un estado de alma; que aceptaba el desorden como elemento capaz de dar carácter a la obra; que realizó grandes composiciones murales y pequeñas gemas de color en que hay un poder de síntesis esencial al que llegó por supresiones sucesivas; que pintó cuadros de historia y cuadros anecdóticos, pero que pintó también cuadros en que el significado y la anécdota desaparecen para sólo dejar espacio a la vibración del color, a la magia del movimiento y al misterio de la vida y que, como corolario de cuanto pensó, sintió y escribió, realizó una de las obras más extensas, más ricas, más personales y que con más dignidad se han incorporado a la galería de las grandes creaciones artísticas de todos los tiempos.

He aquí el soliloquio de un visitante de paso que, una tarde de invierno, turbó la melancólica quietud del hotel de la calle Furstenberg.

París, 1936.

# Diálogos y monólogos en el Museo

## I

### CUADROS PARLANTES

Si por arte de magia las figuras que pueblan los lienzos que penden de los muros de los museos cobrasen vida, se animaran, descendieran de sus venerables marcos y se incorporaran a la humana tertulia, con sólo confiarnos sus cuitas y hablarnos de lo que fueron sus ideas, sus sentimientos y sus preocupaciones nos harían penetrar y conocer, íntimamente, épocas pasadas, de las cuales cada vez nos alejan más: el tiempo que no se detiene, y esta vida moderna que, a diario, acelera el ritmo de las transformaciones en el orden de la realidad y de la historia.

Tal pensaba yo al recorrer las salas de la Exposición de pintura francesa titulada "De David a nuestros días" organizada por la Comisión Nacional de Bellas Artes en el mes de mayo de 1940, cuando ya tronaban los cañones de la guerra en Europa.

Por ejemplo, me decía, ese M. Joubert que pintó David hacia 1785, es decir, cuando aún reinaba en Francia Luis XVI, se incorporaría amablemente de su poltrona, donde se halla tan a gusto, tan satisfecho de sí mismo, tan pagado de su importancia, tan rebosante de salud y de optimismo, tan feliz de mostrarse a la posteridad; movería las manos regordetas, sacaría de la faltriquera la caja de oro, aspiraría con delicia una narigada de rapé, sacudiría con afectada elegancia el pañuelo de batista sobre la gorguera de encaje, se esti-

raría la chupa y el casacón de seda que se le han trepado a causa del indiscreto *en bon point,* se aseguraría la peluca, la única peluca que hay en este salón, al menos entre los personajes de los cuadros, y luego de inclinarse con perfecta cortesía versallesca, nos diría con exquisita gracia y encantadora volubilidad:

—Yo soy M. Joubert, pero no se me confunda con el célebre amigo de Chateaubriand, de Fontanes y de Mme. Beaumont, el autor de los famosos "Pensamientos". Mis pensamientos, si alguna vez los tuve, no fueron más allá de los expedientes de la Cámara de Cuentas de mi ciudad natal, de la que fuí Presidente, y de la Tesorería General de la provincia, cuya dirección me confió el Ministro Necker. Nací en Montpellier, en el viejo Languedoc, en ese claro y simple país del Mediodía, donde arde el sol, el suelo es seco y caliente y fermentan en él los buenos mostos. Todo ello vuelve un poco la cabeza y enciende los sentidos y la imaginación, pero sin que estos fuegos de artificio que son cosa sin malicia que suele apagar el mistral, turben las austeras virtudes de esta tierra, patria de Cambacéres, del pintor Cabanel y del filósofo Augusto Comte. Serví al rey con fidelidad, como lo hicieron todos los de mi casa, que tiene el señorío de Bosq y la baronía de Sommerer y de Montiedon. Aunque noble provinciano y barón, me sentí, sobre todo, burgués de mi ciudad, buen cristiano, un si es no es tocado por la filosofía volteriana,, excelente dueño de casa, amigo del orden, de la tranquilidad y de la vida regalada. Esos dos libros que hay sobre la mesa contienen, el uno, las Ordenanzas reales sobre buena administración y buenas costumbres, el otro, un pequeño tratado de gastronomía, porque siempre fuí devoto de la buena cocina francesa. Quise inmortalizarme en el lienzo, y como el azar y el favor real me llevaron a la administración de la Academia de Pintura, encargué al joven David que hiciera mi retrato, sin sospechar que este pintor protervo habría, años después, de destruir la Academia y de votar la muerte del rey. Este es mi pecado capital.

Y nosotros podríamos replicarle:

—Feliz de vos, M. Joubert, que viviréis para siempre en vuestro viejo lienzo, aunque haya sido el pintor regicida quien



os inmortalizó. Cuando lo hizo, David pertenecía todavía en cuerpo y alma a vuestro siglo y a vuestro mundo monárquico. Pintaba, entonces, dentro de la tradición de aquel género de retratos suntuosos, abermellonados y dorados de que habla Geffroy, y que su maestro Bucher y, sobre todo, Fragonard, extrajeron del estudio y contemplación de las telas de Rubens. Se hallaba el joven maestro dentro de la zona de aquellos cien años en que, al decir de los Goncourt, la pintura francesa parecía no tener otra cuna, otra escuela, otra patria que la galería del Luxemburgo y la vida de María de Médicis, pues el dios estaba allí. Nadie habría adivinado en este colorista cálido y elegante y en este pintor de corte, al iconoclasta que pocos años después, para ponerse a tono con su tiempo, pretendió restaurar la antigüedad clásica y destruyó para ello todo esto que hay en vuestro retrato: la vida ligera y frívola, la sensualidad fina y sabrosa, la recatada licencia, la filosofía amable y despreocupada, la seguridad y el optimismo, todo aquello que llenó la corte de Luis XVI y que dejó su huella objetiva en la arquitectura, en la pintura, en la escultura, en la música, en la poesía y, sobre todo, en los departamentos del castillo de Versalles: alegre y confiado buen vivir, estimulado por las fantasías del Ministro Calonne, aquel mago del optimismo que arrebataba a la corte y adormecía al rey con el ruido del oro, cuando ya se sentían rumores siniestros en las galerías y en el jardín del Palais Royal. Vuestro retrato constituye, pues, además de una maravillosa obra de arte, un documento humano del antiguo régimen y de la monarquía claudicante.

Y con estas palabras dejaríamos a M. Joubert nuevavamente inmovilizado en su sillón de tapicería y envuelto en la gala de su colorido siglo XVIII.

Entonces, al volvernos, nos encontraríamos con la figura augusta de Pío VII, el Pontífice doliente pintado por el mismo David. También es éste un documento humano. Aparece en él el Papa con su indefinible expresión: serena y melancólica la mirada; dolorosa y apenas perceptible la sonrisa que se asoma, como una queja, a los labios; fatigado el gesto; pero severa e inflexible la augusta mano que mantiene el pliego recién abierto, mano que supo, por igual, bendecir y fulmi-

nar. Lo pintó David en 1805, después de la consagración de Bonaparte, cuando ya el maestro había transformado la pintura francesa mediante una revolución semejante a la que realizaron las muchedumbres del Palais Royal, de la Bastilla, de Versalles y de las Tullerías en el seno de la sociedad de Francia. Si Napoleón iniciaba entonces la dictadura política, David venía ejerciendo el despotismo artístico desde los primeros días de la Revolución. El antiguo discípulo de Bucher que comenzó a pintar con la coloración viva y graciosa de los decoradores del siglo XVIII, se había convertido, luego de su viaje a Roma, en el exhumador de la antigüedad clásica. Bucher y Fragonard habían cedido el puesto a Homero, a los camafeos y vasos antiguos, a los mármoles sagrados de Grecia y Roma. Reinaba sobre el arte francés como señor absoluto. Su taller, instalado en el Palacio del Louvre, en el ángulo de la columnata Perrault y el Sena, era el templo de la pintura de la época. Se agrupaba allí una verdadera ciudad de discípulos que miraban al maestro como a un Dios. La túnica griega, impuesta por David a sus alumnos, hacía que éstos se confundieran con los personajes de los cuadros que aquél pintaba. Recuerdo haber visto en el Museo Carnavalet de París un antiguo dibujo lavado, de Lagrené, que representa la conducción de las cenizas de Voltaire al Panteón, en el cual aparecen en el cortejo los discípulos del taller de David, vestidos con trajes romanos, azotados por la lluvia tempestuosa que caía sobre el séquito. Fué tal la influencia del maestro, que llegó a crearse en aquella muchedumbre de artistas, ebrios de antigüedad, una verdadera mística. Se constituyeron en el taller extrañas sectas. Una de ellas, llamada los primitivos, impuso a sus adeptos el uso de la túnica. Se vió así, durante el Directorio, pasear por las calles de París a jóvenes vestidos de Agamenón, ostentando largas cabelleras y barbas postizas. Otra de las sectas, los *"crassons"*, además de cultivar lo antiguo llevó más lejos lo pintoresco. Para pertenecer a ella se requería fumar por lo menos tres pipas por día, lavarse poco, y no cambiarse la ropa interior hasta que ésta estuviera hecha girones.

Este taller de David, además de ejercer influencia sobre la pintura, la ejerció también sobre la sociedad de la época.



El escultor Pena o el arquitecto Berro recordaban los muebles que el maestro hizo construir al mueblero Jacob y que se pusieron a la moda y se difundieron en los salones de París; pero hay más, la exposición del conocido cuadro "Los hijos de Bruto" fué el punto de partida de la desaparición de las pelucas empolvadas, resabio de la monarquía; a partir de ese acontecimiento comenzó la moda de las cabelleras flotantes. Los peluqueros y los modistos fueron desde entonces al taller de David a copiar los peinados griegos y las draperías de los personajes de los cuadros del maestro.

Todo este *atrezzo* clásico, con el que David, acaso, puso trabas a su propio genio, y con el que, evidentemente, abrumó a muchos de sus discípulos, especialmente al Barón Gros que fué su verdadera víctima, desaparecía, sin embargo, cuando el maestro se proponía pintar el retrato de un contemporáneo. El genio del pintor desplegaba entonces las alas, como en el caso del maravilloso retrato del Pontífice, que no puede ser superado y que resiste la comparación con los grandes retratos del Renacimiento.

## II

## DIALOGO DE LAS SOMBRAS

Si la cabeza melancólica y doliente de Pío VII se volviese hacia la figura del General Bonaparte que está a su lado, al ver a éste envuelto en su nimbo de gloria, la bandera en alto, la espada victoriosa en la mano, tal como lo vió el barón Gros en aquella hora inmortal del Puente de Arcola, no es imposible que desplegase los labios para murmurar con triste y fatigado acento:

—General Bonaparte, habéis llenado el mundo con vuestras hazañas y con vuestra gloria. Todavía, en la hora de las sombras, las águilas imperiales vuelan, de campanario en campanario, hasta posarse en las torres de Nuestra Señora de París, y los ecos de vuestras victorias resuenan sobre la cúpula de oro de los Inválidos, y se os ve pasar envuelto en la noche, como en la fantástica revista de Raffet, o en

la excomunión. No llegasteis a mancillarme, pero fuí vuestro prisionero, y casi por la violencia me arrancasteis la firma del segundo Concordato; pero yo os seguí amando, Señor, porque amaba también la gloria del pueblo francés. Y cuando se derrumbó vuestra grandeza, y casi todos os abandonaron, y muchos os traicionaron, y el águila imperial, con el pico sangrante y las alas rotas, fué a posarse para morir en las rocas solitarias de Santa Elena, yo, Sire, en el fondo de mi palacio, a solas con mi conciencia, prosternado ante el altar, oculta la cabeza entre las manos, lloré por vuestra suerte y largamente oré, por vos, al Señor que permitió vuestra grandeza y permitió también vuestro holocausto.

## III

## LAS TRES G DAVIDIANAS

Disipado el sortilegio y vueltos a la realidad, para sacudir el polvo de tanta grandeza podríamos mirar un instante un cuadrito de Girodet, muy poco recomendable, por cierto, como tema y como propósito; pero en estas esferas del arte hay que tener una gran amplitud de criterio y una gran tolerancia. Girodet, fiel discípulo de David, no obstante sus veleidades prerrománticas del "Entierro de Atala" que se halla en el Louvre, y en el que aparece más como discípulo de Chateubriand que de su maestro, pintó en este cuadrito el retrato de la señorita Ana Francisca Isabel L'Ange, que nada tenía de ángel por cierto, y la pintó en traje mitológico, que es no tener traje alguno. Esta señorita L'Ange fué una actriz que alcanzó mucha boga en el teatro francés del último tercio del siglo XVIII. Luego de recorrer diversos escenarios de París, conquistó las candilejas de la Comedia Francesa, donde, entre otros papeles, creó el de Pamela en la comedia de Neufchateau. Sus aventuras fueron tan famosas como sus creaciones escénicas; pero, a pesar del escándalo encontró un banquero, el señor Simons, que le dió su nombre y su fortuna. Quiso también que Girodet, pintor de moda entonces, la retratase en plena celebridad; pero no le



satisfizo el retrato y no se curó de decirlo en voz alta. El pintor, encolerizado, rasgó la tela en pequeños fragmentos y envió éstos en una caja a la señora L'Ange, y en seguida, para vengarse, pintó en breves días y mandó al Salón ese pequeño cuadro, en el que la actriz aparece convertida en Danae, aquella deidad mitológica que fué encerrada en una torre por su padre el rey de Argos para impedir que se cumpliera la predicción del oráculo, según la cual, el hijo que de ella naciera mataría al rey. La torre no fué inexpugnable, pues Júpiter, que era dios de mucho ingenio, prendado de Danae, la visitó en forma de lluvia de oro; y de la aventura nació Perseo. El rey encerró a madre e hijo en un cofre y los hizo arrojar al mar; pero fueron recogidos por pescadores de la isla Serife y conducidos ante el rey Polidecto, quien les dió protección. Perseo regresó años después con su madre a Argos, donde se realizó, como siempre ocurre en los mitos, el vaticinio, pues aquél mató a su abuelo sin saberlo. Esta fábula que inspiró a los trágicos griegos y a los poetas clásicos y que sirvió de tema para dos grandes cuadros a Tiziano y al Correggio, aunque muy hermosa, no convenció a la señorita L'Ange ni al público. El cuadro hizo escándalo en París y tuvo que ser retirado del Salón; pero la actriz no pudo impedir que la posteridad la siga contemplando en su disfraz de Danae, y vea junto a ella el rostro de uno de sus adoradores, cuyos rasgos caricaturados se adivinan en la cabeza del pavo que está junto a la deidad.

Si Girodet se evadió a veces de la tutela de David, no otra cosa hizo siempre el barón Gros, a pesar de sentirse unido en cuerpo y alma al maestro. Las tres telas de este pintor que hay en esta sala: el retrato de Bonaparte, el retrato del General Fournier y la batalla de Eylau, están encendidas, como lo están casi todos sus grandes cuadros y retratos, por el fuego de aquel primer romanticismo de que fué expresión genuina Géricault y que preparó al advenimiento de Delacroix. Gros fué víctima de esta duplicidad de sentimientos: de su fidelidad a David, no obstante su galería del Imperio, y de su secreta admiración por Delacroix, no obstante su conocida frase frente a las Masacres de Scio:

"Esto es la masacre de la Pintura". Las admoniciones de su maestro que desconocía sus grandes cuadros de historia, porque no se referían a la época de Temístocles, y le instaba a hojear a Plutarco, y el desdén del clan romántico que se burlaba de su regreso senil al davidismo, determinaron la tragedia. Gros, creador de un mundo pictórico maravilloso, luego de vagar atormentado toda una noche bajo la lluvia, fuera de las barreras de París, buscó en las aguas de un brazo del Sena, cerca de Meudon, reposo a su turbado espíritu.

El otro pintor que integra el ilustre triunvirato de las (?. davidianas es el barón Gérard de quien, dicho sea de paso, existe en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes un pequeño cuadro titulado "Belisario" que figuró en la Exposición Francesa realizada el año pasado en este mismo salón. Volvámonos, pues, una vez más, hacia el retrato de Mme. Récamier, pintado en plena dictadura del maestro, pero que poco tiene que ver con sus figuras frías y convencionales. Está aquí también el elemento grecorromano: en la arquitectura, en la indumentaria y el tocado, en la silla y en los detalles accesorios, en la misma actitud del modelo; pero todo está dominado y animado por una poderosa vida que, más que del prestigio de escuela, de la suprema ciencia de pintar y de la insuperable técnica del artista, proviene de la belleza que irradia la figura, de la fuerza de fascinación que hay en ella y que da motivo a que resplandezca en esta constelación de obras de arte con maravilloso brillo y atraiga la admiración de todos los que penetran en esta sala. Si Mme. Récamier era bella, el artista que la pintó penetró hondamente esa belleza, la fijó en la tela, le infundió el soplo de la vida perenne y creó el milagro de que las generaciones que sucedieron a la divina Julieta, como se se le llamó en su época, sigan experimentando su influjo soberano.

## IV

## EL MONOLOGO DE MADAME RECAMIER

Si este retrato se animase con el fuego de la vida, ¿qué nos diría esta mujer, prodigio de gracia, de candor, de armonía, de euritmia, de movimiento y expresión en la inmovilidad y en el éxtasis? ¿Qué es el misterioso encanto que irradia esta figura candorosa que parece hecha de materia traslúcida, cuyos desnudos pies parecen no tocar la tierra, cuyo maravilloso cuerpo se adivina como el de una diosa griega, cuyos brazos y manos parecen alas, cuyo rostro tiene el virginal candor de una madona, cuya expresión sonriente y dulce tiene algo de celestial, cuya actitud, que en otra sería atormentada, aparece en ella natural, libre como la de un ángel que vuela, como la de un ave que se posa, como la de una reina que se sienta en su trono?



Lamartine es quien con mayor verdad ha dicho qué es ese poder de fascinación que envuelve a esta mujer: "Mme. Récamier, dice el poeta, no fué ni un acontecimiento, ni un personaje, ni un gran hecho, ni una gran idea, ni aun un gran talento, ni sobre todo un gran poder en esta multitud de cosas y de individualidades que llenan la historia del siglo; pero fué más que una gran cosa, que un gran talento, que un gran acontecimiento, que una gran fuerza; fué un gran deslumbramiento de los ojos, fué una larga embriaguez de los corazones, fué una gran potencia de la naturaleza: fué la belleza".

Feliz Gérard que pintó este retrato que se guarda como un tesoro en el Museo Carnavalet, donde aparece "la Venus sin cielo, la Cleopatra sin corona, la Fornarina sin culpa, la Beatriz sin ensueño, la Laura sin platonismo lírico, la Lady Hamilton sin vicios, la Guicioli sin lágrimas, ay, y puede ser también que sin amor". El pintor está en la plenitud de su talento, ella está en la plenitud de su belleza olímpica de diosa inacesible. Y puesto que Mme. Récamier ha cruzado el tiempo, la historia y el mar, y hoy se halla en Montevideo, y el momento es propicio, oígamos su confidencia.

Esta confidencia debe tener algo del perfume melancólico de las flores secas que las señoritas románticas conservan en los libros predilectos. Para escucharla, fuerza será volver a los días gloriosos de la *Abbaye - aux - Bois*, cuando, refugiada en la mística celda de la calle de Sévres, reabrió el otrora suntuoso salón de la calle Mont Blanc y de la villa

de Clichy, para consagrarlo al culto de Chateaubriand, el dios declinante pero siempre magnífico del primer romanticismo.

Era la época de los grandes salones franceses del siglo XIX: el salón de la duquesa de Duras, el de la duquesa de Broglie, el de Mme. Gay, la madre de Mme. Girardin, el de Mme. Saint-Aulaire, el de Mme. Vigée Lebrun, el de la duquesa de Abrantes, el de Mme. Ancelot, el de Benjamín Constant, el del propio barón Gérard, el de Charles Nodier, en el Arsenal, el de Hugo, en la Plaza de los Vosgos, y tantos otros, en los que se confundían las reliquias del siglo XVIII, con las glorias del imperio, las figuras de la restauración, los cortesanos de Luis Felipe, los grandes hombres de Francia, esa sociedad en fin, desvastada por las revoluciones, pero siempre renaciente y cada vez más fina y depurada.

El salón de Mme. Récamier fué una institución que resistió todos los cambios políticos que sobrevinieron en Francia a partir de la abdicación de Napoleón. Cuando, después de su destierro, ella regresó a París, se refugió en aquel silencioso rincón de la calle de Sévres, en el poético convento donde las religiosas le cedieron una celda, y un salón que fué desde entonces el centro de la vida intelectual de Francia. Alguien que lo frecuentó dice de él que parecía una academia que celebraba sus sesiones en un monasterio. Un cuadro de Dejuinne, que se ha reproducido muchas veces, nos permite penetrar en él. Había allí anaqueles con libros, consolas adornadas con bustos de la época del imperio, el canapé en que David pintó a la heroína, su busto en mármol, a la manera de Beatriz, sobre la chimenea, el *clavecín*, el arpa, y en el testero, el romántico cuadro de Gérard que representa a Lord Nelvil desembarcando en el Cabo Miseno mientras Corina, para la cual sirvió de modelo la propia Julieta, sostiene la lira y canta a la tempestad. Debajo de ese cualro había un sillón que era un verdadero trono: estaba destinado al señor de Chateaubriand, el dios de aquel Olimpo. Allí la luz penetraba apenas a través de espesas cortinas, se hablaba en voz baja y se sentía un indefinible olor a templo o a Museo. Allí se oyó a Chateaubriand leer las Memorias de



Ultratumba, a Lamartine recitar El Lago, a la Rachel declamar pasajes de Phedra o Atalhie frente a todo París. Y allí, sobre todo, se asistió al reinado de René y a la devoción de Julieta por el viejo y glorioso escritor hasta que los separó la muerte. ¡Extraordinario idilio e inmarcesible amor que fué superior a la vida, a la realidad y a la vejez! Más de treinta años ardió esta llama, desvastadora como una hoguera, en el tempestuoso corazón del viejo escritor, dulce y trémula como luz de cirio en el tierno corazón de la maravillosa mujer.

Y puesto así el espíritu en estado de gracia, la voz deliciosa de Mme. Récamier diría:

—Conocí todas las tormentas de la naturaleza y del alma. Vi desplomarse la Monarquía, asistí a los excesos de la Revolución, vi decapitar a los reyes y a los grandes señores de Francia y con ellos a los tribunos de la Asamblea Nacional y de la Convención; pasaron ante mí las glorias de la República, las grandezas del Imperio, el cortejo de los Borbones que regresaban; viví intensamente durante la Restauración, y vi, por fin, alejarse en silencio a Carlos X de Saint Cloud, y penetrar en las Tullerías a Luis Felipe para inaugurar la monarquía de julio; y sobre todos esos acontecimientos que sacudieron convulsivamente a Francia, puse la gracia de mi sonrisa, que fué bálsamo y esperanza para los que sufrían, y estímulo y embriaguez para los que triunfaban. Vi a mis pies a los grandes de la tierra. Napoleón, cuando regresó victorioso de Italia, me miró deslumbrado y quiso atraerme a su Olimpo. Luciano Bonaparte, el duque de Montmorency, el Príncipe Augusto de Prusia, que fué quien hizo pintar este retrato para llevarse mi imagen a su corte, ya que no pudo llevarme a mí y ceñirme la diadema, Benjamín Constant, Ampére, Bellanche, y ¡cuántos otros! señaron con mi conquista; pero el destino me había reservado algo más alto que un trono: asomarme durante treinta años, día por día, al alma tempestuosa de Chateaubriand. ¡Qué espectáculos, qué paisajes, qué abismos vi en todas esas almas presas de la pasión y arrastradas por el vértigo de la gloria, del orgullo, del amor y del sufrimiento! Y sobre todas esas tor-

mentas del alma, puse también la gracia de mi sonrisa que fué consuelo y esperanza para todos. Tal fué mi misión en el mundo: deslumbrar con mi belleza, embriagar con mi sonrisa, consolar con mi ternura, mientras yo, ¡pobre de mí! vestal de misterioso culto, sentía traspasado mi corazón por el dolor de no conocer el amor de la tierra. Así viví en mis días de esplendor en París, en mi destierro de Coppet, junto a Mme. de Staël, a orillas de aquel maravilloso lago Léman en que por primera vez creí amar, en mi melancólico retiro de Roma solamente alegrado por las cartas de René, en el asilo de la *rue de Sévres* donde los reyes, los príncipes, los grandes y los pequeños iban en multitud a admirar la belleza inmarcesible de una mujer cuya juventud era perenne, y el genio de un hombre que había conmovido la historia de Europa y que declinaba, fatigado de grandeza y de gloria. Así viví hasta el fin, superior al tiempo y a la vejez que no lograron rozarme, a la ausencia de Chateaubriand a quien cerré los ojos, a la ceguera de los míos que se quedaron sin luz, a la muerte que llegó, silenciosamente, en medio de la noche. Y aunque hace un siglo que duermo en mi pequeño jardín de la avenida de la Croix, del Cementerio de Montmartre, y que se desvaneció en el mundo de los fantasmas aquella multitud que cruzaba el patio silencioso de la Abadía para trepar la escalera que conducía a mi salón, sigo viviendo en el retrato de David que está en el Louvre, y en esta tela, en la que mi amigo Gérard aprisionó mi forma perecedera y mi alma inmortal.

Cesado el hechizo, la divina Julieta queda reclinada en los almohadones de su silla, desde donde nos sigue mirando sonriente, sin que en sus ojos, ni en el esmalte de su rostro, se advierta la huella de la fugitiva lágrima.

## V

## DELACROIX, INGRES Y COURBET

Y puesto que estamos evocando sombras o fantasmas de aquel mundo que pasó por el salón de Mme. Récamier, no ol-



videmos que, junto a las viejas galas de la duquesa de Abrantes, de Mme. Ancelot, de Sofía Gay, de Mme. de Lamartine, que ocupaban las poltronas; junto a los graves políticos Guizot, Royer Collard, Benjamín Constant, Montalambert, Thiers, que se mantenían gravemente de pie; junto a los filósofos y críticos Bellanche, Comte, Cousin, Tocqueville, cautivados por la verba de Villemain; junto a la nerviosa falange de Hugo, de Sainte-Beuve, de Lamartine, de Musset, de Balzac, de George Sand, de Vigny, de Berlioz, de Liszt, de Gautier, de Gavarni, de tantos otros, se deslizaba la silueta atormentada y desdeñosa de Delacroix. Eran los días de sus grandes luchas con Ingres, y estas luchas habían dejado en su frente y en sus ojos el adusto ceño y el sombrío fuego que arde todavía en el auto retrato del Louvre. En el salón de 1827 se habían expuesto, al mismo tiempo, "La muerte de Sardanápalo" del maestro romántico y "La apoteosis de Homero" del discípulo retrasado de David recién reinstalado en París.

No están aquí, ni pueden estarlo, los cuadros esenciales de Delacroix, ni mucho menos las grandes pinturas murales del Palacio de Luxemburgo y de San Sulpicio, pero hay muestras bastantes para preguntarse ¿qué es este arrebato que se advierte en sus telas; esta fuerza patética que anima a la Grecia moribunda sobre las ruinas de Missolonghi que, por un curioso azar, parece dirigir la mirada y el ademán hacia el Lord Byron de Géricault que está allí enfrente; qué es ese acento apasionado, esa violencia dramática, esa embriaguez de color y de poesía que envuelve las telas del maestro? ¿Todo eso está solamente en el pintor o está también en la época? Lo está sí, en el pintor, con caracteres geniales; pero está también en la época y en la sociedad a que perteneció; en la sensibilidad, en las ideas, en la manera de ver y sentir la vida, en la inquietud de considerar sus misterios y sus problemas, en la fatiga de vivir demasiado intensamente, en el desenfreno de la imaginación, en el arrebato de la pasión, en el predominio del individuo y del yo sobre las razones generales. Esto que hay en los cuadros de Delacroix es el Romanticismo, "el mal del siglo", aquello que hacía exclamar a Goethe: "lo clásico es lo sano, lo romántico es lo enfermizo".

Venía ello del fondo de la historia y del fondo de las

almas conmovidas por los espectáculos a que habían asistido desde la Revolución de 1789. Chateaubriand, en el umbral del siglo, había encendido la hoguera, junto al clasicismo de David y al más falso clasicismo de las letras, y ya no se extinguió más. Gros la avivó sin advertirlo, y Géricault hizo de ella un incendio con su patético cuadro "La balsa de la Medusa", cuyo boceto, una joya única, está aquí al alcance de nuestros ojos.

1830 fué el momento álgido. Fué la época de la primera representación de "Hernani" y de "las tres gloriosas"; del chaleco rojo de Gautier y del bastón de puño de turquesas de Balzac; de las Meditaciones de Lamartine y de las Noches de Alfredo de Musset; de la "Sinfonía fantástica" de Berlioz y del embrujado violín de Paganini; de la insurrección del arrabal de San Antonio y de "La Libertad sobre la barricada" de Delacroix. Hora histórica en el reloj de Francia. Carlos X, frente a la insurrección de París, pronuncia en Saint-Cloud estas palabras: "Debo montar a caballo o subir en la carreta como Luis XVI". Talleyrand, al ver pasar bajo los balcones de su palacio de los Campos Eliseos al ejército derrotado por el pueblo, dice a su secretario: "Anote Vd. que hoy 29 de julio de 1830, a mediodía, los Borbones han dejado de reinar en Francia". En ese momento, mientras el hijo de Felipe Igualdad se aposentaba como un buen burgués en las Tullerías y se ceñía la corona, Carlos, fantasma de rey destronado, partía para el destierro, y se iba con él para siempre la bandera flordelisada de la legitimidad. Y aún vendría después la revolución de 1848, y se vería otro rey proscripto, y una agitada y efímera república que había de concluir en el Príncipe Presidente, en el golpe de estado de diciembre, y en el imperio de Luis Napoleón.

¿Cómo todos estos sucesos no habían de conmover profundamente a la sociedad francesa y de conmover, sobre todo, a las almas en que ardía el genio? ¿Cómo no comprender que la escuela histórica de David y la poesía impasible de Delille, no podían satisfacer a este desenfreno de la sensibilidad, de la imaginación, de la pasión; a este desborde del individuo y del yo sobre toda preceptiva y toda regla? Eso fué el Romanticismo en Francia, como en todas partes: producto de las convulsiones sociales, predominio del impulso personal sobre la tradición.



Claro que en Francia el movimiento romántico usó y abusó de lo pintoresco. Lo clásico había sido el predominio de la belleza antigua, de la serenidad, de la fuerza, de la inmovilidad. Lo romántico debía ser lo contrario: el predominio del carácter, de lo feo muchas veces, de la violencia, de lo decadente, del desenfreno del movimiento y de la expresión. Aun los propios artistas debían participar de este estado. "Para ser romántico, dice Gautier en un libro encantador, era necesario ser pálido, lívido, verdoso, un poco cadavérico, si ello era posible. Todo eso daba el aire fatal, byroniano, *giaour*, del hombre devorado por las pasiones y el remordimiento. Las mujeres sensibles encontraban esto interesante y se sentían llenas de piedad por el fin próximo de tales héroes". A ello se agregaban los trajes bizarros, las cabelleras flotantes, el dandysmo a lo Musset y Gerardo de Nerval, el amor a los colores suntuosos que Delacroix tomó de los venecianos. Lamartine, en cierta ocasión, compró una docena de chalecos de seda púrpura porque le deslumbró la violencia del color. Es verdad que Balzac se compró inmediatamente treinta, uno para cada día del mes; pero en lo que no logró aventajarle fué en el número y calidad del calzado, pues al morir Lamartine fueron encontrados en su guardarropía doscientos pares de botines de todas las formas imaginables. Y eso que se trataba de hombres que luchaban con terribles dificultades económicas; no hablemos del clan romántico de la calle de Canettes, de que era jefe Henri Murger, que agotó todos los matices de la miseria. Lamartine tuvo que vivir penosamente de su pluma en su vejez; la pobreza de la casa de Balzac de la calle Raynouard produce frío en el corazón. Y Chateaubriand, el gran Chateaubriand, dió a Carlos X que le interrogaba en el destierro acerca de su situación económica esta melancólica respuesta: "Sire, yo figuro entre los pobres a quienes protege Mme. de Chateaubriand".

Tal era la época; y ¿cómo no había de ser así el artista que con su genio expresaba lo que entonces se llamó "mal del siglo"?

Inútil fué que Ingres, discípulo retrasado de David, cla-

mase contra el desorden de Delacroix, contra el dibujo demasiado libre, contra las composiciones atormentadas, contra el color demasiado ardiente, contra la exageración del carácter, contra aquello que hacía que al mismo Hugo le reprochara no haber pintado jamás un hermoso rostro de mujer. El propio Ingres, a pesar de la querella histórica, a pesar del poder de su voluntad, no pudo resistir a la embriaguez, y las figuras de sus cuadros, sus desnudos, de los que hay aquí un prototipo insigne, sus retratos que nos miran con inquietante intensidad, se saturaron de sentimiento romántico, un romanticismo más sereno y humano que el de Delacroix, pero tan plástico y elocuente como el de éste cuando se trata de penetrar la sensibilidad y la inquietud de la época.

Delacroix tuvo un largo reinado, y así como Sainte-Beuve decía que todos los escritores del siglo XIX reconocen como ascendientes a Juan Jacobo Rousseau y al muy noble vizconde de Chateaubriand, podemos decir nosotros que muchos de los maestros modernos, y aun de los más modernos, tienen, por lo menos, un aire de familia con el gran pintor romántico.

Hubo, sin embargo, un pintor que ejerció grande influencia sobre la pintura de la segunda mitad del siglo XIX, que fue su polo opuesto. Ese pintor es Courbet, hijo de la revolución democrática de 1848, que quiso dar al arte, que hasta entonces se mantenía en la esfera de las *élites,* significado y militancia social y creó con ello eso que se llama realismo en la evolución de la pintura francesa del siglo XIX.

Acaso no haya ocasión más propicia que ésta para comprender, objetivamente, el espíritu de los dos grandes maestros que encarnaron el movimiento romántico y la reacción realista. Hay aquí dos retratos en que el sentimiento romántico de Delacroix y el sentido realista de Courbet, inmortalizaron a ese Mecenas de la pintura que se llamó el señor Bruyas. Los dos retratos pertenecen al mismo año: 1853, época inaugural del segundo Imperio. Delacroix vió a su modelo a través de su temperamento e hizo de él una inquietante figura: le inclinó la pensativa cabeza, le llenó los ojos de misterio, le vistió como un gran señor, y le envolvió en esa apasionada y palpitante vida que el artista imprimió a todas sus obras, y aun agregó algo de la estilización y de la óptica de



la decadencia: en la arquitectura del cráneo, en la alargada nariz, en las maravillosas manos que apenas retienen el pañuelo, en el sentimiento señorial que hay en toda la figura. Quitado el sillón de caoba Luis Felipe, y algún detalle de indumentaria, podría ser éste un retrato de las grandes escuelas del Renacimiento.

En cambio, Courbet miró al modelo con el lente de su implacable análisis y de su feroz sentido de la realidad, le destituyó de poesía y misterio, le convirtió en un personaje vulgar, un comerciante o un funcionario de administración, lo pintó de pie junto a una mesa, con su fuerte cabeza, su robusto tronco, sus prendas burguesas: el cuello blanco poco visible, el lazo de la corbata mal prendido, el abrigado chaleco zebrino que previene el reuma y la coriza, la americana de corte provinciano. Pintó también las manos, sin omitir el anillo del índice de la izquierda; pero ese anillo que en el retrato de Delacroix es una joya viva y personal que forma parte del modelo, es aquí un objeto de escaparate, como lo es también la cadena de oro que Delacroix envolvió en la media tinta del vestido a la manera de los pintores antiguos. En cuanto a las manos que en el retrato de Delacroix son espontaneidad, fatigado ademán, son en el de Courbet documentos de brutal realismo. La izquierda, sobretodo, es una verdadera pieza anatómica: el color cianótico, el resalte lívido y casi doloroso de las venas dorsales revelan que estamos en presencia de un hipertendido o de un arterioescleroso.

He aquí dos conceptos y dos técnicas. que si no difieren en el uso del dibujo y del color, pues en ambos pintores estos elementos son esenciales, difieren en la manera de sentir la naturaleza, y en la intervención del valor subjetivo en la creación de la obra de arte. Delacroix es un gran pintor como lo es Courbet, pero aquél es, además, un poeta, un artista de *élite*, para quien la realidad es un punto de partida pero no es el fin de la obra. Courbet, en cambio, con su militancia social quiere arrancar el arte de las superiores esferas, hacerlo accesible a la muchedumbre y convertirlo en cosa plebeya, y para ello copia ferozmente la realidad con sus

tres dimensiones, con su implacable color, con su cruda expresión, sin preocuparse de halagar la sensibilidad ni dejarse arrastrar por la imaginación poética.

## VI

## EL ALMA DE LOS CUADROS

¡Cuántas cosas podrían todavía ser observadas y comentadas! El material es inagotable. Por ejemplo, las manos de los retratos y figuras, ¡qué extraordinario lenguaje hablan!, ¡que lección de quiromancia podría darse con ellas!: con las de M. Joubert, manos regordetas y sensuales del siglo XVIII; con las de Mlle. Joly, encantadoras manos de actriz llenas de gracia y fina espiritualidad; con las enguantadas manos de Napoleón que son garras de águila que han cogido la presa; con las cortesanas manos de M. Villiers que ocultan quien sabe qué historia debajo de los encajes de la bocamanga; con las deliciosas manos de Mme. Récamier que parecen hechas con pétalos de rosa; con las trágicas manos de la Grecia agonizante que adquieren patético carácter de actualidad; con las atormentadas manos de Mme. Moitessiel y de Mme. Gonze, que hablan de la opulencia del segundo imperio, y nos recuerdan, con su expresión y con su ademán, los viejos daguerrotipos de familia en que se advierten, como en el azogue de un espejo, las románticas imágenes de nuestras abuelas.

Es preciso terminar; sustraerse a la fuerza de atracción y al encantamiento de estos lienzos que nos sigue más allá de esa puerta, y nos acompaña, todavía, cuando salimos a la calle y volvemos al mundo de la realidad cotidiana.

Dentro de dos o tres días vamos a descolgar estos cuadros de los muros. Ya no volveremos a verlos más en Montevideo y ¡quién sabe cuándo volverán a ocupar sus sitios habituales en los museos y colecciones de Francia! Vamos a guardarlos en sus cofres herméticos. Será como un gran entierro. Colocaremos en su caja a Mme. Récamier, y con ella, a todas las figuras que pueblan este Salón. Y la procesión de preciosos cofres se irá para siempre de Montevideo.



No importa. Algo quedará aquí de estas obras inmortales.

Quienes han frecuentado los museos de pintura saben lo que es el misterioso hechizo de los cuadros, y como, a veces, en las tardes lívidas del invierno europeo, cuando los pasos del visitante levantan misteriosos ecos en las salas vacías, suele apoderarse del alma un vago azoramiento o pavor. Los apagados reflejos de las cornisas doradas, los colores que parecen fundirse en la media tinta, las figuras que suelen adquirir aspecto espectral, los fondos oscuros y patinosos de los cuadros que semejan ventanas abiertas sobre la noche, los ojos de los retratos que miran y persiguen con obstinada fijeza como si fuesen figuras de pesadilla concluyen por turbar el espíritu y tornarlo propicio a la alucinación. Se advierte entonces que en todos estos venerables lienzos, además de la forma y el color objetivos, hay algo más, misterioso algo más, que dejó en ellos el artista que los pintó. Hay en las telas algo del alma del pintor y del alma del modelo que quedó en ellas aprisionada. Y se piensa con terror en aquella leyenda, en la cual, a medida que el artista fijaba en el lienzo la imagen de la amada, ésta se iba consumiendo como un blandón ardiente, hasta que, con la última pincelada, se apagó el postrer hálito de vida que el pintor sorbió en su insensata creación.

Todo esto, y cuanto la imaginación y la sensibilidad crean en la subconciencia, hacen pensar, y más que pensar, sentir, que cuando todos nos marchamos, y este salón queda solitario, y se extinguen las luces, y cae sobre él el misterio de la sombra, las figuras de los cuadros se despiertan y dialogan misteriosamente entre sí, en voz tan baja, en tan imperceptible lenguaje, que, todo ello es apenas leve murmullo de la noche que se desvanece y apaga al descorrer el alba la medrosa cortina y volvernos a la realidad del nuevo día. Pero esos diálogos de la sombra no se perderán en la bóveda del Salón. Quedarán flotando en ella para siempre como recuerdo de este episodio inolvidable, de esta milagrosa visita que, en una hora solemne de la historia, el alma de Francia, encarnada en la realidad de estas telas, ha hecho a sus lejanos amigos del Uruguay.

# Recuerdos de la insurrección romántica

## I

### LA HISTORIA DEL ROMANTICISMO

TEÓFILO Gautier escribió un libro encantador que se publicó después de su muerte con el título: "Historia del Romanticismo". Si este libro no es, precisamente, la historia de lo que un escritor llama "una de las más bellas expansiones del alma humana", es, al menos, la confidencia íntima y llena de ternura de un actor y protagonista de la revolución romántica, de un verdadero romántico que tuvo la fortuna de sobrevivir a su época y que, no obstante la sonrisa melancólicamente burlona con que, en la edad madura, recordaba sus hazañas de 1830, permaneció siempre fiel al recuerdo de los abalorios líricos: "la loriga, la banda, la cimera, el hada, el gigante, el dragón, el escudero y el enano", como los enumera, pintorescamente Walter Scott.

El gran escritor se proponía realizar obra más vasta sobre el tema; pero no tuvo tiempo para ello. No importa; esa obra la han realizado otros hasta el exceso. Se han escrito muchos libros voluminosos, completos y documentados, en diversos idiomas, además de los trabajos de carácter general que todas las historias de la literatura dedican al tema. Con motivo de celebrarse el centenario del Romanticismo, este episodio de la historia del hombre fué examinado por historiadores, literatos y artistas. En todos estos trabajos se analizan los orígenes y evolución de ese gran movimiento del espíritu humano y la influencia que él ejerció sobre las actividades de la inteligencia y la sensibilidad, sin excluir aquellas que se refieren a la vida social y política.

Hay más aún; al estudio abstracto del ciclo romántico se agrega la evocación objetiva del mismo. A quienes tuvimos la fortuna de que el año 1930 nos encontrara en París nos fué dado salir de los cursos y conferencias de la Sorbona y del Colegio de Francia para recorrer las vidrieras y anaqueles de las librerías, cargados de ediciones conmemorativas, y asistir a las exposiciones y representaciones teatrales de evocación y homenaje. Ya en 1927 la Biblioteca del Arsenal y el Museo Víctor Hugo habían conmemorado el centenario del manifiesto del "Cromwell" como preparación del centenario de "Hernani" y de "las tres gloriosas". La exposición organizada por la Biblioteca Nacional de París en la galería Mazarino fué su natural complemento. Al amparo de diez y seis grandes gobelinos antiguos, la serie de Coriolano y Alejandro, que cubrían los muros venerables, se colocaron las vitrinas llenas de libros, manuscritos, partituras musicales, pruebas de imprenta, ediciones curiosas, encuadernaciones típicas, dibujos, retratos, miniaturas, grabados, medallones, medallas, objetos, planos, mapas y raras iconografías. El romanticismo estaba allí cautivo, detrás de los cristales, con sus hombres, sus obras y su espíritu: los manuscritos y ediciones príncipes de los precursores, Rousseau y Saint Pierre; los originales de las "Memorias de Ultratumba" de Chateaubriand rodeados de otras reliquias de René; los manuscritos de "Corina" de Mme. de Staël y del "Adolfo" de Benjamín Constant confundidos en la misma vitrina; originales, libros, cartas y recuerdos de Sénancour, de Víctor Hugo, de Lamartine, de Nodier, de Musset, de Vigny, de Gautier, de Nerval, de Sante-Beuve, de Merimée, de Stendhal, de Balzac, de George Sand, de Dumas, de Cousin, de Villemain, de Ozanam, de Lamennais, de Lacordaire, de Montalembert, de Michelet, de Thiers, de Quesnel, de Thierry, de Ampére; páginas musicales autógrafas de Berlioz, de Meyerbeer, de Chopin, de Liszt; una vitrina destinada a Byron y a Walter Scott, materia toda ella maravillosa que fué animada por conferencistas ilustres y por conmovedores conciertos y recitales de música y canto románticos.

Unos meses antes la "Revista de Ambos Mundos" había celebrado su centenario con otra preciosa exposición instalada en la Galería Charpentier de la calle del *Faubourg Saint-Honoré*: "Cien años de vida francesa", y de ellos los más pintorescos, los más sabrosos, los más melancólicos también del ciclo romántico. Louis Gillet escribió una deliciosa página sobre esa famosa "casa" de François Buloz, constituída, al principio, con la joven hueste romántica, sobre el modelo de la ilustre "Revista de Edimburgo". Allí estaban todos los recuerdos de la gran generación: la mesa en que Víctor Hugo ecsribió "La leyenda de los siglos", los retratos, los manuscritos, los libros, los objetos de los escritores ilustres; ni siquiera faltaba "la pantufla de la madrina de Musset y el bonete griego bordado por George Sand para Eugenio Delacroix"; aquello era la resurrección de los interiores, las buhardillas, los salones y las tertulias del siglo XIX: una fascinante evocación de la sociedad formada con los restos de los grandes salones del Imperio y de la Restauración y con las nuevas generaciones nacidas en medio de las revoluciones de 1830 y 1848.



El Teatro Francés agregó jornadas maravillosas, pues abrió sus puertas para festejar el centenario de la primera representación de "Hernani". No estaban allí los filisteos; pero el Instituto y los representantes de las Universidades de Francia y de Europa ocupaban los palcos y la platea. Buscábamos todos, ansiosamente, en la galería, el chaleco rojo de Gautier y las bandas románticas: los *Bousingots*, los *Badouillards*, los *Jeune-France* que adoptaron, como figura del blasón, la garra, y como mote la misteriosa y trágica palabra: "hierro". El "todo París" había asaltado el viejo teatro, en cuyo palco escénico sonaron, como en 1830, los magníficos versos de Víctor Hugo, y en cuyo *parterre*, en lugar de los gritos y denuestos estallaron continuamente los aplausos que consagraban la gloria del poeta.

¡Inolvidable noche! Cuando Doña Sol, una magnífica interpretación de Madeleine Roch, llegó a aquel famoso pasaje en que llama a Hernani, que lo hacía Albert Lambert, *"lion superbe et généreux"*, no vaciló, como Mlle. Mars la noche memorable, sino que lo dijo con tal arrebato que el teatro estalló en formidables aplausos.

La batalla de "Hernani" no se reprodujo en 1930. La

muchedumbre de jóvenes pálidos y de largas melenas, vestidos con trajes bizarros y tocados con inverosímiles sombreros que llenaron, un siglo antes, la calle Richelieu, y tomaron por asalto el teatro, y lograron la victoria con aplausos, gritos y puñetazos, fué esta vez sustituída por los representantes de las Academias y Universidades de Europa y por la larga cola de pacíficos burgueses que esperaron, pacientemente, la hora de ocupar sus butacas, y que se sintieron conmovidos y exaltados por los parlamentos de Hernani, de Don Ruy Gómez, del rey Don Carlos, de aquella épica resurrección del espíritu caballeresco y heroico.

Cuando terminó la velada no hubo disturbios como los hubo en 1830, en la calle Richelieu y en las galerías del Palais Royal, junto a las puertas del Teatro Francés. Las buenas gentes de 1930, aunque embriagadas de romanticismo, se retiraron como simples burgueses bajo los copos de nieve que, al caer silenciosamente, blanqueaban las cornisas de los hoteles y envolvían la estatua de Alfredo de Musset que parecía traslúcida. Los más intrépidos se refugiaron en el Café de la Regencia, a cenar o a tomar chocolate junto a la mesa en que Napoleón jugaba al ajedrez en su mocedad o en el rincón en que el poeta de las Noches bebía ajenjo con sus amigos.

A todo esto se agregaron, todavía, las exposiciones y cursos parciales: *"Le Romantisme par l'Estampe"* de la Galería Oppenheim; las vidrieras animadas de los editores y libreros del Barrio Latino; los cursos y ciclos de conferencias; las ediciones conmemorativas con láminas y encuadernaciones de la época; todo un mundo, en fin, que sacudía el largo sueño de un siglo.

## II

## LOS BOCETOS DE GAUTIER

El libro de Gautier, organizado y publicado por un amigo devoto que recibió las confidencias de sus últimos años, es indispensable para quien desee conocer la versión de uno



de los habitantes de ese extraordinario mundo romántico que, cuanto más se aleja de nosotros, más nos interesa y atrae. Es indispensable, sobre todo, para quien desee sentir intensamente la emoción romántica en su prístina pureza, cuando el mundo se hallaba agitado por el estreno de "Hernani", y la pintoresca banda del cenáculo tenía alarmados, y más que alarmados, indignados, a los pacíficos burgueses de París.

A pesar de su carácter fragmentario, y a veces sumario, este librito tiene la gracia y la frescura que, generalmente, poseen los bocetos pictóricos; gracia y frescura que los artistas no siempre logran conservar cuando realizan el cuadro definitivo. Recuérdese que si Gautier fué escritor, lo fué violentando su vocación de pintor, y que su obra literaria está demasiado influenciada por el caballete, la paleta y los potes de pintura. Así construyó, sin quererlo, varios de sus libros, un poco en pintor, a grandes manchas, acusando el claro oscuro y desafiando, a veces, el equilibrio de la composición literaria para destacar un valor plástico u obtener un difícil efecto de perspectiva. Su admirable *métier* salvaba todos los escollos; compuesto el cuadro tendía sobre él, como si fuera una capa de barniz, el hechizo de su estilo, en el que parece que se mezcla al color y al sonido el turbador perfume de las flores tropicales.

Esta "Historia del Romanticismo" es un conjunto de bocetos, manchas, apuntes, croquis, viñetas, breves y terminados cuadritos también. Podemos verlos uno por uno, o tomar éste o aquél al azar, como esas colecciones de cartones que suelen encontrarse en los talleres de los pintores. Todos son cautivantes; Gautier trata los asuntos como composiciones de acento militar. Parece un soldado que recuerda sus antiguas campañas.

Cuando lo escribió apenas se hablaba ya del salón de Charles Nodier, en el Arsenal, donde se reunió el primer cenáculo que proclamó jefe a Víctor Hugo, y también estaba olvidada la tertulia del joven dios que se reunió en la casa de la calle Jean Goujeon y en el hotel de la Plaza de los Vosgos, donde hoy está el museo, que es su santuario. De los veteranos de "Hernani" quedaba solamente un pequeño número; pero estos iban desapareciendo, día tras día, como los condecorados

de Santa Elena. Los oscuros soldados se marchaban como los viejos granaderos de la guardia, sin un recuerdo. Gautier se propuso salvar del olvido a todos estos héroes de la *"grande armée"* literaria.

Lo merecían. Las campañas del Romanticismo tienen algo de épico. El "cenáculo" del Arsenal de 1824 fué una simple preparación de lo que había de venir. Allí se pulieron y se afilaron las armas, pero, todavía se estaba en la etapa lírica. De allí salieron las "Odas y baladas" y las primeras novelas. El "Prefacio" del "Cromwell" de 1827 fué la primera acción de importancia. En el se definieron las ideas y los propósitos románticos; con él se inició la etapa histórica dramática; el teatro fué señalado como campo de batalla y a él se fué intrépidamente. Es verdad que del "Cromwell" solamente se salvó el "Prefacio". El drama no se mantenía en la escena. Entre torrentes de poesía y de prosa, animadas por un nuevo acento vino entonces la ofensiva frustrada de 1829 con el drama *"Marion Delorme"*, cuya representación fué prohibida por la vigilante y suspicaz censura de Carlos X.

Víctor Hugo, en la patética oda que tituló *"Le sept août mil huit cents vingt-neuf"*, ha narrado, en maravillosos alejandrinos, la melancólica entrevista que mantuvo con el viejo rey con el objeto de lograr que fuera levantada la censura caída sobre el drama *"Marion Delorme"*.

> Seuls dans un lieu royal côte a côte marchant,
> Deux hommes, par endroits du coude se touchant
> Causaient.

El primero tenía el aire fatigado, triste y grave; coronadas charreteras lucía su uniforme verde con vivos rojos y, sobre el pecho, brillaba el toison de oro y la banda de seda azul.

> L'autre était un jeune homme étranger chez les rois,
> Un poëte, un passant, une inutile voix.

Dialogaban los dos personajes en la regia sala que había visto grandes acontecimientos y hombres ilustres y sobre



cuyo *parquet* el Emperador había paseado sus sueños de grandeza. ¿De qué hablaban aquellos hombres? Hablaban de *"Marion Delorme"*, el drama prohibido por la censura por que en el aparecía Luis XIII y la roja figura del Cardenal Richelieu. Y decía el rey Carlos X:

> Que sert de mettre a nu
> Louis Treize, ce roi chétif et mal venu?
> A quoi bon remuer un mort dans une tombe?

¿No es llevar demasiado lejos la libertad que todo lo está arrasando, y no puede salir de aquí la chispa que produzca el incendio?

El poeta replica al rey con un encendido discurso libertario y Carlos se limita a sonreir melancólicamente y a exclamar: "¡Oh! ¡poeta!", mientras Hugo parte del palacio de Saint Cloud,

> Dont la Seine en fuyant reflète las beaux marbres.

Los sitios reales: el palacio lleno de principes, lacayos y soldados, el arco de triunfo y el Louvre que se veían a lo lejos tenían un lenguaje que el poeta traduce así:

> Je ne sois quoi de grand qui semblait éternel.

Dos años después, ganada ya la gran batalla de "Hernani", la bonhomía de Luis Felipe levantó el veto y, mientras los lectores devoraban la novela "Nuestra Señora de París", el teatro de la Puerta San Martín temblaba con los aplausos y los vítores que acogieron el drama censurado y al nuevo drama "Lucrecia Borgia". En 1838 se dió en el teatro de la *Renaissance*, *"Ruy Blas"* interpretado por Frédérick Lemaitre, y en 1843, en la Comedia Francesa, cayeron silenciosamente "Los Burgraves" que cerraron el ciclo dramático.

Entre tanto, Alejandro Dumas había obtenido el resonante triunfo de su "Antony" en 1831, interpretado por Frédérick-Lemaitre y Madama Dorval, jornada gloriosa en que los admiradores del autor le desgarraron el frac verde

que vestía esa noche para conservar los trozos como reliquias del gran escritor. Ese mismo año estrenó Dumas "La torre de Nesle", y en 1835, Alfredo de Vigny, dió, en el Teatro Francés, "Chatterton", otra de las grandes jornadas románticas.

Mlle. Mars, Mlle. Georges, Mme. Dorval, Fermín, Bocage, Frédérick-Lemaitre, Joany, Michelot fueron los intérpretes de las obras de los insurgentes, y lo hicieron con verdadera intrepidez, y, sobre todo, con altísimo talento.

## III

## EL ELENCO ROMANTICO

La evocación de Gautier, aunque divertida, es melancólica, pues se advierte en ella algo de ultratumba. Lo épico se mezcla allí a lo humorístico, y hasta a lo burlesco, como en los cuadros de Raffet. Hay, también, no sé qué de fatigado, de cosa marchita y envejecida, de oropel enmohecido y apagado. En el fondo se dibujan, como en las estampas y portadas de Célestin Nanteuil y de Tony y Alfred Johannot los pináculos y las cresterías de las catedrales góticas y los bosques vírgenes donde René paseó su incurable melancolía. Cruzan como sombras los caballeros de Walter Scott, el Fausto estilizado de Delacroix y los inquietantes héroes de Byron. No faltan el dragón, la lechuza y los murciélagos arrebatados a las láminas de Alberto Dudero; tampoco falta el tempestuoso cielo bajo el cual, el barón Gérard pintó a Corina y a lord Nelvil, y hasta se advierten vagas perspectivas de los viejos barrios del París de Balzac, y en ellas se cree adivinar las siluetas de Montecristo, de Rocambole, de las grisetas de Murger y de las loretas de Gavarny.

Sobre este fondo abigarrado surgen las más inesperadas figuras y se desarrollan las más singulares escenas. La primera que aparece es la de Gerardo de Nerval, figura frágil y alada, cuyas visitas eran semejantes a las de las golondrinas familiares que entran por la ventana abierta, revolotean por la habitación, y se van. Gerardo fué el condestable de la banda de "Hernani" y quien repartió entre los iniciados aquellas pequeñas tarjetas rojas timbradas con una misteriosa garra y con esta palabra española "Hierro": divisa digna de Hernani, que significaba "que en la lucha es necesario ser franco, bravo y fiel como la espada". El genio alado de Nerval fué vencido por su sensibilidad enfermiza, y el franco tirador de 1830 se suicidó una lívida madrugada de invierno, colgándose, como un héroe de novela de folletín, de un farol de la calle de la Vieja Linterna, aquel sórdido *impasse* que grabó al aguafuerte Goncourt y que desapareció con las demoliciones que se realizaron para levantar el teatro del Châtelet.



Otra de las figuras es la de Petrus Borel (¿quién se acuerda hoy de Petrus Borel?), el ídolo de la banda después de Hugo que, con su barba de oro, su extraña elegancia, su porte de caballero español de la época de Felipe IV y sus rapsodias líricas jamás terminadas, no retrocedía ante nadie y ante nada. Para no ser menos que aquel Hans de Islandia que bebía agua de mar en los cráneos de los muertos, fué el primero en apoyar sus labios en la calavera en que se sirvió el vino, en una de las famosas cenas del *cabaret* de Graziano, a la manera de los sacrílegos festines de Lord Byron en la abadía de Newstead. Este fumista, que fué el jefe de los "jóvenes Francia", se llamó a sí mismo *le Lycanthrope* y de él quedaron tres volúmenes, típicamente románticos, titulados: "Rapsodias", "Champavert. Cuentos inmorales" y "Madame Putifar".

También aparece allí Joseph Bouchardy, cuyo rostro moreno y de aspecto salvaje estaba reclamando el turbante. Esta circunstancia fué aprovechada para hacer prosperar la leyenda de su origen asiático, y todos hablaban misteriosamente de él y solían pronunciar la inquietante palabra: maharajá. Bouchardy empezó grabando al aguafuerte, se hizo luego autor dramático y tuvo fortuna; sus dramas apasionaron al bulevar y aun salvaron las barreras de París y las fronteras de Francia.

Nombremos también a Philothée O'Neddy, Napoleón Tom, Celestin Nanteuil, Augustus Mac Keat, Jean du Seigneur, todos nombres un poco estilizados para marchar con la épo-

ca, poetas antes que nada, luego pintores, escultores, grabadores, músicos, arquitectos. Todos ellos formaban el estado mayor de la banda, y todas estas cabezas afiebradas y gloriosas fueron modeladas en medallones por Jean du Seigneur, como lo hizo David d'Angers con las cabezas del primer cenáculo.

Nanteuil, a quien sus compañeros llamaron "el joven Edad Media", tenía, según Gautier, el aire de uno de esos alargados ángeles turiferarios que habitan los piñones de las catedrales. Era un primitivo, y sus cuadros parecían vitrales de iglesia, tan denso era el color y tan anguloso el dibujo. Philothée O'Neddy fué otro personaje misterioso, que pasó casi sin dejar huella, como no lo fuera la de su bizarro nombre. Más ruido hizo Jules Vabre, cuyo único título literario es la mención que de su nombre hace Petrus Borel en una de sus rapsodias, y el anuncio de una obra de la que sólo se conoce el título: "Ensayo sobre la incomodidad de los cómodos".

Estos personajes, y muchos otros, todos igualmente pintorescos y encendidos del fuego sagrado, fueron, cuando no protagonistas, actores y comparsas del gran drama romántico, en cuyo desarrollo hay largos *intermezzos* de parrandas y locuras que tenían por teatro los *cabarets* y los figones de las barreras de París, y de todo lo cual habla Gautier risueñamente.

No faltan en la descripción de la primera visita a Víctor Hugo y en la del pequeño cenáculo, apuntes llenos de aguda intención y de fina ironía. Hugo aparece en ellos en su radiante juventud, después de los triunfos del Arsenal, rodeado de sus catecúmenos y preparado para dar la batalla definitiva. Es en esta batalla, el estreno de "Hernani", donde Gautier despliega todo su ingenio, su fantasía y su humorismo.

La banda aparece allí completa, dueña de las galerías del Teatro Francés, dividida en escuadrones con sus *condottieri* a la cabeza. En la platea y los palcos están los reaccionarios, los académicos, los clásicos, los filisteos y los burgueses, que todos son uno y lo mismo. Allí se jugó el destino de la insurrección literaria, y allí se triunfó, más que con los versos



de Hugo, con los gritos, los apóstrofes, los denuestos, los puños, los bastones, el escándalo, en fin. Treinta representaciones, treinta campañas, treinta batalias, treinta victorias con su botín y sus trofeos. Y también con sus rasgos de heroísmo.

Uno de ellos, es el episodio del famoso "chaleco rojo". Gautier describe la pieza con inimitable gracia. El concibió la idea, cortó el patrón de la histórica pieza en forma de coraza o justillo a lo Valois, buscó un trozo de seda color bermellón de la China, y encomendó la obra a su sastre. La noche memorable el chaleco de Teófilo reverberaba en las galerías del teatro. Gautier vestía, además, un pantalón verde pálido con franja de terciopelo negro, frac con amplios dobleces también de terciopelo y un capote gris con vueltas de seda verde. Un pañuelo de moaré le envolvía el cuello. Sobre esta indumentaria bizarra se destacaba su pálido rostro, rodeado como de un nimbo por la larga y flotante cabellera, tal como aparece en el retrato que pintó Nanteuil.

## IV

## LAS GRANDES JORNADAS Y EL OCASO

Recordando la gloriosa jornada escribió Gautier: "Ha corrido mucho tiempo y sin embargo nuestro deslumbramiento es siempre el mismo... Cada vez que resuena el sonido del cuerno paramos el oído como un viejo caballo de batalla presto a recomenzar los antiguos combates". Ese cuerno había sonado en todas las "primeras", en "Hernani" en "Marion Delorme" , en "Lucrecia Borgia". El día memorable de "Hernani" ya a las dos de la tarde, seis horas antes de levantarse el telón, había reunido a la banda, *ces brigands de la pensée,* en el teatro. Allí fueron las conversaciones, los encontrados juicios, las disputas, los denuestos. Cuando la araña de la sala descendió lentamente del plafón con sus mecheros encendidos, y se dió luz a las candilejas, y todo París llenó los palcos y la platea donde se hallaba el mundo académico, y se oyeron *les trois coups,* y se levantó, solemnemente, el telón, y apareció el escenario: una habitación siglo XVI y una due-

ña desprendida de un drama de Calderón, todos comprendieron que aquel era un minuto histórico.

Lo confirmaron, en seguida, cuando la dueña que esperaba al galán para conducirlo ante su amada, respondió al llamado de aquél con los primeros versos del drama:

> Serait-ce déjâ lui? — C'est bien a l'escalier
> Dérobé...

"La querella estaba empeñada", dice Gautier. ¿Qué era en efecto esta palabra *dérobé* arrancada al arco del verso y lanzada audazmente al siguiente hemistiquio? ¿No era esto como arrojar el guante a toda la preceptiva clásica? Ello tenía su explicación magnífica y Gautier la pone en labios de un *rapin* del taller de Deveria: "Esa palabra *dérobé* arrojada fuera del verso y como suspendida, pinta, admirablemente, la escala de amor y de misterio que hunde su espiral en la muralla del castillo. ¡Qué maravillosa ciencia arquitectónica! ¡Qué sentimiento del arte del siglo XVI. ¡Qué inteligencia profunda de toda una civilización!"

Claro que una gran parte del público, no hecho todavía a estas audacias retóricas, no entendió la intención del poeta ni en este ni en otros numerosos pasajes del drama, lleno de una nueva fuerza épica que el autor había bebido en el Romancero español, en el teatro del siglo de oro y en los dramas de Corneille y de Shakespeare, y aun, tal vez, en las novelas de Walter Scott. Todo aquello sonaba como agudos toques de fanfarria en la plácida sala hecha a los acompasados versos de la comedia clásica. La batalla se empeñó, pues, sin cuartel, entre las bandas de Hugo y el público reaccionario, y los incidentes se sucedieron entre aplausos, gritos, silbidos y denuestos. Así se combatió y así se triunfó.

"Para aquella generación, dice Gautier, "Hernani" fué lo que el Cid para los contemporáneos de Corneille. Todo lo que era joven, valiente, amoroso, poético recibió el soplo. Esas bellas exageraciones heroicas, y castellanas, ese soberbio énfasis español, ese lenguaje tan orgulloso y altivo en su familiaridad, esas imágenes de una rareza deslumbradora nos sumían en el éxtasis y nos embriagaban con su poesía capitosa".



El estreno de "Antony" de Alejandro Dumas, realizado en 1831, y el de "Chatterton" de Alfredo de Vigny que se hizo un año después fueron jornadas tan memorables como la de "Hernani"; Marengos, Wagrams y Austerlitz del ejército literario de 1830. Si en "Hernani" se había decidido la suerte del Romanticismo, en "Antony" y en "Chatterton" se consumó el triunfo.

Más de treinta años después, con motivo de la *reprise* del drama de Dumas, Gautier recordaba, melancólicamente, la gloriosa noche del estreno de "Antony": "Lo que fué aquella noche no la traduciría exageración alguna. La sala deliraba; se aplaudía, se sollozaba, se lloraba, se gritaba. La ardiente pasión de la pieza había incendiado todos los corazones. Las jóvenes adoraban a Antony; los jóvenes se habrían volado la tapa de los sesos por Adela d'Hervey". La *reprise* de "Chatterton" le sumergió también en el mundo de los recuerdos: "La juventud de aquella época estaba ebria de arte, de pasión y de poesía; todos los cerebros bullían, todos los corazones palpitaban de desmesuradas ambiciones... Quienes no han atravesado esa época ardiente, sobrexcitada, enloquecida, pero generosa, no se pueden figurar a que olvido de la existencia material, la embriaguez o si se quiere la infatuación del arte arrastraba a las oscuras y frágiles víctimas que preferían morir a renunciar a sus sueños. Se oía realmente, en la noche, estallar la detonación de las pistolas solitarias. Júzguese del efecto que "Chatterton" produjo en tal ambiente". Por fin, la *reprise* de "Hernani", treinta y siete años después de la jornada gloriosa, levantaba en el espíritu de Gautier el recuerdo de las noches memorables en que se salía del teatro afiebrado, jadeante, y en que al volver al hogar se repetían fragmentos del monólogo de Hernani o de Don Carlos que no se olvidarán jamás. "La obra ha ganado con el tiempo una magnífica pátina; algo así como un barniz dorado que suaviza y que calienta al mismo tiempo; los colores violentos se han encalmado, las asperezas de toque, las ferocidades de empaste han desaparecido; el cuadro tiene la grave riqueza, la autoridad y la amplitud de pincel de uno de esos retratos en que el Tiziano, el pintor de Carlos V, representaba a algún alto personaje con el bla-

són en el ángulo de la tela''. Pero, a través del elogio se advierte la melancolía y la fatiga del veterano que contempla los arreos de guerra de su antiguo jefe.

''En el ejército romántico, como en el de Italia, todo el mundo era joven'' — dice Gautier; — pero, ¡ay!, la juventud hace su tiempo, y también los cruzados de 1830 se hicieron viejos como los veteranos del Gran Ejército que, ya pasadas las glorias del Imperio, y muy lejos de las de la República y el Consulado, tomaban el sol, filosóficamente, en los bancos de los Inválidos y morían en silencio oprimiendo la cruz de la Legión de Honor sobre el pecho. También los veteranos de ''Hernani'' fueron cayendo en silencio, sin más honores que el responso literario que sobre cada una de esas olvidadas tumbas pronunció Gautier. ¿No habían muerto, acaso, viejos también, Chateaubriand y Lamartine? Alfredo de Musset y Vigny no envejecieron porque se fueron antes de tiempo. Ya no existían tampoco ni Delacroix, ni Deveria, ni Roqueplain, ni Descamps, ni Ary Scheffer, los grandes pintores de la insurrección, ni Fromant Meurice, el orfebre, ni Barye, ''el estatuario de los leones'', ni María Dorval y Frédérick-Lemaitre, los dos ilustres trágicos. Todos se iban, todos menos Hugo, que permanecía inmutable sobre el pedestal de gloria como un dios.

¿Qué fué de muchos de los catecúmenos del pequeño cenáculo? ¡Quién sabe! Las batallas de la vida dieron cuenta de ellos y ni siquiera se recuerda dónde perecieron. En 1867 murieron Boulanger y Rousseau, dos de los grandes pintores románticos; en 1868 cayó Felicien Mallefille, grabador de talento; Gautier los despidió desde el ''Monitor'' con palabras llenas de ternura. Un año después le tocó el turno a Néstor Roqueplain, una ruina de los buenos tiempos en quien ya no se reconocía ni al ''dandy'', ni al inventor de paradojas, cuyo ardor combativo se había apagado hacía muchos años. Le siguió Bouchardy, el maharajá, y en seguida el poeta Alejandro Soumet, y luego tantos otros.

En 1870 sucumbió triste, desencantado y herido por una pena profunda, Berlioz, el músico genial que se había refugiado en una humilde casita de la calle San Vicente en la



cuesta de Montmartre. Su obra comenzaba entonces a triunfar, y como sus amigos quisieran consolarle diciéndole que el público ya acudía a escuchar su música, les dijo resignadamente: ''Sí, ellos vienen; pero yo me voy''.

Gautier fué el turiferario de las exequias del Romanticismo y lo siguió siendo hasta el fin, hasta que también cayó él, último soldado de la guardia, en cuyo pecho resplandecían las medallas de las grandes jornadas literarias del siglo XIX.

París, 1930.

# Vindicación de lo trivial

## I

### EL TEMA

TRIVIAL, según el diccionario oficial de la lengua, es un adjetivo que deriva del latín, *trivialis*, cuya radical relativa es *trivium*, de *tres y vía*, tres caminos. Este adjetivo castellano, trivial, aplicado al nombre camino, da a éste el significado de común, usado, frecuentado, trillado. De aquí toman origen, sin duda, las dos acepciones figuradas que el diccionario atribuye a este vocablo: lo vulgarizado, común y sabido de todos, y lo que no sobresale de lo ordinario y común o carece de toda importancia y novedad.

Por esta puerta ha salido el adjetivo para echar a andar por el mundo y ser aplicado a cosas literarias y artísticas, en general, y aún a cosas que, sin serlo en absoluto, participan en cierto sentido de tal carácter. Hubo un tiempo en que los hombres se sintieron muy a gusto con las cosas comunes y sabidas. "Quien añada sabiduría, añade tristeza" escribió Baltasar Gracián, y como si se temiese la advertencia de quien había compuesto el Arte de ingenio y Tratado de la agudeza, todos, o casi todos, procuraban la felicidad y el contento dentro de la vida sencilla, y si se quiere vulgar, de todos los días. La felicidad patriarcal inspiró sabios consejos, como este que tomó la forma lírica:

> Feliz aquel que no ha visto
> Más río que el de su patria.

En vano el Licenciado Vidriera advirtió que "los luengos viajes hacen a los hombres discretos". La discreción, la

sabiduría y la dicha se buscaron, entonces, no en viajes, novedades ni rarezas, sino en la oración cotidiana del pan nuestro de cada día.

En aquel tiempo lo trivial, esto es, lo común y conocido de todos, no era signo de vulgaridad inferior ni tenía el significado despectivo que luego ha tomado. Por el contrario, se le miraba con reverencia y se veía en ello autoridad y jerarquía. El vocablo fué, entonces, viajero de paso, permaneció casi ignoto y a nadie, o a muy pocos, dió que pensar. Pero así que sobrevino esta época nuestra, que se caracteriza por el odio a lo común y sabido, claro que la palabreja ya no halló paz ni sosiego. Desde entonces lo trivial, esto es, lo común, que para nadie constituía pecado mayor, se convirtió en signo de inferioridad, y se empezó a aplicar el vocablo, con un significado despectivo, a aquello que es común y sabido y no sobresale de los moldes corrientes, y también a lo que ofrece sospecha de módulo, norma o disciplina.

Así, hoy, cae bajo el temido calificativo mucho de lo que antes interesaba a la gente. Oímos una melodía que nos conmueve, y nos entregamos a ella con imprudente abandono, pues en seguida alguien nos recordará, con desdeñosa sonrisa, que la tal melodía es trivial. Tomamos luego un poema que también nos conmueve y transporta, pues no ha de faltar alguien que, irónicamente, nos observe que esa poesía es trivial. Nos detenemos frente a un cuadro, una estatua, un monumento que fueron admirados por nuestros padres y nuestros abuelos y los abuelos de nuestros abuelos, pues hemos de hallar siempre al crítico que nos deslice al oído el adjetivo trivial. Y trivial es esta idea que suponíamos grande, y este sentimiento que creíamos respetable, y este paisaje, y aquella escena, y la belleza natural de aquella mujer, y la hazaña del héroe Fulano y la actitud del político Mengano. Todo, todo es trivial a la manera moderna.

Es demasiado. Por esta vía todo será trivial de esa manera, incluso la Ilíada, la Venus de Milo, la catedral gótica, los lienzos de Velázquez, las sinfonías de Beethoven. El hombre concluirá por ser integralmente trivial, y puesto que esta época nuestra le ha deformado el alma, necesario será buscar



también los medios para transformar el cuerpo, ya harto mutilado y desnaturalizado en muchos casos.

Pero no se ha de llegar a tal extremo. Para ello es necesario rectificar el concepto de lo trivial y defenderlo en lo que de defendible tiene. Comencemos por decir que no siempre lo nuevo, lo raro y lo desconocido es superior a lo trivial. Muchas veces es inferior y, ¡cuán inferior! Por ejemplo, no es trivial, según lo proclaman las gentes que se dicen modernas, el poeta que jamás escribió en verso ni cosa que le valga, pero que inventó una nueva estética literaria; el músico que hace del pentagrama una pista destinada a las más absurdas acrobacias líricas; el pintor que pinta con los ojos vendados; el escultor que modela de espaldas al barro; el arquitecto que niega el valor de los estilos clásicos; el político que triunfa y se convierte en dictador y sátrapa; la dama que rivaliza con las *demi-mondaines* en sus vestidos y actitudes procaces. No es trivial tampoco, según las mismas gentes, la *jazz-band*, las comidas de casino con intermedios de *tango, fox-trot y conga;* los desnudos femeninos casi integrales, la ruleta, el *cabaret*, la morfina, la cocaína y los vicios dionisíacos con etiqueta de buen tono. Pero esto, con no ser trivial, ¡cuán inferior es a lo corriente, común y cotidiano, a eso que con ser trivial, forma, sin embargo, el verdadero fondo moral de la vida!

## II

## LA DEFENSA

Lo trivial, digámoslo de una vez y sin temor, es a menudo respetable, y muchas veces digno de admiración. Agreguemos que, por lo general, es síntoma infalible de orden y disciplina. Acaso, por esto último es que nuestra edad le ha abierto tan despiadada guerra. Estamos en la era del desorden y de la anarquía. Desorden y anarquía moral, política, religiosa, económcia, social en una palabra. ¿Cómo ofrecer a una sociedad que busca y ama el desorden, principios normativos y ejemplos de subordinación?

Y sin embargo, es preciso hacerlo; es necesario que la sociedad vuelva a su quicio; es indispensable que recobre el perdido ritmo y que ese enorme conjunto de fuerzas intelectuales y morales, de fuerzas espirituales, sobre todo, que hoy se dispersan y malogran en estériles aventuras y negaciones, que nada agregan a la historia del alma humana, nuevamente se depuren, disciplinen y orienten en el sentido de la verdad, de la realidad, de la afirmación y de la verdadera vida.

La literatura y el arte, en general, han experimentado, como todas las funciones sociales, esta embriaguez de desorden, y han caído en un verdadero delirio destructivo que, poco o nada dejará trás de sí como no sea la preparación del período de calma y regresión en que una fuerte disciplina ha de volver a su centro los elementos dislocados.

Para todo ello necesario será que los hombres vuelvan los ojos a lo trivial, no para despreocuparse en absoluto y abjurar de lo nuevo, lo raro y lo desconocido, sino para hallar en ello, con la norma perdida, esa dulce cordialidad, esa amable paz, esa necesaria armonía que se halla siempre en la subordinación y en el orden. Lo trivial, lo cotidiano, lo que constituye el medio común en que vivimos y nos agitamos, con todas sus formas y accidentes, aparentes o reales, es la verdadera escuela del hombre. Es aquí donde se forman las ideas, nacen los sentimientos y se modela el carácter. Es aquí donde realmente se vive, se siente, se piensa, se ama, se sufre y se muere. Es aquí donde el hombre realiza su obra y deja su huella. Lo demás es artificial y de excepción, y casi siempre es falso y quimérico. La vida trivial, el trabajo trivial, la obra trivial, el amor trivial, el dolor trivial, la muerte trivial. He ahí el índice natural de la historia del hombre. Lo demás, cuando no va unido a la verdadera superioridad intelectual y moral, ¡y cuán pocas veces lo va!, es corrosivo que roe las entrañas, perturba las ideas, envenena el sentimiento y marchita la espontaneidad.

Concluyamos, pues, en que lo trivial, lo vulgarizado, lo común y sabido, como lo define el diccionario, puede ser grande, hermoso y hasta sublime. ¿Hay algo más vulgarizado, común y sabido que el trabajo, el dolor, el placer, la amistad, el amor y la muerte? Y sin embargo, ¿quién se atrevería a



hablar con desdén de la trivialidad de esas cosas? ¡Santa trivialidad que nos circunda y envuelve y de la que no podemos desprendernos sin sentirnos rozados por las alas membranosas del angel protervo!

Hagamos, pues, sitio en nuestro espíritu a lo trivial, sin perjuicio de que dejemos también en él aquel otro sitio que reclamaba Amiel para el huésped ignoto que vendrá o no vendrá. aquéllo está en nosotros, es una realidad, una verdad inmanente que nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro; esto otro, en cambio, es una ficción, una sombra quimérica, el vacío, la soledad y el silencio que flotaban en aquel templo de Atenas, en cuyo tímpano San Pablo leyó las desconsoladoras palabras: Al dios desconocido.

# Del verso y de la poesía

No será ésta la época de los bellos versos. No es que hoy se escriban pocos; al contrario, se escriben con prodigalidad extraordinaria; pero hay que convenir en que los poetas han perdido hace ya bastante tiempo el divino módulo horaciano. Los poetas actuales han destruído la arquitectura clásica del verso en sus fundamentos esenciales, y han sustituído la preceptiva por la más desenfrenada libertad. Ya no tenemos ritmo, y apenas si nos queda recuerdo de la rima. ¡Qué lejos estamos de aquel tiempo en que exclamaba Boileau:

**Un sonnet sans défauts vaut seul un long pöeme!**

¿Quién se preocupa ya de la corrección retórica, del buen decir castizo, de la tersura y flexibilidad del verso, de la perfecta musicalidad, de la sabia armonía, de la redondez de la estrofa, de eso, en fin, que hasta hace algunos años constituyó un todo orgánico, ya fuera un soneto, una silva, una romance o una simple letrilla? ¿Quién ha de pensar hoy en labrar en puro mármol pentélico, como lo hicieron los maestros de todos los tiempos, las estrofas del poema o los cantos de la epopeya? Hoy, ya no hay cánones ni moldes retóricos que respetar y a los cuales sujetarse. El verso ha perdido su jerarquía universal y se ha convertido en una modalidad personal que divide la cláusula en breves o largos renglones. La composición poética no requiere inspiración ni noble forma ni siquiera plan o propósito. El concepto esencial y el sentimiento personal están de más. Basta una vaga ideación, una agrupación desordenada e incoherente de cosas paradojales, incomprensibles o solamente triviales y el poema está realizado. El título suele dar la clave de es-

tas singulares piezas, y por él sabemos, muchas veces, lo que el autor supone o cree haber expresado.

Agreguemos que esta deplorable corrupción poética, tan extendida hoy que logra plevalecer en diarios y revistas, nada tiene que ver con los verdaderos poetas actuales que escriben con sentimiento moderno y dentro de las formas originales que, a veces, pueden parecer extrañas, pero que siempre obedecen a un profundo concepto de belleza. Tampoco esta desorbitación tiene nada que ver con el movimiento hondamente espiritual e idealista que dió origen al decadentismo y sus derivados. Aquella revolución literaria, de cuño humanístico, aún con sus exageraciones, trajo como consecuencia la renovación de muchas formas de expresión. Ese maravilloso instrumento que se llama lenguaje halló elementos que expresaron modos y matices inéditos del pensamiento y de la sensibilidad. El arte poético incorporó desde aquella época a su laboratorio nuevos motivos de belleza, y, en obsequio a ello, pudo y puede perdonarse a los "poetas malditos" y demás capillas literarias sus desplantes y extravagancias.

Lo que ahora se escribe en verso, como pretendida expresión del momento actual, es más sencillo y fácil que lo que escribieron los poetas cuando la preceptiva gobernaba el mundo de las letras. Además, esta nueva manera de hacer versos, se presta al truco y a la simulación y es más accesible por lo tanto a los buenos y malos escritores. Y como siempre en el mundo han abundado más los malos que los buenos poetas, el parnaso contemporáneo se ha visto y se ve invadido por una turbamulta de autores que procuran decir las cosas más bizarras o más tontas mediante la alineación de frases sin ritmo, con nexo más o menos tolerable. Se han lanzado y se lanzan así todos los días al mercado literario piezas poéticas que llenan de confusión al lector ¿Es esto verso o prosa; pero, sobre todo, es esto poesía? Tal se preguntan los lectores de buen sentido cuando tropiezan con estas piezas extraordinarias que hoy se sirven al público en todas parte y, a veces en montón, pues hay revistas que se dedican casi exclusivamente al género. Muchos, casi todos,



cuando comparan estas piezas con las de los grandes poetas, cuyos nombres hoy no se puede pronunciar sin pasar por hombre atrasado y de mal gusto, se inclinan a rechazarlas; pero como

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire,

como con harta razón escribió el autor del Arte Poético, siempre hay alguien que, de viva voz o en el periódico, haga la apología del poeta y declare que aquellos versos son obra extraordinaria y genial. Nos estamos así habituando a leer sin pestañear las cosas más inesperadas. A veces son composiciones que afectan trazas de trascendentalismo, de oscuridad pitagórica; otras son trivialidades, tonterías o simplezas dichas lisa y llanamente; otras son deplorables groserías; pero casi siempre son cosas terriblemente prosaicas. Frente a estas composiciones, generalmente ásperas de forma y vacías de concepto, se echa de menos la musicalidad, la vaguedad, el misterio, la profunda idealidad de la antología verleniana, que aun en sus ejemplares más exóticos consigue remover ese no se qué de sensualmente oscuro y triste que, al decir de Bourget, todos llevamos en nosotros mismos. Pero, sobre todo, se echa de menos a los grandes artífices de la forma métrica, a todos esos admirables maestros, sean antiguos o modernos, clásicos o románticos, decadentes o modernistas, que hicieron del verso la más pura forma de expresión del pensamiento y de la sensibilidad.

*
* *

Estas cosas no se pueden decir sin correr ciertos peligros. Sabido es que los poetas han gozado fama de gente soberbia y malhumorada. Platón, en la apología de Sócrates, dice de ellos que no halló uno que a título de ser buen artista, no se creyese muy capaz de las más grandes cosas. Y, sin negarles la facultad de adivinación, que suele acompañarles, agrega que no comprenden nada de las cosas que dicen. Boi-

leau, que abrió tan cruda guerra contra los malos rimadores que apestaron la Corte de Luis XIV, dijo que sabía que la nación de los poetas, y sobre todo de los malos poetas, es una nación feroz. *Genus irritabile vatum,* había exclamado Horacio al hablar de los poetas de su tiempo. Y esta raza irritable, raza de dioses, al fin, es la misma ayer que hoy.

De todos modos es necesario afrontar los riesgos y decir alguna vez estas cosas. Estamos ya un poco fatigados de oir ditirambos y desmesurados elogios, y, sobre todo, estamos fatigados de leer extravagancias y tonterías dispuestas en arbitrarios renglones. Cómo, ¿es, acaso, posible que los autores de estas composiciones sean realmente poetas de genio y que el público no se haya percatado de ello? ¿Es posible que tampoco se convenzan de ello los que, consagrados honestamente al ejercicio de las letras, están en condiciones de juzgar lo que se escribe en prosa o verso?

Pues bien, no hay tales poetas de genio: lo que hay son escritores, muchos de ellos excelentemente dotados para el ejercicio de las letras, que, por falta de cultura o de verdadero concepto de lo que es poesía, o por desorientación, "snobismo" y a veces impotencia, se dedican a absurdos malabarismos literarios. Se ha perdido hace ya tiempo el gusto por el humanismo; las letras clásicas se han relegado a la categoría de las cosas innecesarias y hasta perjudiciales; la retórica y la poética se reputan cosas inútiles, y con todo ello se han olvidado las grandes tradiciones que es de donde viene el espíritu que vivifica y nutre las escuelas literarias. Y ¿con qué se ha sustituído todo esto? Con la invención personal y con la lectura e imitación del último figurín de la moda poética.

Todo esto es poco razonable. Los grandes poetas jamás olvidaron la obra de los que les precedieron, y, además, tuvieron buen cuidado de alimentar su espíritu con el estudio paciente de los modelos clásicos. A ese precio fueron poetas completos. Brunétiére, al estudiar con su acostumbrada profundidad el libro de los "Trofeos", afirmó que en un soneto de Heredia hay más ciencia poética que en muchas antologías. Los que han imitado los defectos de Rubén Darío, sin



acertar con la imitación de sus excelsas cualidades, no saben, tal vez, que este gran poeta estudió pacientemente a los clásicos, y que, así como Stendhal, al disponerse a escribir, tomaba el tono leyendo el Código Civil, él, cotidianamente, se abandonaba a la lectura de los poetas españoles del siglo de oro. ¿Acaso a otro precio se puede obtener la ingeniosa elegancia, la gracia erudita, el delicioso sabor arcaico, la transparencia y tersura de forma que se hallan en las mejores piezas del poeta?

* * *

Un poeta francés moderno, y ese sí que hacía bellos versos, escribió éste, que encierra un pensamiento profundo y delicioso:

**Les plus beaux vers sont ceux qu'on n'ecrirá jamais.**

Con ello expresó, en primer término, el poeta, que jamás la obra real corresponde a la concepción ideal. Y no se equivocó. Hay un abismo, generalmente infranqueable entre la imaginación y la realización, entre la concepción y la ejecución. Por eso otro poeta exclamó melancólicamente:

**Murieron sin nacer muchos cantares**
**Aquí en el alma mía...**

Estos cantares que mueren sin nacer, estas imaginaciones que no aciertan a tomar forma concreta, estas concepciones que no consiguen salir de la esfera ideal son muy generalmente la causa de la soberbia y ensimismamiento que Platón halló en los poetas. Estos sienten su mundo interior lleno de extraordinarias fantasmagorías que, de tomar forma, darían vida a obras imperecederas; y, sin advertir que esas son sombras frágiles que se desvanecen y no dejan huella, conscientes del tesoro que llevan en el alma, se sienten superiores a sus semejantes y los miran con piadoso desdén. La hora de

la realización trae el desengaño. Cuando una y otra vez, y muchas veces, el artista comprueba la imposibilidad de realizar la concepción puramente ideal y comprende la distancia que hay entre la representación interior y la cuartilla blanca de papel, sobrevienen el desolado silencio o la colérica rebeldía.

Ninguno de los dos extremos es razonable. Los más bellos versos son aquellos que no se escribirán jamás, como lo dijo el poeta francés, pero hay otros versos, bellos también, que podemos escribir, que nos es dado hallar en el fondo de nosotros mismos, que debemos buscar con perseverancia y fe, que tomarán forma, al fin, cuando llegue el momento floreal que Amiel aguardaba para arrebatar a su mundo interior los escondidos tesoros que toda alma lleva en su seno.

Esos versos que esperamos para contribuir a restaurar con ellos la poesía tan maltratada en los últimos años, pueden y deben venir de las propias agrupaciones de poetas emancipados. Acaso se están escribiendo ya. De cuando en cuando brota de una de esas almas jóvenes y ardientes un hilo de agua cristalina y sonora que nos revela que la divina fuente no está cegada, y que aun hay ruiseñores en estas tierras yermas de la libertad poética. Estos ruiseñores son más numerosos de lo que parece. Solamente que sus trinos están ahogados por más fuertes voces, o lo que es más común, prefieren unirse a la desconcertante algarabía, en vez de ceñirse al impulso personal que dicta la frase melodiosa y perdurable. Excelentes poetas están malogrando así su inspiración juvenil. Ya se hallarán más tarde a sí mismos, y entonces deplorarán la perdida primavera en que, pudiendo ser el pájaro que canta en la fronda, optaron por ser la cigarra que repite su redoble estridente y monocorde.

No importa; también se puede cantar en otoño; la voz suena entonces con melancolía, pero hay siempre una honda e inefable belleza en estos cantos que confunden sus notas con el rumor de los bosques desnudos y el gemido de las hojas que arrastra el viento.

# El cancionero popular

La otra noche, en una playa balnearia popular, en un teatrillo a cielo descubierto, un hombre joven cantaba una canción plañidera, acompañado por un piano senil, un violín y un bandoneón. Numeroso público, sentado alrededor de pequeñas mesas volantes, escuchaba ávidamente al cantor de feria. Los rostros expresaban la intensa emoción del auditorio. Jóvenes pálidos y ojerosos, muchachas escotadas con los labios pintados de carmín, mujeres maduras, hombres provectos, todos escuchaban en religioso silencio la canción cuyos compases quejumbrosos se perdían en la noche estival.

Era un tango que exhalaba extraña tristeza. El cantor, muy pálido, insistía en repetir el refrán del poema. Cuando terminó, todos sentían un vago temblor en los ojos y un nudo en la garganta. Rompió poco después la música en un baile frenético, pero ni la danza de dos partiquines que zapateaban en el tablado ni el ruido ensordecedor de los instrumentos pudieron desvanecer la sensación de tristeza que dejó el tango.

¿Qué había, pues, en aquella música laxa y triste, y en aquel poema de versos torpes y balbucientes que de tal manera habían conmovido la sensibilidad del abirragado público? ¿Qué había en todo ello para que el auditorio permaneciese suspenso y como bajo la acción de un misterioso hechizo? No era la voz lamentable del cantor, ni los versos del poema, ni lo triste de la humilde murga de feria, ni la técnica infantil de la partitura, ni nada, en fin, que se refiriese a los elementos del cuadro o a los medios sensibles de expresión utilizados por músicos, cantor y poeta. Luego allí había algo más hondo, más esencial, que se refería, no a la escena, no al modo de expresión sino a la sustancia a que pre-

tendían dar forma. Aquella música, con ser elemental e ingenua, removía limos profundos del alma; aquel poema, con ser zurdo y a veces grosero, expresaba ideas y sentimientos sustanciales que eran comunes al público; el rostro pálido del cantor tenía no sé qué de impersonal como si todas las caras del auditorio se asomaran a los ojos del juglar

En un instante comprendí lo que no había alcanzado a comprender en muchos años. Más de una vez me había llamado la atención ese raro florecimiento poético de nuestros bajos fondos sociales, que se concreta en pequeñas canciones, generalmente anónimas, a las que artistas, también desconocidos, ponen música. Así se ha formado un copioso cancionero popular en el que se ha vaciado el alma del arrabal con todas sus luces y sus sombras. Lances de amor y de dolor; de robo y de crimen, de locura y de muerte, de virtud y de vicio han sido poetizados y musicalizados por manos inexpertas, pero que, aciertan muchas veces a expresar lo que no logran la poesía culta y la técnica musical. A través de las incorrecciones de forma, de la torpeza de lenguaje, de la grosería del léxico lunfardo surgen de pronto inesperadas bellezas de pensamiento y de forma que suelen adquirir valor épico. En ellas aparece, viva y palpitante, el alma popular. Los músicos instintivos se han apoderado del ritmo melancólico y desmayado del tango para comentar, con frases quejumbrosas, bellas, a veces, a fuerza de ser espontáneas e ingenuas, los versos de los poetas populares. Esa música, esencialmente sentimental, está hecha con reminiscencias de motivos románticos, temas y frases desintegradas o simplemente dislocadas en el compás, para ser sometidas a la cadencia turbadora del tango, forma ésta en la que hay algo de cerebral y de mórbido que va directamente a excitar centros hondos de la sensibilidad, que se relacionan con lo subconsciente. De ahí esa languidez, esa morosidad, esa especie de sonambulismo que se apodera del auditorio predispuesto ante la insistencia de los desmayados compases.

¿Qué de extrañar es que, cuando el pueblo escucha a sus poetas, comentados por sus músicos, se sienta poseído de su propio espíritu y aspire, con honda emoción, el perfume



de poesía que exhalan las melancólicas canciones? ¿No ocurrió, acaso, lo mismo en los pasados siglos? Los trovadores, ¿no fueron los intérpretes de los sentimientos populares? ¿No se formaron así, con las canciones anónimas, pero que eran de todos, que cantaban los juglares, los cancioneros clásicos? ¿No se estará formando con esta poesía plebeya el cancionero popular de nuestra época? ¿No recogerá y fijará en él, como lo hicieron los pasados siglos, con las formas de mentalidad y sensibilidad peculiares, las aspiraciones, ideas y sentimientos del pueblo que sueña, piensa y siente al margen de las clases cultas?

Desde luego, reconozcamos el valor épico de muchas de esas canciones que, en su aparente deformidad y pobreza, expresan sentimientos comunes a una clase social, y, a veces, a la raza. Este tango que sonaba en el tablalo de la playa popular forma parte de ellas. El poema tiene el valor psicológico de un documento de época y de raza. Está en él expresado, en forma plástica y casi dramática, el concepto que estas sociedades del Plata aplican al problema universal del amor. En breves estrofas, un hombre se dirige a su compañera que, habiéndolo abandonado para seguir a un amante, regresa, arrepentida y temerosa, al hogar donde dejó un pequeño hijo. El hombre la invita a deponer el miedo, a cruzar el umbral de la casa, y le promete no castigarla. Harto castigada está con el abandono del amante. El mismo le había advertido que era un mal hombre. Le repite, pues, que penetre en la casa, y se lo dice con dignidad y tristeza, sin duros reproches. Allí está el hijo que espera, y en cuya frente puede la mujer arrepentida estampar sus labios. Allí está su misión, junto al tierno niño que hay que criar y educar. Pero nada más. El concepto del amor, tal como se siente y se aplica en estas sociedades, se yergue como una muralla infranqueable entre aquellos dos seres. Y el verso lo expresa en forma verdaderamente épica:

Serás la madre de m'hijo,
Pero mi mujer... ¡jamás!

Composiciones de este jaez abundan en el cancionero popular. Cada vez que se hojea una de esas revistas que con-

sagran sus páginas a recoger la poesía balbuciente que brota de labios del pueblo, entre cosas elementales y absurdas se tropieza, aquí y allá, con breves poemas cuya lectura sorprende e inquieta. En ellos han cristalizado conceptos cuya fuerza y universalidad los elevan a la jerarquía de cosas bellas, y, muchas veces, de cosas épicas. La vena sentimental alimenta generalmente esta clase de literatura, que no por ser plebeya deja de ser digna de estudio. Junto al amor en todas sus formas, aparecen otros elementos igualmente interesantes. Hay allí un concepto peculiar del honor y de la dignidad que, guardando las distancias, a veces hace volver los ojos al Romancero del Cid. Hay un concepto de la libertad gaucha, tal como la sintieron y practicaron los primitivos habitantes de nuestra campaña; y, por singular contraste, hay también un sentimiento de fatalismo, de aceptación estoica de la desgracia, de constante resignación ante el infortunio que hace recordar la remota simiente indígena que acaso hizo buenas migas con las gotas de sangre árabe que nos trajó la raza conquistadora.

El tango y otras formas semejantes de la música popular se han apoderado de estos elementos, y, al comentarlos, han arrojado sobre ellos un nuevo velo de tristeza. La música se ha convertido así en una especie de melancólica melopea interrumpida por duros apóstrofes y desgarradores quejidos. El baile, lánguido y soporoso, tristemente sensual, al seguir la cadencia desmayada del tango, se envuelve como una venda cordial sobre las dolorosas llagas que el poeta anónimo pone al descubierto.

Cuando el tiempo y la crítica patinen y tamicen esta producción literaria de orden inferior, los mejores romances, por ley de gravitación, irán a formar el centón lírico de nuestro pueblo, y es con ellos que se formará el verdadero cancionero popular de esta época en que vivimos, cancionero que, acaso, será leído por los hombres de los siglos futuros con el mismo interés y la misma emoción con que nosotros leemos los Romanceros de los siglos heroicos.

1926.

# Reflexiones sobre la sátira

Rivarol, para vengarse de su época mediocre, superficial y pedantesca, en la que también abundó aquella *"minúscula gens"* que Boileau castigó sin piedad en sus Sátiras, escribió un librito al que dió el título de "Pequeño almanaque de nuestros grandes hombres para el año 1788". Aparecen en él, en orden alfabético, todos los autores insignificantes de su tiempo, y su elogio, hecho con grave y pérfida ironía. Con esta burla, Rivarol realizó una forma de sátira, muy eficaz por cierto, que medio siglo después empleó también certeramente Louis Veuillot en sus sonadas campañas de *"L'Univers"*. En realidad, la sátira por medio del elogio había sido ya ensayada por el mismo Boileau, al extremo de que Pelletier, un pésimo poeta de quien aquél se burla en la sátira II, tuvo la candidez de ver en ella un elogio y la incorporó a una colección de sus detestables versos. El humorismo de Swift muchas veces se valió también de la gravedad para burlarse de los malos políticos dignos de tal castigo. Hasta Platón usó en sus Diálogos de esta forma de ironía, que es, tal vez, la más penetrante y acerba. En el diálogo sobre la santidad, Sócrates se burla finamente del pedante Eutifrón, a quien llama sabio y maestro en ciencias divinas y humanas, y a vuelta de envolverlo en su intrincada dialéctica lo pone en deplorable fuga y lo asaetea con la más cáustica ironía. El mismo procedimiento empleó Aristófanes en sus divertidas comedias. De todo lo cual resulta que aquello de *"Sátira tota nostra est"* de los romanos, no es completamente exacto, pues Grecia ya había puesto en solfa a poetas, escritores y políticos antes de que Lucilio, Horacio y Juvenal disciplinaran el género satírico.

La sátira como género independiente casi ha desapare-

cido en nuestros días, y, sin embargo, ¡cuánta utilidad podría prestar a la sociedad contemporánea un poeta satírico de vuelo! ¡Qué amplio y fecundo campo hallaría en la política, en la literatura, en el arte, en los negocios, en la vida social y aun doméstica! ¡Qué oportunas lecciones de patriotismo, de moral, de cordura, de buen sentido podría dar a políticos, escritores, artistas, negociantes, hombres de mundo, y, sobre todo mujeres de mundo! ¡Cuántos crímenes y vicios que castigar; cuántos errores y desórdenes que corregir; cuántos fraudes y escándalos que combatir; cuántas costumbres que morigerar; cuántas tonterías, en fin, que ridiculizar para ejemplo y edificación de incautos, ignorantes y débiles de espíritu!

La literatura y el arte en general están reclamando a un Rivarol que escriba un "Pequeño almanaque de los grandes hombres actuales" en que, se agrupe alfabéticamente, la turbamulta de artistas que, todos los días, en diarios y revistas, y sobre todo, en las mesas de café, en los corrillos y en las capillas iconoclastas hacen tabla rasa de los valores consagrados y se proclaman mutuamente renovadores de las formas de expresión y creadores de una nueva estética.

Este almanaque podría insertar pequeñas notas biográficas semejantes a éstas:

Fulano de Tal. Poeta. Creador del trascendentalismo lírico y reformador de los viejos moldes retóricos. Autor de una colección de poemas en preparación que se publicará en París.

Otro. Filósofo y pedagogo. Su doctrina rectifica los fundamentos de la filosofía actual y destruye definitivamente todas las quimeras de la metafísica escolástica. Es autor de un ensayo inédito que debió presentar a un congreso frustrado.

Otro. Pintor. En su paleta arden el vermellón de la China, el verde veronés, el índigo, el añil, todos los colores que proscribió el Instituto, como decía Teófilo Gautier. Un camarada fundó la escuela penumbrista; él ha fundado la escuela detonante. En el Salón de Otoño figuró un cuadro enigmático de este artista, ante el cual la crítica y el público permanecieron mudos.



Otro. Escultor. Su doctrina dice que el módulo griego es un mito; que la proporción no existe; que la forma es una preocupación subalterna y arbitraria. Es autor de un busto vagamente antropomorfo y de diversas figulinas de gusto pre-tebano.

Otro. Músico. No se conocen sus obras; pero él y sus amigos anuncian el reajuste de la estética musical y la muerte del pentagrama clásico.

El pequeño almanaque podría contener muchas notas como éstas y en ellas se verían reflejados todos los terribles demoledores de la literatura y del arte. Tal sería la manera mas eficaz de castigar y poner en la picota la impotencia de esta familia de maldicientes sin talento, para quienes el poeta florentino debió haber reservado uno de los círculos de su Infierno. Desgraciadamente, el género satírico parece que ha hecho su tiempo, y, al infiltrase en los demás géneros literarios, ha perdido su eficacia.

*
* *

En otras épocas hubo en el Uruguay poetas satíricos. Lo fué, y excelente, Francisco Acuña de Figueroa, a quien generalmente sólo se le acuerda valor epigramático. No; el verso fácil e ingenioso de este poeta alcanzó muchas veces el tono y el empaque de la alta sátira para darla contra vicios, errores, preocupaciones, costumbres y aun simples modas ridículas. Su poema "La malambrunada", que alguna vez se ha de comentar con la detención que merece, no es inferior a muchas de las piezas satíricas que recuerda la historia literaria. Más tarde, Francisco Javier de Acha echó su cuarto a espadas en este difícil género, aventurándose también en la sátira política. Lo hizo episódicamente, sin gran relieve, y no sé si con gran eficacia. El que realmente blandió el látigo sin piedad fué el poeta y escritor Wáshington P. Bermúdez. Con los seudónimos "El Negro Timoteo". "Vinagrillo", y otros, durante cuarenta años, fustigó, con más o menos razón, pero siempre con ingenio, a políticos, escri-

tores, negociantes, hombres de mundo; su regocijada musa no les perdonó crimen, vicio, falta, error o ridiculez. La política fué su campo habitual de observación y crítica, pero muchas veces también, con aquella terrible facilidad y aquel cáustico ingenio que fueron sus armas, ridiculizó a poetas y escritores furtivos. En la prosa satírica tuvimos también un trasunto de Larra en Sansón Carrasco, seudónimo que adoptó Daniel Muñoz, delicioso escritor festivo y agudo observador de las debilidades humanas, quien terminó escribiendo solamente notas de cancillería y elegantes y agudas epístolas, género en que fué también verdadero maestro. Le sucedió en el orden del tiempo Máximo Torres, seudónimo del escritor Carlos M. Maeso, fallecido hace ya muchos años. Fué iniciador de un género personalísimo de sátira social que llegó a alcanzar rasgos épicos, pues es una de sus características la creación del personaje imaginario llamado Misia Dorotea, en quien es preciso reconocer un arquetipo, una figura representativa de una época, de un estado de cultura y de una clase social. Misia Dorotea fué una especie de "diablo cojuelo" criollo que, con un admirable don de crítica y de buen sentido, pasó revista a todas las preocupaciones de la sociedad en que vivió. Algo de esto hizo también hace ya muchos años un Fray Alvaro Diez, seudónimo de Alfredo Varzi, excelente escritor que en aquella época trazó pintorescos bocetos de personajes, mitad reales, mitad imaginarios.

Hoy nos queda un último representante del género, pero tan evolucionado, tan saturado de cultura, que el literato y el artista priman en él sobre el filósofo y el moralista. Este escritor satírico es Boy, otro seudónimo, pues no parece sino que todos los escritores de este género lo usaran sacramentalmente. Este oculta al periodista Antonio Soto. Boy, durante muchos años, nos regaló cotidianamente con la sal de su espíritu; ejerció su magisterio literario en la prensa diaria con vena satírica realmente inagotable. La sátira de Boy es suave y sedante, y se envuelve en tan amable e ingeniosa forma, que rara vez lastima; y sin embargo, burla burlando, suele decir cosas graves y trascendentales. La política le ha ofrecido vasta campo de observación y de crítica;



el Parlamento, sobre todo, ha sido el escenario donde ha hallado sus mejores materiales; pero también los ha hallado en la administración, en la vida social, en la calle, en el tranvía, en el café, en el teatro, en las tertulias literarias y artísticas, hasta en el pequeño y sosegado pueblecillo en que vive. Cada cuadro que traza, cada tipo que describe es una pequeña viñeta caricaturesca llena de carácter y, sobre todo, llena de verdad. Este humorista es, además, un notable novelador a quien se lee con deleitosa facilidad, pues su transparente prosa fluye como el agua de la fuente, y el encantador perfume romántico que exhalan sus páginas se aspira como el aroma de una flor a la que hemos vinculado melancólicos pero queridos recuerdos.

Alguna vez he pensado que es Boy quien podría reeditar ese pequeño diccionario que Rivarol escribió al finalizar el siglo XVIII, y que es él quien podría hacer con agudeza y eficacia el elogio de los artistas sin destino que dedican sus largos ocios a destruir lo que no son capaces de construir. Nadie lo haría con mayor conocimiento de la realidad, con más buen sentido, con más arte y eficacia que este ingenioso e inimitable escritor. Boy inmortalizaría a todos ellos, no de aquella feroz manera que usaba Linneo cuando para vengarse de sus enemigos bautizaba con sus nombres las especies vegetales espinosas o venenosas, sino trazando retratos cordiales, divertidos y aleccionadores de cada uno de estos curiosos personajes; y con ello, a la vez de regocijarnos con su sano humorismo, prestaría un excelente servicio a las letras y al arte en general.

# La sombra de Martín Fierro

Puesto que el poema de Hernández va tomando traza épica, y con razón, por cierto, vale la pena meditar sobre él, aunque sólo sea a título de "vaga y amena literatura". No quiere esto decir que el propósito trascendente, en caso de existir, no tenga mucho en qué ejercitarse al hojear las páginas de esta obra que hay que ir pensando en incorporar a aquella Biblia de la humanidad que Maurice Barrés proponía se formara con todas las epopeyas escritas en humana lengua. Aquí, todos hallan algo que espigar, y para cada uno de los que se aproximan a esta linfa clara y primitiva, que brota de la roca madre, Fierro tiene una palabra mágica que ofrecerle. Y no ha de cegarse en mucho tiempo esta límpida fuente que mana a raudales del poema, y de la cual siempre surgen aguas nuevas. ¿No lo dijo, acaso, Hernández, con ese don de videncia con que hablan los verdaderos poetas?:

Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar;
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Precisamente, aunque lo he rumiado, ni me explico, ni entiendo yo la conducta de Martín Fierro en aquel episodio que relata en el canto VII del poema, cuando el gaucho perseguido, pobre y acosado, se refugió, para ahogar su pena, en el baile de pericón y milonga. Martín Fierro, al verse entre viejos amigos, bebió más de lo que solía beber, y la embriaguez le hizo perder la cabeza y le llenó el corazón de deseos homicidas. Fierro se condujo allí como un vulgar compadre, dicharachero y provocador. Dice el poema que, ha-

llándose el gaucho en el baile, llegó a él una pareja de negros que cabalgaba en un solo rocín. Cuando Fierro vió entrar a la morena que "no hacía caso de naides", es decir, mantenía una actitud empacada y orgullosa, no pudo contener la lengua y le dirigió aquellas palabras que, entre gente de campaña, son una injuria: "Va... ca... yendo gente al baile".

Caramurú y Juan Moreira habrían abjurado en aquella ocasión de este hermano de infortunio, y el Señor de la Mancha se habría avergonzado de este caballero andante de poncho y chiripá, que, en vez de ver en la pobre negra que llegó al baile, enancada, una "mujer", y convertirla, con la imaginación, en reina o princesa, la ultrajó haciéndola descender en la escala zoológica.

La morena reaccionó ante el insulto, y contestó al gaucho mal hablado con peor injuria, y entonces Fierro, ya en la pendiente de la procacidad, hizo añicos la dignidad de la morena. Primero le dijo aquello de "Negra linda... me gusta... pa la carona", y, en seguida, le cantó la copla famosa:

A los blancos hizo Dios,
A los mulatos San Pedro,
Y a los negros hizo el diablo
Para tizón del infierno.

Con ser grande la cólera que debió sentir la mujer, debe suponerse cuál sería la del negro al verse ultrajado en su compañera y en su raza. Pero ni aun este legítimo sentimiento respetó Fierro, y yendo hacia el negro, que había permanecido afuera, silencioso y huraño, le lanzó otro chiste injurioso. El agraviado contestó violentamente y avanzó para castigar al provocador. Martín Fierro lo detuvo arrojándole un porrón de ginebra, y entonces el negro desenvainó la daga y atacó al gaucho, trabándose ambos en lucha a arma blanca. El singular combate terminó con el triunfo de Fierro, quien logró atravesar el pecho de su adversario de una puñalada, y luego levantó en peso el cuerpo del herido con el cuchillo, y lo arrojó contra el cerco, "como un saco de "güesos". Rodó más abajo el gaucho. La negra rompió en



llanto y gritos ante el cadáver de su compañero, y Martín Fierro, lejos de enternecerse, quiso "darle una soba a ver si la hacía callar". Y agrega el gaucho, al relatar la aventura:

Mas, pude reflexionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al difunto
No la quise castigar.

Así terminó el deplorable episodio del baile que tan mal parado debió dejar el buen nombre de Martín Fierro.

Nunca me puedo olvidar
De la agonía del negro,

exclama el gaucho con harta razón, pues el remordimiento del homicidio inútil debió atormentarle toda la vida. Más tarde, cuando dió la vuelta a las tolderías, al aconsejar a sus hijos, les decía, acicateado, sin duda, por el remordimiento:

La sangre que se derrama
No se olvida hasta la muerte,
La impresión es de tal suerte
Que a mi pesar, no lo niego,
Caí como gotas de fuego
En l'alma del que la vierte.

Pero este remordimiento no es bastante para restablecer la destruída moral de Martín Fierro. La malhadada aventura del baile disloca el carácter del héroe y da al traste con su ideología y con su ética religiosa y social, que de todo ello hay en el gaucho de Hernández.

En los sabios consejos que da a sus hijos en la segunda parte del poema, se halla todo esto como refundido y organizado. De este decálogo gaucho, en que se hallan contenidos todos los pincipios de moral que profesó Martín Fierro, puede extraerse la condenación de su conducta en el baile.

Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta a la gente,

dice Fierro; y sin embargo, en aquella ocasión echó al olvido el sabio precepto.

Es siempre, en toda ocasión,
El trago, el pior enemigo

agrega el gaucho, y sin embargo, aquella noche se embriagó hasta perder la noción del respeto y de la dignidad propia y ajena.

Aquel que ofende embriagado
Merece doble castigo,

declaró también, no obstante haber él ofendido reiteradamente y en público a una infeliz mujer y saber, como luego se lo decía a sus hijos, que,

Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Por fin, él peleó y mató al negro por torpe capricho de su embriaguez, siendo así que una de sus sentencias es ésta:

El hombre no mate al hombre,
Ni pelee por fantasía.

El episodio del baile, fué más que una fantasía; fué un bochornoso arrebato de culpable violencia del que debía estar inmune aquel hombre originariamente bueno, que había sido colocado al margen de la sociedad por culpa de ésta, y no por culpa propia. Toda la vida de Fierro protesta contra esta innoble caída. Su infancia desarrapada y andariaga, pero sin sombras; su feliz juventud, cuando le sonrió la fortuna, y tuvo "hijos, hacienda y mujer". Todo esto está limpio de culpa, y aun de pecado mayor, y en todo ello resplandece el carácter de Martín Fierro, su generoso corazón, la bondad de sus sentimientos, la rectitud de su conciencia, el concepto de su dignidad de hombre y de ciudadano. Limpio está también de culpa su cautiverio, cuando fué injustamente arrebatado al hogar y enviado a servir en la frontera. Con



ser duro el servicio militar, negras las miserias pasadas, y hallar en el campamento los peores ejemplos y estímulos, Fierro se mantuvo digno y fiel a sus principios morales. Su deserción fué justa, y nadie podría condenarla. Más lo fueron su dolor y su cólera, al hallar el hogar convertido en ruinas, la esposa perdida, los hijos ausentes, la hacienda robada. Ante aquel drama que tuvo por teatro la desolada pampa, el alma del gaucho desbordó de desesperación, y es preciso perdonarle sus terribles palabras de venganza:

Yo he sido manso primero
Y hoy seré gaucho matrero.
.....
Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Desgraciadamente el primer zarpazo de Martín Fierro tuvo la violencia y la ferocidad del zarpazo del tigre que no sabe dónde ni cómo ni a quién hiere. Fué el inútil homicidio del baile memorable. El gaucho que ya se hallaba al margen de la sociedad, se colocó, con aquel crimen, también al margen de la ley. La justicia humana que hasta entonces no había tenido ni motivos ni razones para perseguirlo, los tuvo, y sobrados, desde aquel día. El personaje perdió en esta aventura la túnica épica, y aún cuando luego la reconquistó, no pudo hacer desaparecer de ella las manchas de sangre africana que la mancillaron. Todas las aguas del mar y todos los perfumes de la Arabia no lograron borrar la huella y el olor de la sangre de las manos de lady Macbeth. Tampoco logró Fierro que las aguas de los ríos y los jagüeles de la pampa lavaran las manchas indelebles que enturbiaron el acero de su daga. Juan Moreira, después de dar muerte a Sardetti, se engrandeció en la imaginación popular; cuando Martín Fierro se perdió en la noche, llevando en las manos las manchas de la sangre del negro, sus compañeros debieron sentirse llenos de vergüenza y congoja.

Felizmente Fierro recobró en seguida su jerarquía, y el carácter del personaje ya no volvió a claudicar. El episodio de la pulpería en que, provocado por un gaucho matón, lu-

chó con él y lo venció en buena ley; la pelea con la policía para defender su vida y libertad; el encuentro y plática con Cruz; la partida para las tolderías indígenas; la vida que hizo entre los indios; la tierna amistad que lo unió a Cruz; la forma en que cuidó durante la enfermedad y muerte del que fué su compañero de infortunio; la defensa que hizo de la cautiva cristiana; el rescate y regreso al pago; sus confidencias, pláticas y payadas; su épica despedida; todo está lleno de grandeza de alma, de energía moral, de recio estoicismo, de noble y alta hidalguía, y de esa que fué en él constante aspiración, jamás realizada, de expurgar la sociedad rural de los vicios y peligros que hicieron imposible en su seno la organización estable de la familia y del trabajo. Todo esto redime con creces su caída.

Martín Fierro es el símbolo de un estado social rudimentario en que el derecho y la ley son vanos fantasmas, y en que el hombre, para conservar y defender la vida, la hacienda, el honor y la libertad, debe bastarse a sí mismo. Aparece en su época y en su ambiente como el rapsoda de la filosofía popular de su tiempo; su voz llega hasta nosotros como la queja de un dolor que no halló consuelo en la tierra; su vida refleja el constante infortunio que fué lote de su raza, su sombra vaga melancólicamente, y vagará mucho tiempo todavía, por el desierto americano.

# Cuadrantes solares y divisas horarias

El hombre no ha podido aprisionar el tiempo. Impalpable, veloz, la invisible rueca sigue girando, mientras cae la arena en el reloj del viejo Saturno. Pasaron las edades en que el Señor dijo a Isaías: "He aquí que yo haré que la sombra de las líneas por las que ha bajado en el reloj de Achaz el sol, vuelva diez líneas atrás. Y retrocedió el sol diez líneas por los grados, por donde había bajado". El portento se produjo cuando Josué, sucesor de Moisés, conducía al pueblo elegido para salvarlo de sus enemigos: "Sol, dijo Josué, detente sobre Gabaon. y Luna, sobre el valle de Ayabon. Y paráronse el Sol y la Luna hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos". "El Sol, agrega el libro sagrado, se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse por el espacio de un día". "No hubo antes ni después día tan largo", concluye el texto de Josué.

En los mitos griegos, Apolo y Helios, conductores del carro del sol, distraídos por pecaminosas aventuras, alguna vez detuvieron también la resplandeciente cuadriga detrás del horizonte, pero aquéllos fueron juegos de dioses, en que para nada intervinieron los hombres. Estos jamás tuvieron poder contra el tiempo; ni siquiera los poetas, tan amados de Apolo, fueron escuchados en sus súplicas dirigidas al dios inmutable:

> O temps, suspends ton vol! et vous, heures propices,
> Suspendez votre cours!

Los hombres, no pudiendo aprisionar el tiempo, se consolaron al fin con medirlo, e inventaron esas curiosas máqui-

nas que se llaman gnomones y dan la hora por el sol. Entonces se hicieron la dulce ilusión de que lo habían encadenado y lo mantenían cautivo en los veneros de los bárbaros cuadrantes. Fué esta ilusión la que dió difusión a estas misteriosas cárceles de la luz solar, en cuyos siguos cabalísticos quedaron prendidos para siempre los rayos del sol y de la luna.

Sabios, artistas y poetas se dieron a la obra de construir, enriquecer y embellecer los cuadrantes, donde el sol da la hora y el tiempo deja su fugitiva huella. El sabio trazó el complicado cuadrante, remedo del infinito mundo sideral, el arquitecto lo levantó de frente al sol, el artista lo embelleció con su cincel, y el poeta grabó en la piedra, con caracteres indelebles, la divisa que preside el misterio de la hora que pasa.

Focillon dice que los cuadrantes o relojes solares eran conocidos desde tiempo inmemorial. Los egipcios y los hebreos los construyeron en sus ciudades. Los anales chinos hablan también de ellos. Herodoto atribuye su origen a los caldeos, pueblo donde floreció singularmente la astrología. En las maravillosas ruinas de las civilizaciones precolombinas que poblaron el Perú y México, se tropieza a cada paso con vestigios que revelan el conocimiento que aquellos pueblos tuvieron de las matemáticas celestes y la constante preocupación que les inspiró la proyección de la sombra solar.

Según Diógenes Laercio, Anaxamandro llevó a Lacedemonia el cuadrante solar en el siglo VI antes de Jesucristo. Lo había visto en Egipto. Grecia dió gran desarrollo a los gnomones. Vitruvio recogió muchos datos de los cuadrantes que vió, hoy desconocidos casi todos, y emplea una melodiosa y sugestiva nomenclatura para clasificarlos. De ellos conocemos solamente el cuadrante esférico del Acrópolis de Atenas.

La Edad Media y el Renacimiento poblaron de cuadrantes solares las iglesias, castillos y palacios. La construcción de estas máquinas solares dió origen al nacimiento de una verdadera ciencia, la gnomónica, la cual, unida a la arquitectura, a la escultura, a la pintura y a la poesía produjo y sigue produciendo verdaderas joyas de ciencia y arte.



En Montevideo existieron y existen algunos cuadrantes solares. En la plaza de Armas de la antigua Ciudadela, ya desaparecida, sobre el muro de la planta alta que miraba al Norte, en un pilar cuyo resalte era oblículo al plano del paramento, hubo un cuadrante solar, coronado por un pequeño mojinete, que durante casi siglo y medio dió la hora. Este cuadrante no tenía divisa. El vicario Larrañaga construyó otro, a principio del siglo pasado, en la chacra de Berro, en el Manga. Se conserva todavía la losa de pizarra con los veneros profundamente grabados y parte de la rosa horaria. El tiempo ha borrado la divisa que debió ser digna del sabio constructor. En la iglesia de Lourdes, sobre el muro exterior del ábside, existe otro cuadrante cuya hora puede leerse desde el puerto. La universidad posee otro vertical declinante, empotrado en uno de los muros del claustro, timbrado con la cuadriga de Apolo, y esta hermosa divisa: *Lux non occidat in aeternum.* Que jamás se extinga la luz. Conozco otro cuadrante solar doméstico que se eleva sobre el ático de la casa de campo de los García Lagos, con esta cordial leyenda: *Amicis, quaelibet hora?*

Ahora acaban de ser erigidos dos nuevos cuadrantes solares, uno frente al mar, en un delicioso sitio de Pocitos, el otro en la mansión del doctor Gallinal, en San Pedro de Timote. De ambos da cuenta su constructor, el señor Alberto Reyes Thévenet, en dos pequeños libros llenos de interés científico, histórico y anecdótico, que constituyen, además, un verdadero aunque breve tratado de gnomónica. Reyes Thévenet es catedrático, en propiedad, de cosmografía de la Universidad de Montevideo. Es también, hombre de letras y artista, que ha hecho de su ciencia favorita fuente de constante deleite intelectual. Este original ha levantado, sobre las grises techumbres de la ciudad, un pequeño observatorio astronómico, y desde él procura develar los misterios de la bóveda estrellada. ¿Qué de extrañar es que este espíritu, en el que dominan por igual, la inquietud y la aptitud contemplativa, se haya sentido atraído por la gnomónica? Mañana lo será por la astrología, donde su fantasía podrá recorrer el tema celeste, desde el cuadrante hiemal, propicio a los ho-

róscopos, hasta el cuadrante senil, cuya influencia es fatal a la criatura que nace bajo el influjo de su signo.

El cuadrante de Pocitos, trazado y construído por Reyes Thévenet, es un pequeño y gracioso monumento que se levanta en la plaza de Trouville, frente al mar, en el centro de un anfiteatro enarenado, rodeado de palmas, laureles, macizos de boj y alegres canteros de flores. Junto a él, en una breve pila donde canta el agua, vienen a beber los pájaros. Los curiosos se aproximan a ver la sombra del estilo que recorre el cuadrante, y, al leer la divisa, murmuran las palabras del poeta que, junto a la playa, se hacen más musicales y sonoras:

Sicut fluctus Tempus transit
(El tiempo pasa como las olas.)

Este cuadrante es de tipo horizontal; da a la vez la hora y el día, y está grabado en una plancha de mármol de Carrara, sostenida por una breve columna de granito azul. Como su autor lo dice elegantemente, esta pequeña máquina "constituye una lección viviente y admirable de astronomía, engranada, como está, por el misterioso enlace de su estilo y un tenue rayo de luz, al funcionamiento infinito, inmutable y eterno de los cuerpos celestes".

El cuadrante de San Pedro de Timote es de tipo vertical declinante. Está formado por una plancha de mármol de dos metros de altura en la que se hallan grabados todos los elementos gráficos del funcionamiento de la esfera celeste. Debajo del arco rebajado que corona el cuadrante, luce esta divisa, hermana del *memento finis*:

Ultiman cave horam

"Cuidado con la última hora", "teme a la última hora". Esta terrible advertencia, inscripta en la lápida de mármol que decora el palacio, suena en la soledad del lugar como un grito del Apocalipsis.



Reyes Thévenet recuerda y comenta ingeniosamente varias divisas tomadas aquí y allá, en las viejas iglesias y palacios de Francia e Italia, en los castillos de Alemania y Escocia, en los conventos y ermitas de España. "Reunidas en un solo volumen las divisas horarias de los cuadrantes, dice el autor, forman un edificante conjunto de pensamientos morales, profundos e ingenuos, soberbios o humildes, que han sugerido a Maeterlink una de las más bellas páginas de su inspiración literaria. Ellas se esfuerzan por mezclar al alma humana con incomprensibles fenómenos, y todas expresan, en términos de una sinceridad incontestable, el sentido moral del grandioso fenómeno cuya medida revelan".

*Vulnerant omnes, ultima necat,* todas hieren, la última mata, dice filosóficamente una divisa de los Altos Alpes. *Sol me, vos umbra regit,* el sol es mi guía, la vuestra es la sombra, dice con soberbio optimismo otra, a la que replica melancólicamente la divisa del cuadrante de la Bastilla: *Vos lumen, me umbra,* para vosotros la luz, para mi la sombra.

*Lux laetitia est,* la luz es alegría, exclama el cuadrante de un jardín del Renacimiento, y a esta embriaguez de la luz contesta con humildad esta breve leyenda: *Spero lucem,* aspiro a la luz. *Sicut umbra, dies nostra,* nuestros días huyen como la sombra, dice el cuadrante de la Sorbona, a lo que podría agregarse lo que dice otra divisa que repite el *memento* cristiano.

Junto a las divisas que recuerda Reyes Thévenet no disuenan otras que he hallado en un libro antiguo. *Vita fugit sicut umbra,* la vida huye como la sombra, dice un viejo cuadrante de una cartuja con más precisión que el de la Sorbona. *Una dabit quad negat altera,* lo que una niega lo dará la otra, dice con estoica resignación otro viejo y esperanzado reloj. No falta tampoco el optimismo un poco trivial, *Sol lucet omnibus,* el sol brilla para todos, a lo que un cuadrante egoísta contesta: *Me lumen, vos umbra,* para mí la luz, para vosotros la sombra.

He aquí algunas divisas francesas que no ceden en belleza y concisión a las latinas. *La derniére décide de toutes,* dice gravemente una divisa de iglesia; *L'heure va naitre, elle est, elle est passée,* exclama con elegante melancolía el

cuadrante de una vieja torre de castillo. De todas ellas, la que más inclina a meditar es otra que dice: *Pourquoi chercher l'heure si c'est pour la perdre?* ¿Para qué buscar la hora si es para perderla? Esta divisa es tanto un consejo moral cuanto puede ser una melancólica queja que lanza el hombre ante la imposibilidad de domar el tiempo. Si has de perderla en seguida, ¿a qué buscar la hora que pasa como un soplo sobre los veneros del cuadrante? "Oh tiempo, tú no existes, exclama Lamartine, no eres sino el vacío de lo que no existe, esperando lo que debe existir. En el momento en que ese vacío se llena, ya no hay tiempo; ¿para qué medir lo que ya no existe?" Y el dulce poeta de "El Lago" se embriaga con el triste vino de su melancolía:

> Aimons donc, aimons donc! de l'heure fugitive
> Hatons-nous, jouissons!
> L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive
> Il coule, et nous passons!

El poeta delira. No todo pasa, y nosotros tampoco pasamos del todo. Si la sombra que el estilo proyecta sobre la rosa horaria no dura más de un instante, el hombre tiene dentro de sí mismo los medios para que ella prevalezca contra el tiempo destructor. La fe, el amor, la amistad, el dolor, el recuerdo, ¿no son, acaso, más fuertes que el tiempo? Y el alma, ¿no tiene la suprema potencia que le impide perecer? Sobre el tiempo que transcurre está la Eternidad, que no pasa ni pasará.

# La batalla de Maipo

Saliendo de Santiago por el camino del Sur que conduce a Melipilla, salvado el Zanjón de la Aguada, se penetra en la deliciosa campiña del valle central. Las cumbres nevadas flanquean al viajero por el naciente; detrás de las cresterías de las montañas próximas, el Tupungato, el Maipo y el San José muestran a ratos sus negras faldas y sus inmaculadas cimas. Al oeste se tienden los cerros del sistema de la costa a cuyo pié corre el río Mapocho.

El polvoroso camino atraviesa el valle por el centro, entre tierras de cultivo, trazado por bardas de zarzas y preciosas alamedas que en este mes de Abril adquieren el tono amarillo del oro. La acequia desprendida del canal corre junto a la calzada que se tiende perezosamente, casi sin grediente. Pasado Chuchunco, antes de llegar a Maipú, pequeño villorio construído próximo al camino carretero, a la sombra de una pequeña iglesia, convergen a la ruta, de ambos lados, pequeñas cerrilladas o lomajes de tierra blanquecina que ondulan el centro del valle y forman allí áridas hondonadas. Son aquellas las Lomas Blancas. Es preciso descender para cruzar el estero y luego trepar la cuesta. A la derecha del camino, sobre una eminencia, se levanta una pirámide de piedra labrada. Desde las gradas del monumento se domina el grandioso paisaje. Todo aquello es el campo de batalla de Maipo.

Hacia el sur esta el vado de Lonquén por donde el ejército español cruzó el río y desbordó sobre el valle; lo oculta un macizo de cerros, rodeado de boscaje, en cuya falda se levantan intactas las blancas construcciones de la Calera de Tango, antigua posesión jesuítica en que el General Osorio durmió la víspera de la batalla y donde San Martín descansó después de la victoria. Se ven luego los campos y sendas por

donde avanzó en masa el ejército español y las posiciones que ocupó, inclinándose hacia el poniente, para flanquear al enemigo y buscar el camino de Santiago y Valparaíso. Detrás de la meseta en que tendió sus líneas el jefe realista, en una hondonada, está la hacienda de Lo Espejo, hacia donde se retiró Ordóñez con los restos del ejército vencido y donde terminó la batalla. Se llega a ella por una senda traviesa en la que parece reconocerse el hondo callejón y los tapiales donde se acantonó el heroico jefe español con sus granaderos y cazadores, los diezmados batallones de infantes y las piezas de artillería salvadas del desastre.

Lo Espejo es el Hugomont de Maipo. Allí se hicieron prodigios de heroísmo y se realizaron horrores de muerte. Doscientos cincuenta cazadores de Coquimbo fueron destrozados en breves minutos por la metralla española en el trágico callejón; todos los oficiales quedaron muertos o heridos. Diez y siete bocas de fuego convergieron luego sobre el caserío de la hacienda destruyéndolo en pocos instantes; detrás de cada tapial quedó un montón de cadáveres; de los tejados, de las ventanas, se desplomaban los soldados heridos por aquella tempestad de rayos. Luego se combatió en el patio, en los corrales, en los potreros; a bayoneta, a sable, a lanza, a puñal; los voluntarios de Aconcagua concluyeron por cazar con sus lazos a los soldados españoles como si fuesen reses fugitivas. Allí entregó por fin su espada Ordóñez, el héroe vencido.

Volviendo los ojos al naciente se domina la meseta de las Lomas Blancas, donde San Martín esperó al ejército español, formado en orden de batalla, cerrando el camino de la capital. Hasta este mismo sitio donde está la pirámide llegó el Libertador en la madrugada del 5 de abril, envuelto en un poncho patrio y defendido por la penumbra, para asomarse al ángulo extremo de la meseta y ver desfilar al ejército enemigo que esquivaba la batallla en el lugar elegido y tomaba posiciones en una extensa cerrillada al oeste, cubriendo el camino de Valparaíso y amenazando la capital por el flanco patriota. Fué en este sitio donde el Gran Capitán pronunció las palabras memorables que su ayudante O'Brien trasmitió a la posteridad: "El triunfo de este día es nuestro". Y luego, señalando con el brazo el sol que aparecía detrás de la gran Cordillera, agregó: "¡El sol por testigo!" En seguida regresó al campamento a gran galope, reunió a sus ayudantes y ordenó que el ejército marchase a tomar posiciones frente al enemigo.



El ejército chileno-argentino evolucionó sobre la meseta y, mediante un movimiento oblícuo, cubrió la altura de las Lomas Blancas tendiendo su línea en masa frente al ejército español, separado de éste por la hondonada. El sol pasaba por el meridiano cuando San Martín ordenó a sus artilleros que rompiesen el fuego; las piezas españolas contestaron la salva. Treinta cañones tronaron en el campo de Maipo haciendo retumbar las cordilleras y envolviendo en nubes de humo las líneas de ambos ejércitos. Instantes después el general de los Andes ordenó el ataque general.

*
* *

Se vió entonces brotar de la cortina de humo y descender la barranca a las divisiones patriotas, el arma al brazo y a paso de carga. Cinco mil soldados criollos se lanzaron como un sólo hombre sobre los seis mil veteranos españoles mientras que San Martín permanecía en observación con las reservas sobre la loma. Avanzaba la infantería en grandes masas; brillaban heridos por el sol los morriones de hule con carrilleras doradas; los correajes blancos, cruzados sobre el pecho, semejaban aspas de plata sobre el azur de los uniformes. En los flancos de cada brigada, y a retaguardia, formaban en orden cerrado los granaderos a caballo, con sus casacas azules, sus correajes blancos, sus botas altas y sus rígidos morriones; los lanceros y los cazadores montados, con sus chacós de cuero sin vicera, sus chaquetas verdes guarnecidas de piel blanca, vuelta y collarín rojo. Cada regimiento llevaba en alto su estandarte y sus guiones y el viento de la batalla hacía tremolar la bandera tricolor de Chile y la azul y blanca de las Provincias Unidas. El tambor tocaba a calacuerda y los clarines repetían la voz marcial de ataque.

La línea española esperó imperturbable. Doce bocas de fuego coronaban la altura. En el centro, estaba la flor del ejército realista: el "Burgos" con su histórica bandera; el

"Arequipa", mandado por Rodil; el "Infante Don Carlos", y el "Concepción" con Ordóñez y Morla al frente. Primo de Rivera, con cuatro piezas y Morgado, con sus escuadrones rojos, cubrían la izquierda; los "Lanceros del Rey" cubrían la derecha.

Cuando los patriotas cruzaron la hondonada comenzó a jugar la atillería, a la vez que un furioso fuego de fusilería cubrió con una cortina incandescente la arista del lomaje. La derecha patriota, mandada por Las Heras, que marchaba al frente del batallón número 11, apoyada por los "Infantes de la Patria" y los "Cazadores de Coquimbo", mantuvo el orden cerrado frente a la metralla, mientras los "Granaderos a caballo" de Zapiola desplegaron en escuadrones y se lanzaron con los sables en alto sobre las posiciones enemigas. Los cazadores montados de Morgado, con sus casacas rojas, sus grandes botas y sus altos morriones, bajaron a contener la carga patriota. El choque fué terrible; el golpear de los sables dominó el ruido de las descargas, y hombres y bestias se confundieron en el ardor de la matanza. Los soldados españoles retrocedieron, por fin, perseguidos a gran galope, y se refugiaron detrás de la línea, mientras Las Heras quebraba y cortaba la izquierda realista y obligaba a Primo de Rivera a abandonar sus cañones.

Mientras tanto, el ala izquierda de los patriotas, avanzaba en masa. dirigida por Alvarado, sobre el extremo de la derecha realista, encerrándola en un abrazo mortal. Ordoñez, el bravo Ordóñez, quiso detener allí la victoria. Reunió en división los cuatro batallones de infantería del centro y salió al encuentro de Alvarado, cortándolo con el fuego de sus fusileros y de dos piezas que emplazó al galope en la altura. Vacilaron los cazadores de los Andes, mandados por Alvarado, fué diezmado el N.o 8, los libertos cuyanos de Enrique Martínez, se dispersó el Nº 2, al cargar a la bayoneta, y sonó el clarín ordenando la retirada, mientras Ordoñez, que se creía dueño de la victoria, se lanzó en persecución de los patriotas. Los cañones chilenos de Borgoño, detuvieron el avance de la formidable infantería española; los batallones invencibles plegaron sus estandartes y emprendieron la retirada hacia su primitiva posición.



En aquel momento, el general de los Andes, al ver quebrantada su iquierda, movió las reservas y las lanzó oblícuamente sobre la derecha enemiga. El 1.º y el 7.º de los Andes y el 3.º de Chile, del coronel De la Quintana, atravesaron diagonalmente la hondonada y, habiendo recibido la incorporación de los cuerpos rehechos de Alvarado, escalaron las posiciones enemigas. Lo que restaba del ejército realista se concentró en el centro de la loma; allí estaban los cuatro batallones predilectos con sus pendones cargados de laureles; allí estaba Ordoñez, que tomó la dirección de la batalla, pues el general en jefe, Osorio, huyó en aquel momento del campo.

El héroe desplegó sus columnas e hizo avanzar al "Burgos", que se hallaba intacto. El "Burgos" era la milicia sagrada, la "guardia imperial" de Maipo. Estaba formado por veteranos de gran talla, de gruesos bigotes grises y largas chuletas, que habían visto las cargas de Bailén y las Aguilas napoleónicas abatidas. Avanzaban imperturbables, vestidos de brín, cruzado el pecho por las fornituras blancas. En el centro tremolaba la bandera invicta; la bordura roja era como una llama ondulante alrededor del campo de azur, en que resplandecía el simbólico sol de oro. A sus flancos tomaron posición el "Infante Don Carlos", el "Arequipa" y el "Concepción". Ordoñez interrogaba ansiosamente a izquierda y derecha y procuraba penetrar con el catalejo las nubes de humo que envolvían el campo de batalla. Buscaba los cañones que necesitaba para despejar los tres frentes por donde venía el ataque del enemigo; los caballeros que le eran indispensables para sostener la retirada; pero, ¡ay!, los cañones habían sido perdidos y las caballerías corrían dispersas por el valle.

En cambio, todo el ejército patriota se concentraba en la loma y encerraba a Ordoñez en un círculo de hierro. Los cañones de San Martín, con sus atalajes, avanzaban al galope y evolucionaban a la vista de la columna realista, al frente y a retaguardia. Una cortina de fuego envolvía al diezmado ejército español y sólo se interrumpía para dar lugar a los ataques a la bayoneta y a las cargas de caballería. Una hora se sostuvo el épico combate. Cuando ya no se podía llevar más lejos el heroísmo, Ordoñez formó cuadro con el "Burgos", se colocó en el centro y ordenó estoicamente la retirada hacia el

caserío, cuyas paredes enjalbegadas, brillaban en el bajo, tocadas por el sol declinante. Los batallones se retiraron paso a paso, cara al enemigo, en formación cerrada, llevando dos piezas de artillería, y así lograron llegar a la hacienda de Lo Espejo. Allí se organizó nuevamente la resistencia; Ordoñez emplazó sus dos cañones en el fondo del callejón de acceso y acantonó sus fueras en las casas, en los tapiales, en los sotos. Entonces se produjo el desenlace heróico y sangriento: Las Heras rindió al jefe español sobre los humeantes escombros de su último baluarte.

*
* *

Cuando recorrí la senda traviesa que lleva a Lo Espejo, evocando las sombras épicas del combate, me detuve un instante ante el sitio en que San Martín, sin apearse del caballo, dictó el primer parte de la victoria, y donde el Gran Capitán y el general O'Higgins, que llegó al campo a tiempo de tomar parte en el último acto de la batalla, se dieron el histórico abrazo. En aquel momento el sol del 5 de abril que San Martín había tomado por testigo de su victoria, se escondía detrás de las cordilleras de las costa y la noche caía sobre el campo de batalla. Un ayudante le trajo la espada de Ordoñez; San Martín la contempló con interés y dijo en voz alta: "Ahora podemos ir al Perú". Tenía razón; Maipo acababa de abrir el camino del Perú. ¿Qué mejor comentario de la victoria que estas sobrias palabras del silencioso general?

Todo se perdió en Maipo, exclama Torrente, tan poco dado a esta clase de confesiones. Sí; todo se perdió para España en Chile, en los campos de Maipo; todo... menos el honor y eso que Osorio, el reconquistador de 1814, vió aquel día que se marchitaban sus laureles; pero en cambio, Ordoñez y sus compañeros de la retirada a Lo Espejo, escribieron ese día una página de melancólico heroísmo en el libro de las glorias militares españolas.

# Un testigo de la batalla de Ituzaingó

La batalla de Ituzaingó tuvo muchos testigos. Desde luego los diez y seis mil hombres que tomaron parte en ella; después esa pequeña muchedumbre que hay siempre alrededor de los ejércitos y sigue a éstos en sus marchas; por fin, los vecinos del lugar que osaron asomarse al campo del combate. No es extraordinario privilegio, por lo tanto, haber sido testigo de la gran batalla de 1827.

Lo interesante, en cambio, es que algunos de esos testigos, sobre todo los de calidad, hayan dejado testimonio de lo que vieron, oyeron y experimentaron durante el desarrollo de la batalla. Varios lo hicieron así, y mediante esa circunstancia se ha podido reconstruir la acción. Existe el testimonio de los dos generalísimos estampado en los partes de guerra. Se conoce, además, copiosa documentación oficial y privada relativa al suceso y tentativas de memorias de actores del combate que agregan preciosos datos a las versiones oficiales.

Con haberse escrito mucho y bueno sobre la victoria de 1827, la posteridad no ha trazado todavía la página épica de Ituzaingó. Esta batalla no ha sido tratada en el gran estilo exigido por las batallas clásicas de América, como lo han sido las de San Martín y Bolívar. Y, sin embargo, lo merece, por el número de combatientes que en ella intervinieron, por la forma en que se desarrolló la acción, por la grandeza de muchos de sus episodios, por la trascendencia que tuvo en el orden político e internacional.

Hay un testimonio poco conocido y, sobre todo, poco utilizado y comentado, que pertenece a un testigo de calidad. Es el del general José Brito del Pino, autor del "Diario de

la guerra del Brasil'' desde el 12 de agosto de 1825 hasta enero de 1828. La ''Revista Histórica'' de Montevideo comenzó a publicar el año 1910 este ''Diario'' y continuó luego la publicación, durante varios años, hasta completar la impresión de todos los cuadernos del histórico manuscrito que, hasta entonces, había sido custodiado celosamente por los descendientes del autor.

Brito del Pino asistió a la batalla con el grado de teniente primero y el empleo de ayudante del general Alvear. Pero Brito del Pino, era algo más que eso: había sido el secretario y confidente de Rivera; había servido luego de ayudante a Lavalleja, y desde fines de 1826 era el verdadero secretario del general Alvear. Además, era un militar de cultura superior; un fino observador de hombres y cosas, que escribía con rara corrección, y a veces con instintiva elegancia, y que solía, con pocas palabras, describir eficazmente y emitir juicios agudos y certeros.

Brito del Pino nació en Montevideo el 6 de enero de 1795. Procedía de linaje de soldados; su padre fué el brigadier de ingenieros don José Pérez Brito, y su abuelo, del mismo nombre, fué coronel de los reales ejércitos y gobernador de la plaza de Orán, en Africa. Su madre, doña Josefa del Pino, fué hija del mariscal don Joaquín del Pino, gobernador de Montevideo, presidente de la Audiencia de Charcas y virrey de Buenos Aires. Brito del Pino conquistó el grado de capitán en las guerras de la independencia; la república lo hizo luego general, ministro, capitán general de puertos y hasta le confió funciones diplomáticas ante el gobierno de la Confederación Argentina. El prócer falleció en Montevideo el 27 de abril de 1877, ignorado como escritor. Su ''Diario'', publicado treinta y tres años después de su muerte, es título suficiente para que su nombre, inscripto ya en el panteón de los guerreros ilustres, sea incorporado también a la historia literaria del país, y para que los antologistas desglosen de aquél algunas páginas de excelente y castiza prosa.

*
* *

Brito del Pino, como el héroe de Stendhal, no pretende en su ''Diario'' describir la batalla, sino anotar lo que vió



en ella, advirtiéndose a sí mismo, con rara sinceridad, que su intervención en el combate fué modesta. ''Mal podría un oficial subalterno como yo, dice, entrar a detallar los diferentes episodios de ese gran drama, cuando la naturaleza de mis funciones me tenían de un lado a otro, llevando órdenes, ya a vanguardia, ya a retaguardia —demandándome algunas mucho tiempo—; en los momentos en que podía observar algo, se me mandaba apearme y escribir diferentes órdenes, sucintas, pero multiplicadas''.

Sin embargo, Brito del Pino consignó en su ''Diario'' cosas de esas que son fundamentales para el que se propone hacer historia viva, y, por qué no agregar, historia bella. No he de referirme, en consecuencia aquí, a lo que significa rectificación o polémica, ni tampoco a los datos puramente descriptivos o técnicos, todo lo cual debe ser, sin embargo, recomendado a los historiadores, sino simplemente a aquellas notas de color que nos aproximan a través de más de cien años a la realidad del drama y nos ponen en comunicación con algunos de los personajes.

Por ejemplo, Brito del Pino estaba presente cuando el general Alvear montó a caballo al amanecer, para dar la batalla. Y en ese instante el general pronunció, en presencia de sus edecanes y ayudantes, una frase que, aunque vulgar, en aquella ocasión adquirió solemnidad y grandeza. Víctor Hugo escribió, en caso parecido uno de los maravillosos capítulos que prodigó en el libro ''Waterloo'', de ''Los Miserables''. Alvear, al saltar sobre la silla, exclamó: ''Vamos a vencer...'', y agregó una interjección a la que era muy aficionado, pues Brito del Pino la coloca junto a todas las exclamaciones del general. Víctor Hugo, que comentó tan admirablemente el gráfico apóstrofe de Cambrone, tampoco se habría arredrado ante la interjección del héroe de Ituzaingó y habría bordado sobre ella un poema.

He aquí otra nota de color con sus ribetes dramáticos: regresaba Brito del Pino al cuartel general, después de trasmitir una orden, cuando el general Alvear lo llamó y le preguntó de dónde venía. El ayudante le dió cuenta de su comisión y agregó que acababa de ver el cadáver del mariscal Abreu tendido en el campo de batalla. El general ordenó

a Brito del Pino que lo condujese al sitio donde había caído el mariscal, y llegados que fueron a él, Alvear estuvo "considerando largo tiempo" el cadáver sin pronunciar palabra, embebido quien sabe en qué melancólicos pensamientos.

Con sencillez espartana narra el "Diario" un episodio de la batalla que podría servir de tema para una página de literatura heroica, a la gran manera de Houssaye. El general había ordenado al coronel Paz que, con el regimiento 8, se mantuviese en determinado punto del campo hasta nueva orden. La artillería enemiga dominaba aquel paraje y sus cañones empezaron a dirigir sus fuegos sobre la columna. Una bala de cañón se llevó al coronel Besares; otras abrieron claros en la línea. Los caballos piafaban inquietos. Paz permanecía impasible sobre su caballo de guerra, de frente al enemigo y sus soldados esperaban inmóviles. En tales circunstancias pasó por allí el general Lavalleja, quien, al darse cuenta de la situación, gritó al coronel Paz: "¿Qué hace usted aquí expuesto inútilmente al fuego? Cargue usted o retírese algunas varas más a retaguardia, poniendo a cubierto de los fuegos su tropa". El coronel Paz replicó que estaba allí porque tal había sido la orden del general en jefe, pero que si el general Lavalleja le ordenaba que marchase a retaguardia, lo haría. Lavalleja le ordenó en el acto que bajo su responsabilidad cambiase de posición. "En estos momentos, agrega el "Diario", llegó el general en jefe y se incomodó altamente con el coronel Paz porque no había variado su posición, sin hacer caso de las observaciones de aquel jefe pundonoroso, fundadas en sus terminantes órdenes".

Lavalleja había tenido la víspera de Ituzaingó un pintoresco incidente con el general Alvear en la junta de generales en que se decidió dar la batalla. Dijo el jefe oriental en esa ocasión, que el había reconocido al enemigo; que el estado de sus caballadas era malo y que las tropas se hallaban muy fatigadas. "El general en jefe, dice el "Diario", lo interrumpió bruscamente, diciéndole: "¿Qué sabe usted de reconocimientos ni de calcular?" "Tal vez más que el señor general, le contestó Lavalleja, por que yo no soy de los que van a reconocer al enemigo con el anteojo, sino que lo reconozco peleando y exponiendo mi pellejo".



El "Diario" no agrega una palabra más sobre el incidente, pero debe suponerse la embarazosa situación que creó a la asamblea de jefes este breve y violento diálogo en el que los dos protagonistas, en vísperas de una batalla decisiva, revelaron espontáneamente su idiosincracia y su estado de espíritu.

*
* *

Ituzaingó tuvo, como Waterloo, su meseta de Mont-Saint-Jean y su barranco trágico de Ohain. No estaban allí ni los coraceros de Milhaud ni el mariscal Ney, pero en cambio estaba el regimiento número 1 con el coronel Brandzen, oficial de Napoleón, a la cabeza. Brito del Pino narra sobriamente el episodio de que fué testigo. El general Alvear ordenó personalmente a Brandzen que cargase sobre una fuerza de infantería que tenía a su frente. El coronel observó que para ello tenía que salvar un barranco intransitable para la caballería, y que exponía a su cuerpo a ser fusilado. El general insistió en su orden y el 1.º se lanzó en masa sobre el enemigo. Brandzen, varios de sus oficiales y casi un tercio de su regimiento parecieron en el barranco fatal.

Brandzen aparece en el «Diario» lleno de dignidad y nobleza. Pocos días antes de la batalla fué llamado a Bagé por orden del encargado del reparto de los víveres tomados en la ciudad. Brito del Pino fué portador de esta orden y regresó con Brandzen. «Llegó, dice, y un ayudante le dijo que era para que ordenase quien se recibiese de la parte de aguardiente, azúcar, café, etc., que le había tocado. El se dió vuelta diciendo: «Yo creí que me llamaban para junta de guerra y no para participar de un saqueo».

Otro episodio trágico dentro de la gran tragedia de la batalla: Regresaba Brito del Pino de cumplir una comisión, cuando vió tendido en el campo a un joven brasileño que tenía una pierna destrozada por un proyectil. "Iba a cargarlo en ancas, dice, cuando llegó el ayudante Rollano (yo no era más que teniente 1.o), y viendo lo que iba a hacer, me dijo: "Nada,

nada, a estos pícaros portugueses, matarlos». Siempre conservaré el recuerdo de la mirada ardiente de gratitud de aquel desdichado viendo los esfuerzos que hacía para salvarlo de aquel asesino, porque no es otra cosa el que mata a un rendido y mucho más a un herido, después de acabada una acción. Fuese, pues, derecho a él; entonces el infeliz se tapó la cabeza con una parte del poncho y en ese estado, le descargó la pistola en la cabeza el ayudante Rollano, dejándolo muerto».

Esta dolorosa escena tuvo su compensación en la noble actitud del general Alvear, quien al ver llegar a Brito del Pino, impresionado aun por la muerte del herido, le dijo: «Me dicen que andan matando los heridos; vaya usted inmediatamente y tráigame al que encuentre ejecutando esos actos de barbarie». Y agrega el «Diario» que el general despachó a otros oficiales con la misma misión, haciendo cesar así la matanza.

*
* *

El «Diario» anota la marcha que emprendió el ejército victorioso, al anochecer del día del combate, en dirección al paso del Rosario. El espectáculo del campo de batalla se presentó entonces en todo su horror ante los ojos de Brito del Pino, quien traza el cuadro con pinceladas sumarias, pero hondamente expresivas: "Todo el campo ardía aún, y caminábamos flanqueados por dos caminos de fuego; allí se consumieron muchos de los cadáveres de nuestros bravos, como de los enemigos. Se veían igualmente a cada paso caballos que se dejaban quemar, no teniendo el instinto suficiente para huir, y no hacían más que corcovear hasta que el fuego los sofocaba».

Cuatro días después pasó nuevamente Brito del Pino por el campo de batalla. «Los cadáveres que allí había, dice, no parecían de hombres; hinchados por el calor de un sol abrasador y ennegrecidos por la acción del fuego que los había agrietado en varias partes, parecían monstruos». Y agrega luego: «allí quedaban insepultos».

Las demás referencias a la batalla coinciden con versiones conocidas y no hay por lo tanto para qué repetirlas. Concluya-



mos agregando que el «Diario» de Brito del Pino está lleno de datos, referencias, observaciones, descripciones y anécdotas que tienen relación con las campañas de 1825 a 1828 y con los hombres que en ellas tuvieron participación. La coordinación de elementos, dispersos en el extenso memorial, da motivo a interesantes juicios históricos que se concretan por agregación, los cuales trasuntan noble sinceridad. A este «Diario» habrá que recurrir para penetrar la psicología y el carácter de muchos de los personajes que formaron el estado mayor de Rivera, Lavalleja, Rodríguez y Alvear. Los cuatro generales, así como Soler, Mansilla, Paz, Brandzen y muchos otros desfilan por las páginas del «Diario» y se ofrecen en ellas con sus rasgos de grandeza moral, de heroicidad y, a veces también, con sus pequeñas miserias de hombres.

# La Academia y los políticos

El Sr. Menéndez Pidal, actual Director de la Real Academia Española, hizo ya muchos años, con motivo de la elección de académicos regionales, una declaración digna de ser meditada. Dijo el ilustre Presidente de la docta compañía que para los puestos académicos prefería a los literatos y filólogos, pero que, aun así, debían reservarse algunos sillones para los hombres de Estado, esto es, para los políticos.

Tenía sobrada razón el Sr. Pidal al decir que en la adjudicación de los sillones académicos se debe preferir a los hombres de letras; se debe algo más que preferir, en la acepción de elegir a una persona entre varias a las que se les supone derechos semejantes. La preferencia de los literatos en este caso es la primacía, ventaja o mayoría que una persona tiene sobre otra ya en el valor, ya en el merecimiento, como lo dice la propia Academia, puesto que es de derecho propio en el hombre de letras, y no lo es en otros hombres, el formar parte de corporaciones consagradas al estudio de la lengua y de la literatura. No obstante, puede ser conveniente que algunos de los sillones académicos estén reservados para hombres políticos eminentes que suelen ser, y lo son generalmente, hombres de letras a su manera, pero hombres de letras al fin.

Sin examinar todavía este punto, agreguemos que las academias, sobre todo las que en alguna forma se hallan vinculadas al Estado, han procurado que en su seno estén representadas, junto a las bellas letras y las ciencias del lenguaje, las grandes instituciones que ejercen acción rectora o desempeñan funciones esenciales en la sociedad; pero se ha procurado que los representantes de tales entidades tengan afinidad bien con las letras, bien con las disciplinas filológicas.

La Academia Francesa, por ejemplo, aun en las épocas de mayor irreligiosidad mantuvo intacta la tradición en virtud de la cual se han sentado, entre los inmortales, los más eminentes purpurados y prelados de Francia. Igual cosa ocurre en la Real Academia Española: un numero determinado de sus asientos está destinado a los príncipes de la Iglesia. Ambas academias procuran así que en ellas tenga representación la institución que, además de ser una fuerza moral incontrastable, es una fuerza social, intelectual y docente que ejerce influencia decisiva en la vida de la sociedad. Bien es verdad que los hombres de Iglesia, por su formación humanística, están casi siempre capacitados para intervenir en la consideración de asuntos literarios y filosóficos, y aún filológicos.

La milicia tiene también, por lo general, representación en las academias. Acaso se deba esto al famoso discurso de las armas y de las letras en que Don Quijote estableció distingos entre ambos nobles ejercicios y concedió superioridad al de las armas. Mas, no hay que olvidar que el héroe de Cervantes, si fué honra y prez de la caballería que era la antigua milicia, *milites aurati,* lo puede ser también del humanismo, pues sus discursos rebozan humana y honda filosofía, y la elocuencia, elevación y belleza que, a menudo alcanzan los mismos, revelan el continuo trato que el caballero mantenía con los autores latinos a quienes solía citar en su propia lengua.

Y puesto que de caballería hablamos o sea de lo que hoy se llama milicia, aun cuando esto peque de digresión, advirtamos que la ley V del título XX de la segunda partida previene que los caballeros "sean entendidos. Ca entendimiento



es la cosa del mundo, que más endereça al home, para ser complido en sus fechos, y que mas le estraña de las otras criaturas", y que la ley siguiente advierte que en los caballeros no todo deber ser librado al talento natural: "si sabiduria non oviessen para saberlo fazer, no les valdría nada", concepto que el glosador apoya en la antigua sentencia latina: *Nam sine scientia nulla procederet recta operatio intellectus.* Y para cultivar el entendimiento de los caballeros las mismas leyes de partidas les imponían como obligación que, durante las horas de la comida, y en las vigilias nocturnas, se hicieran leer o cantar por juglares sucesos que exitasen el valor y el ingenio. En cuanto a la milicia actual, sabido es que, si bien se forma especialmente en las disciplinas técnicas propias del ejercicio militar, agrega a ellas cursos de cultura general en los que no faltan las humanidades.

Otras fuerzas sociales suelen estar representadas en las academias, y hasta lo han estado, y no sé si no lo están todavía a pesar de los tiempos igualitarios que corremos, los grandes títulos nobiliarios, sin duda como homenaje a los grandes señores que ejercitaron la noble función de las letras; y si la banca y la plutocracia no se hallan en este caso es en razón de que, además de otros motivos que no es necesario exponer, los hombres de negocios sufren generalmente la ojeriza de los intelectuales, prevenidos, acaso, por aquello que dice Baltasar Gracián en el "Discurso académico sobre el señorío del buen decir" de que "comunica la plata su argentado sonido a las palabras de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas".

Si estas instituciones y clases sociales han estado o están representadas en la Academia, ¿cómo no estarlo la política, que, en su más noble y alta acepción es disciplina verdaderamente literaria, y que, además, es la fuerza que rige la vida de la nación y del Estado y gravita sobre todos los componentes de la sociedad, aun aquellos que se jactan de no tener nada que ver con ella y que, con sólo esta animosidad revelan que son sus súbditos o tributarios?

Es así como a menudo jefes de Estado, presidentes de consejos de gobierno, ministros, legisladores y dirigentes de

partido han ingresado a la Academia, y como hoy ya a nadie extraña ver a un hombre público bajar de la tribuna parlamentaria para ir a sentarse en su sillón del Instituto de Francia o del palacio de la calle Felipe IV de Madrid.

*
* *

La política, al menos hoy, y creo que en todos los tiempos ha sido lo mismo, es cosa bastante difícil de definir. Platón, en el Diálogo de la Realeza o El Político, dice humorísticamente que es el arte de gobernar a los bípedos que carecen de cuernos y plumas. Las definiciones que han abundado después no difieren gran cosa de la de Platón a no ser en que, además de arte, la política ha sido considerada como ciencia. Precisando el alcance del arte político, Gracián dice que es el "arte de reinar", que es lo mismo que gobernar, y recuerda que Diocleciano decía que no hay cosa más dificultosa que "imperar bien". Tal extensión se ha dado a este concepto de arte político que Southey, cuyas originales ideas fueron muy agudamente analizadas por Macaulay, pretende hacer figurar el gobierno de la sociedad en el número de las bellas artes. En cuanto a la ciencia o ciencias políticas hace ya mucho tiempo que han sido consagradas por las universidades y academias. En suma, la política es reputada como arte y como ciencia, y este arte y esta ciencia han andado durante siglos de mano dada con la teología, la moral, la filosofía y, en general, con las letras divinas y humanas. Los grandes legisladores, filósofos y pensadores, los grandes teólogos, los padres de la Iglesia y una buena parte de publicistas de todos los siglos le consagraron sus meditaciones, y muchos de ellos escribieron voluminosos tratados sobre esta materia.

La política es, pues, arte y ciencia universales, y arte y ciencia de las que mayor influencia han ejercido y ejercen sobre la vida de la sociedad. La misma Academia utiliza ese arte y esa ciencia, aun cuando lo hace en un plano superior y desinteresado, cuando ejerce, dentro de sus funciones específicas, la política del idioma, la política de la cultura, la política del espíritu, que es la forma más noble de ejercer esa disciplina.



Las academias no son otra cosa que pequeños congresos de legisladores literarios; y aun cuando a veces se pone en tela de juicio la soberanía de esos congresos, los cuales suelen ser desconocidos, satirizados y en no pocas ocasiones víctimas de duros ataques, el hecho es que las leyes que ellos dictan logran, luego de inútiles resistencias, completo acatamiento. El Diccionario de la Real Academia Española, por ejemplo, a pesar de todas las reservas que se han hecho, se hacen y seguirán haciéndose, es, y será siempre, el código oficial del idioma en que se expresan muchas decenas de millones de habitantes del planeta.

*
* *

Decíamos al principio que los políticos, aun aquellos que no han cultivado en forma definida la literatura, suelen ser hombres de letras, no importa lo sean a su manera, puesto que usan como instrumento fundamental de su acción la palabra hablada o escrita. En el primer caso son oradores o tribunos, y sabido es que la oratoria, que es la antigua retórica contra la cual Platón, en el diálogo de Gorgias o de la Retórica, puso en boca de Sócrates cosas tan duras que hasta llegó a decir que para nada era buena, es, sin embargo, un género literario, y de los más difíciles de cultivar con fortuna, por cierto. El político utiliza constantemente esta forma de expresión en la acción proselitista, en la actividad electoral, en la función de gobierno y, sobre todo, en la labor del parlamento. Esta oratoria tiene carácter didáctico cuando se aplica exclusivamente a la dilucidación de temas de administración o puramente jurídicos; pero, muchas veces, por su elevación, por su vuelo, por las incursiones que realiza en el campo de la elocuencia se convierte en verdadero género estético. Es entonces cuando aparece en el político el hombre de letras. Muchos discursos y, sobre todo, los que

se pronuncian en el parlamento, son verdaderos modelos literarios. Lo que ocurre es que quienes pronuncian tales discursos y quienes los escuchan suelen no percatarse de su valor estético atentos solamente al fin político que en ellos se persigue.

La pluma es otra de las armas del político. Campañas periodísticas, manifiestos, programas, proyectos, epístolas reclaman su actividad ordinaria. Todo esto puede hacerse con más o menos brillo, pero, para que sea eficaz, hay que hacerlo dentro de normas que constituyen una verdadera técnica literaria que requiere pluma ágil y liviana y, sobre todo, estilo, lo cual nos pone también frente al hombre de letras. En el Río de la Plata fué y es constante el caso de la existencia de hombres políticos dotados de singular capacidad literaria que, infelizmente, no aplicaron o no aplican su aptitud a la realización de obra orgánica de ese género.

El orador y el escritor que hay a menudo en el político están naturalmente subordinados a la actividad ordinaria de éste. Y como la actividad política es absorbente y caracteriza en forma total a quien la ejercita, se olvida por lo general que en el político hay también un hombre de letras.

No iba, pues, del todo descaminado el Sr. Menéndez Pidal cuando opinaba que la Academia debe reservar algunos sillones para los hombres políticos. Es esta una manera de incorporar a la vida puramente literaria a oradores y escritores injustamente condenados a que no se les recuerde sino bajo aquel aspecto. Mas, para que el acierto presida la elección, es necesario que los elegidos sean hombres verdaderamente capacitados: oradores, escritores, periodistas, publicistas, y no simples profesionales de la política. Procediendo de tal suerte es casi seguro que, al otorgar la dignidad académica a un hombre político, se elige también a un hombre de letras.

# Hace un cuarto de siglo...

Montevideo, 1929.

HACE veinticinco años que inicié mis colaboraciones literarias en el diario "La Prensa" de Buenos Aires. En la edición del 26 de abril de 1904 se publicó mi primer artículo; desde entonces son muchos centenares de ellos los que he entregado a las columnas del gran diario argentino.

Este cuarto de siglo que se interpone entre aquella fecha lejana y el día de hoy, tiene para mi memoria la transparencia del cristal. ¡Cuánto cambio y mudanza! ¡Cuánto progreso, cuánta transformación! ¡Cuántos hombres que han pasado, cuán pocos quedan de los que entonces conocí, y cuántos otros nuevos han llegado después! Pero de todo esto, consuela el considerar que, si los hombres se van materialmente y las cosas se transforman en su aspecto externo, hay algo que ni se va ni pasa ni se transforma, y es ello la fuerza espiritual del pensamiento, el poder inmanente de las ideas, la influencia social de los principios éticos, la soberanía eterna de la belleza. Una verdad, un apotegma moral, un programa de principios, una obra de arte serán siempre la misma cosa esencial, así vestidos con los atributos del progreso de nuestros días como dictados o realizados en el espartano ambiente en que nació "La Prensa" en 1869. Y eso es lo que permanece y no desaparecerá nunca, cualesquiera sean los accidentes de este diario que durante sesenta años ha sido excelsa cátedra de cultura y de verdad democrática.

* * *

En 1904 "La Prensa" era ya la más poderosa empresa periodística del Río de la Plata; su fundador y primer di-

tor, el doctor don José C. Paz, había sumado a la alta jerarquía moral e intelectual de aquélla, definitivamente alcanzada, la jerarquía económica también definitivamente consolidada. El diario había levantado su palacio de la avenida de Mayo y hacía varios años que vivía en él; todos los progresos de las artes gráficas y de la ciencia periodística de la época estaban allí reunidos, y a ellos se agregaba esa noble función de asistencia social y docente que surgió como verdadera inspiración, que hoy ha sido desarrollada y orientada con verdadera sabiduría. Sin embargo, en el suntuoso palacio se aspiraba el austero ambiente del viejo local de la calle Moreno. Es que estaba muy próxima la tradición de los primeros años del diario y no se había marchado aún la generación prócer que le dió vida. Vivía, y vivió todavía varios años, el fundador, doctor Paz, y, aunque alejado de la patria y de la vida activa, su gran espíritu seguía animando las páginas de "La Prensa" y trasmitiendo a su redacción la fuerza dinámica y la orientación ética e intelectual que sus sucesores han sabido mantener sin un solo desmayo. Y junto al sucesor natural del doctor Paz, que ejercitaba ya la pericia de su acción y desenvolvía con raro talento el programa paterno, se mantenían hombres como el doctor Dávila. que, además de ser un maestro del clásico periodismo platense, era como una continuación del pensamiento y el propósito que inspiraron la fundación de 1869.

Estos hombres habían hecho escuela y creado discípulos. Y así como conocí a aquéllos, conocí también a éstos, algunos de los cuales fueron cordiales amigos en la época de mis primeras armas literarias en la prensa argentina. De unos y otros recibí generosos juicios y palabras de estímulo, y fuerza es que recuerde, junto al nombre del director de "La Prensa", don Ezequiel P. Paz, que fué quien me abrió con gesto caballeresco las puertas de este gran hogar periodístico, y que para gloria de su nombre y prez del periodismo americano, mantiene con mano firme e inspirada la ruta del diario, a Manuel de Rezábal, espíritu de excepción, noble amigo en cuya frente ensombrecida por secreta tristeza me pareció leer alguna vez el melancólico destino que le estaba reservado; a José Manuel de Eizaguirre, grave pensador, maestro



del idioma, vigoroso prosista que sigue nutriendo con su savia intelectual las columnas del diario, y a Horacio Castro Videla, quien luego de treinta años de cotidiana y brillante labor, en la que supo formar una pléyade de excelentes discípulos, se acogió recientemente al merecido descanso. En estos tres amigos con quienes hace un cuarto de siglo departí amablemente por primera vez en la intimidad de la redacción de "La Prensa", concentro el reconocimiento que debo a muchos otros compañeros a quienes conocí, y a otros a quienes sin haber visto jamás me demostraron en muchas ocasiones su amistad y simpatía.

*
* *

En aquella época, el cuerpo de colaboradores literarios de "La Prensa" era casi exclusivamente formado por resonantes nombres de literatos europeos. Los escritores de América no habían logrado acceso a las columnas del diario, y de los escritores argentinos, salvo alguna colaboración accidental o técnica, creo que solamente alcanzó el ambicionado privilegio de colaborar periódicamente en ellas Ada M. Elflein, una delicada alma femenina que al marcharse de entre nosotros antes de tiempo dejó indeleble rastro en el corazón de todos los que la conocimos.

Me cupo a mí el honor de ser el primer huésped literario de tan ilustre compañía. Claro que el honor era muy superior, infinitamente superior a los merecimientos del entonces joven escritor; pero la Dirección de "La Prensa" me lo otorgó espontáneamente y sin reatos, y lo recogí entonces, y lo exhibo ahora, como el mejor título de mi carrera de hombre de letras. Los que han venido después ignoran lo que significó en aquella época para mí ver en las columnas de honor del diario, después del editorial, mi firma autógrafa confundida con las primeras firmas de las listeraturas francesa, italiana y española de aquel tiempo.

Casi todos los colaboradores de 1904 han desaparecido. Se explica: todos ellos eran hombres maduros, encanecidos en el ejercicio de las letras y avezados a los éxitos. Yo, en

cambio, acababa de cruzar los umbrales de los veintitrés años, y si había realizado ya alguna labor literaria, todo ello era más bien obra del hervor juvenil y de la vocación imperiosa, que fruto de la madurez intelectual. Quiero decir con esto que los largos años durante las cuales no deserté una sola semana de mi folletín de "La Prensa", sirvieron de rígida disciplina a mi espíritu y fueron la escuela en que formé mi modesta personalidad literaria. Tengo, pues, esta deuda de gratitud con el diario, como tengo otra pendiente con numerosos y desconocidos amigos que me alentaron en mi labor. De los más remotos rincones de América me llegaban en aquella época centenares de cartas de ignotos corresponsales que me traían palabras de estímulo y simpatía. Y he de recordar aquí que, cuando después de varios años de silencioso retiro, reanudé mi colaboración en "La Prensa", muchos de aquellos antiguos corresponsales celebraron la reaparición de mis artículos y hubo varios que me confesaron ingenuamente que me creían muerto desde hacía tiempo y que me felicitaron por la resurrección.

De los colaboradores de aquellos tiempos, recuerdo a Edmundo de Amicis, François Copée, Henry Houssaye, Jules Claretie, Gandolín, Paul y Víctor Margueritte, Marcel Prévost, François de Nion, Gabrielle Reval, George de Peyrebrune, Jules Lemaitre, Giovanni Miceli, Francisco Grandmontagne y G. B. Nappi. De ellos quedan todavía en la brecha, y ojalá sea así por largos y gloriosos años, Francisco Grandmontagne, Marcel Prevost y Giuseppe B. Nappi. Ramiro de Maeztu, que llegó un año después, y cuyo grave y luminoso espíritu dejó huella indeleble en estas columnas, tuvo que colgar su pluma, requerido por la reserva de las altas funciones diplomáticas que le fueron confiadas.

Grandmontagne es acaso el colaborador más leído de "La Prensa"; gran parte de la historia espíritual de este gran escritor se halla en estas páginas. Aquí deben buscarse los tesoros de que han sido pródigos su recio talento y su gran corazón. Marcel Prévost ha prodigado también en ellas, y sigue prodigándola, la sal de su espíritu, que es inagotable como la del mar; y en cuanto a Nappi, lo leemos todavía para que su agudo sentido crítico nos guíe en el dédalo del teatro lírico italiano moderno y nos ofrezca el interesante espectáculo de sus juicios retrospectivos.



A los demás los hemos visto retirarse silenciosamente o caer uno a uno como los viejos veteranos de las grandes campañas. Primero fué Edmundo de Amicis, luego Gandolín, en seguida Jules Clariete, François Coppée, Henry Houssaye, Jules Lemaitre, Paul y Víctor Margueritte, roto ya el tierno vínculo fraternal, otros que olvido también. ¡Cuánto nombre ilustre y cuánta tumba resonante! De Amicis se llevó lo mejor de nuestro corazón. Escribió hasta el fin; y cuando ya su cuerpo dormía bajo tierra llegaron a la redacción sus últimas carillas animadas por su siempre joven sensibilidad. ¡Cuánta gracia, cuánto sano humorismo, cuánta noble filosofía, cuánta ciencia de la vida, cuánta belleza de forma y de pensamiento derramó el gran escritor italiano en las columnas de su diario predilecto! ¿Y qué decir de su hermano espiritual, François Coppée? También él dejó aquí los tesoros de su corazón de artista. Recuerdo un artículo que escribió poco antes de morir con motivo de haber visto en las costas de Bretaña el casco de una barca náufraga que llevaba su glorioso nombre. Aquello fué una elegía y un fúnebre presagio. Jules Claretie, cuya pluma ha recogido su hijo, nos encantó también durante muchos años con sus crónicas anecdóticas y pintorescas, como lo hicieron Henry Houssaye y Margueritte, y Reval, y Lemaitre, con sus cuentos y sus graves artículos de crítica literaria, social y política.

* * *

En aquella época "La Prensa" publicaba suplementos ilustrados solamente con ocasión del día primero del año. Ni el concepto que entonces se tenía del periodismo, ni los recursos gráficos de la ciencia de imprimir diarios permitían ir más allá en esta materia. Era cosa muy extraordinaria en 1901 hallar un grabado en las sábanas de los rotativos; la ilustración gráfica aplicada al periodismo se insinuó muy lentamente y se hizo profusa hará unos quince años. Nadie habría soñado entonces con los admirables suplementos en rotograbado que "La Prensa" edita ahora corrientemente

dos veces por semana. Aquellos suplementos, heroicamente hechos con primitivas iconografías, constituyen, sin embargo, el esfuerzo artístico, literario y gráfico más importante de aquellos tiempos.

Al mediar el año la Dirección requería ya de sus colaboradores los originales destinados al suplemento de año nuevo con el fin de que los ilustradores Euseví, Fortuny y Van Riel, preparasen con tiempos los dibujos que luego debían ser entregados a los grabadores.

En 1907 "La Prensa" dió al público un suplemento ilustrado en colores. Eran incipientes tricromías que cuando se las compara con los magníficos suplementos actuales en colores, hacen sonreír. La aparición de estos grandes cuadernos periodísticos ilustrados era el acontecimiento literario del año, y el público los esperaba con viva curiosidad. Los historiadores deberán consultarlos en el futuro para documentarse acerca de uno de los más interesantes aspectos de la cultura pública de la época.

*
* *

De todo cuanto acabo de evocar al correr de la pluma en esta tarde melancólica de otoño, me separa ya un cuarto de siglo. ¡Veinticinco años! Esto es ya más que los quince años que Tácito consideraba como largo espacio de tiempo en la vida humana. *Quindecim annos, grande mortalis aevi spatium.* ¿No es, acaso, un privilegio no gozado por todos el poder volver los ojos del recuerdo al pasado y recorrer de nuevo con la imaginación tan largo camino? Y este privilegio ¿no ha de compensarnos de la tristeza que produce la consideración de los tiempos idos, e idos para siempre, y el natural temor que inspira el comprobar que hemos vivido ya la mayor parte, y acaso la mejor de nuestra vida? Es Horacio quien nos exhorta a recordar sin amargura y a envejecer sin protesta. Sigamos el sabio consejo del poeta latino sin temer a los recuerdos ni al tiempo que devana incesantemente la madeja de nuestro destino y pasa como las olas del mar. *Sicut fluctus Tempus transit.*

# Galería de la Conquista: Tablas de sangre

La crónica del Pacífico de los siglos XVI y XVII está llena de peregrinos sucesos que revelan la complejidad psicológica de la sociedad hispano indígena y la violencia de las pasiones que en ella intervinieron.

En todas las ciudades de la América española anduvieron en aquella época del brazo la lealtad y la traición, el honor y la vileza, la virtud y el crimen, la piedad y el vicio. El inca Garcilaso, en los "Comentarios Reales", relata las más negras historias de asonadas, motines, asesinatos, envenenamientos y sacrilegios. En la Ciudad de los Reyes, en el Cuzco, en Quito, en La Paz, en Potosí, en todas partes, después de las revueltas de los Pizarros, el puñal, el veneno, la emboscada, la traición, dan cuenta de magistrados y generales, magnates y ministros del rey. Nadie tiene allí la vida segura. Cuando la cota de malla, que casi todos llevan puesta, defiende el pecho, la punta de los estoques buscan el cuello o las sienes de las víctimas. Otras veces se hecha mano de la ponzoña, "tan cubierta y disimulada", como aquélla que se le dió en un banquete, en la Plata, a Diego Centeno, antiguo compañero de don Pedro de Alvarado, la cual "sin muestra de los accidentes, bascas y tormentos crueles que el tósigo suele causar, lo despachó en tres días". Al corregidor de Charcas, don Pedro de Hinojosa, lo mataron a estocadas en el corral de su casa, lo que dió motivo a muchos asesinatos y muertes en Potosí, La Paz y otras ciudades. Ega de Guzmán fué arrastrado y descuartizado; Vasco Godines, el caudillo que luchó en singular comba-

te en la Pampa de San Clemente con don Pedro de Montejo, fué también descuartizado. Don Baltasar de Castilla, el asesino de Hinojosa, y su sucesor en el poder, halló castigo en el suplicio, y en todas partes no se vió otra cosa que hombres apuñalados o envenenados que morían pidiendo confesión. ¡Felices las míseras ciudades del Plata, donde el conquistador no halló oro que encendiera la satánica ambición de riquezas ni estimulara la traición ni el crimen!

# I

# El gran justicia del Perú

"Era la flor de su juego matar
a muchos sin les tomar confesión".

DICE un antiguo escritor que no sabe si más de cuatro de los conquistadores del Perú, que fueron muchos y muy principales y valientes caballeros, murieron de muerte natural. Los que no quedaron tendidos en los campos de batalla perecieron por el veneno, el puñal, el garrote, el hacha y aun la horca.

La flor de caballería que vino a la conquista del Perú fué segada por muerte trágica y casi siempre cruel. El códice primitivo de la conquista está miniado con la sangre de los Almagro, los Pizarro y el virrey Blasco Núñez de Vela, y por los innumerables caballeros y soldados que los caudillos de las guerras civiles enviaron al patíbulo. Solamente aquel recio capitán don Francisco de Carvajal, cuya cabeza, con la de Gonzalo Pizarro y la de Hernández Girón, se pudrió en las escarpillas del rollo de Lima, hizo decapitar a más de trescientos hijosdalgo.

Por todas partes, en este terrible siglo XVI, se tropiea con cadalsos y asesinatos, y ello no cesa, ni aun después de

que don Pedro de la Gasca hizo la paz de los sepulcros en aquel reino. Pareció entonces que los caballeros se llamaran a sosiego, pero pronto recomenzó la tragedia. Don Francisco de Espinosa y Don Diego de Carvajal, el Galán, fueron ahorcados y hechos cuartos en el Cuzco y sus despojos estuvieron expuestos en los caminos; don Diego Centeno, antiguo compañero de Don Pedro de Alvarado, tomo el agua tofana que una mano "borgiesca" le preparó en un festín que sus amigos le dieron en la ciudad de la Plata; el licenciado Carvajal, que los Carvajales fueron muchos, siendo corregidor en el Cuzco, murió de una mala caída, pues en cierto paso de galantería nocturna, sus enemigos cortaron las cuerdas de la escala por la cual solía bajar del balcón de una casa principal de la ciudad; el licenciado Esquivel fué muerto en Potosí de una puñalada en la sien que le asestó Fulano Aguirre, de quien fué juez y afrentador; el corregidor y justicia mayor de la Plata Don Pedro de Hinojosa fué muerto a estocadas, en su propia casa, por los conjurados que elevaron a Don Sebastián de Castilla; y como quien a hierro mata a hierro muere, Don Sebastián fué apuñalado por Vazco Godínez y Baltasar Velázquez y murió pidiendo confesión sin alcanzarla, como le había ocurrido a Hinojosa. Este mismo Velazquez degolló con su espada a Don García Tello de Guzmán para andar más presto que el garrote, cuyo cordel se cortó. Ega de Guzmán, después de sus malandanzas, fué arrestado y hecho cuartos en Potosí, y lo mismo hicieron los justicias con Vasco Godínez y con Hernández Girón, el feroz "tirano" en cuyas revueltas perecieron gran número de conquistadores y famosos caballeros. A Martín de Robles, que ya de tan anciano que era no podía llevar la espada al cinto y la hacía conducir por un escudero indio, lo mandó matar, por un mal dicho, el licenciado Altamirano, cuando éste fué de corregidor a la ciudad de la Plata; y si fuera menester enumerar todas las ejecuciones y asesinato de aquel siglo, no cabrían en muchas páginas, tan presta anduvo la mano del conquistador para escribir las tablas de sangre del Perú. Y para que nada falte en esta trágicas historias, hasta en la agonía de alguno de los cuatro conquistadores que, como recuerda el antiguo cronista, murieron de muerte natural, hubo extrañas ocurrencias.



No pasó esto con Don Lorenzo de Aldama, ni con Don Juan Julián de Hojeda, pues ambos murieron tranquila y cristianamente en sus lechos; ni con Don Garcilaso de la Vega, que murió anciano, y venerado por todos, luego de larga enfermedad que lo postró después de darle alza, hasta permitirle calzar armas y cabalgar, que no parecía entonces enfermo, sino tan fuerte y bizarro como cuando partió a la conquista de la tierra de Buenaventura, que en ella halló malaventura, como donosamente lo dice su hijo, el Inca, y cuando combatió junto al apóstol Santiago, que apareció a su lado, resplandeciente, cubierto de armas y a caballo, y lo condujo a la victoria.

El caso ocurrió con el mariscal Don Alonso de Alvarado, antiguo corregidor y justicia mayor de todas las provincias y capitán general de las mismas, donde dejó fama de juez "severo y riguroso", pues condenó al garrote, a la horca y al tajo a cuanto mal vasallo de su majestad halló en aquellos vastos dominios, limpiando así de tiranos la ciudad de La Paz, que fué su asiento, el Potosí y la Plata. Decía este juez que era más prudente condenar a la horca que a galeras, pues era cosa muy prolija enviar estas gentes a España, que las más se huían, como sucedió con una cadena de ochenta y seis galeotes, de los cuales solamente uno llegó a Sevilla. Cuenta el cronista que, cada día, luego de condenar a muerte a cinco o seis soldados, "se iba el juez desde la cárcel hasta su casa, riendo y chuflando con su teniente y fiscal, como si los condenados fueran pavos y capones para algún banquete".

Esto valió al fiscal el nombre de Nerón y el temor de muchos; pero todo ello no evitó la rebelión de Hernández Girón, ni mucho menos que éste lo derrotase en la batalla del Chuquinca. La melancolía se apoderó del mariscal desde el día de esa derrota, y fué languideciendo sin que se le viese ya reír ni tener reposo. El mal le fué secando como planta sin riego, hasta que se creyó llegado el momento de la muerte.

Este esforzado caballero era del hábito de Santiago y, a punto de expirar, fué extendido en el suelo, como lo manda la regla de la Orden, sobre un repostero, en el cual se había hecho una cruz de ceniza; pero aquel cambio dióle nuevos alientos y fuerza fué pasarlo nuevamente al lecho, visto que

volvía a la vida y mejoraba. Y como tornase de nuevo a boquear, otra vez fué tendido en el repostero, y de éste se le pasó a la cama por dar señales de vida, y así muchas veces durante los cuarenta días que duró esta lucha entre la vida y la muerte, hasta que ésta triunfó sobre el ya descarnado cuerpo de Don Alonso.

Así concluyó sus días el gran justicia de Perú, que no parece sino que las almas en pena de los muchos que mandó al cadalso se congregaran en el lecho de agonía del mariscal para jugar a aquel macabro juego del repostero y prolongar la congoja del moribundo.

De todos estos sucesos y otros muchos que, a veces, parecen cosas de imaginación, de tal manera es novelesca la vida y la muerte de estos caballeros, dan menuda cuenta las antiguas historias del Perú, y, muy especialmente, aquellos inimitables libros del Inca, que se leen con el mismo picante interés con que se examina una colección de viejas estampas grabadas en cobre por el buril de un gran artista.

# II

# La revuelta de Hernández Girón

> "Vide a Francisco Hernández en la sala que sale a la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja, más supenso e imaginativo que la misma melancolía."

El 13 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1553 se celebraron solemnemente en el Cuzco las bodas del alto y rico caballero de la ciudad don Alonso de Loaysa, sobrino del ilustre arzobispo que este linaje dió a la ciudad de los Reyes, con doña María Castilla, rica hembra del Perú, hija de un noble caballero de Badajoz llamado don Nuño de Tobar, y sobrina del conquistador don Baltasar de Castilla.

Acudieron a las bodas los principales caballeros y damas de la ciudad, luciendo sus más ricos arreos y galas, seguidos de indios y criados que formaban séquito y concurso a sus señores. Luego que los novios fueron velados en la iglesia, se congregaron todos en la morada de Loaysa, que era casa fuerte, y estaba situada en una estrecha calle próxima a la plaza. En las amplias salas se hallaban dispuestas las mesas del banquete nupcial: una para las damas, y otra para los caballeros,

que así era costumbre en aquella época. Sentáronse todos a la mesa, presidiendo, la de las damas, la desposada, y la de los caballeros, el corregidor de la ciudad, quien tenía a su vera al señor de Loaysa. Sirviéronse manjares de carne de res y ave, aderezados con especierías, y escanciáronse generosos vinos traídos de Málaga y Jerez, y luego del convite, varios caballeros diéronse en la estrecha calle, con gran contento del concurso y de la chusma indígena, a correr alcancías, que es un juego en el que los jugadores, jinetes en briosos corceles se lanzan unos a otros bolas huecas de barro endurecido, las cuales, al estrellarse contra los escudos de los caballeros, se rompen y arrojan la ceniza o las flores de que están llenas.

Terminados estos y otros entretenimientos, ya muy tarde de la noche, y antes que partido hubieran los novios, el concurso, mayor a aquella hora, nuevamente se sentó en el mismo orden a las mesas del banquete y fué servida una opípara cena. Más de sesenta caballeros ocuparon la mesa presidida por el corregidor, dispuesta en la gran sala baja que daba sobre la calle, y otras tantas damas llenaron la otra mesa dispuesta en otra sala, separada de aquélla por la cuadra donde se preparaban los manjares y donde se partían las viandas. La flor y nata de la caballería del Cuzco estaba allí congregada. El tío de la novia don Baltasar de Castilla hacía de maestresala, y en los sitios de honor se hallaban Vasco de Guevara, Diego de los Ríos, Rodrigo de León, Gerónimo Costilla, Juan Alonso Palomino, Pedro López de Casalla, Garcilaso de la Vega, los Quiñones, los Escalantes y muchos otros señores, conquistadores y magnates del Reino.

Llegaba la cena nupcial a su término cuando se oyeron golpes dados en la puerta de la sala del banquete que caía al zaguán y detrás de ella se anunció don Francisco Hernández Girón y su gente. El maestresala, al reconocer la voz del caballero, preguntó a tiempo que mandaba abrir la puerta:

—¿Tan tarde aguarda vuestra merced a hacernos merced?

Don Francisco penetró en la sala con la espada desnuda en la diestra y la rodela en alto en la siniesta, seguido de dos caballeros que blandían sendas partesanas. Aterrados los comensales se pusieron de pie para huir, que conocidas eran las malas artes y entrañas del de Hernández, pero éste a grande voces, exclamó:



—Esténse vuesas mercedes quedos, que esto por todos va.

Huyó el corregidor y los que junto a él estaban por la puertas interiores que hallaron cerca y se refugiaron, unos en las salas de las damas, y otros en las casas vecinas, pero los que estaban junto a los asaltantes quedaron supensos, aterrados y a merced de ellos. Cinco heridas mortales postraron a Juan Alonso Palomino, a tiempo que Gerónimo Costilla caía también manchando con sangre los manteles. Juan Morales creyó salvarse y salvar a los demás apagando los candelabros. No lo logró completamente, pues a la luz de una vela que quedó encendida fué asesinado por los conjurados. Uno de ellos le dió en la boca con la partesana de modo que le abrió ambas mejillas, y otro le hundió el estoque en el corazón. Así quedó la sala del banquete nupcial salpicada con la sangre de los desventurados caballeros.

Dirigióse en seguida Hernández Girón a la sala de las damas donde se había refugiado el corregidor, a quien buscaba, y luego de echar abajo las puertas, allí le prendió junto a la aterrada novia, dando primero palabra de que no le mataría. Fuése después con los suyos a la plaza, y aunque en esto hay contradicción, dijeron los más que allí dieron los revoltosos gritos de libertad, levantaron picas y arcabuces, enarbolaron bandera, y el "tirano", como le llaman los cronistas, "mandó dar bando que, so pena de la vida todos acudiesen a la plaza".

Así terminaron aquellas trágicas bodas y así comenzó la sedición de aquel mal vasallo de Su Majestad que por más de trece meses conmovió la paz del Imperio.

* * *

El "tirano" libertó a los presos de la cárcel, hizo matar alevosamente al contador Juan de Cáceres y a don Baltasar de Castilla, el padrino de la boda, organizó su ejército, se atrajo a las ciudades de Arequipa y Huamanga, y se hizo nombrar por Cabildo abierto procurador, capitán general y justicia mayor de todo el Reino.

Entretanto los oidores de Lima, organizaron la guerra contra el "tirano", nombraron sus generales, apercibieron sus ejércitos, y luego de muchos sucesos y hechos de armas en que murió mucha gente y muy principal, dieron gran batalla contra Hernández Girón. Ganó éste, pero vuéltose que hubo la suerte quiso dar nueva batalla y la perdió, y tuvo que huir solo y abandonado de los suyos, hasta que cayó en manos de los soldados de Su Majestad, quienes le pusieron hierros y con gran acompañamiento y muestras de júbilo le llevaron a Lima donde fué condenado a infamante muerte.

Sacáronle a ajusticiar a mediodía, dice el cronista, arrastrado, metido en un serón atado a la cola de un rocín y con voz de pregonero que decía: "Esta es la justicia que mandó hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, a este hombre, por traidor a la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza por ello y fijarla en el rollo de esta ciudad, que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con un rótulo que declare su delito".

*
* *

Y así como en el prólogo de esta trágica historia de la revuelta de Hernández Girón el amor anda mezclado con la muerte, también en su epílogo hubo amor y muerte, que no parece sino que éstos fueran inseparables en aquellos peregrinos sucesos del Perú.

La esposa del "tirano", doña Mencia de Almaraz, que era mujer de alta alcurnia, luego de ajusticiado su marido, se retiró a un convento de Lima, donde hizo vida ejemplar.

No fué ello obstáculo para que un devoto caballero, llamado Gómez de Chaves, oriundo de Ciudad Rodrigo, muchos años después de estos sucesos, hiciera por doña Mencia algo que nadie antes que él se había atrevido a hacer.

Ello era que en el rollo de la plaza de Lima se mantenía expuesta la cabeza de Hernández Girón, junto con las de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal, para ejemplo y escarmiento de rebeldes y contumaces. Don Gómez se propuso



quitar de la picota aquel despojo que proclamaba el oprobio de Hernández Girón, y para ello, cierta noche, con un su amigo, se encaminaron a la plaza y, colocando una escalera junto al rollo, bajaron la cabeza que pendía de la primera escarpia con que toparon. Y como fuera ella la cabeza de Carvajal, bajaron otra, que resultó ser la de Pizarro. Bajaron por fin la tercera que era la de Hernández Girón, y al tener las tres cabezas abajo, creyeron ver en ello cosa de predestinación y, santiguándose, se fueron con los tres macabros despojos y los enterraron en un convento de la ciudad, sin que hasta hoy se sepa donde.

Si el de Chaves ejecutó su obra de piedad con valentía, mayor sigilo puso en ello, pues nadie le descubrió. Solamente doña Mencia supo la verdad de lo acaecido, y hasta su muerte, que ocurrió muchos años después en Lima, encomendó constantemente en sus oraciones al cristiano y valeroso caballero.

Y así terminó este drama del que hablan largamente las crónicas de la conquista.

# III

## La afrenta y venganza de Fulano Aguirre

El año de gracia de 1548 salieron de la real villa de Potosí para la conquista del reino de Tucumán más de doscientos soldados. Entre ellos iba este Aguirre, de quien la historia no recuerda el nombre, pero de quien se sabe que fué hijodalgo, hermano de un alto señor que tenía numerosos vasallos, y guerrero él, esforzado y bien quisto entre los conquistadores del Perú.

Fulano Aguirre, al igual de sus compañeros, cargó, al partir de Potosí, con dos indios, cosa entonces prohibida por las audiencias y habiendo sido visto por el alcalde mayor de la ciudad, que lo era el licenciado Esquivel, este ministro de justicia, que dejó pasar a sus compañeros, puso mano sobre él, le envió a la cárcel, y, luego, por no poder el cuitado redimir con dinero su falta, le condenó a la infamante pena de doscientos azotes.

Reclamó Aguirre; se mantuvo inflexible el alcalde, y, entonces, suplicó aquél a su juez que no le infamase, que en lugar de azotes le mandase ahorcar, para lo cual renunciaba a su privilegio de hijodalgo. El licenciado, lejos de enternecerse ante este rasgo de pundonor del cautivo, ordenó que la sentencia se ejecutase en seguida.

Gentes principales de la ciudad pidieron al alcalde que no llevara más allá el castigo; pero el licenciado solamente concedió que se suspendiese por ocho días el cumplimiento de la sentencia. Llevaron la noticia a Aguirre, que ya se hallaba desnudo y puesto sobre la bestia en que había de pasear por la ciudad su ignominia y, al escucharla, exclamó: "Yo andaba por no subir en esta bestia, ni verme desnudo como estoy; mas, ya que hemos llegado a ésto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días habían de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados". Y dicho ésto, azuzó la cabalgadura y echó calle afuera, precedido por el pregón.

Así fué afrentado Fulano Aguirre por el licenciado Esquivel, alcalde mayor de la real villa de Potosí.

*
* *

Desde aquel día, la vergüenza, el odio y la venganza tomaron aposento en el corazón del soldado. Ni fué a la conquista de Tucumán, ni aceptó las dádivas que le fueron ofrecidas, ni halló idea consoladora, como no fuera la de la muerte. Esperó, triste y paciente, a que el licenciado Esquivel abandonara la vara de justicia, y, cuando esto acaeció, se dió a la empresa de matarlo.

El licenciado puso entre él y Aguirre, montañas, torrentes y distancias, pero tras él marchó el vengador, a pie y descalzo, pues decía "que un azotado no había de andar a caballo, ni parecer donde gentes lo viesen". Primeramente caminó trescientas veinte leguas hasta Lima, donde se había refugiado Esquivel; huyó éste a Quito, pero a los veinte días de estar allí el licenciado, Aguirre descendía a pie la senda del Pichincha, y entraba en la ciudad, después de cuatrocientas leguas de marcha. Partió el licenciado para el Cuzco, quinientas leguas al sur, y, a poco de llegar, ya estaba allí Aguirre. Tres años y cuatro meses anduvieron el licenciado y el vengador a través de montañas y abismos, hasta que el de Esquivel decidió quedarse en el Cuzco, donde a la sazón había justicia un magistrado que era la estampa del rigor y a quien todos temían.



Se aposentó el licenciado en una casa que daba su frente a la Iglesia Mayor, y se dió a vivir en el retiro, sin más amigos ni recreo que sus códigos y pragmáticas. Creyó el buen licenciado que los fuertes herrajes de la puerta de su morada, la cota de malla que llevaba bajo el sayo, la espada y la daga que siempre tenía prestas, y, sobre todo, el terror que imponía el justicia mayor de la ciudad, le defenderían contra Aguirre. Así es que se sintió seguro, vivió tranquilo y despreció las advertencias de quienes le hablaron del soldado.

Pero el vengador no cejaba en su empeño. Un lunes, a medio día, se introdujo en la morada de Esquivel, y la recorrió desde la cuadra a la sala en busca de su morador. Le halló al fin dormido sobre un infolio (que era hora de la siesta), en la recámara donde estaba dispuesta la librería. Se aproximó Aguirre a su afrentador y le mató dándole una puñalada en la sien derecha. Tres veces quiso luego hundir la daga en el cuerpo del licenciado; pero la cota rechazó la punta del puñal y éste sólo hirió el sayo.

Obtenida su venganza, que era lo que le encendía el ánimo, Aguirre perdió el seso y ya no supo qué hacer. Pudo asilarse en la Iglesia Mayor que estaba frente a la casa del licenciado, pero parece que no le pasó ello por las mientes y siguió calle abajo hacia el lado del monasterio de las Clarisas.

Atontado iba Aguirre cuando tropezó en la plazuela del convento con dos caballeros a quienes sólo atinó a decir: "Escóndanme". Adivinaron los tales la causa del desmayado ánimo de Aguirre, que era público en el Cuzco el propósito del vengador, y le llevaron a cierta casa de un su tío, donde le encerraron en una zahurda del corral que servía para guardar marranos.

Le tuvieron allí cuarenta días escondido, y durante este tiempo le dieron de comer trozos de pan y carne, que los caballeros guardaban disimuladamente en las faltriqueras al estar a la mesa, y que luego llevaban al cuitado fingiendo ir a la zahurda a "la provisión natural".

Entretanto, el justicia mayor, al saber la muerte del licenciado, mandó poner guardias en las puertas de las igle-

sias y conventos y ordenó que nadie saliese de la ciudad sin licencia. Treinta días duraron los registros y diligencias de la justicia, y, como no apareciese Aguirre, el celo fué enfriándose y no quedaron al fin más que las guardias de los caminos reales.

*
* *

Creyeron llegado el momento los amigos de Aguirre, que se apellidaban Santillán y Cataño y eran gente superior, de lograr la fuga del infeliz, y, para ello, idearon una singular treta. Le raparon el cabello y la barba, y, poniendo en remojo en un barreño una fruta que los indios llamaban "vitos", la cual, echada en agua, a los tres o cuatro días suelta un tinte que aplicado a la tez la tiñe de negro sin que desaparezca el color antes de diez días, pintaron con esta agua el rostro y toda la parte visible del cuerpo de Aguirre y, de blanco y europeo que era, lo dejaron convertido en negro africano. Vistiéronle luego a esa guisa, y cierto día, a plena luz, salieron con él por las calles de la ciudad camino del campo.

Cabalgaban los caballeros a la manera de los que van de caza, y, delante de ellos iba el fingido negro, a pié, llevando al hombro el arcabuz de uno de sus pretendidos amos. Así llegaron hasta donde estaban las guardias del camino, quienes los detuvieron y les pidieron la licencia del corregidor para salir de la ciudad. Fingió uno de los caballeros olvido del documento y dijo que se volvía a buscarlo, y que avanzara poco la compañía, que él los alcanzaría; y así fueron burladas las guardias.

Siguió caminando el otro caballero con el falso esclavo y se pusieron bien luego fuera de la jurisdicción del Cuzco. Entonces, el piadoso caballero compró un rocín, se lo dió a Aguirre con su bolsa, y le despidió con estas palabras: "Hermano, ya estáis en tierra libre, y podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos". Dió Aguirre las gracias a su libertador con lágrimas de gratitud y conmovidas palabras, y, mientras éste regresó al Cuzco, él se fué a Huamanga, donde tenía un pariente que era alto señor de la



ciudad, quien lo recibió con mucha caridad y agasajo y, luego de hospedarlo en su casa, le dió con creces cuanto le era necesario para volverse a sus tierras.

Y ésta es la glosa de una de las muchas y peregrinas historias que, con mayor donaire y más galano decir, cuenta el Inca Garcilaso en el libro sexto de los "Comentario reales".

# IV

# Un dicho de Martín de Robles

"Tenía por menos pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo dicho a su tiempo y coyuntura, y así perdió el triste la vida por ellos".

ESTE Martín de Robles es de los conquistadores del Perú que alcanzaron más larga vida, aunque si llegó a la vejez, fué para verla afrentada, al fin, con la horca.

Capitán del visorey Blasco Núñez de Vela, traicionó a su señor y se dijo que fué él quien lo entregó a Gonzalo de Pizarro y que así, la sangre de aquél, cayó sobre su cabeza. Cuando vino el presidente La Gasca, de Panamá, abandonó a Pizarro y se pasó a las nuevas banderas, donde encontró a su amigo el capitán Pablo de Meneses, a cuyo lado combatió en la batalla de Xaquixaguana. El presidente premió sus servicios con un rico repartimiento y una fortuna en ducados, con lo que, ya viejo, se retiró a la ciudad de la Plata, en los Charcas, de donde fué vecino principal.

Martín de Robles era hombre de ingenio y de carácter zumbón; sus hazañas en Indias corrieron, de corregimiento en co-

rregimiento, junto con sus agudos dichos que, a veces, fueron más que agudos y aún concluyeron por volverse contra él, como se verá más adelante.

Cuando se le ofrecía un dicho no paraba mientes en la jerarquía de a quien iba dirigido y, en su tiempo, se dijo que, el mismo Rey, a habérsele ocurrido al de Robles, habría tenido que oir sus agudezas y donaires. No eran todos estos de buen jaez y razón es ello de que, el buen Inca, los calle por indignos de quedar escritos. Pero advierte que los famosos dichos del conquistador no perdonaban amigo alguno, por muy amigo que fuese, ni aún a su propia mujer, que era señora principal y se llamaba Doña Juana de los Ríos.

Muchas amarguras pasó el de Robles y muchos peligros afrontó también por la libertad de palabra que usaba, sin cuidarse de quien lo oía y a quien iba dirigido lo que él creía donaire y fruto de ingenio, pero había en esto algo como de irresistible vocación por que, a las advertencias de sus amigos para que no se malquistara con la gente, respondió siempre que "él tenía por menor pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo, dicho a su tiempo y coyuntura".

* * *

Estos conquistadores del Perú tenían en la sangre la fiebre de la guerra y de las aventuras; no sabían vivir en paz ni toleraban que se les enmohecieran las armaduras ni perdieran el filo las espadas. Cuando no había pelea con indios o tierras que ir a descubrir, se tornaban sombríos y, de esta hipocondría, brotaban disputas, duelos y reyertas, se formaban bandos, se venían a las manos, y corría la sangre, y se levantaban cadalsos, y se alzaban banderas de guerra.

Los antiguos capitanes de la conquista concluyeron por convertirse en condotieros y formar bandos de mercenarios dispuestos a tomar partido con la promesa del saqueo y de los repartimientos de los señores en lucha. Estos bandos andaban prestos en presentarse donde se les llamara siempre que hubiera botín, y cuando no hallaban empleo, se daban a fraguar



intrigas con el fin de indisponer a los vecinos de las ciudades entre sí, inducirlos a la reyerta y sacar de ella provecho.

Así ocurrió en La Plata cuando vivía allí Martín de Robles y vino de corregidor de los Charcas su amigo y compañero Pablo de Meneses. Había llegado el de Meneses al Perú con el Presidente La Gasca, al frente de su compañía y, junto al de Robles, habían combatido en la batalla de Xaquixaguana contra el "tirano" Gonzalo de Pizarro, como se ha dicho y consta en la información de méritos y servicios del Capitán Juan Gregorio de Bazán. El presidente premió a Meneses, al par de su amigo, con un repartimiento y otros dones, y Su Majestad le dió, luego de sus dilatados servicios, el gobierno del Corregimiento de los Charcas.

Los ociosos soldados dieron en indisponer a los dos principales señores y echaron para ello a correr calumnias que lastimaban el honor de Martín de Robles y dejaban mal parada la lealtad del corregidor, lo cual fué lugar de disputas y preparativos de riña, con lo que los mercenarios cobraron grandes esperanzas de guerra y próximo botín.

Mas, la amistad evitó todo lance, pues los dos amigos, con el fin de destruir la calumnia, convinieron en que Pablo de Meneses se casaría con la hija de Martín de Robles. El novio pasaba de los setenta años y la novia aún no tenía siete; pero ello no fué motivo para que no se celebraran los esponsales y se hicieran las capitulaciones matrimoniales, en las cuales, el de Robles se obligó a dar a Meneses treinta y cuatro mil castellanos cuando la desposada cumpliera los doce años.

Quedaron así burlados y coléricos los soldados y más cuando sobre su decepción llovieron los dichos de Martín de Robles, cuyo buen humor se desató contra amigos y enemigos. "Qué os parece, decía, destos mis amigos y enemigos cómo han quedado hechos matachines", y otras lindezas que por poco le cuestan caras.

Este peregrino casamiento no pudo al fin ser consumado, por cuanto Pablo de Meneses falleció antes que la novia cumpliera la edad legal; mas, dueña entonces la viudita del repartimiento de su marido, encontró un nuevo galán y se casó con un deudo del mismo Meneses y de su mismo linaje lla-

mado don Bernardino, mozo de veinte años, lo que fué, como se dijo picarescamente, "trocar la caldera vieja por otra nueva".

Había venido, poco antes de estos sucesos, a la Plata, el general don Pedro de Hinojosa con el título de corregidor y justicia mayor y, viendo tanto hombre de armas ocioso y sin destino, pidió a los dos amigos alojamiento y pret para aquéllos. Robles se negó a ello y contestó el requerimiento con un retruécano, y aún no cesó de hacer zumba a Hinojosa. Pero cuando se percató de que los soldados se conjuraban para matar al corregidor, se lo dijo sin tardanza y le aconsejó que se apercibiera, lo que no quiso hacer Hinojosa, de lo cual sucedió la tragedia que elevó a Don Sebastián de Castilla a su efímero gobierno de la Plata.

El día en que los conjurados penetraron en la mansión del corregidor Hinojosa y le mataron a estocadas sin concederle confesión, que el cuitado pedía a voces desde el suelo, Martín de Robles tuvo que huir en camisa por los corrales de su casa, pues los soldados fueron a matarle, y como no le hallaron, robaron cuanto allí había. Meneses huyó también y los dos viejos capitanes se unieron a las tropas del Rey cuando los conjurados mataron a Don Sebastián de Castilla y levantaron a Vasco Godinez.

Combatieron luego los dos amigos contra el tirano Hernández Girón, y Martín de Robles fué herido en la batalla de Chuquinca, por lo que se retiró a la Plata, donde vivió desde entonces venerado y respetado de todos. Era ya tan viejo que, como lo hemos dicho, no tenía fuerzas para llevar la espada al cinto y no podía salir sin escudero.

Llegó en esto al Potosí el licenciado Altamirano, oidor de la real cancillería de Lima que traía título de corregidor de los Charcas y, apenas tomó la vara, apresó a Martín de Robles y sin abrirle proceso le colgó de la horca en la Plaza Mayor, con pena y pasmo del vecindario.

Disputan los cronistas sobre la causa de este ajusticiamiento, en que no hubo justicia; pero Garcilaso dice la verdad cuando afirma que el licenciado cumplió órdenes del Virrey, quien se hallaba agraviado por un dicho de Martín de Robles. Y ello fué que habiendo el visorey Don Andrés Hur-



tado de Mendoza omitido el tratamiento de los señores principales del imperio y, siendo llegadas cartas en esta forma para el corregidor de los Charcas, el viejo capitán dijo delante de mucha gente, refiriéndose al visorey: "Déjenlo llegar, que acá lo enseñaremos a tener crianza".

No hubo ocasión de que Martín de Robles viese llegar al virorey, pues, como se ve, su corregidor le colgó, sin proceso, afrentando así su vejez y su linaje.

Esto pasó el día 22 de Octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1556, y ese mismo día, como menudamente lo narra Don Gerónimo de Costilla en su carta al Virrey del Perú, el implacable corregidor secuestró los indios y haciendas del ajusticiado, que fué como dejar en la miseria a su viuda, Doña Juana de los Ríos.

Dos años después, ésta recurrió ante la audiencia de Lima para obtener justicia y la restitución del secuestro y, en 1560, logró sentencia, por la que se ordenó la devolución a la recurrente del repartimiento y réditos a partir del día del fallo. Cuando llegó esta noticia, Doña Juana había enloquecido, que motivo tenía para ello, y estaba "furiosa", como lo dice el cronista en su informe, y preciso fué nombrarle curadores, quienes apelaron de la sentencia ante Su Majestad y obtuvieron del Rey letra absolutoria de todo crimen para Martín de Robles y orden de liquidar a su viuda los réditos, desde el día del despojo, debiendo todo ello recaer en Doña María, su hija y viuda de Pablo de Meneses, cuando Doña Juana falleciera.

Y como esto se produjo de allí a poco, Doña María de Robles reunió al repartimiento y haciendas de su primer marido, el de su padre, con lo que constituyó uno de los más ricos patrimonios del Perú, de lo que mucho se holgaron ella y su nuevo marido Bernardino de Meneses.

Y he aquí como fué restablecida la honra de Martín de Robles, ya que no pudo devolvérsele la vida que, ésta, como lo dice el cronista, la perdió el triste por un dicho.

# V

# La Quintrala

CUANDO se revisan los cronicones de Santiago de Chile, se tropieza, en seguida, con aquel don Pedro Lisperguer el Pendenciero, caudillo y jefe de un poderoso bando de familias chilenas, que el día de San Quintín de 1614, al salir de la misa de San Lorenzo por la "puerta del perdón", fué atacado por su rival, don Andrés Ximénez de Mendoza, caudillo del bando contrario, quién le arremetió espada en mano sobre las mismas gradas de la catedral. Se batieron bravamente los dos caballeros, y habiendo acudido los deudos de ambos en socorro de sus jefes, treinta espadas y dagas chocaron en la plaza convertida en arena de combate. El Pendenciero recibió grave herida, pero logró tender a sus pies al rival, que era hombre entrado en años, y al verle desarmado y herido le gritó con desprecio: "Levántate, viejo, que yo no acostumbro matar a rendidos".

* * *

Estos Lisperguer de quienes escribió la terrible historia don Benjamín Vicuña Mackena, en un precioso libro que es

joya de buen decir y de mejor contar, llenaron su siglo con sus hechos y aventuras. Nada faltó en esta familia, cuyos miembros parecen poseídos de una extraña neurosis que por igual los arrastra a los más altos actos de piedad y virtud y a los más bárbaros y salvajes crímenes. Hasta el amor fué en ellos pasión atormentada y cruel. Este mismo don Pedro, según cuenta don Miguel Luis Amunátegui, se prendó, con amor de Lisperguer, de una niña llamada doña Florencia, hija del oidor de la Audiencia de Chile don Pedro Alvarez de Solórzano. Opuso el padre legítimos reparos a las pretensiones del galán, y, entonces, éste escaló por la noche la morada del oidor y raptó a la niña. Se conmovió la ciudad, el oidor se querelló contra el raptor que fué puesto en prisión, recurrió éste al provisor declarando que entre él y doña Florencia había mútuas promesas de casamiento, y se realizó, quieran que no, la boda.

Don Pedro tuvo dos hermanas, doña María y doña Catalina, de quienes dice Vicuña Mackenna que "con su altivez presidieron su siglo y con sus crímenes lo espantaron". En 1604 la Real Audiencia querelló a estas damas nada menos que por haber intentado envenenar al gobernador de Chile, don Alonso de Rivera. El proceso desapareció, pues el oro de los Lisperguer todo lo podía, pero quedó el testimonio del Ilmo. Obispo Salcedo, quien, en una carta dirigida al fiscal del Consejo de Indias, fechada en Santiago el 10 de Abril de 1634, dice que "Doña Catalina Lisperguer quiso matar con veneno al gobernador Rivera".

El arzobispo de Santiago, Monseñor Errázuriz, en un estudio que hizo hace ya muchos años sobre este extraordinario suceso, afirmó que doña Catalina y doña María habían obtenido ciertas hierbas venenosas de un indio a quién se apresuraron a hacer desaparecer para que después no las fuese a denunciar, y que con esas hierbas procuraron envenenar el agua de la tinaja que bebía el gobernador. Las dos Lisperguer fueron luego acusadas de hechicería, y las gentes de Santiago se contaron al oído misteriosas historias y sucedidos que tenían por teatro las nefandas alcobas subterráneas de la casa de la calle del Rey, donde moraban ambas señoras.

Doña Catalina casó con un famoso encomendero y corregidor llamado don Gonzalo de los Ríos y Encío, cuyo hogar estaba también manchado por el crimen. Su madre, doña María de Encío, antigua manceba del conquistador Valdivia, mató a su marido, según testimonio del Obispo Salcedo, a la manera shakesperiana, echándole azogue en el oído mientras dormía. Y doña Catalina, para no ser menos, siempre según el testimonio episcopal, mató con azotes a una hija bastarda de su marido que éste pretendió incorporar a la sociedad conyugal. De esta alianza siniestra de los Ríos con los Lisperguer nació la terrible mujer a quienes los cronistas de Santiago apellidaron la Quintrala.



*
* *

No hay, acaso, en la historia colonial de América, figura femenina que ofrezca más interés que la extraña mujer que llenó con sus hechicerías y sus crímenes la crónica santiaguina de la primera mitad del siglo XVII. En ella se confundieron y predominaron sucesivamente, aun a veces simultáneamente, la generosidad y la avaricia, el amor y el odio, y casi perpétuamente se vió agitada por la necesidad de matar, ya fuera con el veneno, el puñal o el látigo, que con azotes también supo matar esta fiera humana.

Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer llegaba apenas a la edad púber cuando sintió el primer impulso homicida. El Ilmo. Obispo Salcedo escribió al Consejo de Indias estas terribles palabras: "Esta doña Catalina mató a su padre con veneno que le dió en un pollo estando enfermo". Acusada y procesada, los venales jueces adictos a la familia sobreseyeron la causa. El parricidio abrió ancho camino a la neurosis de la Quintrala.

Refiere el mismo obispo Salcedo, acusador de la terrible familia "que doña Catalina mató a un caballero del hábito de San Juan, de cuya muerte conocieron en esta Audiencia; y para moderar la atrocidad del crimen persuadieron a un negro esclavo suyo dijese que él lo había muerto y se condenase, que se darían trazas para librarlo. Murieron las personas que le podían valer, y así ahorcaron al negro por ha-

berse condenado él mismo, y a ella la condenaron con pena pecuniaria solamente".

Las armas con que la Quintrala castigó y mató a sus criados, esclavos y mitayos fueron el látigo y el cerote ardiendo. Su ingenio de la Ligua fué teatro de las más atroces escenas de odio, furor y locura homicida y en aquellas regiones se mantiene todavía el recuerdo de sus crímenes y se repite que en los días de Animas el fantasma de la feroz castellana recorre los cerros y los bosques aullando como una fiera perseguida.

La Audiencia, horrorizada por los desbordamientos de aquella mujer la llamó por fin a cuentas, la apresó y procesó. Doña Catalina supo comprar con sus riquezas al presidente Meneses, y fruto del cohecho fué que la parricida volviese a morar en su palacio y muriera en su misteriosa alcoba. Sus albaceas testamentarios tuvieron que rescatar después de la muerte de la Quintrala la vida de sus innumerables víctimas a peso de oro. "Por término medio —dice Vicuña— sus albaceas pagaron a razón de cincuenta pesos el rescate de cada cadáver de indio, y por el doble los de esclavos, macho o hembra".

La Quintrala murió el 15 de Enero de 1665 en la casa solariega de la calle del Rey, donde pasó sus últimos años, "sola, triste y maldita". Su testamento da fe del lúgubre soliloquio que debió mantener durante sus últimos años, mientras desde el estrado de su sala miraba, a través de los postigos de la ventana, la parda tapia del convento de San Agustín, levantado por sus mayores, y donde moraba aquel Señor de la Agonía, el "Cristo de Mayo", que ella arrojó violentamente de su casa en un arrebato de sacrílego furor.

Es ésta, tradición popular en Santiago, que aun hoy se repite y confirma. El milagroso Cristo de la Agonía es una imagen de talla que se venera hace más de trescientos años. Según el obispo Villaroel, esta imagen fué esculpida milagrosamente por un fraile predicador que no conocía el arte de la escultura, pero que recibió inspiración divina. El terremoto de 1647, que azotó la ciudad, arruinó la iglesia en que se veneraba la imagen, pero ésta quedó intacta en medio de las ruinas, sin más huella de la catástrofe que la corona de espinas hincada en los hombros y el cuello del Señor a guisa de sangriento dogal. El propio obispo Villaroel, yendo descalzo en señal de penitencia, llevó en procesión a la plaza el milagroso Cristo, que luego fué depositado en la morada de los Lisperguer, fundadores y patronos del convento de San Agustín. Agrega la tradición, y la repite Vicuña Mackenna con mucho color, que en cierta ocasión, el Cristo volvió los airados ojos sobre el rostro de doña Catalina, a causa, sin duda, de sus muchos crímenes y falta de arrepentimiento; la Quintrala, lejas de amedrentarse se encaró sacrílegamente con el Santo Cristo y exclamó: "Yo no quiero en mi casa a quien me ponga mala cara. ¡Afuera!". Y, realmente, arrojó afuera la imagen taumaturga. El Cristo de la Agonía conserva desde entonces los airados ojos que todos los años, en la procesión de Mayo, llenan de pavor a la multitud.



El testamento de la Quintrala es un arreglo de cuentas con su conciencia. Atormenda por la idea del merecido Infierno, perseguida por el fantasma ensangrentado de su padre y por el espectral ejército de sus demás víctimas, supersticiosa más que religiosa, creyó rescatar su alma, manchada por tantos crímenes, legando sus cuantiosos bienes para funerales, misas y perpetuos sufragios, sin olvidar una rica manda para salvar la sacrílega deuda contraída con el Señor de la Agonía. Además de las misas a perpetuidad por el rescate de su alma, mandó rezar otras, de a veinte mil y más, haciendo de su ánima, como lo dice su cronista, "el más pingüe mayorazgo eclesiástico de los tiempos". Devorada de remordimiento por la sangre vertida, dispuso se rezasen quinientas misas por las almas de los que habían fallecido "en descargo de lo que podía deberles".

El cadáver de la Quintrala fué inhumado en la bóveda sepulcral de los patronos de la iglesia de San Agustín. Los huesos de su padre debieron estremecerse de horror al sentir la proximidad del cuerpo de la parricida.

Este linaje de los Lisperguer produjo, además de los monstruosos personajes cuyos crímenes forman el fondo de aquel siglo trágico que sucedió a la Conquista, capitanes insignes, gobernantes, magistrados, magnates de preclara me-

moria y mujeres de alta virtud que murieron en olor de santidad, y, luego de mezclar su simiente con todos los linajes chilenos, se extinguió melancólicamente, dejando el recuerdo de su grandeza y de sus tragedias, y aquel dicho popular que habla de la prez de esta familia y que podría servir de divisa a sus armas: "En Santiago el que no es Lisperguer es mulato".

# Soliloquios Literarios

## Son dos pequeñas palabras

Son tan pequeñas que bastan dos letras para escribirlas y solamente una emisión de voz para pronunciarlas. Ni siquiera es indispensable esto: un leve movimiento de cabeza puede suplir la voz y la pluma. Ambas son monosílabas, no tienen accidentes gramaticales: ni género, ni número, ni admiten casi flexión ni piden prefijos ni sufijos. Son dos pequeños adverbios, pero acaso no haya otros vocablos que los aventajen en elocuencia y fuerza dramática.

Con ser adverbios y, como lo dice la Academia, no tener la función de expresar acción o pasión, en infinitos casos encierran estos monosílabos tan tremenda fuerza elíptica que basta que se traduzcan por el gesto, que broten de los labios o que se escriban solas o aisladas a continuación del discurso, para que estas insignificantes palabras se enciendan, adquieran patética acción y tomen el apasionado acento que no lograrían todos los vocablos del idioma reunidos.

¿Qué hay, pues, en estas pequeñas palabras? ¿De dónde procede esa formidable fuerza que les da terrible elocuencia? Inútil es que los filólogos busquen la causa en las raíces idiomáticas de que proceden y que estudien el origen etimológico en las fuentes latinas y griegas. El enigma quedaría en pie, porque también en esas fuentes, como en todos

los idiomas del hombre, los dos vocablos aparecen con el mismo significado, con la misma potencia expresiva, con el mismo tremendo dramatismo.

El contenido de estas dos pequeñas palabras y la fuente de su profundo significado no está en la estructura externa de las mismas: está en el espíritu que las anima. Y así como el Verbo que estaba en Dios, era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, como dice el Evangelio, el espíritu de estos dos pequeños vocablos está en las entrañas del alma del hombre, que es también un modo de venir de Dios. Con ellas el hombre expresa, luego del tremendo diálogo interior, el irrevocable fallo de su conciencia; ellas son el instrumento objetivo de la libertad humana para obrar en un sentido u otro frente a los pequeños o grandes conflictos del alma, de la vida y del mundo. Estas dos pequeñas palabras constituyen el idioma del libre albedrío que realiza su soberana función en el reino moral del sér, del conocimiento y de la conciencia moral frente a los apetitos de la sensibilidad. En suma, con ellas el hombre se eleva a la condición angélica o se incorpora a la legión de los réprobos.

Mas, estas dos pequeñas palabras no son solamente eje del drama individual; lo son también de aquel que se desarrolla más allá de nosotros y tiene por teatro el universo mundo: con ellas, al defender nuestra soberanía moral o desatar en nuestro mundo interior las más furiosas tempestades, decidimos, además. de la suerte de nuestros semejantes. Con ellas damos felicidad o infortunio, odio o amor, libertad o cárcel, guerra o paz, vida o muerte. ¡Tremendo poder el de estos dos breves vocablos que deciden de nuestra vida moral y corporal, de la vida moral y corporal del hombre, de la sociedad, de las naciones, del mundo entero!

He ahí, pues, el poder de esas dos palabras ante el cual tantas veces nos sentimos vacilantes y turbados. Y, sin embargo, cuando la conciencia lo exige fuerza es hacer uso de ese formidable poder, aún cuando nos sintamos desfallecer de angustia o deseo. Ante el requerimiento de la conciencia,



frente al conflicto propio o ajeno que podemos desatar con uno de los dos vocablos, no huyamos del tiempo y de la realidad; vivamos heroicamente en ellos, obliguemos a nuestros labios a que no permanezcan mudos, pongamos alas al espíritu y pronunciemos, aunque sea con dolor, pero siempre sin temor, la pequeña palabra.

# Dialogan las sombras

Bien se puede traer a cuenta a dos varones ilustres que son representantes ambos de una época; personajes que, por igual hicieron y escribieron la historia; actores y protagonistas en los campos de batalla, en las asambleas y congresos, en los gabinetes de gobierno; escritores ambos que, en el silencioso retiro de sus salas de trabajo, trazaron el índice de la historia del Río de la Plata y de la historia de América. El general don Bartolomé Mitre y don Andrés Lamas pueden comparecer ante la posteridad, y, como lo hacían en la biblioteca de la histórica casa de la calle San Martín o en el salón de la calle Piedad, departir gravemente ante nosotros.

Es un bello cuadro que habría pintado de mano maestra Juan Manuel Blanes. Las dos figuras, sentadas en nobles sillones de caoba y apagada tapicería, aparecerían recortadas sobre las pesadas colgaduras, junto a la mesa cubierta por la roja carpeta sobre la cual veríamos el tintero de plata, las plumas de ave, el bote de arenilla, los libros abiertos y las cuartillas dispersas. En el fondo indeciso se advertirían las bibliotecas cargadas de libros, los patinados lienzos encuadrados en doradas cornisas, la honda ventana enrejada abierta sobre el patio prócer. Lamas aparecería allí con su pulcra elegancia, con sus maneras señoriles, el noble cráneo orlado

de plateados cabellos, el arco perfecto de su frente serena, el pálido y taciturno rostro, orlado por la agrisada barba unitaria, las facciones finas y aristocráticas, la mirada sagaz y escrudiñadora, la boca enérgica, las manos afiladas como las de los caballeros del Greco. Se animarían sus ojos, y su apagada voz recobraría el pausado tono para decir a su interlocutor:

—General, podéis confiar en vuestra obra histórica. Las generaciones que nos han sucedido no han hecho otra cosa que seguir el camino que vos abristeis, y las sendas que señalasteis. Han podido ser rectificados algunos de vuestros conceptos, algunos de vuestros juicios, y se os ha podido hacer cargo de que no quisisteis penetrar hasta el fondo del alma de algún personaje, y preferisteis ignorar el significado sociológico de los sucesos de que fué protagonista. Yo sé, sin embargo, que no lo ignorabais, y que Artigas os atrajo, primero como un enigma, y luego como una realidad que os llegó a obsesionar. Si hubierais escrito la vida del héroe como os lo propusisteis, le habríais hecho justicia, estoy seguro de ello, y habríais rectificado algunas de las páginas de vuestros libros. Nuestra agitada vida no os dió tiempo para ello. Con vuestro Belgrano y con vuestro San Martín estructurasteis la historia del Río de la Plata y la historia de América. Fuisteis el arquitecto insuperado. Tuvisteis el sentido de la adivinación, de la coordinación y de la síntesis. Descubristeis esa ley misteriosa del sincronismo histórico, bajo cuya acción los pueblos hispanos indígenas de América, desde México hasta Buenos Aires, se sintieron, simultáneamente, agitados por la misma ansiedad, y se creó en ellos el estado de alma colectivo que hizo posible que de las informes muchedumbres coloniales surgieran las democracias orgánicas y las soberanías perfectas que son honor del Continente. Fuisteis el revelador del también misterioso significado común que, en el proceso de la Revolución, tuvieron acontecimientos, aparentemente heterogéneos, que ocurrían a millares de leguas de distancia, sin explicable correlación, pero que procedían de la misma causa sociológica y obedecían al mismo propósito político. Habéis sido un investigador grave y probo de los orígenes del Continente, del misterio que envuelve a sus primitivos pobladores y del enigma de las lenguas que hablaron las multitudes indígenas. Habéis sido un creador de hombres y de ideas; las figuras que tallasteis en vuestros libros tienen la perennidad del bronce, y los conceptos históricos y sociales que establecisteis en ellos resisten a la crítica. Si el porvenir llegara a olvidar vuestras hazañas de guerrero y vuestra obra de hombre de Estado, —que no lo olvidará— vuestra obra de historiador y de humanista hará siempre vuestro nombre inmortal.



El general Mitre escucharía, inclinada la pensativa cabeza sobre el pecho. Al callar la voz de su interlocutor alzaría la frente, cargada de melancolía y timbrada por la gloriosa cicatriz, acariciaría con su mano fina e imperiosa los largos cabellos, se iluminaría su rostro taciturno con la intensa mirada de sus pardos ojos, y sus labios hallarían de nuevo la extinguida palabra:

—Doctor Lamas, —diría con grave acento— nuestra obra permanece y no será destruída. Quienes nos han sucedido la han depurado, le han dado mayor desarrollo, la han perfeccionado; pero, en lo esencial, ella se halla intacta. Artigas fué realmente para mí un interrogante, como lo fué para Sarmiento, como lo fué para Alberdi, como lo fué para Juan Carlos Gómez. Yo me propuse escribir su historia, y tracé el índice del libro que debía reflejar la vida, el carácter y el significado de la obra del caudillo. Ese índice, cuya interpretación legué al porvenir, será preciso agregarlo como apéndice a mi historia de Belgrano. Si yo arquitecturé la historia del Continente, vos me disteis los materiales y el plan, sin los cuales la obra se habría derrumbado. Fuistes vos, también, quien trazó, con mano segura, el índice de la historia de América y del Río de la Plata; vos revelasteis sus fuentes. Desde que en 1843, en plena Guerra Grande, fundasteis el Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo, nos disteis las normas y nos ofrecisteis los elementos para escribir la historia de estos países. Vuestra obra fué de verdadera adivinación. No era suficiente el conocimiento de los hechos; aspirabais a conocer su filosofía, a penetrar el sentido de las ideas, de los sentimientos, de la cultura, para establecer el verdadero significado de los fenómenos sociales y políticos y de las instituciones que

fueron su consecuencia. Las instrucciones que trazasteis para la investigación en los archivos europeos de documentos relativos a la historia colonial del Río de la Plata, el prospecto de la Biblioteca platense, las admirables introducciones de los escritos del Padre Lozano y del Padre Guevara, constituyen el más ceñido y armonioso plan para escribir aquella soñada obra, "El génesis de la Revolución e Independencia de la América Española", de la que apenas la muerte os permitió trazar los primeros capítulos. Nadie como yo aprovechó de vuestra ciencia, de vuestra experiencia, de vuestros sabios consejos. Desde los lejanos días del sitio de Montevideo, en que comencé a amar la Historia, y en que me estimulasteis a cultivarla, no cesasteis de ayudarme con vuestra amistad y con vuestra generosa colaboración. Trabajamos, pues, juntos, por la civilización de América. Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Echeverría, Varela, Vilardebó, Herrera y Obes saben cuánto os debe la cultura del Plata.

Las afiladas manos de Lamas acariciarían los libros, y nuevamente sonaría su voz:

—General, si Montevideo fué el foco inicial, Buenos Aires fué el laboratorio de nuestra alquimia histórica. Allí nos volvimos a encontrar, vos y yo, y allí está vuestro verdadero monumento: en vuestra biblioteca, en vuestro archivo, en vuestra casa de la calle San Martín, verdadero templo cívico en el que seguís viviendo la vida de los inmortales. Mis libros, mis papeles, mis colecciones, mi salón de la calle Piedad los aventó la fortuna; pero la Providencia ha salvado las reliquias que se custodian en el Museo de Montevideo. Vuestra obra y la mía se vinculan en el origen, en el tiempo, en el propósito y en su trascendencia inmanente. Cuando la construímos, todo estaba por investigar y por hacer. Todo lo emprendimos y realizamos con fe y perseverancia. Las generaciones que nos han sucedido, que tanto y tan admirablemente han trabajado por la cultura de América, han beneficiado y benefician de lo que nosotros hicimos, desinteresadamente, por amor a la verdad y por amor a la tierra en que nacimos. Podemos reposar tranquilos, General. Fuimos obreros de la cultura platense y de la



fraternidad de nuestras patrias, que nosotros confundimos en un amor común.

He ahí el diálogo ideal. He ahí el pensamiento de dos de los más ilustres hombres que crearon la cultura histórica platense. Ambos fueron herederos de la Revolución e hijos del Romanticismo. Una y otro encendieron su inteligencia y su sensibilidad y les prestaron el acento y la inspiración que hacía entonces de la Historia, no una ciencia muerta, hija sólo de la investigación y de la precisión científica, sino un género literario que utilizaba éstas, pero que buscaba asociar la verdad a la dignidad y a la belleza de la forma, y a esa otra belleza que surge de la exaltación de los grandes ejemplos cívicos, del conocimiento de los grandes caracteres, de la descripción de los acontecimientos memorables, verdadera historia, porque es la historia de los hechos, y la historia de eso otro, más grande y permanente que los hechos, que se llama el alma humana.

# Los fantasmas de la cordillera

La primera vez que crucé la Cordillera de los Andes, naturalmente vinieron a mi memoria épicos recuerdos; la sombra del general San Martín, con su capote de campaña y su sombrero de hule me acompañó en el fragoso camino.

Cuando desemboqué en el anfiteatro de Uspallata, el viento helado que venía de las cumbres sonaba como un tambor lejano. Aquel misterioso redoble me recordó el tambor fantasma de la balada de Zedlits, que, con sus manos de esqueleto, bate el parche antes de llegar el día y convoca a los muertos del Grande Ejército para que desfilen frente al espectro del Emperador. Me pareció que aquel tambor tocaba también a generala en el valle y que los soldados del Ejército de los Andes acudían al fatídico llamado. De los desfiladeros y quebradas bajaban a paso de carga los regimientos de cazadores con sus mochilas, sus largos fusiles chisperos y sus caladas bayonetas; los cuerpos de zapadores con sus picos, palas y barretas; las compañías de artilleros con sus blancos correajes y sus carabinas terciadas; la brigada de la maestranza con sus perchas, calabrotes y aparejos; los escuadrones de gigantescos granaderos, rígidos en sus cabalgaduras, con sus altos morriones y sus sables desnudos empuñados.

Las divisiones evolucionaban como en la "Revista Nocturna" de Raffet y desfilaban frente al Capitán de los Andes

levantando en alto las banderas, los estandartes, los guiones las insignias, los trofeos manchados por la pólvora y desgarrados por la metralla.

La visión, ahuyentada por la realidad y cogida por el viento, se fué luego envuelta en girones de banderas y nubes, y se perdió detrás de las cumbres donde habitan los cóndores.

En la Guardia Vieja me salieron al encuentro la sombra de Lavalle y el trágico espectoro del fraile Aldao con sus vestiduras talares manchadas de sangre, y, por fin, cuando tomé el camino de la cuesta de Chacabuco, el mismo camino que hizo el ejército Libertador, me pareció que caminaba en medio de un tropel de épicos fantasmas.

He vuelto a cruzar varias veces la Cordillera. y en ella he tropezado siempre con los mismos fantasmas. Pero, una tarde de abril en que ascendía con mi hijo mayor el camino de las Cuevas, me salió al paso una sombra desconocida. Era aquella una humilde y venerable sombra. No llevaba arreos de guerra ni la escoltaban soldados. Viajaba solitaria, al tardo paso de su cabalgadura, por la áspera cornisa tallada en la montaña sobre el abismo.

De mañana, mientras cruzábamos los Paramillos, yo había leído estas palabras que escribió Sarmiento el año 42, proscripto en Chile: "A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la Cordillera de los Andes para despedirse de su hijo antes de descender a la tumba".

En aquella sombra que ascendía penosamente la montaña, yo reconocí a la recia anciana, cuyo retrato, Sarmiento dejó tallado en materia perdurable en sus "Recuerdos de Provincia". Venía, sin duda, de la casa solariega de San Juan, la pequeña casa cuyos adobes pudieron contarse en varas de lienzo tejidas por sus incansables manos. Había dejado el viejo hogar, con su patio sombreado por la higuera centenaria; con su huertecillo rodeado de tapias albardilladas; con su pequeña alberca de aguas cristalinas. Se había despedido de sus hortalizas, de sus naranjos, de su único duraznero, de sus plantas, de sus flores: su rosal morado, su malva fina, sus claveles. Había dado el adiós a sus pájaros, a los patos de la alberca, a las rústicas gallinas que poblaban el corral. Se había arrancado ¡con cuánto dolor! del viejo telar tendido a la sombra de la higuera, después de atar sus pedales y de guardar los husos y la lanzadera de algarrobo pulida por las manos de dos generaciones, y, con sus setenta y seis años a cuestas, sola y confiada en Dios, se había lanzado montaña arriba, desafiando las cumbres eternamente nevadas, para llegar junto al hijo desterrado y darle, con su bendición, el último beso y el adiós hasta la Eternidad.



Caminaba la intrépida anciana por la pedregosa senda, con la mirada puesta en las cumbres que le ocultaban la tierra chilena, donde esperaba el ausente, y, a medida que se alejaba aquella sombra, en vez de empequeñecerse con la distancia, se engrandecía. Y tanto se engrandecía, que, cuando llegó a la cima del más elevado cerro, su silueta, proyectada sobre el cielo, parecía una gigantesca estatua cuyo pedestal fuese toda la montaña.

Aquel fantasma ahuyentó todos los otros gloriosos fantasmas de la Cordillera. Cuando la augusta sombra de la Madre se perdió detrás de las cumbres, sentı que la montaña quedaba despoblada de épicos recuerdos, y proseguí el viaje indiferente, olvidado del hombre del capote de campaña y el sombrero de hule, y sin advertir que iba hollando la senda del Ejército de los Andes.

# La novia de los tristes destinos

Hace treinta años que los novios leían y aprendían de memoria las Poesías de Manuel Acuña y las «Pasionarias» de Flores. Se sabía entonces que Acuña, después de escribir el «Nocturno», se había suicidado, y se repetían vagas historias sobre sus trágicos amores. Se sabía también que Manuel Flores, el poeta de los delirios eróticos, estaba ciego y abandonado, y que, desde la sombra, lanzaba dolorosas quejas que no hallaban eco en la tierra. Todas estas cosas trágicas gustaban a los novios. Entonces era de buen gusto ser un si es no es triste, y no estaba mal un poco de drama, aun en los amores más apacibles y burgueses. El romanticismo no se había ido del todo, no se concebía corazón que no apresurara sus latidos cuando se escuchaban los melancólicos versos:

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
No me he de ver jamás.

Todo esto que hoy nos parece cursi, no lo era entonces, y los novios, con las primeras flores, regalaban a sus novias los dos tomitos de Acuña y Flores, editados por el librero Bouret, encuadernados en tela roja, con atributos y leyendas doradas y los retratos de los bardos mejicanos.

En aquella época, —era la época de las viejas quintas,— se tropezaba en las tardes estivales, a lo largo de las alamedas del Paso de Molino y del Miguelete, con graciosas y delicadas mujercitas que, sentadas en los bancos, leían absortas el pequeño libro de tapas rojas.

Desde entonces los novios han leído muchos otros poetas y hoy acaso, no leen ninguno. Acuña y Flores han quedado relegados a las viejas bibliotecas de familia, y los versos del «Nocturno» corren por el mundo con música de organillo, sin que por ello se apresure el latir de los corazones.

Sin embargo, hubo un corazón, que recién acaba de cesar de latir, que conservó vivo y palpitante el recuerdo de los dos poetas. Ese corazón fué el de Rosario, la mujer que amó apasionadamente a Flores y por quien Acuña se quitó la vida. Rosario de la Peña y Llerena, «Rosario la de Acuña», como se le llama en Méjico, falleció hace apenas cinco meses en su casa solariega de Tacubaya. Acababa de cumplir sesenta y siete años y su serena ancianidad contrastaba con su tormentosa juventud. Sus dramáticos amores apenas habían dejado un velo de melancolía sobre su frente marchita.

Rosario de la Peña fué la mujer más bella y desventurada de Méjico. Manuel Acuña, en plena efervescencia juvenil, se prendó de ella, y aquellos tristes amores tuvieron trágico epílogo. El poeta se suicidó con un tósigo después de escribir en el álbum de Rosario su testamento sentimental. El suicidio de Acuña enlutó los mejores años de Rosario; pero, la tragedia no cegó las fuentes de su corazón. Amó más tarde al coronel Espinosa Gorostiza, y, próxima a realizarse la boda, una nueva tragedia puso fin al idilio: Espinosa fué muerto en duelo por el coronel Arruvincia. Años más tarde, el poeta de las «Pasionarias» conquistó el herido corazón de aquella mujer. Rosario se entregó a aquel nuevo amor con el presentimiento de que una nueva desventura se cernía sobre su vida. Y esta desventura llegó; antes de que los enamorados se unieran, el poeta quedó súbitamente ciego, enfermó luego, y murió poco después en brazos de la infortunada mujer.

Rosario vivió desde entonces para sus melancólicos recuerdos. El tiempo cicatrizó las heridas de su corazón y la serenidad



llegó a su alma cuando los años orlaron con plateadas hebras su frente tan combatida por la adversidad. Los ojos en que el poeta suicida creyó no verse jamás, se cerraron, por fin, una tibia tarde estival, en medio de la quietud de la casa solariega, mientras cantaban los pájaros y se abrían las flores que alegraron la viudez sentimental de la doncella mejicana, a quien puede llamársele con verdad, la novia de los tristes destinos.

# Dos ediciones póstumas

Con poco intervalo de tiempo se han dado al público ediciones póstumas de dos poetas uruguayos: la «Selección de poesías», de Julio Raúl Mendilaharsu, a quien fuerza es aplicar el manoseado verso de Menandro: «Joven parece el que es amado por los dioses'', y ''Paja brava'' del Viejo Pancho, pseudónimo de José Alonso y Trelles, quien si no murió joven conservó hasta el final de su trabajada vida la juventud del sentimiento que también es una manera de ser joven. Son dos poetas, Mendilaharsu y Trelles, que nada tienen de común como no sea el triste privilegio de la gloria póstuma y la espontaneidad con que se manifestó en ambos la vocación poética, cuando era casi niño, en el caso de Mendilaharsu, en edad provecta en el caso del viejo cantor criollo.

Mendilaharsu fué un espíritu cosmopolita, intrépido, lleno de curiosidad e impaciencia, ambicioso de gloria, finamente aristocrático en el pensar, en el sentir, y, sobre todo, en el realizar. Fué un gran señor de las letras, y a veces las trató demasiado en gran señor, como cosa de juego y pasatiempo; pero, en los últimos años de su vida adquirió el virtuoso empecinamiento del artista. Lo que no escatimó jamás fué el tesoro de sensibilidad que había en su corazón. Y esa sensibilidad, exaltada casi siempre, fué el agente dinámico de su vida de poeta y ciudadano. Todo en él fué sentimiento, arrebato, impulso, ¿Cómo no había de ser poeta, y gran poeta, este hombre que atravesó el mundo

con el corazón en la mano? Lo fué, y lo fué integralmente. Toda su vida fué un romance, heroico a ratos, a ratos melancólico, pero siempre sostenido. Le encendían las cosas grandes, las cosas bellas, las cosas justas. También le encendían las cosas simples, las pequeñas cosas humildes. Conocía el hervor heroico que hace germinar la trova lírica, en que el alma se explaya y desborda. ¡Cuántas cosas dijo y sugirió cuando dió rienda suelta a su inclinación subjetiva! Y todo lo dijo espontáneamente, en forma tan expresiva y con tal fuerza de emoción, que, leyéndolo, se recuerda aquella manera única de entregarse, de darse a los demás que solamente se halla en Alfredo de Musset.

Cuando le recordamos, ahora que hace ya tiempo que no está entre nosotros, todavía sentimos el cordial influjo que exhalaba su presencia, el cálido optimismo que trasmitía su mano al estrechar otra mano, el poder de simpatía y de amor que tenía su palabra. Vivió constantemente animado por el más avasallador sentimiento de amor. Amó a la patria, amó a la humanidad, amó a la libertad, amó a la justicia, amó a la verdad, y tuvo igual aptitud de amor para el dolor propio y de los demás. Su vida, tronchada en flor, —tenía apenas 37 años cuando murió, hace ya tres años— fué un holocausto de juventud y amor. Este amor le hizo hombre de fe, y esta fe, que cuando le sorprendió la muerte se internaba ya en místicos senderos, se tradujo en cordial optimismo, en confiada seguridad, en esperanza constante, en perenne deseo de acción.

Se debía a la memoria del poeta esta selección póstuma para la cual él dejó trazadas normas e indicaciones. La amante mano de la esposa ha realizado la obra con rara penetración y conmovedora ternura. Ha reunido para ello las mejores piezas de las colecciones que publicó Mendilaharsu con mano un poco pródiga: «Como las nubes», en 1909; «Deshojando el silencio», 1911-1913; «El alma de mis horas», 1915; «La cisterna», 1919; «Voz de vida», 1923; y ha agregado algunas composiciones inéditas escritas en los días que precedieron a la muerte del poeta, y dos breves notas en prosa, las únicas, de un libro que se proponía escribir con el título «Los poemas del niño", y del cual sería protagonista su pequeño hijo. Otro poeta, y gran poeta, Emilio Frugoni, ha prologado bellamente el libro.



Se puede seguir en esta obra la ascensión de Mendilaharsu desde sus primeros balbuceos líricos, que fueron el espontáneo florecimiento de la vocación, hasta las complejas piezas que escribió frente al espectáculo siempre cambiante que le procuraron los viajes y las largas residencias en Europa. Aparece en estas últimas agitado por generosas inquietudes, conmovido por encontradas influencias literarias, ya soñando con Rodenbach y Verhaeren, en la poesía de las ciudades, de los puertos y de las cosas íntimas, ya dejándose arrebatar por el dinamismo lírico de Walt Whitman frente a las muchedumbres que trabajan y sufren. Pero todo ello lo hizo con total ausencia de retórica y de técnica, con fresca espontaneidad, con esa claridad de cepa gálica que caracteriza su obra y es como su sello personal. Parece que la divisa del poeta hubiese sido el consejo de La Bruyere: «Se debe hablar de las cosas grandes con simplicidad, y de las cosas humildes con nobleza».

Sus últimos versos son serenos y melancólicos, una especie de retorno al mundo interior del que había salido reclamado por el tumulto exterior. Fueron sus últimos meses de vida como un constante mirarse hacia dentro, y allí vió reflejada la imagen de cosas y seres queridos, sitios familiares, perspectivas cotidianas atisbadas desde los cristales de su cuarto de estudio. El poeta se sentía en sazón y ya no aspiraba a más panoramas que los que procura la dulce vida del hogar.

...entonces retorno al lugar nativo,
a la casa antigua del íntimo amor.
El aire extranjero es aire nocivo
cuando está maduro el fruto interior.

El fruto interior estaba demasiado maduro, desgraciadamente, y fué arrebatado por el viento mientras el rayo calcinaba y abatía el árbol. El poeta había cantado en un día de desconsuelo:

Todos nuestros poemas
Vuelan unos instantes y piérdense en la muerte.

Los poemas de Mendilaharsu han sobrevivido al poeta y seguirán viviendo todavía mucho tiempo. Estos días precisa-

mente en que se renueva el recuerdo de su muerte, ellos despliegan las alas sobre la losa donde las flores no se marchitan y donde se abren las rosas que arsenio Houssaye pedía para la tumba de Matías Behety.

*
* *

En la tumba del Viejo Pancho no hay rosas, que son símbolo de juventud; pero en cambio florecen las silvestres margaritas del campo. El poeta de las «Noches» pidió para la suya la sombra de un sauce; Trelles seguramente habría deseado la de un ceibo, árbol hijo del monte criollo, cuyas rojas flores son símbolo de pasión. Y también habría sido grato a su alma que junto a él floreciera un espinoso cardo. Las flor morada recordaría la tristeza que exhalan los versos del viejo cantor, y sus espinas serían el trasunto del áspero pesimismo que llenó su alma.

Alonso y Trelles era español de origen, pero de tal manera se identificó con la vida rural de este país que, cuando se sintió poeta, se convirtió en el intérprete de las intimidades del alma campesina. Se adueñó del lenguaje criollo con su pintoresca sintaxis, sus plásticas imágenes, su instintiva tendencia onomatopéyica, sus variadas síncopas y sinalefas; se adueñó también de ese tesoro de filosofía popular y sabia experiencia que hay en la poética paremiología gaucha; y se adueñó, sobre todo, de ese sentimiento de fatalidad y tristeza que se halla en el fondo del alma del habitante de nuestros campos y que parece presidir su vida sentimental y afectiva.

La edición póstuma del rico cancionero del Viejo Pancho es un pequeño monumento que perpetuará la memoria del poeta. Está impresa con suntuosidad e ilustrada con bellas xilografías de pintores y dibujantes uruguayos que han querido rendir este homenaje al popular cantor criollo, Justino Zavala Muniz, un escritor que hace ya tiempo atrae sobre sí la atención de los críticos, ha prologado esta colección de versos, "lamentos graves y viriles que comenzaron a oírse en las rejas de las pulperías", al decir del prologuista. "No fué, sin duda, José Alonso y Trelles, concluye éste, el poeta épico que nuestras gestas aguardan. Pero en la tarde melancólica de su vejez vió reunirse en torno suyo a los hombres del campo, pesando en la rueda la emoción del silencio en espera de sus cantos".



Lo épico no es siempre lo que proviene de las gestas; lo es también lo que procede de las vidas humildes cuando éstas constituyen colectividad y sus ideas y sentimientos adquieren formas comunes y permanentes. Y es de esa clase la esencia épica que hay en el hondo lírismo de Trelles. Sus versos, con ser profundamente subjetivos, expresan sentimientos que son universales en el ambiente campesino, y ellos constituyen por lo tanto elementos esenciales para definir la psicología del habitante de nuestra campaña.

Trelles criollo, recuerda a Vicente Medina, regional. El procedimiento poético de ambos es muy semejante; el tono sentimental es el mismo; hasta en los metros y motivos suelen coincidir ambos poetas. Medina escribió "Cansera", que es una página de la historia del alma murciana, y Trelles escribió "Fruta del tiempo", que es como a manera de una "cansera" del alma criolla. Otros temas y motivos fueron también preferidas por los dos poetas, lo que quiere decir que lo original es generalmente forma exterior de lo universal, que es la verdadera esencia poética que hay en los versos de estos dos cantores del alma popular.

La edición póstuma de Trelles se denomina "Paja brava", título que fué de una de las breves y humildes colecciones que el poeta publicó en vida. El título es simbólico. Los versos de Trelles tienen el sabor autóctono y la agreste belleza de los pajonales y de nuestros campos; pero, como ellos, están llenos de agresivas y enconadas espinas. Son las que el dolor hincó en el alma del viejo poeta, cuya última queja parece oirse todavía en el viento que viene de la soledad del campo:

Pastoriando esperanzas
No advertí la vejez que andaba cerca;
Hoy la siento en los güesos
Y ha cubierto de escarcha mi cabeza.

Mis pobres ilusiones
Ya no saben volar de puro viejas...
¡Tuito envejece en mí, tuito se acaba!
¡Las que son siempre mozas son mis penas!

1926.

# Dos poetas hermanos

Hay dos Silva Valdés poetas: Fernán, el mayor, el que ha obtenido más difusión y nombradía; y Julio, el menor, cuya obra ahora comienza a ser conocida. Se parecen física y moralmente; ambos son de pura cepa española; tipos castizos en quienes cuatro o cinco generaciones criollas no han modificado los rasgos peculiares de la raza. Con rostros y continentes como estos se tropieza cuando se contemplaban las reproducciones de los cuadros que el Tiziano pintó para Carlos V, o Velázquez para Felipe IV. La semejanza moral obedece también a causas que tienen relación con razones históricas. Procede de una forma de educación que hunde las raíces en el linaje, al que converge la tradición, a ratos patriarcal, a ratos heroica, a ratos galante, de los abuelos, que fueron hacendados, agricultores, pulperos, militares, hombres de salón, pero, sobre todo, hombres de bien. Estos hogares uruguayos donde el recuerdo del lazo y las boleadoras se confunde con el de la vara de medir de los buenos tiempos en que los mozos de pro eran dependientes de tienda, y el de las hazañas del abuelo: coronel, general o caudillo, atestiguadas por una vieja lanza, espada, bandera o divisa que vimos de niños pendientes del muro o guardadas en el arcón de las reliquias de familia, han sido y son, dentro de nuestra modesta genealogía criolla, escuela de nobles enseñanzas cívicas y fuente perenne de energías espirituales.

Los Silva Valdés proceden de esa educación patriarcal que comienza con la leche que se mama en el seno materno, que prosigue con las enseñanzas directas e indirectas que se absorben en la casa, que se fortifica, en el adolescente, con el ejemplo de las virtudes domésticas y el culto del recuerdo de los mayores, y que es acrisolada, en el hombre, frente a la vida y a la adversidad.

Esta breve digresión es útil como antecedente cuando se trata de apreciar y juzgar la obra de estos poetas, y sobre todo cuando se trata de sentirla y gustarla, por cuanto los elementos con que aquélla está compuesta pretenden no ser cosa de improvisación y artificio, sino proceder de la intimidad psicológica y sentimental de una manera de ver y sentir el mundo exterior desde el punto de vista violentamente personal y nacional en que el poeta y su ambiente son el centro o eje de la naturaleza moral y física del mundo. De esta concepción procede el individualismo e independencia de esta poesía, que no reconoce antecedentes ni cánones, que se proclama emancipada de influencias docentes y que aspira a ser única en la forma de expresión, en la técnica, en los temas, en las figuras, en la sensibilidad, en la fuerza de adivinación estética de que dota al poeta.

Los Silva Valdés, con pequeños matices de diferenciación técnica y de sensibilidad, han adoptado la misma forma de expresión lírica, un poco extravagante, al margen de la preceptiva, reñida con la métrica pero no con el ritmo, guardando aún cierta reverencia a la rima, pero con aires y deseos de destruirlo todo en lo que se refiere a las reglas tradicionales de hacer versos. No hay que alarmarse demasiado por esta manera de encarar y resolver el problema estético de la forma escrita siempre que el poeta realmente lo sea y diga cosas bellas y nuevas.

Fernán Silva Valdés, cuya jerarquía intelectual ha sido reconocida por reputados críticos de todos los países hispanoamericanos, es realmente poeta. Lo es por su vida, limpia y trasparente, totalmente consagrada, con devoción realmente admirable, al culto de la belleza. Ejerce así la profesión poética como un sacerdocio laico, convencido de la misión estética que le han confiado los dioses. Nadie se siente más poseído de su misión ni más orgulloso de su noble oficio. Ostenta su título de poeta con la sencilla majestad con que los antiguos sacerdotes se ceñían las ínfulas. Cuando se le ve cruzar las calles, con su paso un poco vacilante, precedido por su mirada vaga pero inquisitiva de miope, se deplora que las ropas ciudadanas confundan con la multitud a este trovador que nada tiene que ver con la vida y las preocupaciones burguesas.



Es también poeta por su obra, que ya comprende varios volumenes de versos, dos de los cuales, «Agua del tiempo» y «Poemas nativos», han fijado la manera del poeta, su estética digámoslo de una vez, puesto que hay quienes sostienen que Silva Valdés, además de talento y estilo personal, tiene su estética, también personal .

Lo que tiene de persona Silva Valdés, además del talento, es la estilización que ha hecho de los motivos autóctonos y del criollismo, dando una visión nueva de aquéllos, alquitarando éste, y agregándole la novedad de la figura realista troquelada en metal nativo. El cantor criollo fué ingenuo y simple; ajustó espontáneamente la voz a la armonía de la naturaleza y dejó brotar su meliodioso canto dando rienda suelta al sentimiento. Cuando su imaginación se exaltó surgieron las figuras naturalmente, tomadas del paisaje, del cielo, de las nubes, del río, del bosque, de la campiña, de los pájaros, del espectáculo que abarcaban sus ojos; cuando su espíritu reflexivo se replegó y se dió a meditar, halló su expresión en breves y gráficas sentencias y refranes, que resumieron la experiencia y el saber del poeta nativo, que fué así también un poco filósofo.

Así compusieron Hidalgo y Ascasubi sus poemas, y Del Campo su "Fausto", y así nació "Martín Fierro" y toda su descendencia: las décimas de Lussich, Moratorio y De María y el lirismo gaucho de Elías Regules, que sigue alternando en las ruedas de estancia con las doloridas quejas del Viejo Pancho.

Pero este nuevo poeta ni viste chiripá, ni calza espuela, ni se envuelve en la clámide del poncho. Fernán Silva Valdés canta, sin embargo, todas las cosas que cantaron sus antecesores, pero las canta de una manera personal e inesperada. El romance, la décima, la quintilla y la cuarteta han resultado estrechas

para su canto. Las seis cuerdas de la guitarra han saltado bajo la presión de sus dedos, porque éstos no lograron hallar en el clásico instrumento el acorde buscado. Y entonces surgió el estilo personal.

El poeta adoptó el discurso amplio y sin trabas; la cláusula sonora y rítmica, pero sin módulo; y se entregó a una especie de elocuencia lírica que, a veces, recuerda, en su simple contextura, la manera homérica. Es como si la décima gaucha se hubiese convertido en oda griega. Dentro de esta forma Silva Valdés es autóctono y característico. Describe el pago con sus notas peculiares y pintorescas, canta al ombú, al poncho, a la guitarra, a la flor de ceibo, a los potros que han perdido la libertad, al viento de la pampa, a la carreta, al rodeo, al chingolo, a la taba, a la manguera de piedra, al pericón, a las armas charrúas, al espinillo, y a muchas otras cosas. Cada una de estas piezas poéticas es una nota de sensibilidad y un apunte de color; pero, además, suelen encerrar un pensamiento fundamental, y, a veces, un sedimento de filosofía. Lo que nunca falta en ellas es el vocablo audaz, la alegoría excesivamente realista, la figura inesperada. Respecto a lo primero, este poeta no reconoce jerarquía en las palabras ni cree por lo tanto que las haya necesariamente prosaicas; el realismo, a veces tan reñido con la poesía, suele seducirlo con perjuicio de sus versos; en cuanto a las figuras, con ser algunas de ellas artificiosas, no puede negárseles originalidad y belleza.

He aquí algunos curiosos ejemplos de figuras que caracterizan la técnica del poeta. Cantando a la manguera de piedra de las viejas estancias, dice que es el

> tosco anillo nupcial para las bodas
> de la barbarie con el trabajo,

y que su canto

> ha de quedar preso en tu redondel,
> cual los cuernos de un toro en la armada de un lazo.

La aurora que apunta en el horizonte es para el poeta



> como un relámpago que se ha quedado inmóvil,

y como nota característica de la caída de la tarde traza esta extraña figura:

> ante el horizonte, los cuernos de los toros
> le improvisan paréntesis al sol.

Más tarde, caídas ya la sombras,

> la noche se acuesta
> sobre el poncho del pasto.

Los rumbos que los peones trazan al parar rodeo

> son como las varillas
> de un abanico inmenso
> que hasta el horizonte se va abriendo.

Y por fin, he aquí una hermosa figura hallada en un motivo marcial sugerido por el toque de clarín de un viejo guerrero. El sonoro instrumento de bronce en los labios del trompa negro

> Parecía una flor de oro
> en un tronco de ébano.

Silva Valdés tiene también maneras de decir muy personales y sintéticas. La flecha indígena para el poeta está hecha

> con un poco de árbol,
> con un poco de pájaro,
> con un poco de pluma.

Pero lo que tiene sobre todo este poeta es inspiración fresca y fácil, imaginación despierta y encendida, sensibilidad ricamente matizada y una extraordinaria facilidad de invención poética. No es extraño que con todo ello sus cantos hayan logrado consagración en América, sobre todo, en aquellos países trabajados por la tradición indígena que, temerosa de extinguirse, está reclamando formas perennes.

El menor de los Silva Valdés, Julio, ha publicado un libro que se titula "Oriental". Es un libro intrépido, como corresponde al título, puesto que esta palabra «Oriental» tiene en la portada un significado especialísimo. Con ella ha querido el poeta referirse, no al oriental asiático, sino al oriental histórico de estas tierras platenses. Preciso sería, para sentir la fuerza local de este vocablo, establecer la diferencia psicológica que hay entre «uruguayo» y «oriental». Es uruguayo corrientemente, y también lo es gramaticalmente, el ciudadano de la República del Uruguay, aun cuando sea hijo de inmigrantes o él mismo sea producto de la agregación inmigratoria. Pero ser oriental es tener en las venas sangre de las primeras generaciones libres, es sentir la tradición nacional desde los días en que Artigas dió nombre y carácter a su pueblo, y sentirla en todos sus infinitos matices.

Tal es lo que se ha propuesto expresar con sus versos más característicos Julio Silva Valdés, y por cierto que algunas de sus restauraciones nacionalistas de orden psicológico tienen la simple belleza de la verdad y constituyen verdaderos documentos humanos.

Hay en este libro una composición, un pequeño poema que, en su vulgar estribillo, encierra todo un problema nacional y una página de la intrahistoria del país. El estribillo dice así:

Yo soy blanco, yo soy blanco
Como güeso de bagual.

El poeta lo aprendió cuando era niño y comenzaba a balbucear las primeras palabras. Lo oyó a su padre, y supo también que para ser buen oriental es preciso ser «colorado como sangre de toro» o «blanco como güeso de bagual». Los libros, la historia, la meditación le enseñaron más tarde que aquello era absurdo; pero, en el fondo del ser, él «era blanco...» y, cuando pretendía olvidarlo, los retratos de los abuelos se lo recordaban severamente. Era aquello una especie de maleficio. Por fin, convino en que era preciso terminar para siempre con la divisa, pero en el propio hogar halló la prueba concluyente de que la marca de fuego era indeleble y que aun le sobreviviría, pues su



pequeño hijo, que comenzaba a balbucear, también como él repetía ya el estribillo del maleficio:

Yo soy blanco, yo soy blanco
Como güeso de bagual.

¿No es este, acaso, un capítulo de historia viva de la sociedad oriental? Pues este capítulo, está bella y simplemente escrito en verso limpio y transparente.

Desfilan por las páginas del libro de Silva Valdés, que tiene algo de anecdotario lírico, entre paisajes urbanos y perspectivas campesinas, episodios de la guerra grande, siluetas de caudillos de lanza y sable, trazos de viejos personajes de levita y galera de copa, damas de miriñaque y mantilla, la figura sombría de Rosas, muchedumbres que aclaman a la Santa Federación, turbamulta de recuerdos y reminiscencias, evocados unos, sugeridos otros, pero todos expresivos, tocados por la emoción, trasunto de ese romanticismo federal que Figari ha poetizado en sus telas.

He aquí, pues, al nuevo poeta y su obra, que es resurrección de criollismo urbano, de tradicionalismo dinámico, de valores históricos no bien ponderados todavía.

Los Silva Valdés se complementan. La sensibilidad del uno y el sentimiento del color del otro aplicados a esta obra de estilización de las cosas autóctonas están dando nuevos elementos a la literatura poética del país, y, como algunos quieren, de América también.

# CUENTOS

# Cuento sin nombres

## APUNTES PARA UNA NOVELA

### I

—Habla el 55 34 82.

—Pero yo no quiero hablar con un número; quiero hablar con una persona, y con una persona muy interesante, por cierto.

—¿Quién es Vd?

—Yo soy... yo.

Una estrepitosa carcajada estalló en el auditor y se prolongó en breves accesos interrumpidos por exclamaciones.

—¡Ah! ¡ah!... ¡es usted!... ¡qué gracioso!... ¿cómo podía suponerlo?

—Sin embargo debía usted haberlo supuesto y hasta esperado. Recuerde que anoche se lo anuncié.

—¿Anoche?, es verdad, pero no me acordaba.

—Tiene Vd. mala memoria y, casi iba a decir... mal corazón.

—Mal corazón ¡Qué gracioso! ¿Cree Vd. que tengo mal corazón?

Y otra vez la cascada de risa llenó el auditor con sus sonoras resonancias. Era una risa entrecortada, con algo de música de jazz, en la que se prolongaba, agresivamente, la cálida sonoridad de la voz, imperiosa y acariciante a la vez.

—Perdóneme, no he juzgado su corazón. No podría hacerlo. Ha sido una simple manera de reprocharle su olvido.

—¿Reprocharme? ¿Pero tiene Vd. derecho a hacerme reproches?

Y volvió a reir otra vez.

—No, no tengo derecho alguno sobre usted y sin embargo me parece que empiezo a tenerlo...

—¡Presuntuoso!

—No es presunción. Recuerdo que usted me autorizó anoche a llamarla por teléfono. He llamado, usted a acudido, le estoy hablando y usted debe escucharme.

—No olvide que puedo cortar la comunicación.

—Volvería a llamar.

—No le contestaría.

—Seguiría llamando hasta conmoverla. Además, usted no cortará la comunicación.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con tono de espontánea autoridad.

—¿Lo cree usted?

—Estoy seguro de ello. Es demasiado serio lo que tengo que decirle para que usted deje de oírme.

—¡Vuelve a ponerse trágico!

—No; hablo con sinceridad, con estricta sinceridad.

La voz se tornó grave y sin perder ese tono agregó:

—¿Volverá esta noche a la *boîte?*

—Creo que sí.

—No debe usted ir.

—¿Por qué?

—Aquel ambiente no es para usted.

La risa volvió a sonar en el auditor, esta vez, un poco forzada.

—¡Qué gracioso! ¿Y qué me receta usted? ¿Ejercicios espirituales? ¿Por lo menos uno novena?

—No es necesario tanto. Es bastante, por ahora, no ir a la *boîte.*

—¿Y qué quiere usted que haga esta noche y mañana y pasado mañana y las demás noches y todas las noches que me esperan?

La voz femenina pronunció estas palabras con acento en el que se advertía cierta vaga ansiedad y oculta fatiga.

—Para esta noche no hay problema. Usted está cansada. Ha dormido mal, tiene un poco de jaqueca...



—¿Cómo lo sabe usted?

—Sus nervios están alterados. Es necesario quedarse en casa, tenderse en la *chaisse longue*, hojear un libro, soñar un poco despierta, tomar una taza de tilo, acostarse temprano y dormir.

—¡Pero todo eso es horriblemente cursi!

—Mañana, pasado mañana y todas las noches que deben venir veremos qué ha de hacerse...

—¡Me moriría de aburrimiento!

—Estoy seguro de que hallaremos excelentes programas. Desde luego podremos hablar por teléfono.

—¡Bonito programa!

—Usted ahí, en su salita, junto al fuego, rodeada de sus cosas familiares, con el piano abierto, con el estante de libros a la mano, con las últimas revistas sobre la mesa, con los álbumes de fotografías de sus viajes, con su cartera de correspondencia, con sus cuadernos en blanco...

—¡Me moriría de fastidio!

—Yo aquí, en mi uarto de trabajo, también junto al fuego, fumando mi pipa, leyendo mis libros, pensando en usted.

—Ahora se pone romántico. Y por qué ha de pensar en mí y no en otras personas.

—Por que usted me interesa más que las otras personas.

—Pero si hace apenas veinticuatro horas que nos conocemos.

—Yo la conozco a usted hace mucho tiempo. Lo de anoche es un simple incidente: presentación, cambio de saludos, banilidades. ¿Qué es todo eso cuando durante mucho tiempo se ha «sentido» más que conocido a otro ser que gira en la órbita de nuestra vida? ¿Qué significa la trivialidad de una presentación cuando existe ya un vínculo superior a las fórmulas sociales?

—Ahora se pone usted demasiado metafísico. Apenas le entiendo.

—No importa; es suficiente que me entienda apenas. Ya es algo. Ese apenas irá creciendo y concluirá por transformarse en comprensión total. Por ahora no pido más. ¿Cómo va la jaqueca?

—No sé si estoy mejor o peor. Acabo de encender un cigarrillo para atontarme. Además tomaré un poco de whisky.

—Ha hecho usted mal en fumar. Apague ese cigarrillo. Es odioso pensar que sus labios se manchan y que su boca se impregna de nicotina. Eso le producirá tos y le excitará más los nervios. ¿Sabe usted una cosa? Cuando yo era niño, en nuestro país las damas no fumaban; solamente lo hacían las que no eran damas, las indias y las viejas negras esclavas.

—¡Qué horror!

—Es un horror y una grosería, pero es la verdad. Cada vez que vea una mujer fumando acuérdese de esta torpeza que acabo de decirle.

—Y ¿qué me dice del whisky?

—También en aquella época era una mala palabra. Se hablaba de él con pudor. Frente a nuestra quinta vivía un inglés misántropo que se embriagaba hasta caerse; los muchachos nos decíamos en voz baja: «es el whisky».

—Pero, ahora todos bebemos whisky.

—Todos no. Yo bebo. Usted bebe, a veces por *snobismo;* pero, ¡cuánto le cuesta beberlo! ¡Qué ardor en las fauces, en la garganta, en el estómago! Confiese que eso que ahora va a beber usted es agua mineral. No se atrevería usted estando en su salita, a solas consigo misma, a beber whisky. Y hasta creo que tampoco se atrevería usted a fumar. Esas son cosas que se hacen en Carrasco o en la *boîte.*

—Se está usted poniendo odioso.

—Perdóneme. Yo no me pongo ni trágico, ni romántico, ni metafísico, ni odioso. Yo soy... lo que soy, y siempre, recuérdelo bien, siempre, he sido, soy y seré lo que soy.

—Usted quiere decir que yo, en cambio...

—No; usted es también lo que es. Claro que una personita aparentemente complicada, aparentemente frívola, aparentemente...

—¿Me está usted leyendo un capítulo de Bourget?

—Estoy leyéndole un capítulo del libro de la vida. Debajo de toda esa apariencia es lo que es; solamente que usted no se ha visto todavía a sí misma, no se ha «encontrado».

—Y usted, tal vez...

—Sí, yo la he «encontrado».

—Podría usted decirme ¿cómo me ha «encontrado»?



—Hay dos sentidos en su pregunta. ¿Cómo la he encontrado? Esto podría interpretarse en el sentido de cuales han sido las circunstancias en que la he «encontrado». Bien, eso que parece trivial es sin embargo complejo y oscuro. Yo no sé cómo la he «encontrado», pero sí sabía, presentía, estaba seguro, desde hace mucho tiempo, que iba a «encontrarla». Cuando ello se produjo me pareció que era lo que debía ser, algo así como la aparición en el cielo de un cometa cuya llegada se espera a fecha y hora fija.

—Voy a ponerme muy orgullosa.

—No, usted no es capaz de sentir orgullo por estas cosas. Tal vez lo sentiría si le dijera cómo la he encontrado y la encuentro en el sentido trivial de la frase. Pero no se lo diré.

—¡Qué egoista!

—No es todavía el momento de decírselo. Aspiro a que cuando se lo diga, no sea orgullo lo que sienta usted.

—¿Y qué he de sentir entonces?

—Tampoco me atrevo a anunciarlo, pero aguardo con fe a que las cosas pasen como yo deseo que pasen.

—Usted se ha propuesto inquietarme y picar mi curiosidad, pero vea usted, yo soy muy poco curiosa.

—Tiene usted razón, he querido inquietarla; pero nada más que inquietarla. Por ahora es bastante.

—Pero es que no tengo inquietud alguna.

—Sí, la tiene; pero no hablemos de eso; ya volveremos a hablar. Ahora debe usted descansar y sobre todo...

—No salir esta noche.

—No; no hay ningún mal en salir esta noche; solamente que no debe ir a la *boîte.*

—Iré a la ruleta.

—No, no irá a la ruleta. Qué puede ir a hacer usted allí. ¿Hay acaso algo que la atraiga? ¿El juego o el espectáculo doloroso de la miseria humana? Si usted no siente, como no la siente, la pasión del juego, ¿qué interés puede inspirarle la gente que se agrupa junto a las mesas? Solamente puede conducirla allí una curiosidad perversa, y usted no la tiene, o el *snobismo.*

—¿Me cree usted *snob?* Me juzga mal. Yo voy allí a distraerme.

—No la creo *snob*, pero sí creo que el *snobismo* ha penetrado en su vida. Usted fuma, usted bebe, usted juega, usted va a *boîte*, usted hace muchas cosas que no haría si obrara con libertad.

—No hay mujer más libre que yo.

—Su libertad es un espejismo. Vd. no es libre; pero puede serlo hasta donde es posible que una mujer o un hombre sean libres. Y usted lo será. No vaya hoy a la ruleta. Es una manera de empezar.

—¡Vaya una libertad! Lo malo es que seguramente no podré ir. La jaqueca me está atormentando. Creo que tendré que acostarme.

—¿Y por qué no? Le hará mucho bien unas horas de reposo. Deje sobre su mesita de luz un libro para cuando se encuentre mejor. Le servirá de cordial.

—Tengo muy pocos libros. Me han saqueado la biblioteca.

—Si usted quiere le enviaré uno.

—¿No será demasiado trascendental?

—No; es simple, casi trivial y, tal vez, lo encuentre usted cursi; pero no importa, insista.

—¿De quién es?

—De Bordeaux.

—¡Ah!... y ¿cómo se llama?

—*"La peur de vivre"*

—Lo leí hace mucho tiempo; no lo recuerdo ya; pero más que el miedo de vivir yo necesito el valor de vivir.

—Usted es valerosa; tal vez ese libro contribuya a demostrárselo. No la importuno más. ¿Me perdona el pequeño sermón?

—Casi iba a decirle que no.

—Pero no me lo ha dicho; luego estoy perdonado. ¿Me autoriza a que la llame mañana temprano?

—¿Temprano? ¿Qué quiere decir eso?

—A las nueve.

—Pero estaré durmiendo todavía.

—No, no estará durmiendo. Ya estará despierta. Habrá



pasado la jaqueca. Se sentirá usted mucho mejor que hoy, se lo aseguro. Llamaré a las nueve y media para decirle dos palabras. Y ahora, buenas noches.

—Buenas noches.

## II

Cuando despertó, el sol de una maravillosa mañana de invierno penetraba a través de la celosía y las cortinas y trazaba líneas horizontales de luz sobre la tela satinada que cubría los muros de la habitación. Recorrió lentamente con la mirada los objetos que la rodeaban y tuvo la sensación de que los veía por primera vez. Jamás había reparado en el color gris plateado de la tapicería, ni en la gracia del lienzo que cubría la parte superior de la chimenea, donde dos figuras con algo del candor de las ninfas de Boticelli se ofrecían envueltas en cendales de tul a la caricia del sol.

Los muebles de la alcoba, un poco agresivos en su modernidad, le parecieron bellos y su mirada acarició con morosidad las amplias superficies de ricas maderas lustradas, las telas claras de la *chaisse longue* y las butacas, el tapiz de colores neutros que cubría el *parquet*. Por primera vez advirtió la expresión familiar de los objetos que la rodeaban y le pareció que todos ellos le daban cordialmente los buenos días.

Experimentó una indefinible sensación de bienestar y un vago sentimiento de alegría sin causa. Tenía la mente diáfana, el corazón liviano y le parecía que su cuerpo se hubiera vuelto fluído y que planeaba en el aire suspendida por invisibles alas.

Se arrojó del lecho envuelta en su pijama de raso gris, se colocó unas pequeñas plantuflas de apagados colores, levantó la celosía y el sol iluminó la habitación. Cerró los ojos dulcemente y cuando los volvió a abrir el espejo le devolvió su imagen y con ella el cuadro de su pequeña habitación. El sol hacía brillar el oro de los cabellos sobre la blancura marfileña del rostro de líneas puras y de maravillosa expresión. Todo era armonioso y bello en aquella mujer: los ojos profundamente azules, la nariz noblemente aguileña, la blancura y regularidad de los dientes, el óvalo perfecto del rostro, la sonrisa que lo ilu-

minaba, el cuello alargado, el busto frágil, las manos aristocráticas, el ritmo de los movimientos. Aparecía en el cristal como un magnífico retrato al pastel compuesto en gris sobre una decoración plateada. La imagen se fundía en la luz suave y en el medio tono del fondo.

El reloj de esmaltado cuadrante dió las nueve.

—¡Pronto llamará!, exclamó sonriendo.

La campanilla del teléfono sonó ahogadamente debajo del miriñaque de una preciosa muñeca. Tomó el auditor y un mohín de disgusto se dibujó en sus labios.

—No, no puede ir.

Alguien insistió en el auditor y ella agregó:

—No sé. No podré ir tampoco. No me encuentro bien. El frío de la noche me hace mal. Creo que no podré salir durante algún tiempo.

—...

—Hoy tengo mucho que hacer. Imposible. Perdóname. Adiós.

Dejó el auditor con fastidio y su mirada tropezó con el título del libro que había estado leyendo antes de dormirse.

«El miedo de vivir». Pero, ¿es que hay quienes tienen miedo de vivir? Ella creía que existía el «miedo de morir», pero ¡el miedo de vivir! Y sin embargo ese terrible miedo existía y eran muchos los que lo experimentaban sin saberlo.

Permaneció pensativa, absorta ante el misterio de aquel problema que recién penetraba. Entonces, muchas de las personas que la rodeaban y que formaban su sociedad sufrían el miedo de vivir. Ahora comenzaba a comprenderlo. No había jamás logrado definirlo, pero ella había presentido que en la conducta de muchas de esas personas había algo oscuro e inexplicado. ¿Qué era ello? ¿Sería el miedo de vivir? ¿Sería eso el fondo de muchos pequeños dramas cuyo sentido no había logrado comprender? Una de sus amigas predilectas, en vísperas de casarse con un muchacho pobre de quien estaba profundamente enamorada, había destruído el idilio y, poco después, se había casado con un hombre viejo pero inmensamente rico. Entonces ¿aquello no había sido un capricho? ¿Era aquello el miedo de vivir? Y la otra que abandonó a su madre casi



moribunda para irse a Europa con una amiga; y la que dejó al marido enfermo para volver al hogar de sus padres; y la que se quedó en Montevideo mientras el marido se debatía en Buenos Aires contra la fortuna adversa; y la que no se casó nunca por miedo a la maternidad;... ¿Y ellos? También el miedo de vivir los poseía como a las pobres mujeres. Y más todavía... Era una galería interminable: casamientos de conveniencia; deserciones del deber; sálvese quien pueda frente a la vida; apelaciones a todos los vicios; piraterías morales; ¡cuánta miseria!

¿Y ella? Un momento se ensombreció su alegría interior y le pareció que el sol de invierno se nublaba. ¿También ella había sufrido el terrible mal? Su vida tan ligera, tan fácil, tan frívola, tan semejante al paseo matinal de la mariposa, estaría tocada también por aquel miedo? No podía ser. El se lo había dicho. «Vd. es valerosa». ¿Sería realmente valerosa, ella tan frágil, tan débil, tan femenina?

Se miró nuevamente al espejo y se encontró un poco pálida. Aquel vagar del pensamiento le había producido una indefinible sensación de inquietud. Recordó lo que él le había dicho: «He querido inquietarla; por ahora, nada más que inquietarla». Lo había conseguido por lo visto. Su alma estaba ahora inquieta. Ya no sentía la alegría del despertar. Había pasado de ella a un estado de vaga melancolía que sin embargo no le hacía daño, que, al contrario, le procuraba un extraño placer interior. A ello se mezclaba la inconsciente ansiedad de la espera. Había dicho que llamaría a las 9 y 30.

Sonó la campanilla y ella cogió el auditor con ansiedad.

—Sí soy yo. He dormido muy bien. Estoy perfectamente.

—...

—El campo de *golf* debe estar maravilloso. Acepto. Nos veremos en el Club.

Una hora más tarde ella ascendía velozmente el bulevar piloteando una elegante *voiturette* de ocho cilindros. La brisa viva de la mañana le había encendido las mejillas. Vestía sobriamente un elegante abrigo de piel de nutria y llevaba la cabeza tocada con un pequeño casquete de la misma piel. Las ma-

nos cubiertas por anchos guantes blancos jugaban ágilmente con el volante de la dirección y con la palanca de cambios.

A medida que ascendía la línea del bulevar iba apareciendo el mar quieto y profundamente azul en el primer plano, pardo en el horizonte donde se mantenía la bruma dorada por el sol rasante. En el eje de la calzada se dibujaba el torreón bermejo del faro, un poco achaparrado, emergiendo de los peñascos pintados por la luz con toques de ocre y siena quemada. Cuando llegó a la cumbre, desde donde el bulevar se precipita hacia la costa, la península apareció nítidamente dibujada sobre el mar como un gigantesco mapa. El agua teñida de añil en la pequeña rada, y estríada más allá en lamas aceradas, permanecía casi inmóvil acariciando la línea oscura que la marea alta había dibujado en los peñascos de la costa. Una pequeña vela blanca bogaba a estribor de un transatlántico que parecía suspendido en la niebla del horizonte.

Descendió aún por la ancha calzada y, a medida del descenso, el bosque que bordea el bulevar se fué corriendo como un telón de verdura y detrás de él, semioculto por los grupos de árboles y las graciosas colinas de los *links*, tendidas sobre la pradera como inmensos almohadones de terciopelo verde, apareció el flanco de la ciudad y la silueta de la costa flotando casi sobre el mar.

Un hábil golpe de volante llevó bulevar arriba la graciosa *voiturette*, y la hizo enfilar los portones del Club, salvó el umbral, recorrió en un instante la avenida en cuyas platabandas comenzaban a florecer los lirios y se detuvo en la explanada. Un *caddie* acudió a abrir la portezuela. Ella saltó ágilmente del auto, golpeó familiarmente con la mano enguantada la cabeza del niño y se dirigió a la escalinata, casi desierta en aquella hora matinal.

Desde allí le vió sentado en un sillón de paja, en el pórtico cubierto, frente al mar, embebido en la contemplación del paisaje.

Penetró en el vestuario, se quitó el saco, requirió el equipo de *golf*, se lo entregó al *caddie* y se dirigió al pórtico. El oyó sus menudos pasos, se incorporó y fué a su encuentro con las manos tendidas.



—Buenos días. Tenemos una mañana magnífica. ¿Va usted a jugar?

La contempló un instante con su pollera de *jersey* de lana blanca, su *sweter*, su graciosa boina listada y sus breves zapatos que realzaban aún más su esplendorosa juventud. Ella le miró con su mirada candorosa y franca y respondió:

—No, prefiero conversar.

El arrojó una moneda al *caddie* que esperaba con el equipo pronto y que se alejó corriendo.

—Yo también prefiero conversar. Sobre todo frente a este paisaje. Y recorrió con la vista la ondulada pradera que descendía como una alfombra de felpa verde hasta confundirse con el azul del mar. Grupos oscuros de cipreses y pinos, de altos eucaliptos y de achaparrados transparentes salpicaban de fronda la extensa colina, limitada, junto a la costa, por la rambla que se desenvolvía como una cinta de acerados reflejos. A lo lejos, entre las manchas de bosque, aparecían a intervalos jugadores blandiendo los mazos.

—Esto podría confundirse con un rincón del litoral de Escocia, dijo él a guisa de comentario.

Ella miraba con asombro el paisaje como si jamás lo hubiera visto. Abría los ojos para recoger la mancha de color en toda su intensidad y los entornaba luego para gozar de los medios tonos.

El tomó un trozo de papel, hizo una pequeña ventanilla rectangular, la colocó a escasa distancia de los ojos de ella y dijo:

—Mire usted.

Ella miró el paisaje que se recuadraba como en un marco y exclamó:

—¡Es maravilloso!

—Es una manera de aislar y gozar el paisaje. Me la enseñó un viejo pintor que la utilizaba para buscar sus temas.

Ella, como una niña a quien le dan un nuevo juguete, recorrió con el pequeño marco de papel todo el panorama: el mar, el bosque, la pradera, el flanco de la ciudad, el jardín. Todo le arrancó exclamaciones de admiración y asombro.

—Jamás lo había visto así. Nunca soñé que fuera tan hermoso.

—Es muy hermoso, dijo él. Casi todas las cosas lo son. Pero es necesario saber «mirarlas». Ahora usted «mira» por primera vez este paisaje delante del cual tantas veces ha pasado sin «mirarlo».

—Pero ¿es que todas las cosas son bellas?

—No, todas las cosas no son bellas; pero muy amenudo pueden serlo; la belleza, la fealdad o la indiferencia de las cosas está más que en ellas, en quién las mira. ¿No ha leído usted que un paisaje es un estado de alma? Pues un estado de alma puede hacer un maravilloso paisaje de un trozo inexpresivo de naturaleza y otras veces puede transformar un panorama grandioso en un cuadro trivial. Los paisajes de la naturaleza son inagotables; pero los del alma son infinitos. El más maravilloso de los viajes no podría jamás ofrecer las perspectivas que se abren al que penetra su propia alma.

Hablaba sencillamente y la diafanidad de la mañana parecía agregar claridad a su pensamiento. Ella le escuchaba sin fatiga, sorprendida de poder seguir y entender sin esfuerzo cuanto él decía. ¡Qué distinta era aquella conversación de las que a diario mantenía en aquel mismo sitio con sus amigos! Jamás se les había ocurrido hacer tema de sus charlas del paisaje que tenían delante de los ojos. ¿De qué hablaban comunmente? Hacia esfuerzo para recordarlo y no lograba formular la respuesta. Eran banalidades, chismes de sociedad, apreciaciones sobre el juego, juicios tontos sobre modas, sobre el *cocktail*, el último tango o *fox-trot*, sobre el campeón de *bridge* o el jugador de *football* mimado por las mujeres, pequeñas intrigas, alusiones escandalosas, anécdotas escabrosas, torpezas... Cuando la conversación se posaba en algo trascendental, las caras se alargaban, los bostezos se insinuaban y se producía el comentatrio invariable: ¡Qué «lata»! ¡Qué «paquete»! ¡Qué «secante»! Estas tres palabras eran el sambenito destinado a cuantos tenían ingenio o presumían tenerlo. El *cocktail* «bien cabezón», la estación emisora de bailables, el mazo de cartas, las excursiones furtivas y arriesgadas a los *links* eran puertas de escape de estas situaciones embarazosas



Los *putting green* que rodean los *holes* lo sabían. Eso y otras cosas pasaron en forma cinematográfica por su memoria en un instante.

—La vida, aún la vida cotidiana, —continuó él— puede ser embellecida: sólo basta quererlo. En todo, aún en lo más trivial, está la semilla de belleza que nosotros debemos hacer germinar. Tal es la facultad soberana que Dios ha dado al hombre y la que lo diferencia de las demás especies.

Ella le escuchaba sorprendida. Pero ¿No era esto una «lata»? ¿un «paquete»? ¿No era él un «secante»? Si lo era, ella no debía advertirlo porque ni sentía fatiga, ni se insinuaba el bostezo, ni experimentaba el deseo de sustraerse a la conversación de aquel hombre. Al contrario, sentía un secreto encanto, una especie de sortilegio que la mantenía pendiente de sus labios.

—¡Todo puede ser embellecido! exclamó ella.

—Así es. Escuche esta pequeña anécdota. Un invierno en París me ví obligado a recorrer durante muchas semanas, muy de mañana, la calle de Argenteuil; es una de las viejas calles que respetó Hausmann; serpentea desde el *Palais Royal* hasta la avenida de la Opera. Todavía se conservan allí algunos viejos inmuebles. Pasé tantas veces y a la misma hora por aquel sitio que las cosas y las personas que encontraba concluyeron por serme familiares y aún llegó el caso de que cambiáramos los buenos días con alguna gente de servicio. Una de éstas, una vieja portera, limpiaba cotidianamente con singular empeño la puerta de un antiguo inmueble, desafiando el crudo frío de la mañana. Realizaba con tal amoroso cuidado aquella operación que un día no pude evitar al decirle:

—Usted cuida demasiado su puerta, señora, y en cambio se cuida poco del frío.

—Cuando cuido mi puerta, —me respondió—, no siento el frío. Hace cincuenta años que la cuido y nunca soy más feliz que en estos momentos. Fíjese usted que mi puerta vale la pena de ser cuidada. Por ella entró y salió muchas veces Monsieur de Chateaubriand. Y por cierto que ella mereció ese honor.

Tenía razón. Era una hermosa puerta con herraje del siglo XVIII y paneles noblemente esculturados. La vieja portera había concentrado su vida en ella y todo su mundo interior parecía adherirse a las molduras, lacerías y dibujos que sus manos acariciaban con amorosa delectación y que para ella eran más bellos que todos los paisajes de la tierra. Ahí tiene usted un caso modesto de embellecimiento de las cosas por acción de la sensibilidad interna de una vieja portera de París. Le contaré otro caso en el que el protagonista fué un intelectual con título universitario. Hace muchos años lo encontré, a raíz de la publicación de uno de mis pequeños estudios, embebido en la contemplación de la más bella de nuestras iglesias. Cuando me vió me dijo:

—Estoy «mirando» por primera vez esta iglesia ante la que he pasado todos los días de mi vida sin reparar en su belieza. Esto se lo debo a usted y se lo agradezco.

Ese es otro caso del despertar de la sensibilidad interna dormida ante la belleza. El catálogo sería interminable. La pintura, la escultura, la literatura, la música, la naturaleza, sobre todo, son constantes animadores de la sensibilidad. También lo son las cosas abstractas: la inteligencia, el valor, la caridad...

—Usted omite una muy importante.

—¿Cuál?

—El amor.

—No la cité de intento. Me parecía arriesgado; pero iba a agregar otra...

—La amistad.

—Sí, la amistad.

—Y ¿qué riesgo veía usted en citar el amor?

—El amor es una palabra, un sentimiento y una realidad. La palabra la han gastado los hombres; el sentimientto es fuente de suprema belleza; la realidad puede ser el dolor.

—¿Por qué el dolor? También puede ser la felicidad.

—Es verdad. Lo es muy amenudo. Lo es casi siempre. Yo soy optimista. Pero cuando no lo es...

Permaneció un instante en silencio y luego agregó:

—¿Por qué asomarnos a espantosos abismos frente a la



serenidad de este paisaje? La amistad, aunque tiene también sus tormentos, es una realidad más apacible, menos complicada, y, sobre todo, menos exigente que el amor.

—¿Por qué menos exigente?

—El amor impone condiciones y la amistad no las impone. No hay para ella ni diferencias de sexos, ni diferencias de edades. Un joven de 20 años puede ser amigo de una mujer de 50 y un viejo puede serlo también de una niña.

—Y, acaso, ¿no es posible también eso en el amor?

—Tal vez en el amor sentimiento, pero, ¿lo será en el amor realidad?

—La edad no es un obstáculo para el amor. Yo tengo amigas casadas con hombres mucho mayores, y tengo también otras casadas con hombres de menor edad. Y en uno y otro casos conozco matrimonios muy felices. Uno de ellos es un ejemplo típico. El le llevaba treinta años. Acaba de morir, muy viejo, y ella está desolada.

—¿Será un caso de amor o de virtud?

—Es un caso de amor. Comenzó con el deslumbramiento de una colegiala y terminó con el amor profundo de una mujer. Le voy a narrar la breve historia, pues yo he recibido la confidencia de labios de la protagonista. Tenía diez y siete años cuando la sacaron del internado de Francia y la trajeron a Montevideo a vivir con sus tíos. Uno de ellos se consagró a su cuidado; le enseñaba el español, la llevaba a paseo y la protegía con su ternura. Era el primer hombre a quien había conocido de cerca. En tales circunstancias murió la madre de él; ella le vió sufrir y llorar y se sintió llena de compasión y ternura. Desde ese día comprendió que estaba enamorada de su tío. El no atinaba a comprenderlo ni a convencerse de aquel desbordamiento juvenil que, al fin, le dominó. Se casaron y vivieron más de treinta años de felicidad.

—Es un caso interesante, pero peligroso.

—Peligroso, ¿por qué?

—Ella arriesgó un poco de juventud; él lo arriesgo todo.

—Usted me dijo ayer que hay que tener valor. El lo tuvo.

—Sí; lo tuvo, aunque el caso era de los menos peligrosos. Ella era una niña; no era todavía mujer.

—Tiene usted razón...

Permaneció pensativa un instante y luego agregó:

—Una mujer es siempre un enigma para los demás, y, a veces para sí misma.

—He ahí el peligro. Ser un enigma para sí misma, ignorarse, no tener la seguridad de los propios sentimientos, estar a merced de la versatilidad del corazón.

La miró con profunda intensidad y agregó:

—¿Está usted segura del sentimiento de hoy? ¿No teme que mañana predomine sobre él el sentimiento de ayer u otro?

No contestó. Su frente se había nublado y sus ojos estaban húmedos. Una agitación dolorosa turbaba su sensibilidad y le impedía coordinar sus pensamientos. Con angustiado acento murmuró:

—No sé...

—¿No teme usted que esta amistad nuestra sea en usted simple reacción de más hondo sentimiento? ¿No cree usted que todo esto puede desvanecerse como un sueño?

—...

—Le propongo un pacto, un simple pacto amistoso. Yo, para usted, soy ya un hombre viejo.

—Yo voy a cumplir 23 años...

—Usted es una niña; está en la plenitud, en la esplendorosa plenitud y esa plenitud se prolongará mucho tiempo. Yo he cumplido cuarenta y cinco años. Es un meridiano declinante con relación al suyo. Es el ocaso frente al cenit. Yo reclamo por ahora su amistad. Si esa amisttad que le pido adquiriera en usted la apariencia o la realidad de otro sentimiento será la conquista suprema de mi vida.

—¿Por qué no aspirar a ella?

—Aspiro a ella con una sola condición.

—¿Cuál?

—Si el miraje desapareciera, si la curiosidad, o el interés, o el sentimiento se debilitaran, o la juventud y la vida reclamaran sus derechos, aunque el dolor sea mortal, yo sólo pro-



nunciaré estas dos palabras: «Debo partir», y usted me dejará partir.

—Eso es muy triste.

—Pero tiene que ser así. ¿Acepta?

—Acepto.

Se incorporó, la miró con ternura y advirtió que ella estaba profundamente conmovida.

—Son las once y media. Ahora debe usted jugar. Yo regreso al centro. Tengo que alcanzar el tren de la 1. Me voy a la estancia; pero volveré pronto.

Le estrechó la mano y partió. Ella le miró alejarse sin poder dominar la emoción que la poseía. Había dicho que era viejo; pero aquel hombre se mantenía en la zona indefinible de la edad. Solamente las sienes, que comenzaban a blanquear, denunciaban el pasaje del tiempo que había respetado el rostro varonil, atezado por el aire libre, y cuyos rasgos enérgicos estaban suavizados por la expresión grave de la mirada y la serenidad de la frente, donde parecía advertirse que la vida interior predominaba en él. De toda su persona emanaba una distinción simple y espontánea, sin estridencias en la indumentaria ni artificio en las maneras. Se advertía, además, en él, el don de autoridad y equilibrio que sólo se adquiere cuando se ha luchado con la naturaleza y con las pasiones. Se suele encontrar esa modalidad espiritual en las personas que han vivido largo tiempo en el campo o en el mar, y que han recorrido el planeta.

Ella lo siguió con la vista, hasta que subió al auto y, cuando éste partió, se encaminó pensativa hacia el *tee*, donde el *caddie* esperaba con el equipo.

## III

Las luces se encendieron y las personas y las cosas que comenzaban a naufragar en la lividez del crepúsculo, se animaron como cuando sobre un viejo cuadro al óleo se extiende una capa de barniz. El lujo de la sala recordaba la «época de Reus»: artesonados de yeso policromado, con notas de oro, ricas arañas de gas, de cristal y bronce, en cuyos brazos invertidos se ha-

bían adaptado ampollas eléctricas, pesadas cortinas de *peluch* oscuro sostenidas por canefas de dorada madera recogidas por suntuosos cordones de seda, sofaes, sillones y butacas de cuero capitoneado tipo Chesterfield. De los muros, cubiertos de afelpada tela, pendían oscuras aguas fuerte. Sobre la chimenea un rico péndulo de bronce y dos candelabros reflejaban sus complicadas formas en el azogue, un poco fatigado, del espejo de Venecia.

—Buenas tardes para todos, gritó con voz aflautada una dama dejando caer pesadamente sus noventa kilogramos en una butaca que lanzó un quejido al recibirlos. Vengo fatigadísima.

—Señora, tenga caridad con los ancianos, dijo uno señalando el mueble.

—No sea impertinente y pídame té con *sandwichs* que vengo famélica.

—¿Vas a tomar te?, dijo otra. ¡Qué atrasada!

—Yo no me enveneno con drogas. Y, además, las drogas no alimentan.

Se incorporó, se aproximó a la mesa bar donde se desplegaban los vasos de *cocktail* y las bandejas llenas de pequeños manjares, cogió dos canapés cubiertos de mayonesa y los engulló vorazmente.

—Le envidió el apetito, dijo otra en cuyo rostro los ataques hepáticos habían dejado imborrables huellas. Pero usted no tiene que cuidar la vesícula.

—Ella se cuida sola, replicó engulléndose dos nuevos *canapés*.

—¿Qué se cuenta?, interrogó otra.

—Ustedes son las que deben tener novedades. ¿Se arregló lo del divorcio?

—Eso no vale la pena. Hay algo más gordo. Acérquese al grupo del fondo y escuche.

Siete u ocho damas agrupadas alrededor de una pequeña mesa conversaban animadamente.

—¿Qué sucede, muchachas?

—Casi nada. Se acabó «el idilio romántico».

—¿Qué?



—Lo que era de esperar. Ella, en la plenitud; él, un viejo «paquete» con veinte y cinco años de ventaja. Tenía que suceder. Llegó el otro, más buen mozo que nunca, saturado de vida parisiene, y... asunto concluído. Estamos de boda.

—Pero ché, esto es una novela.

—No, es una realidad. Acaso, ¿podía ocurrir otra cosa? ¿No era locura que una muchacha joven, linda y rica se enamorase de un viejo pasado de moda, y para colmo, «filósofo». Yo nunca creí en eso.

—Pues yo sí. Confieso que daba el asunto por concluído y ya lo consideraba un poco como cosa de museo. Casi le tomaba olor a naftalina. La última vez que los ví en el *golf*, estaban tan entregados que me dije: «caso perdido».

—Eres muy poco psicóloga. Ella obraba por reacción y por capricho.

—¡Quién sabe!

—¡Qué!, ¿vas ahora a dudar del desenlace?

—No, del desenlace no; pero no creo ni en la reacción, ni en el capricho. Ella no es una niña; a él no le falta cierto interés...

—Déjate de momias y de «paquetes».

—Bueno; pero si el otro se demora, quién sabe lo que hubiera pasado.

—Pues yo lo sé. Se habría planteado, como de costumbre, el triángulo fatal.

—¿Y cómo fué la *reprise*?

—Pues muy sencilla. Llegó el otro de Europa. El estaba ausente. Se vieron en el *golf*. Conversaron, se entendieron y asunto concluído.

—Y, ¿qué ha sido de él?

—Nadie lo sabe. No ha vuelto todavía. Debe estar en la estancia.

La conversación se hizo tan viva y animada que de la sala inmediata llegaron imposiciones de silencio. Todos miraron con temor hacia la puerta y las voces tomaron el tono de la confidencia.

A aquella otra sala se penetraba en puntillas; reinaba en ella un silencio de muerte. Cuando se entreabría la pesada

cortina se experimentaba la sensación de que algo misterioso ocurría en aquel recinto. Se habían eliminado las luces generales y solamente se advertían multitud de veladoras que alumbraban pequeñas mesas, alrededor de las cuales los rostros aparecían graves y macilentos, apenas iluminados por la luz que escapaba de las panttallas bajas. ¿Se celebraba allí un rito exótico o era aquel un fumadero de opio o algo más trágico todavía? Las personas que salían de la sala lo hacían también en puntillas y sus rostros generalmente estaban pálidos y a veces reflejaban la ansiedad. ¿Qué era aquel templo del silencio, del misterio y de la tristeza? Era simplemente una de las salas de *bridge* del club y por eso a nadie sorprendía que, tabique por medio con la tétrica sala, la bulliciosa reunión de la tarde se prolongará entre irreverentes conversaciones, alegres carcajadas y ruidos de vajilla y cristalería.

—La verdad es que la situación del viejo no es envidiable. A esa edad no se está para dramas.

—El no es hombre de dramas. Además los hombres maduros tienen poca sensibilidad. Era muy rara su manera de querer. A cada paso se ausentaba. El amor a la distancia siempre me ha parecido un desatino.

—Yo siempre he preferido el amor por aproximación y cuanto más cerca mejor, dijo un muchachón con cara de tilingo devorando con los ojos a una joven dama que sostuvo a pie firme la ardorosa mirada. Y agregó:

—Por eso soy tan partidario del baile.

—Pues lo hace bastante mal, dijo otra.

—No sea rencorosa. Le prometo para esta noche la primera *machicha.*

La señora hepática se apoderó de un *sandwich* triple y lo devoró furtivamente.

—Eso es magnífico para la vesícula, exclamó otro.

—¡No seas antipático!, replicó ella con gesto airado, y un instante su rostro cetrino adquirió color de siena quemada. Se sentó junto a una joven dama rubia y con tono quejumbroso comenzó su habitual confidencia:

—Este régimen es una tiranía. Si de todos modos tendrán



que operarme para qué me torturan. Yo sé que estoy condenada y que no resistiré a la operación.

—No digas eso.

—¿Cómo no he de decirlo? Tengo 70 gramos de urea, 30 de albúmina, 60 de glucosa, y agregó en tono más confidencial aún, y ahora ha aparecido la acetona.

—¡Jesús!

—No es eso solo. Hablan de la vesícula; pero y, ¿el vaso? Mi vaso está próximo a estallar.

En aquel momento uno de los vasos de *cocktail* se estrelló ruidosamente contra el suelo y la dama rubia no pudo reprimir una sonrisa.

—No te rías. Es un presagio, un terrible presagio.

—Pues yo creo que es un epigrama; seguramente han supuesto que me estás hablando del vaso.

No se equivocaba. Un hombre joven y tres damas que le rodeaban observaban con expresión burlona el diálogo que mantenía la enferma.

Se abrió la cortina de la puerta de la sala de *bridge* y apareció en ella un hombre de edad madura, cuya elegancia estrepitosa infringía, precisamente, la regla del dandysmo: no hacerse notar. Su rostro pálido tenía la misma expresión sonambúlica de todos los que salían por la misma puerta. No pudo contener un bostezo y se dirigió un poco automáticamente a la mesa bar, tomó un vaso de cocktail y lo bebió pausadamente. La pequeña libación le rehizo; la palidez del rostro se convirtió en tinte carminoso, se le encendieron las apagadas pupilas y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ya no podía más!, exclamó acercándose a un grupo donde hombres y mujeres fumaban como chimeneas. ¡Es un verdadero martirio!

—Y, ¿por qué juega?

Miró al interpelante con asombro, como si hubiera dicho una enormidad.

—¿Por qué juego? ¿Y usted cree, que yo podría dejar de jugar al *bridge*? ¿Pero usted no sabe que desde los clubs de Whitehall hasta los más modestos clubs del mundo no hay *clubman* que deje de jugar al *bridge.*

—Hombre, pues yo no juego...

—Yo tampoco, dijo otro.

—¿Y qué hacen ustedes?

—Nosotros vivimos y compadecemos a los que penetran en la «cámara del martirio».

La respuesta fué una mirada mezcla de compasión y desdén.

Más allá, una mujer de edad indefinible, de cabellos desteñidos por el agua oxigenada, de ojos cercados por grandes ojeras, de cutis quebrado por los afeites y de boca plegada por una mueca casi dolorosa, semitendida en un sillón fumaba pausadamente dejando vagar la mirada en el espacio. Sus ojos un poco vidriosos miraban sin ver; la falta de expresión de su rostro daba la sensación de que el espíritu de aquella mujer estaba ausente y planeaba muy lejos de su cuerpo invadido por la laxitud.

—¿Qué le pasa?, preguntó alguien indicándola con la mirada.

—Nada, dijo otra.

—Está ausente, dijo en voz baja un tercero.

Una voz varonil y de metálico timbre resonó en el hall.

—Ahí está el triunfador, dijo alguien.

Penetró el recién llegado en la sala y fué el de abrazos y apretones de manos e insinuaciones y preguntas concretas que devolver y contestar.

—¿Cómo les va? Veo que el club está en su sitio y que la guardia ni muere ni se rinde.

—Hola, ¿cómo le ha ido?

—Qué tal, viajero sempiterno.

—Al fin echarás el ancla.

—Pues bien, he decidido casarme. El día de Primavera será la boda. Están todos invitados.

—¡Bravo! Felicitaciones.

—Me prometo no faltar.

—¿Y por qué te casas el día de Primavera?

—Es un capricho.

—¡Qué misterioso!

—¡Qué romántico!



—¡Qué novelero!

—Y ahora, un cocktail a la salud de los novios.

El dorado líquido cayó en los vasos levantados y todos bebieron aquella pócima agridulce en que parecían disolverse los secretos pensamientos y las grandes y pequeñas pasioncillas que animaban la abigarrada tertulia.

## IV

Acababa de terminar el segundo acto del «Crespúsculo de los Dioses». Se encendieron las luces; la platea se resolvía rumorosa; los hombres se precipitaban hacia los pasillos y la poderosa caja armónica que vibraba hacía un instante sobre el religioso silencio del público se llenaba de ruido. Las damas abandonaban los antepechos de los palcos a los hombres: las inmaculadas pecheras y los severos claques sucedían a las deslumbrantes galas femeninas refugiadas en el fondo de los palcos o en los antepalcos donde refulgían las joyas y se reanudaban las interrumpidas conversaciones.

En un palco ocupado por hombres se comentaban los detalles de la velada.

—La condesa viene esta noche a hacer competencia a las ondinas de Sigfrido; por eso está tan de verano, dijo uno, mientras examinaba morosamente con los gemelos a la rubia esposa de un diplomático extranjero cuyo agresivo escote era la comidilla de los palcos altos.

—A vuelo de pájaro debe de ser un panorama formidable, agregó otro.

—Para panorama basta con aquel, dijo un tercero, indicando la desbordante opulencia de carnes de una vieja dama, terriblemente fea, que resplandecía en el antepecho de un palco como un escaparate cargado de joyas. A su lado, una jovencita de mirada inquieta y rostro marchito conversaba tímidamente con un galán que periódicamente interrumpía el coloquio para ofrecer bombones a la rutilante matrona.

—El negocio del novio no es malo. Coloca ahora un insignificante capital en *marrones glacés* para recoger mañana la mareadora dote de la pequeña.

En otro palco, cuatro robustas damas, cuyos pródigos escotes se destacaban sobre el negro terciopelo de los vestidos y cuyos afeites recordaban los maquillajes egipcios, se exhibían con candorosa vanidad a la zumbona burla de la sala.

—La Cámara sepulcral está *au grand complet*. No falta ninguna de las momias ilustres.

—Hasta el faraón está en el fondo; de aquí me está deslumbrando con el «solitario» del dedo meñique.

—¡Qué contraste con los vecinos del palco! Ella está maravillosa y él parece de biógrafo. ¡Qué pareja para Hollywood!

—Podías incorporar al elenco al otro para hacer papeles de barba.

—¿Está en la sala?

—Acaba de llegar, ahí le tienes en el pasillo.

—Che, sabes que está avejentado. ¡Qué tipo para *père noble!* Sería un magnífico Germont.

Ella lucía un vestido simple de organdí blanco, sin más adorno que un ramo de violetas sobre el escote. El peinado en *bandeaux*, realzaba la pureza de las líneas del rostro. A pesar del calor que reinaba en la sala estaba pálida y en su frente se advertía una sombra de inquietud. Su amiga le reprochaba dulcemente.

—No se puede jugar con fuego.

—Yo no he jugado; yo no sé jugar con estas cosas.

—Y, ¿entonces?

—Me he equivocado, simplemente. He confundido mis sentimientos. Yo no soy capaz de deslealtades. La coquetería me repugna.

—Pero, has sido imprudente.

—Puede ser. Si lo he sido no me he dado cuenta de ello. Me sentí interesada y atraída por un hombre que es distinto a cuantos hombres he conocido. Eso es todo. Hemos estrechado una honda amistad. A tí que eres mi amiga más íntima te puedo confiar que yo a nada me obligué sino a ser sincera y decir la verdad.

—¿Y qué vas a hacer?



—Hemos hecho un pacto de lealtad y debo cumplirlo. Prometí que si llegara otro sentimiento más profundo a predominar sobre nuestra amistad, no se lo ocultaría. Le diré, pues, la verdad.

—Y él, ¿aceptará sin protesta?

—Aceptará. Ya lo ha aceptado. Eso forma parte del pacto. Ni él ni yo tenemos derecho a otra cosa que a aceptar la realidad.

—Esto trabará un poco tu felicidad.

—Sí; es muy doloroso hacer sufrir; pero la vida tiene estas encrucijadas. El mismo me ha enseñado a afrontarlas. Hay que ser valerosa y no sentir el miedo de vivir. Engañar mis sentimientos y engañarlo a él sería una cobardía y una traición. Estaba fascinada y creía estar enamorada. Ahora estoy enamorada y el amor reclama sus derechos, aun a trueque del dolor de otros.

—Y tu novio...

—Le he hablado con la misma franqueza que a tí; nada le he ocultado. Además, él lo sabía. Sus amigos le habían escrito.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me quiere y que yo también le quiero. Eso es para él bastante. Dice que lo demás son fantasmagorías de la imaginación.

—Y ¿tú?

—Yo digo lo mismo, aunque comprendo que en el fondo de mi copa hay un poco de tristeza. ¡Cómo ha de ser!

—¿Le has visto¿

—Todavía no. Está en la estancia.

—No. Está en la sala.

Un poco fatigada, se retiró al antepalco que estaba a media luz. Se aproximó al espejo y el cristal le devolvió su radiante imagen. La puerta se abrió suavemente y él dijo desde el umbral:

—Soy yo.

—Se aproximó a ella que se volvió, sorprendida, y agregó, simplemente, inclinándose:

—Debo partir.

—Ella, sin mirarle, murmuró con turbado acento:

—Sí, y agregó: Es muy triste, ¿verdad?

—Es muy triste; pero tiene que ser así.

—¿Se va muy lejos?

—No sé adonde iré; pero aunque me vaya muy lejos, yo siempre estaré aquí. Mi ausencia será una apariencia; será como la de los muertos queridos que nos siguen acompañando sin que podamos verlos. Pero los «sentimos». Acaso usted algunas veces «sienta» mi presencia invisible. Vd. será feliz porque merece serlo. ¿Qué mayor alegría para mí que esa felicidad que le auguro? Ello me hará también feliz.

Le cogió las manos, las retuvo un instante entre las suyas, la miró con intensa ternura y solamente agregó:

—Adiós.

Abrió la puerta, traspasó el umbral y se volvió para cerrar el postigo. Ella vió un instante su imagen iluminada por la luz del pasillo. Su rostro permanecía grave y sereno, pero velado por una expresión de honda melancolía. Le pareció que sus sienes habían blanqueado aún más y que su cabeza se inclinaba como si se sintiese agobiado por mortal fatiga.

Un sentimiento de honda ternura le llenó el pecho, subió en forma de sollozo a su garganta y le inundó los ojos de lágrimas. La puerta se cerró y le pareció que, con los pasos que se alejaban, algo moría en su alma, algo que no podía definir, pero que era a la vez suavemente dulce y acerbamente triste.

Las luces se apagaron, la orquesta atacó los primeros acordes del segundo acto del «Crespúsculo» y el rumor de la sala se extinguió arrebatado por el vértigo de las resonancias wagnerianas.

El otro penetró en el antepalco, sentóse en la banqueta de peluch, le tomó las manos, la atrajo dulcemente a su lado y le dijo:

—¡Qué torpe he sido en estar tanto tiempo lejos de tí! Pero ya estoy aquí y no nos separaremos más. Nos espera una Primavera maravillosa.



## V

—¿Usted?

—¿Usted?

—Parece un sueño... ¡Ha pasado tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

Quedaron silenciosos, mirándose con recóndita ansiedad. Ella apartó lentamente la mirada y la dejó errar sobre el áspero flanco de la montaña. El la seguía mirando con fatigada tristeza. Se hallaban ambos de pie en el centro del estrecho puente tendido sobre el río que hervía en el profundo cauce de piedra. Caía la tarde; la bruma comenzaba a envolver la cordillera; el paisaje desolado y abrupto se tornaba gris. El sol doraba todavía las crestas bermejas de los cerros, pero en el fondo de la quebrada se condensaba la sombra. Desde el hotel, edificado en una explanada suspendida sobre el abismo, llegaban los compases de un tango melancólico.

—Estoy muy cambiada, ¿verdad?

—No sé... Yo también estoy muy cambiado.

Y nuevamente permanecieron silenciosos.

—¿Caminamos? —preguntó él.

—Sí, —dijo ella, distraídamente, y echaron a andar hacia la cornisa sobre la cual se apoyaba la cabeza del puente. Caminaron sin pronunciar palabra, mientras la orquesta seguía ejecutando el desmayado tango.

—¡Qué triste es ese tango!

—Sin embargo — dijo él — mire como la gente baila y está alegre.

—Es verdad —contestó ella.

—Las cosas son tristes o alegres, así esté alegre o triste quien las considera. Ahora la tristeza está en nosotros: al menos está en mí.

—Y en mí también —agregó ella, con voz temblorosa y con vago acento de reproche.

—Está en los dos; es cierto —asintió él.

Volvieron a detenerse y ella se inclinó sobre la baranda y miró hacia abajo donde, en medio de la sombra, rugía el torrente. Al sentir en el rostro el frío y húmedo hálito que

ascendía del lóbrego cauce experimentó una vaga sensación de terror.

—Parece un pozo sin fondo, dijo.

—Es el abismo, agregó él. Allá abajo está la muerte.

—Es terrible pensar en que alguien podría caer.

—Sería un segundo, un vertiginoso segundo... y nada más.

—Pero sería un segundo espantoso.

—La orquesta seguiría ejecutando el tango y las parejas no interrumpirían el baile. ¿Cómo podría enterarse esa gente que se divierte que aquí, a un paso, había caído un hombre en el abismo? Imposible. Una vez, en el Atlántico norte, abordo de un palacio flotante, mientras los pasajeros y la tripulación festejaban ruidosamente la llegada del año nuevo, yo estaba sólo en el puente más alto de la nave, recostado contra la borda y entregado al solemne silencio de la noche. Miraba con hipnótica fijeza el mar, negro como tinta, cuando, de pronto, fuí presa de una alucinación. Me pareció que caía sin que nadie advirtiese mi caída, y me ví sumergido en las aguas, rodeado de sombra, desamparado en medio del infinito mientras el barco iluminado se alejaba velozmente enviándome los ecos de la alegre farándula. Fué un segundo, ese vertiginoso segundo de espanto...

—Pero eso fué una alucinación.

—Sí, esa vez fué alucinación, sueño. Otra vez, en cambio, fué realidad. Caí en insondables abismos sin que nadie lo advirtiera y quedé tendido en medio de la soledad. Y yo oía, sin embargo, allá arriba, las voces y las risas de la muchedumbre, y entre esas voces reconocía, ¿por qué no decirlo?... la de usted.

—No prosiga, dijo ella con sollozante acento.

—¡Qué lejos está todo aquello! ¡Parece que también hubiese sido un sueño!...

Adelantaron por el puente, descendieron la escalera de piedra y, caminando en silencio por la enarenada senda, llegaron a la explanada del hotel. Dos jovencitas se aproximaron con ese aplomo y desenfado que adquieren las niñas acostumbradas a la vida de sociedad.



—¡Cómo has tardado, mamá! Estábamos inquietas.

Ella las presentó a su acompañante.

—Mis hijas.

El se inclinó ante la curiosidad un poco hostil de las niñas. Todos se sentaron, mientras la orquesta atacó otro tango.

—¿Bailamos? —dijo una. Y las dos jovencitas corrieron en busca de sus parejas.

La noche había caído ya. La luz eléctrica bañaba la explanada y se difundía hasta el flanco de la montaña frontera.

—¿Son dos, nada más? —preguntó él.

—No, falta el mayor. Tiene 19 años. Estudia medicina; regresó a Buenos Aires para rendir exámenes previos.

—¡Ah! Y... ¿nada más?

—El murió hace cinco años —agregó ella, con voz sorda. Luego se volvió y le preguntó con ansiedad: —¿Y usted?

—Yo vivo solo —replicó él gravemente.

—¡Solo! —repitió ella, con indefinible acento.

—Yo siempre he estado solo —agregó.

Había en su voz tal acento de sinceridad que ella comprendió que aquel hombre no mentía. No trató de justificarse y solamente exclamó, con la voz velada por las lágrimas:

—¡Yo también siempre he estado sola!

Su confesión fué tan honda y espontánea que él también comprendió que aquella mujer decía verdad. Se contemplaron con ansiedad, como dos náufragos que, próximos a perecer, se asen aún a la tabla que les sostiene. Ella murmuró con desesperanza:

—Ya es tarde para intentar una reparación.

El exclamó con voz temerosa:

—No, no; ya no es posible. Yo no podría. ¡Estoy tan viejo y cansado! Y usted tampoco resistiría la prueba.

Ambos experimentaron la sensación de lo irreparable. En vano rastrearon en el limo de sus almas estériles; nada quedaba allí. Al considerarse extraños el uno al otro, se vieron tan solos y en tan terrible desamparo sentimental que se sintieron transidos de recíproca compasión.

—¡Vamos, mamá! —gritaron las niñas desde el centro de la explanada.

Se pusieron de pie y se aproximaron al grupo. El se despidió de las niñas.

—¿No come en el hotel? —preguntó una de ellas.

—No, señorita: tengo que alcanzar el tren de las 19.30. Regreso a Buenos Aires a tomar el «Almanzora», que parte pasado mañana.

—¡Buen viaje!

Ellos quedaron un instante frente a frente. Sus manos se buscaron compasivas, pero heladas, y sus labios murmuraron apenas:

—¡Adiós!

—¡Adiós!

# Uno...

Treinta y cinco años había servido en aquella oficina escondida en el entresuelo de la estación, cuyo techo era tan bajo que quienes entraban a ella se inclinaban instintivamente, temerosos de rozar el techo con la cabeza. Tal vez la escasa altura de aquella sala, en la que había pasado la mayor parte de su vida, y la sensación de encogimiento y estrechez que ella provocaba, le habían encogido también el espíritu y creado en él un complejo de pequeñez, de modestia, de humildad que le hacía suponer que él, más que un hombre era una cosa insignificante, como podía serlo el picaporte de la puerta o la llave de la luz en que todos ponían la mano. A veces, miraba estos objetos y, comparándolos consigo mismo, se consolaba pensando en que esas pequeñas cosas eran insignificantes pero útiles, pues la una era indispensable para abrir y cerrar la puerta, cerrarla, sobre todo, en los días fríos de invierno en que los aires colados corrían por los corredores, y la otra lo era también para encender la luz de las lamparillas que, la mayor parte del año, tenían que suplir la falta de luz natural de aquella especie de cripta aérea en que estaba instalada la Oficina de Partes. El no abría ni cerraba puertas ni encendía bombillas eléctricas, pero, en cambio, era una minúscula pieza de aquella gigantesca máquina que funcionaba noche y día sobre todo el mapa del país. Precisamente, desde su pequeña mesa de trabajo sentía latir el corazón del monstruo, del cual partían las vías férreas que, como las arterias del cuerpo humano, se multiplicaban y desprendían en todas direcciones, formando un sistema de acero, por cuyas ramas corrían, sin cesar, los convoyes, como lo hace la sangre por el árbol circulatorio.

Oscura y triste era la Oficina de Partes. Tres ventanas en forma de arco rebajado, cuya clave llegaba apenas al pecho

de los empleados, lo que les impedía la visión directa salvo que inclinaran más el cuerpo, ya espiritualmente inclinado por la exigua altura del techo, enviaban al melancólico local la luz vaga y difusa del gran *hall* de la estación, sobre el cual se abrían, aunque la luz que llegaba de la gran bóveda de cristal, ya de sí desmayada y triste, apenas lograba filtrarse por las pequeñas aberturas vidriadas de la decoración de mampostería que adornaba exteriormente las ventanas.

En cambio, por aquellos tres arcos penetraban en la sala, como enviados por gigantes amplificadores, los ruidos de las playas y los andenes de la estación: toques de campanas, voces de sirenas, roncas advertencias de altoparlantes, prolongados escapes de vapor, silbidos y estertores, ronquidos de locomotoras, trepidante rumor de convoyes, rodar de zorras y carretillas sobre el embaldosado de las veredas, gritos de los empleados del personal de cargas, rumorear de la muchedumbre, todo amplificado por la bóveda de cristal, verdadera caja de resonancia que respondía con su agudo eco a todos los ruidos, grandes y pequeños, del movimiento de la estación. A esto se agregaba aún el constante golpear de los trasmisores del telégrafo Morse instalado precisamente debajo de la Oficina de Partes, cuyo tic tac, mezclado al ronquido del desarrollo de la cinta, no daba tregua, como no la daba el tableteo de la máquina de escribir y, en los días cálidos, el zumbido de las moscas que revoloteaban alrededor de las lamparillas eléctricas.

Por aquellas ventanas penetraban también los olores característicos de la Estación originados por los gases desprendidos de las locomotoras, el recalentamiento del engrasado rodaje de los convoyes, las grandes alcuzas de aceite y de petróleo que esgrimía el personal de inspección, las mercaderías que atestaban los andenes de carga, el vaho de la multitud que se movía apresuradamente en el ambiente caldeado por los rayos solares que reverberaban en la vidriada bóveda.

Los treinta y cinco años de vida que habían transcurrido en aquel maremágnum no habían hecho mella en su salud física: se conservaba igual, pequeñito y desmedrado como siempre había sido, con su gris cabellera, rebelde a la calvicie, su rostro cetrino que nada decía, sus ojos miopes encondidos



detrás de los cristales de las gafas, su descuidado bigote quemado por la nicotina del tabaco, sus maneras encogidas, pero corteses, su aspecto bondadoso y humilde que le hacía pasar siempre inadvertido. No había envejecido porque siempre había parecido viejo. Hasta su frente parecía ser el mismo terno gris oscuro con que ingresó a la oficina: el saco demasiado holgado, los hombros caídos, el pantalón con acentuadas rodilleras, brillantes las asentaderas, la espalda, los codos y los puños. Para él no había existido jamás la moda ni la elegancia. Sus botines eran los mismos botines de becerro, ancha suela y elástico que calzaba de mozo; sus camisas con pechera, cuello y puños almidonados y su corbata de moña con broche en la parte anterior del cuello. Había sí, abdicado del bombín de tono verdoso, cuando ya nadie lo usaba y el suyo provocaba en la calle la burla de los muchachos, y había adoptado un humilde sombrero hongo, cuya larga historia se leía en el indefinible color y en la cinta gastada e invadida por la transpiración que saturaba el tafilete interior.

El había sido siempre el primero en llegar a la oficina y el último en retirarse, en aquellos tiempos en que el trabajo comenzaba a las 7 de la mañana y se prolongaba hasta bien entrada la noche. Desde entonces había reglado su vida. Se levantaba con el alba, se desayunaba con mate dulce, y el tren de las 6 y 20 lo conducía a la Estación Central. Eran solamente quince minutos de viaje, pero lo necesario para la primera lectura del diario. En esa sección matinal solamente leía las cotizaciones de los valores de Bolsa y de los frutos del país, la sección «Llevan valija» y las nóminas del registro civil complementadas con los avisos fúnebres. Verdad es que él no poseía valores bursátiles, ni producía fruto alguno, ni jamás había soñado en viajar ni asistía tampoco a casamientos y entierros; pero había adquirido la costumbre desinteresada de seguir aquellas informaciones y, por nada del mundo la habría quebrantado, pues ella formaba parte integrante de su vida. La segunda lectura del diario la hacía por la noche, ya arropado en el lecho. Entonces leía la crónica policial, y aun había noches en que la leía dos veces, sobre todo, cuando un crimen pasional llenaba la tercera plana del diario. Estos crí-

menes pasionales lo exaltaban pues removían en su espíritu, tan sencillo, tan simple, tan sin complicaciones y tan apegado a la trivial realidad, no sé qué misterioso limo de romanticismo y aventura que le hacía, a veces, a él que era un alma de Dios, identificarse con los protagonistas de la tragedia. Lo que jamás dejaba de leer en esta segunda sesión de lectura, cuando se publicaban, eran los itinerarios del ferrocarril. Los leía con fruición, y esta lectura era para él como un viaje ideal a lo largo de todas las vías que partían de la Estación Central.

La sesión matinal de lectura duraba solamente doce minutos. Exactamente al cruzar el convoy delante de la antigua Usina del Arroyo Seco doblaba cuidadosamente el diario hasta convertirlo en un pequeño paquete y lo guardaba en el bolsillo exterior de su amplia americana. En seguida se disponía a descender del tren para trepar a su oficina, donde sólo hallaba al portero que aplicaba los últimos plumerazos a los pupitres.

Guardaba el sombrero en el último cajón de su escritorio, encendía la bombilla eléctrica con pantalla verde que pendía sobre su carpeta, se sentaba en su silla y comenzaba el cotidiano trabajo.

Los compañeros que luego iban llegando, aunque no dejaban de tenerle estima, sólo lo consideraban como un mueble más de la oficina. Jamás se le ocurrió a ninguno de ellos cambiar con él otras palabras como no fueran las de saludo o de elemental cortesía. Ni cambio de ideas o impresiones, ni comentarios, ni pedidos de informes o conversación alguna se produjeron nunca, no obstante la comunidad, la estrechez del local y la aplastante altura del techo. Su timidez agradeció siempre esta actitud de sus compañeros.

*
* *

De sus largos años de servicios, la mayor parte los había consagrado a llenar, con su caligrafía pulcra y clara, los formularios de los partes de salidas y llegadas de trenes. Estos formularios fueron su vida y su gloria. En ellos puso los más



cuidadosos primores de su pluma: hermosas mayúsculas de graciosas curvas, acentuados rasgos y tenues perfiles: letras minúsculas dignas por su uniformidad y corrección de estilo y trazo de las mejores muestras caligráficas. Acaso era todo aquello un poco anticuado, pues recordaba los ejercicios de letra cursiva de los cuadernos de escritura de la época prevaleriana que se llenaban con breves y severas sentencias seguidas de los diez signos numerales arábigos; pero en estos menesteres agotaba él su arte. Su caligrafía era tan perfecta, dentro de su antiguo estilo, que podía ser confundida con los signos tipográficos de mitad del siglo pasado. El sabor anticuado de esta caligrafía no le quitaba belleza ni eficacia. Tan es así que, cuando ante su terror y secreta indignación, se introdujo en la oficina la máquina de escribir, nadie osó insinuarle que los formularios podían ser llenados con el sistema mecanográfico y, por un tácito acuerdo entre el jefe, los demás empleados y él, siguió llenando los formularios de «partes de entrada y salida de trenes» con su bella y clara letra, mientras sus compañeros utilizaban, sin excepción, el odioso teclado.

Y, ¡qué formularios aquellos! ¡qué elocuencia a pesar de su parquedad y de su limitado espacio! Era como si por arte milagroso se hubiera encerrado en aquellas hojas de papel los convoyes que salían y que llegaban con sus locomotoras, sus *tandems*, sus vagones, sus coches de carga, sus furgones, sus estafetas, sus pasajeros y su carga. Ni siquiera faltaba la relación de vajilla y cubiertos de los vagones comedores, de las provisiones de los mismos, de los equipos de las cabinas de los vagones dormitorios. Además, estaban allí el origen y destino de los trenes, sus itinerarios, sus paradas, sus lugares de aprovisionamiento de carbón y agua. Con aquellos formularios se podía hacer la historia de todos y cada uno de los convoyes.

Los formularios llevaban en su encabezamiento la denominación del convoy: tren local, tren de Minas, tren de Maldonado, tren de Rocha, tren de Colonia, tren de Florida tren de Durazno, tren de Sarandí, tren de Paso de los Toros, tren de Nico Pérez, tren de Treinta y Tres, tren de Ta-

cuarembó, nocturno del Salto, nocturno de Rivera, y aun todavía los internacionales, los rápidos, los expresos, las combinaciones. El, con su majestuosa letra redondilla, titulaba los formularios; y luego, en líneas horizontales, en columnas, en pequeños claros destinados a las observaciones, iba anotando, a continuación o debajo de las líneas impresas, los números de las locomotoras y de los vagones, de las zorras de carga, de los furgones, de las estafetas; los nombres de los maquinistas y del personal del tren; la hora de salida de origen y de llegada al destino y muchas otras informaciones relacionadas con aquel pequeño mundo que, al sonar la hora prefijada, partía o llegaba, y cuya órbita era la vía de acero sobre la cual se deslizaba como lo hacen los astros por el espacio infinito.

Con el tiempo las locomotoras, los vagones, y los convoyes todos llegaron a ser para él tan familiares, y de tal manera se identificó con ellos que, en su mundo interior, adquirieron el carácter de cosas vivas, de seres sensibles con los que le parecía estar en comunicación constante, y con los que dialogaba omo si fueran sus viejos conocidos. Lo que no hacía con sus compañeros de oficina, presa como se sentía de las ligaduras de la timidez, lo hacía con aquellas cosas que el hábito y su modesta imaginación habían casi humanizado. Así, mientras escribía en bella letra redondilla, con su pluma de acero especial cortada en la punta: "Nocturno de Rivera", aun antes de llegar a los casilleros correspondientes, su voz interior decía: "Prepárate, locomotora N.º 115 con tu hermoso *tandem*, pues debes partir esta noche. Llevarás 30 toneladas de carbón y te tripularán nuestros mejores maquinistas. Te harán bufar, vieja amiga, pues debes arrastrar tres vagones dormitorios, un salón restaurante, cinco vagones de segunda clase, diez zorras de carga, ocho furgones y la estafeta. ¡Bah!, no es mucho para ti que has arrastrado más de cuarenta vagones sin más ayuda que la vieja auxiliar N.º 24, que ya sólo trabaja con los trenes locales". todo lo iba anotando, luego, de acuerdo con los partes que le habían pasado las distintas mesas de entrada, y cada anotación era objeto de un pequeño diálogo con el interlocutor distante, trasladado, sin embargo, a su mundo interior, por su fantasía. "Vaya, llevarás el salón dormitorio de lujo. ¡Cuidado con él!... Y también el salón comedor N.º 1. Eso quiere decir que viajarán pasajeros de importancia". El rasgueo de la pluma sobre el papel se detenía para pensar: "Cómo, ¿ocho furgones? ¿Por qué ocho furgones? ¿Qué diablo de carga llevarás tan lejos? La semana pasada bastó con tres furgones... Bueno, allá ellos".



Cada convoy provocaba en él monólogos interiores parecidos que le ponían en comunicación con locomotoras, vagones y convoyes, los cuales adquirían pensamiento y voz. De tal modo se humanizaban, que los números del material rodante se transformaron en nombres propios que llegaron a formar una vastísima familia sólo por él conocida. Las locomotoras ya no eran "la 115", "la 24" ni las decenas de números con los que las denominaban los partes; para él tenían sus nombres propios, y estos nombres respondían a sentimientos contradictorios que iban, desde la indiferencia y el desdén, hasta la admiración, el afecto y la ternura. Tenía esto su origen en las misteriosas reacciones psicológicas que en él producían las incidencias del tráfico diario de trenes. Las locomotoras que salvaban grandes distancias y arrastraban lasgos convoyes, como la 115, le inspiraban profunda admiración y reverencia: a ésta le llamaba "La Emperatriz"; las que por su escasa fuerza se empleaban en cortas distancias y en pequeños convoyes no merecían su consideración: a una le llamaba "La Señorita", a otra "La Mimosa"; las viejas máquinas que se mantenían aun en actividad, aunque sólo sirvieran para ayuda de remolque o para maniobras de playa, le inspiraban, en cambio, verdadera ternura: a una le llamaba "La Abuela", a otra "La Viejita", a otra "La Jubilada". El repertorio era vasto: había nombres heroicos, nombres gloriosos, nombres humildes, nombres triviales, y había también nombres despectivos. Cada nombre de estos respondía a la figura humanizada de los monstruos de acero que se presentaban a su imaginación como seres sensitivos y pensantes. Lo mismo ocurría con el resto del material rodante: el vagón de lujo de la Administración era "La sala del trono"; los vagones dormitorios "los fumadores de opio"; los coches restaurantes "los oasis"; los salones de primera

clase "los palacios"; los de segunda "el tercer estado". Hasta los vagones de carga tenían para él personalidad, como la tenían los furgones y el coche de la estafeta.

La ficción de vida comenzó por las locomotoras, alcanzó, luego, a todo el material rodante y se extendió, más tarde, a la misma estación con sus salas, sus andenes, sus playas, sus depósitos, sus olores característicos, sus complicadas vías, sus garitas de señales, sus misteriosas luces y agujas automáticas, sus paragolpes que parecían piezas de artillería. De allí desbordó y corrió por los rieles que partían de la estación y se perdían en la distancia, salvando desmontes y terraplenes, alcantarillas y puentes, adheridos a los durmientes cimentados en el balasto rojo, y alcanzó las estaciones más lejanas. Todo se convirtió en un cuerpo único y se animó en su imaginación y en su sensibilidad. Sin verlas, pues jamás había viajado más allá del kilómetro 15, donde vivía, cada una de las estaciones, cuyos nombres le eran familiares, adquirieron carácter diferencial y, con ellas, los depósitos de carbón, los tanques de agua, los mástiles de señales, las agujas y desvíos, las barreras de los pasos a nivel, todo el gigantesco organismo de que era centro vital la Estación y cuyas palpitaciones él anotaba cuidadosamente en los formularios.

*
* *

De tal manera penetró en su vida aquella fantasmagoría que, todo lo que le era ajeno se convirtió para él en sombra y simple maquinismo. Su casa, sus vecinos, sus escasas relaciones de barrio le parecían vanas figuraciones; las necesidades de la vida diaria las llenaba como mera cosa de instinto; las obligaciones personales las cumplía como el émbolo que, impulsado por el vapor de agua, se mueve dentro del cilindro de la máquina sin conciencia de su función.

Así se casó con una parienta lejana, a quien no quería ni dejaba de querer; así recibió su primer hijo, y su segundo, y su tercero, a quienes amó tiernamente, pero cuyo ca-



riño no logró conmover la pasión de su vida materializada en los convoyes que ahora cruzaban a diez metros de su ventana, delante de la modesta casita que había hecho construir en un pequeño solar, que caía sobre la vía férrea, y donde habitaba con su mujer y sus hijos.

Los años que transcurrieron monótonamente no modificaron en nada el gris panorama espiritual de aquel hombre bueno, que amaba su casa, que apreciaba a su esposa, que sentía ternura por sus hijos; pero cuyo verdadero embeleso, cuya avasalladora pasión eran los convoyes que él encerraba idealmente en los formularios de partes de salida y llegada de trenes y que tenían un alma y un lenguaje que solo él interpretaba y comprendía.

Así llegó la vejez, y con ella el obligado retiro. Le comunicaron una mañana que desde ese momento quedaba jubilado por imperio del reglamento. ¿Qué sintió en aquel instante? Lo que sintió no lo dijo; solo atinó a balbucear tímidas palabras de despedida y a estrechar conmovido la mano que le tendía su jefe y que, luego, le tendieron sus compañeros de oficina. Puso los papeles en orden, reunió los formularios que ya no volvería a llenar más y los guardó cuidadosamente en una carpeta; colocó en el bote lleno de municiones la lapicera de pluma afilada, y la otra, la de pluma cortada en la punta con que trazaba los rasgos de su bella letra redondilla; miró todo aquello amorosamente y, acaso por primera vez, paseó sin timidez la mirada por la sala en que había trabajado durante treinta y cinco años; miró el aplastante techo, los grises muros, las tres ventanas que caían sobre el *hall*, el piso de lustradas tablas cruzado por camineros de esparto, las mesas de sus compañeros y el escritorio del jefe donde proseguía el trabajo con la misma impasible regularidad con que recorrían el cuadrante las manecillas del reloj que pendía de la pared.

Se inclinó, abrió el último cajón del escritorio, sacó su sombrero y se deslizó silenciosamente hacia la puerta. Tomó el pestillo, el pestillo aquél con que tantas veces se había comparado, abrió el postigo sin hacer ruido, traspuso el umbral y volvió a cerrar la puerta cuidadosamente, mientras el aire colado, que constantemente circulaba por el corredor, secaba

dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos y se deslizaron tímidamente por sus magras mejillas. Ya sin testigos, en aquel corredor que durante treinta y cinco años había transitado cotidianamente, mañana y tarde, tuvo conciencia plena del sentimiento que le estrangulaba el corazón ¿Qué era ese sentimiento? ¿Tristeza, amargura, angustia, soledad? De todo eso había en él, pero, sobre todo, lo que le poseía era un irrealizable deseo, una loca ambición. Tenía en su bolsillo la cédula jubilatoria que le había entregado el jefe, pero él hubiera querido llevarse también a su casa, con ella, en aquel pequeño bolsillo de su holgada chaqueta, la mesa de trabajo, sus lapiceras, sus formularios, su oficina, la estación toda con sus convoyes y sus vías. Comprendió que aquello era un sueño insensato, una locura, un secreto más que debía sepultar en su pobre y humilde espíritu; y, a paso lento, como jamás lo había hecho, traspuso el corredor, bajó la escalera, cruzó el andén, subió al tren que iba a partir y se acurrucó en el último asiento mientras le daban el adiós, la campana de la estación, el alerta del jefe del convoy, y el silbato de la locomotora.

*
* *

Cuando, a hora tan inusitada,, llegó a su casa, hubo una pequeña conmoción en el barrio. Todos se preguntaban qué hecho extraordinario podía haber ocurrido. Se pensó en una enfermedad, en un duelo de familia, en un acontecimiento singular que explicaran aquel insólito regreso.

En el hogar la conmoción fué menor. La esposa escuchó tranquilamente las pocas palabras con que él explicó que acababa de ser jubilado, y recibió, sin muestras de gran emoción, la cédula que aquel extrajó del bolsillo y puso en sus manos. Al fin y al cabo nada cambiaba en el hogar, como no fuera que, en lo sucesivo, la presencia del jefe de familia sería permanente. Por otra parte, la jubilación era justificada en cuanto al monto, el certificado hacía honor a la contracción y honradez del viejo empleado y éste tenía bien ganado el derecho al descanso. No profirió una queja ni nada



dejó transparentar de su angustia interior. Lejos de eso, él que tan poco había sonreído en la vida, adoptó, desde entonces, una dulce sonrisa que quedó estereotipada en sus labios para siempre. Y, no hubo más. La noticia de la honrosa jubilación se extendió por el barrio y la conmoción cesó como por encanto. La quietud volvió a todos los hogares y el humilde caserío recobró su apasible aspecto.

El no logró del todo serenar su espíritu. Sin ver lo que le rodeaba, vagó por el rústico jardinillo donde florecían los geranios que vegetaban en viejos recipientes de latón y la madreselva que cubría el cerco de alambre tejido, y se asomó al gallinero donde cloqueaban las pupilas de un viejo gallo. Más que abismado en sus pensamientos estaba sumido en una especie de sonambulismo, del que lo arrancó de pronto un silbido de locomotora. Tuvo un sobresalto y, antes de recobrarse, le asaltaron todos los reflejos creados por el hábito: el brazo derecho que se extendía para abrir el último cajón del escritorio en que guardaba el sombrero, el izquierdo que se adelantaba para cojer los formularios, la mano que buscaba la lapicera en el recipiente lleno de bolillas de vidrio azul, el movimiento circular de los dedos al que la obediente pluma respondía con los trazos y perfiles de la letra redondilla, los nombres que se agolpaban atropelladamente en el campo de la memoria: "La Emperatriz", "La Gloriosa", "La Invencible", "La Triunfadora", "La Señorita", "La Mimosa". "La Abuela", 'La Viejita", "La Jubilada"...

Este último nombre le sacudió como un latigazo y le volvió a la realidad. El también era ya un jubilado, solamente que aquella vieja máquina servía aún para las maniobras de playa y la formación de convoyes; en cambio, ¿él?... Sacó del bolsillo el pesado reloj de plata que había señalado todas las horas de su vida de funcionario, miró el cuadrante y dijo casi en voz alta:

—"Es el tren de las 10 y 12".

En el fondo del camino de la vía férrea, cuya doble línea de rieles se perdía a la distancia en aparente convergencia, apareció la locomotora, jadeante y empenachada de humo. El la adivinó más que la vió.

—"Es "La Abuela". Viene con su vieja toca en la chi-

menea y su joroba de bronce reluciente'', pensó. ''Los años le han quitado fuerza pero no voluntad. Se fatiga, pero trabaja. Y tampoco le han arrebatado la coquetería. Conserva limpios y brillantes sus grandes faroles y toda su pasamanería de bronce. Es muy pequeña junto a ''La Emperatriz'' y ''La Gloriosa ; pero yo prefiero al orgullo de esos monstruos la humildad de esta vieja máquina que viene arrastrando el tren local: los vagones 133 y 160 de primera, el 180 de segunda, y un furgón''.

Se aproximó al alambrado que defendía la vía férrea y el convoy pasó trepidando sobre el pequeño terraplén, envuelto en el humo de la locomotora, que él aspiró con deleite. Escasos pasajeros ocupaban los salones de primera, ''los palacios''; en cambio, el ''tercer estado'' iba rebosante de abigarrada multitud. Alguien, desde una ventanilla, le vió y le envió un saludo anónimo agitando las manos. Sintióse conmovido, como si aquel saludo fuera realmente para él y, un poco cohibido, y advirtiendo que el rubor le entibiaba las flacas mejillas, retribuyó el saludo moviendo zurdamente el brazo.

Siguió con la mirada el convoy que se perdió en el codo de la curva y luego se dirigió a la casa y penetró en la pequeña habitación que se había reservado, cuya ventana caía sobre el frente y desde la cual se dominaba la vía férrea. Era un bello paisaje el que encuadraba la ventana; pero él no veía ni el resplandeciente cielo, ni la transparente atmósfera, ni el magnífico bosque que le servía de fondo, cuyo tono oscuro contrastaba con los jugosos verdes de los retoños de los esbeltos álamos y las acacias *trinervis*, y el esmaltado manto de flores del jardín, cuyas platabandas geométricas se dibujaban del otro lado de la senda del ferrocarril. En cambio, su mirada se posaba en el terraplén de la vía, pavimentado de balasto rojo, en las hileras de durmientes que parecían piezas de dominó tendidas en línea, bajo los pulidos rieles en que reverberaba el sol. Por éstos, su imaginación le hacía deslizarse, como el tren que acababa de pasar, hacia la Estación Central. Llegaba al andén, se encaminaba a la escalera, montaba el pequeño tramo, cogía el pestillo de la puerta, aquel pestillo con que tantas veces se había comparado,



abría el postigo, penetraba en la Oficina de Partes, se sentaba en su vieja mesa de trabajo y comenzaba a llenar los formularios con su pulcra y hermosa letra.

Mas, aquello no habría ya de producirse. Era un sueño desvanecido para siempre, rematado en la cédula jubilatoria que su esposa había guardado en el ropero, junto a la libreta del registro civil y a las reliquias de familia. Se volvió y su mirada tropezó con el impreso del ''Itinerario de trenes'' que era la única decoración mural de la humilde habitación. El había clavado cuidadosamente en la desnuda pared el pliego impreso, con tachuelas defendidas por pequeños trozas de cartón para que no mancharan el revoque. Le cédula jubilatoria, aquel pedazo de papel impreso y la vía férrea que cruzaba frente a su casa era lo único que le quedaba de sus treinta y cinco años de empleado. La amargura que le produjo este pensamiento no borró la humilde sonrisa de sus labios; se encogió de hombros y murmuró contestando su comentario interior:

—''Bueno, no puedo pedir más''.

¿Qué más podía pedir? Estaba allí, frente al ''Itinerario''. Aquel pliego de papel contenía las indicaciones precisas de partida y llegada de los trenes que circulaban por todo el país. Tal era la apariencia exterior. Mas, el pliego de papel blanco, con columnas llenas de nombres y números impresos en tipos menudos, salpicados, aquí y allá, de titulares de tipo mayor, tenía para él la secreta virtud de animarse y convertirse, por arte fáustico, en una pantalla semejante a la de las salas de cinema. Desaparecían entonces de él los nombres, y los números, y las columnas, y se proyectaban, en cambio, como en la realidad, los convoyes ferroviarios que iban y venían. Por él pasaban ''La Emperatriz'', ''La Gloriosa'', ''La Invencible'', ''La Señorita'', ''La Mimosa'', ''La Abuela'', ''La Viejita'', ''La Jubilada'', toda la innumerable familia de locomotoras, arrastrando estertorosamente sus largos o cortos convoyes, lanzando agudos silbidos, y envolviéndose en espesos cendales de humo.

¿Qué tenía aquello de extraño? El había leído, en la adolescencia, un libro que se llamaba ''Don Quijote de la Mancha'' y recordaba que en él se narraba que un caballero, al

gustar las novelas que le apasionaban, veía que los héroes de éstas tomaban forma real y llenaban su habitación con sus cuerpos, sus voces y sus disputas. Aun recordaba vagamente que, a veces, eran trasgos, encantadores y gigantes los que visitaban al buen caballero, que no tenía más pecado que el de leer aquellos libros con que se deleitaba. ¿Por qué él no había de ver en aquel pliego de papel impreso, que de tanto leerlo lo sabía de memoria, la imagen viva de lo que quería representar con sus columnas de nombres y de números? Además, aquel señor Don Quijote era visitado siempre por gente singular que parecía de otro mundo y que más tenía que ver con la hechicería y la magia que con la vida natural a que pertenecían estas modestas visiones que le deparaba su Itinerario. Nada contrario a la salud del alma podía haber en ello, puesto que estas imaginaciones estaban acreditadas por la realidad, y no era otra cosa que verdadero trasunto de lo que pasaba a diario por la vía férrea que estaba allí a diez pasos de su ventana.

Al recibir el despido de jubilación había, pues, salvado intacto un mundo que él se había creado con sus treinta y cinco años de trabajo y que lo conservaría celosamente. Como había vivido hasta entonces para la oficina y para sus formularios, seguiría ahora viviendo para este mundo, al que él sólo tenía acceso. No importaba que los demás no lo vieran, ni lo sospecharan, ni jamas pudieran comprenderlo. Lo mismo le había ocurrido a aquel señor Don Quijote, según él lo recordaba.

Un nuevo silbido de locomotora le sobresaltó. Miró el reloj y se dijo:

—"El "rápido" de las 10 y 45".

Se asomó a la ventana y vió aparecer el tren en el fondo del desmonte. El sol iluminaba el convoy de flanco; sus rayos reverberaban en los faros, en las guarniciones de bronce de la locomotora y en los cristales de las ventanillas de los vagones que no tenían corridas las persianas.

—"Es la 117, pensó. "La Invencible".

Cruzó bufando el convoy y, antes de que pasarán todos los vagones, se oyó el ruido del freno neumático que el maquinista ponía en acción para entrar en la curva.



—"Es Campbell; se reconoce su mano. Todos los vagones han respondido". Y mentalmente, repitió los números de "los palacios", los "tercer estados", el "oasis" y los furgones. No omitió ni el de la estafeta.

—"Llegará sin retraso", concluyó, mientras el tren desaparecía en la curva, y se escuchaba aun el rumor y la trepidación de su pasaje, y se aspiraba el olor característico del convoy.

Las horas de aquel día huyeron así para él, entre desfilar de trenes y comentarios interiores. No parecía sino que en su espíritu existieran también formularios que llenar. Ya no necesitaba hacer uso de su bella caligrafía: sus vistosas mayúsculas redondillas, sus disciplinadas minúsculas; tampoco tenía que utilizar sus plumas agudas y cortadas; ahora le bastaba con aquella voz interior que, a veces, hallaba el sonido articulado y, en semiconsciente soliloquio, repetía los nombres y los números del material rodante y formulaba observaciones y comentarios. No perdió uno sólo de los trenes del día, fueran de pasajeros o de carga. Todos quedaron minuciosamente registrados en su memoria. La noche agregó una nueva emoción al ruidoso desfile: el foco central de las locomotoras, las luces rojas y verdes de posición, las señales luminosas de los mismos colores que se sucedían en lo alto de los mástiles de hierro, la iluminación interior de los vagones recuadrada por las ventanillas, las siluetas de los pasajeros que se movían en aquella claridad. El había visto innumerables veces el espectáculo nocturno, pero esa noche cobró nuevo y apasionante interés. La emoción se hizo más profunda cuando pasó el "nocturno de Rivera".

—"Es "La Emperatriz", se dijo. ¡Qué majestad y qué grandeza!"

La enorme locomotora parecía realmente un monstruo fantástico, con su ojo de cíclope, el rojizo humo de su enana chimenea, su poderoso vientre cilíndrico, sus gigantescas ruedas articuladas, su amplia cámara de comando que se iluminaba con los rojizos resplandores del hogar y su poderoso *tandem* rebosante de carbón. Reloj en mano vió pasar el vertiginoso convoy y anotó mentalmente:

—"Un minuto, veintiocho segundo... ¡hermoso convoy!

dos dormitorios, tres salones de primera clase, tres de segunda, veinte zorras y furgones, y la estafeta y el furgón de cola con sus faroles traseros rojos y verdes''. Y repitió mentalmente los nombres y los números de los vagones de pasajeros.

Cuando se encontró en el lecho su vida estaba ya reajustada. Sólo había cambiado la apariencia exterior. Ya no iría a la estación; pero la estación había venido a él; ya no llenaría los formularios; pero los formularios habían tomado alojamiento en su espíritu. Se había desvanecido la angustia de la mañana y la inquietud del día; se sentía feliz y, luego de leer en el diario la crónica policial, como todos los días, se dispuso a dormir con el sueño tranquilo y reparador que le era habitual. La esposa que, no obstante su sonrisa, lo había notado melancólico durante el día, le preparó una tisana que él bebió sin oponer resistencia. El sopor vino en seguida, le cerró nuevamente los párpados y le sumió en una dulce inconsciencia de la que sólo conservó la sensación de una larga fila de luces rojas y verdes que se iban extinguiendo sucesivamente, hasta que se apagó la última y lo envolvió la sombra profunda del sueño.

*
* *

Como de costumbre, le despertó el alba. Se vistió con el mismo cuidado conque lo hacía para ir a la oficina, se desayunó con mate dulce, como siempre, y, cuando ya asomaba el sol detrás de la casa, sacó un viejo sillón de mimbre al jardinillo y se sentó a leer el diario que el repartidor había dejado junto a la puerta. Como si se hallara en el tren que diariamente lo conducía al empleo, leyó las cotizaciones de valores de Bolsa y de frutos del país, la sección ''Llevan valija'', las nóminas del registro civil y los avisos fúnebres Cuando concluyó, dobló el diario cuidadosamente, hizo con él, como lo hacía en el tren, un pequeño paquete, y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se incorporó como si fuera a descender del vagón, y penetró en la humilde sala presidida por el Itinerario. Los trenes comenzaron a desfilar en



seguida: los que iban y los que venían, los locales, los de lejano destino, los de carga, los expresos, las máquinas de auxilio. Todo lo fiscalizó, reloj en mano; reconoció las locomotoras y los vagones y fué repitiendo mentalmente los nombres de máquinas, maquinistas y material de arrastre. Atisbó, cuando llegó la noche, el paso de los ''nocturnos'' se embriagó con los resplandores, el estruendo y la velocidad de los rápidos convoyes; y como si ello fuera un sedante, una vez en el lecho, apenas leyó la crónica policial y apagó la luz, se durmió sosegadamente.

Así transcurrieron los días, las semanas, los meses y los años. Ningún acontecimiento vino a turbar la vida apacible del viejo funcionario jubilado, como no fueran los accidentes ferroviarios: los choques, los siniestros en los pasos a nivel o en las sendas de la vía férrea, los cambios de itinerarios, la suspensión, detención o retraso de trenes, la extensión de vías, el retiro y sustitución de unidades del material rodante. Todo esto lo inquietaba y le mantenía suspenso por algunas horas; mas, luego, recobrada la calma, la vida seguía su ritmo trivial y monótono.

Un día se anunció un acontecimiento extraordinario: la empresa del ferrocarril había organizado un nuevo servicio de excursiones: el tren fono-eléctrico. Era un tren parlante en el cual, mientras se desarrollaba el viaje, los pasajeros, mediante amplificadores colocados en todos los salones, escucharían la voz del guía de la excursión que iría señalando los lugares de interés pintoresco, geográfico o histórico del itinerario y los explicaría y comentaría, intercalando motivos musicales que estuvieran en relación con el paisaje. El domingo inmediato debía partir el primer tren de excursión fono-eléctrica, a las 6 y 45, con destino a Durazno, para estar de regreso, en la Estación Central, a las 23 y 30.

Los días que precedieron a este acontecimiento fueron para él de ansiedad y desasosiego. A ello se mezclaba un vago sentimiento de protesta. ¿Qué tenía que ver este convoy de nuevo cuño con sus viejos conocidos, los trenes que él había registrado en sus formularios durante tantos años? ¿A qué turbar el recogimiento de los salones, «los palacios», con la

gangosa voz del altoparlante? ¿Era, acaso, digno de «La Emperatriz», «la Gloriosa», «la Magnífica», «La Invencible» arrastrar este convoy en que el rítmico ruido de la locomotora y el isocronismo de la trepidación producida por la unión de los rieles, que son para el viajero de ferrocarril como el *bouquet* para el bebedor de buenos vinos, iban a ser ahogados por la voz crepitante de los amplificadores? Aquello era signo de nuevas épocas, de nuevas costumbres, de nuevas exigencias, de nuevos gustos que no estaban en sus libros. Mas, al mismo tiempo, una secreta curiosidad le hacía esperar con ansiedad el pasaje del primer tren de excursión fono-eléctrica.

Llegó, al fin, el día. Era una madrugada húmeda y destemplada de principio de primavera. Los cristales de la ventana estaban empañados por la condensación del vapor de agua que saturaba la atmósfera. No había llovido, pero el campo estaba cubierto por el rocío. Cuando salió al jardinillo y se asomó a la senda, advirtió que la humedad del suelo le penetraba las suelas de los botines y experimentó en todo el cuerpo el frío de la agria brisa matinal que venía del norte. Sintió un calofrío y volvió a su habitación en busca de abrigo. Se envolvió el cuello en una bufanda y salió nuevamente al jardín. Pasaron los trenes ordinarios, con la puntualidad habitual y, a las 6 y 59, se oyó el estridente silbido de la locomotora del tren de excursión fono-eléctrica, cuya cabeza apareció en el fondo del desmonte.

Por el acento estridente de la voz, él reconoció la majestuosa mole que apareció, en seguida, en el fondo del corredor, y que parecía llenarlo todo con su negro vientre. Avanzaba rugiendo, empenachada de espeso humo.

—«Es «La Invencible», se dijo y, estirando el cuello, agregó: «No trae menos de cuarenta vagones».

Sacó el reloj del bolsillo y, cuando la poderosa máquina enfrentó su sitio de observación, tomó la hora. El monstruo cruzó con fragoroso estruendo, haciendo estremecer el suelo y sacudiendo violentamente los tallos de las plantas silvestres que crecían junto a la vía. Sintió en el rostro el calor del ardiente hogar de la locomotora y se vió envuelto en acres ráfagas, en que el olor del aceite caliente y del petróleo se mezcla-



ba al del humo del carbón. Contó luego cuarenta y dos vagones, cuyos números advirtió más que vió, y murmuró al constatar el tiempo del pasaje del tren:

—«Un minuto, treinta y cuatro segundos».

El aire, agitado por la velocidad del convoy, le envolvió en un torbellino y mientras el tren se perdía en el codo de la curva, nuevamente experimentó un vago calofrío. No había oído los altoparlantes ni había visto nada en el tren fono-eléctrico que lo diferenciara de los ordinarios. Al contrario, el juicio fué terminante:

—«Es un convoy magnífico. ¡Cuarenta y dos vagones!»

Transcurrió el día sin más incidente que el pasaje ordinario de los trenes y un vago malestar que le asaltó al hacerse la noche. Experimentaba sensación de frío y una indefinible opresión en la región precordial. Nada dijo de ello, pues deseaba asistir al pasaje nocturno del tren fono-eléctrico que debía regresar antes de media noche. ¿Cómo podía él perder el magnífico espectáculo que ofrecía «La Invencible» arrastrando, en medio de la noche, los cuarenta y dos vagones del convoy resplandeciente de luz?

Cuando llegó el féerico tren la opresión había aumentado. Sentía como un martilleo en las sienes y le ardían las manos. Un constante cosquilleo le recorría la espalda.

Pasó jadeando «La Invencible», de regreso de su largo y pesado peregrinaje, iluminando con su poderoso farol delantero la vía férrea, envuelta en cendales de humo y arrastrando los cuarenta y dos vagones iluminados, cuya trepidación le pareció que resonaba dentro de todo su cuerpo. Penetró el tren fono-eléctrico en el largo desmonte y, antes de perderse en la noche, lanzó un agudo silbido que a él le pareció que le quedaba sonando dentro del cráneo, donde acababa de aposentarse un agudo dolor.

Dando traspiés y sintiendo que le cogía violentamente el calofrío penetró en la casa, llamó a la esposa y se tendió vestido en el lecho. ¿Qué era aquello? ¿Es que su máquina, que hasta entonces había funcionado con la regularidad de aquellas sus viejas amigas que desfilaban constantemente frente a su casa, iba a sufrir una *pane?* No experimentó temor, pero advir-

tió que aumentaba el calofrío en intensidad y que la opresión que le apretaba el pecho se hacía cada vez más angustiosa.

La esposa, alarmada, le desprendió la ropa y le cubrió con las mantas del lecho; pero él seguía temblando y se sentía convulso, agitado por espasmos isocrónicos que le obligaban a apretar los dientes. Los porrones de agua caliente que le pusieron debajo de las mantas, y el posillo de café que le hicieron beber le aliviaron. Se atenuó el temblor, pero comprendió que le había cogido la fiebre; una ola de calor invadía todo su cuerpo; las sienes le latían precipitadamente y sentía dificultad para respirar.

El médico vino en seguida. Le tomó el pulso y la temperatura y luego lo auscultó. Prescribió una inyección tónico-cardíaca, ventosas y una poción. La congestión había invadido el vértice del pulmón izquierdo y el corazón flaqueaba. Era preciso vigilar y esperar.

¿Esperar? ¿Podía esperarse mucho de aquel cuerpo magro y sin reservas que había ya cruzado el meridiano de los setenta? La noche fué mala. Los neumococos proliferaban y seguían atacando e invadiendo el pulmón y los bronquios. Se presentó la fatiga y la tos, y la fiebre se mantuvo implacable. El enfermo cayó en profundo sopor; cuando despertaba pronunciaba palabras incoherentes. De madrugada el delirio se sistematizó. El mundo que el paciente ocultaba en su espíritu, quebrantada la acción de la conciencia, subía a sus labios en breves epifonemas: «¡Magnífico convoy! ¡Cuarenta y dos vagones!» «¡Animo, vieja amiga!» Luego, las palabras se confundían en sus labios secos por la fiebre y solamente profería nombres que brotaban sibilantes.

El médico lo visitó nuevamente por la mañana. Al verlo frunció el ceño. Lo examinó y constató que la bronco neumonia se había instalado violentamente. La fatiga del enfermo era angustiosa y la *facie* cianótica revelaba que el corazón trabajaba con dificultad; el filtro renal estaba obstruído. Se echó mano a los recursos heroicos, pero la terapéutica parecía impotente ante aquel cuadro. Se apeló entonces a los recursos espirituales.



Al mediar el día, el capellán de la próxima capilla le trajo el Viático. Cuando el sacerdote le cojió la mano y lo llamó por su nombre, abrió los ojos, recobró la conciencia y advirtió el peligro. La confesión fué breve. Recibió la absolución y la comunión y, mientras el sacerdote le administraba la Extremaución dos lágrimas surcaron sus lívidas mejillas. Luego, cayó en profundo letargo.

Era ya de noche cuando, de pronto, se incorporó en el lecho, y miró hacia la ventana con extraviados ojos; luego, dejó caer pesadamente la cabeza sobre las almohadas y comenzó nuevamente a delirar. Las fantasmagorías que él guardaba celosamente en el fondo del espíritu desplegaron entonces sus alas, como si con ellas quisieran protegerle en su agonía, y se posaron en la cabecera del enfermo. Fué como si el Itinerario que pendía de la pared se hubiera animado y la ventana que daba sobre la vía férrea se hubiera abierto de par en par; todo lo que le quedaba de energía vital se concentró en aquella pantalla de luz y en aquel marco de sombra. Lo demás había desaparecido para él: la casa, la familia, la habitación, su propia persona.

En aquel momento un convoy que pasaba hizo estremecer la casa con la trepidación de su rápida marcha y lanzó un agudo y prolongado silbido.

—«Es la 115», murmuró, «La Emperatriz»; lleva todas las luces encendidas y arrastra cuarenta vagones...»

Le pareció que las luces de la 115 iluminaban todo el marco de la ventana y lo llenaba de fantásticos fulgores. Haces de luces blancas, rojas y verdes convergían a ella, y la ventana se ensanchaba y engrandecía hasta convertirse en un panorama resplandeciente, en cuyo centro se tendían las vías hacia el infinito, flanqueadas de altos mástiles en cuyos extremos se encendían y apagaban señales luminosas. Por aquella vía, que ascendía en la noche estrellada, cruzaban sin cesar maravillosos convoyes, que parecían traslúcidos, arrastrados por igneas locomotoras. Sus asombrados ojos reconocían a todas sus amigas transfiguradas: «La Emperatriz», «La Gloriosa» «La Invencible», «La Magnífica», «La Señorita», «La Abuela», «La Viejita», «La Jubilada», y todas las otras. No faltaba ninguna de la innumerable familia. Detrás de ellas corrían «los

palacios», «los oasis», «los tercer estado», todo envuelto en ondas de luz que se irisaban y adquirían maravillosas formas, y se multiplicaban y giraban y corrían como las nubes impulsadas por el viento. Vió que, entre los fantásticos convoyes, ascendía también el fono-eléctrico, y esta vez oyó que de él se desprendía una inefable música que parecía proceder de arpas angélicas, a cuyo celestial ritmo todas aquellas animadas formas se movían sincrónicamente, como se mueven los astros en el espacio. Todo se tornó luminoso. La ventana era como la base de un cono resplandeciente por cuya eje ascendía la vía radiante que se perdía en el empireo. El sentíase también penetrado por aquella misteriosa luz. Le pareció que una fuerza poderosa, y a la vez cordial, levantábale dulcemente del lecho; que su cuerpo fluído flotaba en el aire. Un maravilloso convoy se detuvo en la ventana. Invisibles manos le transportaron a él, le depositaron sobre suaves cojines y le envolvieron en tibias mantas. Oyó el silbido de la locomotora y advirtió que el tren se ponía en marcha, que ascendía por el luminoso riel tendido hacia el espacio como una escala celeste. Sus ojos habían adquirido el don de ver a través de los objetos y salvar todas las distancias. Allá arriba, muy lejos, vió una maravillosa bóveda de cristal, cuyo arco gigantesco se abría como resplandeciente pórtico. Le pareció que era la bóveda de la estación; pero ésta irradiaba como el sol y, a medida que el tren se aproximaba, el fulgor se hacía más vivo y deslumbrante. Silbó la celeste locomotora y penetró bajo la fantástica bóveda, donde todos los convoyes que llegaban parecían transformarse en multitud de gloriosas y resplandecientes figuras.

En aquel instante le invadió un delicioso sopor, una dulce embriaguez que le obligaron a cerrar los ojos, a sellar los labios y los oídos, a cruzar las manos sobre el pecho, a dejarse mecer como el niño a quien acuna la madre. El sueño acalló todas las ansiedades, todas las angustias, todos los dolores, todas las resonancias de su espíritu, y se hundió en él, abolida la conciencia, rotas las ligaduras de la carne, extraño a los hombres y sus miserias, como si se hallara a inconmesurable distancia de la tierra.

La luz del alba iluminó su yerto semblante en el que la majestad de la muerte había respetado la inefable sonrisa.

# Las cosas muertas

Al día siguiente de la muerte de nuestra hermana mayor, acaecida en octubre de 189... abandonamos apresuradamente nuestra antigua quinta y nos refugiamos en una pequeña casa de la ciudad.

La mudanza se hizo de prisa, presidida por mi padre que, muy pálido y con los ojos enrojecidos, daba órdenes breves y secas. Cuando todos los objetos que debíamos transportar a la nueva casa estuvieron dispuestos, él me tomó de la mano y juntos recorrimos las habitaciones semi desnudas.

Al llegar al salón donde durante muchos años reunióse la familia para pasar las veladas, y del que no se había tocado un sólo objeto, se detuvo algunos instantes. Era una amplia sala de techo alto y artesonado; de las paredes recuadradas y de fondo uniforme colgaban antiguos retratos de familia; las puertas estaban ocultas por pesadas cortinas. Una hermosa chimenea decoraba la pared del fondo. En las noches de invierno, la familia se reunía alrededor del fuego, a pocos pasos del viejo piano donde mi hermana ejecutaba invariablemente el repertorio de mi padre, compuesto de antiguos aires que, a veces, éste acompañaba con voz apagada y quejumbrosa.

Algunos minutos mi padre permaneció de pie ante el piano, con la frente agobiada y los brazos caídos á lo largo del cuerpo, luego quitó el atril, cerró el piano, guardóse la llave y corrió las pesadas cortinas sobre las puertas y ventanas.

No sé por qué la obscuridad me produjo escalofrío y experimenté un vago temor supersticioso. Acaso mi sensibilidad de niño excitada por las impresiones de los últimos días; tal vez la idea de que en aquella habitación había permanecido el cadáver muchas horas. Mi padre volvió a co-

germe la mano y me arrastró hacia afuera. Al llegar a la puerta oímos los desacompasados acordes de una caja de música que yacía descompuesta en un rincón de la sala; la maquinaria rota dejó escapar algunas notas dislocadas que yo sin embargo recompuse mentalmente. Eran compases de una antigua romanza. No tuve tiempo de percibir las últimas notas porque mi padre sollozando corrió al cortinado y cerró la puerta. Luego abandonamos la quinta para siempre.

La mansión permaneció muchos años abandonada. Volví a ver aquellos lugares una tarde del invierno de 190..., pocos días antes de la venta de la propiedad. Mi padre había muerto el mes anterior. Llegamos al caer la noche con Luis, nuestro antiguo criado.

Nadie había penetrado en la casa después de nuestra partida. Las llaves chirriaban en las cerraduras llenas de herrumbe y los goznes producían un ruido áspero y desagradable.

En las habitaciones flotaba un ambiente acre y frío. Las arañas tejían sus telas y sobre las paredes y el techo se extendía una capa gris de humedad. Atravesé la larga galería y me detuve ante la puerta del salón. A través de los cristales ví el forro obscuro del cortinado corrido. Hice girar la llave, empujé la puerta y penetré en la habitación. Primero oí un vago murmullo como el que produce el escape de un volante, luego rompieron el silencio las notas locas de la caja de música. Eran los mismos compases de la vieja romanza, pero con los años y el abandono, la voz del instrumento se había hecho áspera y lúgubre.

Ante aquellos girones desgarrados de un aire que había sido familiar a mi infancia, me sentí invadido de mortal tristeza. Un temor supersticioso me hizo pensar en la vida de las cosas inanimadas y experimenté la sensación de que en aquella sala oscura y silenciosa los objetos sentían y pensaban. Tuve miedo y encendí luz. Todo estaba como el día en que abandonamos la quinta: las cenizas en la chimenea, las butacas y sillones dispuestos en rueda, los cuadros de familia colgados de los muros.

Por primera vez se me ocurrió mirar con curiosidad aquellos grandes lienzos encuadrados en marcos antiguos. Eran



retratos al óleo de personas muertas hacía ya muchos años: cabezas tristes y expresivas, uniformes y vestidos de épocas pasadas, todo desvanecido y marchito por el tiempo y el polvo.

Luego me acerqué al piano, las cuerdas vibraron y de la caja brotó un gemido prolongado. Entonces observé con sorpresa que el teclado estaba descubierto y que el álbum descansaba sobre el atril. Recordaba que mi padre había cerrado con llave el piano y retirado el álbum del atril. Volvió a asaltarme con mayor intensidad el miedo supersticioso, y dándome a mi mismo una explicación falsa para calmar mi inquietud, cerré con cuidado el salón y ordené á Luis que dispusiera el lecho en una habitación apartada.

La velada fué triste. Pretendí hojear algunos viejos libros que hallé en la biblioteca, pero un vago malestar me impedía concentrar la atención. A las once me acosté; Luis tendió su cama en la habitación próxima. El criado también estaba preocupado y triste.

A las doce me sobresaltó un vago ruido que no acerté a explicarme. Esperé y nuevamente volví a oir el rumor apagado; al principio parecióme escuchar las notas dislocadas de la caja de música; luego el lejano sonido se precisó y percibí claramente en la noche las notas de uno de los antiguos aires que tanto gustaban á mi padre.

Me incorporé en el lecho y me pasé la mano por la frente. La alucinación hacíase más viva. Ahora oía la melodía quejumbrosa y los graves acordes del acompañamiento. Encendí luz y llamé á Luis.

—¿Has oído?

Luis estaba blanco como el papel.

Me vestí apresuradamente y me dirigí á la puerta. Luis suplicó:

—¡Por Dios! con las ánimas no se juega, —y me siguió. Yo oía que le castañeaban los dientes. A medida que nos acercábamos al salón, la música se hacía más distinta; no había duda; alguién tocaba en el piano la romanza favorita de mi padre.

Al llegar a la galería vi, a través de los cristales, por los intersticios de las cortinas, que la sala estaba iluminada. Nos

acercamos en puntillas a la puerta y aplicamos el oído. La música seguía sonando a la sordina y un instante creí oir la voz triste y quejumbrosa de mi padre repetir la melodía. Cuando cesó la música me pareció que muchas manos aplaudían débilmente. Luego todo quedó en silencio; un momento después oí el tenue murmullo de conversaciones y ruido de muebles que se movían. Todo eso era muy lejano y muy tenue, como si pasara en otro mundo. Había en la extraordinaria alucinación algo de tácito, de discreto, de recatado, de profundamente misterioso. Era como si las voces y los ruidos sonaran apenas en una cripta vacía.

Un vehículo que pasó por el camino hizo estremecer la casa. La vibración corrió por los muros y el pavimento, las puertas temblaron en sus marcos y la caja de música dejó escapar algunas notas guturales.

Volví á mi habitación temblando como un azogado. Ordené á Luis que enganchara y nos pusimos en marcha en medio de la noche. Cuando ganamos el camino, me volví para ver el edificio; por las rendijas de los postigos del salón escapaban hilos de luz y aun me pareció percibir, apagada por la distancia, la voz triste del piano. Luis se santiguó y castigó al caballo.

No volví á ver la quinta; pocos días después se vendió la propiedad y los nuevos dueños hicieron demoler el edificio.

1906.

# La paradoja del miedo

VERDADERAMENTE es extraordinario el valor de Strobant, dijo uno de los cinco cuando nos reunimos a beber café después de la función.

—Es preciso confesar que el oficio de domador de fieras requiere en quién lo practique un temperamento especia, dijo otro.

—Strobant lo posee, agregó el que había hablado primero.

—Solamente la sangre fría y el valor de Strobant pueden dominar a los leones, afirmó en definitiva un tercero.

—¿Usted lo cree?, preguntó entonces sencillamente Hudson. Todos lo miramos maravillados.

—Pero qué, ¿duda usted del coraje y de la sangre fría del domador?

—¿Cree usted que sin ellos podría dominar a esos malditos leones?

—¿Puede acaso dudarse del valor de Strobant?

—No, yo no afirmo nada—respondió Hudson—. Ni niego que Strobant tenga coraje, valor o sangre fría, como dicen ustedes, ni tampoco lo afirmo.

Volvimos a mirar a Hudson con verdadera indignación, pero él no se inmutó y agregó con aire indiferente:

—Después de todo, este es un asunto acerca del cual yo no me atrevería a particularizar jamás. Si he dudado, así en general, cuando ustedes afirmaban, es porque conozco un caso. Es cierto que los casos no hacen regla.

Eso fué en uno de mis viajes por el norte. Durante diez noches sentí el influjo de aquel domador de fieras, más valiente que Strobant, sin duda; al menos yo lo creí así. Sepan ustedes que tomé un abono de butaca para veinte funciones,

sólo para ver trabajar á Raska, la gloria de la *menagerie* de Ducan Gray y el ídolo del público. Raska llegaba hasta el centro de la pista, saludaba sonriente, y luego se dirigía a la jaula de los leones: tres formidables ejemplares del Atlas como no he vuelto a ver otros. Cogía el látigo de acero, abría la puertecilla y penetraba en la jaula. Yo no puedo describir a ustedes aquel espectáculo terrible y magnífico. Raska se erguía frente a las fieras, hacía erugir el látigo y durante quince minutos realizaba los más audaces y bárbaros ejercicios.

No volveré a ver jamás un espectáculo más grandioso, ni a sentir mayor admiración hacia un hombre. Aquel domador, dueño de un valor sobrehumano y terrible — al menos así lo creía yo — parecía un dios frente a las fieras. Los músculos en tensión, el ojo avizor, las piernas vibrantes y elásticas los brazos duros como el acero, la cabeza erguida y la mirada de fuego. Todo su cuerpo parecía dominado por una fuerza superior ante la cual los leones se rendían humillados.

Quise conocerlo y tuve la primera desilusión. Raska, el audaz domador, era un hombre tímido y encogido y creo que hasta algo estúpido. Todos allí le maltrataban y herían, desde el director de la *menagerie* hasta el último caballerizo. En realidad era considerado como un ser despreciable, incapaz de sublevarse contra los golpes y denuestos de que a diario era objeto.

Sorprendido, quise interrogarle y entonces Raska me refirió su historia.

Desde niño estaba allí; había empezado dando saltos mortales y volteretas sobre el trapecio — un largo y doloroso aprendizaje, os aseguro — y por fin el capítulo terrible de su historia: las fieras.

—«Yo era el más cobarde y tímido y me obligaron. Aquel día, tuve más miedo de Duncan Gray, el director que de los leones, y entré. Fué entonces cuando se produjo el fenómeno; desde que me vi dentro de la jaula, el miedo cerval me hizo perder la cabeza. Levanté el látigo y lo hice chasquear; uno de ellos, el de las melenas rojas, avanzó hacia mí; yo salté como nunca había saltado y le crucé el vientre con el látigo.



El león lanzó un rugido de dolor pero no volvió a atacarme Los otros dos, más mansos, se entregaron también. Salí le la jaula y me desmayé. Al día siguiente empezó de nuevo la prueba; Duncan Gray tenía el revólver en la mano y me apuntaba a la menor vacilación; entré nuevamente en la jaula y el miedo me dió fuerzas y agilidad. Desde entonces comprendí que el miedo era mi maestro y mi salvación. El apenas entraba en la jaula, endurecía mis músculos y despertaba todo mi instinto de conservación y mis facultades de defensa. Fué un aprendizaje rudo y provechoso; ni un segundo he dejado de sentir el mismo pavor frente á las fieras desde que ejerzo este maldito oficio y creo que el miedo me ha salvado hasta ahora».

Esa misma noche fué la tragedia. Raska había bebido y llegó ebrio; aquel hombre tímido y cobarde penetró en la *menagerie* transformado; daba grandes voces y amenazaba con matar á Duncan Gray. Aquella vez se hizo respetar de los caballerizos y demás gente de cuadra a quienes golpeó furiosamente.

Cuando apareció en la pista, yo desde mi butaca advertí que se hallaba violentamente excitado y que sus ojos brillaban como nunca. Rechazó el látigo de acero, cogió una pequeña varita de mimbre y penetró en la jaula en medio de los aplausos delirantes del público. Jamás le había visto tan audaz y tan torpe como aquella noche; fué hacia las fieras, las golpeó con los pies y las manos, y luego empezó a gritar que todos aquellos animales eran unas cobardes alimañas.

El público, sorprendido, aplaudió frenéticamente y Raska comenzó a pasearse a lo largo de la jaula. Entonces el de las melenas rojas, que había permanecido en un rincón, se irguió y avanzó cautelosamente hacia Raska. Este se detuvo, miró frente a frente a la fiera y la golpeó con el puño. El león levantó la zarpa y la dejó caer como una maza sobre la cabeza de Raska; éste trastabilló, se irguió de nuevo cegado por la sangre, y un segundo creí ver reaparecer al Raska de las noches anteriores. Sin duda, ante el peligro, el borracho reaccionó y volvió a sentir el miedo esencial que hasta entonces le había salvado.

Pero era tarde: Raska cayó de bruces y quedó así, de rodillas, con la cabeza ensangrentada apoyada sobre el pavimento. El león le dió un zarpazo en la espalda que debió desgarrarle los pulmones y quitarle la vida, porque Raska ya no se movió.

Un rugido formidable al que contestó toda la *menagerie* hizo estremecer el circo. El olor de la sangre humana es un terrible excitante para las fieras.

Ya ven ustedes, como la única vez que Raska tuvo valor en su vida, fué para morir. Y sin embargo, era Raska, lo gloria de la *menagerie* de Duncan Gray.

1908.

# A una vieja puerta

Cien años no es gran cosa,
Y sin embargo, han sido
Para tí, vieja puerta,
Como si fueran siglos.
Ayer, en la fachada
Del caserón patricio,
Flanqueada por pilastras
De escurialense estilo,
Bajo el dintel de piedra
Que soportaba el tímpano
Donde el gusto barroco
Dejó vago vestigio,
Sobre el barrio opulento
Tuviste señorío.

Te formaban escolta
Y te daban prestigio
Enrejadas ventanas
De primorosos rizos,
Frescos y hondos alfeízares
Y curvos tejadillos.
Los recios entrepaños
Y el paramento liso
De la vieja casona
De adobe y de ladrillo
Eran como amplio manto
De inmaculado armiño,
Y la simple cornisa,
Y el ático sencillo
Poblado de pilares

Y hierros peregrinos,
Sobre el azur del cielo
Al dibujarse, nítidos,
Eran los lambrequines
De tu heráldico signo.

¡Casa grande! decían,
Al pasar, los vecinos,
Y curiosear el patio
A través del postigo:
Noble zaguán de bóveda
Y de enlosado piso,
Y cancela de hierro,
De su prestancia símbolo;
Enjalbegados muros,
Relucientes y lisos,
Alicatados zócalos
De mudéjar estilo;
Arriates de geranios,
De azucenas y lirios;
Limpio y fresco solado
Con su algibe morisco,
Su parral venerable
Y sus hierros floridos;
Alfarjados aleros,
Estilizados grifos,
Galerías voladas
De coloreados vidrios,
Caladas celosías
De discretos postigos.
¡Casa grande!, decían
Al pasar, los vecinos.

Y tú, hijodalga puerta,
Que el maestre te hizo
De aromada madera
De los bosques nativos,
Con tus nobles paneles
De tallado jesuítico,



Con tu rico ensamblaje
Y montantes macizos,
Con tus recias visagras
Y tu prócer pestillo,
Con tu arcaico aldabón
De gusto peregrino,
Con tus ferrados clavos
Sobre el yunque batidos,
Con tus fuertes cerrojos
Y tus trancas de sitio,
¡Cuántas veces, antaño,
Abriste tus postigos
A graves caballeros,
A damas de tontillo:
Honrados mercaderes,
Venerables patricios,
Elegantes galanes,
Damiselas y niños.

Y así viste pasar,
A través de tu quicio,
Diminutos chapines,
Deliciosos corpiños,
Mantones y mantillas,
Austeros atavíos,
Capas y levitones,
Ricos fraques ceñidos,
Románticas gorgueras,
Botas de cuero fino,
Y sombreros de copa,
Y uniformes antiguos.
Viste las reverencias,
Los gestos y remilgos
Y acaso sorprendiste
Amorosos suspiros,
Miradas encendidas
Y apasionados dichos.
Para el amor se abrió
Tu discreto pestillo,

La voluble fortuna
Halló tu umbral propicio;
Echaste los cerrojos
En la hora del peligro,
Mas, viste a los sicarios
Violentar tus postigos
Y arrancar al abuelo
Del noble hogar patricio
Para hacerle probar
El pan del ostracismo.

Se arruinaron las jambas
Que te formaban quicio,
Cayeron las dovelas
Del dintel conmovido
Y arrasó la piqueta
El caserón patricio.
Te llevaron, con mengua
De tu linaje limpio,
A un sórdido depósito
De cosas de derribo,
Donde te abandonaron
A tu adverso destino.
Pasaron muchos años
Con monótono ritmo,
Hicieron las arañas
En tus paneles nido,
El orín corroyó
Tus herrajes antiguos
Y enmoheció tus goznes
Y afrentó tu pestillo.
El polvo te cubrió
Con su afelpado frío,
Y sobre tu grandeza
Cayó el pesado olvido.

Mucho tiempo después
La Providencia quiso
Que un romántico gesto
Te salvara a tu sino.



Te quitaron las telas
Que te hacían vestido,
Te limpiaron el polvo
Con cuidado prolijo,
Y apareció de nuevo
El primor de tu estilo:
Tus austeros paneles
De labrado jesuítico,
Tus lanceolados goznes
Y tus clavos batidos,
Tus nobles ensamblajes,
Tu montante macizo,
Tu forjado aldabón
Y tu prócer pestillo.
Otra vez te ajustaron
En tu marco patricio
Y con mano piadosa
El maestre prolijo
Te curó las heridas
Que la incuria te hizo.

Bien estás, vieja puerta,
En tu nuevo destino;
Es moderna la casa,
Pero es viejo el estilo,
Y te hacen compañía
Y velan tu prestigio
Venerables sillares,
Entrepaños amigos,
Enrejadas ventanas
De complicados rizos,
Graciosos azulejos
Y alfarjes peregrinos;
Y aún puedes contemplar,
Desde tu noble quicio,
El forjado pescante
Del aljibe morisco.
Te abanica el ciprés,

Te aroma el espinillo,
Te acaricia el jazmín,
Y te da sombra el pino.
Si miras hacia adentro,
Desde el salón propicio
Te hacen guardia de honor
Muebles de viejo estilo:
Majestuosas consolas,
Nobles mesas de arrimo,
Cómodas taraceadas,
Tapices desteñidos,
Oscurecidos lienzos,
Retratos pensativos,
Las cosas familiares,
Los recuerdos amigos.

Vigilante cerrojo
Llena pronto tu oficio
Si la mano en la aldaba
Pone el desleal amigo.
No cedas, si te fuerzan,
Vigilante pestillo,
La Traición, la Doblez,
La Maldad, el Delito;
Pero cuando se allegue
El amor a tu quicio,
Abre de par en par,
Vieja puerta, el postigo;
Así venga de rosas
Y azahares precedido,
Así sea una novia,
Una madre, o un hijo,
Así sea un hermano,
Y aún un desconocido,
Se llame él, Infortunio,
Pobreza u Ostracismo,
Traiga traje de gala
O ropas de mendigo.



Y cuando Ella se allegue,
Con sus negros vestidos
Y su escolta de sombras,
Al umbral, y en sigilo
La mano descarnada
Llame quedo al portillo,
Córranse los cerrojos,
Vuélvanse los pestillos,
Salten los pasadores,
Abranse los postigos,
Sin que chirrien los goznes
En sus ejes antiguos,
Que tan gran señoría
Tiene aquí señorío.

Pero, cuando se parta
Por el largo camino,
Ciérrate, noble puerta,
Sin hacer mucho ruido
Con tus goznes cansados
Y tu viejo pestillo;
Y sea tu silencio,
Tu recato prolijo,
Tu prestancia patricia,
Tu continente digno,
Más que el crespón de duelo,
El verdadero símbolo
Del amor del ausente,
Y el dolor de los míos.

# La casa de Oribe

Don Felipe Contucci
Fué embajador ambiguo
De la Infanta Carlota
Y fidalgo de viso
Que, con ocultos pliegos
De su Señora, vino,
Para la Real Audiencia,
Para el Virrey Elío
Y para el Muy Ilustre
Regimiento y Cabildo,
A tentar la defensa
Del derecho divino
Al trono de la España,
Y al colonial dominio,
De la animosa hermana
De Fernando el Cautivo.
Afrontó el fijodalgo
Los azares del Sitio,
Fué fautor de la intriga
Que trajo el armisticio,
Logró muchas ventajas
Para el Rey Fidelísimo
Y, de la de Borbón,
Mantuvo el real servicio.

Afincó Don Felipe
Adentro del recinto;
Construyó casa grande
En el barrio patricio,

Calle San Pedro, abajo,
En el solar contiguo
A la casa infanzona
Del Coronel del Pino,
Frente a lo de Maciel
Y Viana, su primo.
Fué morada de fuste,
De ancho portal castizo,
Cuyo cancel cerraba
El arco manuelino,
Sugestión lusitana
Transportada de Río,
Junto con las escarpias
Y los hierros floridos
De rejas y antepechos,
Montantes y postigos.

Unió el amor en uno
A dos linajes limpios:
Oribes y Contuccis,
El blasón vizcaíno
Y el escudo italiano
De Braganza bienquisto.
Casóse el de Contucci,
Que era mozo garrido,
Con Doña Pepa Oribe,
Doncella de gran tino,
De belleza esplendente
Y de recato digno.
Así en los años últimos
Del español dominio,
Como cuando Juan VI
Con su ejército invicto
Hizo de la Provincia
Estado Cisplatino,
La casa de Contucci
Fué permanente círculo
De orgullosos magnates
Y blasonados títulos,



Y desde el rico estrado,
Con noble señorío,
Presidió Doña Pepa
El salón de más viso
Que hubo en Montevideo
Con el de Magariños.

A Oribes y Contuccis
Fuéles amor, propicio,
Pues dos veces su sangre
Y sus linajes limpios
Confundieron su prez
Y unieron su destino.
El año veintinueve,
Ya el Imperio vencido,
Y el Estado Oriental
Libre, al fin, de enemigos,
Por la fuerza del brazo
Heroico de sus hijos,
Montevideo vió,
En medio del bullicio,
Entrar noble cortejo
A su templo magnífico.

Eran novios de rango,
De nombre esclarecido:
Agustina Contucci,
Con el blanco atavío,
Su virginal belleza,
De sus virtudes signo,
Envuelta entre las galas
De su nupcial vestido,
Princesa parecía
Por su real señorío.
Y Don Manuel Oribe,
El Coronel patricio,
Con su azul uniforme
De oro guarnecido,

Con los aúreos cordones
De Ituzaingó, y al cinto
La espada que en el Cerro
Aterró al enemigo,
Tenía la prestancia
De un caballero antiguo.

Hicieron los esposos
De la casona, nido,
Y allí la noble estirpe
Se perpetuó en los hijos.
La sala nuevamente
Se engalanó con ricos
Brocatos y alcatifas;
El estrado magnífico
Recibió a las matronas
De abultado tontillo.
Se vieron en la sala
Levitones antiguos
Y románticos fraques
De próceres patricios;
Uniformes brillantes,
Generales, Ministros,
Y a Don Manuel Oribe
Del gobierno investido.
Más, ¡ay!, que duros tiempos
Llegaron; sobrevino
La guerra: ¡larga lucha!
En que no fué propicio
Al Presidente Oribe
El astro de su sino.
Tras batallar sin tregua
El General, vencido,
Resignó su mandato,
Y partió al ostracismo.

La casa quedó muda,
Los salones, vacíos;



Se enfundaron los muebles,
Se cubrieron los ricos
Espejos de Venecia,
Se echaron los postigos,
Se cerraron las puertas
Con trancas y pestillos;
Soledad y silencio
En ella hicieron nido.
Transcurrieron, dramáticos,
Los años del exilio;
Del preclaro solar
Hizo su presa el Fisco:
Autos, papel sellado,
Abogados, ministros,
Corchetes y alguaciles,
Defensores de oficio
En pocos años fueron,
Más que palas y picos,
De demoler, capaces,
El antiguo edificio;
Mas, al fin, la almoneda
Decidió su destino.

Aun está la mansión
De pie en el casco antiguo,
Olvidada en el barrio
Que a menos ha venido.
La calle de San Pedro
Se llama Veinticinco,
Las casonas hidalgas
Son pobres conventillos,
Los portales, covachas
De comercios furtivos.
Junto a ellas se alzan
Burgueses edificios,
Ostentosas moradas,
Casas de nuevos ricos
Con fachadas lujosas
De pretencioso estilo.

Han afrentado el pórtico
Del caserón antiguo
Que se arruina en silencio,
Con un letrero indigno
En exótica lengua
Y torpe forma escrito;
De una de sus ventanas
La reja han desprendido
Para exhibir en ella
Muestras de ultramarinos;
Y la otra ventana,
Tras los trozados vidrios,
Luce sucios estantes
Con dudosos artículos.
Quitaron la cancela
Del arco manuelino,
Y su solado patio
En cuadra han convertido
Donde lloran su oprobio
Los lusitanos frisos,
El parral centenario,
Los hierros peregrinos,
El noble alicatado
Y el brocal esculpido.

¿Qué queda, vieja casa,
De tu esplendor antiguo,
De Oribes y Contuccis,
De hidalgos y patricios?
¿Qué ha sido de tu prez,
De tu estrado magnífico,
De tus lujosas damas,
De tu brillante círculo,
De tus nobles saraos,
De tus bailes de viso:
Minués y contradanzas
De acompasado giro,
Rigodones, cuadrillas,
Miradas y suspiros,



Dulce agua de panales,
Licor de tamarindo,
Pastillas y confites
Con versos alusivos?
¿Qué se hizo el canapé
A los novios propicio?
¿Dónde está el pianoforte
De paños guarnecido,
Con sus viejas romanzas
Y su acento marchito?
.....

¿Qué importan las injurias
Que el tiempo te ha inferido
Si tú sigues soñando
En tus preclaros títulos,
En la prez de tu origen,
En tus blasones limpios?
En la silente noche,
Cuando se apaga el ruido
Y, envuelto entre las sombras,
Duerme el barrio tranquilo;
Cuando en la Caridad,
Acompasado y rítmico,
El son de su campana
Lanza el reloj vecino,
En la hora misteriosa
De sopor y de frío
Propicia a los fantasmas
Y a los aparecidos,
En que todo se vuelve
Informe e impreciso,
En que el viento parece
Llamar a los postigos,
Gemir en los zaguanes
Y golpear en los vidrios,
De tus muros cansados
Se apodera el hechizo,

Y renace en tus salas
El esplendor antiguo.
Entonces, como otrora,
Recobran su prestigio
Las ricas colgaduras,
Los brocatos magníficos,
Las suntuosas alfombras,
Los bordados prolijos,
Los nobles canapés,
Los sillones mullidos,
Las próceres consolas
Y las mesas de arrimo.
Cornucopias y espejos
Reproducen el brillo
De bujías y lámparas,
Arden los caloríferos,
Y embalsama el benjuí
Con su perfume tibio.

Discurren por la casa
Los fantasmas del Sitio;
No suenan en las losas
Sus pasos, ni hacen ruido
Sus manos cuando cojen
Los ferrados pestillos
De las cerradas puertas
Que se abren con sigilo.
Se inclina el de Contucci
Ante el Virrey Elío,
Y junto a los magnates
Forman brillante círculo
Vigodet, Michelena,
Posadas, Fray Cirilo,
Solemnes Cabildantes,
Oidores en exilio,
Funcionarios del Rey,
Oficiales del Fijo,
Apuestos milicianos,



Atezados marinos,
Ancianos ricoshomes
Y vecinos de viso.

Llega luego la prez
Del mundo Cisplatino:
Pasa el de la Laguna,
El pecho guarnecido
De entorchados y cruces,
Y sobre el oro fino,
La banda en blanco y gules
De la Orden de Cristo;
Le siguen generales,
Chambelanes y títulos;
Luego el Señor Vicario,
El Prior de San Francisco;
Linajudos fidalgos
De espadines al cinto,
Damas de alta prosapia
Con suntuosos vestidos:
Las galas lecorianas
Con su barroco estilo.

Disipadas las sombras
Del régimen caído,
Otras sombras recorren
El caserón antiguo.
Tras de la colgadura
Aparece en el quicio
El Presidente Oribe
De uniforme vestido:
Fraque con entorchados,
Cordones guarnecidos,
Altas botas de hule,
La espada de oro al cinto.
Da el brazo a su consorte,
Le siguen sus Ministros
Y le forman escolta
Oficiales garridos.
Recorre el Presidente

El concurso conspícuo:
Capitanes de Artigas,
Héroes de los dos sitios,
Gloriosos veteranos
Del año veinticinco,
Doctos constituyentes,
Sacerdotes patricios,
Graves legisladores,
Magistrados pulidos,
Damas y caballeros
En apretado círculo.
Se adueñan los fantasmas
Del caserón dormido,
Discurren por las salas
Y los patios sombríos,
Mientras la noche oculta
El misterioso hechizo.

.....

Cuando la Caridad
Lanza el primer tañido
Y el son de la campana
Cruza el barrio, indeciso,
Y en los altos pretiles,
Húmedos de rocío,
Cuelga el claror del alba
Cendales imprecisos,
Sacude la casona
El embrujo; en el lívido
Amanacer se borran
Las sombras y vestiglos.
Recomienza la vida,
Reanúdase el bullicio,
La ciudad populosa
Recobra el diario ritmo,
Y prosiguen las Parcas,
Impasibles, su rito,
En las trágicas ruecas
Cortando hilo tras hilo,
Mientras el Tiempo cubre
Todo de olvido.

# La locura del mar

"—¿Adónde vas, hermano, la ancha vela tendida?
¿Qué país fabuloso o isla desconocida,
¿Qué puerto de aventura va tu proa a buscar?
¿Qué lumbre hay en tus ojos? ¿Qué fuerza hay en tu mano?
¿Qué misteriosa estela traza tu quilla, hermano?
¿Qué sino te arrebata, sin tregua, sobre el mar?"

"—¡Voy lejos! En la ruta que sin cesar prosigo,
No hallo viento propicio ni hallo puerto de abrigo
Ni playa ni ensenada donde poder anclar;
Mi viaje es largo, largo, ¡hace tiempo que dura!
Se ha convertido en nieve mi cabellera oscura
Y he olvidado mi nombre de tanto navegar."

"—Vuelve la proa, hermano, que el viento del regreso
Hinche otra vez tu vela; que te acaricie el beso
Del aire de la patria; gobierna hacia el hogar.
Iza en el mastelero insignia de esperanza,
Vuelve el rumbo de nuevo a mares de bonanza,
Hermano, ya es la hora: regresa a descansar."

"—¡Es tarde! Estoy muy lejos, me rinde la fatiga,
Ya se apagó en el cielo la última estrella amiga
Y veo a barlovento cárdena luz brillar;
Lleva crespón de duelo mi palo de mesana,
Me atrae el arrecife con fuerza sobrehumana,
Y la quilla presiente, próximo, el zozobrar.

"Es tarde, hermano, escora mi nave el viento helado;
El agua es como tinta, el cielo está cerrado,
El casco se estremece con sordo rechinar;
Las luces se extinguieron, navego en el abismo,
Sin norte, sin conciencia, fantasma de mí mismo,
No sé de dónde vengo ni a dónde he de arribar.

"Destroza el aparejo, rugiente, la galerna,
Sin fuerzas y aterido, mi mano no gobierna,
Da saltos insensatos la aguja de marear;
Hermano, ¡adiós!, comienza la aciaga singladura,
Ya siento que me invade la trágica locura
De las ignotas cosas que yacen en el mar."

# En el festín

El festín está triste y silencioso...
Agoniza en el marco de las caras,
En una lividez desesperante,
El perverso albayalde de las máscaras;
Sonríe la ironía de la muerte
Sobre el carmín, que se marchita y aja,
Las vacilantes plantas se deslizan
Sobre un montón de flores estrujadas.

La luz, lívidamente,
Sobre aquella agonía se derrama,
Y vagan, en el aire, como en sueños,
Las notas de una fúnebre romanza.

Sobre todas las frentes
Un frío soplo de tristeza pasa,
Y se asoma el fantasma de la tisis
A unos ojos cegados por las lágrimas.
Los labios enmudecen,
Las ojeras se agrandan,
Ya no se escuchan los alegres cantos
De aquella enferma juventud romántica...

Y en medio de las sombras
Que ya comienza a disipar el alba,
Entre rojos pudores desgarrados
Y dulces timideces desfloradas,
Entre un vago tropel de melodías,
De oraciones, de flores y de lágrimas,

Como un ángel caído
Que batiendo las alas se alejara,
La virgen Inocencia
Entre las sombras de la noche pasa.

1900.

# Grecia

Se agrietaron las columnas,
Se desplomaron los templos,
Y sobre la tierra dórica
Reinó silencio.

Vinieron de todas partes
A ver los áticos restos:
El Partenón mutilado,
El Acrópolis desierto,
Las columnatas caídas
Junto a los plintos severos
Cual si un vendaval hubiera
Arrasado el mundo griego.

La procesión de las razas
Desfiló sobre el desierto
Sin conseguir arrancar
A las piedras su secreto.
Nadie lo sabrá jamás,
Sepultóse con el pueblo,
Duerme acaso para siempre
En los mudos mausoleos.

En las colinas de Atenas,
Solitario, canta el viento,
Y su voz dice: "¡Jamás!"
Y dicen: "¡Jamás!", los ecos.

# Historia pueril

¿Fué aquí o en Buenos Aires,
En Londres o en París?
Todos los sitios son
Buenos para sufrir.

Permanecían mudos,
De pie, junto al convoy,
Perdidos en la inmensa
Soledad del adiós.

No encontraban palabra
Capaz de contener
La inenarrable angustia
Del desenlace aquel.

Solamente las manos
Con su muda presión
Expresaban lo intenso,
Lo hondo del dolor.

Sonó el silbato agudo,
Ella se estremeció
Y sus labios, tan sólo
Murmuraron: ¡adiós!

El se arrancó a sus manos
Y se lanzó hacia el tren;
Ella cerró los ojos
Blanca como el papel

Partió el convoy, la niña
En el andén quedó
Inmóvil, parecía
La estatua del dolor.

Abrí la ventanilla
Y me asomé a mirar:
La estación se perdía
En la gris soledad.
.....

¿Qué fué de aquella niña
Que un breve instante ví
Y es la protagonista
De esta historia pueril?

No lo sé; pero, a veces,
Cuando recuerdo aquel
Día de la partida
En el oscuro andén,
Siento un vago deseo
De volver a sufrir,
Hondamente, la angustia
De aquella tarde gris.

# El huésped de la alegre ciudad

Aquella noche me tendí en el lecho
Del desolado cuarto del hotel;
Todo era hostil, desde el desnudo techo
Hasta el tono agresivo del papel.

El rumor que llegaba hasta mi pieza
De la fiesta que ardía en la ciudad
Hacía más acerba mi tristeza,
Y más intolerable mi ansiedad.

Y lloré por mi dicha destruída,
Por el dolor de la mujer amada,
Por mi temprana juventud herida
En el umbral de la primer jornada.

Mis lágrimas corrían, silenciosas,
Sin hallar más respuesta a mi aflicción
Que el frío indiferente de las cosas,
Y el tic tac de mi enfermo corazón.
.....

Una sombra llegó; en su faz de cera
Esplendían los ojos, soberanos,
Sentóse a mi vacía cabecera,
Y sentí en mi revuelta cabellera
La caricia impalpable de sus manos.

"Sufres", me dijo, "amor te causa enojos".
"Duerme y olvida; ¡ya has llorado tanto!"
Y a las lágrimas puras de mis ojos
Mezcló el sabor acerbo de su llanto.

"¿Quién eres?", pregunté. "¡Bah! entre los [hombres]
Muchos saben quien soy; tú, si lo quieres,
Llámame Soledad, cuando me nombres,
O dime sólo, Hermana, si prefieres."

"¡Oh Soledad!" mis labios murmuraron.
"Duerme, dijo ella, volveré mañana."
Mis fatigados ojos se cerraron
Y de nuevo mis labios susurraron,
Como en una oración: "¡Gracias, Hermana!"

1901.

# El abanico

Una mano piadosa, y tal vez romancesca,
Lo salvó del oprobio del juzgado y la ley;
Desde entonces conservo la joya plateresca
En que el artista puso oro sobre el carey.

Sobre el país se apaga la escena pintoresca
—Trasunto de las guerras del Católico Rey,—
En la que se confunde la prez caballeresca
De airones castellanos y alquiceles del Bey.

Vino en caja de sándalo de tierra de Castilla,
Animó con sus vuelos los bailes de mantilla,
Lo vieron los saraos del tiempo colonial;

Alcanzó todavía los últimos salones,
—Gloria del miriñaque y de los peinetones—
Y hoy duerme en la vitrina su sueño señorial.

# Beethoven

En los cristales de la vidriera
Agonizaba la luz difusa.
Era una tarde de primavera
Evocadora como una musa.

El humo amigo de los cigarros
Tendía un velo sobre el estudio...
Como un lejano rodar de carros,
Del viejo piano, brotó el preludio.

El arco sabio rozó las cuerdas,
Sonó la caja con honda angustia,
Palidecimos todos, ¿te acuerdas?
Y tú inclinaste la frente mustia.

Las densas notas se desgranaron;
Tu *stradivarius* insinuó el canto;
Todos los ojos se dilataron
Hipnotizados por el espanto.

Gimió el *adagio;* tras los alcores
Mostró la luna su faz de plata,
Eran sollozos desgarradores
Las hondas notas de la sonata.

Había sombras acurrucadas
Tras las cortinas de los balcones,
Y las figuras, alucinadas,
Se retorcían en los plafones.

La luz moría; la noche incierta
Llamó a los vidrios con golpe amigo;
En la vidriera, la tarde muerta
Dobló la frente sobre el postigo.

En un *pianíssimo* calló el piano,
Se oyó un chasquido de cuerda rota,
Y como un eco, hondo y lejano,
Quedó vibrando la última nota.

Cuando enjugaste con la batista
Tu rostro exangüe y alucinado,
Estaba el alma del viejo artista
Adormecida sobre el teclado.

1901.

# La catedral

Una iglesia toda llena de paz y melancolía;
La luz de una tarde triste en los altos ventanales;
En los tallados sitiales
El capítulo reunido salmodia la letanía.

*Christe exaudi nos.* El coro desgarra el silencio hondo,
Se extiende como una queja sobre la nave desierta,
Y la lamparilla incierta
Alumbra apenas el Cristo que se desangra en el fondo.

*Fili Redentor.* El viento que penetra por la ojiva
Llora en la bóveda oscura, corre por los arquitrabes,
Se desliza por las naves
Y hace parpadear la llama de la lámpara votiva.

*Christe exaudi nos.* Las voces cantan, lloran o se quejan,
Las confusas resonancias se difunden temblorosas;
Los perfiles de las cosas
Se apagan y se deslíen como sombras que se alejan.

Termina el coro, el capítulo se ha postrado de rodillas,
Muere el día en el triforio y en los lívidos vitrales;
Las pinturas medioevales
Se sumergen en la sombra de las naves y capillas.

Sólo la lámpara mística parpadea en el sagrario,
Semejan aves nocturnas los historiados faroles
Y monstruos, los facistoles,
El templo, envuelto en la noche, queda mudo y solitario.

Los muertos en los sarcófagos duermen el sueño ancestral,
En los nichos las imágenes han doblado la cabeza,
Y diez siglos de tristeza
Velan el sueño de piedra de la vieja catedral.

1901.

# El romance de Petrona Magariños

## I

## Los esponsales

Está de fiesta mayor
La casa del "rey chiquito";
La echará por la ventana
Don Mateo Magariños,
Que hoy es día de esponsales,
Y en grandeza y señorío,
En el Río de la Plata
No cede a ningún vecino.
Su mansión, detrás del Fuerte,
Alza sus muros macizos
Sobre la calle San Diego,
Junto a la de San Benito.
Es noble casa solar,
Con su amplio portal patricio,
Sus enrejadas ventanas,
Sus ajimeces moriscos,
Azules alicatados
Y vichaderos oblicuos,
Su zaguán y su cancela,
Su patio de árabe estilo,
Y su mirador, famoso
Desde la época del sitio.

Su salón, en la ciudad
Es el salón de más viso:
Pintorescas alcatifas
Sobre alfombrados mullidos,
Reposteros de brocado,
Asientos de noble estilo,
Espejadas cornucopias,
Candelas de metal fino,
Consolas de amplios azogues,
Graciosas mesas de arrimo,
Y de cincelado bronce,
Ricos braseros moriscos.
Preside aquel noble estrado,
De caoba guarnecido,
En el sofá señorial
La Madama Magariños,
Doña Manuela Cerrato
Y Chorroarín. Apellidos
Habrá que lo valgan tanto,
Más no, linajes más limpios.
Gran dama es doña Manuela,
Grandes señores sus hijos,
Bellísimas las doncellas
Y son los cortejos, dignos
De semejantes beldades
Y de tanto señorío.

Es la novia, la Petrona,
La menor de Magariños.
Parece por el recato
Una virgen de Murillo,
Un angel por la belleza,
Y por el candor, un niño.
Su tez es nácar, sus labios
Son un clavel encendido,
Y sus agarenos ojos
Fulgen con ardiente brillo.
Su esplendoroso cabello,
En dos trenzas recogido,



Tiene el color de la noche;
Su cuello es alabastrino,
Sus hombros son de marfil,
Su busto es vaso florido,
Su andar es suave cadencia,
Sus pies son breves y finos,
Y sus manos parecieran
Hechas de ámbar y de lirios.
Tal galán para tal moza,
Pues Pedro Bazán, es digno
De dar su nombre y su honor
A Petrona Magariños.
Oficial de coraceros
Que en la guerra hizo prodigios,
De Ituzaingó, los cordones
Lleva en el pecho prendidos,
Su valor y su ardimiento
Luce en sus ojos endrinos.
Segundón de estirpe hidalga,
Muestra en su porte los signos
De su ascendencia española
Y de su linaje limpio;
Ducho en lances de salón,
Balbuceó, pálido y tímido,
Ante los rasgados ojos
Que le miraban, tranquilos,
Y el intrépido oficial
Quedó en las redes prendido
Que, sin querer, le tendió
La Petrona Magariños.

Estos nobles esponsales
No presencia el "rey chiquito",
Pués el prócer está ausente
En las tierras del Pacífico
Y sus negocios ha tiempo
Que le retienen en Quito,
Pero está doña Manuela
Y la acompañan sus hijos.

De las esplendidas bodas
Se habla en todos los corrillos
Y en los estrados; se dice
Que habrá regalos magníficos:
Joyas, encajes, brocados,
Manteles y alemaniscos,
Colchas de telas de Holanda
Y primorosos vestidos,
Terciopelos italianos,
Tafetanes ginebrinos,
Faldellines de Bruselas,
De tul y gasa tontillos,
Briales de rico damasco,
Jubones de seda e hilo,
Guantes traídos de Francia,
Chales de Cadiz traídos,
Peinetones de carey
Tallados por Masculino,
Ricas mantillas de encaje
De bordados peregrinos,
Y mantones de Manila,
Y pintados abanicos,
Que una infantina de España
No traería ajuar más digno.
Será fiesta principal
Como cuadra a Magariños;
Don Frutos, el Presidente,
Será en la boda padrino,
Y Don Dámaso, el Vicario,
En ella será Ministro,
Que a haber Obispo en la plaza
Bendeciría el Obispo.



Las arras serán monedas
Del siglo décimoquinto:
Magníficas Isabelas
Y lucientes Fernandinos.
Después de las velaciones
Habrá desayuno digno,
Luego seguirá el convite,
Todo de gente de viso.
Se abrirán las alacenas
Y los arcones antiguos,
Saldrá a lucir la vajilla
De primoroso batido
Que llegó de Potosí
Haciendo el largo camino;
Los barrocos candelabros,
En Portugal adquiridos,
Con fanales historiados
Y con caireles de vidrio;
Se tenderán los manteles
De Holanda el punto más rico,
Con los cristales de Italia,
Y los aros de oro fino.
De la bodega saldrán
Los aromáticos vinos
Con etiquetas de Francia
Y de andaluces cortijos,
Y allí, los pavos trufados,
Y los sabrosos mariscos,
Y las ricas empanadas,
Y los alfajores finos,
Y las sabias confituras,
Y el postre de gran estilo
Con lacerías de aljofar
Y versillos alusivos.
Y habrá felicitaciones
Y obsequios de los amigos,
Y flores en profusión,
Y brindis con nobles vinos,

Y Acuña de Figueroa,
Ora tierno, ora festivo,
Leerá el epitalamio
Que su estro ha concebido;
Y seguirán los abrazos,
Las lágrimas y suspiros,
Que en asuntos de esponsales
Todo ha de andar confundido,
Las lágrimas y las risas,
Que para el caso es lo mismo.

## II

## La partida

Doña Manuela Cerrato
Está en el sillón mullido,
La aguja en el cañamazo
Y el recuerdo en Magariños.
Sus hijas le hacen tertulia
Y la acompañan sus hijos.
El Comandante Bazán,
Grave, el rostro pensativo,
Con sus brillante uniforme
En la sala ha aparecido.
Adelanta hasta el estrado
Pide la venia, sumiso,
Las manos a las señoras
Besa con gran señorío,
Y estrecha las que le tienden
Con efusión sus amigos.
Luego se cuadra y comienza:
—Pido, señora, permiso,
Y digo que Su Excelencia
Va a abrir campaña a los indios;



El Coronel Bernabé
Reclamado ha mis servicios.
Tengo que partir.
—Bazán:
Replica con tono digno
La dama, puesto que os llaman
Y que partir es preciso,
Que la Santísima Vírgen
Os acompañe, hijo mío.
Petrona, pierde el color,
Su pecho se ahoga en suspiros,
Y el pañuelo de batista
Lleva a sus ojos endrinos.
Y es luego el hablar los novios
Boca a boca y sin testigos,
Y es al decirse ternezas
Y es el volver a lo mismo:
—Mañana el alba al romper
Ya me encontrará en camino.

Entrelazadas las manos,
Temblorosos como niños,
Petrona y Bazán prolongan
El adiós, junto al postigo.
Ni sus agitados labios
Ni sus pechos oprimidos
Hallan palabras bastantes,
Ni hallan bastantes suspiros
Para expresar el dolor
Que acongoja sus sentidos.
De pronto turba el silencio
La esquila de San Francisco
Con un doble melancólico
Que se pierde en el vacío.
Se ha estremecido Petrona,
Y Bazán se ha estremecido,
Que parece que aquel son
Fuera como un vaticinio.

Va, calle abajo, Bazán
Con su continente digno,
El uniforme entallado,
Ceñida la espada al cinto.
Los ojos de la doncella
Están en el novio fijos
Mientras dobla nuevamente
La esquila de San Francisco.
El melancólico son
Da a Petrona escalofrío,
Y como el presentimiento
De misterioso peligro.

Vuélvese adentro la niña
Presa de inquieto extravío,
Abre la rica cancela
Y, con el paso indeciso,
Penetra en el oratorio,
Que está en penumbras sumido.
Arde la pálida llama
Dentro del vaso votivo,
La Vírgen de los Dolores
Sufre y llora entre dos cirios.
Alza Petrona los ojos
Nublados, al crucifijo,
Y el torrente de su llanto
Rompe en cauce convulsivo
Mientras cae de rodillas
A los pies del Santo Cristo.

## III

## El holocausto

Llegó el fúnebre convoy,
Después de largo camino;
Son tres cajas enlutadas,
Tres héroes son los caídos.



Bernabé: caro pagaste
Tu arrebatado heroísmo;
Bazán y Viera: la palma
Lograsteis del sacrificio.
Fué terrible la jornada;
Ya derrotados los indios,
Ahullando, huía la horda
Cuando el jefe, enardecido
Se lanzó en perseguimiento
De un puñado de enemigos.
Bazán y Viera le siguen
Aunque mucho es el peligro
Porque del monte cercano
Más salvajes han salido
Y ya para cada blanco
Hay lo menos veinte indios.
Solo se escuchan blasfemias
Y bárbaros alaridos
Y el rudo chocar de hierros
Y de pistolas los tiros.
El corcel de Bernabé
Está boleado y cautivo,
A pie ha quedado Bazán,
Roque Viera ha sucumbido.
Se precipitan los bárbaros
A rodear a los caídos,
Las espadas de los héroes
Forman a sus cuerpos círculo,
Más, ¿qué pueden dos espadas
Contra tantos enemigos?
Las lanzas de los salvajes
Se cierran, y caen heridos,
Los cuerpos acribillados
Y en humeante sangre tintos.
Yace el bravo Bernabé
Sobre los pastos tendido,
El Comandante Bazán
Ya dió el último suspiro,

Los ojos de Roque Viera
Parece que son de vidrio.
La horda embriagada de sangre
Y sedienta de exterminio
En los cuerpos palpitantes
Hunde lanzas y cuchillos,
Y mutilan a los héroes
Entre salvajes aullidos.

¡Aguas turbias del Cuareim,
Uruguay, paterno río!
De la bárbara tragedia
Sois los únicos testigos,
Y vuestras sonantes ondas
Cantan el fúnebre himno
Al valor de Bernabé,
Invicto entre los invictos,
A la intrepidez de Viera,
De Bazán, al sacrificio.

## IV

## La ofrenda

De la Matriz, en la nave
Los paños están tendidos;
De los blandones, la luz
Agoniza en el recinto.
Sobre el negro catafalco,
De plata y oro guarnido,
Reposan tres ataúdes
Delante de un Santo Cristo.
Sobre el del centro, la espada,
El puño de oro bruñido,
Yace con las charreteras
Y el elástico patricio.



En los otros los cordones
De Ituzaingó, con su brillo
Escoltan los negros cascos
Empenachados y rígidos.
Es el concurso solemne,
Y es toda gente de viso.
Pálido está el Presidente,
Pálido está su Ministro,
Que si uno llora al hermano,
El otro piensa en el hijo.
¡Bernabé! ¡Cómo es posible
Que te mataran los indios!
¡Tú, el león de los desiertos,
En cien combates invicto!
Así pensaba Don Frutos,
Uniendo los tiempos idos,
Con proyectos de futuro,
Es que su hermano y sobrino
Fuera acaso Presidente
O por lo menos Ministro.
¡Maximiliano, hace un año,
Que te mataron los indios,
Y ya no me quedan lágrimas,
Para llorarte, hijo mío!
Así pensaba Don Lucas,
De sufrimiento transido,
De pie, junto al catafalco
De los tres héroes caídos.
Por Roque Viera hay quien llora:
Esposa, padres e hijos.
Suben al Cielo las preces,
Y el llanto es dolor y alivio.
¿Quién llora a Pedro Bazán?
¿Quién llora su sacrificio?

Una figura enlutada
En la nave ha aparecido.
Todos exclaman al verla:
"¡La Petrona Magariños!"

El amplio manto de duelo
Oculta el cuerpo garrido,
Y del luto del tocado
Caen las trenzas, al descuido,
Como dos serpientes de ébano
Me maravilloso brillo.
El bello rostro quebrado
Parece marfil antiguo,
En los afiebrados ojos
El llanto se ha consumido,
En el pecho virginal
Se ahogan, hondos, los suspiros,
Es la estatua del dolor
O el dolor humano y vivo.
Está junto al ataud
Y sus labios convulsivos
Mezclan ingenuas plegarias
Con angustiosos gemidos.
Luego empuña la tijera
Que oculta trae en el tontillo,
Y con rápido ademán
Sus trenzas ha desprendido.
Las dos serpientes de ébano
De maravilloso brillo
Caen de la toca, cortadas
Por el acerado filo.
La doncella las oprime
Contra su pecho transido,
Y luego, amorosamente,
Sus manos de ámbar y lirio
Sobre el ataúd las posa,
Ofrenda y no sacrificio,
Junto a los aureos cordones
Y al casco de oro guarnido.

¡Cordones de Ituzaingó,
Casco de oro guarnecido,
Largas trenzas de azabache
Ofrenda del sacrificio!



Os ví un día en una caja
Sobre una mesa de arrimo,
De taraceada caoba,
Delante de un Crucifijo,
Junto a un fanal que guardaba
Flores, en un vaso antiguo.
Las manos nonagenarias
De Petrona Magariños
Abrieron la vieja caja
De jacarandá pulido
Y pusieron en las mías
Las reliquias del idilio.

¡Cordones de Ituzaingó!
¡Casco de oro guarnecido!
Del valor y de la gloria
Seréis muy preciado título,
Mas, las dos trenzas de ébano
De maravilloso brillo
Que la novia se cortó
Delante del Santo Cristo,
Como ofrenda a los despojos
De Bazán, su prometido,
Del amor de una doncella,
Sois el verdadero símbolo.

# Discursos Académicos

# Discursos Académicos

## RECEPCION DEL ACADEMICO ARGENTINO Dr. D. ARTURO CAPDEVILA

Era nuestro propósito, señor Académico Capdevila, recibiros con todos los honores que merecen vuestra personalidad, vuestra obra, vuestra condición de argentino y vuestra investidura académica. Nos proponíamos honrar en vos al insigne representante de la Academia Argentina de Letras y de la cultura de vuestro grande y amado país, al noble y alto poeta, al castizo escritor, al cautivante historiador, al maestro del buen decir y del bien pensar; pero la brevedad de vuestra permanencia en Montevideo nos obliga a recibiros así, sin protocolo, en la intimidad de la familia, que es acaso la forma que mejor cuadre cuando se trata de hombres de letras de estas dos patrias hermanas que constituyen una sola entidad histórica, espiritual y literaria. Permitidme, pues, que os diga simplemente que vuestra presencia, que tanto nos honra, nos llena también de júbilo, como ocurre en la familia cuando, impensadamente regresa a su seno uno de sus miembros ausentes. Eso nos ocurre con vos, y por eso, en nombre de la Academia Nacional de Letras os digo que estáis en vuestra casa y os invito a que conversemos familiarmente alrededor de nuestra mesa de trabajo, donde sólo hallaréis afectuosa amistad, admiración hacia vuestra obra literaria y amor a vuestro país. Pero antes de ello quiero rogaros que, cuando regreséis a vuestros lares, os hagáis intérprete ante la ilustre Academia Argentina de Letras de nuestro sentimiento, y le presentéis los fraternales saludos de la Academia uruguaya y los votos que formulamos p que nuestras relaciones sean cada vez más estrechas, más cor-

diales, más dignas del común origen de las dos naciones del Plata que, como solía repetirlo el gran argentino Roque Sáenz Peña, son dos soberanías asentadas sobre una misma sociabilidad. Sed el bienvenido a esta casa, señor Académico Capdevila.

## HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS DOCTORES VICTOR PEREZ PETIT Y JOSE IRURETA GOYENA

La reunión de esta mañana, aunque se realiza en la intimidad, tiene la solemnidad y el recogimiento requeridos por el motivo que nos congrega, que es honrar la memoria de los ilustres cofrades fallecidos Dres. D. Víctor Pérez Petit y D. José Irureta Goyena, cuya desaparición, si enluta a esta corporación, enluta también a la cultura nacional.

Al contemplar acongojado el sitial vacío que ocupó el Dr. Pérez Petit no puedo menos de recordar que el insigne escritor asistió todavía a la última sesión que celebró la Academia. Llegó a nuestra sala sostenido por las fuerzas del espíritu, pues las corporales ya le flanqueaban. Al despedirnos, poseídos ambos del pensamiento de que lo hacíamos hasta la eternidad, me dijo: "Lo que siento es irme sin poder realizar todo lo que he soñado y proyectado; pero perseveraré hasta el fin". Y así fué: cayó como él lo deseaba; con la pluma en la mano. Ni un día desertó de su mesa de trabajo, y cuando la abandonó fué para entregarse en brazos de la buena muerte que llegó serenamente, casi sin agonía.

Con él desaparece una tradición literaria de más de medio siglo; con ella se va también un amigo ejemplar y un hombre de letras de cuyos labios y de cuya pluma brotaba constantemente el raudal de su sabiduría y de su experiencia. Las energías físicas le habían abandonado en los últimos tiempos; pero mantenía intactas las soberanas energías del espíritu. El podría haber repetido la frase de Jouvert, el amigo de Chateaubriand: "He dado todas mis flores y mis frutos; soy sólo un tronco desnudo y resonante; pero quien se sienta a mi sombra algo nuevo aprende". Todos cuantos



nos aproximábamos a él, algo nuevo aprendíamos. Era un humanista nutrido en todas las ramas del conocimiento; había cultivado todos los géneros literarios con igual fortuna, y pertenecía a aquella raza de escritores de que habla Sainte-Beuve en su estudio sobre Buffon, que están en constante progreso y que día tras día se superan. El ha legado a su país, con el ejemplo de su vocación y de su perseverancia en la producción, que no tuvieron un solo desmayo, el monumento literario de su obra que la Academia está en el deber de custodiar celosamente.

La mesa ha pedido al eminente colega Dr. Martínez Vigil, que fué amigo predilecto del Dr. Pérez Petit y su compañero en los días en que, con Rodó y Daniel Martínez Vigil, dirigieron la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", verdadero paladión de nuestra cultura, y que, con autoridad magistral, mantiene la tradición de aquellos ya lejanos tiempos, que haga el elogio del ilustre extinto.

También ha pedido a otro eminente colega, el Dr. Regules, que haga, con su admirable elocuencia, el elogio del Dr. Irureta Goyena, maestro indiscutido del derecho, profesor esclarecido y tratadista cuya autoridad ha salvado las fronteras, y uno de esos hombres que, por sus condiciones morales e intelectuales, ejercen verdadero rectorado sobre la sociedad en que viven. Fué, además, y es preciso insistir sobre esto, un eminente escritor, un ático escritor formado en el culto de las grandes literaturas, cuyo ceñido estilo conciliaba la sobriedad y el rigor del pensamiento con la elegancia y la gracia del buen decir. Era además un orador denso, cuya grave oratoria sabía adquirir singular elevación. Enriquecía el discurso con oportunas citas tomadas de las literaturas clásicas, de los maestros del Renacimiento, de las escuelas contemporáneas. Algún día han de recogerse sus ensayos y sus discursos de acento literario para incorporarlos a la antología de nuestros escritores clásicos.

Entretanto la Academia Nacional de Letras, abrumada por la irreparable pérdida de tan ilustres varones, custodiará su memoria y los honrará, sobre todo, perseverando en la labor que de ella exige la cultura de la República.

## RECEPCION DEL ACADEMICO PERUANO DR. D. VICTOR ANDRES BELAUNDE

Permitidme, señores, que agradezca, en primer término, al Sr. Ministro de Instrucción Pública el haber interrumpido sus absorbentes tareas oficiales para venir a honrar y presidir la sesión solemne que hoy realiza la Academia con el objeto de recibir a un huésped ilustre. Demostráis así, señor, el interés y la inquietud que inspiran a vuestro espíritu todas estas nobles cosas que tienen relación con la cultura, y dais con ello un nuevo ejemplo que confirma que la función de gobierno, el arte de gobernar, no es ya el *potior imperii* de la definición romana ni el *potior rerum* de que habla Cicerón, sino que es un elevado magisterio, un alto rectorado espiritual que, vos, Sr. Ministro, estáis ejerciendo con verdadera dignidad, con celo ejemplar y con rara eficiencia.

Señor Académico Belaúnde: no me corresponde a mí el honor de daros oficialmente la bienvenida, pues he rogado a nuestro eminente colega el Dr. Regules que lo haga con la elocuencia que cuadra a un huésped de vuestra jerarquía; pero, permitidme que, amparándome en mi privilegio de Presidente de la Academia, os salude con brevísimas palabras y os diga que, los años que han corrido desde la época en que con tanto brillo ejercisteis la representación del Perú en nuestro país, no han extinguido la cordial amistad que os profesamos vuestros viejos amigos del Uruguay, y que, lejos de extinguirse, ha aumentado la admiración que vos nos inspiráis como representante que sois de una cultura superior, en la que se confunden el clásico humanismo occidental, que es venero que no se cegará nunca, con la inquieta ambición que agita a los hombres de pensamiento del Continente de crear una cultura propia americana. Artista de la palabra hablada y escrita, orador esclarecido y escritor insigne, estáis aquí en vuestro ambiente natural, y la Academia experimenta el influjo de vuestra presencia; maestro de disciplinas jurídicas que habéis difundido, proclamado y defendido en la cátedra, en las funciones de gobierno y en los históricos congresos y conferencias del Continente los más puros principios y las más nobles doctrinas del derecho internacional, os consideramos como uno de los genuinos representantes del sentimiento americanista que a todos nos posee en los días solemnes que corremos; ciudadano insigne de una gran nación hermana a la que admiramos y amamos y a la cual nos sentimos vinculados por la identidad de origen histórico y de destino democrático, nos hallamos hermanados con vos en el culto de las comunes tradiciones y en la realidad de los problemas que deben afrontar las sociedades del Nuevo Mundo; miembro eminente de la ilustre Academia Peruana, os recibimos con fraternal afecto y os rogamos que veáis en nuestra Academia una prolongación de la vuestra y que, cuando regreséis a vuestros patrios lares, os hagáis intérprete ante la docta corporación de Lima, de nuestros sentimientos y del mensaje de amistad que me permito confiaros espiritualmente en nombre de la Academia Nacional de Letras del Uruguay.



He aquí lo que deseaba deciros, Sr. Académico Belaúnde, antes de que el Dr. Regules nos cautive con su elocuencia y exprese, con su palabra magistral, el sentimiento que experimenta la Academia al recibir la visita con que esta mañana honráis esta casa.

## INCORPORACION DE LOS ACADEMICOS SEÑORES JUANA DE IBARBOUROU, CARLOS MARIA PRINCIVALLE Y DR. EDUARDO J. COUTURE.

Me honro, señores, en dar la bienvenida, en nombre de la corporación, a los nuevos académicos, Sra. Juana de Ibarbouru, Sr. D. Carlos María Princivalle y Dr. D. Eduardo J. Couture, y expresarles la complacencia con que los vemos incorporarse a nuestra compañía. El apremio en integrar la Academia nos obliga a diferir el ritual de recepción solemne para fecha próxima. En esa ocasión los oradores que designe la Academia y los recipiendarios pronunciarán los discursos de rigor. La señora de Ibarbourou viene, al fin, a ocupar el sillón que tenía reservado desde que se fundó la Aca-

demia. Se sucede, pues, a si misma, y fuerza será que en el momento oportuno nos haga las confidencias que se refieren a su vida literaria y a su propia obra. El Sr. Princivalle ocupa el sillón que perteneció a nuestro ilustre colega desaparecido Dr. Pérez Petit, y el Dr. Couture el sillón que fué honrado por otro hombre ilustre: el Dr. Irureta Goyena. Nobles temas los tres para ser desarrollados, y bien elegidos los disertantes que traen a la Academia el caudal de su autoridad y de su prestigio. Juana de Ibarbourou viene a encender en nuestra mesa de trabajo la maravillosa lámpara de su poesía; ella nos alumbrará en nuestras deliberaciones y nos recordará siempre que el espíritu es la fuerza que mueve nuestras actividades, ajenas a todo objeto utilitario y a todo sentimiento subalterno. Yo saludo a la gran poetisa que, en el silencio de su retiro, mantiene, sin desearlo ni buscarlo, el cetro de la poesía americana, al cual rinden vasallaje los países que se tienden desde Méjico al Plata. Saludo al Sr. Princivalle, novelista, autor dramático y maestro del buen decir que posee aquel espíritu literario que Sainte-Beuve reconocía en Charles Nodier, espíritu que hace que cuanto en la vida intelectual realizamos, aun las cosas más modestas, lleven el sello de la superioridad espiritual y de la belleza. Saludo al Dr. Couture, maestro de Derecho, cuya autoridad es reconocida dentro y fuera de fronteras, orador que renueva las grandes tradiciones de la elocuencia, finísimo espíritu crítico, catador de belleza que ha hallado en el cultivo de las letras sosegado remanso, acaso para templar el rigor de la ciencia y consolarse de aquello que dijo Cicerón: *summum jus, summa injuria*. Señores académicos electos: estáis en posesión de vuestros sillones.



## CARLOS MARTINEZ VIGIL (1)

Venciendo la congoja que embarga mi espíritu ante la desaparición del Dr. D. Carlos Martínez Vigil, cuyos despojos mortales vamos a entregar a la tierra, y venciendo también la flaqueza de mis fuerzas físicas, vengo a dar el último adiós, en mi carácter de Presidente de la Academia Nacional de Letras, y en su representación, al que fué nuestro ilustre colega y Vicepresidente, y al que fué mi grande y querido amigo.

Esta caja se lleva más de medio siglo de tradición literaria y un invalorable tesoro de sabiduría y experiencia. Emprende en ella el viaje sin retorno el último representante de aquel grupo insigne de escritores que, hace más de medio siglo, fundó la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", publicación que abrió un nuevo y luminoso capítulo en la historia de las letras del Uruguay y, acaso, del Continente. Lo esperan en el más allá los que fueron sus compañeros: José Enrique Rodó, Víctor Pérez Petit, su hermano Daniel, para reanudar el diálogo platónico que tuvo su iniciación en 1895 y que, por tres veces, fué interrumpido por la muerte. Ahora le ha tocado a él partir; y lo ha hecho como vivió, serenamente, silenciosamente, en el tibio regazo del hogar, sin que el dolor haya crispado su carne ni la angustia haya turbado su espíritu en el instante en que el Creador lo llamó a su seno.

Los que nos acercamos al ocaso tenemos que asistir al melancólico espectáculo de ver ralear nuestras filas, y esa melancolía se hace más intensa al considerar que en esta época que alcanzamos se suele no advertir el desplazamiento moral que, para la sociedad, significa la muerte de hombres como este que acaba de caer en su modesto retiro, casi octogenario, inclinado sobre su mesa de trabajo, en medio de sus libros y sus manuscritos, llenando con su pulcra caligrafía, hasta

(1) Discurso pronunciado en el Cementerio Central, en el acto de la inhumación de los restos del Vicepresidente de la Academia Nacional de Letras.

instantes antes del tránsito, las cuartillas cuya tinta está fresca todavía, cuartillas con las cuales su sabiduría, su ciencia, su experiencia, su comprensión y su tolerancia dictaban las últimas lecciones del maestro, en forma de epístolas, apuntes y juicios críticos que, si enseñan, sobre todo estimulan a perseverar en el noble ejercicio de las letras, en el estudio de las ciencias del lenguaje y en el comercio con las cosas del espíritu, cosas que suelen no cotizarse en los mercados del mundo en que vivimos, pero que empiezan a cotizarse desde que se franquea el pórtico de esta mansión del silencio, que es también el misterioso pórtico de la justicia inmanente.

La vida de este varón justo fué ejemplar. En compañía de sus preclaros camaradas, raleado el grupo, o solo, perseveró en su obra, y al margen del duro trabajo cotidiano, con apremio y sacrificio, la llevó a cabal término, y nos legó un ejemplo singular de vocación literaria, una rica antología de bellas páginas de prosa y poesía, y un conjunto orgánico de estudios gramaticales y filológicos, cuya difusión le conquistó, desde temprano, jerarquía magistral y verdadera autoridad en todos los países de habla castellana. Desde sus años juveniles departió sobre tópicos técnicos con los más ilustres filólogos de América, que reconocieron su excepcional cultura, su sentido crítico y su sabio espíritu ordenador y constructivo que le convertía en defensor y vigilante guardián de la pureza de nuestro idioma, de su noble arquitectura, de sus inagotables riquezas, de sus escondidos u olvidados tesoros, sin que desdeñara tampoco aquel sentido de libertad que ya proclamaba Horacio al reconocer que es fuerza que, a veces, perezcan las palabras antiguas para que surjan las nuevas, como las hojas de primavera sustituyen, en el árbol, a las que aventó el otoño. Maestro de la lengua y notable hablista, jurisconsulto eminente, sabio profesor, escritor elegante y castizo, poeta, hombre de vasta cultura universal, fundador y presidente de la Sociedad de Hombre de Letras, cuando se recorren los anales literarios del país, a partir de fines del pasado siglo, se tropieza constantemente con su nombre y con su obra de filólogo y de literato.

La Academia Nacional de Letras le contó en el grupo



inicial de Académicos con que fué constituída, y desde entonces puso al servicio de la corporación sus vastos conocimientos literarios y filológicos. Hace apenas dos semanas, todavía nos sorprendió con una luminosa exposición oral sobre un punto técnico de lingüística en que demostró la agilidad y la precisión con que este hombre, ya en el ocaso de la vida, hacía uso de su caudal de cultura y de su certero sentido crítico.

Ya no veremos su peculiar figura, que tenía la prestancia de pasadas épocas, llegar a nuestra sala de trabajo con su noble continente que, en la ancianidad, conservaba algo de la nerviosidad juvenil, y su cortesía de antiguo cuño, que era legado de la estirpe; no oiremos ya su ingeniosa palabra que, a veces, por exceso de ideas, vacilaba y se detenía, pero llegaba siempre a su cabal objeto y precisaba el pensamiento con nitidez y elegancia; ya no escucharemos su manera personalísima de introducir los temas en la deliberación, y vestirlos con la gracia y el ingenio extraídos de su inagotable anecdotario; ya no beneficiaremos de las luminosas lecciones del maestro de la lengua, del sabio gramático, del ilustre filólogo, ni de aquella humana filosofía que él ponía en sus juicios, en la que se confundían la comprensión, la tolerancia y el optimismo. El sitial que deja vacío en la Academia será, sin duda, llenado con honor, pero, él nos recordará siempre la invisible presencia del esclarecido colega, cuyo espíritu caballeresco contribuyó, en primer término, a crear el ambiente de cordial amistad que reina en nuestra mesa de trabajo.

Cuando murió Víctor Pérez Petit, en medio de la congoja que lo oprimía, Martínez Vigil escribió estas palabras: "No hay que llorar a los muertos que hicieron imperecedero su nombre en el arte, en el pensamiento o en la acción. Hay que continuarlos, siguiendo en cuanto nos es dable, las rutas que honraron e iluminaron con sus creaciones o con sus procederes". He aquí la consigna que nos ha legado este hombre ilustre, cuya ruta en la vida fué clara, limpia y luminosa, y cuya obra literaria recoge la Academia para honrarla y ofrecerla al culto de las generaciones futuras.

Descanse en paz el maestro y el amigo.

## MONSEÑOR BARBIERI EN LA TRIBUNA DE LA ACADEMIA

Clausuramos hoy dignamente con la disertación que nos va a ofrecer nuestro ilustre colega Monseñor Barbieri el ciclo de "lecturas académicas" correspondiente al año 1949. Inició éste el Dr. Dardo Regules, en el mes de mayo, con su magistral lección sobre la Conferencia de Bogotá, en que expuso el significado del histórico congreso y las conclusiones a que llegó, que están destinadas a influir sobre la evolución del derecho público americano y del derecho público universal; lo prosiguió el Dr. José María Delgado con el bello comentario de sus propios poemas, en que relacionó éstos con su profesión médica y, luego de brindarnos sus confidencias líricas, nos deleitó con la interpretación de algunas de sus composiciones poéticas llenas de humano y hondo sentimiento; el Dr. Eduardo J. Couture, en una oración digna del Pórtico, nos confió sus meditaciones íntimas sobre la libertad, esa deidad que Juan Carlos Gómez cantó en sus años juveniles, sin lograr ver jamás su imagen, y por la cual clamaba todavía en el melancólico crepúsculo de su vida; nuestro poeta Sábat Ercasty nos ofreció luego sus impresiones críticas sobre Amado Nervo e hizo la exaltación lírica del poeta de la intimidad; el Dr. Daniel Castellanos nos condujo en seguida, en una peregrinación llena de ingenio y de encanto, de la isla de Calipso a la de Circe, y de ésta al Palacio de Penélope, para introducirnos en la intimidad de las tres mujeres que, en su concepto, hubo en la vida de Ulises; creo justo agregar a esta breve enumeración el erudito y bello estudio de crítica comparada que hizo el Dr. José Pedro Segundo en la última sesión, en que estableció el paralelo entre varias de las más eminentes figuras literarias del Uruguay y el Ecuador; el que habla, por fin, tuvo que poner a prueba la paciencia de la Academia con dos conferencias sobre la iniciación del modernismo literario en el Uruguay y en las que sólo logró exponer los antecedentes del tema. Ahora, Monseñor Barbieri va a clausurar el ciclo anual con una disertación sobre "música y espíritu", en que, manteniéndose en el



plano filosófico que es de su predilección, nos hablará de algo que constituye una de sus inclinaciones y de sus austeros deleites. No todos saben que Monseñor Barbieri es un notable ejecutante y un compositor que tiene ya extensa bibliografía musical. La música es para nuestro eminente colega algo más de lo que los franceses sugieren con la conocida frase: "el violín de Ingres". Hay en esto algo de vocacional; tan es así que, en medio de sus absorbentes tareas y de las responsabilidades y problemas que le depara su investidura, halla todos los días la hora propicia para que su violín le procure momentos de elevación espiritual; que no otra cosa es el objeto de ese lenguaje sin palabras que se llama música, verdadero lenguaje del espíritu a que va a referirse Monseñor Barbieri.

¿Qué puedo yo decir en elogio del disertante? Podría hablar del Prelado ilustre, del humanista eminente, del altísimo orador, del escritor y publicista; pero prefiero referirme solamente, en brevísimas palabras, al Académico, porque Monseñor Barbieri, de tal manera se ha identificado con nuestra corporación, que ya no podemos concebir la Academia sin asociar a ella la noble y digna figura del Prelado. Monseñor Barbieri ha traído a nuestra casa, con el prestigio de su investidura, con su vasta cultura humanística, con su sabiduría, con su prudente consejo, con su entusiasmo y dinamismo, algo que tiene inapreciable valor para nosotros, que es el espíritu de comprensión, de tolerancia, de cordialidad, de modestia con que ha contribuído, en primer término, a crear el ambiente de caballeresca amistad en que se desarrollan nuestras deliberaciones y se realizan nuestros trabajos.

Tal es el elogio que tributo hoy a Monseñor Barbieri al invitarle a leer el estudio con que clausuramos dignamente el curso de "lecturas académicas" correspondiente al año actual.

## RECEPCION DEL ACADEMICO CORRESPONDIENTE EN EL BRASIL, DR. D. ALCEU AMOROSO LIMA

Nos hemos congregado hoy en sesión solemne con el objeto de recibir al esclarecido escritor y pensador brasileño Alceu Amoroso Lima, a quien la Academia ha conferido la dignidad de Académico Correspondiente en el Brasil, y viene hoy a ocupar, a justo título, lugar de honor en nuestra mesa de trabajo.

La Academia ha confiado a nuestro ilustre colega Monseñor Barbieri la misión de dar, con la autoridad de su alta jerarquía y la habitual elocuencia de su palabra, la bienvenida oficial a nuestro cofrade.

Pero, antes de que esto ocurra, me permitiré expresar, en nombre da la Academia, que nos sentimos muy honrados y complacidos con la presencia en esta ceremonia del Sr. Ministro de Instrucción Pública Profesor Secco Ellauri, que no cesa de demostrar el interés que a su alto espíritu de hombre de gobierno y de humanista le inspiran nuestros afanes literarios y del Sr. Embajador Dr. de Macedo Soares. ilustre representante diplomático del Brasil e ilustre representante de la cultura de aquel país hermano, sobre todo de aquella finísima cultura acendrada en la tradición secular de Itamaraty, verdadera escuela de humanistas que irradia su influencia sobre el mundo todo, y en la cual se suceden generaciones de diplomáticos y maestros del Derecho que, a sus profundos conocimientos de las disciplinas jurídicas, agregan sabios conocimientos en disciplinas universales que contribuyen a limar las ásperas aristas del antiguo *jus* para remozarlo, hacerlo más flexible, más humanamente justo y más austeramente hermoso.

El Dr. Macedo Soares, además de sus credenciales diplomáticas, de su dignidad académica, de sus ejecutorias de caballero y gran señor exhibe un título que para nosotros tiene valor inapreciable: el de ser un gran amigo del Uruguay. Y como nosotros, individual y colectivamente, amamos también y admiramos a la gran nación hermana no podemos menos de sentirnos hondamente complacidos ante la presencia



del Sr. Embajador en este acto en que la Academia tributa homenaje a un ilustre hombre de letras brasileño, el Dr. Amoroso Lima, a quien, para hacer cumplido elogio, sólo basta con oponer otro nombre: el de Tristán de Atayde, el glorioso pseudónimo que es familiar a todos los escritores del Continente.

Y puesto que he nombrado a Tristán de Atayde que. por arte de magia literaria se confunde y transubstancia con el de Amoroso Lima, permitidme Monseñor Barbieri, que, sin invadir vuestra jurisdicción, salude en breves palabras al eminente escritor brasileño que posee el secreto del buen decir y del noble estilo; al filósofo cristiano que ha contribuído a remozar la escolástica y a restaurar el valor ontológico del hombre y el sentido metafísico de los fenómenos de que éste es centro en el escenario de la vida y del mundo; al sociólogo que, al estudiar los tremendos problemas que abruman a la sociedad contemporánea, ha escuchado también y se ha hecho intérprete de eso que él en uno de sus libros llama la voz del centro, la voz del norte. la voz del sur, la voz del litoral, la voz de *os sertões* que tan admirablemente escuchó también Euclides da Cunha y que no es otra cosa que la gran voz del Brasil, el magnífico pueblo hermano hondamente vinculado a nuestro pueblo en la historia, en la tradición y en el culto de los principios de libertad, de justicia social y de democracia.

Señores académicos: dice el orador latino, y no sé si con mucha exactitud, que la ancianidad, es decir, la vejez, pues no me asusta la palabra, es por naturaleza demasiado locuaz. *Senectus est natura loquatior*. No sé si yo al declarar abierto este acto con estas palabras no he incurrido en el pecado de locuacidad. Si así fuera, os pido me excuséis. Entretanto, invito ya a Monseñor Barbieri a que con su noble y austera elocuencia dé oficialmente la bienvenida a nuestro nuevo colega.

# EL CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA, DE MEJICO

## RECEPCION DEL EMBAJADOR DE MEJICO DON PEDRO CERISOLA

Señor Embajador: En nombre de la Academia Nacional de Letras me complazco en daros la más cordial bienvenida y en deciros que vuestra presencia en nuestra mesa de trabajo, además de la honra que significa para nosotros, nos complace profundamente, no sólo por los merecimientos de vuestra ilustre persona y por la representación que investís, sino también porque aquí admiramos y amamos a la gran nación mejicana, como se le ama y admira en todo nuestro país. Admiramos a Méjico en su historia: en su civilización precolombina, en sus maravillosas ruinas y monumentos que son páginas vivas de una tradición muchas veces secular; en el drama de la conquista en que las dos razas, la española y la indígena, rivalizaron en heroísmo; en vuestra epopeya emancipadora ungida con la sangre de Hidalgo, Morelos e Iturbide; en vuestra epopeya democrática en que la austera figura de Juárez dictó las normas que os han servido para conquistar vuestras instituciones republicanas basadas en la libertad, el derecho y la justicia. Admiramos a Méjico en su geografía, en su paisaje físico: valles, montañas, volcanes, bosques y llanuras, extensas costas oceánicas; en sus magníficas ciudades donde el moderno progreso se proyecta sobre el fondo admirable de sus monumentos indo-españoles, los más maravillosos y opulentos ejemplares de arquitectura colonial que conserva el Continente. Lo admiramos en su paisaje espiritual y moral, en su cultura que ha enriquecido las letras, las artes, las ciencias, durante más de cuatro siglos, con obras en que han dejado su espíritu, humanistas, escritores, poetas, artistas, sabios, estadistas, hombres insignes cuyos nombres ha recogido la historia. Yo no puedo, señor, en esta breve improvisación, evocar las grandes páginas de vuestra cultura clásica; pero sí quiero recordar, en el seno de la Academia, que yo alcancé la influencia de las grandes generaciones románticas mejicanas, cuando las estrofas de Manuel Acuña, Manuel Flores y Juan de Dios Peza hacían latir nuestros juveniles corazones, y las lecciones magistrales de Julio Sierra nos volvían de nuevo al humanismo; yo alcancé también a los precursores del modernismo: a Gutiérrez Nájera, a Díaz Mirón, a Juan José Tablada y a aquella generación de la *Revista de Méjico*, en que tuve el honor de colaborar y ser gráficamente interpretado por vuestro gran artista Julio Ruelas, y de la que elijo aquí el nombre de Amado Nervo, que fué mi grande amigo, y cuyos ojos se cerraron para siempre en nuestro país. Yo vi surgir a la vida del pensamiento a aquella magnífica generación del Ateneo de la Juventud, acaudillada por Alfonso Reyes, José Vasconcellos y Henríquez Ureña, de quienes conservo cordiales testimonios de amistad. Yo he seguido paso a paso el florecimiento intelectual de las últimas décadas, que tanta gloria han dado a Méjico, que ahora agrega a la historia de su cultura la magnífica iniciativa del ilustre Presidente de la República Licenciado D. Miguel Alemán, de convocar a las Academias de la Lengua Española para que se reúnan en congreso en su ciudad capital, a fin de que debatan los grandes problemas del idioma. La lengua es el vínculo que más estrechamente une a los pueblos. Hablar bien es pensar bien y sentir bien. Nunca ha estado el mundo más necesitado de pensar y sentir bien como en esta tremenda encrucijada de la historia que todos afrontamos. Méjico nos da el ejemplo y nos da los medios para alcanzar aquel objeto. Permitidme Sr. Embajador que, al exaltar el noble y munificente gesto del esclarecido Presidente mejicano, acogido con entusiasmo por la ilustre Academia Mejicana de la Lengua, que será ejecutora de la iniciativa, reverencie en vos, que tantos títulos tenéis a nuestra consideración y amistad, a la gran Nación hermana, a su ilustre mandatario, y a los hombres que trabajan por su cultura, por su engrandecimiento y por la unión de los ciudadanos de América en el culto de la democracia y al amparo del orden jurídico basado en el respeto recíproco.

## EL ACADEMICO D. CARLOS M. PRINCIVALLE EN LA TRIBUNA DE LA ACADEMIA

Esta sesión pública tiene por objeto iniciar las "lecturas académicas" correspondientes al año actual. La primera disertación ha sido confiada a nuestro colega el Académico D. Carlos María Princivalle que va a dar lectura a un ensayo cuyo título es "La mujer en el teatro de Eurípides". El hombre de letras está aquí en su elemento, porque si el Sr. Princivalle es maestro del buen decir, cuyos secretos nos ha revelado en un precioso tratado que podría llamarse "el espíritu del idioma", y es novelista de vigorosa fuerza evocativa, y es autor dramático que ostenta frescos laureles, y es poeta castizo e ingenioso, es sobre todo, avezado humanista, docto en letras clásicas, como lo demuestra el tema que ha elegido para su disertación, y como lo demuestra también la notabilísima traducción del "Tartufo" de Moliére que está todavía cosechando aplausos en la Comedia Nacional, y cuyos admirables alejandrinos, no con su martilleo como se suele decir, sino con su maravilloso ritmo, con su solemne son —verdadera música en que perdura el acompasado espíritu del gran siglo francés— nos ha vuelto, a quienes hemos tenido la fortuna de asistir a ellas, a las inolvidables veladas del Teatro de la Comedia Francesa de la calle Richelieu, verdadera casa de Moliére, donde se mantiene intacta la tradición del autor de "Tartufo" y del teatro clásico de Francia. Un maestro, profesor eminente, va a hablarnos, pues, del teatro de Eurípides, de su espíritu y de su técnica; pero, además, un agudo crítico va a definir el carácter de las grandes figuras femeninas de ese teatro —Alcestes, Yocasta, Andrómaca, Helena, Fedra, Medea, Electra— imponente teoría que parece desprenderse de los sagrados propileos para rechazar las invectivas que Aristófanes lanzó contra Eurípides, y rectificar de ese modo la fábula según la cual el trágico griego habría muerto despedazado por las manos de las mujeres macedonias que quisieron vengar así los ultrajes de aquél contra el sexo femenino. Dice Pascal que si Cleopatra hubiese tenido más corta la nariz, toda la faz de la tierra habría cambiado. Con esta ingeniosa frase el gran pensador francés reconoció la influencia decisiva que la mujer ha tenido en la historia de la humanidad. Algo de eso va a revelarnos también el Sr. Princivalle en lo que se refiere al mundo griego. Y nada más agregaré, pues no deseo contrariar la natural impaciencia con que el auditorio espera la palabra del eminente hombre de letras a quien invito a leer su magistral estudio.



## INCORPORACION DE LOS ACADEMICOS Dr. EDUARDO BLANCO ACEVEDO Y Sr. ARIOSTO D. GONZALEZ

Antes de disponer la lectura del acta de la última sesión, cumplo con el gratísimo deber de dar la bienvenida a los eminentes Académicos de Número que hoy se incorporan a nuestra compañía, Dr. D. Eduardo Blanco Acevedo y Sr. D. Ariosto D. González, y decirles que es con verdadera complacencia que los recibimos en el seno de la familia académica. Lo que es hoy simple recepción íntima, oportunamente dará motivo a la solemne recepción de nuestros nuevos colegas, y en esa ocasión, los oradores designados por la Academia harán el elogio que sea digno de ellos; yo voy a permitirme decir ahora, en la intimidad de este acto, que a vos Dr. Blanco Acevedo os sobran títulos para sentaros en el sillón que hoy venís a ocupar. Los habéis conquistado con vuestros notables trabajos literarios, con vuestros elocuentes discursos y con vuestra obra científica. Acaso pueda decirse que sois más médico que hombre de letras; pero no hay que olvidar que la ciencia médica, o sea la ciencia de la vida, y también de la muerte, no está tan lejos de las letras y de las artes como se podría suponer. Basta para ello recordar que los críticos dicen que Claude Bernard, con su Introducción a la Fisiología Experimental, dió origen a la escuela literaria naturalista que acaudilló el maestro de Medán, que vos conocéis bien, pues vuestro ilustre padre hizo su exégesis en las memorables

conferencias que hace más de 70 años dictó en el Ateneo, y se ha afirmado también que el eminente fisiólogo francés ejerció verdadera influencia sobre el desarrollo del impresionismo artístico; podría, además, evocar las famosas lecciones de Charcot en la Salpetrière que congregaban además del mundo médico, al mundo literario y elegante de París. Y si nos trasladamos a nuestro ambiente, basta recordar el valor estético de las áticas lecciones de los Profesores Visca, Soca, Ricaldoni, Navarro, y las vuestras Dr. Blanco Acevedo, que si sois un médico ilustre, sois también, como vuestros ilustres colegas que he nombrado, un docto humanista.

Sr. Académico González; vos traéis a nuestra compañía un precioso concurso: el de vuestros conocimientos en las ciencias históricas, no solamente como ciencias de investigación, sí que también como disciplinas literarias, porque la historia, como vos la comprendéis y la cultiváis, no es solamente una ciencia, es también un género literario, y un noble género literario, por cierto. Vuestra obra, especialmente la de los últimos años y en particular forma los prólogos con que habéis consagrado una forma personal, se halla coloreada por la sensibilidad y embellecida por el estilo; ella os muestra como escritor de altos quilates a quien la cultura pública debe preciosos aportes. Jamás será olvidada, por otra parte, la obra que venís realizando en el gobierno del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, cuya presidencia ejercéis con tanta dignidad y eficacia.

Y concluyo diciendo que me siento profundamente honrado por el hecho de que mi investidura de Presidente de la Academia me haya permitido saludar y dar la bienvenida con estas palabras a nuestros ilustres colegas.

## EL ACADEMICO Dr. DANIEL CASTELLANOS EN LA TRIBUNA DE LA ACADEMIA

He tenido el privilegio de conocer el precioso ensayo a que va a dar lectura nuestro eminente colega el Dr. Castellanos, que persevera en su íntimo trato con los poetas, escritores y filósofos griegos. Este nuevo estudio humanístico en que intervienen la belleza de la forma, la erudición, el sentido crítico, el ingenio, y también el humorismo, es una interesante interpretación de las fábulas griegas, que han adquirido carácter de epopeyas, porque, sin duda, tienen un fondo de verdad y un oculto sentido humano. Tal ocurre con algunos cantos de la Ilíada que es la epopeya heroica, y ocurre, con más frecuencia, con las rapsodias de la Odisea, que es, a pesar de las legendarias aventuras que en ella se narran, la epopeya burguesa y, sobre todo, la epopeya de las virtudes domésticas y de la fidelidad conyugal. Heroína de esta epopeya es Penélope, la noble esposa que esperó veinte años, paciente y heroicamente, el regreso de Ulises, y resistió, sin desmayo, los requerimientos de los Pretendientes que deseaban desposarla, y asaltaron su palacio, y consumieron parte de su hacienda; y héroe de esa epopeya fué Ulises, que durante los veinte años que, después del sitio de Troya, duró su peregrinaje por mares y tierras, sin lograr arribar a las playas de Itaca, mantuvo intacto el recuerdo de la patria, del hogar, de la esposa, de su hijo Telémaco, de su padre Laertes, de sus servidores y criados, de su hacienda, de sus súbditos y de su reino, y suspiró y lloró por ellos, porque estos héroes griegos, si combatían y mataban como leones, también gemían y lloraban como niños.

El Dr. Castellanos, con su autoridad y su sabia palabra, va a hablarnos de todo esto. Pocos podrían hacerlo mejor que el sagaz traductor y comentarista de Anacreonte; el agudo crítico de la versión española que hizo Quevedo del filósofo estoico; el humanista que, a la manera de los grandes señores del Renacimiento italiano: los Médicis, los Salviati, los Rucellai, los Strozzi, —gran señor él mismo—, ha sabido conciliar el ejercicio de los altos cargos de la República con el cultivo de las letras clásicas y ha rodeado su vida de cosas bellas: muebles, cuadros, tapices, miniados códices, venerables infolios; el escritor que ha hecho culto del buen decir, del castizo lenguaje y de los primores del estilo. El nos hablará, pues, de Ulises, el *polutropos,* que en la melodiosa lengua griega significa el errante o el astuto, que de ambas cosas tuvo

el hijo de Laertes; de Penélope, su esposa, espejo de la fidelidad doméstica y la verdadera mujer que aparece en la historia de Ulises; de Circe y Calipso, la diosa y la ninfa, seres fabulosos que pusieron a prueba la fidelidad del héroe y la unidad de su carácter y que, en la simbología de la Odisea, están representadas acaso por los monstruos Scyla y Caribdis que devoraban y sepultaban a los navegantes incautos, y por el pérfido canto de las sirenas que hechizaba a los hombres y los arrastraba a la muerte. Dispongámonos, pues, a oír, narradas y comentadas por un maestro, muchas de esas cosas, bellas o terribles, cómicas o trágicas, que se hallan en los mitos y en la fábulas de la paganía griega.

## EL ACADEMICO JOSE MARIA DELGADO DISERTA SOBRE "LA TRIACA Y EL SONETO"

La Academia ha confiado esta cuarta lectura que realiza dentro del curso correspondiente al año 1949 a nuestro eminente colega el Dr. D. José María Delgado, que ha dado a su trabajo este título un poco humorístico y un poco enigmático: "La triaca y el soneto".

Aunque no conozco el texto de la disertación, presumo que el Dr. Delgado ha querido sugerir con este título el aparente contraste que existe entre el recetario médico y las cuartillas en que el poeta escribe sus confidencias líricas. Si esto es así, tendremos un motivo más para comprobar que en todas las cosas que nos ofrece el espectáculo del mundo y de la vida, así en las más elevadas como en las más triviales, hay un fondo de poesía que sólo el artista, y sobre todo el poeta, pueden sorprender, penetrar y traducir al humano lenguaje, y que ese fondo de poesía lo mismo es posible descubrirlo en el silencio del gabinete en que el escritor, inclinado sobre la mesa, lucha contra la palabra rebelde, como en la actividad cotidiana del médico que, en medio del tumulto de la ciudad, lucha contra la enfermedad y procura penetrar los insondables misterios de la vida y de la muerte.



Cualquiera sea el significado del título, la lectura que va a hacer el Dr. Delgado nos dará ocasión para admirar una vez más al altísimo poeta que hay en él, poeta que, en su noble madurez, conserva la frescura, la emoción y la inspiración de los años juveniles, y admirar también al prosista que lo complementa, que, a su personal estilo, su novedoso lenguaje constelado de originales riquezas de léxico y curiosas maneras de decir, su don de evocación y su sentido pintoresco, agrega la fuerza dramática y la honda ternura que animan las páginas de su laureada novela "Juan María", y este precioso librito autobiográfico que se llama "Doce años".

Con estas brevísimas palabras invito a nuestro cofrade a dar lectura a su trabajo, la cual será para nosotros, como decían los antiguos galenos, récipe o triaca que nos permitirá sustraernos, en esta última hora de la mañana, a la realidad circundante, para acompañar al poeta en el viaje lírico que va a emprender. Señor Académico Delgado, quedáis en el uso de la palabra.

## HOMENAJE A JOSE TORIBIO MEDINA

Señor Embajador de Chile, señor ex-Presidente de la República Ingeniero José Serrato, señores embajadores, ministros y representantes de institutos culturales, señores académicos, señoras y señores:

La Academia se congrega hoy en sesión pública y solemne para tributar homenaje a la memoria de Don José Toribio Medina, cuyo nombre y cuya obra están siendo exaltados en todos los países de América y en varios de Europa con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del ilustre polígrafo chileno. Estos homenajes tienen, pues, carácter continental y aun universal, y si constituyen la afirmación de un hondo sentimiento americanista, son también la demostración de que la cultura de América despierta el interés del mundo entero.

Permitidme, señor Embajador de Chile, que os diga que nos sentimos muy honrados y complacidos con vuestra pre-

sencia en esta ceremonia en que la Academia honra a una de las figuras próceres de las letras y de las ciencias chilenas, que pertenece también un poco a toda América. Nuestra complacencia es doble porque sabemos que sois un gran amigo del Uruguay, donde habéis conquistado nuestra amistad, la cual jamás hemos dejado de prodigar a la gran nación que con tanto señorío representáis. Sabemos, señor, que vuestros lauros diplomáticos se complementan con otros de subido mérito; sabemos que sois un estudioso de las ciencias jurídicas y que os habéis especializado en el conocimiento del derecho público americano; sabemos que sois un viajero ante el Eterno, como decía Paul Groussac, que habéis nutrido vuestra cultura en contacto con los grandes ambientes de América y Europa.

La Academia ha designado para hacer el elogio de Don José Toribio Medina a nuestro eminente colega D. Ariosto D. González, maestro en disciplinas históricas que ha sabido conciliar el rigor de la investigación y del análisis con la nobleza de la forma literaria El trazará la semblanza del ilustre maestro. Sin embargo, antes de que el Académico González haga uso de la palabra, deseo decir algo que me es personal respecto al esclarecido historiador chileno. Yo tuve la fortuna de conocer y tratar a Don José Toribio Medina; lo conocí en su casa de Santiago de Chile, en el austero ambiente de su biblioteca donde el bibliófilo había reunido más de 40.000 volúmenes, y en el no menos curioso ambiente de la imprenta que había instalado en su misma casa con el sólo objeto de imprimir sus propias obras. Lo visité también en su retiro horaciano de San Francisco de Mostazal, donde el maestro se acogía para descansar frente al maravilloso paisaje cordillerano. Pero aun debo decir más; yo tuve el honor de colaborar en uno de los últimos libros de Don José Toribio Medina, el "Diccionario de pseudónimos hispano americanos" que editó la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. El maestro puso en mis manos las fichas de ese libro que se referían al Uruguay y yo las completé con breves anotaciones bibliográficas y biográficas. He aquí, pues, el modesto título que tengo yo para que mi palabra se agregue a las que van a ser aquí pronunciadas con la autoridad y la elocuencia de que yo carezco.



Señor Académico González: os invito a dar lectura a vuestro estudio sobre don José Toribio Medina.

## HOMENAJE A SANTIAGO RAMON Y CAJAL

La Academia debía este homenaje a la memoria del ilustre sabio español Don Santiago Ramón y Cajal, cuyo nombre y cuya obra han sido exaltados este año en todos los países del mundo civilizado. Ramón y Cajal fué un hombre que poseyó la ciencia, y que poseyó también la sabiduría que, si es el amor a la verdad y a la razón, es también el amor a la belleza, llave que abre al espíritu las puertas del mundo de lo inefable y de lo insondable. Fué un sabio y fué un humanista, un pensador, un hombre de letras, un poeta a su modo. Justo es, pues, que la Academia rinda tributo al genio de este hombre, que es honra de nuestra estirpe hispánica y de la sabiduría universal.

Por fortuna la corporación tiene la honra de contar en su cuerpo académico a un discípulo de Ramón y Cajal, discípulo predilecto que escuchó sus lecciones y sus confidencias, que debe, sin duda, al sabio su vocación y que es hoy hombre de ciencia, en quien se reproduce el caso del maestro. El posee también la ciencia y la sabiduría, él es también sabio pensador, escritor y poeta. Me refiero a nuestro ilustre colega el Profesor D. Clemente Estable que, a justo título, va a hablarnos hoy de Ramón y Cajal humanista. y aun va a hacer más, va a hacernos escuchar, mediante el milagro de la radio, la voz del maestro que, impresa en el disco, llenará con sus ecos los ámbitos de esta sala como lo hizo otrora en el aula y en el laboratorio, trayéndonos así el mensaje augusto de su palabra.

Lo que acabo de decir sobre el Profesor Estable no es producto de la improvisación y de la cortesía. Hace quince años formulaba yo, entre otros conceptos, estos que voy a permitirme leer, —son brevísimos— en que sintetizaba así mi

juicio sobre nuestro eminente colega:

Clemente Estable define en nuestro país un género superior de cultura que participa de las ciencias humanas, de las ciencias físico naturales, de las ciencias exactas, de las ciencias sociales, de la investigación y experimentación y que aun concilia todo ello con aquella soberana facultad del espíritu que es capaz de crear belleza. Discípulo de Ramón y Cajal, a cuyo lado perfeccionó la disciplina del microscopio y de la investigación y confirmó aquella posición espiritual en que el rigor de la verdad científica no está reñido con la estética, el misterio de la vida, atisbado pacientemente detrás del lente o en el dédalo de la biología humana, ha avivado su ambición de saber, su curiosidad de explorar otros vastos sectores del microcosmos individual y social y de llevar a ellos el espíritu de análisis, la inquietud del filósofo y la sensibilidad del artista.

Su labor científica y docente ejercitada en el laboratorio ha creado una técnica que rige la objetividad de la investigación y el instrumental, y una austera disciplina moral que hace de la ciencia un culto religioso y del hombre de laboratorio un apóstol.

Este hombre de ciencia y este artista que hoy se hallan en su plenitud es quien va a hablarnos de Ramón y Cajal humanista.

Señor Académico Estable quedáis en posesión de la palabra.

## RECEPCION DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA BRASILEÑA DE LETRAS, DR. D. ALOYSIO DE CASTRO

Señor Ministro de Instrucción Pública, Señor Embajador del Brasil, Señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras, Señores Académicos, señoras y señores:

Permitidme, señor Ministro, que os diga que la Academia se siente muy complacida y honrada con que hayáis venido a presidir esta solemne sesión que hoy celebramos con el objeto de recibir a un ilustre representante de la cultura brasileña y os agradece, por mi intermedio, que hayáis interrumpido para ello vuestra absorbente labor de gobierno. Demostráis así, una vez más, el interés que os inspira nuestro silencioso y desinteresado trabajo, y confirmáis vuestra posición en el plano de la cultura, en que ejercéis magistral docencia con la palabra y con la pluma, y en el que acabáis de proclamar, desde una prestigioso tribuna académica, vuestro magnífico plan de hombre de gobierno y humanista en que se concilian, en una sabia fórmula, las exigencias de las inquietudes del espíritu con las necesidades económicas de la vida del Estado. Permitidme, señores, que salude también la presencia en este acto del Señor Embajador del Brasil, cuyo elogio tuve ocasión de hacer en una ceremonia semejante a ésta, y que reitero ahora con un poco de tristeza, puesto que el ilustre diplomático está en víspera de partir, luego de haber representado a la gran nación hermana con singular señorío y eficacia en nuestro país, donde deja multitud de amigos que van a experimentar la *saudade* de su ausencia. Pero permitidme, sobre todo, que, desde este sitial que ocupo, cuyo significado es tan superior a mis modestos merecimientos, me adelante a saludar al señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras, el Dr. Aloysio de Castro que, por segunda vez honra esta casa con su presencia, pero que esta vez lo hace agregando a sus preclaros títulos el de miembro de nuestra familia académica. En otra ocasión os dije, Dr. Aloysio de Castro, que realizáis en el escenario de América el arquetipo del hombre universal, del hombre del Renacimiento. Lo repito ahora, después de transcurridos varios años en que se han engrandecido en vos el hombre de ciencia, el hombre de letras, el artista, el humanista insigne, lo que hace que, a justo título, os reconozcamos como esclarecido y genuino representante de la cultura brasileña. Joubert, el amigo de Chateaubriand, dijo que la tarde de la vida trae consigo su lámpara. Yo hace mucho tiempo que tengo encendida la mía, y aunque la tarde de la vida se está convirtiendo para mí en verdadero crepúsculo, me siento feliz al poder saludar nuevamente, a la luz un poco me-

lancólica de mi lámpara, al ciudadano eminente de la gran nación hermana, al represetnante de su luminoso espíritu, al Presidente de la ilustre Academia Brasileña de Letras, al miembro predilecto de nuestra familia académica en el exterior, y al gran amigo del Uruguay. Y ahora, Señor Académico Dr. Couture, os invito, de acuerdo con lo resuelto por la Academia, a dar la bienvenida oficial a nuestro ilustre huésped, y os ruego que con vuestra ática elocuencia hagáis olvidar la pobreza de estas breves palabras con que, en función de mi investidura, declaro abierto este memorable acto.

## HOMENAJE AL DR. CARLOS VAZ FERREIRA

Doctor Vaz Ferreira:

La Academia Nacional de Letras se congrega hoy en vuestro honor, en sesión pública y solemne, para asociarse a los singulares homenajes de que acabáis de ser objeto. Nuestra corporación ha designado para que en este acto se hagan intérpretes de sus sentimientos a los académicos Profesor Clemente Estable, Profesor, D. Carlos Sábat Ercasty y Dr. D. Emilio Oribe, representantes insignes de nuestra cultura en distintos planos del conocimiento y del arte literario.

Al declarar abierto este acto yo solamente voy a referirme a una frase ingeniosa vuestra, — y tenía que serlo siendo vuestra, — que pronunciasteis cuando fuisteis requerido para asistir a esta ceremonia, y con la que quisisteis excusar vuestra inasistencia a nuestras sesiones ordinarias. Dijisteis en esa ocasión: "En la Academias tiene que haber de todo, incluso miembros ausentes". Yo me voy a permitir rectificar esa frase vuestra diciendo que vos, Dr. Vaz Ferreira, nunca habéis estado ausente de la Academia. Nuestra corporación os ha sentido siempre presente; lo estáis desde el día inicial de nuestra labor, puesto que vuestro ilustre nombre figura desde entonces en la nómina de los componentes de nuestro cuerpo académico y ésto constituye para la corporación insigne honra; lo estáis porque en distintas oportunidades nos habéis acompañado a recibir a huéspedes ilustres; lo estáis, en fin, porque todos y cada uno de nosotros, aunque físicamente no estéis presente en nuestras habituales reuniones, advertimos vuestras presencia espiritual y nos sentimos confortados con la idea de que vos nos acompañáis, desde vuestro retiro, con vuestra simpatía y con vuestra amistad, que todos y cada uno de nosotros os las devolvemos unidas al respeto y a la admiración que nos inspiran vuestra persona, vuestra austera vida y vuestra obra. Ya véis, Dr. Vaz Ferreira, que si vuestra ausencia existiera, aunque ello parezca una paradoja, es una manera de presencia que hoy felizmente festejamos alborozados.



Perdonadme esta rectificación, ilustre maestro, y escuchemos ahora la palabra siempre inspirada de nuestro eminente colega el Profesor D. Clemente Estable.

# La "Revista Nacional"

Programa
Páginas de Crítica
Notas Biocríticas

# La "Revista Nacional" (1)

## Programa

La *Revista Nacional* se propone crear un repertorio de la cultura contemporánea e histórica del Uruguay. Ese repertorio será, en lo posible, especialmente en la parte que se refiere al pasado, de carácter crítico, a fin de poner en valor la producción nacional y demostrar que el país posee, además de los elementos actuales que le dan carácter diferencial y superior jerarquía en el cuadro espiritual de América, tradiciones propias que deben ser definidas, restauradas y cultivadas.

Un escritor francés ha dicho que en el Nuevo Mundo hay una "ciudad latina" en el sentido en que Fustel de Coulanges ha hablado de la "ciudad antigua", y ha señalado ese sedimento social e histórico como medio de futuras conquistas espirituales. Nosotros debemos afirmar la existencia de la "ciudad oriental", que es núcleo autónomo de esa entidad continental, y buscar en su entelequia el campo espiritual de nuestras conquistas. El medio más eficaz para lograrlo es, como hemos dicho, el descubrimiento, el estudio y la valorización crítica de nuestra cultura. Este trabajo crítico, unido al de clasificación y ordenamiento, dentro de un plan orgánico, revelará la magnitud y calidad del acervo de la producción literaria, en la más amplia acepción del vocablo, ar-

(1) Conjuntamente con el Programa de la Revista Nacional insertamos algunas de las notas biocríticas y juicios críticos escritos por el Director Honorario de aquella publicación, cuya totalidad formaría varios volúmenes.

tística y científica del país. Se podrá establecer así la evolución de todos los movimientos de la vida intelectual, moral y espiritual de la nación, desde sus orígenes, y descubrir la correspondencia o hacer la comparación crítica de la obra actual con la del pasado. Y como la vida del espíritu de los pueblos ejerce una acción constante y, a veces, decisiva sobre la vida social, se han de encontrar también vinculaciones de alto interés sociológico entre el complejo de la cultura y los fenómenos históricos del país. Este sector de la investigación crítica es vastísimo y en él pueden producirse definiciones que rectifiquen muchos conceptos aceptados, que son erróneos o incompletos.

Para realizar este programa, los trabajos de la revista, exceptuados aquellos que se refieren a temas universales, deberán orientarse hacia el estudio de disciplinas, géneros, instituciones, y muy especialmente, de autores y obras. La forma más conveniente de trabajo, en estos casos, es la monografía y la semblanza. Si se lograra disciplinar la labor colectiva dentro del plan que se esboza, se crearía un organismo vivo e inteligente, con objetivo concreto y orientación precisa, muy distinto del tipo de revista corriente que supone solamente un conjunto de colaboraciones e informaciones sin nexo alguno, o que, cuando más, refleja un momento de la evolución de la cultura o es la expresión de una escuela o de un modo personal. Sería este un ensayo de "producción intelectual dirigida", en la más elevada acepción de la frase, pues su objeto consistiría en documentar las reacciones del pensamiento nacional, dentro del más amplio concepto histórico, el cual, para serlo cumplidamente, debe abarcar el panorama del pasado y del presente y aspirar a penetrar el porvenir.

La realización de este plan se encamina a demostrar que la literatura, el arte y las ciencias, en todos sus aspectos, son objeto de constante cultivo en el Uruguay y tienen, además, en él, arraigo histórico y antecedentes que, en muchos casos, dan lugar a modos o formas de cultura que es necesario estudiar y documentar, si es que se ha de trazar la historia de la civilización del país.



La literatura nacional ofrece en la actualidad notables valores en todos los géneros, unos ya reconocidos, y otros, que es conveniente colocar en su verdadera jerarquía; pero, además, los anales literarios del país poseen materiales, muchos de ellos poco conocidos y otros totalmente inéditos. Es necesario examinar y poner en valor, amén de los antecedentes *folklóricos* y de ciertas formas peculiares de la producción intelectual, la labor literaria imaginativa, crítica, histórica o simplemente didáctica de los iniciadores de la cultura nacional y sus continuadores hasta nuestro días. Sin que la nómina pretenda de completa, hay que formularla con Bartolomé Hidalgo, Dámaso Antonio Larrañaga, Francisco Acuña de Figueroa, Manuel y Francisco Araúcho, José Benito Lamas, Bernardo P. Berro, Carlos G. Villademoros. Andrés Lamas, Adolfo Berro, Antonio Díaz, José María Reyes, Melchor Pacheco y Obes, Juan Carlos Gómez, Alejandro Magariños Cervantes, Eduardo Acevedo, Cándido Juanicó, Pedro Bustamante, Juan José de Herrera, Ramón de Santiago, Pedro Pablo Bermúdez, Francisco Xavier de Acha, Isidoro De María, Agustín de Vedia, Julio Herrera y Obes, Enrique de Arrascaeta, Heraclio C. Fajardo, Fermín Ferreira y Artigas, José Pedro Varela, Avelino Lerena, José Pedro Ramírez, José Cándido Bustamante, Aurelio Berro, Domingo Aramburú, Francisco Bauzá, Eduardo Acevedo Díaz, Mariano Soler, Juan Carlos Blanco, Angel Floro Costa, Alberto Palomeque, Clemente L. Fregeiro, Carlos Roxlo, Rafael Fragueiro, Carlos María Ramírez, Matías Behety, Daniel Muñoz, José M. Sienra Carranza, Joaquín de Salterain, Antonio Bachini, Javier de Viana, Orosmán Moratorio, Elías Regules, José A. Trelles, José G. del Busto, Samuel Blixen, Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira, Mateo Magariño Solsona, Florencio Sánchez, Ernesto Herrera, Delmira Agustini, Pablo Blanco Acevedo, Horacio Quiroga, Julio Raúl Mendilaharzu, Héctor Miranda, Julio María Sosa, José Enrique Rodó y Juan Zorrilla de San Martín.

En la esfera de las ciencias políticas, el Uruguay contemporáneo ha consagrado hombres eminentes, sea en las actividades del gobierno, sea en el ejercicio de la diplomacia

o de las artes parlamentarias, y será preciso estudiarlos; pero es necesario hacer lo mismo con Nicolás de Herrera, Miguel Barreiro, Lucas José Obes, Juan María Pérez, Santiago Vázquez, Antonio Díaz, Francisco Llambí, José Ellauri, Ramón Massini, Bernardo P. Berro, Joaquín Suárez, Manuel Herrera y Obes, Cándido Juanicó, Carlos G. Villademoros, José María Muñoz, Juan Francisco Giró, Juan José de Herrera, Pedro Bustamante, Agustín de Vedia, José Vázquez Sagastume, Jaime Estrázulas, Francisco Bauzá, Julio Herrera y Obes, José Pedro, Carlos María y Gonzalo Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta, José Ladislao Terra, Martín Aguirre, José Batlle y Ordóñez y muchos otros hombres que esperan aún la semblanza crítica y el juicio definitivo.

La ciencia del derecho tiene en la actualidad maestros y profesores eximios; pero lo fueron también en el pasado, José Ellauri, Francisco Solano de Antuña, Eduardo Acevedo, Joaquín Requena, Tristán Narvaja, Gregorio Pérez Gomar, Pedro Bustamante, Ambrosio Velazco, Alejandro Magariños Cervantes, Carlos de Castro, Carlos María Ramírez, Alfredo Vázquez Acevedo, Gonzalo Ramírez, Ildefonso García Lagos, Jaime Estrázulas, Justino Jiménez de Aréchaga, Alvaro Guillot, Carlos María de Pena, Duvimioso Terra, Pablo De María y otros, cuya obra es necesario estudiar.

Las ciencias de la educación tienen cultores eminentes cuya obra deberá ser examinada; pero junto a ésta será necesario estudiar la que realizaron Dámaso Antonio Larrañaga, José Benito Lamas, José Pedro y Jacobo D. Varela, Elbio Fernández, Mariano Soler, Francisco A. Berra, Alfredo Vázquez Acevedo, Alberto Gómez Ruano y otros en distintas épocas de nuestra evolución histórica.

La economía política y las finanzas ocupan puesto importante en la bibliografía actual, pero es preciso examinar también la obra de los iniciadores y continuadores de estos estudios en nuestro país. que fueron, entre otros, Lucas Obes, Juan María Pérez, Andrés Lamas, Pedro Bustamante, Carlos de Castro, Ambrosio Velazco, Juan José Soto, Adolfo Vaillant, Tomás Villalba, Federico Nin Reyes, José Ladislao Terra y Joaquín C. Márquez.



Las ciencias médicas han logrado hoy singular jerarquía, que debe ser definida; pero Teodoro Vilardebó, Fermín Ferreira, Enrique Muñoz, Gualberto Méndez, Francisco A. Vidal, Pedro Visca, Francisco Soca y Américo Ricaldoni fueron profesores y clínicos que habrían descollado en cualquier escenario europeo y cuya obra es preciso estudiar.

Las ciencias físico naturales y la investigación han alcanzado notable desarrollo en el presente, desarrollo que es preciso documentar; pero habrá que hacer lo mismo con la obra de Pérez Castellano, Larrañaga, Vilardebó, Gilbert, Berro, Caravia, Soler, Otero, Arechavaleta, Cantera y otros.

El arte actual tiene valores de altos quilates que la crítica debe estudiar; pero habrá que reconocer que Juan Manuel Blanes es uno de los primeros pintores de la América Española; y que sus hijos Juan Luis y Nicanor perpetuaron con brillo la gloria paterna; que Eduardo Carbajal y Diógenes Hecquet llenaron también una página interesante del arte platense y que Miguel Pallejá y Carlos Federico Sáez, fueron dos de los pintores de mayor temperamento de esta región del Continente. Ya en el siglo XX será preciso estudiar a fondo la obra magistral de Pedro Blanes Viale, Carlos María Herrera y la de otros pintores desaparecidos, y con ello la obra de Juan Manuel Ferrari, uno de los iniciadores de la escultura monumental de gran estilo y establecer los antecedentes de esta forma de arte en el país. También habrá que investigar la labor de dibujantes, caricaturistas y grabadores que forman el período de iniciación y cuyo estudio tiene gran interés artístico y social. Y para completar el cuadro retrospectivo de las artes plásticas, habrá que investigar la labor artística de nuestros primeros arquitectos, desde los ingenieros militares y maestros de reales obras del Pozo, Lecoq y Toribio, hasta los constructores de 1830, y desde Clemente A. César, el colaborador de Garmendia, el arquitecto del Teatro Solís, hasta Pedralbes, Rabu y Andreoni.

La música ha logrado extraordinario desarrollo en la época actual y la bibliografía musical publicada e inédita se hace cada vez mayor. Habrá que justificar esta actividad y estudiar sus antecedentes, desde la iniciación de los primeros

maestros: la obra docente de los conservatorios privados, la influencia del teatro lírico y la acción cultural de las sociedades artísticas; y estudiar, además, las figuras de compositores y virtuosos que, como Dalmiro Costa, Tomás Garibaldi, Luis Sambucetti y León Ribeiro, ofrecen verdadero interés.

Y si de las disciplinas y los géneros pasamos a los hechos y a las instituciones, será necesario recordar que nuestra literatura romántica, luego de reclamar la autonomía del pensamiento y del lenguaje, como consecuencia necesaria de la independencia política del país, alimentó la vida espiritual de la época de Rosas y de la Guerra Grande; que nuestro poeta Acuña de Figueroa, autor del Himno Nacional, escribió también las estrofas de otros himnos nacionales americanos; que el poema Tabaré de Zorrilla de San Martín lleva trazas de ser la epopeya americana de verdadera jerarquía estética; que José Enrique Rodó es uno de los representantes insignes de la literatura castellana de este siglo; que nuestra prensa histórica nada tiene que enviadiar a la prensa universal; que nuestra bibliografía posterior a 1830 constituye una ininterrumpida tradición de original cultura; que en 1837, Andrés Lamas, como Alberdi, tentaba ya la construcción de una sociología nacional, basada en la independencia inteligente de la nación, la cual debía imprimir los colores nacionales a las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria; que la historia de nuestra Universidad es un inexplorado mundo de cultura, cuyo descubrimiento y conocimiento procurará elementos inesperados para establecer con ellos el origen de muchos de los movimientos intelectuales o de las corrientes de ideas morales que han conmovido y, a veces, transformado el panorama espiritual del país; que nuestros constituyentes y codificadores ejercieron con su obra verdadera influencia sobre la organización constitucional y la legislación de varios estados de América; que la reforma de la enseñanza común se adelantó en la República a la evolución pedagógica del resto de la América Española; que nuestro acervo pictórico resiste la comparación con el de los demás acervos americanos; que el carácter de la arquitectura de nuestra ciudad constituye una tradición peculiar; que, no obstante nuestra breve



historia, antes que otros países del Continente tuvimos academia de medicina, instituto histórico y geográfico, escuelas técnicas, facultades superiores. Y, ¡cuánto, cuánto más que comprobar, que estudiar, que poner en valor definitivo!

Jamás se ha hecho esto en nuestro país, al menos con un plan meditado y orgánico. Ahora es ocasión de hacerlo.

Esta obra, aunque esencialmente nacionalista, no puede ser realizada al margen de la cultura universal, de la que hemos sido y seguimos siendo tributarios. Cuanto se haga, pues, se debe hacer con la mirada tendida hacia el vasto horizonte del planeta, a fin de recoger lo que interese a la vida social y espiritual del país. Se deberá vincular en todo tiempo la labor nacional con la labor universal y no crear disociaciones irracionales entre nuestra cultura y la cultura del resto del mundo.

Este es un plan ambicioso y tal vez atrevido; pero para realizarlo existen dos fuerzas morales: el optimismo y la convicción de que, ejecutándolo, se sirven los más altos intereses espirituales del país.

Tal es el programa. En cuanto a los agentes de realización lo serán: La dirección que tendrá a su cargo la obra de orientación, distribución, correlación y coordinación de la labor general; los redactores que tendrán a su cargo las secciones permanentes de información, exposición y crítica, y los colaboradores a quienes se les irá requiriendo, dentro del programa esbozado y de un riguroso plan de ejecución, las monografías y semblanzas con que la *Revista Nacional* procurará construir y continuar la historia de la cultura del Uruguay.

LA DIRECCION.

Montevideo, 1º de enero de 1938.

# Páginas de crítica

## "FERMENTARIO" POR CARLOS VAZ FERREIRA

Este libro del doctor Vaz Ferreira, más que un nuevo libro podría ser "el libro" del eminente autor, o por lo menos el primer volumen de ese libro, ya que él nos narra en el prefacio, con dramático acento autobiográfico, que siempre fué su propósito hacer, por etapas, un libro en el que incluiría lo mejor y más acendrado de su pensamiento, pero que la vida no le dejó realizar su plan. En cambio escribió otros libros que parece que el autor no estima en la misma medida en que habría estimado el que, a poder realizar su plan, hubiese formado con la sucesiva ordenación de lo que él considera que es quintaesencia de su pensamiento. Todo esto, sin perjuicio de la estimación que le inspiran aquellos otros libros y, sobre todo, digamos nosotros, de la que ellos inspiran al público lector.

Este "Fermentario" es, pues, o quiere ser una especie de destilación de la obra pensante del filósofo y la ordenación del resultado de esa dolorosa experiencia. El matraz ha recibido y condensado la purificada esencia de la obra total. Este curioso experimento se inició en 1908 y se prosiguió luego, imperfectamente, y nunca tuvo la cumplida realización con que soñó su autor. Las razones de que ello fuera así las da el mismo en forma de confidencia y a título de explicación en esta melancólica frase: "La vida no me dejó". Quién haga la semblanza del hombre y del filósofo deberá recoger esta página autobiográfica porque es de un valor psicológico esencial. Hay en ellas confesiones como éstas: "Lo intelectual ha sido en mi vida, y por temperamento, para mí secundario. Fueron lo principal, ante todo, los afectos concretos: la familia, los seres queridos. Y no sé cómo, habiendo sentido tanto por ellos, y luchado tanto para ellos, hasta ejerciendo una profesión para mí no vocacional, me han podido quedar energías para algo más".

Este sentimental se queja luego de que sus funciones públicas le absorbieron, le dominaron en el orden espiritual y

casi le esterilizaron en el orden especulativo. Agrega que tiene muchas decenas de volúmenes inéditos que nunca podrá revisar y que, en cuanto a los verdaderos libros que concibió, no podrá aplicar ninguno, ni siquiera concluir alguno. Pero para "no morirse con tantas cosas adentro", "para salvar algo", ha optado por publicar la serie de la cual este libro es el primero. Se trata de cosas fragmentarias pero fundamentales de lo que ha constituído su vida de maestro, y de un ideario con algo de sus pensamientos y sentimientos actuales sobre las cuestiones especulativas y prácticas. Tal es la materia de este primer volumen consagrado casi todo él a cosas pensadas hace ya tiempo.

En realidad, este "Fermentario" es una especie de diario íntimo escrito a alta tensión psicológica, con la indiscutible originalidad de forma literaria que usa este autor, que servirá para frecuentar la intimidad espiritual del hombre, conocer la posición del pensador frente a los grandes problemas de la vida humana, frente también a muchos otros pequeños problemas del hombre y de la sociedad, juzgar de su aptitud crítica, de su sensibilidad estética y de muchas otras cosas que se refieren a la personalidad y que, tratándose de escritor de tanto fuste, tendrá que ser utilizado por el crítico que estudie su obra.

## "CHICO CARLO" POR JUANA DE IBARBOUROU

Este bellísimo libro acaba de obtener el Gran Premio de Literatura correspondiente a la producción del año 1944. A este galardón máximo, la autora ha agregado aún otro, que es dignidad que muy pocos han alcanzado: el Poder Ejecutivo de la República ha sometido al Parlamento un proyecto de ley mediante el cual el Estado adquirirá la propiedad literaria de las obras de esta mujer preclara. La Cámara de Representantes acaba de sancionar ese proyecto, y ahora sólo falta que el Senado le preste su aprobación para que se convierta en ley del Estado. Toda esa obra de depurada belleza, que ha sido consagrada por la crítica de los países de habla castellana, y que constituye una de las más altas ejecutorias de las letras del Uruguay, irá a enriquecer el patrimonio de



la Nación y será difundida, en copiosas ediciones, para honor de la cultura nacional y gloria del nombre de la autora

Volvamos ya al precioso libro que nos ha sugerido este breve comentario. Aunque es un libro de honda y humana poesía, no es precisamente un libro de versos, sino un libro de tersa y emotiva prosa, en el que el idioma, iluminado por el numen y la sensibilidad del poeta, cobra inesperado acento y singular fuerza de expresión. La rotundidad de la lengua nativa, bajo el hechizo del arte y la influencia de un excepcional temperamento literario, se transforma en dulce sonoridad y exquisita gracia, y lo que es en el idioma español, violencia y claroscuro, se convierte en suave matiz, en tierna coloración, en diáfana y aérea perpectiva. La prosa magistral se agrega, pues, a la magistral poesía.

Con este libro, la autora, que ha conquistado en plebiscito continental el más alto título a que puede aspirar un poeta americano, se consagra, ahora, como prosista insigne. Y lo hace con la simplicidad, con la sencillez, con el dulce y suave imperio que surge de las cosas naturales que han de producirse porque ellas son así, porque hay una ordenación superior a nosotros que lo ha impuesto y nos lo impone, y que hace que el elegido ejerza el don espontáneamente, y que nosotros nos rindamos, sin esfuerzo, a su influencia soberana.

Esta mujer que tantas veces se ha hallado a sí misma en el íntimo sondeo del alma y del yo estético, que nos ha ofrecido siempre el oro purísimo que guarda en el tesoro de su mundo interior, que no ha cesado en el milagro de dar a la belleza ideal forma sensible, para hacer así a sus semejantes, dentro del concepto arielano, obra de misericordia, ha encontrado una nueva veta en su espíritu. Acaso, más que veta, debiéramos decir fuente de aguas vivas, puesto que, purísima linfa es la que brota de esta sellada napa que ahora se ha abierto para que la cristalina voz, que surge de la roca madre, nos narre la pequeña historia de este encuentro del poeta con una nueva encarnación ideal, y con las olvidadas sombras: fantasmas que vuelven a la vida, que toman nombre, que recobran la carnal envoltura, que retornan a moverse, a pensar y a sentir. Y con esas sombras, que han tomado forma corpórea, vuelve, también, el mundo en que vivieron, con su

paisaje físico y moral, con la virgiliana poesía del lejano pueblo de silenciosas calles y encaladas casonas recatadas bajo el tejado alero, con sus portales y cancelas, con sus patios frescos y floridos, con sus salas de blanqueados muros, con sus muebles y objetos familiares que fueron puestos allí por los abuelos, con sus mañanas llenas de sol, sus cálidas siestas, sus lánguidas tardes, sus quietas noches llenas de misteriosas voces. Y, sobre todo, con su infinita poesía, con su honda ternura iluminada de sonrisas y empapada de lágrimas, *tristitia rerum*, pero más que tristeza, santa melancolía de las cosas que fueron nuestras en el pasado y vuelven a serlo ahora, por sortilegio del recuerdo.

Tan real ha sido el encuentro del poeta con su infancia, y tan espontáneo, que ella misma, heroína de la maravillosa experiencia poética, se desconoce a sí misma, y se pregunta: "Esa niña de ojos vivos y sueño puro ¿era yo misma? ¿Me he desdoblado de ese capullo, he seguido caminando por la vida desde esa casa y ese jardín?" Y cuando ve los fantasmas de su infancia animarse, exclama poseída de la visión: "Yo sé que existieron todos los seres que veo moverse en ese tiempo casi inconcebible, de repentinos presentes, de pretéritos remotísimos, y que Feliciana, mi negra aya, con su querida habla mezcla de portugués y castellano, me donó la oración, la fábula, el canto de cuna y la gracia invalorable del mismo pan nutriz. Yo sé que Chico Carlo constituyó, sin que yo misma lo supiese hasta ahora, mi primer amor; que Payaso, pobre resto de la ruina de un circo ambulante, con el negro rostro cruzado por blanquecinos tatuajes, cuidó de mi padre, su caballo y sus higueras con una paciencia seráfica; yo sé que Tilo me dió su festivo cariño cuando más necesitaba de alegría y ternura y que yo tuve adoración por la pobre bestezuela que sólo para mí era hermosa. Yo sé que fuí tierna, feliz, amada, buena, que todo lo que narro en este libro es verdad, y que la vida entonces, era como el paraíso de los elegidos de Dios. Y todo me parece un cuento".

¿Qué es, pues, este libro? Es una colección de estampas autobiográficas, es una serie de preciosos recuerdos de infancia, pero, sobre todo, es una mágica resurrección de cosas muertas que recobran la vida al ser evocadas y plasmadas



por el artista. Estas estampas tienen algo de los cartones en que Figari, luego de evadirse del mundo real, pintó en forma casi sonambúlica, las escenas que había visto en la remota niñez. Pintura esencial es aquélla, como esencial literatura es ésta. ¿No son, acaso, las imágenes coloreadas del pintor, la misma cosa que la cabeza de Barba Azul, el collar de lágrimas de Arminda, el caballo de Blanca Flor, la gallina de los huevos de oro, las islas de coral, los ríos, las selvas, los duendes y los trasgos que la imaginación de la niña vió en la mancha de humedad de la pequeña alcoba encalada, y, que la mujer, poseída del numen, evocó en una página magistral? Esto, y mucho de lo que palpita en estas páginas, está en el alma de casi todos los niños y de casi todos los hombres; pero pocos, muy pocos, son los que logran darle forma sensible, y, sobre todo, forma bella, capaz de desafiar la realidad y lograr la jerarquía artística. ¿Quién en la niñez, no soñó con cosas semejantes a las coronas de cuentas y oropel; quién no experimentó su amor infantil, a lo Chico Carlo, y no ambicionó el rifle de rústica madera; quién no fué protagonista del secreto drama de terror o de dolor; quién no dialogó con los árboles, y las plantas, y las bestezuelas; quién no creó su reina, y su princesa, y su príncipe; quién no tuvo, por fin, su vieja aya negra, y su Payaso, y su perro, y, sobre todo su reino remoto: casa paterna que aparece siempre en la imaginación como castillo o palacio poblado de cosas que acaso fueron pequeñas, pero que parecen inconmensurables? Todos lo tuvimos; todos somos capaces de evocarlo interiormente en la hora del ensueño; pero lo que no podemos, lo que es sólo privilegio de grandes almas y de grandes artistas es darle forma objetiva y plástica, animarlo con el soplo divino de la vida y hacer de todo ello, que es solo belleza abstracta que está dentro de nosotros, belleza sensible y darla a gozar a los demás, que es la verdadera y grande misión del artista.

Esto es lo que ha hecho la ilustre autora al poblar las páginas de este libro con sus preciosas estampas literarias y descubrirnos, con ellas, el maravilloso escenario de su alma. Pero a ese espectáculo de color, de gracia, de sensibilidad, de ternura, de melancolía ha agregado aún observaciones de ex-

traordinario valor sobre los sentimientos del niño. ¡Qué atisbos de psicología infantil! Qué admirablemente trazado está el carácter de Chico Carlo, "rebelde, despectivo, silencioso y huraño", pero de "áspera ternura". Este niño tenía una alma intrépida y heroica; era capaz de la violencia y del secreto sacrificio. Era un niño, pero parece un hombre. Cuánta lección que recoger en las páginas de este libro sobre el alma de los niños tantas veces torturada por la incomprensión o la torpeza, que suelen destruír o envenenar las delicadas simientes del pudor, de la confianza en sí mismo, de la virgen espontaneidad, de la ignorancia del ridículo y replegarlos, y transformar en soledad y tristeza lo que debe ser ser expansión y desbordante alegría. He ahí como en estas bellísimas páginas literarias, de los que, al parecer, son solo pintorescos recuerdos de infancia trazados por una mano maestra, hay muchas lecciones de vida que extraer y con ellas una sutil filosofía que, si es melancólica, no es amarga ni desesperanzada.

Leamos y hagamos leer este libro excepcional. Su prosa, diáfana como el aire lavado por la lluvia, en la que hay escondido vigor y maravillosa música, nos pone en contacto con un modelo del idioma, en el que la castiza cepa se siente estremecida por la inquietud de esta época en que vivimos; y la deliciosa fábula que encierran sus páginas nos hace soñar con un mundo que tiene la secreta atracción y el misterioso hechizo de lo inasequible, y la augusta belleza de las cosas perennes.

## "LA ESFINGE ROJA" MEMORIAL DE UN APRENDIZ DIPLOMATICO EN LA UNION SOVIETICA", POR EMILIO FRUGONI.

"Yo fuí a la U.R.S.S. con el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay, dice el autor en la introducción de este libro, pero todo el mundo en mi país, me confirió otro cargo más honroso e irrenunciable: el de ser el hombre que volviese con la verdad sobre la Unión Soviética". El Dr. Frugoni aceptó esa doble misión y la cumplió con la dignidad, la honestidad y la alta inteligencia que caracteriza toda su actividad pública. En cuanto a la segunda de esas misiones, —sin aventurar un juicio que abarque totalmente los aspectos que el autor estudia en su libro— digamos que le ha dado cumplimiento, también con singular dignidad y eficiencia literarias, perseverando así en lo que es rasgo peculiar de la obra del eminente poeta y escritor.



El libro, aunque dé la sensación de que ha sido escrito *currente calamo,* — y un crítico poco avisado podría atribuirle carácter periodístico— ha sido, sin embargo, motivo de honda meditación y de diligentes investigaciones personales. La fluidez y amenidad con que está escrito acusan esa difícil facilidad que revela siempre la presencia de un escritor avezado, dueño de los secretos del idioma, que maneja la prosa con maestría y sabe adaptar ésta al tono de su pensamiento, imprimiéndole, a veces, el carácter discursivo y ligero, embelleciéndola con la elevación del estilo o dándole realce y riqueza con la intervención oportuna de la animada descripción, de la evocación histórica, de la apelación al arte y a la ciencia, del comentario filosófico, de la anécdota, sin olvidar tampoco el rasgo humorístico.

Si esto es así en cuanto al aspecto formal del libro, en lo que se refiere al examen, crítica y juicios que, en el vasto campo que han alcanzado sus observaciones, formula el Dr. Frugoni, demuestra singular equilibrio y ecuanimidad. Esas observaciones comprenden el medio político, social y económico, las instituciones, los hombres dirigentes y las masas que parecen ser los dos elementos que constituyen lo que en los países democráticos llamamos "hombre", que es la resultante individual de una sociedad y que, en el régimen soviético, parece ser muy difícil de advertir en razón de la absorción que hace el Estado del individuo. Y tocamos con esto lo que el autor define con el título de su libro: "La esfinge roja". Refiriéndose a ella dice el Dr. Frugoni: "Se me ha querido

asignar el papel mitológico de un Edipo en actitud de enfrentarse con la Esfinge...''

Veamos como la ha enfrentado. Su posición es franca y abierta y hace evidente contraste con el enigmático país que ha sido objeto de su estudio. ''Voy simplemente a decir lo que he visto; lo que he vivido y sentido en mis dos años y tres meses largos de permanencia en la capital de la República de los Soviets. Deslizaré mis comentarios al margen de mis observaciones y experiencias personales. Y expondré con entera libertad de espíritu mis conclusiones sobre lo que he podido observar''. Anteriormente ha advertido que no faltan libros que se refieren a la Rusia soviética, y algunos de ellos ''verídicos a carta cabal''; pero, agrega que es muy difícil ''hallar uno que se sustraiga a la influencia de los factores que desvían el juicio del justo centro y no le dejan dar en el blanco''. Parecería que el autor, no obstante la reserva que hace en contrario, confía en la verdad de su libro, contra la cual ha conspirado la organización de aquel país basada en el hermetismo. Concluye el Dr. Frugoni declarando que su libro reune las impresiones recogidas por su sensibilidad de ciudadano uruguayo y su mentalidad de socialista, pero ''sin resentimiento ni favor'', y que sus juicios ''pretenden ser sentencias justamente fundadas''. Al recapitular todo lo escrito repite que su juicio ''es el de un demócrata y el de un socialista''. Hemos insistido en esto con el objeto de aclarar la calidad del crítico y del juicio y la posición espiritual en que éste ha sido formulado.

Es difícil exponer en breves líneas, como lo requiere esta nota, la vasta materia de la obra. La versión que del país soviético da el Dr. Frugoni está dividida en cuatro partes La primera de ellas titulada Exploraciones y experiencias, comprende las impresiones recogidas en su primer contacto con el mundo diplomático soviético y con la ''ciudad'' moscovita. Esta parte está amenizada por la presentación de las figuras protagonistas de la política soviética, por las semblanzas de personajes y la descripción de ambientes, por la anécdota, por la aparición inesperada en Moscú de figuras como las de Churchill, Eden, de Gaulle, y Herriot. La vida diplomática soviética está allí retratada de mano maestra, en sus hombres, en sus hábitos y costumbres. Lo que más enseña de todo ello es el hecho de que, frente a un pueblo que experimenta naturales estrecheces, desenvuelve su fausto realmente asiático la diplomacia soviética, fausto que oscurece el brillo y el lujo de la resplandeciente corte de los zares y no halla igual en ninguna monarquía de Europa. Esta parte del libro se lee con el interés con que puede leerse una apasionante novela. El autor hace en ella derroche de ingenio al dar forma a sus recuerdos y los anima con la vida del estilo literario.



Aparece también en esta parte del libro la ''ciudad'', el paisaje humano: la muchedumbre que circula por las calles o se agrupa para formar ''colas'' frente a los comercios, o en los lugares en que se detienen los ómnibus y tranvías, o, a ciertas horas, en los parques, o en los días de asueto concurre al estadio. Con el ciudadano soviético sometido a la plenitud del régimen de trabajo, se ve desfilar a los viejos, a los niños, a los mendigos, a los muertos que son conducidos sin pompa a los cementerios. Las amplias avenidas comunicadas por estrechas y sinuosas callejas, bordeadas aquéllas de modernos edificios de sobria arquitectura, entre los que aparecen aquí y allá viejos palacios del régimen zarista, y éstas de tapias, corrales y patios de vecindad muestran el trasfondo de la vida urbana. Los comercios ostentan vidrieras ''camufladas'' y su régimen de venta *sui generis;* la plaza Roja, escenario de la Nación, ofrece grandes desfiles militares, atléticos y populares, en los que el autor halla algo de gigantescos *ballets* por la regularidad, precisión y ritmo de los movimientos, a lo que aun puede agregarse los desfiles de la muerte, o sea la conducción de las cenizas de los muertos que merecieron bien de la patria hasta los nichos abiertos en los muros del Kremlin para que estén así cerca del panteón de Lenin.

Completan este libro los capítulos que el autor consagra al examen del sentimiento religioso del pueblo ruso, a las iglesias, al culto y a la situación actual de las relaciones entre el Estado y la iglesia ortodoxa rusa que, luego de haber sufrido

la implacable persecución de aquél, que se propuso, en los primeros años de la revolución, destruir la vida religiosa del pueblo, ha logrado ahora un *modus vivendi* benévolo, que hace por grados más fácil el mantenimiento y desarrollo del culto. El autor, luego de estudiar los antecedentes históricos del sentimiento religioso en Rusia, que es una fuerza secular que logró poder incontrastable, cree que hoy es "una manifestación puramente exterior de la vida colectiva" y que las devociones que congregan todavía a las masas en los templos "son los últimos estertores de una gran llamarada de siglos en vísperas de extinguirse". Sin embargo, el gobierno soviético ha capitulado ante la inclinación religiosa del pueblo y hoy, no sólo tolera, sino que mantiene relaciones cordiales con la iglesia ortodoxa rusa.

El segundo libro está consagrado al estudio de la cultura soviética: libros y bibliotecas, museos, escuelas y universidades; prensa, teatro, al que el autor considera como gran institución nacional; artes plásticas, música, son objeto de prolijo estudio en sus manifestaciones más características. Rusia difunde su literatura clásica, su música y la obra de sus sabios. Dice el Dr. Frugoni que las bibliotecas tienen más concurrentes que las tabernas, cafés y comercios; pero, agrega, también, que el régimen soviético mutila cuidadosamente la historia que enseña a su pueblo, como impone otras limitaciones, por ejemplo al periodismo, en el que reina una unanimidad en la información y el comentario de la que no se aparta jamás. Se desconoce la crítica y la polémica y no se concibe el concepto de libertad occidental aplicado a esta actividad. Leído un diario, se leen todos. Nadie sabe nada más que lo que el gobierno quiere que se sepa. Respecto al mundo exterior el pueblo ruso lo ignora todo.

Páginas de verdadero interés son las que el autor dedica al teatro y a la música, que han alcanzado allí verdadero florecimiento y en los cuales no se prescinde del repertorio europeo, aunque a veces experimente éste curiosas adaptaciones. En estas páginas se advierte el deleite con que el antiguo crítico vuelve a temas que le son familiares.



El libro tercero: Como se vive en Rusia, y el cuarto: La vida política, son, acaso, los de mayor trascendencia, pues comprenden la exposición del nuevo orden social comunista implantado por Rusia frente a la realidad; la solución que ha dado a los problemas del trabajo y de la vivienda; el régimen policial y carcelario que permite la "vigilancia de los amigos" y de los mismos diplomáticos; la administración de justicia, la vida rural, el derecho de propiedad que evoluciona ahora hacia soluciones históricas; la vida del obrero, individual y colectiva, en todos sus aspectos; la cultura y la inteligencia dirigidas en las zonas de la actividad política, literaria, artística, etc.; la organización de la familia, el matrimonio y la herencia que, como instituciones jurídicas, luego de difícil crisis, comienzan a evolucionar también hacia formas históricas; la posición de la mujer que en uno de los aspectos más respetables parece estar sujeta a estas palabras de Iván el terrible: "La mujer rusa es una cosa sagrada y no podemos dejarla ir a un país impuro como el tuyo. Ella puede casarse con un extranjero pero debe quedarse acá."

Concluye este libro con un breve capítulo en que el Dr. Frugoni, con ejemplos vivos por él conocidos, se refiere a la situación de los campesinos, obreros e intelectuales en Rusia y que puede servir de prevención a quienes sueñan con el ideal del régimen social soviético. Una madre escribía desde allá a su hijo, comunista militante, que deseaba regresar a Rusia: "¡Tánto como te quiero y, sin embargo, prefiero no volver a verte más, a verte de nuevo en la Unión Soviética!" Y le aconsejaba tomar carta de ciudadano uruguayo. Otro comunista militante hispanoamericano que llegó a Rusia bajo el amparo y protección de las autoridades soviéticas le confió que "cuando puso su pie en Moscú experimentó una sensación tan desoladora, que, de haber podido hubiera partido inmediatamente de vuelta, porque su entusiasmo por la Rusia Soviética, todo su afán de vivir en ella, se le derrumbó de golpe dejándolo como a un niño desamparado y desnudo en la soledad de un páramo sombrío."

El libro cuarto comprende el estudio de la vida política soviética. En él se describe una sesión del Soviet Supremo,

ensayo de parlamento sin más función que escuchar la lectura de proyectos y discursos y aprobar lo que se somete a votación, y el régimen electoral basado en la existencia de un solo partido y en la unanimidad del voto. Se examina también la estructura del sistema político y todo se remata con una semblanza del mariscal Stalin, en la que, no obstante la parte negativa, el gobernante ruso no sale mal parado, y un examen del estado de lo que se llama opinión pública que, como tal, no tiene función dentro del régimen cerrado de unidad que gobierna la vida política soviética.

Concluye el libro con una recapitulación de los juicios vertidos por el autor que podrían sintetizarse en estas palabras que escribió el Dr. Frugoni a raíz de su regreso a Montevideo: "La Unión Soviética no es para mí una esperanza (como parece serlo para usted) porque la juzgo una trágica desviación hacia formas de tiranía política que para el mundo occidental constituyen un retroceso. Sin desconocer las realizaciones que en diversos órdenes pueden admirarse, mi juicio sobre la realidad y entraña política del comunismo soviético, es ése. Y para mí, en quien la sensibilidad política o cívica es preponderante, es eso lo que más cuenta, porque en la vida orgánica de una nación todo el resto es *literatura,* como diría aquél que sabemos". Comentando sus propias palabras, concluye el autor: "En efecto, la democracia política —que allí no existe—, es la policía de todos los derechos humanos. Sin ella la justicia social o económica es una dádiva que sólo depende de quien la otorga, si es que puede haber justicia en arrebatarle a un pueblo sus bienes más sagrados, que son sus libertades públicas y los derechos del espíritu. Esas libertades y esos derechos que vigilan y defienden las conquistas alcanzadas por el hombre en cualquier terreno y las consagran como patrimonio inalienable. Puede decirse que para el pueblo ruso la ausencia de tales libertades no constituye una pérdida —porque nunca gozó de ellas—, y eso explica la adaptación o resignación de las grandes masas a los métodos de la dictadura soviética. Sea como fuere, haber implantado el régimen comunista en Rusia fué un error histórico, si se quiere explicable y con atenuantes. Pero intentar



extender ese régimen a países que, como Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia, Suiza, Suecia, Uruguay, han incorporado a su vida las normas y los principios liberales de la democracia política, y aun a los que, sin habérselos incorporado efectivamente, han entrado ya, bien o mal, en las vías que conducen a ellos, es retroceder a sabiendas; es abandonar, arrojar por la borda adquisiciones institucionales que son reales y sagradas conquistas humanas".

## "AULA MAGNA O LA SIBYLA Y EL FILOSOFO" POR ALBERTO ZUM FELDE

¿Qué es este libro? ¿Un poema, un drama, un tratado de filosofía a la manera platónica? Antes que nada es una obra de arte. Está primorosamente pensado, planeado y escrito. La concepción tiene algo de la patética grandeza del "Fausto". El acento de profundidad filosófica no va en zaga a aquél y se hermana también con él en el desarrollo del pensamiento, en el soplo trágico de la lucha espiritual y en el desenlance; pero en el drama — llamémosle ya así, — del autor uruguayo hay lo que no hay en el de Goethe: orden, claridad latina. La hay también en la magnífica prosa discursiva de los parlamentos y en la de las acotaciones descriptivas, que no ceden en fuerza dramática y en belleza a aquéllos. Literariamente es este un libro de jerarquía superior, capaz de por sí de labrar una reputación si ya no la tuviera labrada, y en forma definitiva, el autor.

Este libro parece ser, además, reflejo y explosión de una honda crisis espiritual. Es así que adquiere por momentos fuerza humana y desgarrador acento. Parece que hubiera en él una confidencia; más que esto, una confesión: Logus, el Maestro, el Filosófo, la encarnación del principio negativo que destruyó la vida espiritual de sí mismo y de sus discípulos, que erigió el imperio de la razón y del fenómeno objetivo sobre las ruinas de la conciencia religiosa y del misterio metafísico, que sustituyó la cultura secular por otra cultura

en la que "no había un grano de trigo para la vida eterna", "máquina monstruosa" cuyo fin "es convertir en máquina intelectual al hombre", envuelto en la tragedia que le cegó los ojos del cuerpo, pero le abrió los del alma, exclama ante sus asombrados discípulos: "Desde lo alto de esta cátedra, yo, ciego timonel, os digo en la hora de las señales: hombres, me he equivocado; la ruta por donde os llevé era falsa. Estamos perdidos en el círculo del horizonte; es menester cambiar el rumbo de nuestra nave... Miradme: el fuego ha cegado mis ojos; y ahora es cuando veo. Veo por vez primera, la verdad que está más allá de los ojos. Y comprendo que hasta hoy estuve ciego, ciego de espíritu... La verdad se revela sólo a aquel que tiene el supremo valor de romper, con el ímpetu desbordado de su corazón, el círculo de la materia; a aquel que tiene la suprema humildad de renunciar al imperio de su propio intelecto. Este imperio falaz al que se aferra nuestro orgulloso instinto humano, una vez por siempre trascendido, aparece el alma desnuda como un vano despojo de sí misma... La verdad del espíritu empieza donde acaba nuestra ciencia. Como el horizonte objetivo, retrocede así que avanzamos en el conocimiento de los fenómenos, sin que lleguemos jamás a tocar la ilusión de su círculo eterno. Porque el círculo es la ley natural de todas las cosas, y la forma misma de la verdad cuyo centro infinito es Dios... Oid bien mis últimas palabras, el testamento de la razón derrotada. Acabe aquí el imperio ficticio de mi filosofía; caiga conmigo esta armazón vacía de la cultura intelectual del siglo, el nuevo ídolo al que erigimos en lugar del Dios vivo"...

He aquí la confesión y he aquí la esencia que infunde fuerza y carácter dramáticos a este libro, el cual, respondiendo a la pregunta que formulamos al principio, pudo ser un poema, una fábula alegórica, un tratado de sabor platónico en el que se debatiese el eterno conflicto entre la razón y la conciencia religiosa. Es, como se ve, mucho más que eso, es la expresión subjetiva de un estado de alma y la solución de un problema de conciencia que, con ser personal, es, sin embargo, común a todos los hombres, y que, en realidad, es el problema del hombre.



No incurriremos en la pequeña traición de poner etiqueta ortodoxa al grandioso espectáculo que ofrece este espíritu que regresa a su verdadera fuente. Los caminos son infinitos para lograr la emancipación del espíritu. Y en este ejercicio de las potencias superiores hay un plano en el que todos los hombres se encuentran.

Este libro debe ser leído; luego de gozar las bellezas del primoroso vaso en que ha sido vertido el complejo del drama, los lectores hallarán en su contenido muchos motivos de meditación.

Se desvanecerá así la preocupación del autor respecto a la falta de interés que en la época actual provocan, según él, las cosas del espíritu. Lejos de eso, creemos que en la sociedad contemporánea se está produciendo un profundo trabajo de reacción espiritual y acaso los fenómenos negativos que se indican en el prólogo del libro sean resultados de la lucha que, a la manera de lo que ocurre en la biología humana, se está desarrollando en la biología social. Libros como el que comentamos tienen, además de su significado estético, una elevada misión social y contribuyen a definir y acelerar aquella reacción.

## "EL FEDERALISMO DE ARTIGAS Y LA INDEPENDENCIA NACIONAL" POR PABLO BLANCO ACEVEDO

Bien puede ser considerada como valioso homenaje tributado a la memoria del Jefe de los Orientales en el centenario de su muerte, esta segunda edición, que acaba de aparecer, del libro del Dr. Pablo Blanco Acevedo, cuya primera edición se halla agotada. Este libro es fundamental en la obra del autor, que comprende el panorama general de la historia del Uruguay, desde sus orígenes en la época colonial hasta la consumación de la independencia.

La obra del eminente publicista está integrada por "El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacio-

nalidad'', libro en que el historiador y el sociólogo definen, estudian y establecen el significado de aquellos factores y elementos que contribuyeron a crear el sentimiento y el concepto de la nacionalidad, que se hallaba en potencia en la ''ciudad'' colonial; el libro que da origen a esta nota, en que el autor estudia y establece con singular precisión el carácter que adquirió la Revolución en la Banda Oriental, las ileas, principios, doctrinas y normas que formuló Artigas para la organización de los estados soberanos surgidos de las antiguas colonias españolas, y traza el proceso histórico de las luchas que tuvo que sostener el Jefe de los Orientales contro los enemigos del régimen democrático republicano y contra los opresores de la soberanía, y, por fin, el libro ''Centenario de la Independencia'', en que el autor estudia el significado histórico de los sucesos del año 1825. Esta obra de vasto alcance histórico y sociológico ofrece verdadera continuidad orgánica y, considerada en conjunto, forma el completo estudio histórico de la nacionalidad oriental.

Ciñéndonos al examen del libro que acaba de aparecer, digamos que consta de siete capítulos, densos por su contenido y elocuentes por la forma en que han sido trazados, en que el eminente historiador estudia el concepto de federación de Artigas, las relaciones de este concepto con el de nacionalidad y el de independencia y la relación de ambos entre sí, las características de la Banda Oriental independiente y el penoso episodio de la invasión portuguesa que dió lugar a la epopeya de 1816-1820, a la destrucción de la soberanía oriental, luego de tremenda lucha, y a la expatriación de Artigas.

En la primera página del libro se dice que el autor consagró a la terminación del mismo sus postreras energías, pues trabajó en él hasta los últimos días en que la enfermedad que determinó su fallecimiento le dió tregua. Se proponía completar la obra con el estudio de la última campaña de Artigas y el ostracismo del héroe; pero los materiales históricos que debían completar su información y que esperaba con ansiedad, no llegaron a tiempo. De todos modos, la obra tiene unidad orgánica y ningún desmedro sufrió el concepto fundamental que la informa con la ausencia de los capítulos que formaban parte del plan de la misma.



El Dr. Blanco Acevedo hace en el primer capítulo de su libro la verdadera exégesis del concepto de federación artiguista, para lo cual, luego de exponer brevemente los antecedentes de la Revolución Oriental, examina, cláusula por cláusula, las famosas instrucciones del año XIII, de las que dice: ''Como documento político es, fuera de duda, el mejor escrito de la literatura jurídica contemporánea, en esta parte de América''. Y agrega: ''Para encontrar un símil de los estatutos de ese tiempo, acaso el más próximo en la galanura de la forma, en la precisión y justeza de vocablos, sería la Constitución de Chile de 1828''. Ese documento contiene en toda su pureza lo que Artigas llamó ''el sistema'', por cuya implantación en las antiguas provincias de América luchó sin tregua. El autor lo estudia desde el punto de vista histórico, sociológico y político, y le acuerda alcance fundamental en el proceso de la organización constitucional de las naciones de esta región del Continente.

Artigas aparece como un vidente del porvenir, y su plan de organización del Estado y de la sociedad política como uno de los conceptos jurídicos más perfectos y adelantados de la época. Acaso esta admirable concepción, al chocar contra los prejuicios políticos de los émulos de Artigas provocó dramáticos conflictos y pudo detener el desarrollo normal del proceso de la independencia, pero estos conflictos, que llegaron a tomar carácter de guerras interprovinciales, fueron, sin embargo, fecundos, pues educaron a los pueblos que se acogieron al Protectorado de Artigas en el culto de la libertad y de los principios democráticos republicanos, e influyeron en forma decisiva sobre los demás pueblos del Río de la Plata, y aun en el orden individual, sobre los propios émulos del Protector, cuyo ''sistema'' triunfó en definitiva al ser organizados constitucionalmente los nuevos estados soberanos. El Dr. Blanco Acevedo desarrolla extensamente esta tesis en los capítulos ''La federación artiguista y la libertad'' y ''El federalismo artiguista y la independencia''.

En el capítulo denominado ''La provincia independiente'' examina el autor el gobierno ejercido por Artigas en los años 1815 y 1816, procura definir su carácter político den-

tro de las circunstancias excepcionales que determinaron la segregación de hecho de las provincias del Protectorado de la de Buenos Aires, y expone y estudia la extraordinaria obra realizada por el Jefe de los Orientales que lo consagra como hombre de Estado y excepcional gobernante.

Los dos últimos capítulos están consagrados a estudiar el tremendo drama que constituye la invasión portuguesa de 1816, que destruyó la independencia de la Provincia Oriental, la sometió al yugo extranjero y trajo como consecuencia la expatriación de Artigas.

El libro del Dr. Blanco Acevedo se detiene en el año 1818, luego de haber fijado todo el panorama de la cruenta guerra iniciada dos años antes, verdadera epopeya que aun espera el poeta que, con la lira de hierro, no de oro, la cante en viriles estrofas en que, a los gritos de combate, se mezcle el acento elegíaco requerido por los tremendos holocaustos.

La investigación, la ciencia histórica y la ciencia jurídica, en cuyo cultivo descolló por igual el autor de este libro, dan al mismo especial jerarquía, y a ello se agrega el sentido nacional de la tesis sostenida por el Dr. Blanco Acevedo en sus páginas. Será necesario siempre recurrir a ellas cuando se trate de establecer el significado jurídico y sociológico de la Revolución Oriental y el concepto político que guió al Jefe de los Orientales como caudillo indiscutido de la democracia republicana en el Río de la Plata.

## "LUZ DE OTROS SOLES - ANACREONTE" POR DANIEL CASTELLANOS

Este libro acaba de obtener la más alta recompensa en el concurso oficial de la producción literaria correspondiente al año 1936. El Jurado designado por el Ministerio de Instrucción Pública le ha conferido, por unanimidad, el "Premio Banco de la República". Se consagra así una obra que señala en nuestro ambiente la iniciación de estudios clásicos, generalmente desdeñados por nuestros hombres de letras. El



autor se presenta con todos los caracteres de un humanista a quien le es familiar el idioma y la literatura griegos y, junto con ellos, la historia y el espíritu de la raza helénica. Ha profundizado el estudio de la lengua, así desde el punto de vista filológico como desde el punto de vista filosófico, y ha penetrado también el sentido social del pueblo griego con observaciones tan personales y originales que el prologuista del libro, que lo es Gregorio Marañón, al hacer el análisis del mismo, no puede menos de llamar la atención del lector sobre la sagacidad de concepto y juicio con que el doctor Castellanos hace el paralelo entre Grecia y España y apunta la continuidad de la cultura griega en la cultura hispánica, a la que encuentra comunes raíces orientales que nada tienen que ver, en lo que a España se refiere, con culturas clásicas más próximas, entre ellas, la latina. El prologuista, impresionado con este atisbo, pide al autor la estructuración de un ensayo más vasto que desarrolle en toda su plenitud el paralelo.

Entretanto el doctor Castellanos, en este libro, luego de justificar el tema, con el aforismo de Alfonso el Sabio: "Quemar leña vieja, beber vinos viejos, leer libros viejos y hablar con amigos viejos", realiza un hermoso ensayo de altos quilates literarios, así por el lenguaje, como por el estilo, en el que estudia con agudeza el ambiente en que nació y vivió el poeta griego Anacreonte, para lo cual traza bellísimos cuadros que se refieren al fondo histórico y al clima moral de la época y que bien pudieran ornar los muros de un palacio de la época de Pericles. Estudia en seguida a Anacreonte como hombre y figura del amplio escenario histórico, y se interna luego en el análisis de la obra del poeta que cantó al vino y al amor, y lo traduce con nuevo acento castellano, rectificando con ello muchas traducciones clásicas, y poniendo en valor y haciendo gustar las bellezas del texto original.

El juicio crítico del autor vale como aporte filológico, como interpretación sagaz de una mentalidad y de una sensibilidad muy distintas de la nuestra, como cursillo de honda historia literaria y como anecdotario de la época anacreóntica.

Estudios de esta jerarquía y de esta trascendencia crí-

tica son raros en la literatura americana contemporánea y casi desconocidos en la nuestra. Y lo son más, los realizados con la elegancia de estilo y el casticismo de lenguaje de que el doctor Castellanos hace gala.

Esta obra, escrita en España, donde el autor ejerce la representación diplomática del Uruguay, es un interesante exponente de una forma de cultura que tiene que ser singularmente apreciada en los centros intelectuales españoles y que constituye un excelente elemento de información y orientación para los críticos extranjeros que se interesen por las manifestaciones intelectuales del Uruguay.

"ESCRITOS DE ANDRES LAMAS" TOMO III. BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES DEL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY. DIRECCION, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE ARIOSTO D. GONZALEZ.

Este voluminoso tomo de más de 600 páginas, que viene a enriquecer la ya magnífica colección de impresos del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, además del estudio preliminar del señor Ariosto D. González Presidente de la institución académica a que nos referiremos luego, contiene los antecedentes de la publicación, y el repertorio documental relacionado con las negociaciones entretenidas entre la República y el Imperio del Brasil sobre materias de comercio y navegación de los años 1856 a 1858, con las reclamaciones renovadas en 1854 sobre el tratado de comercio y navegación de 1851 y gestiones de revisión del mismo, incluso los protocolos de las conferencias celebradas para lograr dicha revisión, el texto del tratado de 4 de setiembre de 1857 y documentos pertinentes; la correspondencia diplomática relacionada con la inteligencia de los artículos del tratado, ratificaciones, canje y principio de ejecución, con los convenios de navegación fluvial y con la reivindicación de los derechos de la República como nación ribereña sobre el río Yaguarón. Contiene además el libro un apéndice en que se dan noticias



de algunos antecedentes relacionados con las negociaciones relativas a la navegación de la Laguna Merim y río Yaguarón, la discusión del tratado en el Cuerpo Legislativo del Uruguay y otros documentos sobre el tratado de comercio.

Todo este material histórico es objeto de sagaz análisis en el estudio preliminar del señor Ariosto D. González, que constituye uno de los más notables ensayos de historia internacional realizados en el país, así por lo que se refiere a la información y doctrina que hay en él como a la aguda exégesis que en el mismo se hace de la acción diplomática del Uruguay desde los primeros días de la organización nacional hasta los días en que Don Andrés Lamas ajustó los famosos tratados de 1851 con el Brasil, que tanto se discutieron y se siguen discutiendo hasta el presente, y sobre las negociaciones posteriores a 1851, y muy especialmente por el juicio intrépido y definitivo que le merece la actividad diplomática de Lamas, cuya figura preclara, como la no menos preclara del Ministro de la Defensa Don Manuel Herrera y Obes surgen engrandecidas y dignas de la estatua que ya en 1891 pedía para el primero de ellos el Dr. Alberto Palomeque. Si algún elemento faltaba para la reivindicación definitiva del ilustre diplomático y hombre público Don Andrés Lamas, lo obtiene con este tercer volumen de sus escritos, más que por el material histórico que él contiene, por el notable estudio preliminar del señor Ariosto D. González, a que nos referimos, en el cual el eminente historiador, al estudiar las gestiones de modificación de los instrumentos internacionales suscriptos por el Uruguay y el Brasil, ataca de frente el capítulo más discutido de la actividad pública de Lamas, esto es, el que se refiere a su acción diplomática como negociador de los tratados de 1851 con el Imperio del Brasil.

Es interesante señalar que el investigador y crítico, autor del estudio es un representante de las jóvenes generaciones del Uruguay, lo cual autoriza a suponer que, cerrado el ciclo de los apasionados juicios de que fué objeto aquella figura histórica, y abierto el proceso en que solamente intervienen el frío análisis de los antecedentes, de los hechos y de la época y la aplicación desinteresada del juicio, la figura de La-

mas, que tan discutida ha sido, aparece ahora limpia de las acusaciones de que se le hizo objeto y singularmente engrandecida.

Decimos engrandecida no solamente en sus valores intelectuales, sino también en su carácter de fautor de los tratados de 1851 y de las tentativas de modificación posteriores, gestiones en que el diplomático ni hizo peligrar con sus alardes los intereses primarios de la República que se debatían en aquellos momentos ni aceptó sumisamente imposiciones del más fuerte. Lamas tuvo en aquellos días de prueba de la Guerra Grande, como los tuvo en las gestiones posteriores, junto al sentido realista de la situación y de las circunstancias, la dignidad y la energía que éstas exigían. Dentro de sus modalidades espirituales, superior al sentimiento romántico de casi todos sus contemporáneos que solían sacrificar intereses esenciales a un principio, a una actitud estética y, a veces, a una palabra sonora pero vacía de realidad inmediata, vió claramente cuál era la única manera de lograr el pronunciamiento del Imperio contra el General Rosas y obtener la alianza que dió fin al poderío de éste. Fué apoyado en este concepto por el Gobierno de Montevideo, y especialmente por el Ministro de Relaciones Exteriores Don Manuel Herrera y Obes que, desde años atrás lo había enunciado y perseguía su realización vinculando esa gestión a la que personalmente realizó ante el Gobernador de Entre Ríos General Urquiza con el objeto de obtener también su pronunciamiento contra el tirano de Buenos Aires. Para juzgar la actitud de Don Manuel Herrera y Obes, numen del Gobierno de Montevideo en aquella época, y la de Don Andrés Lamas, no se puede aplicar el criterio actual ni dejarse influenciar por el sentimiento patriótico que naturalmente se siente herido por lo que la República en aquellos días de prueba pudo sufrir en su soberanía y en sus derechos, sino colocarse en la situación de la época, frente al peligro de perderlo todo, incluso la independencia, y lo que acaso era más tremendo que eso, caer bajo la férula y el despotismo del General Rosas y perder, con la libertad, el goce de los más elementales derechos humanos. He ahí el cuadro dentro del cual



Lamas negoció los tratados de 1851 mientras el Dr. Herrera y Obes, con su acción personal, lograba el pronunciamiento del General Urquiza. Logró Lamas, con el empleo de su inteligencia, de su habilidad diplomática y de lo que había de inflexible en su carácter dentro de la exquisita urbanidad de sus maneras, obtener, dentro del mínimo de sacrificios, la alianza con el Imperio del Brasil que significó la destrucción del poderío del General Rosas. Y puesto que nos hemos referido al carácter de Lamas, apuntemos siquiera que, prescindiendo de las acentuadas diferencias de ideología que los separaban, había entre él y Alberdi notoria semejanza de carácter como la había también de rasgos fisionómicos. Lamas y Alberdi, procedentes de dos culturas filosóficas distintas, coincidieron, sin embargo, en el sentido realista que aplicaron a la consideración de los problemas políticos y sociales de la época y, sin dejar de participar del sentimiento romántico, supieron eludirlo para lograr soluciones prácticas y útiles cuando ésto convenía a los intereses de la sociedad en que vivían. El carácter de estas notas nos impide extendernos, como sería nuestro deseo, en el examen crítico del estudio del señor González, que juzgamos esencial y que, como lo hemos dicho, constituye la vindicación definitiva de la ilustre personalidad de Don Andrés Lamas.

## "LATORRE, LA UNIDAD NACIONAL" POR EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA

El Profesor de Salteráin y Herrera se complace en trazar con la pluma, como lo hacen los grandes pintores con el pincel, retratos de figuras que poseen acusado carácter. Amén de otros retratos menores agudamente realizados, ha creado el del General Rivera, magnífico e inagotable modelo, el del secretario de Artigas, Monterroso, personaje de singulares facetas y de pintoresca historia, el de Juan Manuel Blanes, gran pintor y, además, hombre taciturno, de compleja psicología, en quien aparecen por igual el temperamento cru-

damente realista y el oculto sentimental, el amargo humorista y el espíritu de rara elevación.

Ahora, en este denso libro en 4.o de 636 páginas, profusamente ilustrado, traza el difícil retrato del coronel Lorenzo Latorre, del dictador, del gobernante, del hombre hijo de su medio ambiente y de su educación, pero, sobre todo, de su temperamento, de sus pasiones, de su tremendo carácter. Es realmente interesante evocar este enigmático representante de la especie en su ambiente doméstico, en el rudo teatro de sus primeras andanzas militares, en el vasto escenario a que lo arrastró el turbión de la historia al terminar "el año terrible", aposentado en el Fuerte de Gobierno, dueño de la suma del poder público obtenida *manu militari*, rodeado de su obra: luz y sombra; arrebatos de patriótico orgullo y sueños de grandeza nacional mezclados con desatadas pasiones; impulsos de crear el progreso y el orden a golpes de sable o a voces de mando que no admitían réplica; sin parlamento, sin instituciones, sin frenos constitucionales, sin más razón que la propia voluntad, el propio instinto, la propia inspiración, el propio carácter.

Y junto a ésto, lo que sólo se habló al oído, y se difundió en el misterio de la confidencia, y recogió la crónica, y ahora procura pesar e interpretar la historia. Todo ello ha quedado en el turbio fondo del pasado como una pesadilla, con algo del color de las cruentas crónicas de los principados italianos de la época de los Sforza, de los Borgia y de los Médicis, junto a las limpias y elocuentes páginas de la historia principista que lapidó al dictador y condenó sin remisión al hombre. Esto, apenas esbozado, es bastante para explicar la curiosidad, el interés y aun la pasión de artista que Salteráin Herrera ha puesto en la investigación de este breve período de nuestra historia que, con ser tan breve, — cuatro años apenas, — pesó, sin embargo, sobre nuestros abuelos y nuestros padres como interminable noche.

La dominación del coronel Latorre fué breve en el tiempo. Prescindiendo de la influencia personal que desde los sucesos de enero de 1875 tuvo en el gobierno de Don Pedro Varela, de quien fué Ministro de la Guerra durante "el



año terrible", y a quien depuso en marzo de 1876 para asumir la dictadura, ésta, la más dura y violenta que soportó el país, duró solamente tres años, al cabo de los cuales, restablecidos los poderes constitucionales, el 1.o de marzo de 1879 el dictador fué elegido Presidente de la República. El 13 de marzo de 1880, cuando sólo hacía un año que ejercía el gobierno constitucional, renunció súbita e irrevocablemente su cargo, se dirigió al extranjero, y ya no regresó al país sino lo fué furtivamente, en son de guerra y de reivindicación del abandonado poder, o para sepultar los restos de su esposa. Su destierro se prolongó sin esperanza hasta que la muerte llamó a la puerta del proscripto el 18 de enero de 1916. He aquí el espacio de tiempo que comprende la famosa "época de Latorre". ¡Cuatro años! Nueve veces cuatro años duró el destierro del dictador. La dictadura de Don Juan Manuel de Rosas duró veinte años, y su destierro poco excedió ese espacio de tiempo.

El mismo día de su renuncia el coronel Latorre dirigió un manifiesto a sus conciudadanos y a los habitantes todos de la República, en el cual se halla esta declaración que ha sido tantas veces repetida: "Al retirarme a la vida privada, llevo el desaliento hasta el punto de creer que nuestro país es ingobernable". ¿Qué quiso decir con estas palabras? Lo que quiso expresar es que él no se sentía capaz de gobernar el país ajustándose a las normas constitucionales. Lo había gobernado dentro del sistema dictatorial en que su voluntad era soberana, en que no había traba ni dique que se opusiera a su autoridad y a su capricho; pero el ensayo de un año de gobierno constitucional, en que vió su acción fiscalizada y muchas veces contenida por el juego natural de las instituciones, le convenció de que todo aquello era una red en que él mismo se había envuelto, que se hallaba preso en ella, y que su presencia en el gobierno era ya imposible, a no ser que fuera restaurado el régimen dictatorial por la vía revolucionaria. Así se cerró la carrera pública de este hombre cuando llegaba a la plenitud de la vida, pues sólo contaba en aquellos días treinta y cinco años.

¿Cómo no habían de conquistar esta figura y este carácter

al autor del libro que comentamos? Si hasta Carlos María Ramírez, su implacable enemigo, sintió el influjo de la sombra del dictador y quiso escribir su semblanza. Claro que la semblanza que se propuso escribir Ramírez habría sido muy distinta de la que ha trazado Salteráin Herrera. No en balde han transcurrido 73 años desde entonces, y se han sucedido las generaciones y se han apagado las pasiones. Aquél habría mojado su pluma en la tinta principista y habría demandado a Plutarco la forma anecdótica y a Tácito el juicio rígido e implacable. El, como el autor de los "Anales", había sufrido bajo el reinado del despotismo que era la negación de las doctrinas de los teorizadores de la libertad. Este estado de espíritu no era el más a propósito para escribir historia. Y que este estado de espíritu de los ciudadanos principistas era una verdad lo comprueba la contestación que uno de los jefes de esa escuela política, el Dr. D. Pedro Bustamante, dió a alguien que lo interpeló preguntándole qué había hecho el partido principista por la patria. "¿Qué hemos hecho?, replicó, yo os contestaré como Sieyés: ¡Hemos sufrido!"

El autor de este libro se halla libre de trabas políticas, doctrinarias o sentimentales para juzgar a su modelo y no necesita recurrir a Plutarco ni a Tácito para juzgar al Coronel Lantorre. Lo hace, desde luego, con su estilo personal que presta a todos sus libros singular valor literario. Hemos de repetir que Salteráin y Herrera es uno de nuestros más notables prosistas y que su acento castizo, la riqueza de su léxico y sus típicas formas de decir le acreditan como maestro de la lengua. A esto se agrega su vasta cultura literaria que le permite enriquecer sus páginas con oportunas digresiones, símiles y ejemplos. En cuanto a la materia del libro digamos que es una exégesis que tiende, sino a la vindicación del hombre, del gobernante y de su obra, sí a la rectificación de los juicios corrientes, rectificación que admite y procura explicar los tremendos cargos que se han hecho contra el primero y el concepto personal y despótico de gobierno que tuvo el segundo, y que presenta objetivamente cuanto el dictador y el Presidente realizaron en favor del progreso general del país en todos los planos de la actividad nacional.



No es justo desconocer lo bueno que pudo realizar el coronel Latorre con sus colaboradores ni rechazar esa parte de su obra de gobierno como factor de progreso nacional ni que se lapide, como se lapidó en su época, todo lo que proceda de la dictadura. Los historiadores actuales, sin odios ni rencores, deben examinar y juzgar serenamente ese atormentado período de nuestra historia del que ya nos separan setenta y tres años; estudiar la personalidad del principal protagonista y juzgarlo sin redimirlo de sus culpas ni negar lo que hubo en él digno de elogio; examinar también la obra de la dictadura y señalar con el mismo espíritu de justicia sus extravíos y sus aciertos. Pero lo que debe prevenirse es que se tiente siquiera la justificación del régimen y que se acuerde al gobierno del coronel Latorre trascendencia histórica más allá de su intrínseca realidad.

Decimos esto porque hallamos en la portada del libro, debajo del nombre de Latorre, que es el título de la obra, este subtítulo que importa una tesis: "La unidad nacional". Si ese subtítulo tiene un alcance mayor que el que encierran la extensa exposición y examen de hechos, los innúmerables documentos en que el autor apoya sus juicios y comentarios, las apreciaciones que se hacen en los distintos capítulos, las síntesis conceptuales que se hallan tanto en las primeras como en las últimas páginas del libro, el bello ropaje literario que en muchos pasajes de la obra alcanza sentido patético o dramático; si esta frase, significa que la obra del coronel Latorre creó o contribuyó a crear la unidad nacional de nuestro país debe ser contestada, y lo haremos brevísimamente.

La unidad nacional estaba en la esencia de nuestra colectividad desde los días del coloniaje, como lo demostró el Dr. Pablo Blanco Acevedo en su obra "Orígenes de la nacionalidad. El gobierno colonial". La logró ya el General Artigas cuando en 1815 y 1816 hizo de la Provincia Oriental la entidad política más poderosa del Río de la Plata; la confirmó la Constituyente de 1830 al dictar nuestra primera Carta política; la afirmó el propio país al defender celosamente su independencia desde aquellos días y al constituir

una entidad respetable en todos los planos de la vida política nacional e internacional, social, económica, moral y espiritual. Lo está también en la acción docente política, moral e intelectual que desarrollaron los teorizadores de la libertad, los románticos, los principistas de 1843, 1853 y 1873, algunos de los cuales cooperaron con su prédica y su acción a la destrucción de la tiranía rosista, y refugiados después del "año terrible", con los representantes de las nuevas generaciones, en las cátedras de los institutos privados, dictaron desde ellas, frente a situaciones de fuerza, cursos de moral política y social y prepararon la reacción de 1886 y 1887 que cerró un período histórico e inauguró otro cuyo espíritu acaso está expresado en esta frase del gobernante de la época, que procedía precisamente del círculo del coronel Latorre: "Me pesan las charreteras".

El Uruguay no necesitó, pues, Luis Oncenos, ni dictadores, ni despotismos para obtener la unidad nacional; ésta estaba en la propia índole del pueblo oriental. Latorre no tuvo ni la capacidad ni la cultura ni la visión para concebir y realizar obra de tal naturaleza que, por otra parte, estaba constituída, ni su sistema de gobierno ni sus procedimientos tienen otro significado que los de la escuela de la dictadura personal ejercida ora en sentido del bien y del progreso ora en el sentido del mal y del desorden político y social. En ambos casos se advirtió en la acción del gobernante la exaltación del temperamento y del instinto, a veces movidos por incomprensibles aspiraciones y aun por un rudo concepto del patriotismo. En el último caso, los hombres de gobierno que lo acompañaron, hombres eminentes muchos de ellos, lograron no pocas veces disciplinar y dirigir los arrebatos del gobernante y conducirlos hacia la realización de obras que, como el reajuste financiero, la reforma escolar, la codificación nacional y muchas otras iniciativas y realizaciones contribuyeron al bien público; mas, esa labor de gobierno no puede hacer olvidar ni el origen de la "época de Latorre" ni los vicios del régimen dictatorial ejercido por el hombre que el 10 de marzo de 1876 asumió por cuenta propia la suma del poder público.



## "JOSE SERRATO, TECNICO DEL ESTADO" POR ARIOSTO D. GONZALEZ

Es esta una notable semblanza realizada con la firmeza de trazo y la austeridad de estilo que este autor pone en todos sus estudios. La figura del ilustre biografiado aparece nítida en los diez capítulos del libro, en los que se exponen y analizan las diversas facetas del hombre de estado y la actuación del mismo al frente de los cargos de gobierno que fueron ejercidos en forma tan personal y eficaz que el biógrafo no ha vacilado en calificarlo de "técnico del Estado". Sirven de introducción al estudio de la acción gubernativa del prócer, dos capítulos en los que se define el carácter de esta acción en su aspecto técnico, y una relación y análisis de los trabajos escritos del eminente hombre público. Se refiere en seguida el autor a la iniciación política del Ingeniero Serrato, a la elección presidencial del señor Batlle y Ordóñez, a la labor ministerial de aquél en las carteras de Fomento primero y luego de Hacienda, a su actuación en el Senado, a su segundo Ministerio de Hacienda señalado también por iniciativas memorables en el sentido de la técnica del Estado, a su labor en la Presidencia del Banco Hipotecario, a la obra que realizó en la Presidencia de la República y al significado de esta etapa histórica y, por fin, a la múltiple actividad que en todos los órdenes desenvolvió luego el biografiado, ya como Presidente del Banco de la República, ya como iniciador o propulsor de iniciativas privadas, sin desamparar por eso las actividades políticas, en el verdadero y amplio sentido de la palabra y, especialmente, la defensa de los principios de libertad democrática de los que ha sido infatigable sostenedor en el libro, en el diario y en la tribuna. Esta hermosa semblanza debe ser difundida a fin de que sea mejor conocida y apreciada la personalidad del Ingeniero Serrato, la extensión y esencial importancia de su obra de hombre de Estado y los servicios que ha prestado a la República el eminente ciudadano que es hoy representante genuino de nuestra cultura social y política.

## "EL CABILDO DE MONTEVIDEO, EL ARQUITECTO, EL TERRENO, EL EDIFICIO" POR CARLOS PEREZ MONTERO.

El Arquitecto Carlos Pérez Montero ha acreditado ya su autoridad con su labor académica y docente, su preparación técnica, su vasta cultura general, su sentido crítico y su bibliografía. A su labor profesional ha agregado la labor desinteresada de la investigación histórica y de la crítica, situándolas en el terreno de la Arquitectura, y refiriéndolas especialmente a los monumentos y obras que nos legó el período colonial o los primeros años de la vida constitucional del país. Su estudio sobre la Iglesia Matriz, que fué publicado en nuestras páginas, y del que es complemento este libro, que se refiere al otro gran monumento colonial que procede de la misma época; sus ensayos sobre el Arquitecto Carlos Zucchi, autor del primer plan urbanístico de Montevideo, y autor de curiosos proyctos de mausoleo para guardar los restos de Napoleón Bonaparte; sus estudios sobre primitivos trazados de la ciudad, y los que se refieren al trazado de la ciudad nueva, de que es eje y centro la calle 18 de Julio; y ahora esta magnífica obra de investigación y crítica que comprende también la semblanza del Arquitecto Tomás Toribio, autor de los planos del edificio del Cabildo de Montevideo, constituyen un aporte histórico esencial, así en el terreno de la investigación, como en el de la apreciación técnica y de la crítica artística. Así lo reconoce con su autoridad el Arquitecto Horacio Acosta y Lara en el breve prefacio que precede a la primera parte del libro. También con la suya, el Arquitecto Eugenio P. Baroffio reconoce, en la advertencia de la segunda parte, el valor del análisis crítico y la evidente rectificación que el autor ha hecho del proceso de la fundación de Montevideo en su aspecto edilicio. Por fin, el Arquitecto Juan Giuria, cuyos estudios sobre esta materia, como los del Arquitecto Baroffio, son notorios, afirma, en la advertencia que encabeza la tercera parte del libro, que éste "representa un nuevo y considerable aporte al conocimiento de nuestra arquitectura anterior a la independencia". Frente a las opiniones y juicios de estos tres maestros, que son autoridades indiscutidas, poco podemos agregar nosotros, como no sea reconocer la pulcritud de la investigación realizada por el Arquitecto Pérez Montero, que ha agotado todas las fuentes y ha logrado una documentación novedosísima, y establecer que el análisis que hace el autor de ese repertorio documental, las consecuencias que de él deduce y el plan y ordenación a que sujeta su exposición y conclusiones se ajustan rigurosamente al más exigente método histórico. La biografía y semblanza del Arquitecto Toribio ponen en valor la figura de este eminente técnico salido de la Real Academia de San Fernando que, con los Ingenieros Bernardo Lecoq y José del Pozo y Marquy, crearon una verdadera escuela de arquitectura en Montevideo, perfectamente diferenciada de las que predominaron en las otras ciudades de América, escuela que produjo sabrosas obras, de que son ejemplo la puerta de la Ciudadela, la Iglesia Matriz, el Cabildo y el ala del Fuerte de Gobierno, partido éste que debió cubrir todo el perímetro de la actual plaza Zabala. En otro orden constructivo, o sea el militar, podrían agregarse todavía las obras de fortificación llamadas el Cubo del Sur, la fortaleza del Cerro y las Bóvedas que quedaron también inconclusas, y que han sido motivo de la admiración de eminentes técnicos europeos.



El Arquitecto Toribio, merced a este libro, tiene ya su historia completa, en su vida privada, y en su vida profesional. Su formación técnica, su venida a Montevideo, la razón especial de este viaje, la obra realizada aquí y en Buenos Aires, el examen de su propia casa que aun está en pie, todo ha sido minuciosamente documentado, examinado y expuesto por el Arquitecto Pérez Montero. Con el hombre y el técnico aparece su obra de mayor trascendencia para la ciudad: el Cabildo. Estudia en primer término el autor, ateniéndose estrictamente a los elementos documentales, la ubicación del solar en que debió levantarse la casa capitular de Montevideo desde que Pedro de Millán la señaló en el repartimiento de 1726. Ubica primero la casa del piloto Pedro Gronardo, que sirvió

de sede provisoria al Cabildo; interpreta luego gráficamente el repartimiento de Millán y el plano del Ingeniero Petrarca de 1730 y, haciendo rectificaciones que son decisivas, expone las modificaciones de ubicación posteriores, hasta que se adoptó la esquina en que hoy se levanta el edificio del Cabildo proyectado y ejecutado por Toribio.

La última parte está consagrada al estudio analítico y crítico de la obra del ilustre arquitecto español. Precede el autor este estudio de interesantísimos capítulos en que da novedosas y completas noticias sobre los edificios del Cabildo anteriores al proyectado por Toribio, y enriquece esas curiosas informaciones con reconstrucciones gráficas, originales del autor, llenas de interés y carácter. Examina luego los planos de Toribio, en su aspecto artístico y constructivo, y establece, con magistral precisión, la filiación de esta obra, que es ejemplar característico de un momento típico de la evolución de la arquitectura española. El autor sigue luego, paso a paso, en diversos capítulos, la construcción de la obra y los accidentes y tropiezos del largo proceso, que llega casi hasta nuestros días, en que se ha planteado el problema de la resturación del monumento. Las obras de reforma del Cabildo le sugieren muy interesantes páginas en que establece el significado moral y el valor arquitectónico del monumento.

El profundo estudio que ha hecho de él y de sus antecedentes, le ha permitido establecer las normas a que se debe sujetar la restauración, así en la planta como en la fachada. En cuanto a ésta, el Arquitecto Pérez Montero ha trazado una perspectiva en que aparece el actual tímpano convertido en frontón curvo, coronado por una espadaña, flanqueada por dos típicos pináculos barrocos. "Se trata sólo de una idea, de un esquicio, sin nada real que nos haya servido de base, salvo una lógica aplicación de criterio arquitectónico", dice el autor; pero, no obstante esta reserva, la solución, además de lógica, es armoniosa y bella, y, sobre todo, adecuada.

Concluyamos diciendo que en las páginas de este notable libro no hay desperdicio. Así el texto, escrito en limpia y clara prosa, como el concepto a que ya nos hemos referido,



como las numerosas e interesantes láminas y planos que ilustran la obra, hacen de ella un libro de excepcional valor. Razón ha tenido, pues, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay al editarlo. Con ello presta un nuevo servicio a la cultura del país y a la historia de la ciudad, de la que es monumento representativo el secular Cabildo.

## "CIVILIZACION DEL URUGUAY. ASPECTOS ARQUEOLOGICOS. 1600 - 1900. — BIBLIOGRAFIA DE VIAJEROS. CONTRIBUCION GRAFICA" POR HORACIO ARREDONDO.

El Sr. Horacio Arredondo, avezado historiador, miembro de número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Director Honorario del Museo Histórico Municipal y Presidente de la Comisión Nacional de Monumentos Históricos ha vertido en estos dos densos volúmenes de 338 y 400 páginas, respectivamente, su vasto saber histórico, su experiencia y el conocimiento singular que posee de la iconografía relacionada con el pasado del país. Con razón dice el prologuista del libro, que es el eminente historiador D. Ariosto D. González, Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, que esta obra "es el fruto en plena madurez de una extensa, fecunda y lúcida experiencia, lograda por la aplicación desinteresada y fervorosa de una vida al estudio y al análisis de lo que podríamos llamar —sin dar vanidoso énfasis a los vocablos— la *civilización uruguaya*". Acertada puntualización es ésta entre las muchas otras que hace el Sr. González en su notable prólogo, que constituye un constante acierto de ensayo crítico, como lo es esta otra: "... su libro más que un libro es una vida intelectual entera con sus aspiraciones, sus afanes, sus luchas, sus lecturas, sus gustos, sus curiosidades". Y luego de referirse a la presencia subjetiva del autor en las páginas de su obra, agrega: "Al mérito de describir los monumentos; de detallar y caracterizar la riqueza mueble e inmueble; de reconstruir por adecuadas

evocaciones, el estilo, el gusto, las costumbres de la vida nacional en su pasado próximo y remoto; en una palabra, al valor técnico y artístico, su libro une el calor vital comunicado por los largos recuerdos del autor''. Y para acusar el valor subjetivo de esta modalidad de la obra histórica del Sr. Arredondo, agrega esta bella figura: ''Así como la estatua de Tebas, generalmente silenciosa, producía armoniosos sonidos al ser calentada por el sol de la mañana, este vasto material, estos hechos externos, —que podrían ser árida recopilación fría y estéril,— adquieren vida, movimiento, simpatía irradiante, al ser impregnados por notas autobiográficas, no siempre exentas de un dejo de tristeza que les comunica viva emoción por lo que no ha podido realizar o ha desaparecido en medio de la indiferencia pública''.

Ante este juicio y el análisis que hace el prologuista sobre el libro del Sr. Arredondo parecería inútil agregar nuevos comentarios; pero fuerza es hacerlo no sólo porque a ello nos obliga el carácter de esta sección crítica de la revista si que también porque la cuidadosa lectura que hemos hecho de la obra nos ha dejado el espíritu lleno de resonancias. Digamos antes que nada que la edición de este libro corresponde a la serie que viene realizando el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay con motivo del centenario de la muerte de Artigas. Es, pues, una publicación conmemorativa. El docto Instituto no ha podido estar más acertado al darle ese carácter e incorporarla ''al patrimonio cultural de la nación''.

El primer volumen comprende siete capítulos. En el primero se traza el panorama de lo que habría que llamar civilización indígena pre-hispánica, si es que el estado social rudimentario de las parcialidades autóctonas del Uruguay poseyeron realmente una civilización. De todos modos aparecen trazados en el cuadro, con viva plasticidad, el ambiente físico y social, sus características, sus tribus nómadas, sus campamentos, aduares y paraderos, sus elementales instituciones, sus medios de expresión, sus costumbres, sus industrias, etc. Este capítulo está complementado por el segundo en el cual el autor, frente a material histórico más abundante y significativo expone las peculiaridades del país en la época de la conquista y del coloniaje. esto es, cuando la civilización cristiana sujetó a su vasallaje espiritual al indio y transformó el paisaje social dando estabilidad a la agrupación humana, fijándola al suelo, dotándola de los elementos objetivos que caracterizaban la cultura hispánica de la época y de los subjetivos que se referían a la misma cultura, así como de las instituciones políticas y sociales que caracterizaron la sociedad colonial. Aparece así sobre las hasta entonces regiones yermas, la arquitectura, para dar forma a la habitación humana, a la ciudad, a las agrupaciones estables, y con ello aparecen las instituciones exigidas por la organización social y el ejercicio de la autoridad, el comercio, las industrias manuales y agropecuarias que explotan las riquezas de la tierra y, por fin, las colectividades de carácter europeo con sus instituciones políticas y sociales, sus elementos de cultura, su economía rudimentaria caracterizada por el contrabando, factores todos que contribuyeron a la formación del tipo criollo y a la cristalización del sentimiento localista, base de la ''orientalidad''. Fué esto el origen de lo que nosotros llamamos la ''ciudad oriental'', hija de la ''ciudad colonial'', pero caracterizada por rasgos típicos inconfundibles que adquirieron pleno desarrollo en la época de la epopeya artiguista, y que felizmente se mantienen, no obstante la acción de las grandes masas inmigratorias que, a partir de la primera mitad del siglo pasado empezaron a tomar asiento en el Uruguay. El tercer capítulo completa el estudio sociológico de los orígenes de la nacionalidad. En esta parte del libro el autor, además de la cepa española caracteriza el aporte de la civilización luso-brasileña y los elementos de cultura que ambas aportaron al país con sus instituciones, usos y costumbres, y aquello que dice relación con la arquitectura, el moblaje, la vida social, el comercio y la industria, todo lo cual determinó la formación del ambiente en que advino la independencia política del país, y la titánica obra de la organización nacional. Estos capítulos que hemos llamado con razón estudio sociológico, y que con mayor precisión pueden llamarse estudio histórico-

sociológico, sirven de pórtico a los capítulos esenciales de la obra, en el aspecto arqueológico e histórico, que, como lo señala el prologuista, es" la parte orgánica del libro".

Esta parte la constituyen los cuatro capítulos siguientes, verdaderos ensayos de arqueología nacional consagrados al estudio de las obras de arquitectura militar, religiosa, civil y rural legadas por la época colonial, muchas de las cuales se han arruinado o han desaparecido totalmente. El autor está aquí en su elemento, puesto que es maestro en la materia. Notoria es su obra de historiador y arqueólogo, y en ésta, la participación principal que le cupo en la grandiosa obra de restauración de las fortalezas de Santa Teresa y de San Miguel, y en la rehabilitación y recuperación de los grandes parques indígenas que circundan esos monumentos militares, amén de sus iniciativas e intervención en proyectos y obras semejantes. Cuando se trate de estudiar los tópicos enunciados fuerza será acudir a esta obra en que se agota la investigación, el juicio y el comentario. La tiranía del espacio nos impide hacer relación de estos capítulos que constituyen un verdadero itinerario histórico y topográfico de la arqueología nacional, en el que no queda paraje, monumento, ruina, reliquia, objeto, detalle, huella o tradición que no hayan sido estudiados y puestos en valor. El autor completa esto que hemos llamado itinerario, salvando los límites de la época colonial para llegar casi hasta nuestros días, a fin de incorporar al acervo de nuestras reliquias históricas monumentos y obras que tienen especial significado histórico, social, artístico o meramente pintoresco y que forman elementos de apreciación del desarrollo de nuestra cultura.

El segundo volumen comprende una advertencia en que se expresa que la bibliografía que ha reunido sobre viajeros que han visitado el Uruguay y han escrito sobre el país tiene por objeto facilitar elementos de estudio a los lectores que deseen profundizar los temas por él tratados. 186 títulos ha reunido el Sr. Arredondo en su bibliografía destinada a prestar grandes servicios a los investigadores. Creemos que el autor ha agotado los títulos y que muy pocas serán las adiciones que puedan hacerse a su ingente trabajo que, en el futuro, será objeto de constantes consultas. Completa el segundo tomo la colección de láminas relacionadas con las materias estudiadas en la obra, magnífica galería iconográfica en que el estudioso o el simple curioso hallarán la reproducción de retratos, documentos, mapas, impresos, láminas, estampas, dibujos, grabados, fotografías relacionadas con la historia del país, y luego, en secciones especiales, los elementos gráficos relacionados con la arquitectura militar, religiosa, civil pública y privada, y en general, todo ello precedido de un extenso proemio en que se hace la explicación y el comentario crítico de los elementos que integran la rica colección reunida por Arredondo. Esta introducción o proemio, en que el autor demuestra una vez más su erudición, es indispensable para la cabal comprensión de las láminas en su significado histórico.



Cierra la interesante obra la relación de la bibliografía general utilizada por el autor, copioso repertorio de obras y autores, y el índice de láminas. Como se advierte por esta simple exposición objetiva, el libro del Sr. Arredondo tiene excepcional interés y trascendencia. Con su publicación el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay presta un singular servicio a la cultura pública y a los estudiosos y honra a un autor que, en su perseverante y fecunda labor, hace mucho tiempo viene enriqueciendo la historia nacional con notables investigaciones y estudios. Concluyamos diciendo que la obra está escrita en sencilla y limpia prosa y realizada con excelente método, todo lo cual contribuye a hacer más agradable y amena la lectura y a facilitar la consulta.

## ARTIGAS — HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE. — PUBLICACION DEL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY

En un denso volumen de 468 páginas el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay ha dado a luz las conferencias dictadas desde su cátedra en el correr del año 1950 en homenaje al Héroe Nacional General José Artigas en el

centenario de su muerte. El Prólogo de este volumen debió ser escrito por el Miembro de Honor Dr. D. Gustavo Gallinal, pero el sentido fallecimiento de este ilustre ciudadano, producido en el mes de diciembre de 1951, malogró este propósito de la Comisión Directiva del cuerpo académico, la cual confió esa misión al Miembro de Número D. Simón Lucuix. Las bellas páginas de este eminente investigador e historiador están consagradas a definir el significado del homenaje al Jefe de los Orientales, de lo que éste representa en el orden de la vindicación definitiva del mismo después del largo proceso de revisión de su vida y de su obra, y a la parte principalísima que en esa obra de vindicación corresponde al Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, así en lo que se refiere a la actitud de los próceres que intervinieron en la primera época de funcionamiento de la corporación, como a los que han formado o forman el cuerpo académico desde la refundación de 1915 hasta los días actuales.

Recuerda el prologuista, de este núcleo de ciudadanos, a los ya desaparecidos "que dedicaron libros ya clásicos en nuestra literatura, o que, sin escribir obras de aliento mayor, y específicamente sobre el tema, han dado páginas que se recogen por su significación y por la gravitación de los autores en la vida cultural de la nación", y cita los nombres de Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo, José Enrique Rodó, Setembrino E. Pereda, Francisco J. Ros, Pablo Blanco Acevedo, Joaquín de Salteráin, Mario Falcao Espalter, Lorenzo Barbagelata, José Salgado, Enrique Patiño, Daniel García Acevedo. Se refiere, en seguida, a la intervención del Instituto en el centenario de la muerte de Artigas, a las sesiones memorables consagradas a honrar al prócer, realizadas en presencia de las más altas autoridades del país, y a los discursos y conferencias que pronunciaron así miembros de la corporación como representantes de los altos poderes del Estado y huéspedes eminentes de la institución, uruguayos y extranjeros.

El prologuista pone de relieve y comenta el alcance internacional de varios de estos actos que constituyeron verdaderas demostraciones de espíritu de fraternidad ame



ricanista, que corresponde al sentido continental de la acción de Artigas. Hace luego mención de las conferencias dictadas, destacando el alcance que tienen las de historiadores y hombres de letras argentinos y paraguayos, a los que debe agregarse el Ministro del Ecuador Licenciado Benítes Vinueza. El prologuista concluye recordando la participación principal que en la elaboración de la ley de homenajes a Artigas en el centenario de su muerte cupo a los Senadores Dr. Gustavo Gallinal y D. Eduardo Víctor Haedo y tributando homenaje a la memoria del primero de esos ciudadanos fallecido al finalizar el año 1951.

He aquí las piezas que contiene este volumen: Ceremonia inicial de los homenajes presidida por el Presidente de la República D. Luis Batlle Berres: Discursos del Presidente del Instituto D. Ariosto D. González y del Miembro de Honor D. Raúl Montero Bustamante. Conferencias: Artigas en el Paraguay por el miembro correspondiente Dr. Carlos Pastore; Los retratos literarios de Artigas frente a su iconografía por el Miembro de Número Profesor D. José Pereira Rodríguez; Un camino de libertad en América por el Ingeniero José L. Buzzetti; La casa del Congreso de Tres Cruces por el Miembro de Número Dr. Luis Bonavita; Artigas a la luz del arte de la guerra por el Miembro de Número General de División D. Pedro Sicco; Significación histórica de Artigas: caudillo de la independencia y de la libertad por el Presidente de la Academia de la Historia de la Argentina Dr. D. Ricardo Levene. Sesión solemne del 21 de setiembre: Discurso del Presidente del Instituto D. Ariosto D. González; discurso del Presidente de la República D. Luis Batlle Berres; discurso del Presidente de la Suprema Corte de Justicia Dr. D. Francisco Gamarra; discurso del Miembro de Número Dr. D. Juan Andrés Ramírez. Conferencias: Artigas en la literatura por el Miembro de Número Eduardo de Salteráin y Herrera; La revolución rioplatense y el éxodo del pueblo oriental por Carlos A. Duomarco. Homenaje paraguayo a Artigas: Discursos del Dr. Fernando Abente Haedo y del Miembro de Número D. Simón Lucuix. Conferencias: Artigas en el alma paraguaya por el Miembro Correspondiente Dr. Julio César Chaves; Las asambleas populares re-

presentativas en el período artiguista por José María Traibel; Algunas comprobaciones sobre las relaciones de Artigas con el Congreso de Tucumán y el Directorio por Edmundo M. Narancio; Aspecto económico de la Provincia Oriental por Agustín Berazza; Artigas como símbolo por el Dr. Agustín Urtubey; Clausura oficial del ciclo oficial de conferencias por el Vicepresidente del Instituto Arquitecto Carlos Pérez Montero; Artigas, Francia y el Paraguay por el Dr. Juan Stefanich; La personalidad de Artigas por el Miembro Correspondiente Dr. Benjamín Villegas Basavilbaso; El refugio de Artigas en el Paraguay por el Miembro Correspondiente Dr. Antonio Ramos.

Esta copiosa literatura sobre Artigas, que constituye un rico reperterio de estudio y consulta, está, además, ilustrada con excelentes grabados, y precedida por los índices de personal y publicaciones del Instituto, y complementada con el texto de la ley de homenajes a Artigas.

# Notas biocríticas

## JOSE ARTIGAS

El general *José Artigas* fué el primer historiador en el tiempo, de la Revolución Oriental. En admirable nota que dirigió, desde el cuartel general del Daymán el 7 de diciembre de 1811, al Presidente y Vocales de la Junta Gubernativa de la Provincia del Paraguay, relata, con inspirado y animado lenguaje, la insurrección del pueblo oriental desde los albores de la revolución hasta el momento en que, abandonado aquel pueblo a su destino, como consecuencia del armisticio y tratado celebrados entre el gobierno de Buenos Aires y las autoridades españolas con prescindencia del Jefe de los Orientales, éste, al frente de su pueblo, emprendió el éxodo hacia el Ayuí, amenazado por el doble enemigo: el español, y el portugués que hollaba alevemente la soberanía conquistada por el esfuerzo del pueblo armado. Al interés del relato agrega esta nota el color y animación de su forma literaria, verdaderamente homérica cuando describe el levantamiento popular de la campaña, las depredaciones de la guerra y el éxodo del pueblo oriental. Ella demuestra, además, cuál era la visión de Artigas frente a los enemigos que acechaban a su Provincia, y a los peligros que amenazaban la independencia de las demás provincias del Río de la Plata y de la América toda. Contra ellos proclamaba la virtualidad de "el sistema general de los americanos", y la alianza de los pueblos para destruir "el cetro de hierro" y enarbolar "el estandarte de la libertad". Esta nota, que es fundamental para penetrar el carácter, las ideas y la cultura de Artigas, es una de los más bellos capítulos de la historia de América. El texto que reproducimos es la refundición del que figura en la obra de Justo Maeso, "El General Artigas y su época", edición de 1885, y el que aparece en el tomo I de la "Contribución documental para la historia del Río de la Plata", publicado por el Archivo Mitre, de Buenos Aires, el año 1913, los que ofrecen pequeñas diferencias originadas por omisiones del copista o equivocada interpretación de algunas palabras del manuscrito.

## JOSE BENITO LAMAS

El 18 de este mes de julio hizo ciento ocho años que fué jurada la primera Constitución de la República. Este aniversario da especial oportunidad la publicación de la alocución que pronunció el Presbítero Don José Benito Lamas en la ceremonia religiosa que se realizó el 18 de julio de 1830, día de la jura, en la Iglesia Matriz de Montevideo, con asistencia de las autoridades del Estado. Los originales de esta alocución (sermón la llama el autor) se conservaban en el archivo de Monseñor don Ricardo Isasa, Obispo titular de Anemurio, gobernador eclesiástico que fué de la Diócesis de Montevideo fallecido con el título de Arzobispo titular de Staurópolis. Dichos originales y los de diversos sermones inéditos del ilustre sacerdote, proceden del archivo de Monseñor Estrázulas y Lamas, discípulo y heredero de aquél. El doctor don Vicente Ponce de León salvó y conserva la mayor parte de ese archivo en el que se custodian, además, muchos papeles del doctor don Bartolomé Muñoz, el ilustre maestro de don Dámaso Antonio Larrañaga. El autor de la alocución nació en Montevideo el 14 de enero de 1787. En 1803, luego de estudiar primeras letras, aritmética y principios de náutica y gramática latina, tomó el hábito de San Francisco, en clase de corista, en el Convento de San Bernardino de Montevideo. En 1804 profesó en la Orden Seráfica, en el mismo convento; cursó los estudios teológicos, fué designado en 1811 Lector de Artes y desempeñaba esta función cuando, en mayo de ese año, fué expulsado con otros religiosos de su orden, de la ciudad, por el Gobernador español, General Vigodet. Se refugió en el campo sitiador de Artigas, pasó luego a Buenos Aires y ese mismo año fué ordenado sacerdote. Cantó su primera misa en la Recoleta el primer día de 1812. Enseñó Artes y fué Lector de Nona, Maestro de Novicios y Catedrático de Teología en los Conventos de Buenos Aires y Córdoba. En 1814 volvió al Convento de Montevideo con el título de Lector de Artes. Fué capellán de las fuerzas de Otorgués, delegado de Montevideo para representarlo ante el general Artigas, Director de la Escuela de la Patria en su ciudad natal y en Purificación. Se vió envuelto en las agitaciones de setiembre de 1816; sufrió por ello prisiones y destierros y en 1817 se incorporó como capellán a la división de don Fructuoso Rivera que operaba contra el general Lecor, dueño ya de Montevideo. Se halló en la acción de Paso del Cuello y luego pasó a Buenos Aires y en seguida al Convento de Mendoza, donde fué nombrado Preceptor, y, en 1821, Presidente y prelado del convento de San Francisco Solano. En 1822 fué elegido Vocal de la H. Junta de Representantes de Mendoza y ese mismo año fué designado Preceptor de Gramática y, en seguida, Rector del Colegio de dicha ciudad, a la vez que recibía la dignidad de Delegado del Visitador de la Orden Franciscana para la reforma de su clero. Durante su permanencia en Mendoza le tocó auxiliar en sus últimos momentos a los hermanos don Juan José, don Luis y don José Miguel Carrera en las dos tragedias de 1818 y 1821. En 1824 obtuvo de Su Santidad el Breve de secularización. Mientras se diligenciaba éste pasó a San Luis con la dignidad de Lector de Teología; tuvo allí a su cargo hasta 1826 la escuela, año en que se dirigió a Salta, en cuya universidad le fué confiada la cátedra de Latinidad por el Rector doctor Castro Barros, cátedra que sirvió hasta fines de 1829 en que pasó a Buenos Aires y luego a Montevideo, a donde llegó en enero de 1830. En agosto de ese año fué designado por el Gobierno Preceptor de Latinidad y en 1833 catedrático de Filosofía e Inspector del aula de Latinidad. Le tocó así inaugurar y dirigir ese mismo año y los siguientes los primeros cursos universitarios organizados en el país. En 1836 fué designado Catedrático de Filosofía, Dogmática y Moral. En esta cátedra, que mantuvo durante varios años, se formaron algunos de los primeros sacerdotes nacionales. En 1838 fué designado por Monseñor Larrañaga Cura Rector de la Iglesia Matriz de Montevideo, cargo en el que realizó un largo apostolado. En 1843 fué elegido miembro del Instituto de Instrucción Pública. En 1846 fué designado miembro de la Asamblea de Notables creada por el gobierno de la Defensa. Hecha la paz fué elegido Senador de la República y, en 1854, fué elevado por Su Santidad a la jerarquía de Jefe de la Iglesia nacional con el título de Vicario Apostólico del Estado. Falleció en Montevideo, el 9 de mayo de 1857, víctima de la epidemia

de fiebre amarilla cuando, en cumplimiento de su ministerio, asistía con heroico celo apostólico a los atacados del terrible mal. La muerte del eminente Prelado detuvo la preconización que Su Santidad iba a hacer en su persona para la dignidad episcopal acordándole el título de Obispo *im partibus infidelium*.

Hombre de vastísimo saber, escritor castizo y elegante, orador cuya fama quedó sentada en Buenos Aires, Mendoza, San Luis y Salta y se engrandeció en Montevideo, sabio maestro, varón de excelsas virtudes, es además arquetipo de la cultura de su época, y acaso no hay en el clero platense de la Revolución sacerdote que con más precisión y elocuencia haya expuesto la doctrina integral ortodoxa sobre todos aquellos problemas de orden político y social que planteó en América la insurrección contra España y la guerra de la Independencia y que se refieren al origen de la autoridad, al derecho de insurrección, a la forma de gobierno, a la soberanía del pueblo, a la constitución y organización del Estado, etc. Apoyado en la filosofía tomista y en las precisiones de Suárez y Vitoria y nutrido de vastísima erudición humanística y científica, la cátedra sagrada y la cátedra docente que erigió y mantuvo en Montevideo constituyó una escuela de la que procede una forma de cultura original que, como alguna vez hemos dicho, puede oponerse, por su significado y orientación filosófica, a la que procede del eclecticismo que, en la misma época, se enseñaba en la Universidad de Buenos Aires.

## GENERAL ANTONIO DIAZ

Algún día será necesario poner en valor las páginas que las letras nacionales y la Historia deben al Brigadier General D. *Antonio Díaz*. Hemos publicado ya algunas de esas páginas, tomadas de las "Memorias" del autor y, en esa ocasión dijimos de ellas: "Su prosa clara y concisa, no exenta de elegancia de estilo, adquiere en éste, como en otros pasajes, singular elevación, y da a las escenas y a los diálogos, no obstante la sobriedad del relato, cálido color y, a veces, patético acento". Estos conceptos son aplicables a las nuevas páginas que ahora reproducimos, que proceden también



de las "Memorias" del General Díaz y fueron publicadas por Eduardo Acevedo Díaz en la edición del diario "El Nacional" del 18 de julio de 1895. Acevedo Díaz estaba entonces en posesión de los manuscritos del General, de los cuales dió a luz, además de estas páginas, las que corresponden al dramático episodio de los siete jefes enviados al General Artigas por el gobierno de Buenos Aires, que el Jefe de los Orientales devolvió diciendo: "El General Artigas no es verdugo de Buenos Aires". Entre esos jefes figuraba D. Antonio Díaz. Esas páginas, que luego Acevedo Díaz reprodujo en toda su integridad en su libro "Epocas militares de las Repúblicas del Plata", nosotros las reprodujimos en el tomo XXII, pág. 283 y siguientes de la revista. Al dar a luz Acevedo Díaz las páginas que ahora publicamos, les agregó un acápite en que dice: "El fragmento histórico que insertamos a continuación es una nota puesta de puño y letra por el Brigadier General Don Antonio Díaz en sus Memorias Militares y Políticas inéditas (tomo IV, capítulo 2.o, páginas 384 y siguientes) y que ilustra por primera vez el episodio interesante de la prisión del intrépido Bernabé Rivera por orden del General Alvear, en una isleta del río Negro, y cuando dicho jefe se dirigía al territorio del Imperio a librar batallas por la independencia". Y agregaba en seguida: "Un noble objeto nos guía al publicar esta nota: el de un justo desagravio histórico que ha tardado mucho, pero que al fin llega; y el de poner de relieve el carácter y los procederes habituales del osado capitán que aceptó siempre todos los medios que fueran escudándose tras el interés absoluto y final de la patria". El penoso episodio que el General Díaz relata en estas páginas con el grave y severo acento que corresponde, al que se mezclan la dignidad del soldado y la ofendida dignidad del caballero, no es único en la actividad militar que el General Alvear desarrolló en la Banda Oriental. Por otra parte el General Alvear aplicó la misma filosofía y la misma táctica varias veces en sus campañas militares en la Banda Oriental. Justo es, pues, el severo juicio que el General Díaz y el autor de "Ismael" vierten en estas páginas con motivo de la captura de Bernabé Rivera, suceso escasamente conocido y que es preciso relacionar con la po-

sición del General D. Fructuoso Rivera que, en aquellos días, era acusado por el gobierno de Buenos Aires de crimen de alta traición e infidelidad y se dictaba contra él auto de prisión. El General Alvear, cuatro días después de haber apresado en la forma narrada al Comandante Bernabé Rivera, expidió una circular en la que anunciaba la fuga del General Rivera de Buenos Aires y ordenaba fuera perseguido y aprehendido haciendo pasibles a quienes no lo hicieran de la pena reservada a los traidores. El General Rivera contestaba entretanto a su émulo con estas heroicas y proféticas palabras en que ya anunciaba la conquista de las Misiones: "He resuelto y con firmeza, llevar mi débil brazo, y con él una espada que ciño y que consagré a la patria, contra los tiranos portugueses. Me voy a la Banda Oriental, solo, acompañado de cuatro o de ciento, mi objeto será hacerles la guerra que pueda; o pereceré con gloria en sus manos o les haré sentir todos los furores que mi deseo como hombre libre y la venganza me inspiren contra la iniquidad. Yo no dependeré del gobierno que me persigue como criminal de alta traición, pero no le daré el gusto de que me vea entre los tiranos sólo hecho víctima, para así desmentirle de las imposturas con que me acrimina".

## GENERAL LORENZO BATLLE

La biografía de Melchor Pacheco y Obes escrita por el General D. *Lorenzo Batlle* será siempre la biografía clásica del héroe y sólo se echará de menos al leerla que ella no comprenda la totalidad de la vida del ilustre Ministro de la Defensa. Tienen estos apuntes el valor literario de la forma y tienen además el valor histórico que les da la verdad con que fueron escritos por quien supo sustraerse a la influencia del afecto para legar a la posteridad un documento de inapreciable interés. Escritos en espartano estilo, lucen la belleza de la simplicidad y el encanto de la confidencia. Trazó en ellos el autor la imagen física y moral del que fué su amigo predilecto y su compañero y abundó en la utilización de los rasgos que definen el carácter y permiten penetrar la intimidad del hombre. Cuantos han escrito y escriben sobre Pacheco y Obes han tenido y tendrán que recurrir a estas páginas que, junto con la "Memoria autobiográfica" y el "Episodio histórico" en que se describe en forma animada y dramática una de las hazañas militares del General Garibaldi realizada durante la Guerra Grande, y otros escritos de carácter militar y político bastan para incorporar el nombre del autor a la nómina de los representantes de la cultura literaria del país en sus primeros cincuenta años de vida independiente.



Nació el General Don Lorenzo Batlle en Montevideo en el año 1810. Educado en Europa, alumno del Colegio de Nobles y Militares de Madrid, fué discípulo de D. Alberto Lista y de Gómez Hermosilla y convivió en las aulas con los que habían de constituir una generación que ilustró la historia de España con sus luces. La cultura adquirida en los colegios europeos y acrecentada con la lectura y el comercio con los hombres distinguidos de su tiempo le habría permitido consagrarse con éxito al cultivo de las letras, y especialmente al cultivo de la historia que ejercía sobre él gran atracción; pero la vida atormentada del país le obligó a trocar la pluma por la espada y la mesa del escritor por el gabinete del hombre de gobierno. Oficial de guardias nacionales, jefe de batallón al iniciarse la Guerra Grande, miembro de la Asamblea de Notables y Ministro del gabinete de D. Joaquín Suárez, nuevamente Ministro en la época del Triunvirato y en el primer año del gobierno de D. Gabriel Antonio Pereira y durante todo el gobierno de D. Venancio Flores, al restablecerse el régimen constitucional en 1868 fué elegido Presidente de la República. Tuvo que afrontar durante su gobierno una tremenda crisis económica y una de las más largas y sangrientas guerras civiles producidas en el país, la cual se mantenía aun en pie cuando, terminado su mandato, resignó el mando en manos del Presidente del Senado D. Tomás Gomensoro. Alejado de la acción gubernamental, tentó nuevamente empresas industriales que había ensayado anteriormente y vió luego culminada su carrera militar con el grado de Brigadier General, con el cual fué dado de baja al emigrar en 1886 a Buenos Aires para tomar parte en la revolución del Quebracho. Producido el movimiento cívico llamado la Conciliación, regresó al país,

para fallecer poco después, el 8 de mayo de 1887. El Estado tributó grandes honores militares a sus restos mortales. En las exequias fueron exaltadas sus virtudes cívicas, su patriotismo, su honradez sin mácula, su espíritu sereno y magnánimo, y para hallarle parangón se pronunció el nombre de D. Joaquín Suárez. Los apuntes biográficos de Pacheco y Obes que reproducimos permanecieron inéditos hasta el año 1907 en que vieron la luz en la "Revista Histórica de la Universidad", a cuya dirección entregó José Enrique Rodó, para que fuera publicado, el manuscrito que le había hecho conocer años antes Arturo Santa Anna y que luego le fué cedido por el Sr. D. José Batlle y Ordóñez, a cuyo archivo pertenecía.

### BERNARDO P. BERRO

La "epístola a Doricio" de Don *Bernardo P. Berro,* difundida en las antologías poéticas que se han publicado desde que Don Alejandro Magariños Cervantes la incorporó al "Album de Poesías Uruguayas", es bastante para consagrar al ilustre Presidente de 1860 como uno de los poetas más caracterizados del Parnaso nacional. El acento clásico de los tercetos que recuerda la famosa "Epístola moral"

> Fabio, las esperanzas cortesanas,
> prisiones son do el ambicioso muere,

el perfume humanístico que exhala toda la composición, la elegancia e ingenio con que ella está dispuesta, el sabor filosófico de los prudentes consejos que contiene, las pintorescas descripciones de la naturaleza y de la vida campestre que en ella se admiran, el tono bucólico que en todo el poema reina hacen de esta obra poética, cualesquiera sean las reservas críticas que puedan hacerse, una pieza de subido mérito, digna de ser incorporada a la antología de la poesía clásica española. Pero esta composición, como las otras que componen esta colección que damos a luz merced a la bondad del doctor don Luis Alberto de Herrera, que es quien nos ha facilitado generosamente copia de los originales, tienen singular valor histórico y anecdótico. Ellas contribuyen, en primer término, al mejor conocimiento del autor, quien,



si en la famosa epístola revela la grave actitud del filósofo ante el espectáculo de la vida y de la naturaleza, en otras de las composiciones que insertamos proclama sus rígidos principios morales o da muestras de singular ingenio y de regocijado humorismo. No ha de silenciarse tampoco el interés de las curiosas piezas de género didáctico fechadas en la chacra del Manga el año 1866, cuando el ilustre hombre público se había acogido al silencioso retiro donde, como Cincinato, labraba la tierra y consagraba sus ocios al cultivo de las letras y de los recuerdos. Las composiciones fechadas en Casupá, en el segundo tercio del siglo pasado, evocan una época y un aspecto muy interesantes de nuestra cultura y de nuestra sociabilidad. La ciudad de Minas fué en aquella época centro de una curiosa actividad intelectual creada y estimulada por Don Bernardo, quien inició en la forma rítmica a varios amigos residentes en aquella ciudad y en Montevideo, con quienes mantuvo una curiosa correspondencia en verso dando así origen a un verdadero florecimiento de la epístola poética, de la que es ejemplo excelso la que dirigió a Don Doroteo García, a quien bautizó con el clásico nombre de Doricio. Don Julián Amor, Don Froilán Machado y otros fueron los corresponsales minuanos y de ellos se conservan curiosas epístolas, como se desprende de la información que insertamos al final de esta pequeña antología a guisa de apéndice, y que ha sido tomada por nuestro distinguido colaborador, señor Rómulo Nano Lottero de la "Gran Guía General Fin de Siglo, de la ciudad de Minas para 1900", dirigida y redactada por Don Bernardo Machado. Corresponde también a esta época y a esta agitación literaria la organización de un cuadro dramático del que fueron parte principal Don Bernardo P. Berro y Don José María Muñoz, cuadro que representó en Montevideo y en Minas algunas obras del repertorio romántico, entre ellas "Flor de un día" y "Espinas de una flor" de Don Ramón de Camprodón. En los viejos hogares montevideanos y minuanos se conserva la crónica de una sonada representación realizada en Minas de esas obras, en la que Don Bernardo interpretaba el papel de Don Diego, y Don José María Muñoz el de Marqués de Montero. El escenario se había improvisado con tablones apoya-

dos en barriles y un pequeño telón de fondo sobre el cual se destacaban dos mesas de arrimo. En la escena culminante del desafío, Don Diego. para acentuar la actitud desdeñosa hacia su rival, tuvo la mala ventura de pretender apoyarse en una de estas mesas y, al hacerlo, las patas de la misma colocadas en el borde del tablón no hallaron apoyo y el mueble se precipitó en el vacío arrastrando con terrible estruendo dos floreros de cristal que había sobre él, los que se hicieron trizas. Don Diego trastabilló y casi cae en el abismo con la mesa. Se produjo tal alboroto que fuerza fué correr la cortina y pedir excusas al público que exigía la continuación de la obra Esta y otras anécdotas, además de su valor pintoresco, tienen gran interés, como elementos de conocimiento del ambiente en que se movían aquellos hombres y de la cultura que trascendía ya de la capital a las ciudades del interior, y aun a la población rural, donde los poetas campesinos emulaban a los poetas urbanos, como puede advertirse leyendo las décimas de Don Julián Amor que se insertan en el apéndice.

*
* *

En la sesión de la Cámara de Representantes del 28 de febrero de 1888, el doctor don Carlos María Ramírez, al examinar las explicaciones dadas por el Ministro de Hacienda don Antonio María Márquez a una interpelación por él mismo planteada, exclamó: "Hay muchas disposiciones de la Constitución que no se cumplen; lo que dió lugar a que un Presidente presentase a la Asamblea este dilema: "¿qué es preferible? ¿violar o reformar la Constitución?" La alusión iba dirigida a don *Bernardo Prudencio Berro* quién, efectivamente, siendo Presidente de la República, en el Mensaje que el 15 de febrero de 1863 envió al Parlamento dijo: "¿Qué es mejor? ¿Violar la Constitución para evitar el mal que de observarla viene, a corregirla para suprimir ese mal y esa violación?" Don Aurelio Berro, residente a la sazón en Buenos Aires, escribió con tal motivo una carta al doctor Ramírez en la que le decía. "parece usted atribuir a cierto Presidente sentimientos anti-constitucionales con motivo de cierta frase tan repetida como mal interpretada. La dicha



frase puesta en un documento que usted sólo ha leído probablemente cuando era muy joven y muy apasionado, no es más que una figura retórica (contraposición si no me engaño) destinada a presentar de una manera tangible la conveniencia de no descuidar la facultad, privativa de la Asamblea, de iniciar la reforma de la Constitución que, en ciertos puntos, la requería. Y como la opinión de hombres de las condiciones de usted con relación a otros como aquél de quién se trata, suele hacer fe en la historia, bueno es que conozca usted un poco más al autor del dicho; y a ese fin me permito incluírle una carta del mismo, escrita en plena presidencia y dirigida al redactor de un diario sostenedor espontáneo del Gobierno contestando a otra privada de ese redactor. Por ella verá usted lo que su autor pensaba de la Constitución con defectos y todo". La carta a que se refiere don Aurelio Berro es la que insertamos en esta sección y sobre su significado agrega aquél: "El conocimiento íntimo que tenía yo del modo de pensar de ese autor y el hábito de su estilo, sobrio quizá por demás, hace tal vez que vea yo claro lo que a otros deba parecer obscuro; esa aprensión me induce a decirle, por si acaso, que el "conozco todo" que en la carta inclusa se ve, no tiene pretensiones de omnisciencia: quiere apenas decir: "no ignoro lo que se pretende y se trama; conozco a los hombres que tiene el país por haberme hallado siempre en el "entrevero político", etc. Otro tanto digo de lo de las "piezas a mover"; no quiere decir que tomase por títeres a los hombres sino que conociendo a éstos y sabiendo él, mejor que nadie, el objeto final de su política de Presidente responsable, sabía también él, mejor que nadie, cuáles eran los hombres que según los movimientos a realizar hacia el fin, eran los que podían ayudarlo o no estorbarlo". El ilustre Presidente de 1860 a quién pertenece la hermosa carta que publicamos nació en Montevideo al comenzar el siglo XIX. Hombre de vasta ilustración, humanista, cultor de los poetas clásicos, poeta él mismo, estadista especialmente versado en derecho público y conocedor a fondo de su país y de sus problemas vitales, político intrépido, carácter austero, su energía indomable le permitió afrontar serenamente las más dramáticas situaciones y sacrificar

en una de nuestras tragedias políticas su existencia. Legislador, Ministro universal del general Oribe durante la Guerra Grande, Presidente de la Asamblea General y encargado del Poder Ejecutivo en 1852, nuevamente Ministro, proscripto político, Senador, y Presidente de la República, por fin, su gobierno, aunque conmovido por la guerra civil y las complicaciones internacionales, se señala como uno de los períodos ejemplares de la historia de la República. Retirado a la vida privada, vida espartana que dió motivo a que se le comparase con Cincinato, los dramáticos sucesos de febrero de 1868 le arrancaron de ella y el mismo día en que fué asesinado el General Flores, fué él sacrificado en la cárcel, confundiéndose así en la tragedia la sangre de las dos figuras representativas de los partidos tradicionales del país.

*
* *

Los escritos inéditos de D. *Bernardo P. Berro* que publicamos constituyen el apéndice del estudio titulado "Las ideas políticas de Bernardo P. Berro", de que es autor el Profesor D. Juan E. Pivel Devoto, que insertamos en el número 129 de la revista. Prescindiendo de los juicios personales de orden político que contienen algunos de estos escritos, y que responden al ambiente pasional en que fueron trazados, se advierte en ellos la presencia de una cultura, así política y social como filosófica y literaria, que era realmente excepcional encontrar en el Río de la Plata en aquella época. La interpretación y aplicación a los problemas locales de los principios y conceptos que entonces se definían en el mundo europeo dan un sello de originalidad a estos escritos y demuestran que, en aquella época, había en nuestro país hombres que seguían atentamente el movimiento general de la cultura y experimentaban la influencia de las nuevas corrientes de ideas, sin abandonar la tradición humanística de que procedían.

*
* *

El documento cuyo texto reproducimos pertenece al archivo del doctor don Daniel García Acevedo, quien ha tenido la bondad de autorizar su publicación en la revista. El original es un manuscrito autógrafo de don *Bernardo P. Berro* que fué hallado entre los papeles de don Doroteo García. Llena seis pliegos de papel en cuarto y está escrito con la pulcritud y claridad que caracterizan los originales de aquel ilustre prócer. Corresponde el documento, como se desprende de algunas de las referencias del texto, al año 1839 o 1840, momento dramático en la historia del Río de la Plata pues se iniciaba entonces el período álgido de la larga tragedia que tuvo por principal protagonista a don Juan Manuel de Rosas. El Uruguay participó del terrible drama y acaso este documento tenga su origen en la angustia que torturaba a todos los espíritus frente a los prolegómenos de aquél y a las graves dificultades que se oponían a la organización nacional. Este catecismo y credo republicanos son producto pragmático de un curioso estado espiritual, verdadera mística que poseyó a muchos hombres del Plata. Tal vez son ellos el rastro objetivo de un desconocido proyecto de fundación de una de aquellas sociedades patrióticas secretas que tan en boga estuvieron en la época, y acaso fué la réplica a la Asociación de Mayo y al Dogma Socialista de Echeverría. Sea lo que haya sido este precioso documento, siempre será necesario tenerlo en cuenta para penetrar la psicología del autor, definir su carácter, conocer sus ideas y sentimientos y apreciar su cultura. Servirá también para documentar el estado espiritual y la cultura de una clase de hombres públicos que tuvo influencia decisiva en aquel momento histórico. Se advierte en este documento, además del acento humanístico y de la corrección y elegancia de forma que se halla en todos los escritos de este eminente ciudadano, así sea en prosa o en verso, el espíritu austero, enérgico y militante de quien en más de cuarenta años de vida pública mantuvo la unidad de carácter y de acción y se sacrificó a ella en la luctuosa jornada del 19 de febrero de 1868.



### MANUEL HERRERA Y OBES

Este es un capítulo notable de la historia del Río de la Plata. Lo escribió felizmente el Doctor don *Manuel Herrera y Obes,* que fué dueño de lo que él llamó "la idea germinadora de aquel colosal suceso" (la batalla de Caseros),

y así se salvó para las generaciones futuras la confidencia del ilustre patricio, y con ella la verdad del origen y proceso del plan que libertó a los países del Río de la Plata de la tiranía de Don Juan Manuel de Rosas. Estas páginas fueron publicadas por primera vez en el número inicial de la revista mensual *Vida Moderna* (año I, tomo I, pág. 9, noviembre de 1900), publicación que fundamos y dirigimos con Rafael Alberto Palomeque, pero cuyo verdadero inspirador y Mecenas fué el ilustre publicista y hombre público Doctor Don Alberto Palomeque. Este ciudadano conservaba en su rico archivo los originales de estas páginas, junto con otros valiosísimos documentos históricos, entre ellos la correspondencia diplomática privada del preclaro Ministro de la Defensa, que también publicó *Vida Moderna*, y luego editó en un volumen que más tarde fué seguido de otros que editó en la República Argentina el Dr. Palomeque. Este rico caudal de documentos le había sido cedido al Dr. Palomeque por el Doctor Don Ricardo Areco. El Doctor Don Manuel Herrera y Obes es una de las más esclarecidas figuras históricas del país. Hijo del Doctor Don Nicolás de Herrera y nieto de un Cabildante que sirvió ejemplarmente a la ciudad durante la época colonial, fué tronco de frondoso árbol que enriqueció la sociedad nacional con hombres de Estado, jurisconsultos, escritores, poetas, militares, etc. Uno de sus hijos, el Doctor Don Julio Herrera y Obes, fué Presidente de la República; otros fueron legisladores, ministros, hombres de empresa. A la tercera generación pertenece el ilustre poeta Julio Herrera y Reissig. Más de medio siglo sirvió a su país el esclarecido personaje, ya en la magistratura, ya en el Parlamento, ya en el gobierno, ya en la acción política rectora dirigida siempre a buscar la conciliación entre los partidos políticos, ya en el plano de la cultura, puesto que a sus esfuerzos se debió el establecimiento de la Universidad de la República en 1849. Aunque muchos y extraordinarios fueron los servicios que prestó al país este hombre de Estado, ninguno superó, por su extensión y trascendencia, a la acción que ejerció a partir de 1847, cuando, en plena Guerra Grande, asumió el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores del gobierno de la Defensa. Desde dos años antes había él



profetizado que la destrucción de la tiranía del General Rosas había que encararla con la colaboración del ejército del General Urquiza, Gobernador de la Provincia de Entre Ríos. Al hacerse cargo del Ministerio inició de inmediato doble acción diplomática ante el Gobernador Urquiza y ante el gobierno imperial del Brasil dirigida a lograr el pronunciamiento de ambos contra el dictador de Buenos Aires, y la formación de una alianza que pusiera fin a la tiranía. Don Andrés Lamas en la corte imperial y Don Benito Chain en Entre Ríos fueron sus agentes y eficaces colaboradores. La gestión ante el General Urquiza culminó con el arriesgado viaje del Dr. Herrera y Obes a Paraná y la entrevista con el caudillo entrerriano, dramático episodio a que él se refiere sobriamente en estas páginas y que describió en su correspondencia privada. Logrados el pronunciamiento y el tratado de alianza, los ejércitos aliados marcharon sobre Montevideo. Liberada la ciudad y el territorio nacional, y firmado el pacto del 8 de octubre de 1851, el ejército aliado se dirigió sobre Buenos Aires, y el 3 de febrero de 1852 destruyó el ejército del General Rosas en los campos de Caseros, donde la división oriental al mando de César Díaz se cubrió de gloria. El General Rosas abandonó el país para siempre, y el ejército aliado entró triunfante en al ciudad de Buenos Aires, poniendo así fin a la tiranía. De esta manera se realizó el plan, cuya paternidad exclusiva reclama para sí, ante la historia, el Doctor Don Manuel Herrera y Obes en estas páginas que tienen el solemne acento de lo que se escribe para la posteridad.

## EDUARDO ACEVEDO

La introducción que el doctor don *Eduardo Acevedo* puso a la primera edición de su proyecto de Código Civil es una página clásica de nuestra literatura jurídica. Nobleza de forma, elevación de concepto, claridad de exposición, riqueza de erudición campean en esa hermosa exposición en que el jurisconsulto, sin abandonar el severo campo de la ciencia, hace gala de su castizo estilo. A medida que transcurre el tiempo se engrandece la figura del codificador y se hace más evidente la clara visión con que concibió y redactó el Código Civil, con lo que se adelantó a su época. Si la obra experimentó

las adversidades consiguientes a la época en que fué realizada, y aún se vió desconocida y empequeñecida, y el nombre de su autor fué olvidado, la posteridad ha rendido justicia al sabio jurisconsulto a quien se debe la arquitectura del Código Civil cualesquiera hayan sido las modificaciones que éste ha sufrido. Nació el ilustre codificador en Montevideo el 10 de setiembre de 1815. Cursó los estudios medios y universitarios en Buenos Aires en cuya Facultad de Derecho recibió el grado de doctor. De regreso al país fué nombrado Juez de lo Civil. La Guerra Grande le llevó nuevamente a Buenos Aires y de allí al Cerrito, donde redactó "El Defensor de la Independencia Americana" y concibió el proyecto de Código Civil. Terminada la guerra, ingresó al Parlamento y fundó el diario "La Constitución". Presidente del Senado, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del ilustre Presidente Berro, profesor, *leader* político, tuvo el honor de presidir la Academia de Jurisprudencia de Buenos Aires y el Colegio de Abogados de la misma ciudad. Vinculado a los hombres más ilustres de las dos capitales del Plata, la codificación de ambos países le debe el Código Civil y el Código de Comercio. Obligado a buscar alivio a su estado de salud en clima más propicio, falleció en agosto de 1863 en el Paraná, en circunstancias en que regresaba a la patria. En nuestro número de noviembre se inserta un hermoso ensayo del doctor José Irureta Goyena, hijo, en el que se estudia la acción de este eminente jurisconsulto en la legislación nacional, al que remitimos a nuestros lectores.

## PEDRO BUSTAMANTE

Amistad fraternal sellada en los días de la primera juventud y que solamente pudo interrumpir la muerte, fué la que vinculó a *Juan Carlos Gómez* y a *Pedro Bustamante*. Estos dos hombres, unidos en la acción común, en la patria o en el destierro, habitantes bajo el mismo techo o separados por la distancia, coincidieron casi siempre en la apreciación de los sucesos y en el juicio que les merecieron los hombres que influyeron sobre los destinos de los países del Plata. Cuando los azares de la vida pública impusieron a Gómez la voluntaria proscripción, ambos amigos siguieron comunicándo-



se epistolarmente sus impresiones y consolándose así de los desengaños y amarguras que les deparó la época en que les tocó vivir. Admirable epistolario en que se conservan las confidencias de dos espíritus afines, formados en la misma escuela política y filosófica, nutridos de los mismos principios y movidos por el mismo sentimiento romántico.

Las cartas que publicamos son ejemplo que ha de servir algún día para documentar el estado de alma de los hombres formados en la severa escuela política a que pertenecieron Gómez y Bustamante frente al espectáculo que les ofreció la dolorosa evolución de lo que Lucio Vicente López calificó de democracias inorgánicas. El doctor don Pedro Bustamante nació en Montevideo el 31 de enero de 1824 y falleció en la misma ciudad el 22 de febrero de 1891. Inició su carrera política en la época de la Defensa y, a través de cuarenta y cinco años de vida pública azarosa, fué diputado, senador, ministro, jefe de partido, Rector de la Universidad, catedrático de Economía Política, miembro del Supremo Tribunal de Justicia, Presidente del Banco Nacional, etc. Jurisconsulto, maestro en ciencia económica y en derecho constitucional, estadista de rico caudal, orador a quien se le llamó "rey de la elocuencia", publicista de pensamiento y estilo, fué por sobre todo eso uno de los caracteres más originales de su época. Por la austeridad de sus principios y su temple moral se le llamó el "Catón uruguayo" y se dijo de él que "era incorruptible como Robespierre".

"Carácter de una sola pieza —dijo el doctor don Julio Herrera y Obes— no tenía goznes para doblarse complaciente ante el atentado trifunfante consagrado por la fuerza y por el éxito. Sus ideas y sus propósitos tenían a ese respecto la tenacidad inflexible del hombre justo, del poeta latino. En la prensa, en la tribuna parlamentaria, en los clubs, en el gobierno o en el destierro, su palabra hablada o escrita tronó siempre enérgica y terrible contra el error o el atentado que no lograron nunca ni seducirlo en su pobreza ni quebrantarlo en su altivez". "Por su talento, por su ilustración y su carácter —escribió Don Antonio Bachini,— honra a su país y a la América toda. Era, ante todo, la encarnación de aquella fórmula del filósofo francés: una verdad humana. Positi-

vo, intrínseco, su carácter no admitía elasticidades, ni vacilaba en controversias morales, ni se extraviaba en quijotismos, ni cedía a más objeciones que a las de una verdad evidente. En todo reveló la nitidez de sus principios. Hombre de Estado, ministro, legislador, catedrático, abogado, miembro influyente de una partido político, consejero de gobierno, etc., ajustó siempre su acción a una sola línea de conducta, a la que entendía por verdadera; y, cuando alguno pretendía extraviarlo, dejaba todo ministerio, cátedra, posición política, hasta su estudio de abogado —su única fortuna— para salvar la unidad de su conducta, que era a la vez su conciencia y su honor. En días sombríos y difíciles, cuando todos los poderes públicos estaban librados a la voluntad de un hombre, el doctor Bustamante clausuró su oficina de abogado; y, a los que le interrogaban, contestaba invariablemente: "No se puede gestionar justicia cuando faltan los jueces". Y solo, aislado, sin amigos, desvinculado de su propio partido desde que le veía aceptar la situación, vagaba silencioso, con calma estoica, en la brumosa habitación que le servía de albergue, donde no se veían más muebles que los indispensables, sin alfombras, sin fuego aunque la temperatura bajara hasta congelar el agua, esperando los mejores tiempos en que tenía fe, a pesar de su escepticismo político. Entonces, su vida, era la amarga vida de un filósofo: rodeado por todas partes de miseria, de corrupción, de crímenes, su honradez estallaba en el aislamiento forzoso con la frase sarcástica y aplastadora que tantas veces derribó al adversario en las luchas del Parlamento, de la prensa y del foro. Vivía así en un retiro fecundo, aunque sólo fuera fecundo en las esferas de la moralidad social y política, ejemplo vivo para la juventud amenazada, y censor terrible para los opresores y corruptores, su resistencia silenciosa fué una fuerza que nadie podrá desconocer. Y, cuando aquel hombre de mediana estatura, modestamente vestido, de cuerpo enjuto y rígido, de ceño plegado y de ojo incisivo, atravesaba las calles de la ciudad, meditabundo, abstraído, sin mirar a nadie, sin buscar saludos, contestándolos a veces con un rezongo de protesta, el amigo, el adversario y el indiferente le seguían con la vista, respetándolo y admirándolo, aunque sólo fuera en lo íntimo de cada conciencia".



## JUAN CARLOS GOMEZ

*Juan Carlos Gómez* fué uno de los más notables escritores políticos del Río de la Plata. Como si este escenario fuese pequeño para él, fué a buscar y halló también en Chile la consagración de su talento literario. La prensa de las tres naciones australes de América le reconoció como uno de los más preclaros maestros. Acaso ningún periodista de estos países escribió con más brillo y al mismo tiempo con mayor fuerza dialéctica y mayor autoridad moral. Con él se dió el extraño espectáculo, hemos dicho en uno de nuestros libros, de que un proscripto sin fortuna, sin influencia personal, sin más fuerza que sus ideas y sin más armas que su soberano talento y la forma subyugante de su palabra hablada y escrita ejerciera sobre las sociedades del Plata un magisterio sin ejemplo. No es aventurado decir que a él se debe la creación de un nuevo género periodístico: la epístola política. Al menos fué él quién le dió aquí su jerarquía y valor literario. Con libertad de tema y de digresión y sin el ajustado espacio del editorial, estas cartas abrieron al autor amplios horizontes. Política, literatura, filosofía, historia, de todo puso en ellas; pero, sobre todo, puso el apasionado subjetivismo y el vibrante acento autobiográfico que hacen de estas cartas preciosos documentos. La que hoy publicamos es, acaso, la primera de sus grandes cartas, las cuales, desde entonces, periódicamente aparecieron en la prensa del Río de la Plata y conmovieron y apasionaron a la opinión pública. Esta se refiere al célebre Manifiesto de 1855 de Don Andrés Lamas, documento que constituye un verdadero episodio de la historia política e internacional del Uruguay que ha sido estudiado eruditamente por el señor Ariosto D. González en un libro reciente. El autor de la carta la escribió en Río Janeiro conjuntamente con otra que dirigió a Don Andrés Lamas. "El Nacional" de Montevideo la insertó en sus columnas. Prosiguió, entretanto, aquél su peregrinación por mares y tierras. Nacido el año 1820 en Montevideo, había conocido ya el destierro de Chile. La gloria literaria le había sonreído; pero el hado adverso, luego de su breve pasaje por el Parlamento de 1852 y el gobierno provisorio de 1853, le había llevado al Bra-

sil, de donde se dirigió a Europa para regresar a la patria y ser desterrado en 1857 para ya no volver más a ella. Sus campañas periodísticas de la proscripción fué cuanto pudo dar este hombre a su país. Murió en el ostracismo en 1882 y sus cenizas fueron reclamadas en 1905 y depositadas con honores máximos en el Panteón Nacional. Poeta, orador, escritor, periodista, hombre de Estado, modelo de carácter, acaso no hubo en el Río de la Plata ciudadano que concitara más encontrados sentimientos, pero tampoco lo hubo que gozara de mayor autoridad moral.

### ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

*Alejandro Magariños Cervantes* nació en Montevideo el 3 de octubre de 1825 en la casa solariega de sus mayores, "detrás del Fuerte", como decía Juan Carlos Gómez al evocar melancólicamente, desde su voluntario destierro, los tiempos en que, mozo él y adolescente aquél, solía concurrir al caserón colonial a leer versos románticos. Fué en su país y en su época, y ello duró largos años, el poeta por antonomasia. El consideró siempre este bello título con religioso respeto y ejerció durante más de medio siglo, con singular dignidad y prestancia, su indiscutible e indiscutido magisterio literario. Este magisterio fué cosa real, fundamentada en el consenso público y en el juicio que merecieron sus obras a los más ilustres críticos y literatos españoles y americanos de la época. Su obra comprende el poema "Celiar", las colecciones líricas "Brisas del Plata", "Horas de melancolía", "Violetas y ortigas" y "Palmas y ombúes", el "Album de Poesías Uruguayas", las novelas "Caramurú", La estrella del Sur", "No hay mal que por bien no venga", "Farsa y contra farsa" y "Veladas de invierno", los dramas "Amor y patria", "Un mártir de la conquista" "Percances matrimoniales", "El rey de los azotes", "Suicidios y desafíos", el volumen de historia y sociología "Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata", amén de innumerables trabajos en verso y prosa publicados en diarios y revistas de América y Europa. Todo esto lo escribió en medio de una vida agitada, de viajes, largas



residencias en el extranjero y lances políticos. En su juventud vivió varios años en España donde intimó con los tertulianos del café del Príncipe de Madrid y llegó a ser algo caudillo entre ellos. Vivió también en París entregado al cultivo de las letras y a la dirección de la "Revista de Ambos Mundos" y luego en Buenos Aires donde fundó la Biblioteca Americana en la que editó obras históricas y literarias de los primeros escritores del Plata. Su obra literaria aspiró a buscar en las nuevas fuentes americanas los motivos de inspiración y, junto con los temas, el color y el sentimiento locales y de ello hablaron largamente sus críticos. El poeta realizó cumplidamente su programa y lo enalteció con la limpidez de su vida pública. Jurisconsulto, legislador, Ministro, representante diplomático de la República, Rector de la Universidad de Montevideo, profesor de la Facultad de Derecho, su magisterio espiritual se ejerció en las letras, en la cátedra y en su "salón", que nosotros hemos evocado alguna vez, y que fué una verdadera institución literaria. Fué el maestro de varias generaciones universitarias. Su cátedra de Derecho Natural y Derecho de Gentes es una de las influencias que pesaron en el desarrollo de la cultura filosófica y política del país. El discurso inaugural del curso de 1865 que publicamos señala con precisión la posición espiritual del maestro, posición que él mantuvo hasta su muerte, acaecida en Montevideo el año 1893. Alejado en aquella época de la cátedra, hacía años permanecía sin embargo, como un símbolo en medio de la desorientación a que dió lugar el predominio del positivismo filosófico en las aulas de la Universidad y en la vida pública del país.

### JULIO HERRERA Y OBES

El doctor don *Julio Herrera y Obes*, después de la caída del Banco Nacional producida casi a raíz de su elección para el cargo de Presidente de la República, concibió el pensamiento de restaurar aquel instituto y darle nuevas normas legales que aseguraran su estabilidad. Formuló el proyecto de ley y lo sometió en consulta privada a su adversario político el doctor don Carlos María Ramírez, de quien se hallaba profundamente distanciado, pero a quien le unían vínculos

de parentesco y una vieja y cordial amistad iniciada en la infancia y consolidada en las campañas políticas del "partido principista". El doctor Ramírez contestó la consulta con una carta fechada en Montevideo el 4 de octubre de 1890 cuyo original, aunque mutilado, conservamos en nuestro archivo y en la que se lee lo siguiente: "Apreciaré siempre como una prueba irrecusable de la elevación de tu carácter la consulta que en estos momentos me haces de tu proyecto de reorganización del Banco Nacional. Si fueses a seguir los consejos de algunos, máquinas de indignación contra todo síntoma de independencia de carácter, ¡ya me habrías hecho la cruz *per secula seculorum!* ¿Cómo puedo yo corresponder a tu noble conducta sino con igual levantamiento de espíritu, es decir, manifestándote lo que pienso con toda franqueza y con toda lealtad?" A continuación el doctor Ramírez hace, en términos severos, el análisis y la crítica del proyecto y, luego de ello, termina así: "Espero que no atribuirás a mi lenguaje rudo y vehemente ningún móvil de animadversión personal o política. Estoy más pobre que nunca, (he sido un poco alcista, *hélas!*); estoy viejo, enfermo, muy desencantado, reñido con toda ambición de vana popularidad. No me seducen, pues, las resistencias y oposiciones frívolas. ¿Qué mas quisiera, si mis convicciones lo permitieran, que seguir a la sombra de tu carro triunfal, o en él, en vez de ponerme a tirar para atrás, como lo hago con esfuerzos probablemente inútiles? No fuí tu elector, pero puedes estar seguro de que nadie desea tanto como yo que el éxito de tu gobierno haga decir: ¡qué aberración la de Carlos María Ramírez!, negarle su voto a Julio Herrera y Obes! Patrióticamente si tú fracasases, creo que habría fracasado el gobierno civil y estaría allanado el camino de una nueva dictadura militar. Egoístamente, creo que tu prestigio como hombre útil de gobierno sería por muchísimo tiempo el desprestigio de todos los *doctores*. Y esto que escribo acá se lo digo a todo el mundo, procurando, sin éxito, a mi vez, moderar la oposición de mis propios amigos. ¡Qué difícil es hacer el bien y conducir atinadamente a los hombres! Nadie lo comprenderá mejor que tú, que tienes que gobernar a tu partido y a tu país, que es como gobernar dos avisperos, pero me parece que en este momento



psicológico de tu presidencia te será útil recordar aquellas palabras que Joaquín Nabuco dirigió a los estudiantes de nuestra Universidad: "los infortunios de los pueblos provienen a menudo de que los hombres en el poder vuelven la espalda a los ideales de su primera juventud". Dejo para tí el alcance político de la sabia máxima; no le doy sino este alcance económico: has sido como periodista el gran adversario de los bancos de Estado, del papel moneda, y de los desórdenes financieros; ¡que lo seas también como Presidente de la República!" El ilustre Presidente de 1890 contestó al doctor Ramírez con la carta que publicamos. Pocas semanas después éste era Ministro de Hacienda de aquél. No podrá prescindirse de este documento al pretender trazar la semblanza del personaje y penetrar su carácter, sus ideas, sus sentimientos, sus principios políticos, sociales y económicos y su visión del arte de gobernar que para él tuvo algo de aquella mágica concepción de Southey que Macaulay analizó magistralmente. Aparece en esta carta el hombre y el estadista, hijos ambos de su época y de la escuela romántica de que procedían. Nació este hombre eminente en Montevideo el año 1840, en casa solar ilustrada por tres generaciones de próceres y se formó entre las inquietudes del "Sitio Grande" y las borrascas políticas que sucedieron a la paz de 1851, las que lo orientaron hacia el "partido conservador" formado por los hombres más importantes del coloradismo tradicionalista. Matizó sus estudios de humanidades y jurisprudencia con audaces aventuras políticas iniciadas en los disturbios de 1857 que hicieron crisis en 1863. Echó su cuarto a espadas en la prensa revolucionaria y en la campaña florista y, triunfante ésta, marchó a la guerra del Paraguay con el cargo de Secretario del general oriental. La organización institucional de 1868 lo halló en la redacción de "El Siglo", en cuyas páginas modeló su personalidad periodística. La brava campaña lo llevó al destierro y la marea revolucionaria lo trajo nuevamente a los lares. El presidente Gomensoro, después de la paz de abril de 1872, lo llamó al ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, cartera que resignó meses después para ingresar a la cámara de diputados. Del Parlamento salió para el destierro en la triste jornada de la barca Puig. Situaciones de fuer-

za abrieron largo paréntesis en la vida pública reanudada en 1888 para ocupar el ministerio de gobierno durante la administración del general Tajes. La evolución natural de las fuerzas sociales del país lo condujo en 1890 a la presidencia de la República. Inició el período civilista, le tocó liquidar los desórdenes de las dictaduras militares, corrió grandes temporales políticos y económicos y terminado su mandato volvió al Parlamento. Se batió solo, con arrojo temerario, contra la reacción de 1897 y 1898 y vencido por la revolución marchó al destierro y cerró su biografía política. Hombre de Estado, jurisconsulto, inteligencia versada en ciencias sociales y económicas, carácter templado en rudas andanzas y voluntad forjada en medio siglo de lucha fué por sobre todo eso un original y un hombre de mundo. Espíritu armonioso, agudo y ágil, hizo escuela del buen decir, del "humour" y de la ligereza espiritual. Tuvo la despreocupación del gran señor y el estoico valor del repúblico. Orador parlamentario, dijo las cosas más audaces y más graves con cierta volubilidad elegante y supo ganar terribles batallas con frases certeras y rasgos de humorista a lo Sterne. Periodista magistral, heredó la pluma de Juan Carlos Gómez y la orientó hacia el sentido práctico y la política experimental; fué fulgurante, sobrio y eficaz. Pensador y noble prosista no tiene bibliografía, pero sus páginas, dispersas en los periódicos del Río de la Plata, realizan un modelo de concepto y estilo. La influencia de Quinet, de Villemain, de Guizot y de Thiers se mezcla a la huella profunda que el estudio de Hipólito Taine dejó en este espíritu dual, capaz de profundas meditaciones y de ligeras excursiones humorísticas. Pensador de cepa espiritualista y cristiana formó excepción dentro de la época de desorientación en que le tocó vivir. Su nombre constituye un símbolo intelectual y una tradición social y política en la cual se reconocen rasgos inconfundibles de la nacionalidad.

### JOSE PEDRO RAMIREZ

El doctor don *José Pedro Ramírez* nació en Montevideon hace exactamente un siglo. Vió la luz en cuna patricia el 12 de junio de 1838 y falleció en medio de la congoja pública en su ciudad natal el 12 de julio de 1913, después de una lucha tenaz y prolongada con la muerte, símbolo, acaso, de su vida inquieta y batalladora. Su primer lote de vida fueron los azares de la Guerra Grande y sus primeras armas políticas las hizo en las agitaciones de 1855 al tiempo que iniciaba sus estudios de jurisprudencia. Se graduó de abogado en 1861. y dos años después inició su carrera periodística como redactor de "El Siglo", y su acción política, como revolucionario. Fué factor en la cruzada florista; triunfante la revolución. regresó al país e inició una severa campaña periodística contra la dictadura del general Flores y el gobierno del general Batlle, en la que expuso su programa de ética política que, invariablemente le llevó a declinar diputaciones, ministerios y cargos en la magistratura. La crudeza de los tiempos le impuso destierros y prisiones que no lograron derribar su cátedra. La reacción de 1872 le llevó a la Cámara de diputados, donde culminó su personalidad en los debates del 73 y el 74. Caído el régimen civilista, formó entre los deportados a la Habana, en 1875, y regresó de los mares del norte para organizar revoluciones en las que militó como soldado ciudadano, predicar moral política en los Ateneos y pugnar por constituír núcleos de opinión que dieron vida al partido constitucional después de la dictadura. Alma de la Conciliación y su primer ministro, su breve pasaje por el gobierno preparó el advenimiento del régimen popular de 1887. Con largos paréntesis, consagrados al retiro y la labor de bufete, su palabra intervino en los debates del Senado y su influencia resolvió grandes conflictos creados a la nacionalidad. Fué el pacificador de 1897 y 1903, jornadas que le consagraron en forma histórica como la figura representativa de su país. Jurisconsulto formado en la escuela clásica, cultivó la ciencia del derecho moderno, sometiéndola al tamiz de su experiencia jurídica de casi medio siglo. Rector de la Universidad desempeñó el cargo con singular dignidad y afirmó en él sus convicciones espiritualistas. Hombre de estado, llegó a encerrar las vehemencias de su temperamento ardiente bajo la doble llave de la pru-

dencia máxima y la serenidad espiritual alcanzada en la escuela estoica que forjó su carácter. Su pluma de periodista ardorosa, pujante y apasionada, abrió honda brecha en los años que van del 65 al 76, y dió una fórmula nueva que influyó sobre el desarrollo del concepto público. Su oratoria fué influencia política y literaria que coloreó las memorables sesiones de 1873 con la elocuencia, los gestos y las actitudes de los tribunos del 89. Hombre de ideas, severo principista formado en la filosofía cristiana, dió a su país, con singular prodigalidad, más de medio siglo de vida pública constantemente orientada hacia el culto del bien y de altos ideales democráticos. Las páginas que publicamos nos las entregó personalmente el patricio el año 1910 y, al hacerlo, nos señaló con patriótico orgullo el hecho de que su pluma había sido una de las primeras en establecer la tradición oriental y reivindicar la figura de Artigas.

## FRANCISCO BAUZA

Al finalizar el mes de enero de 1887 se recibieron en Montevideo noticias telegráficas de Europa en las que se hacía saber que el Capitán General y Senador, don Máximo Santos, se hallaba en viaje de regreso al país. La noticia produjo profunda impresión en la opinión pública y en el seno del gobierno, presidido por el General Tajes, cuyo gabinete estaba formado por los señores doctor Julio Herrera y Obes, doctor Domingo Mendilaharzu, doctor Duvimioso Terra, don Antonio María Márquez y General don Pedro de León. El Poder Ejecutivo, en tales circunstancias, dirigió un Mensaje a la Asamblea General en el que, luego de expresar que "la presencia del Capitán General Santos en el territorio de la República, por causas y circunstancias excepcionales que son del dominio público, ha llegado a hacerse incompatible, por el momento, con la tranquilidad y la paz interior del Estado", solicitó, en uso de las facultades que le acordaba el inciso 3.o del artículo 17 de la Constitución del Estado, que se dictase "una ley de alejamiento del territorio de la República contra el Capitán General Santos". La Asamblea Nacional, el 26 del mismo mes de enero, hizo saber al Poder Ejecutivo, por medio de una minuta de comunicación, que había resuelto el alejamiento temporario del Capitán General Santos. La noche de ese mismo día se reunió la Cámara de Representantes, a pedido de los diputados doctor Cornelio Villagrán y señores Pedro Regules y Carlos González Bustamante, a fin de apreciar la medida adoptada por la Asamblea General. En esa sesión se inició el debate del asunto y se continuó en la sesión del día siguiente, en la cual, el diputado don *Francisco Bauzá,* luego de ser oído el Ministro de Gobierno, doctor don Julio Herrera y Obes, pronunció el discurso que publicamos, en el que el ilustre orador, haciendo gala del valor cívico y personal que lo caracterizaron, frente a la barra hostil y a la mayoría de la Cámara que se aprestaba a ratificar la ley de extrañamiento, desplegó su magnífica elocuencia, y puso el rico caudal de sus conocimientos de Derecho Constitucional y su experiencia política al servicio de la decidida posición que adoptó en aquellas circunstancias. Aunque contrariaba con ello la corriente de opinión desatada contra el ex-Presidente de la República, el eminente perlamentarista defendió con indomable entereza sus convicciones, y aunque sabía que sería vencido, puso a salvo sus principios y, no obstante el pronunciamiento contrario de la Cámara, obtuvo en aquella histórica jornada parlamentaria uno de sus más grandes éxitos oratorios, éxito que renovó en los ardientes debates que se produjeron en la siguiente legislatura, cuando el General Santos recurrió ante ella para que se derogara la ley de destierro. Hijo del General de la Independencia, don Rufino Bauzá, nació el preclaro orador, historiador y hombre público en Montevideo el año 1851; a los 16 años se incorporó a la división oriental enviada a la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Gravemente enfermo, regresó a su ciudad natal, donde comenzó a escribir en los diarios políticos de la época. Tenía apenas 18 años cuando el Presidente Lorenzo Batlle le confió una misión confidencial ante los jefes militares de la Provincia de Entre Ríos; en 1875 fué acreditado agente

confidencial ante el gobierno de Buenos Aires, y en esas circunstancias ajustó un protocolo internacional. Ingreso luego al Parlamento donde impuso su personalidad. La Cámara de Representantes y el Senado sintieron por igual el influjo de su palabra y de su sabiduría política. Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno del Brasil, en 1892 el Presidente doctor Herrera y Obes le confió el Ministerio de Gobierno. Factor de la paz de 1897, no participó de los sucesos posteriores; volvió a la actividad política para ocupar una banca en el Senado, luego de un melancólico alejamiento en el que el prócer afrontó estoicamente las angustias de la pobreza, al extremo de tener que poner en venta su riquísima biblioteca. Se le veía entonces cruzar solo y taciturno las calles de la ciudad vieja, absorbido por hondas preocupaciones que labraron su físico y determinaron su temprano fallecimiento, en diciembre de 1899. Orador en quien retoñaban las grandes tradiciones políticas y académicas, comparte con las más preclaras figuras parlamentarias el cetro de la elocuencia; escritor pulcro y castizo, de noble y personal estilo, dejó páginas dignas de la antología y ensayos que no serán jamás olvidados; historiador sabio y veraz, su obra en este género, así en lo que se refiere a la estructura, al método, a la exposición, como al comentario filosófico, constituye, dentro de la bibliografía hispano-americana, un monumento clásico; carácter de una sola pieza, tuvo el temple de los grandes varones, y al valor cívico a que ya hemos hecho referencia, unió la intrepidez y el valor personal que en muchas ocasiones de su agitada vida puso a prueba; espiritualista integral, defendió sus convicciones religiosas con firmeza y con hidalga cortesía, no obstante haber tenido que afrontar una de las épocas de más ardientes controversias que recuerda la historia de nuestra cultura. Su obra literaria, política y social se concretó en iniciativas que tienen relación con la educación, la cultura, las libertades políticas y el mejoramiento de las clases humildes. Rector de la Universidad Católica, Profesor de Historia Nacional e Instrucción Cívica, maestro en Derecho Constitucional, su bibliografía puede resumirse así, exclusión hecha de su labor periodística: "Poesías", 1869; "Historia



de la Dominación Española en el Uruguay", "Detalles de Historia", "Estudios literarios", "Estudios Constitucionales", "Estudios teóricos prácticos sobre el Banco Nacional".

## CARLOS MARIA RAMIREZ

*Carlos María Ramírez* es la figura histórica más eminente de la generación que se inició en la vida pública durante la dictadura del general don Venancio Flores. Vivió escribiendo y de ello dan fe, además de sus libros y de su extraordinaria labor periodística iniciada en 1868 y continuada hasta la víspera de su muerte, su archivo, el cual, no obstante haber corrido los azares de las emigraciones y de la agitada vida de su dueño, conserva millares de carillas llenas de la nerviosa letra del ilustre publicista. Decimos que vivió escribiendo y agregamos que buena parte de esa literatura no tuvo otro objeto que documentar su actitud frente a los acontecimientos en que sin cesar se vió envuelto, o confiar a la intimidad del papel el apunte, la impresión, la meditación que le sugirieron hombres, cosas y acontecimientos. De ese montón de carillas, la mayor parte de las cuales son o apuntes de fragmentos de escritos o estudios que no fueron terminados o que llegaron a nosotros mutilados, extraemos las páginas que motivan este comentario y en las que el escritor aparece con las características de su animado y vigoroso estilo y el pensador con su caudal de cultura y de ideas y sus definidos principios filosóficos y sociales. Nació este varón eminente en San Gonzalo, Brasil, el 6 de abril de 1848, durante la emigración que la Guerra Grande impuso a sus padres. Restituída su familia al Uruguay después de la paz de octubre de 1851, la primera educación, iniciada en el hogar, fué completada en los colegios de Montevideo y en la Universidad de la misma ciudad, donde hizo sus estudios de Derecho hasta graduarse de doctor en 1868. Con sus últimos cursos libró sus primeras campañas periodísticas, en las que aguzó su pluma para las ásperas jornadas que llegaron enseguida, con la crisis política y financie-

ra de 1868 y los preliminares de la guerra civil de 1870. En 1869, como consecuencia de su propaganda periodística, conoció el primer destierro político, y en 1870 fué nuevamente proscripto, después de haber sostenido ante el jurado popular las acusaciones que había formulado desde la prensa contra el jefe del gabinete del general Batlle. Regresó al país cuando éste había sido invadido por el caudillo blanco Aparicio, y marchó a la guerra como secretario del general Suárez. Después de cuatro meses de campaña, volvió a Montevideo, arrojó las insignias militares e inició un nuevo apostolado cívico, que tendía a la extinción de los partidos tradicionales y al restablecimiento de la paz bajo el imperio de la Constitución. Con ese objeto escribió un opúsculo titulado "La guerra civil y los partidos de la República Oriental del Uruguay". Fundó en seguida el periódico "La Bandera Radical" y creó un nuevo núcleo llamado partido radical, al que dotó de programa, inscribiendo en éste los principios políticos esbozados en el folleto sobre los partidos. La paz de 1872 lo encontró en las avanzadas de los que buscaban la solución de la guerra. Ese año fué nombrado Fiscal de Gobierno y en 1873 fué enviado a Río de Janeiro con credenciales de Ministro Plenipotenciario, firmadas por el doctor Ellauri. El motín de 1875 lo arrancó de su cargo diplomático, y pasó entonces a Buenos Aires, desde donde, después de colaborar en la preparación de la revolución tricolor, partió con la expedición invasora para batirse en las acciones de la breve campaña. Vencida la revolución e iniciada la dictadura del coronel Latorre, se retiró a Paysandú, y allí se consagró oscuramente a su profesión de abogado. En 1880 los organizadores del partido constitucional, retoño del partido radical por él fundado en 1870, le confiaron la redacción del programa-manifiesto del mismo, y lo llamaron a la Capital para que asumiera la dirección de "El Plata". En ese diario hizo una breve pero brillante campaña, que fué interrumpida por los sucesos de mayo de 1881. En 1882 se hizo cargo de la redacción de "La Razón" y reanudó la campaña de oposición al Gobierno, esta vez con terrible violencia. A esa época pertenece la célebre polémica que dió origen a su



libro "Artigas" y el "Juicio crítico sobre el Bosquejo Histórico de Francisco A. Berra". En 1886 partió con los revolucionairos del Quebracho y se batió en las tristes jornadas de los Palmares de Soto. Vencida la revolución, colaboró en el movimiento cívico que dió por resultado la "Conciliación de Noviembre", la cual, en buena parte, fué obra suya. En 1887 volvió a la plenipotencia de Río de Janeiro, y en noviembre de ese año obtuvo de los electores del Departamento de Treinta y Tres el diploma de diputado. Permaneció en la Cámara de Representantes hasta el año 1891, en que el Presidente Herrera y Obes le confió el Ministerio de Hacienda. Afrontó desde ese cargo la violenta crisis política y financiera que entonces abatía al país. En noviembre de 1892 ingresó al Senado. Desde entonces distribuyó su labor entre el Parlamento y la dirección del diario "La Razón", hasta que, al producirse los acontecimientos preliminares de la dictadura de 1898, hizo renuncia de su cargo de Senador y se consagró a orientar la opinión pública desde las columnas de su diario. En esta obra lo sorprendió la muerte el 19 de setiembre de 1898. La prodigiosa actividad que dejamos reseñada le permitió, sin embargo, dictar el primer curso de Derecho Constitucional en la Universidad de Montevideo, preocuparse en forma fundamental de pedagogía y beneficencia práctica y cultivar la literatura imaginativa. En su juventud escribió versos tocados por el gusto romántico, y en la madurez escribió dos novelas que participan del sabor romántico y naturalista, tituladas "Los Palmares" y "Los amores de Marta"; esta última novela fué luego dramatizada por el autor con el título de "Marta Valdenegro", vertida al italiano por el profesor Destéffanis, y estrenada en el Teatro Solís. El renacimiento literario y científico provocado por el Ateneo en el último tercio del siglo pasado le debe algunas de sus mejores páginas académicas. Por lo demás, prodigó en diarios, revistas y opúsculos su talento literario, apto para todos los géneros. Manuel Herrero y Espinosa dijo que si se juntaran en volúmenes todos sus escritos, esparcidos en treinta años de continua labor intelectual, formarían una biblioteca que bastaría por sí sola para educar al ciudadano en

todos los problemas del gobierno y de la administración pública. Y aun podría agregarse que en ellos hallaría también el ciudadano, estudiados y resueltos, los principales problemas políticos, económicos y sociales que tuvo que afrontar la República desde su constitución hasta finalizar el siglo XIX.

## ALBERTO PALOMEQUE

*Alberto Palomeque* escribió esta síntesis de la vida de su ilustre padre el año 1934, cuando contaba ya 82 años de edad. Al fallecer la dejó inédita entre sus papeles, junto con otros extensos estudios de carácter histórico y social que formarán, al ser publicados, extensos volúmenes. Perseveró así el eminente publicista, ya en las postrimerías de su existencia, en la noble misión de reivindicar y engrandecer la figura histórica del Coronel Palomeque. Nació este escritor en Montevideo el 13 de julio de 1852 y falleció en Buenos Aires el 24 de abril de 1937 después de más de treinta años de voluntaria expatriación. Este anciano que casi hasta la víspera de su muerte atravesaba modestamente a pie las callas de la suntuosa capital argentina para concurrir cotidianamente a su bufete donde durante varias horas dejaba correr la pluma sobre las carillas para dar forma a sus estudios jurídicos, históricos o simplemente literarios, ya en 1875 había comenzado a escribir en el diario y en el libro sobre tópicos políticos y sociales y a mezclarse en las luchas de la agitada democracia platense. Jurisconsulto, magistrado, periodista, legislador, tribuno popular, orador académico, ejemplo de carácter y altivez, publicista de vasta obra, logró en su patria notoriedad y prestigio singulares. Su romántica figura se ve a la distancia con los contornos apasionantes de uno de los ejemplares genéricos de la época en que le tocó actuar. Las nuevas generaciones no pueden apreciar lo que significó este hombre en los movimientos populares de las últimas décadas del siglo pasado. Su alta talla, su arrogante figura, su hermosa cabeza llena de carácter, su actitud dan-



toniana, su arrebatadora elocuencia y el sentimiento romántico que ponía en todos sus gestos hicieron de él, en ciertos momentos, el tribuno del pueblo. Quienes le oyeron no olvidarán sus ardorosas improvisaciones, sus inesperados apóstrofes y las apelaciones que solía hacer al sentimiento popular para dominar al auditorio. Radicado desde 1903 en la Argentina logró escalar allí las más altas posiciones de la magistratura y prosiguió en el país hermano su obra de jurista e historiador. Durante sesenta años su pluma corrió sin cesar sobre las cuartillas para escribir la historia del Río de la Plata y hacer el examen de los hombres y la filosofía de los sucesos. Legó así una de las más copiosas bibliografías de América. He aquí una nómina incompleta de sus principales obra: Libros y opúsculos de carácter político: "La soberanía popular y el motín militar del 15 de Enero"; "Historia de una serie de atentados"; "Actualidad política de la República del Uruguay"; "La dinastía Santos-Vidal"; "Mi año político"; "Temas uruguayos"; "El principio autonómico y el derecho de los partidos"; "El año fecundo"; "El llamado dstierro del Coronel Latorre"; "Convención Nacionalista. Las sesiones secretas en San José"; "Mis derrotas"; "El desacuerdo electoral"; "Conferencias Palomeque-Albistur"; "Mi expulsión"; "El derecho y la fuerza"; "El crimen de la guerra, por Juan B. Alberdi". Obras históricas: "Estudios históricos"; "Orígenes de la diplomacia argentina"; "La jurisdicción del Plata. Martín García. La Laguna Merim"; "La Guerra del Paraguay"; "Movimientos políticos de 1853. Causas y efectos"; "El General Rivera y la campaña de Misiones"; "Guerra de la Argentina y el Brasil"; "Asambleas Legislativas del Uruguay"; Instrucción Pública: "Juicio crítico al libro de José Pedro Varela"; "El instituto de Instrucción Pública en 1855". Obras jurídicas: "Alegato de una acusación promovida por la Municipalidad del Azul, Dolores. (P. de B. A.)"; "Cuestión de Derecho Comercial"; "Un escrito judicial"; "Ejecución de sentencias extranjeras en la República Argentina"; "Falsedad y nulidad de un testamento"; "El Banco Nacional, los señores Eduardo Casey y John Dillon, el ferrocarril del Norte

y la empresa constructora de los ferrocarriles del Este''; "¿Caso de contrabando?''; ''Cuestión práctica resuelta''; ''Una cuestión de Aduana. Procedimiento para el despacho de muestras''; ''Una cuestión de Derecho Internacional Privado''; ''Intervención de albaceas en los juicios testamentarios''; ''Fallos y sentencias''; ''Cuestión de Aduana. Fraccionamiento de un bulto de mercadería''; "Caso de derecho internacional privado''; ''Los fueros de Cataluña ante los tribunales nacionales'', etc.

## GONZALO RAMIREZ

*Gonzalo Ramírez,* en esta nota memorable que publicamos, echó las bases del Congreso de Derecho Internacional Privado que se reunió en Montevideo en los años 1888 y 1889 y cuyo cincuentenario se celebra en estos momentos en nuestra Capital con la conferencia de jurisconsultos sudamericanos que son huéspedes insignes de la ciudad. Designado aquel eminente internacionalista por el Gobierno del General Tajes Ministro Plenipotenciario de la República ante el Gobierno de la República Argentina, una de sus primeras preocupaciones fué proponer la celebración de un tratado entre ambos países que comprendiera "todas las materias que son objeto de la ciencia que recibe en el Derecho de Gentes la denominación de Derecho Internacional Privado''. Así lo hizo en la luminosa nota que dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores de la época, que lo era el Dr. don Julio Herrera y Obes. Aceptó éste la iniciativa y le encomendó la preparación del proyecto de tratado. El proyecto fué redactado y, entre tanto, habiendo el diplomático uruguayo, como consecuencia de conversaciones mantenidas con el canciller argentino, recogido la impresión de que aquel gobierno acogía con simpatía la idea de codificar el Derecho Internacional Privado mediante la celebración de un Congreso Internacional Sudamericano con intervención del Uruguay, la Argentina, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y Brasil, deseoso que el Uruguay no perdiese el honor de la iniciativa, solicitó plenos poderes para promover oficialmente la reunión del Congreso. Poco después entregó al Dr. Don Ildefonso García Lagos, sucesor del Dr. Herrera y Obes en la dirección de la cancillería, el Proyecto de Tratado y le advirtió que ese trabajo estaba complementado por un comentario que había ''asumido las proporciones de un libro que no constaría de menos de quinientas páginas''. El gobierno del General Tajes aceptó definitivamente la iniciativa de su plenipotenciario en Buenos Aires y, obtenido el acuerdo entre ambos gobiernos, se produjo la invitación en común que congregó en Montevideo a los jurisconsultos sudamericanos que constituyeron el histórico Congreso. Puede, pues, afirmarse que la nota de 21 de junio de 1887 suscripta por el representante del Uruguay ante el gobierno de Buenos Aires fué el paso inicial de la reunión del Congreso de Montevideo, así como que en el proyecto de tratado que fué su consecuencia, está contenida la materia que motivó los ajustes internacionales que proceden de aquel Congreso. Este solo título bastaría para inmortalizar el nombre del ilustre ciudadano que suscribe la nota que publicamos, si no tuviera muchos otros que lo consagran como figura representativa de la cultura jurídica y política del país. Nació aquel en San Gonzalo, Río Grande del Sur, durante le emigración de sus padres, el 10 de febrero de 1847, cursó sus estudios en la Universidad de Montevideo y en ella se graduó de doctor en jurisprudencia en 1868. Jurisconsulto, codificador, magistrado, profesor de derecho penal, maestro en Derecho Público, Rector de la Universidad, revolucionario contra los gobiernos de fuerza, miembro conspicuo del Congreso de Montevideo, Ministro Plenipotenciario de la República, su nombre adquirió autoridad continental y sus libros y opiniones fueron y son citados por maestros del Derecho en Congresos y Asambleas internacionales. Coronó su vida pública con la celebración del pacto diplomático que estableció el *statu quo* en las diferencias surgidas entre el Uruguay y la Argentina al apreciar el problema de las aguas del Plata, y con las declaraciones de la Conferencia Internacional de Buenos Aires de 1910, acerca del cobro de deudas por la vía diplo-

mática, sobre el cual produjo un luminoso informe cuyas conclusiones sostuvo en el Congreso. Su nombre está también vinculado a un momento muy característico de la historia de la cultura nacional que en aquella época tomó forma militante en las tribunas del Ateneo. Este espiritualista nutrido de literatura romántica, cuya fina sensibilidad trasciende de los versos que escribió en la juventud, fué entonces conquistado por el positivismo científico. Darwin y Spencer, autores desconocidos en aquella época en Montevideo, sustituyeron a Cousin y Julio Simón, y la divulgación y comentario de las doctrinas de aquéllos fueron seguidos de ensayos de extensión y aplicación de las leyes de las ciencias físico-naturales a las ciencias morales y políticas, y especialmente a la esfera del derecho. Mantuvo, sin embargo, sus convicciones espiritualistas, puesto que en el momento álgido de la lucha de ideas, cuando formulaba su profesión de fe científica, escribió estas palabras: "sin dejar de ser un humilde sectario de las doctrinas de Carlos Darwin, he podido estrechar por última vez la mano helada de un ser querido, sintiendo palpitar en mi cerebro, la idea de un ser supremo y vivificando mi corazón el sueño hermoso de la inmortalidad". Falleció en Montevideo el 9 de enero de 1911.

## MONSEÑOR MARIANO SOLER

El centenario del nacimiento del primer Arzobispo de Montevideo, Monseñor don *Mariano Soler,* ha sido recordado por la prensa del país y por diversas corporaciones que, con tal motivo, han hecho el elogio del ilustre prelado que fué, además, publicista eminente y verdadero humanista que enriqueció la cultura nacional con una vasta bibliografía que comprende la teología, el derecho canónico, las ciencias eclesiásticas, la filosofía, la sociología, el derecho, la economía política, las ciencias físicas y naturales, las matemáticas, la historia, la literatura, la elocuencia, las artes, etc. etc. Escritor sobrio en el que la forma literaria noble y austera, corresponde al concepto denso y ajustado a la severa disciplina escolástica; erudito en ciencias eclesiásticas y profanas cuyo repertorio de citas comprende todas las autoridades de los conocimientos humanos; frecuentador impenitente de todas las escuelas, y lector asiduo de los autores clásicos, su obra, que recién está siendo apreciada, ha de dar tema, en el futuro, al exégeta y al crítico, quienes han de ponerla en definitivo valor, sustrayéndola al limitado círculo en que actualmente es conocida. Como muestra de la obra del pensador y del escritor extractamos algunos capítulos de su obra "La Iglesia y la Civilización", en los que puede juzgarse del noble estilo del escritor; del método, orden y claridad expositivos que constituyen sus características; de su vastísima erudición y de su fuerza de raciocinio. Nació el eminente prelado en San Carlos, Departamento de Maldonado, el 25 de marzo de 1846, inició sus estudios eclesiásticos en la ciudad de Santa Fe bajo la dirección de los Padres jesuítas, y los prosiguió en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, donde, en 1872, fué ordenado Prebístero y se graduó de Doctor en Teología y Cánones. Regresó a la patria y ocupó sucesivamente los más altos cargos de la Diócesis. Fué Fiscal Eclesiástico, Provisor y Vicario General. A la vez ocupó una banca en la Cámara de Representantes, donde dejó huella bien marcada de su acción y de su elocuencia. En 1890, al fallecer el Obispo, Monseñor Yereguy, fué nombrado Administrador Apostólico de la Diócesis, y al año siguiente fué preconizado y consagrado tercer Obispo de Montevideo. En 1897 la Santa Sede le promovió a la dignidad arzobispal y fué así el primer ocupante de la silla metropolitana de Montevideo. Fué este prelado uno de los grandes organizadores de la Iglesia nacional, cuyo gobierno mantuvo durante diez y ocho años. La muerte le sorprendió lejos de la patria, en el mar, el 26 de noviembre de 1908, cuando regresaba de Roma, fatigado y enfermo, después de recorrer por tercera vez las tierras de Palestina que él describió en sus libros con la precisión del erudito, el fervor del creyente y la sobria belleza de su estilo.

## LUIS MELIAN LAFINUR

Las memorias diplomáticas del doctor don *Luis Melian Lafinur* que publicamos, nos han sido facilitadas por nuestro eminente colaborador, señor Ariosto D. González, a cuyo archivo pertenecen. Comprenden estas memorias parte del período en que su autor desempeñó el cargo de Ministro plenipotenciario del Uruguay en Wáshington, y aunque ellas fueron escritas con el objeto de cumplir una disposición de orden administrativo, con la austera pulcritud con que, quien las suscribe daba cumplimiento a sus funciones, la jerarquía del autor, el superior talento y el espíritu crítico que en él había convirtieron esos documentos, sobre todo ahora que han transcurrido más de treinta años desde que fueron redactados, en un verdadero panorama de la vida de los Estados Unidos de Norteámerica en los años 1908 y 1909, en el que la gran democracia del Norte aparece agudamente observada y sentida en sus rasgos característicos y, especialmente, en los problemas fundamentales que entonces la preocupaban, algunos de los cuales, como las relaciones con el Japón y la probable guerra, y los que se refieren a la unidad nacional, tienen hoy verdadera actualidad. En tales casos, como en otros, el observador intuyó el porvenir, y lo hizo con sentido de verdadero sociólogo. En publicaciones que hizo en la "Revista Histórica" de Montevideo y en los debates parlamentarios de 1911-1913, de los que el autor participó en forma prominente, completó este cuadro de impresiones y observaciones que aquí se desdoblan y ordenan acaso con mayor precisión. En realidad, se trataba de un observador excepcional. Era éste, hombre de pensamiento y hombre de letras, de vasta cultura jurídica y literaria, y es así que la simple memoria escrita a vuela pluma, cobra a las veces desusada elevación de concepto y de estilo. Nació este prohombre en Montevideo el 10 de enero de 1850 y falleció en la misma ciudad el 27 de febrero de 1939 agobiado por la ancianidad y la pérdida de la vista. No obstante, él se sobrepuso al infortunio y siguió dictando, hasta el fin, sus reflexiones y ofreciendo los tesoros de su saber y experiencia a quienes llegaban hasta su solitario y melancólico retiro. Jurisconsulto, parlamentarista, diplomático, escritor, poeta y propagandista ardoroso de los principios liberales prodigó en la prensa, en la tribuna parlamentaria, en el Ateneo, en el libro y en el folleto, sus aptitudes de publicista y de orador. De toda esa labor ha quedado un libro de crítica, "Las mujeres de Shakespeare"; otro de literatura histórica, "Juan Carlos Gómez"; una recopilación de poesías y numerosos panfletos y folletos de carácter político, jurídico e histórico. Procedía de una escuela política y filosófica inflexible y se mantuvo fiel a ella, llegando a ser el último sobreviviente de la generación romántica. Liberal de activa y ardorosa militancia, combatió el espiritualismo integral; pero siguió creyendo hasta el fin en la virtualidad de los principios abstractos que así en política como en filosofía había heredado de la generación anterior.



## JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ

El 25 de junio de 1907, por iniciativa del zar de Rusia, se reunió, en el Salón de Caballeros del Palacio Real de La Haya, la segunda Conferencia Internacional de la Paz. Las naciones de Sud América eran admitidas, por primera vez, en un congreso internacional europeo. El Uruguay estuvo representado en la histórica conferencia por el señor don *José Batlle y Ordóñez*, que acababa de abandonar la Presidencia de la República y que presidió la delegación, y por los doctores Samuel Blixen, Juan Pedro Castro y Pedro Manini y Ríos. Integraba la delegación el entonces Coronel don Sebastián Buquet, con el carácter de delegado técnico militar. En aquella hora solemne de la historia en que los pueblos de la tierra tuvieron la ilusión de que se iba a establecer, sobre firmes bases, la paz universal, las grandes potencias llegaron sólo a formular la estructura de una Corte Internacional Arbitral sin elementos eficaces para imponer sus fallos. En la sesión del 25 de junio el delegado del Brasil, Ruy Barboza, sostuvo, ante la sorpresa y la reserva de los delegados de las grandes potencias, la tesis de la igualdad de todas las naciones ante el Derecho Internacional. La delega-

ción uruguaya apoyó la proposición del Brasil. En la sesión del 8 de julio, no obstante haberse creado ya el ambiente para la aprobación del proyecto de las grandes potencias, el Presidente de la delegación uruguaya, en nombre de ésta y de su país, presentó el siguiente proyecto de creación de un Tribunal de Arbitraje Obligatorio: "Considerando que la paz y la justicia no han podido ser establecidas y mantenidas entre las asociaciones de individuos, de que se componen las naciones, sino por el derecho que se ha atribuído una parte de esos individuos de imponer sus beneficios al conjunto; considerando, que, así mismo la justicia y la paz no triunfarán y no se establecerán de una manera regular y permanente en la asociación de las naciones, sino cuando una parte de éstas, en número suficientemente grande y poderoso, tome la resolución en beneficio de todas, de hacerse garante de la justicia internacional, que es la base de la paz; considerando: que se puede esperar de los progresos de la razón pública que, en un tiempo no muy lejano, sea posible este acuerdo de grandes y pequeñas potencias, en un número bastante considerable para añadir al prestigio indispensable del derecho el necesario de la fuerza, y que conviene en todo caso señalar la buena senda. En el deseo de ajustar a la tradición de los esfuerzos que la diplomacia de su país ha realizado en todo tiempo en favor de la adopción del arbitraje como obligatoria solución de los conflictos entre los pueblos, la Delegación de la República Oriental del Uruguay presenta a la consideración de la Segunda Conferencia de la Paz las cuatro declaraciones que siguen: 1.o Desde el momento en que diez naciones (de las cuales cinco tengan por lo menos veinticinco millones de habitantes cada una), estén de acuerdo para someter al arbitraje las diferencias que puedan presentarse entre ellas, tendrán el derecho de ajustar una alianza con el fin de examinar las disensiones y los conflictos que surjan entre los otros países, y de intervenir cuando lo juzguen conveniente en favor de la solución más justa; 2.o Las naciones aliadas podrán establecer un Tribunal de Arbitraje obligatorio en La Haya (si el Reino de Holanda formara parte de la alianza) o en otra ciudad que fuera designada con



el mismo objeto; 3.o La alianza en favor del arbitraje obligatorio no intervendrá sino en los casos de conflicto internacional, y no podrá inmiscuirse en los asuntos internos de ningún país; 4.o Todas las naciones que estén conformes con el principio del arbitraje obligatorio, tendrán el derecho de incorporarse a la alianza destinada a suprimir los males de la guerra". El señor Batlle y Ordóñez, al presentar el proyecto, pronunció ante aquella asamblea universal en la que estaban representados casi todas las naciones de la tierra, y en la que se sentaban los más eminentes hombres de Estado de América y Europa, el discurso que reproducimos y que ha sido y será siempre timbre de honor para la República. En esa pieza oratoria, breve como la imponían las circunstancias, pero densa de pensamiento, y en el proyecto que hemos transcripto, el ilustre estadista se adelantó a su época y estructuró las bases de una sociedad internacional en que el derecho dirimiría todas las diferencias y en que las naciones constituirían una alianza eficaz para suprimir los males de la guerra. La institución teórica creada por la Conferencia en 1907 fué impotente para evitar la guerra; pero el pensamiento contenido en el proyecto del Uruguay, que no fué aceptado, y los conceptos del discurso con que fué sostenido, adquirieron, luego, nueva forma, y siguen siendo hoy la aspiración de los hombres de buena voluntad que procuran estructurar la sociedad internacional sobre bases jurídicas en que la justicia y el derecho aseguren la paz entre las naciones y promuevan al advenimiento de la democracia universal.

## JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

*Juan Zorrilla de San Martín* comenzó a escribir un libro en los días más dolorosos de la Gran Guerra y lo concluyó mucho después de terminada la tragedia. Hasta pocas horas antes de su fallecimiento, producido el 3 de noviembre de 1931, consagró sus afanes a la corrección de los manuscritos de esta obra cuyo origen fueron las meditaciones

en que le sumergió el espectáculo de la guerra, a las que asoció el recuerdo de un himno marcial compuesto por el último Emperador de Alemania, "El canto a Aegir", cuyas estrofas le habían impresionado vivamente cuando las conoció, en 1894, en momentos en que acababa de instalarse en París, como representante diplomático del Uruguay ante el gobierno de Francia presidido por Casimir Perier. De este libro que el autor conceptuaba que debía ser obra póstuma o, que, por lo menos, debía permanecer inédito algunos años, pues el tema exigía que se tomara distancia de los sucesos que lo inspiraron, dió a luz, en 1930, dos capítulos que incorporó en forma de ensayos a la edición de sus obras completas, los cuales tituló "La familia románica" y "La guerra". Hoy, a más de veintitrés años de distancia de la iniciación de la guerra y a más de seis del fallecimiento del ilustre escritor, se ha cumplido ya la condición que éste se había impuesto a sí mismo para proseguir la publicación del libro inédito. Damos, pues, a luz este capítulo totalmente desconocido y nos proponemos publicar otros que se hallan en las mismas condiciones. Su autor nació en Montevideo, el 28 de diciembre de 1855. Jurisconsulto, diplomático, orador, periodista, magistrado, historiador, profesor de derecho y de artes, figura representativa de su país y de su tiempo, fué, sobre todo, el poeta nacional por antonomasia y el creador, con "Tabaré", de la epopeya indígena americana. Pero, además, fué un filósofo de honda doctrina y un maestro de la lengua castellana que logró conciliar el más puro casticismo con formas personales de pensar y de decir que recuerdan, a veces, por lo originales, las alegorías de Carlyle. Su casa, convertida en museo por mandato de la ley de la República, y el monumento que otra ley ha ordenado sea erigido a su memoria perpetuarán el recuerdo de este hombre múltiple, cuyas obras completas fueron editadas en diez y seis volúmenes por el Banco de la República muy poco antes de su muerte.

## CARLOS ROXLO

*Carlos Roxlo* fué un gran poeta, un gran orador y un gran escritor. Injusto es el silencio que se ha hecho sobre



su obra poética que, en una época ya lejana, conmovió nuestro ambiente; sobre su oratoria hecha de arrebatadora elocuencia, que se impuso en el parlamento y en la tribuna política; sobre el escritor multiforme que, en la prensa y en el libro, usando de pura y castiza prosa, prodigó sus dones de estilo, su vasta erudición literaria y su peregrino ingenio. Nació en Montevideo en 1850 y, niño aún, fué llevado a España. Hizo sus estudios en Barcelona, donde frecuentó, en su edad juvenil, las tertulias intelectuales de la época. Regresó al país con un gran caudal de cultura y decidida vocación literaria que halló empleo en el periodismo político. Incorporado al partido nacional se alistó en las huestes revolucionarias que fueron diezmadas y vencidas en los campos del Quebracho y prestó, más tarde, su tributo de sangre a las revoluciones de 1897 y 1904. Fué Profesor de Literatura en la Universidad y ocupó una banca en el Parlamento, donde su elocuencia rayó a gran altura. Reelecto varias veces y requerido por el periodismo de combate y las funciones políticas, no dejó, sin embargo, hasta su muerte, producida el 23 de noviembre de 1926, de cultivar la poesía y las letras en general. Dió a luz numerosos libros, cuyos títulos principales son los siguientes: "Veladas poéticas", "Bocetos", "Estrellas fugaces", "Fuegos fatuos", "Compendio de Estética", "Estudios históricos acerca de la poesía lírica", "Soledades", "Armonías crepusculares", "Cantos de la tierra", "Luces y sombras", "Flores de ceibo", "El libro de las rimas", "Teatro". En 1916 publicó la "Historia crítica de la Literatura Uruguaya", obra que consta de siete gruesos volúmenes. El homenaje que el poeta tradicionalista y romántico tributa, en el estudio que publicamos, al poeta decadente y revolucionario demuestra la comprensión y la agilidad de aquel ingenio que fué capaz de gozar la belleza cualquiera fuese el vaso en que se le ofreciera. El poeta reaccionario penetra intrépidamente en el espíritu del poeta nuevo y lo siente e interpreta como podría hacerlo uno de los corifeos del cenáculo de la "Torre de los Panoramas". Esta es la gran

lección que dió Roxlo a las nuevas generaciones literarias antes de marcharse dramáticamente del mundo. No obstante el silencio que se ha hecho sobre su obra no podrá ser olvidado el poeta, el orador, el político y el periodista, y no será olvidado tampoco el crítico que escribió páginas tan clarividentes como éstas que ahora reproducimos y como muchas otras que hemos de poner en valor en futuras transcripciones.

## JOSE ENRIQUE RODO

Este bello prólogo de *José Enrique Rodó,* (1) además de lo que significa como reconocimiento de los valores del autor del libro para el cual fué escrito, y como consagración del mismo, tiene gran interés para la historia espiritual del ilustre escritor y para el conocimiento del momento en que fué concebido. Corresponde este ensayo crítico al año 1898, esto es, dos años antes de la aparición de "Ariel", que es de 1900, pero en él está ya en germen el "sermón laico" que tanta resonancia tuvo en los países de habla castellana, especialmente los del Nuevo Mundo, resonancia que todavía no se ha extinguido. Se halla en él el tono, el acento, la forma discursiva, el noble y austero lenguaje, el rico estilo, la copiosa información, y se hallan también varios de los conceptos que el autor desarrolló en la última lección de Próspero. Como éste, se dirige también a la juventud para predicarle la sinceridad y la espontaneidad, el cultivo de la propia vocación y prevenirla contra los peligros de las efímeras modas literarias, y se bate un poco contra molinos de viento al combatir el decadentismo, del que dice que "es en nuestra casa un huésped incómodo al que debemos soportar con paciencia porque pasará", siendo así que en vano se buscaría en la producción literaria nacional de aquella época rastro siquiera de la nueva escuela que, no obstante sus reservas, él patrocinó años después al prologar "Prosas Profanas" de Rubén Darío. Hay en este ensayo un punto de vista crítico en que infortunadamente no perseveró Rodó, cogido como lo fué por el "universalismo" que lo apartó del paisaje físico y moral del propio ambiente. Es este punto de vista el que se refiere al cultivo del localismo, de los temas nacionales, de las cosas propias y a la expresión de todo ello mediante un arte que lo reflejara con originalidad, sin pretender por ésto la creación de una autonomía literaria absoluta. El campo con su naturaleza, sus costumbres y su tipo genérico: el gaucho, al que consagra bellísimas páginas; el drama de la guerra y la epopeya de la paz; la cultura de la vida ciudadana y lo que hay de esencial y típico en el ambiente y en el hombre que lo puebla, convertidos en elementos de creación estética, podrían, según Rodó, hacer destacar con rasgos propios, "en el conjunto de la Anfictionía literaria de América", la personalidad intelectual del país. Para afirmar su concepto respecto a las aptitudes de la raza, recurre al factor histórico y evoca la gran generación de la Guerra Grande, y la que se inició al producirse la reacción cívica de 1872 y se ensayó en las luchas del Club Universitario y el Ateneo; y se dirige luego a la nueva generación, a la que se abrían nuevos horizontes y a la que, años después, había de hablar desde la cátedra de Próspero, bajo el signo de Ariel, cuyas alas, si alguna vez se han plegado con desaliento, se mantienen felizmente ágiles para el vuelo y dóciles a las incitaciones del espíritu. El Prólogo que reproducimos constituye un "documento humano" que nos pone en contacto con el espíritu del gran escritor, en los días en que su grave y austera juventud vencía la crisis de ansiedad e inquietud de que fué reflejo su ensayo "El que vendrá".

*
* *

Este artículo fué el último que escribió y terminó *José Enrique Rodó.* Como lo advertirá el lector en el grabado que reproduce dos de las doce carillas que lo compo-

(1) Prólogo del libro "Narraciones" de Juan Carlos Blanco Acevedo.

nen, está escrito con pulcra y clara caligrafía, y se observan en el texto escasísimas correcciones. Está fechado en Palermo, en marzo de 1917. Esta fecha es un error, a no ser que algún motivo que ignoramos haya inclinado al autor a adoptarla. Según se desprende de su "Itinerario de viaje", Rodó llegó a Palermo el 3 de abril de 1917, donde se alojó en el Hotel Las Palmas. El 7 de abril — así lo anota —, comenzó a escribir este artículo, y lo continuó los días 8, 9, 10 y 11. Este último día, anota: "Termino (B. S. D.) "Benedicto XV", y el día 12 consigna: "Envío Benedicto XV". El 14 del mismo mes de abril comenzó a escribir otro artículo titulado "Palermo", y lo continuó los días 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21. Como se advierte, el trabajo de redacción era lento y duro; por eso, al anotar la conclusión de los artículos agregaba esta sigla (B. S. D.), "bendito sea Dios", que era como un suspiro de alivio. El "Itinerario" se detiene el 22 de abril, y no consigna que el artículo "Palermo" haya sido terminado y enviado a su destino. Otros apuntes de Rodó revelan que los días 23 y 24, aunque acosado por la fatiga y las taquicardias, que de tiempo atrás combatía con dosis diarias de digital, permanecía aun en pie. La última anotación corresponde al día 25 de abril. Desde ese día debió guardar cama. El 1.o de mayo, es decir, cinco días después, falleció el ilustre escritor. El artículo cuyo texto publicamos llegó a su destino, que era la redacción de la revista "Caras y Caretas" de Buenos Aires, conjuntamente con la noticia telegráfica del fallecimiento del autor de "Ariel". El tema de este artículo no ofrecía interés de actualidad; luego del homenaje que el periódico argentino tributó a su esclarecido corresponsal viajero, el manuscrito quedó detenido. Más tarde los originales pasaron a manos del Dr. D. Horacio Beccar Varela, quien hace poco tiempo hizo obsequio del valioso autógrafo al Dr. D. Dardo Regules. Este eminente colaborador de la revista ha tenido la bondad de ponerlo en nuestras manos, sin perjuicio de que sea incorporado oportunamente al acervo de los papeles de Rodó que se custodian en el Instituto Nacional de Archivos e Investigaciones Literarias. Merced a esta circunstancia podemos insertar esta interesante pieza y esta breve información y comentario al cumplirse el 34 aniversario de la muerte del ilustre hombre de letras.



## JULIO HERRERA Y REISSIG

La lectura de estas curiosas páginas es necesaria para quien pretenda conocer y penetrar la singular personalidad literaria de *Julio Herrera y Reissig* y apreciar su cultura y su original manera de hacer sociología nacional y apreciar la historia del país y los hombres que fueron sus protagonistas. El juicio se extiende también a los contemporáneos, sin excusar plano de actividad espiritual, política o utilitaria. Pertenece este trabajo que, arbitrariamente tomó forma de carta, a un momento muy característico del poeta y del escritor. Acababa de abandonar su primer mirador de la calle Cámaras, en la casa paterna de los Reissig, para trasladarse con su familia a la casa de la calle Ituzaingó esquina Reconquista, cuyo mirador transformó, por arte de imaginación, en la famosa "Torre de los Panoramas". Presidía ya su segundo cenáculo y se acentuaba en él la evolución literaria que hizo del cantor de Lamartine y de Guido Spano, el raro poeta de "Las Pascuas del Tiempo" y de las inolvidables décimas de "Desolación absurda". Nos hizo en aquella época entrega de los originales de este trabajo para ser publicado en la revista mensual "Vida Moderna", de la que éramos entonces codirectores, y nos anunció que la aparición de estas páginas equivaldrían en Montevideo a una erupción volcánica del Cerro. Ilusión del poeta y de quienes le hicieron y le han seguido haciendo coro. El "Epílogo wagneriano" se publicó en el número de setiembre de 1902 de "Vida Moderna", tomo VIII, página 19, y se leyó con curiosidad por una pequeña *élite*. Hoy hay que volver a leerlo, si es que se quiere tener conocimiento cabal de aquel original espíritu. Digamos de paso que esa publicación fué acompañada de una nota biocrítica redactada por nosotros en que, acaso por primera vez, se definió la posición y las modalidades literarias del poeta y lo que significaba su labor lírica en aquel momento verdaderamente interesante de la evolución y de la historia de las letras platenses. Desde luego, es de advertir que esta carta fué sólo pretexto para transcribir extensas páginas de uno

de los desmesurados trabajos en prosa que escribía entonces el poeta para dar rienda suelta a su imaginación y aplicación peregrina de las copiosas lecturas que, sin método ni disciplina alguna, hacía de Spencer, Nietzche, Lombroso, Comte, Stuart Mill, Schopenhauer, Guyau, Taine, Sainte-Beuve. Ponía en todo ello aquel ardor, aquel brillo, aquel ardimiento del "neologismo y de la invención gramatical" que fué característica de Juan Jacobo al decir de Bourget. El idioma estallaba en sus manos como un fuego de artificio, con sus modos de decir originales, con las bizarras concatenaciones que acaso había tomado de las epístolas de combate de su amigo Roberto de las Carreras, con las imprevistas curvas, grecas y lacerías de gusto barroco que imprimía a su estilo. Aparecen, por su orden, en estas páginas el dandi, el egotista, el pesimista, el humorista Su dandismo no fué solamente literario, tiene acento humanístico e invadió también el terreno objetivo, no obstante sus períodos de abandono y de habérsele tachado de bohemio. Algún día, junto al análisis de su personal estilo, se ha de evocar a aquel bello hombre, vestido como un lord de la época victoriana, menos estrepitoso que Roberto de las Carreras, que, con su junco y sus guantes, paseaba, con su paso cadencioso, las calles de la ciudad, acompañado de sus amigos, erguida la noble cabeza, descubierta a veces para que la brisa agitara sus rubias guedejas, iluminados los azules ojos, los labios cuajados de la ática miel que no venían a libar las abejas del Himeto. En una esquina, frente a una vidriera, en plena calzada brotaba de ellos el soneto, la estrofa, muy a menudo la frase aguda y humorística que iluminaba su rostro con la risa aristofanesca y le daba semejanza con un joven fauno. Su egotismo era espontáneo; lo ejercía como ejercían el derecho divino los antiguos reyes; pero generosamente, sin odios ni exclusiones, con la mano fácil para atraer y subir hasta él a los amigos y también a los que no lo eran; consagraba así, en la intimidad, poetas y catecúmenos y les acordaba la sapiencia lírica o la dignidad literaria, sin limitaciones, con prodigalidad de Mecenas. El pesimista que aparece en estas páginas, y en otras, era cosa de reflejo y de posición adoptada-



da, acaso, un poco *pour épater les bourgeois*. En el fondo era un hombre de fe, un crédulo, un espíritu ingenuo y bondadoso hecho para amar al prójimo. Su corazón estaba abierto al amor y a la amistad. Su sensibilidad hiperestesiada lo llevaba a extremos de ternura que en el hogar hacían de él un niño grande. Era, además, un entusiasta, un desbordado, un admirativo, un sibarita de la simpatía y del afecto. ¿Es que Julio podía ser un pesimista? ¿Es que Nietzche podía haber enturbiado la linfa transparente y espejada de este espíritu cristiano? ¿Es que fué otra cosa que *snobismo* y fumistería literaria este barroco ensayo de sociología nacional que le dió ocasión para abrir las compuertas de cuanto en él dejaron apresuradas lecturas, sobre todo, lo que con el sentido de adivinación que Platón reconoció a los poetas, indujo él sobre la ciencia política y el concepto de la Historia? Su humorismo sí fué permanente; se le advertía en la intimidad del hogar y de la conversación, en la indefinible expresión que había en su rostro, en muchos de sus magníficos poemas, en sus páginas de prosa, en éstas, sobre todo, detrás de las cuales asoma constantemente ese curioso fondo de ironía, que no llega al sarcasmo, de amargura que no llega a hacer daño, de melancolía que se funde en una sonrisa que no llega a plegar los labios. Todo esto y mucho más aparece nítidamente en estas páginas que nuevamente entregamos a la admiración de los hombres, acompañadas de este breve comentario, en momentos en que las cenizas del poeta hallan hogar definitivo en el Panteón Nacional.

### JUAN CARLOS BLANCO

El 3 de mayo último falleció en Montevideo el Dr. D. *Juan Carlos Blanco* a quien la prensa consagró elogiosos artículos necrológicos para recordar al eminente ciudadano, al hombre público, al legislador, al ministro, al diplomático que participó de actos y congresos memorables. Se recordó también que, en su juventud, había profesado literatura en la cátedra universitaria; pero no se ha dicho que, además de las actividades burocráticas, políticas y especialmente diplomáticas que ejerció con singular talento y dig-

nidad, fué también un escritor tan noblemente dotado para el ejercicio de las letras que José Enrique Rodó, prologuista de su primer libro, después de decir de él que "lleva impreso entre las sílabas de su doble apellido, lo que llamaría Charcot el *estigma del talento*", y de aludir al "vivo sentimiento de la sencillez que transparentan su estilo y su manera de narrador", afirma que en medio de la confusión de la época, el primer libro de Blanco, "ingenuo y penetrado del sentimiento de lo sobrio y sencillo, esconde, con relación al gusto de nuestro tiempo, la verdadera sorpresa, *el temblor nuevo*, el verdadero golpe inesperado". Luego de elogiar el espíritu de observación del entonces joven escritor, "la impresión de frescura que se desprende de su ingenuidad y de su sencillez, que no excluye la vivacidad del color ni la esbelta limpidez del contorno", establece que aquél había dado progresivo valor a las condiciones del estilo y había buscado la nitidez y la donosura de la forma, sin olvidar el color local y el sentido social que corresponde al género del libro. Rodó señalaba en el primer libro de este autor, — libro de un joven recién salido de la adolescencia, — el boceto de una futura estatua. No se equivocó el maestro: el boceto fué convertido luego en estatua, pero digamos que la estatua conservó los rasgos típicos que el crítico descubrió en la primera forma de arcilla: sobriedad, sencillez, personalidad, estilo. Y con ésto, sentido social y de docencia. Lo demuestra la Carta Literaria que publicamos en segundo término, escrita en los precisos momentos en que aparecía "Ariel", en que el autor encuentra el tono "areliano" para dirigirse a la juventud y prevenirla contra los peligros de las modas literarias pasajeras y volverla a los modelos universales y permanentes sin perjuicio de que concediera a la época lo que ésta reclamaba. Lo demuestran también las hermosas semblanzas de Lloyd George, Poincaré y Clemenceau, escritas en la madurez, como todos los capítulos del libro "La enseñanza de la guerra" de que proceden. Lo demuestran las finas y ágiles notas literarias que el autor insertaba periódicamente en el "Jornal do Comercio" de Río Janeiro en la época en que ejercía el cargo de Embajador ante el gobierno brasileño. Y lo demuestra lo que fué estilo en su persona y en su vida, su cultura, sus maneras de gran señor, su aguzado sentido estético de las cosas, que le venía de raza, como le venía el sentido jurídico que iluminó su acción, ya como Canciller, ya como Embajador en días difíciles para el mundo y para la República. El espíritu analítico de su ilustre abuelo el codificador Dr. D. Eduardo Acevedo y los ocios que su también ilustre padre el Dr. D. Juan Carlos Blanco consagró a las bellas letras determinaron, por misteriosos cauces, la vocación del hombre de Estado y del escritor y si de aquél ha quedado la obra que ha de desentrañar el biógrafo en archivos de cancillerías, de éste han quedado páginas como las que publicamos, en las que el crítico tiene que reconocer la presencia de un escritor de raza, cuya obra, infelizmente se vió casi siempre limitada y subestimada por la actividad del político y del diplomático. Agreguemos para situar a este escritor dentro de su época y en su plano habitual, sus datos biográficos sumarios. Nació en Montevideo el 6 de diciembre de 1879 y cursó sus estudios en la Universidad de Montevideo hasta graduarse de doctor en la Facultad de Derecho. Profesor de Literatura en la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, y de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho, Secretario y miembro del Consejo de Administración del Puerto, y Director Honorario de Tráfico y Conservación del mismo puerto, legislador, Ministro de Obras Públicas y de Relaciones Exteriores, Embajador en Francia, Estados Unidos, Argentina y Brasil, Delegado a la histórica Conferencia de la Paz de Versalles en cuyo carácter firmó el tratado universal de paz que selló la primera guerra mundial, delegado a la Sociedad de las Naciones y a la Conferencia Internacional Americana, gran Cruz de la Legión de Honor y del Imperio Británico y poseedor de otras encomiendas y cruces extranjeras, su bibliografía, amén de los artículos, ensayos y estudios que vieron la luz en diarios y revistas y de los numerosos informes jurídicos, técnicos y diplomáticos, está constituída por los siguientes libros: "Narraciones", 1898, "El Puerto de Montevideo", 1912, "La lección de la Guerra", 1915.

## JOSE SERRATO

Este magistral artículo fué escrito para rendir homenaje de justicia y amistad al insigne argentino (1) cuya muerte, recientemente acaecida, ha repercutido en todos los países de América. Fué publicado en la edición de "La Nación" de Buenos Aires de fecha 25 de mayo último. Lo transcribimos, con la autorización expresa de su autor, porque no hallaríamos lenguaje más elocuente ni concepto más hondo y sentido para expresar el sentimiento que produjo en este país el fallecimiento de quien, a sus grandes merecimientos, unía el de ser amigo leal y generoso de los orientales. El ingeniero don *José Serrato,* autor de esta hermosa semblanza, es una de las figuras representativas de la cultura del país. Hombre de gobierno, ha ocupado las más altas funciones políticas y administrativas sin excluir la Presidencia de la República; universitario eminente, ejerció la cátedra y la profesión con autoridad magistral y participó en los consejos de gobierno de la Universidad; financista y maestro en ciencias económicas, además de disciplinar y orientar las finanzas del Estado y de introducir en el gobierno de la hacienda pública y de los organismos oficiales nuevos conceptos técnicos y sujetarlos a principios económicos hasta entonces poco conocidos y no experimentados en el país, ha intervenido, con rara eficacia, en las actividades privadas y ha creado y dirigido con experta mano numerosas entidades industriales; representante de una escuela de seleccion espiritual, ha presidido las más importantes corporaciones de cultura social del país con la dignidad y el noble señorío del perfecto *gentleman.* Así ha construído su fecunda vida este ilustre ciudadano, cuya asombrosa actividad, mantenida sin desmayo, puede ofrecerse como ejemplo, y cuya obra e influencia se han dejado sentir sin interrupción durante los últimos cincuenta años de la historia del país, en forma tan decisiva que, luego de ser legislador y Ministro y, en doble ocasión, candidato a la Presidencia de la República y luego al Consejo Nacional y de haber declinado esas candidaturas, fué el primer Presidente de la República elegido directamente por el pueblo de

(1) Marcelo T. Alvear.



acuerdo con la Constitución de 1917. Actualmente ejerce el cargo de Presidente del Consejo de Estado. Puede decirse de él que, además de lo que es y ha sido en el orden real de las posiciones y actividades de gobierno, ha llevado a ese plano de la vida nacional una manera o modo de cultura personal que es producto de su experiencia, de su sabiduría, de su concepto de la vida, de la sociedad y de los hombres, todo lo cual ha hecho de él, además de un "técnico del Estado". como alguien le ha llamado, un gran señor de la política. Nació este hombre público en Montevideo; cursó sus estudios en la Universidad de la República, donde obtuvo, en 1888, el título de Agrimensor y, en 1892, el de Ingeniero de Puentes y Caminos, formando así en el primer grupo de egresados de la Facultad de Matemáticas. Para optar a este título presentó una tesis titulada "Proyecto y anteproyecto de carretera", estudio que fué publicado en los "Anales de la Universidad" y que luego editó esta casa de estudios. En 1890 fué designado Catedrático de Topografía de la Universidad; al año siguiente se le confió la Cátedra de Resistencia de Materiales en la Facultad de Matemáticas, y en 1896 la Cátedra de Hidráulica de la misma Facultad. En 1900 fué elegido miembro del Consejo Universitario. Inició su carrera administrativa en 1893 como Ingeniero de Primera Clase de la Sección Puentes y Caminos del Departamento Nacional de Ingenieros; al año siguiente pasó a ocupar la Secretaría de la Comisión de estudios del Puerto y en 1897 fué designado Director de Obras Municipales de Montevideo. Ese mismo año se incorporó a la Cámara de Representantes y al año siguiente ingresó al Consejo de Estado, sin perjuicio de desempeñar honorariamente el cargo de Director de la complementación de los Estudios del Puerto de Montevideo en sustitución de la Comisión de Estudio del Puerto que había cesado en su función. Elegido nuevamente Representante, los electores de Montevideo le confirmaron en la legislatura sibsiguiente. En 1903 el Presidente de la República, señor Batlle y Ordóñez, le confió el Ministerio de Fomento, y al año siguiente la cartera de Hacienda. En 1906 sus amigos políticos propiciaron su nombre para proclamarlo candidato a la Presidencia de la República. Ese mismo año declinó la Presidencia del

Banco de la República que le fué ofrecida. En 1907 ingresó al Senado, donde permaneció hasta que el señor Batlle y Ordóñez, en su segunda Presidencia, le confió nuevamente el Ministerio de Hacienda. Abandonó este cargo cuando se planteó el problema constitucional de la implantación del sistema ejecutivo colegiado, y fiel a sus convicciones, renunció a la vez su candidatura a la Presidencia de la República que contaba con la mayoría del Cuerpo Elector. Posteriormente fué Presidente del Banco Hipotecario del Uruguay, Presidente del Directorio de la Caja de Jubilaciones de Empleados y Obreros de Servicios Públicos y Presidente del primer Directorio de la Caja de Ahorro Postal. En 1922 nuevamente fué proclamado candidato a la Presidencia de la República. Esta vez recurrió democráticamente en consulta a la soberanía de su partido político y, cuando obtuvo la unanimidad de todas las fracciones, aceptó la candidatura sin compromiso ni obligación alguna. Así gobernó la República de 1923 a 1927. Terminado su período presidencial se dirigió a Europa, y luego de recorrer los países del viejo mundo regresó al país, donde se consagró a actividades privadas relacionadas con la industria y la banca. En 1933 fué designado Presidente del Banco de la República, cargo que aceptó previa declaración de que lo hacía al margen de la política del momento, pues era contrario al gobierno surgido del golpe de Estado de marzo de 1933, y a fin de servir al país en el orden técnico frente a la honda crisis planteada. Disidencias doctrinarias le hicieron presentar renuncia de su cargo al año siguiente. Consagrado nuevamente a la actividad privada, en la que ha ejercido y ejerce numerosas presidencias de corporaciones y sociedades anónimas y la Presidencia del Banco de Montevideo, en febrero último aceptó el cargo de miembro del Consejo de Estado creado por el Presidente de la República General Baldomir, cuerpo que le designó Presidente por unanimidad. Su obra es extensa y ella es fruto de su actividad en la administración, en la cátedra, en el Parlamento, en los gabinetes de gobierno, en la Presidencia de la República y en el retiro de la vida privada. A su tesis académica ya mencionada, añadió sus estudios impresos "Contra las inundaciones. Proyecto de reforma" y "Reforma de edificación de la



plaza Independencia". En 1902 publicó su libro "Problemas económicos", que es contemporáneo de la famosa polémica periodística que mantuvo con el Dr. Julio Herrera y Obes, en la cual agotó con su ilustre contendor el examen de las finanzas nacionales durante la propia administración de aquél y las dos que la siguieron. A esta labor impresa se agrega su actividad parlamentaria y de gobierno. Se inició en los debates de la Cámara con un discurso doctrinario sobre representación de las minorías y luego intervino activamente, ya como autor de leyes, miembro informante o simple parlamentarista, en asuntos de la magnitud del Puerto de Montevideo, Presupuesto General de Gastos, acuñación de monedas, expropiación de faros, creación de Frigoríficos Nacionales, creación de la Escuela Politécnica, creaciones de las Escuelas Industrial y de Comercio, creación de Becas para Estudios de Veterinaria, etc. Su labor ministerial fué igualmente fecunda y se caracterizó por su orientación original. Aplicó a las funciones de gobierno una nueva técnica y restauró la tradición de los grandes ministros que llevaron a su función los conceptos de la ciencia administrativa y económica sin desdeñar por eso la realidad objetiva. En el Ministerio de Fomento trazó carreteras, construyó caminos, abrió puertos, inauguró el edificio de la Facultad de Medicina, impulsó la agricultura, reformó planes de enseñanza e incorporó a la Universidad oficialmente los estudios de veterinaria, comercio y agronomía, siendo el verdadero fundador de esas carreras y profesiones en nuestro país. En el Ministerio de Hacienda introdujo extraordinarias reformas en la estructura económica de la República; reorganizó la administración pública según modelos técnicos desconocidos en el país; fundó nuevos servicios sin crear nuevos impuestos; pagó todos los perjuicios de la guerra; superó la merma de la renta y aumentó las potencias rentables; extendió las facultades secundarias del Estado y obtuvo, sin aumentar los gravámenes, y a pesar de la catástrofe que importó la lucha armada, el primer superávit conocido en la historia financiera del Uruguay. Con su gestión al frente de la hacienda pública se inició y afirmó la política de la extensión de la actividad del Estado en la vida económica del país y la política del

superávit en el presupuesto de la Nación, y bajo su experta dirección, se realizó el empréstito de conversión de Deudas del Estado al 5 %, vasta operación financiera de verdadero alcance para la República. A él se debió también el sistema de aforo de la propiedad territorial que establece la diferencia entre el valor de la tierra y el valor de las construcciones, con lo que se preparó una reforma del sistema impositivo inspirada en un nuevo concepto de justicia social. Dentro de estas normas de renovación de la ciencia de gobierno, en su función de Ministro de Hacienda introdujo en la organización del Estado, con el apoyo del Presidente Batlle y Ordóñez, una reforma novedosa y esencial, como lo fué la creación de los entes autónomos. A su acción se debe la nacionalización del Banco Hipotecario, la creación del Banco de Seguros del Estado y la estadización definitiva del Banco de la República. A ello agregó aún la transformación estadual de las Usinas Eléctricas del Estado y la ley técnica del Monopolio del Alcohol, fundamento de la creación de la Ancap. Su labor como Jefe del Estado se ciñó al concepto técnico de la función de gobierno y a normas de amplia libertad y comprensión política, fruto de su experiencia, de su sabiduría y su superior cultura.

### MONSEÑOR ANTONIO MARIA BARBIERI

Monseñor doctor don *Antonio María Barbieri* es el actual Arzobispo de Montevideo, y el tercer Prelado que ocupa la silla metropolitana de la capital de la República, erigida el año 1897. Nació en Montevideo el 12 de octubre de 1892, y fué bautizado en la Iglesia Catedral con el nombre de Alfredo. Definida su vocación religiosa, ingresó de postulante en la Orden Capuchina el 8 de diciembre de 1913. Dos años después, cuando la guerra azotaba a Europa, fué enviado a Italia a proseguir sus estudios. El 8 de setiembre de 1915 vistió el hábito de novicio, en el Convento de San Bernabé, de Génova, y, un año después, hizo sus votos en religión, y comenzó los cursos de Filosofía, los cuales terminó en el Convento Cuarto de la *riviera* de Génova. En 1918 inició el curso de Teología, en el Convento de San Bernardino, sede provincial de la Orden, y lo terminó como alumno del Colegio Internacional de S. Lorenzo de Brindisi, establecido en Roma por la misma Orden, en la Universidad Gregoriana. El 17 de diciembre de 1921 recibió el prebisterado, en la histórica Iglesia de San Juan de Letrán, de manos del Cardenal Pompili. En disputa pública, celebrada el 29 de abril de 1922, en la Universidad Gregoriana, en presencia del claustro de profesores de la misma, sostuvo, con singular elocuencia, las proposiciones preparatorias para recibir la dignidad doctoral, la cual le fué conferida, en la misma Universidad, el 9 de julio de 1923. Requerido para ocupar la cátedra de repetición en el Colegio Internacional, optó por regresar a la patria, y se embarcó para Montevideo, donde se incorporó al Convento de su Orden e inició la docencia y la actividad religiosa. En 1926 pasó a ocupar el cargo de Rector del Colegio de Concordia (República Argentina) y, en 1929, fué destinado al cargo de Guardián del Convento de San Antonio de Padua, de Montevideo. En noviembre de 1931 recibió la dignidad de Superior de la Misión Capuchina, cargo para el que fué reelegido en 1934. El 10 de octubre de 1936 fué preconizado, por la Santa Sede, Arzobispo titular de Macra, coadjutor del Arzobispado de Montevideo, con derecho a sucesión. Su consagración episcopal, realizada en la Basílica Metropolitana, el 8 de noviembre, dió lugar a una imponente ceremonia pública, presidida por el Nuncio de Su Santidad, que ofició en la consagración, auxiliado por el Arzobispo de Montevideo, Monseñor Aragone, y el Obispo del Salto, Monseñor Viola, y a la que asistieron todos los Prelados uruguayos, representantes de la jerarquía argentina, cuerpo diplomático, clero regular y secular, y representantes de todas las clases sociales del país. En 1940 asumió el gobierno del Arzobispado de Montevideo, en razón de haber sido promovido su antecesor a otra silla episcopal. Desde entonces rige la Arquidiócesis como Arzobispo titular. Su intensa actividad religiosa y apostólica no le ha vedado el culto de las ciencias, las letras y las artes. Su profunda formación en ciencias eclesiásticas ha sido complementada con vasta cultura humanística, que le ha puesto en contacto con los autores de la antigüedad clásica y de todos los períodos de la civilización. Latinista eximio, conoce también profundamente la lengua castellana y la maneja en forma magistral, sea

desde la cátedra, en la que ha renovado, con su elocuencia, las grandes tradiciones de la oratoria sagrada; sea en el aula, donde la claridad, precisión y elegancia de su palabra le han consagrado profesor insigne; sea en el libro, donde su prosa adquiere noble y elevado acento. Estas circunstancias le conquistaron la dignidad de miembro fundador de la Academia Nacional de Letras, la que le fué conferida por el Gobierno de la República. En su carácter de Académico le tocó pronunciar el discurso de instalación del primer núcleo fundador, en contestación al discurso del entonces Ministro de Instrucción Pública, doctor don Cyro Giambruno. La Filosofía y las Letras, cuyas escuelas y vastas zonas domina, le han atraído por igual y su afán de cultura le ha llevado también a cultivar la música. Al estudio técnico y erudito de esta forma de arte exigido por el conocimiento de la música sagrada, ha agregado el de la ejecución instrumental y en su celda conventual, como en la mansión del Prelado, ha tenido siempre a mano la caja de su violín. Ha consagrado, además, parte de su tiempo, al estudio de las ciencias físico-naturales y a la investigación de laboratorio. A la labor intelectual que significa la docencia y el ejercicio de su función pastoral, que se ejercita en la cátedra y en innumerables escritos de carácter religioso, el Arzobispo de Montevideo ha agregado una vasta bibliografía que abarca, además de las ciencias eclesiásticas y sociales, la Historia, la Filosofía, la Literatura, etc. Es autor de "El beato Conrado de Parzham"; "Bocetos". (cuentos); "Los capuchinos genoveses en el Río de la Plata"; "La verdad en el éter"; "Tiende tu arco"; "Hacia El"; "Luz en la sombra"; "En la tarde"; "Riego"; "Pastorales y discursos"; etc., etc. El trabajo que ahora publicamos fué leído en la sesión inaugural de las "Lecturas académicas" correspondientes al año en curso, organizadas por la Academia Nacional de Letras.

### JUAN JOSE AMEZAGA

La actualidad internacional da especial interés a este estudio sobre los antecedentes del tratado celebrado entre el Uruguay y el Brasil en 1909, y sobre el tratado mismo, mediante el cual fueron devueltas a la soberanía de nuestro



país las aguas jurisdiccionales de la Laguna Merim y del Río Yaguarón. Fué escrito a raíz de ese acto histórico, en forma de artículos que aparecieron sucesivamente, en el diario "El Día" de Montevideo. El tema no pudo hallar mejor ni más autorizado comentarista que quien, con su jerarquía magistral, suscribe este ensayo en el que queda trazada una de las más interesantes y trascendentales páginas de nuestra historia diplomática. Su autor, el Dr. don *Juan José Amézaga,* estaba en condiciones excepcionales para escribirla, porque a su cultura general, a su sabiduría jurídica y el conocimiento del tema agrega la circunstancia de haberse hallado en la intimidad del gobernante a quien cupo el honor de resolver uno de los problemas que más conmovieron el sentimiento público de nuestro país desde que él fué planteado por el tratado de límites de 1851. Hombre de Derecho y hombre de Estado, maestro en disciplinas jurídicas y sabio administrador, legislador y ministro, diplomático y hombre de mundo, ciudadano de la Democracia y servidor de la República, el autor de este notable estudio constituye, a justo título, una de las figuras más preclaras de la cultura universitaria, forense y política del país. Nació en Montevideo el 28 de enero de 1881, cursó sus estudios en la Universidad y se doctoró en la Facultad de Derecho en 1905, luego de brillantes estudios que culminaron con su tesis sobre "Nulidades", calificada de "sobresaliente", y le conquistaron el cumplido elogio que hizo de él el ilustre Decano de aquella Facultad, doctor don Carlos María de Pena, y una beca para perfeccionar sus conocimientos en Europa. Asistió en París al aula de Derecho Civil dictada por Planiol, y a la de Derecho Comercial dictada por León Caen, maestros y tratadistas de universal renombre, y, luego de frecuentar otros centros de cultura jurídica europea, regresó al país y dió forma a su magistral estudio sobre "La enseñanza del Derecho Civil" que, al decir de uno de sus biógrafos, el doctor Adolfo Folle Juanicó, "abarca el programa total de esta fundamental rama del Derecho y resume todas las enseñanzas absorbidas por su autor en su contacto con los grandes cerebros jurídicos franceses". Se reincorporó en seguida a la actividad docente universitaria, de que ya había participado mientras frecuentaba las aulas, al sustituir en su cátedra de

Filosofía al maestro doctor Carlos Vaz Ferreira y al dictar la misma materia en la Escuela Militar. Designado, por méritos propios, Profesor de Derecho Penal de la Facultad de Derecho, se aplicó a la enseñanza de esa disciplina hasta que, en 1909, fué designado Profesor de Derecho Civil, cátedra que mantuvo en actividad hasta el año 1932 en que culminó su labor docente, pues recibió la dignidad de "Catedrático *ad-honorem*" en reconocimiento a la sabiduría, la dignidad y la consagración con que este maestro del Derecho, en una época en que el claustro de la Facultad se veía honrado por la enseñanza de profesores insignes, adquirió entre ellos personalidad propia y formó varias generaciones en la intimidad de la ciencia jurídica, de la que hizo en su aula, no una ciencia muerta, sino una disciplina viva que, más que producto de conceptos abstractos o de aforismos, preceptos y pragmáticas, es consecuencia de la observación y penetración de los problemas primarios del hombre y de la sociedad, y de la humanización de esos problemas. A la labor de cátedra agregó la que desarrolló en el gobierno y administración de la Universidad como Consejero de la Facultad de Derecho y de la Sección Secundaria y Preparatoria, y Director Honorario de la Biblioteca de la Facultad de Derecho. Paralelamente a su acción universitaria desarrolló intensa actividad administrativa y política, en el alto y noble concepto de esta palabra, pues la política ha sido y es para él, medio y no fin, medio de hacer el bien, de mejorar las condiciones sociales, económicas y morales del país, de tutelar los derechos y de lograr, dentro de la organización democrática, un mejor índice de libertad, de derecho, de justicia y de bienestar para la colectividad y para el individuo. Con el fin de realizar ese programa aceptó la Dirección de la Oficina de Trabajo, donde realizó una extensa y fecunda labor que sirvió de base y preparación de los más importantes capítulos de nuestra legislación social, tales como las leyes de accidentes del trabajo, reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños y extensión del régimen jubilatorio a los ancianos, en cuya sanción legislativa intervino luego como miembro del Parlamento. Miembro de la Comisión que redactó el proyecto de ley de Asistencia Pública Nacional, del Consejo de Protección de Menores, en 1917 fué designado



Presidente del Banco de Seguros del Estado, cargo que desempeñó hasta el año 1933, volviendo a servirlo en época posterior, y en el cual impuso a ese instituto del Estado orientaciones técnicas definidas e incorporó a sus normas internas el estatuto del funcionario. En 1941 fué designado Presidente de la Comisión Honoraria de Importaciones y Exportaciones, función que desempeña en la actualidad. En 1907 se incorporó a la Cámara de Representantes, en la que permaneció durante dos legislaturas, y en la que promovió y obtuvo la sanción de las leyes de reforma social a que ya nos hemos referido y otras, también esenciales, de orden político, a que nos referimos más adelante. En 1915 fué llamado al gabinete de gobierno por el Presidente doctor Viera, quien le confió el Ministerio de Industrias. Al frente de esa cartera sirvió con visión de hombre de Estado los intereses públicos, especialmente en la zona de las actividades rurales; fué autor de los proyectos de prenda agraria; de censo agrario; del de sistema de riego; de la reglamentación de la industria pecuaria; de la defensa contra las epizootias; de la repoblación forestal; y, por fin, de la organización técnica de la enseñanza industrial por el Estado, que acaba de ser elevada a la categoría de Universidad del Trabajo. En la función de gobierno, como en la de legislador, pugnó por dar al Estado función más amplia de la que hasta entonces le era atribuída en la evolución y desarrollo económico e industrial del país y jerarquizó los problemas sociales, aún los más modestos, a fin de obtener la tutela del Estado para las clases obreras y para el trabajo de la mujer y del niño. Su actividad pública ha rebasado las fronteras y se ha ejercitado en las esferas de los congresos internacionales y de la vida diplomática. Delegado oficial a la IV Conferencia Internacional Americana reunida en Buenos Aires en 1910; a la V reunida en Santiago de Chile en 1923, en la que presidió la Comisión de Comercio; a la VI reunida en La Habana en 1928 y a la VII reunida en Montevideo en 1933; Delegado a la Asamblea de la Liga de las Naciones reunida en Ginebra en 1923, en 1916 había representado al país como Embajador Extraordinario en misión especial ante el Gobierno argentino y en 1932 fué designado agente confidencial ante el mismo

gobierno para lograr el restablecimiento de las relaciones diplomáticas interrumpidas a raíz de un delicado entredicho. El agente oriental logró éxito rotundo y fué investido con el rango de Embajador Extraordinario en misión especial, en cuyo carácter suscribió el histórico protocolo mediante el cual fueron reanudadas las relaciones diplomáticas entre los dos pueblos del Plata. En el Parlamento había bregado por el perfeccionamiento del régimen electoral, por la depuración de los registros cívicos, por la reorganización técnica de los mismos, por la adopción del sistema del doble voto simultáneo que logró llevar a la ley, por el voto de los analfabetos, por el sistema de representación proporcional integral, del que fué inspirado defensor y el cual logró incorporar a la legislación política del país. Su influencia rebasó el Parlamento y se hizo sentir en la Asamblea Constituyente de 1916, la cual dió forma definitiva a varias de sus iniciativas de legislador. El proceso de la reforma constitucional que va a tener su culminación en el próximo plebiscito, es, en buena parte, su obra. Designado por el Presidente de la República, General Baldomir, miembro de la Comisión de estudio y redacción del proyecto de reforma constitucional y miembro de la Comisión Consultiva de los partidos, fué *alma máter* de la actividad de esas corporaciones. A raíz de los sucesos de febrero último se incorporó al Consejo de Estado, del que fué elegido Vicepresidente. Nombrado Presidente de la Comisión de Legislación y Constitución, redactó el luminoso informe sobre el proyecto de reforma constitucional que fué aprobado por el Consejo de Estado y convertido en Decreto-ley por el Poder Ejecutivo. Así ha llenado su fecunda vida este ciudadano representativo de la democracia de América, que se ha visto reclamado como candidato a la Presidencia de la República para los comicios inminentes en pugna ejemplar con hombres públicos también representativos de la cultura política del país. Su bibliografía es la siguiente: "De las Nulidades en general" (Prólogo del doctor José A. de Freitas); "La enseñanza del Derecho Civil"; "Brasil Uruguay — Merim Yaguarón"; "Sobre enseñanza del Derecho Penal en la Universidad de Montevideo" (Prólogo del doctor Carlos María de Pena);; "Culpa aquiliana, Lecciones de Derecho Civil"; "Apuntes taquigráficos del segundo curso de Derecho Civil", dos volúmenes; "La Simulación"; "Proyecto sobre protección de menores", en colaboración con los doctores Gabriel Terra y Eugenio J. Lagarmilla; "De las obligaciones"; "Los contratos en que de consuno se obligan la mujer y el marido", en colaboración con el doctor José Irureta Goyena; "Orientaciones para la reforma del Código Civil uruguayo" y numerosos estudios jurídicos publicados en revistas técnicas.



## LUIS ALBERTO DE HERRERA

*Luis Alberto de Herrera,* en medio de las preocupaciones de un breve viaje a Europa que acaba de realizar, escribió un libro sobre los orígenes de la Guerra Grande, que es fruto de sus meditaciones y de las investigaciones personales hechas en los archivos diplomáticos del *Quai d'Orsay* de París y del *Foreing Office* de Londres, donde estudió los legajos que se refieren al Uruguay y obtuvo copia de importantísimos documentos, entre ellos los informes de los agentes consulares y diplomáticos acreditados por Francia e Inglaterra ante los países del Río de la Plata desde los días de la emancipación. En viajes anteriores había frecuentado aquellos archivos y obtenido en ellos la copiosa y riquísima documentación que dió origen a los dos densos volúmenes de su obra sobre Lord Ponsonby y la intervención de Inglaterra en el proceso de la independencia del Uruguay. Las venerables salas del *Quai d'Orsay* y del edificio de *Downing Street,* las salas de los hoteles y de las *Kurhauser,* las cabinas de los vapores, han sido igualmente propicias a este escritor a quien se le ha visto en ellas inclinado sobre los documentos y las carillas, sumergido en el trabajo intelectual, como si se hallase en su estudio de la Avenida Larrañaga. Este hombre que ha vivido en su país más de cuarenta años de tormentosas luchas políticas en las que ha sido actor y a menudo protagonista, y que ha hallado y halla en medio de ellas el tiempo y la disposición espiritual para sustraerse a la realidad ambiente y entregarse a la investigación histórica y al cultivo de las

letras, recuerda el caso de los hombres públicos europeos que, luego de asistir a un Consejo de Ministros o a una tumultuosa sesión del Parlamento, suben serenamente a la cátedra humanística para hablar de las cosas desinteresadas del espíritu y rendir culto a la ciencia y la belleza. Dentro de esta fórmula ejemplar ha concebido este autor la labor literaria, y ha puesto en ella, además de la vocación, el ingenio y la cultura, la agilidad de su pluma y la originalidad de su estilo coloreado, amplio y discursivo, en el que se adivina al orador de temperamento latino y al periodista hecho a la lucha, al severo examen y a la controversia. Su obra histórica y literaria, que es muy copiosa, toma así a menudo carácter polémico y casi siempre acento crítico. De todo ello surge una interpretación personal de los hechos que el autor expone intrépidamente, y de que es ejemplo el interesante estudio cuya publicación iniciamos. Nació este autor en Montevideo, el 22 de julio de 1873, en casa de prosapia patricia ilustrada por varias generaciones de varones eminentes; cursó estudios en la Facultad de Derecho y se doctoró apenas salido de la adolescencia. La guerra civil fué el lote que tocó a su generación al surgir a la vida pública; participó de ella y de las agitadas jornadas que fueron su secuela, y fué escalando todos los peldaños de la jerarquía política hasta conquistar la posición de Jefe de Partido y ser proclamado por dos veces candidato a la Presidencia de la República. Juez de Paz, Secretario de la Legación en Wáshington, Diputado, Senador, Constituyente, Presidente del Consejo Nacional de Administración, Embajador extraordinario en Londres en dos ocasiones, miembro de la Junta de Gobierno, agrega a su extensa biografía política sus títulos de hombre de Estado, de escritor, de periodista, de orador parlamentario, de caudillo de muchedumbres, y los conquistados en el extranjero, entre los cuales, además del lauro académico que le otorgó la Real Academia Española al nombrarlo miembro correspondiente, posee el título de ciudadano paraguayo y general honorario de aquel país americano. Fué Delegado Oficial al Congreso Internacional Americanista reunido en Wáshington y a la VII Conferencia Internacional Americana congregada en Montevideo en 1933. Es miembro de número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, de la Academia Uruguaya, de la Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional y correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana y de la Junta Nacional de la Historia, de Buenos Aires. Su bibliografía comprende, además de los innumerables artículos y estudios jurídicos, históricos y sociales dispersos en diarios y revistas, y de los también innumerables discursos pronunciados en el Parlamento y en la tribuna política, las siguientes obras: "Por la Patria", "La Tierra Charrúa", "Desde Wáshington", "Labor diplomática en Norte América", "La doctrina Drago y el interés internacional", "La Diplomacia Oriental en el Paraguay", "La Revolución Francesa y Sud América", "La Diplomacia Oriental en el Paraguay. El mariscal Francisco Solano López", "El Uruguay internacional", "La encuesta rural. Estudio sobre la consideración económica y moral de las clases trabajadoras de la campaña", "Una etapa", "En la brecha", "El drama del 65. (La culpa Mitrista)", "Sin nombre", "La Misión Ponsonby. Comentario y documentación".



### JUAN ANDRES RAMIREZ

Hace casi cincuenta años nos decía Don Luis Carve: "En nuestro país se debe escribir un libro titulado "Los Ramírez"; con ello se trazaría la historia política y social de la República en el último medio siglo". Se refería aquel ciudadano, a quien mucho debe nuestra historia, a José Pedro, Carlos María, Gonzalo y Octavio Ramírez, miembros representativos de "la gran generación", en el periodismo, en el Parlamento, en la cátedra, en las letras, en las luchas cívicas, en los campos de batalla de la revolución, en la milicia, en la actividad social. No incluyó en este grupo prócer al *Dr. D. Juan Andrés Ramírez* porque este ciudadano pertenece a una generación posterior y en aquella época se hallaba todavía en la plenitud juvenil. Hoy se puede, en justicia, agregar su nombre al de aquellas figuras consulares que debían dar tema al libro que Don Luis Carve deseaba se escribiese. El medio siglo transcurrido lo ha definido así. Como Don José Pedro y Don Carlos María, prescindiendo de toda preocupación po-

lítica, él ha sido y es un rector de la opinión pública, un carácter templado en noble fragua, un notable escritor y un maestro de periodismo, un ejemplo de valor cívico y de perseverancia, un hombre, como lo exigía Rodó, que así en la juventud, como en la madurez, como en la edad que amaba Cicerón y a la que el poeta latino llamaba *fortunate senex*, mantiene, con la inflexibilidad de sus principios e ideas, la frescura de su espíritu, la agilidad de su ingenio, la plenitud de su talento. Mucho de eso lo heredó también de su padre, Don Gonzalo, y con ello el sentido jurídico del maestro, el amor al Foro y el don de cátedra. Los estrados conocen la figura del ilustre abogado. El Dr. Irureta Goyena dijo que allí "se destaca por su agudeza en la interpretación de la ley, por su pulcritud en la elección de las causas y por su empeño en hacer triunfar la justicia, por su modestia en el triunfo, y por su serenidad en la derrota". El mismo juez lo reputó "profesor excepcional". Enseñó derecho con la misma eficacia con que dicta su cátedra periodística, dentro de una fórmula en que intervienen la severidad de la ciencia, la sal de la experiencia, el rigor de los principios y de la doctrina y la gracia de la expresión, que se complace en agregar a la austeridad del discurso el rasgo ingenioso y la frase humorística. Su pasaje por el Parlamento contribuyó a renovar las grandes tradiciones de 1873, que son también tradición propia. Agreguemos que del soldado ciudadano que figura en la galería de sus mayores heredó la intrepidez y la serenidad en el peligro que es pan de cada día en la brega periodística y política. Dijimos más arriba que este ciudadano es un maestro de periodismo y un rector de la opinión pública. Más de medio siglo de ejercicio del noble apostolado lo atestiguan así. Pertenece a la raza de los grandes periodistas platenses; cuando se concreta este concepto vienen a la memoria los nombres que ilustraron los próceres de la prensa del Río de la Plata, y con ellos, el recuerdo del indiscutido rectorado que ejercieron, no solamente en el orden político, sino especialmente en el orden moral y social, rectorado del cual él es indiscutido heredero. Hace breves años este eminente ciudadano fué objeto de un homenaje que alcanzó carácter nacional y logró simbólico significado. Las salas de redacción del diario que dirige se colmaron de público que fué a presenciar la ceremonia de la entrega que le hicieron sus amigos de la edición de sus discursos parlamentarios. Elocuentes oraciones difundieron sus cláusulas en el seno de la familia periodística, que detuvo el rasgueo de las plumas sobre las cuartillas y el jadeo de las máquinas para escuchar las palabras que exaltaban la figura del ilustre Director. Nació este ciudadano durante la expatriación de sus padres en Buenos Aires, el 16 de agosto de 1875. Eran aquellas horas aciagas en que su hogar, al que convergía la tradición doméstica de los Ramírez, los Chain, los Alvarez, los Pacheco y Obes, no hallaba asiento en la patria, donde corrían los días del "año terrible". Su iniciación pública data de la adolescencia. Tenía sólo 15 años cuando pronunció su primer discurso en un acto memorable; tenía 20 cuando inició su carrera periodística en "El Siglo", dirigido entonces por el Dr. D. Eduardo Acevedo; fué aquélla su escuela de periodismo, la cual le permitió, poco después, muerto ya el Dr. Carlos María Ramírez y retirado de "El Siglo" el Dr. Acevedo, asumir la dirección simultánea de este diario y de "La Razón", cargo que renunció cuando, al producirse la revolución de 1904, vió malograda su prédica en favor de la paz. El espectáculo de la sociedad convulsionada por la guerra civil arrancó a su pluma viriles apóstrofes, que concluían con la estrofa de *Tabaré*: "Nacida para el bien el mal la rinde; — Destinada a la paz, vive en la guerra... — ¡Hojas perdidas — de su tronco enfermo, — El remolino las arrastra enfermas!" Entretanto había concluído brillantemente la carrera de abogado y se había doctorado en la Facultad de Derecho. Designado Secretario de la Universidad, sucedió poco después al ilustre maestro Dr. Justino Jiménez de Aréchaga en la cátedra de Derecho Constitucional de la Facultad de Derecho, cátedra que también había ilustrado el Dr. D. Carlos María Ramírez, y que él obtuvo por concurso. La vocación periodística le llevó nuevamente a la dirección de "El Siglo" en 1908, y pocos años después a la dirección de "Diario del Plata", el diario fundado por Antonio Bachini, que luego se transformó en "El Plata", en

cuya dirección permanece y desde la cual mantiene indiscutido rectorado periodístico. Nos hemos referido ya a la forma en que ilustró los debates parlamentarios en los años en que ocupó una banca en la Cámara de Representantes y un sillón en el Senado. En un momento crítico para el país pudo ser ministro; pero lo rechazó escudado en sus principios. Es miembro de la Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional y autor de numerosos estudios jurídicos, políticos, sociales, económicos, etc., que han sido publicados en forma de folletos o en diversas publicaciones periodísticas. Nos hemos referido ya a la edición de sus discursos parlamentarios que, según una autoridad crítica, lo consagran "como uno de los tribunos más ilustres del Parlamento". Mas, cuando se estudie la obra de este eminente escritor habrá que buscarla, sobre todo, en las columnas de sus diarios, donde ha dejado y deja lo mejor de su espíritu, así en la columna editorial en que define situaciones y marca rumbos, como en el estudio agudo y definitivo de las cuestiones de actualidad, cualquiera sea su carácter, como en el suelto ágil y agudo, lleno de fino humorismo en que asoma el aguijón del sentido satírico. Concluyamos diciendo que este hombre público que, con su vida austera y espartana esquiva precisamente la publicidad sin lograrlo, es un hijo de la democracia y un hombre cuya fe en los principios no ha podido ser quebrantada ni por los desencantos, ni por las desilusiones, ni por las luchas, ni por el espectáculo que ofrecen las sociedades en que las fuerzas regresivas han conseguido destruir el orden jurídico y abolir el régimen de libertad.

## EDUARDO BLANCO ACEVEDO

*Eduardo Blanco Acevedo* ha escrito con motivo de la muerte de Eugenio Garzón estas páginas que deben ser salvadas a la vida efímera del diario por lo que ellas significan como realización de noble belleza literaria, y como elemento de conocimiento y penetración de una personalidad original que supo sobrevivir gallardamente a su época, y que



podría servir de tema central para trazar, a la manera de Thierry, la escenografía de la historia social y política de nuestro país en los últimos cien años. Además, estas páginas constituyen una oportuna lección de conducta para los jóvenes que comienzan a ignorarlo todo, y de optimismo para los hombres maduros y los viejos que se sienten vacilar ante la adversidad. El autor de esta semblanza es un médico eminente que ha logrado jerarquía magistral dentro y fuera del país, y que sabe conciliar el severo sacerdocio de la ciencia con las inquietudes de la vida política y con el cultivo de las bellas letras. La ciencia médica constituye el fondo esencial de su vocación; la política, forma de actividad social superior, y la literatura y el arte, motivos y ejercicio de la inquietud espiritual, son legados de la tradición paterna y del ambiente de humanismo en que se formó. Nació en Montevideo el 19 de marzo de 1894, cursó estudios en la Universidad y se doctoró en la Facultad de Medicina de Montevideo después de brillantes pruebas que le valieron dignidades y una beca de extensión de estudios en Europa. Trabajó en París como asistente del Dr. Lucien Picqué en el Asilo de Santa Ana y en el Hospital Lariboisiere y siguió el curso de preparación para el Bureau Central conjuntamente con los doctores Demarest, Roux, Berger y Robert Picquet. De regreso en Montevideo, donde ya había ejercitado su vocación, en hospitales y anfiteatros como practicante y ayudante de cursos, y en la cátedra como Profesor de Zoología, fué designado Jefe de Clínica Quirúrgica y luego Profesor de Patología Quirúrgica. La atracción de los grandes centros científicos le llevó nuevamente a Europa y allí le sorprendió la Gran Guerra. Ofreció sus servicios al Gobierno de Francia y éste le designó Cirujano del Hospital temporario de guerra del Hotel Regina de Biarritz y del Hospital Poliakoff de la misma ciudad. Poco después fué nombrado Jefe del Centro Quirúrgico donde tuvo a su cargo mil camas de hospitalizados procedentes del frente de batalla. Pasó luego a prestar servicios en la zona del gobierno militar de París y fué designado Jefe del Hospital Rotschild, y del Hospital 52 para grandes heridos instalado en el Palacio Wagram, donde trabajó sin tregua du-

rante toda la guerra y después del armisticio. Simultáneamente la Asistencia Pública de París le designó Cirujano Asistente del Profesor Faure y se le confió la misión de dictar cursos de Ginecología y Cirugía abdominal. Estos servicios excepcionales le valieron la Cruz de la Legión de Honor que le fué acordada por el Gobierno de Francia con la jerarquía de Caballero primero, y de Oficial después, y dignidades científicas extraordinarias. La Sociedad de Cirugía de París le incorporó a su seno y en ella trabajó más de tres años. La Sociedad de Medicina de París hizo lo propio y lo recibió en sesión solemne presidida por el Ministro de Instrucción Pública de Francia, M. Lafferrere y en presencia de una brillante delegación de médicos uruguayos. La Asociación Francesa de Cirugía le designó su asociado. El Congreso Internacional de Higiene que presidió M Rolins le nombró Vicepresidente y el Comité de Relaciones Médico-Quirúrgicas le eligió Presidente por América. Al regresar al país fué objeto de singulares honores y sucesivamente recibió las dignidades de Cirujano-Jefe de uno de los servicios de Ginecología del Hospital "Pereira Rosell", Director Técnico de los servicios de cirugía del Hospital Militar, Director del Hospital Militar, Profesor de Cirugía de Guerra de la Sanidad Militar, Cirujano de la Escuela de Nurses, Cirujano Director del Sanatorio de Obreras y Empleadas, Profesor extraordinario de Clínica Quirúrgica, Profesor titular de Medicina, Catedrático de Clínica Terapéutica Quirúrgica, Profesor de Clínica Quirúrgica, Miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, Miembro del Consejo Directivo de la Asistencia Pública, Interventor del Consejo de la Asistencia Pública Nacional, Presidente del Consejo de Salud Pública, cargo este último en el que ha realizado una obra de singular trascendencia científica, técnica y social. Miembro correspondiente de diversas academias y sociedades sabias, autor de numerosas comunicaciones y estudios publicados en las principales revistas médicas de Europa, autoridad citada por maestros de la cirugía francesa, asistió como Delegado oficial de la República al Congreso de Cirugía de Gante (1913), al Congreso de Protección a la Infancia de Bruselas (1913), al



Congreso Internacional de Medicina y Farmacia Militares de París (1925), a la IV Conferencia Sudamericana de Microbiología y Patología de Buenos Aires (1926), etc. La inquietud por los asuntos de orden público le llevó a la actividad política. En 1933, en momentos dramáticos para el país, fué designado Ministro sin cartera, y en 1934 fué elegido Senador y le fué confiado el Ministerio de Salud Pública, cargo que renunció en 1936 al ser proclamada su candidatura a la Presidencia de la República. Su bibliografía es la siguiente: "Una nueva técnica para la aplicación de aparatos de yeso( aparatos de ansas). Reunión de médicos de la 18.ª región (Francia)"; "Los abscesos del cerebro consecutivos a heridas de guerra. Diagnóstico y tratamiento"; "La localización de proyectiles por radioscopía simple"; "Quiste serosc del cerebro: operación y curación"; "Resección de la cadera con conservación total de los movimientos"; "Tratamiento de las artritis supuradas por la artrotomía, seguida de movilización activa. Método de Willems"; "El tratamiento moderno de las heridas de guerra"; "Tratamiento de la fractura del fémur por el aparato de Delbet"; "El empleo del saco Mikulicz en cirugía abdominal y ginecología"; "La extracción de proyectiles del pulmón bajo el control de los rayos X"; "La intervención en dos tiempos en los quistes hidáticos del pulmón. Método de Lamas"; "Aplicación por primera vez en nuestro medio de las agujas de radium. Fundamentos y críticas del método"; "Las azoemias transitorias en cirugía"; "Técnica del vaciamiento de la adenitis inguinoilíaca"; Técnica de la apendicectomía. Nueva incisión para la extracción del apéndice"; *"Le traitement des fibromes par les rayons X et le radium"*; "Organización de la asistencia en el campo de batalla"; "La epicondilitis traumática"; "Los caldos de Delbet - Técnica de aplicación y resultados"; "Las insuficiencias cardíacas agudas post operatorias"; "Litiasis sub maxilar intraglandular"; "Lección inaugural de la Cátedra de Medicina Operatoria"; "La inmunización preoperatoria"; "Cáncer primitivo del apéndice"; "Pasteur"; etc., etc.

# APENDICE

# Algunos juicios críticos

## De Ramiro de Maeztu

Mayo de 1929.

Sus compatriotas me han oído la impresión que me ha producido Montevideo. Una gran ciudad española del Mediterráneo que yo no conocía, y que debe hallarse al sur de Valencia, porque se habla en ella castellano, pero al norte por la vegetación y por el clima. Hasta sus blancos y colorados me han parecido ser los carlistas y liberales de España. Y lo que me ha ganado el corazón es que se trata de una ciudad española de mi juventud, con las luchas de mi juventud, con mi vida, con mi alma, con algo precioso que se va y es todo mi ser o su quinta esencia.

Los personajes que Vd. retrata en su libro y el ambiente en que se mueven son también eso: la ciudad española del período romántico. Vd. no puede acaso darse cuenta de ello. Las cuatro primeras páginas de su ensayo "El último gentilhombre", sirven enteramente, con sólo cambiar tres o cuatro palabras, para describir el tránsito de la España siglo XVIII, equivalente a la América colonial. a la España siglo XX. Ya sospechaba el paralelismo perfecto de nuestras historias, pero en esas páginas no es ya paralelismo, sino identidad. Y, si en vez de Don Juan Manuel de Rosas, se pone a Fernando VII o a Narvaez, ya no hay que cambiar nada o casi nada. ¡Y cuántos Juan Carlos Gómez hay también en la España romántica! Así eran todavía los amigos de mi pobre padre. Así escribían, cuando hacían versos. No guardo los que escribía yo hace cuarenta años, cuando adolescente, pero sé que eran también así, solo que peores en la forma.

sano y simpático, de Walter Scott pero éste, por motivos extraños a su índole, tuvo una vejez trabajada y melancólica. Macaulay, hasta para morir, tuvo suerte.

El libro de usted está admirablemente escrito, en un estilo tan brillante, tan lleno de animación y de vida, como si se tratara de una obra de imaginación. Le confieso que es uno de los libros de más deleitosa lectura que han llegado a mis manos en los últimos tiempos. Me ha proporcionado horas de exquisito solaz en medio de la monotonía de una convalescencia.

No cerraré esta carta, sin expresarle mi absoluta conformidad con la defensa que usted hace de lo que las nuevas generaciones califican de *trivial* y que a mi modo de ver, es lo bueno, lo honrado, lo perfecto. Como usted dice, "no es trivial, según lo proclaman las gentes que se dicen modernas, el poeta que jamás escribió en verso ni cosa que le valga, pero que inventó una nueva estética literaria; el músico que hace del pentagrama una pista destinada a las más absurdas acrobacías líricas; el pintor que pinta con los ojos vendados, el escultor que modela de espaldas al barro; el arquitecto que niega el valor de los estilos clásicos". Desgraciadamente, este mal, que afecta al mundo entero, no parece tener pronto remedio. Por el contrario, cobra cada día mayor fuerza. La última locura es el llamada "existencialismo" que afecta a todas las manifestaciones sociales desde la política hasta el arte. He visto recientes elogios de la "pintura abstracta", es decir, de la que no tiene relación ninguna con la realidad. Estamos presenciando algo como el fin de un mundo, ¿qué vendrá después? da miedo el pensarlo.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO.

## De Víctor Pérez Petit

Montevideo, 20 de setiembre de 1944.

Al volver la otra tarde de la Academia, cuando Silva Valdés nos ofreció su interesante lectura, hallé en casa su obra "La ciudad de los libros", que me esperaba. No le agradecí entonces el envío, por eso, porque aun ignoraba su magnífico presente. Comencé a leer las primeras páginas y poco después me ví dominado por el encanto de su lectura. ¿Querrá usted creerlo? Yo ya no estoy para tales aventuras; sin embargo, continué leyendo, y eran — yo no sé — me parece que las 3 de la mañana, cuando lo dejé de mano, promediada su lectura. Al día siguiente, la continué y me cogió la noche cuando volví la última página. ¡Admirable, amigo mío! Labor que acredita a un maestro. Ensayos que certifican un espíritu estudioso, una conciencia vigilante y un refinado artífice — todo en una pieza —. Libros como el suyo, pocos entran en libra, y en nuestro parco ambiente intelectual, ninguno. Así se escribe; así se abordan los temas (¡perdón por el galicismo!); así se educa a los que creen que deslumbran al mundo con improvisaciones e incoherencias. Así se realiza, también, obra perdurable, digna de cuenta, para hoy y para los tiempos venideros. Así se conquista, en fin, la gloria y la nombradía.



El primer ensayo ("El encuentro con Lord Macaulay") es soberbio. Si usted no hubiera escrito aquel otro referente a la personalidad de Melchor Pacheco y Obes, éste, por sí sólo, bastaría para consagrar a un escritor. La noble figura queda fijada en las páginas de su libro como mejor no pudiera hacerlo un soberano escultor. Poco a poco, con un arte que seduce, va usted animando al fantasma que le visitó un atardecer de otoño en la Abadía de Westminster, acusando líneas y relieves en la niebla de su representación, infundiendo al cabo un estremecimiento de vida en el pecho de su figura. Y cuando así ha erguido ante nuestros ojos, en vez de fantasma, un ser de carne y hueso, deja usted el cincel del artista evocador, para recoger la pluma del sesudo crítico que ahonda, lo mismo que con un escalpelo, en la entraña de la obra, a fin de señalarnos sus peculiaridades características y descubrir el secreto de su belleza. El historiador, el ensayista, el orador, el hombre culto, severamente moral, concienzudamente artista, que es una de las cumbres del pensamiento inglés, ha hallado en usted quien le consagrara un estudio digno de los que él escribió.

Al lado de ese admirable ensayo, parece difícil que otros trabajos mantengan su estructura. Sin embargo, el milagro está realizado. Las páginas que usted dedica a Walter Scott, sentidas y profundas, evidencian igual maestría en la evocación y singular acierto en la discriminación de los más pequeños detalles. Si en aquel ensayo sobre Macaulay, usted evidenció haber comprendido íntimamente cuáles son los atributos esenciales de ese género, tan inglés, de literatura, en este otro sobre Walter Scott nos muestra los del género novelístico y señala de qué modo y en qué grado el célebre autor de "Ivanhoe" enmendó a sus predecesores y los superó a todos con su genio y con su arte. Si las páginas preliminares, maravillosas de evocación artística, en las que nos presenta usted al gran novelista entre sus libros, frente a la ventana que abre ante él el encantador paisaje del "Border", nada tienen que envidiar en colorido a las consagradas al "rincón de los poetas" de la Abadía de Westminster, el examen de la literatura del soñador de Abbotsford no le cede un punto al examen de la que trazó las incomparables biografías de Addison, de Bacon, de Walpole, de Pitt, de Temple, de Chatham. En la pintura de Macaulay hay, tal vez, más admiración; más respeto por el hombre moral y por el "whig" tutor de las libertades públicas; en esta otra del novelador que supo alcanzar la nota patética que conmueve de verdad, como en "El Abad", cuando describe la abdicación de María Estuardo, hay mayor emoción y su tantico de ferviente simpatía. El crítico, según advierto, con ponderado juicio ha dado a cada uno lo suyo, y con ello nos ha revelado, por el mismo modo, su comprensión, su buen criterio, su exquisito sentimiento.

Páginas que no deslucen en el libro, son las consagradas a Sterne, a Amiel, a Goldsmith; a aquella extraña aserción de Rousseau, de que le costaba mucho ordenar sus ideas y escribir; a Ibsen poeta (en cuyo estudio encuentro una referencia a mi libro *Los Modernistas,* que le agradezco vivamente) a Balzac, impresor y humorista; a la tristeza que filtra de las truhanerías y altibajos de Pablos, en la célebre novela de don Francisco de Quevedo y Villegas; a una exposición de cuadros, en las que se revela un espíritu adoctrinado por sabias normas y un severo buen gusto, etc.



Es la suya una crítica despierta, viva, en la que junto a la luz de la revelación y el análisis, tiembla ese escondido ritmo de un corazón que sabe comprender, que sabe emocionarse a la vez con la idea que trasunta la página que lee. Muchos que ofician de críticos creen que han descendido al fondo de un pensamiento porque se atienen al testimonio de los ojos: leen como cualquier escolar aprovechado, que lo hace de carretilla, sin tropiezos ni cometer mayor desaguisado en contra de la ortografía. No saben, ni sospechan siquiera, que detrás de las letras impresas en el papel, hay un alma encendida que porfía por hacerse visible, que tiene algo que comunicarnos, que procura contagiarnos la anunciación de belleza que la ha visitado. Desconocen en absoluto la primordial tarea del verdadero crítico. Son un poco como esas mujeres, enfermas por la moda del vestir, que ven a la amiga o a la rival trajeada de rosa o de color de malva, con los lazos y cintas a la moda, con alhajas o sin ellas, bien o mal alcoholados los ojos y teñidas las uñas; pero que no podrían decirnos ni media palabra siquiera de cuál es el carácter de la mujer que se pinta los ojos, ni el de esa otra que deja de constelarse de joyas; que no lograrían jamás expresarnos a qué género de belleza femenina conviene más el color malva que el color rosa. La impresión sensorial se queda en una mera impresión sensorial, sin enriquecerse con el consejo de la conciencia, y el crítico nos habla del testimonio de sus ojos, como la mujer del de los suyos, sin haber visto lo esencial — el quid de la belleza — en el libro o en las sederías y tules de la amiguita.

Para desentrañar la verdad de una obra y avalorar la eficacia de sus ocultos resortes, es necesario, es imprescindible, poseer otras condiciones que las de un lector vulgar, otras artes que las del que mira porque tiene ojos y habla porque la naturaleza le ha favorecido con el don de la palabra. Es de rigor que el crítico esté doblado de un historiador y de un psicólogo, de un moralista y de un erudito, de un espíritu curioso, de un corazón capaz de vibrar ante la resonancia

del corazón ajeno, tal como vibra un cristal cuando sobre él pasa la onda musical desprendida del cristal vecino. Cualquiera puede entretenerse con las historias de Rob-Roy, de Quintín Durward, de La Dama del Lago, del Caballero Negro, de la heroína que rinde a Waverley y de aquella hermosa Catalina Seymur, que hipnotiza con su gracia a Graeme; cualquiera, también, si posee algunas nociones de literatura inglesa, o, por lo menos, si ha estudiado a Taine, sabe que Walter Scott creó la "novela histórica", resucitando el arte gótico, poniendo en evidencia el valor de la tradición medioeval, cubriendo con el velo de la poesía los escenarios, los paisajes, las almas y las pasiones, que sus antecesores nos servían con la trivialidad de los que miran sin ver, de los que contemplan la vida con su aburguesada emoción de sujetos cursis. Pero, para *sentir* el arte del gran novelista que creó a la novia de Lammermoor y al Caballero Desheredado; para *comprender* la virtud que hace vivir entre nosotros con tanto relieve a Roberto Burney y episodios tales que el juicio de Dios provocado por la judía Rebecca, acusada de hechicería, es necesario, ante todo, *vivir* personajes y escenas; es decir, resucitar lo que vió con su imaginación el artista creador, y para lograrlo, fuerza es hurgar en la psiquis de éste, situarlo en su medio habitual, recompensar su visión, explicarnos por qué fué esa y no otra la que tuvo que animar su pluma. Y ésto, como se advierte, no es ya tarea propia de un simple lector, sino de un estudioso capaz de buscar en el piélago de un libro para ir a recoger en sus abismos sus escondidos corales y perlas.

Pulcro, atildado, con un estilo limpio y luminoso al par, usted ha sabido vestir la aridez del erudito y el historiador, con todas las galas de un artista. ¿Por qué se nos caen de la mano obras muy doctas, muy sabias, de eminentes profesores, de exégetas profundos y hallamos, en vez esparcimiento y deleite en otras, no menos sabias y doctas, de Guyau, de Taine, de Gebhardt? Porque el adoctrinamiento no nos está ofrecido por un agrio profesor de melenas revueltas y puños de la camisa deshilachados, sino por una culta princesa, envuelta en rasos y perfumes, que sabe conversar con gracia



y que deja caer de sus labios, junto con su consejo y enseñanza, la lumbrarada roja de su sonrisa. Tratar una materia adusta o grave, sin aburrir a las gentes, sin espantar a las almas, antes bien, cautivándolas con el sortilegio de una palabra iluminada, naturalmente, sin esfuerzo — tal como una flor nos da perfume, disimulando la alquimia recogida de los jugos de la tierra con la maravilla de sus colores — es obra de artista. Y eso es usted, amigo mío, un grande artista.

*"La ciudad de los libros"* es obra almirable — como fuera de desear se escribieran muchas en el país—. Por desdicha, no se escriben, sobrándonos, como nos sobran, escritores que poseen talento. Los más, mal inspirados o dirigidos, cifran todo su empeño en componer un pequeñito volumen de versos insoportables o en escribir las páginas de una prosa indigesta, torpe y desmañada. También resulta más cómodo ignorar a los grandes muertos que han honrado la estirpe humana y más práctico celebrar a un escritorcillo minúsculo del terruño, que hoy o mañana puede devolvernos el elogio. ¿Qué vamos ganando con celebrar a Macaulay, de quien ya existe una imponente bibliografía o de Goethe, sobre quien ha abierto el pico cualquier ganso tentado de hacerlo? Sin embargo, se me ocurre que no está demás hablar de Goethe, o de Macaulay, después que tantos y tantos han hablado de ellos, cuando se sabe hablar bien, y, sobre todo, cuando nada se tiene que aplaudir en la labor de los minúsculos escritorcillos que nos atruenan los oídos. *"La ciudad de los libros"* es obra que autoriza a su autor a decir a los jovencitos que siempre encuentran fallas en los que escriben los demás: "Pruebe usted, compañero, a hacer una semejante".

VICTOR PEREZ PETIT.

# De Pablo Blanco Acevedo

## A PROPOSITO DE UN NOTABLE LIBRO

Raúl Montero Bustamante ha reunido en un volumen, recientemente publicado, una colección de preciosas biografías, consagratorias todas de un finísimo y esclarecido intelecto.

Sus "Ensayos" son en verdad, imágenes acabadas de lo que debieron ser aquellas ilustres personalidades primorosamente tratadas por él, cada una en el medio y en el tiempo que les tocara actuar. Tiene Montero Bustamante un poderoso don de sugestión, revelado en el febril interés que se apodera del lector, el cual recorre las hermosas páginas, semejándole asistir a las escenas tempestuosas del pasado heróico, ser testigo de las andanzas de Pacheco y Obes, en París, vivir las horas trágicas de Mármol, o contemplar el magnífico panorama de los espléndidos jardínes de aquel gran señor José de Buschental.

Diríase que leyendo la obra, repítese la anécdota de Michelet. ¿Es que ha muerto realmente Juana de Arco...?, preguntaba anhelosamente un lector sorprendido por el célebre historiador, mientras el libro caía de sus manos y los ojos inundábanse de lágrimas.

Raúl Montero Bustamante es historiador y literato. No podríamos decir que es más de lo uno o de lo otro, y en cuanto preponderan en sus escritos, las disciplinas rígidas de la historia o aquellas derivadas del arte y de la imaginación. Es historiador a la manera de Agustín Thierry o de Fustel de Coulanges. El documento, la investigación minuciosa, cede a la visión del conjunto cuando enfoca un personaje del pasado y lo presenta con sus características destacantes, rodeado de su ambiente, tal como debió ser en la plenitud de su actuación.

José Enrique Rodó cultivó el género en sus magistrales estudios sobre Bolívar, sobre Juan María Gutiérrez. En los dos y en Montalvo, es el escritor eximio dueño de un estilo insuperado.

Más próximo a Montero, en el Río de la Plata estaría Paul Groussac. Cierto es que la obra del famoso crítico e historiador, es múltiple en la variedad de los asuntos tratados, como que ha pasado ya, hace tiempo el meridiano de la vida, mientras el autor de "Ensayos" apenas si lo alcanza.

Pero los puntos de contacto entre los dos escritores son muchos. Ambos niegan la escuela denominada de "la metodología histórica", en cuanto a la necesidad del ordenamiento previo de documentos como base a la construcción pretérita, despojada de toda preocupación literaria. Para los dos, la fuente es cualquier elemento de juicio: el escrito, el bibliográfico, la tradición, o la intuición sagaz de todo lo que pueda dar una sensación más próxima a la verdad.



Es una orientación distinta a la de ciertas doctrinas seguidas, a veces, en el Río de la Plata, demasiado estrictamente. Por supuesto que la otra, la que sigue Groussac y emplea Montero, exige una condición indispensable y es la del talento. Describir una época, trazar en grandes rasgos el cuadro, colocar los personajes centrales y los accesorios, llenarlos de luz, de color, animar el conjunto, se puede hacer cuando se es dueño de una inteligencia capaz de crear.

Y si la técnica en la ejecución es semejante, lo es también en su aspecto cultural. Groussac usa a menudo del erudicionismo como cuadra a un director de biblioteca que tiene a la mano diccionarios, incunables y ediciones príncipes. Su ilustración tiende a la universalidad. La de Montero es otra; es más local, más particular del medio y en algunos de sus "Ensayos", da la impresión de un autor educado en las universidades rioplatenses de la segunda mitad del siglo XIX. Su dominio de la literatura romántica, el conocimiento que tiene de las escuelas filosóficas, las citas frecuentes de los maestros en las ciencias políticas y sociales, contemporáneos de los héroes que describe, nos lo presentan, como un iniciado en las disciplinas características de las generaciones brillantes que culminaron en esos años, en las dos ciudades del Plata. Claro está que el símil entre Montero y Groussac no es completo. Tiene el segundo la nota festiva, mordaz. Si el comentario chispeante o satírico le salta a los puntos de la pluma, lo pone, sin importarle la oportunidad, ni la categoría del prócer. Montero Bustamante no emplea la ironía. Sus biografiados actuan siempre en un marco sobrio, pleno de austeridad. Cierto es que él los ha elegido como modelos de vidas ejemplares.

La anécdota no le sirve sino para concluir de perfilar un carácter o bien como elemento de construcción que le per-

mitirá demostrar y evocar más intensamente los sentimientos y modalidades de una época determinada. Ejemplo de lo primero, es la versión de la muerte de Juan Carlos Gómez, atribuída como causa próxima a una frase femenina, que lo hirió — dice — en mitad del pecho. De la segunda es el precioso cuento conservado en la tradición montevideana, de aquel oficial patricio, jefe de artillería, en un asedio de la ciudad, y que ocasionó la muerte de una mujer, la misma que buscase anhelosamente, cuando la rendición de la plaza, para casarse con ella.

Ni la nota mordaz, ni la crítica aguda usa en sus páginas el autor de "Ensayos". Son las condiciones nobles únicamente las que exalta y las que le dan motivo al comentario. Si el héroe ha cometido un yerro, si hay una contradicción en el desarrollo biográfico, Montero no lo remarca y se vale del menor número de palabras para señalar el error o la inconsecuencia. Alguien creería que en esta modalidad, hay algo del propio espíritu del autor, superior en muchos aspectos e incompatible desde luego con la censura recia y la agresividad. No habría la menor duda de esa afirmación, pero es de creer también que esa tolerancia, al par de ser impuesta por la selección de las figuras retratadas, ha sido en cierto modo, de-exprofeso.

Cuando Montero Bustamante, en el comienzo de su estudio sobre Alejandro Magariños Cervantes, dice: "este poeta y publicista está un poco olvidado" se queda corto en la expresión. No un poco, ciertamente sino casi completamente olvidado. ¿Quién ha leído los libros de Magariños Cervantes fuera de un pequeño núcleo de personas? ¿Quién es el que sabe de la vida de este hombre ilustre, además de lo que ha conservado la tradición...? Y lo que ocurre con Magariños, sucede con Juanicó, Buschental y hasta con Andrés Lamas a quien si se le cita es aureolado con los famosos tratados de 1851.

Vivimos en una época de renovación constante. Los hombres de ayer pertenecen al pasado remoto. La obra de Montero, ha debido ser lo que es, no de crítica acerba o de vituperio, sino, al contrario, de exhibición y demostración de méritos y virtudes.



En otros países donde un desborde bibliográfico ha inundado las universidades con ediciones populares y juicios en los cuales se exaltan personalidades de autores los más diversos, ha podido surgir la crítica fría, a veces, acerada, en el examen y justiprecio de valores reales. Pero entre nosotros, donde el fallo consagratorio no florece ni se editan "Obras Completas" y el recuerdo, si se hace, es a menudo sombreado con los apasionamientos de la época, es preciso primero la enseñanza de las cualidades superiores como paso previo para alcanzar el verdadero conocimiento.

Ni Magariños, ni Juanicó, ni Buschental son del pleno dominio de las generaciones actuales. Acaso correspondería incluír en la nómina a Carlos María Ramírez a quien las juventudes de nuestros días empiezan también a olvidar. Quizá el autor, compartiendo esta presunción, puso lo mejor de su intelecto en este admirable estudio. El estilo galano del escritor armoniza serenamente con la belleza del concepto.

No es únicamente la vida de Ramírez la que pasa en sus páginas sino toda una época, una de las más brillantes y luminosas de la República. Hay algunas observaciones que valen el libro. Y no es la menor en importancia su interpretación del "principismo" y de la moral política que señalamos como carácter esencial de los hombres de aquel entonces. La crítica histórica aprovecha el material acumulado por los eruditos para destacar el perfil de los héroes. Pero el historiador y el sociólogo del futuro deberán volver a leer la vida de Carlos María Ramírez por Raúl Montero Bustamante para afirmar las grandes leyes de la historia y encontrar, en sus enseñanzas, el origen próximo de nuestros progresos y de nuestras libertades públicas.

PABLO BLANCO ACEVEDO.

# De Juan Antonio Zubillaga

ESTAMPAS (1)

(Por Raúl Montero Bustamante)

Tanto por su título como por su asunto, este libro corresponde a las más características modalidades del arte de la historia en el gusto literario contemporáneo. El autor ha llamado *"Estampas"* a esa obra que consta de cuatro síntesis biográficas de otras tantas personalidades uruguayas de excepcional relieve en la política y en las letras.

Son ellas las de los Generales Fructuoso Rivera y Melchor Pacheco y Obes, y la de los Doctores Juan Carlos Gómez y Julio Herrera y Obes. Escritas con amor que pone en sus evocaciones la mayor calidez interpretativa de la prestancia de las dotes y del sentido de la acción en los personajes que anima: todo en ellas es digno de su motivo y de su autor.

*
* *

Ya en la primera de la serie que ofrece la obra, se hallan la percepción clara y la exposición sintética que dan alta calidad conceptual y formal a todas. Así, desde las páginas iniciales, al describir el rostro de Rivera y decir de su estructura y expresiones: está evocada el alma del héroe con sus características en la vida y su trascendencia en la historia.

Toda la complejidad de las dotes que le hicieran campero extraordinario en el suelo que conocía más que todos, caudillo excepcional y guerrero de hazañas sobresalientes en los territorios que fueron escenario de su acción; está contenida y es visible en esas preliminares referencias a la inquieta movilidad de la mirada, siempre viva y atenta; a la travesura de la sonrisa que vuelve enigmática a la intención;

(1) De "Estudios y opiniones".



al ceño revelador de que tras aquella frente se medita con clarividencia las determinaciones. Y como en ellas, en las subsiguientes se entrevé todo el caudal de sus valores ratificados en la eficiencia de su acción.

Desde la fortaleza física y la energía del carácter, hasta los sentimientos afectivos que perennemente encendieran en emoción a su vida íntima. Y desde la generosidad y la clemencia que irradiara su corazón, hasta la dignidad del aspecto, las maneras y la influencia dominante, que contribuyeron a dotarle del prestigio que le permitió manejar a las multitudes del ambiente del terruño en su época, como fuera necesario para desarrollar la incontrastable acción de su predominio.

Y al referirse a sus acciones de guerra y a sus actos de gobierno, a la trascendencia de sus actividades políticas en la vida interna del país y en sus relaciones exteriores: los conceptos del autor son substancial y sintético exponente de la razón de los motivos, de los valores del significado y de la importancia de las consecuencias. Es que todo ello proviene de muy cuidado estudio de las respectivas fuentes documentales, criteriosa discriminación de los conocimientos en ellas adquiridos y lógica en el juicio.

Le sigue la semblanza de la personalidad del General Pacheco y Obes. En ella como en la anterior, desde los primeros párrafos aparecen en su evocación los rasgos físicos y espirituales que dieron originalidad distintiva al hombre intelectual y de acción que en él triunfara en los países del Plata y en Europa.

Es que también en esa monografía biográfica están señalados como fueron en sus modalidades características: tanto el cuerpo exíguo, el temperamento nervioso y la vivacidad espiritual, como las dotes que en las letras, en la política y en el sentimiento de la dignidad, destacaron al poeta, al orador y al polemista. Y por ello emerge de esas páginas su personalidad con los móviles y las consecuencias de sus actitudes; por las inspiraciones de su patriotismo, la romántica exaltación de su espíritu, las intransigencias de su carácter apasionado, el brillo intelectual de sus escritos, su elocuencia, su poesía, su fuerza moral en las adversidades.

Así, esa ávida percepción de todas las manifestaciones de las dotes que daban singular entidad propia a aquella vida de altivez en la conducta, fervor en el sentimiento, inagotable altruísmo y renovado ensueño: logra transmitir integralmente la visión de su biografiado, tal como lo fué en los diversos aspectos de su vida pública y privada. Por eso, tanto en la dictadura ejercida desde el Ministerio de la Guerra, cuando el primer Presidente de la República delegó sus facultades en Joaquín Suárez, como en las penurias del destierro tras los dos años de aquella actuación en la Defensa de Montevideo; y tanto en su ruidosa y triunfal misión diplomática ante el Gobierno de París, como en su decepción final al regreso de Francia y en la tristeza de su agotamiento hasta la muerte en Buenos Aires: el lector percibe todo lo que en la intensa actividad febril de los días prósperos o adversos del General Pacheco y Obes fué concepción y acción de facultades morales e intelectuales que irradiaron inmarcesible honor para su nombre y su patria.

*
* *

Es la tercera estampa, por el orden en que las contiene el libro, la del Doctor Juan Carlos Gómez, y ella ofrece en intensa síntesis todo el esplendor de los extraordinarios valores que caracterizaran a aquél en las diversas faces de la vida. Y ellos y éstas aparecen en armonía con la evocación psicológica de la sociedad que le viera formarse en medio a los acontecimientos políticos, pasiones e ideas de su ambiente.

Por eso el lector asiste al desarrollo espiritual de la personalidad, desde la iniciación en la juventud vibrante con el predominio de su temperamento y los sueños de su fantasía, hasta la madurez en las vicisitudes y las luchas en que culminaran las dotes que le destacaron en su época y en la posteridad. Es que ello está estudiado con la intensa atención del culto del autor a la figura prócer de Gómez: en las excepcionales manifestaciones de su sensibilidad y su carácter, de su cultura y su talento; en el poeta y en el tribuno, en el jurisconsulto y en el polemista.



Y todo se halla explicado, en el hombre y en los sucesos en que intervino, por los motivos de su advenimiento y por el sentido de su trascendencia. Y así se rememora por qué y cómo la propia calidad del alma que temprano le hiciera conocer el sabor amargo de la vida, le preservó hasta el fin de sus días de los descensos morales que con tan lamentable frecuencia llevan al triunfo en las actividades políticas y propician los encumbramientos en los poderes públicos de muchos países... mientras se invocan y exaltan las virtudes cívicas y los deberes del patriotismo.

Es que en realidad, tal como lo dice el autor: "Este hombre fué un puritano enamorado de la doctrina estoica y de los principios que informan el sistema político anglo-americano. Para salvar intacta su concepción del gobierno representativo concluyó por volver los ojos, con nostalgia, hacia los partidos históricos y declarar que la democracia, en manos de pueblos ineducados o corrompidos, y de déspotas y caudillos, había hecho bancarrota, y que era preciso que la sociedad buscase nuevas orientaciones para alcanzar el ideal del self government".

*
* *

Ponen término al libro páginas que ofrecen la melancólica visión del ocaso del Doctor Julio Herrera y Obes en el sendero que concluye para él. Con amarga intensidad evocativa, muestran los últimos días de aquella vida que en los de otras etapas de su transcurso brilló excepcionalmente en las actividades políticas de la prensa, los parlamentos y el gobierno.

Así, por la fina sensibilidad del autor llega en la lectura la emoción del contraste de las decepciones del eminente hombre público tras las horas adversas, con el pasado optimismo en los triunfos de la plenitud del talento y del carácter. Y cuando se termina de leer esa sentida rememoración del infortunio en que finalizara aquella alta existencia: se diría que queda en el lector la dolorosa noción de una injusticia

de los tiempos en que concluyera su accidentado destino aquel espíritu de excepcional prestancia. Por eso, ello trasciende en esta evocación como una sentencia de última instancia en la posteridad.

Así termina la valiosa contribución de conciencia y criterio histórico que Raúl Montero Bustamante ha brindado para mayor fundamento del juicio, a quienes anhelen apreciar los diversos valores de las vidas a que se refiere su estudio. Y por ello cumple destacar que desde el principio hasta el fin del libro todo despierta, mantiene y acrecienta el interés del lector, en esta serie de semblanzas, dignas por sus conceptos y estilo de la alta jerarquía intelectual y literaria del autor.

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA.

# De Noel A. Mancebo

## EL ENSAYISTA

El ensayo de carácter histórico ha alcanzado en nuestro medio literario su máxima expresión en las obras de Raúl Montero Bustamante. "Como si hiciera sonar un cuerno mágico", todas las figuras patricias que ejercieron indiscutible e indiscutido magisterio intelectual, político o militar, en la sociedad de nuestros abuelos, acortan las distancias que de ellos nos separan, y sus fisonomías reflejan el pensamiento, la opinión o inquietud fundamental que estimuló el corazón de cada uno.

Estas síntesis biográficas evocan, conjuntamente con el retrato que configuran, el medio ambiente que les sirve de marco. Se asiste en cierto modo azorado a la apertura de los salones que congregaban a nuestros ascendientes, a sus fiestas y saraos, a sus tertulias literarias y asambleas republicanas. Las arañas vuelven a inundar de luces los viejos y olvidados ambientes, derraman vivos y vistosos brillantes en sus



caireles; y damas de recogidos y ornados peinados, y anchas faldas de gro, y hombres ilustres, poetas, escritores, políticos y militares, ceñidos bajo los oscuros y severos ropajes de la época, ofrecen como en las telas del Renacimiento, "el magnífico espectáculo de sus almas" y las agitaciones de su vida interior.

Llegan sin duda a su hora estas extraordinarias resurrecciones de espíritus y de almas, de períodos históricos y de difíciles circunstancias. Y no sólo por lo que esto representa en cuanto al hecho de refrescarle al país su memoria, ya de sí olvidadizo, voluble y cambiable, sino por lo que significan, desde el punto de vista cultural y docente, estas composiciones como modelo en su género. El examen de las figuras más representativas de nuestro pasado histórico tiene tal vez, para el autor de los ensayos, un doble motivo. No sólo conceptúa necesario, desde el punto de vista nacional, atraer la atención pública acerca del carácter ejemplar, talento, vida y costumbres de aquellos hombres que orientaron y sostuvieron el pensamiento orgánico de la República, sino que, en lo que le es particular, hallar una satisfacción a su necesidad de belleza, de pulcra composición y de estilo.

"La Grecia heroica escribe epopeyas"; la Francia del siglo XIX, novelas; y la actual cultura occidental, más honda, más científica, universal y sólida, concentra preferentemente su sentido artístico en el "ensayo". Son éstos, indudablemente, fenómenos sociales de cultura, de sensibilidad y de momento. El ensayo, esta forma literaria de modesta apariencia y límites reducidos, suple en la actualidad a los antiguos y ya gastados moldes del pensamiento. Exige ajuste y precisión de lenguaje y estilo, naturalidad, experiencia del mundo y conocimientos universales. "Todos los conocimientos caben en él", todas las ciencias le conceden sus principios y propósitos. Funda en las leyes de la euritmia su arquitectura, y en la cohesión e íntima vinculación de sus partes su orgánica consistencia.

Raúl Montero Bustamante cultiva el ensayo. Posee por este difícil género literario profunda afección. "El ennsayista es filósofo ha dicho, es moralista, es historiador, es soció-

logo, aun hombre de ciencia''. Agreguemos que puede ser, como él nos da su ejemplo, el espíritu integral que resume la casi totalidad de todas estas orientaciones. Mas los temas que prefiere, o que mejor se avienen con los requerimientos naturales de su espíritu, tal como se ha enunciado, y que ponen en movimiento de viva concentración interior todos los recursos de su vasta erudición y fina sensibilidad, son los de crítica y exégesis literaria, y muy especialmente los de carácter histórico.

Evoca el pasado, y sus reminiscencias adquieren prontamente esa especial forma de realidad, ese fondo de sustancia típicamente histórica que ennoblece y espiritualiza la pátina del tiempo. Ningún elemento fidedigno, ningún dato histórico o biográfico, hecho, escrito o anécdota, que pueda contribuir al justo trazado y especial colorido de sus obras, escapa a la aguda percepción de este artista y noble cultor del estilo. Señala las antiguas casonas que dieron albergue a las figuras que evoca; reconstruye el clima moral y espiritual del momento; y sobre ese fondo y esas vaporosas perspectivas expone, con mano maestra, el alma y la ''realidad corpórea'' de sus biografiados. Se reconoce inmediatamente en este ensayista, no al escritor que ha obtenido sus datos e impresiones de los documentos y crónicas de la época; que ha compulsado escritos y buscado inspiración y asesoramiento entre los papeles, obras y reliquias del instante que describe, sino el que ha recogido además de labios de sus mayores, y de su hogar patricio, ''sahumado de tradición'', esos marchitos recuerdos y esos desvanecidos instantes que constituyen, al ser revelados, uno de los más llamativos y delicados atractivos de las obras históricas.

Corresponde destacar además, que algunas de sus telas literarias, llamémoslas así, contienen como diluído en sus colores, ese depurado sentido de realidad que sólo pueden ofrecer los publicistas que, a su amplio conocimiento de los personajes y episodios en los cuales éstos intervinieron, agregan la memoria acerca de su visión directa de los hombres, de los lugares y las cosas. Jugó en su niñez bajo los mismos árboles, y junto al mismo banco de piedra, que fueron mudos testigos



del tierno y delicado idilio de Elisa de Maturana y Juan Carlos Gómez. Se descubría en su adolescencia al paso de Carlos María Ramírez; y más de una vez, llevado por su admiración y curiosidad, siguió de cerca a este extraordinario publicista hasta la redacción de su diario, y lo observaba luego a través de una mampara de cristal, inclinado sobre su mesa de trabajo, desde donde trascendía el rápido rasgueo de su pluma; y en su juventud, para no citar otros casos, fué asiduo contertulio en el modesto salón donde el doctor Julio Herrera y Obes recibía a sus últimos y fieles amigos.

Todas estas circunstancias concurrentes prestan, como se comprende, singular fuerza evocativa a sus obras. Acentúan en sus páginas el sentido plástico, tan emotivo y espiritual; y esa refinada elaboración de conceptos, de juicios y percepciones, que únicamente se descubren en los autores experimentados que escriben apoyándose en lo que han visto y admirado. ¿Mas es únicamente a este cúmulo de cualidades sobresalientes, al que es preciso atribuir en definitiva el deleite, y aun el renovado interés, que promueven siempre las lecturas espaciadas de las obras de este eminente autor compatriota?

Los ensayos de carácter histórico de Raúl Montero Bustamante, difieren por su forma, por su esencia literaria y concepción de la proporción y la medida, de los escritos de Montaigne. No recrean al lector, como las nutridas páginas de este ilustradísimo prosista francés, con la acumulación de datos históricos y anécdotas, con digresiones filosóficas y secuelas docentes. Tampoco recuerdan sus trabajos literarios a los magníficos retratos psicológicos, tan llenos de vida y de acción, de los oradores de la Constituyente de 1789, del Imperio, de la Restauración y Revolución de 1830, originarios de la singular paleta literaria de ''Timón'', del vizconde de Cormenin; y menos aun a las formas helénicas y marmóreas, y extraordinariamente expresivas que corresponden a la cuidada e inimitable prosa de Paul de Saint-Víctor. Si hubiera que buscarle un modelo a sus ensayos, a su particular manera de componer, a sus métodos y procedimientos, sería preciso recurrir a los sistemas adoptados en sus estudios literarios por

Lord Macaulay. Posee, como este afamado ensayista inglés, pleno y equilibrado dominio del tema que desarrolla. Con absoluto conocimiento de la hora, de las ideas, de los sentimientos y circunstancias, toma generalmente al personaje que estudia en sus verdes años, y lo sigue, en lo fundamental de su trayectoria espiritual y de su vida, hasta su culminación, iluminándolo entonces con los no extinguidos rayos de su popularidad y de su gloria, para mostrarlo luego declinando y finalmente olvidado en el ocaso de la vejez. Pero no siempre inicia su narración partiendo del árbol genealógico de la familia del prócer, del origen de su apellido en América, del viejo tronco de cepa castellana de donde procede. A veces, por el contrario, enfoca el esclarecido varón en un instante aparentemente baladí, y sin embargo de gran efecto útil por lo que en sí mismo encierra como resultante espiritual, o conmovedor resumen de una vida, para retroceder más tarde y mostrarlo en sus ardientes y felices años de entusiasmos, en la plenitud de sus fuerzas y facultades, y en medio del fausto de las encumbradas posiciones oficiales. El contraste constituye entonces la nota sobresaliente que predispone el ánimo a mirar con simpatía al personaje; y desde el punto de vista artístico, el fondo inconmovible, originario e instructivo del retrato. Como Lord Macaulay, es la preocupación del fondo la que organiza y distribuye todos los detalles. El clima moral y espiritual del momento representa, no únicamente la parte complementaria y accesoria de la composición, sino el molde dentro del cual tomó necesariamente su forma y la sustancia apropiada al carácter de la personalidad.

Pero todos estos recursos literarios constituyen, si bien se observa, lo exterior de su arte. Son en verdad el motivo o la urdimbre para poner de manifiesto o tejer algo más superior, algo más profundo y transcendental. A su transparente admiración por las insignes personalidades cuyas semblanza traza, agrega levemente la fuga del tiempo; muestra por oposición, y aún sin enunciarlo, esos cambios de panoramas que lenta e insensiblemente mudan y refrescan la vida en todos los órdenes y direcciones. Vese el cambio que han experimentado las ideas, al contemplarse la extensión de es-



pacio que nos separa de aquellas figuras ejemplares; y se advierte, no sin cierto pesar, la evolución que, en lo moral y en lo material, han transformado el organismo social, al medirse el reducido y poético panorama dentro del cual se desenvolvió la vida animosa de nuestros abuelos.

El país refleja en su fisonomía histórica e irreductible forma interior, su acendrado sentimiento democrático cuyo origen y orgánica evolución estas personalidades simbolizan Evidenciar pues el vigor y la pureza de este pensamiento director en cada uno, y seguirlo luego a través de todas sus manifestaciones exteriores, en sus reacciones contra la incomprensión y amagos de desvíos de la concepción primaria de la nación, es descubrir sin duda el ejemplo y mostrarlo como modelo a la consideración pública. Pero hay algo más todavía que realza el signo de original distinción que caracteriza los ensayos y estudios literarios de Raúl Montero Bustamante. Son esas razones del corazón juzguémoslo así, y esa lógica del sentimiento de la que a menudo se vale, y de la que poco queremos oir, para no conmovernos hondamente, que emergen sin fatigar la sensibilidad del lector, una y otra vez, de manera muy espaciada, pero sin duda muy oportuna y expresiva, del fondo de sus sentidas composiciones. Agudezas de la sensibilidad o experiencias del corazón, estos toques de gracia significan, en lo hondo del concepto, la materia más expresiva y viva que puede ofrecer todo alto espíritu vigilante.

Desde un punto de visto más lejano, sus ensayos producen la impresión, considerados en conjunto, de hallarnos ante una extensa y seleccionada galería de retratos. El atractivo que promueve la lectura de sus obras tiene algo quizá, o es del mismo orden, de la emoción artística frente a la vista de obras pictóricas. Se interna uno en el salón de exposición con el alma descubierta, y el espíritu atento a los rasgos de profundidad y de belleza; a medida que se avanza, que se doblan las nutridas páginas de sus escritos, que se pasa de la apreciación de una a otra figura, se establece con nuestro pasado histórico, y con los personajes que lo representan, una estrecha relación de espíritu y de alma. Todo es pretérito en el digno ambiente de la sala. Los debilitados rayos que la

inundan prestan a las figuras el color y el espíritu de su tiempo.

De la "vida concentrada", retenida en cada figura, trasciende ese inveterado sentido de realidad que sugiere siempre lo irreversible del tiempo. Transportan el espíritu a la ciudad recién salida del período colonial, con sus calles silenciosas, inundadas de luz y hogares apacibles. Se advierte, en nuestra involuntaria abstracción, aquel sano y romántico género de vida, cuyas imperceptibles huellas habían quedado incomprendidas, en las maneras, costumbres y recuerdos de nuestros mayores. Se entrevee, por último, entre las imágenes que el artista coloca en primer plano, a todo aquel otro mundo anónimo y silencioso, que no alcanzó de manera especial los honores póstumos del recuerdo, y en cuyo seno hallaron noble y resonante eco las palabras y viriles actitudes de nuestros hombres más representativos.

El poder sugestivo que emana de las evocaciones históricas agrupadas por el autor en sus obras intituladas "Ensayos" y "Estampas" respectivamente, carece de todo artificio. Las figuras hablan directamente a la sensibilidad con el vigor de su realismo; y despiertan y sostienen largamente un estado de alma propicio a la retención de las mismas, en la expresión e instante que, a juicio del observador, mejor resume y magnifica el espíritu de cada una. Así, por ejemplo, la figura consular de Andrés Lamas queda retenida en la memoria presidiendo su salón de la calle Piedad de Buenos Aires, concurrido asiduamente por las personalidades más conspícuas del foro, de las letras y de la política del año 1870, retirado de su patria y de la vida activa, y poniendo en orden sus ideas y conocimientos acerca de la historia de América y del Río de la Plata. "El fondo del cuadro" tiene el "prestigio de los libros", la vista de sus bibliotecas con sus anaqueles atestados de obras literarias y de "preciosidades bibliográficas y raros manuscritos", atesorados durante sus largos e intensos años de estudio, de investigación y de acopio de documentos históricos. Antiguos retratos penden de las paredes, y muebles de primorosos estilos y apagados matices, tapices de simétricos trazados y objetos indígenas, dan al ambiente un aspecto serio y acogedor. El clima interior y el revestimiento de la sala, infunden en el ánimo cierto respetuoso recogimiento. Todo posee ese austero sentido; todo contribuye a dar al ambiente esa leve gravedad, donde las ideas parecen buscar su refugio y el pensamiento la materia en que apoyarse.



Lamas se halla entonces en la "plenitud de su genio investigador y de su talento y fuerza de realización"; y "temeroso de que el tiempo le falte", pues su edad es ya avanzada, trabaja febrilmente. Emplea las horas de la mañana en la ardua traea de componer, de raciocinar acerca del alcance y enlace de los hechos históricos, de los acontecimientos e influencias de las personalidades más destacadas dentro del medio social; y ahí, en plena labor, frente a sus cuartillas, entre sus libros y objetos queridos, y de las sombras amigas que evoca, el noble anciano que había llenado con su talento literario, con espíritu combativo y genio diplomático, un período importante de la historia del Río de la Plata, halla una madrugada la muerte sin haber alcanzado a dar término a su obra "El génesis de la Revolución e Independencia de la América Española".

¿No es acaso la sensibilidad el consejero intelectual de la memoria? Esta concluye recogiendo y atesorando siempre lo que aquélla le ofrece. En sus inmensos depósitos no falta nunca espacio y luz suficiente, donde disponer e iluminar las imágenes que con mayor jerarquía, abundancia de méritos, sugerencias y profundidad, hablan a la razón y al sentimiento. La real impresión que dejan en la memoria los últimos años de este espíritu activo y conocedor de los hombres, de esta singular personalidad destacada por el artista en su "melancólica vejez", con su alma depurada de toda vana gloria y el espíritu vuelto hacia el pasado, hace olvidar finalmente al antiguo hombre de acción que hubo en él, al joven y activo "Jefe de Policía" de un largo período de la Defensa de Montevideo, y al hábil diplomático que logró el pronunciamiento del General Urquiza contra Rosas y la alianza militar con el Brasil.

Mas, si siguiendo el orden establecido en los "Ensayos"

pasamos luego a considerar la semblanza de Carlos María Ramírez, recogemos, entre la variedad de imágenes que rivalizan entre sí, de la vida y obras de este preclaro hombre de Estado, aquélla de su juventud que nos recuerda al extraordinario publicista francés, del período de la Restauración, Armando Carrel. Posee como éste, idéntico entusiasmo y rígidos principios. Ambos son igualmente intrépidos, polemistas, dueños de originalidades de estilo y de vastos conocimientos.

Arriesgados, de prosa fácil y abundante, entran de súbito en el palenque de las luchas partidarias, señalando el punto que es preciso dilucidar ante la opinión pública. La pluma significó para estos jóvenes campeones su arma favorita, y la prensa el campo preferido de lucha y propaganda. Ambos representaron un estado de espíritu que todos reconocieron generoso, idealista, fogoso, aunque algo estilizado de concepciones abstractas. Pronto alcanzaron los honores del renombre y de la popularidad. Los jóvenes le prodigaron sin reserva su admiración y los hombres maduros sus secretas simpatías.

Carlos María Ramírez casi un adolescente, "fino, esbelto, ceñida la cintura por la levita romántica", supera, como retrato, por sus desprevenidos entusiasmos, y "su literatura juvenil, suntuosa y tocada por el énfasis y la declamación", al extraordinario tribuno de la edad madura, al soldado del "Quebracho", al ministro, y aun al insigne polemista de la vida y obra del General José Artigas. En aquel instante fugaz de su juventud se hallan como en potencia todas sus originalidades y talentos futuros. Tiene entonces la gracia del esbozo pagado ya de firmes promesas, el atractivo de nobles designios, la fuerza interior que profetiza y explica su creciente y elevado prestigio.

Próximo a este extenso y meticuloso estudio, y encuadrado en sus últimos años, se mueve una agradable figura femenina de singular renombre. Es Manuelita Rosas, la exniña de Palermo, la hija del tirano de Buenos Aires. El artista la toma en la edad provecta. Se ve a menudo a esta anciana que cuida afectuosa y afanosamente de su esposo, de su



casa, y que ha educado a sus hijos en el venerable recuerdo de "tatita", del general Juan Manuel de Rosas, en su hogar de Londres, separada por casi "medio siglo y las aguas del océano", de su patria y de sus amigos, sentada frente a pliegos de cartas, evocando su pasada grandeza, horas aciagas, instantes de inquietudes y zozobras, fechas nefastas y momentos de felices expansiones y delicados recogimientos. Escribe a Antonino Reyes, al que fuera edecán de su padre y jefe de la Secretaría de su Excelencia el Gobernador de la Provincia, proscripto en Montevideo. Ambos ancianos han hallado en el frecuente recuerdo del pasado, y de su "juventud sentimental", los motivos junto a los cuales aun vive, transformados por el tiempo y la distancia, su temprana y tal vez silenciosa correspondencia espiritual. Es propio de la edad avanzada vivir con los ojos vueltos al pasado, refrescando recuerdos y examinando atenta y minuciosamente lo que fué, en sustitución de lo que pudo haber sido. Antonino Reyes es para Manuelita Rosas, el espejo de sus recuerdos. Representa el último y más fuerte lazo de unión que la une a su juventud y a la memoria de su padre. Ya no es la heroína del joven e inspirado poeta Mármol; ni la enigmática criatura "que incendió el frío corazón de Lord Howden, en las romancescas cabalgatas que describió Carlos Ibarguren"; ni la que al quedar silenciosos y "extinguidas las luces" de los salones del Restaurador, después de marcharse "la brillante sociedad de Palermo", cruzaba como una "sombra las desiertas salas" a pedirle la bendición a "tatita". "Ahora es una mujer obesa", cargada de años y de recuerdos. Se halla sentada frente a hojas de cartas y papeles, mientras que por su imaginación cruzan y se esfuman borrosas imágenes de su lejana juventud, en medio de las cuales se detiene siempre la figura de su confidente y amigo el señor Antonino Reyes.

Predispone a la reflexión la vista de esta figura femenina retirada del mundo y de su patria. Se halla envuelta de una atmósfera tibia y melancólica, iluminada como por luces de un ocaso. Son crepusculares sus pensamientos, y sensibles como plegarias los requerimientos de su corazón. Su amor filial la pone a salvo de toda mengua acerca de la res-

petuosa admiración y memoria de su padre. Aun en sus recuerdos, en sus añoranzas, en sus distantes días de sobresalto y congoja, se yergue ante ella la figura imponente e impenetrable del general, iluminado su severo rostro de leve y paternal sonrisa, ante el cual se inclina y pide la bendición.

¡Cuán singularmente expresivo es este retrato de Manuelita de Rosas! El autor lo ha extraído de un amarillento manojo de cartas que los descendientes de Antonino Reyes pusieron en sus manos. El alma delicada de la anciana emerge a menudo de su correspondencia; y el artista para fijarla ha mezclado sus colores con el sentido de esas íntimas confidencias, con esas expresiones de cariño y afecto, con esas emotivas evocaciones históricas, que la septuagenaria fué dejando, en el delicioso abandono de su amistad, en los pliegos de cartas que destinaba al que había elegido para "que fuese depositario de sus pensamientos".

El resto de las significativas figuras que completan la extensa galería de retratos, dejan en el ánimo una impresión sin duda similar. Cada una de las telas literarias resume, ya en un relevante gesto, ya en un pasaje de su vida, ese fondo de realidad que el lector, herido en su sensibilidad, aparta y lleva luego en la memoria. El autor de estas pinturas literarias es, a todas luces, un escritor interior que, en la medida que expone, revela la vívida tersura de sus ideas y sentimientos. Se vale de los seres que llenaron moral y espiritualmente los difíciles y borrascosos años de estructuración nacional, transcurridos los heroicos tiempos de lucha por la emancipación política, para fundir conjuntamente con su respetuosa admiración por las figuras que evoca, el sentido romántico de una época, en cuyo seno halla su espíritu la materia adecuada que requiere la exteriorización de sus ideas y sentimientos. Como "Timón", él también podría expresar al mirar hacia atrás y contemplar la obra realizada: "¿Quién sin mí, quién sabría si yo no hubiese reproducido la fisonomía y varonil elocuencia" de tantas figuras egregias; "si yo no hubiese trasladado al lienzo" y mostrado, para su veneración y memoria, el espíritu y el alma de todos aquellos hombres que contribuyeron a consolidar, con honor, el carácter ancestral y propio de nuestra nacionalidad? La posteridad



verá siempre en las límpidas páginas de este autor la historia de una época, cuyas últimas claridades le fué dado recoger con melancólico sentimiento.

Los cuadros subsiguientes son, de la misma manera, bien trabadas semblanzas que ponen de manifiesto el temple de un carácter, el patriotismo, y las facultades distintivas de cada uno. Se le admira preferentemente en aquellos pasajes donde mejor reaparecen las convergencias de las relevantes condiciones personales. Así, por ejemplo, el general Melchor Pacheco y Obes, héroe de la Defensa de Montevideo y más tarde representante de nuestro gobierno en Francia, es recordado especialmente en sus heroicos triunfos diplomáticos. Su inteligente y eficaz gestión ante Luis Napoleón Bonaparte, y su extraordinaria elocuencia y serena actitud frente a la "Corte de Assises", en circunstancias de asumir la defensa del honor nacional, sorprenden y recogen el homenaje de nuestra más cumplida admiración. La posteridad lo evocará siempre abogando y ganando para su causa el pronunciamiento de este prestigioso tribunal. De idéntica manera don Cándido Juanicó, el inspirado y elocuente tribuno de las cámaras que iniciaron sus sesiones después de consolidada la paz suscripta el 8 de Octubre de 1851, que puso término a la "Guerra Grande", concentra la atención en este corto lapso de su vida. Posee la voz, la corrección de ademanes y fina dicción, y esa agilidad y capacidad mental requerida para la réplica y el apóstrofe, que recuerda a los más distinguidos oradores de la cámara francesa que siguió a la revolución de 1830. Mas si estas personalidades quedan grabadas en la memoria, como lo hemos repetido, en una situación o hecho destacable de sus vidas públicas, no ocurre lo mismo con aquellos hombres que llenaron más profundamente todo un extenso período de la vida del país. En las vidas de Juan Carlos Gómez y en la del general Fructuoso Rivera, se aprecia, al par que los particulares dotes que los inmortalizaron, ese carácter de sucesión y continuidad representativos del alma nacional. Ambos poseen ciertos puntos de contacto y semejanza, si se prescinde de las esferas tan opuestas de sus actividades, de la calidad de espíritus y talentos propios. Am-

bos evocan y representan horas singularmente señaladas del sentimiento de la época. Si uno tiene la atractiva figura del guerrero, el otro posee la belleza del escritor y del poeta romántico. Si aquél simboliza le energía, el valor y la astucia del soldado, éste es, por otra parte, modelo de templanza, de valor cívico y de talento literario. El momento, la vida, educación, condiciones y circunstancias, llevaron a uno a la defensa de la libertad en el campo de la nación, y al otro, con igual tesón, en la región de los principios y de las ideas. El poder de seducción que emana de la vida y obras de estos singulares hombres públicos, y el prestigio de que rodearon sus nombres, tienen todavía ecos que, si bien no se confunden y comparan, alcanzan repercusiones que se aúnan y complementan en el fondo del espíritu público. Rivera, como Melchor Pacheco y Obes, "hicieron de sus vidas una epopeya"; y Juan Carlos Gómez, "hizo de la suya un poema".

Las telas literarias a que nos hemos referido, al sólo efecto de poner de relieve la impresión que dejan en el ánimo del lector, representan únicamente un número muy limitado de la vasta y ordenada producción de Raúl Montero Bustamante.

Mas nos es imposible dejar de mencionar finalmente el retrato del doctor Julio Herrera y Obes, obra maestra en su género, si hemos de cuidar de indicar, al menos, aquellas producciones en donde la verdad histórica, la forma literaria y la pureza del estilo, se hallan en la mejor disposición de espíritu y de alma. La unidad, expresión y coordinación de juicios que posee esta pintura, no proceden solamente del dominio de la técnica literaria del escritor, de su forma sencilla y melodiosa de componer, de esa manera como sabe levantar a la superficie de sus escritos la síntesis psicológica o el fondo irreductible de la personalidad cuya vida estudia. Hay sin duda en este hermoso retrato algo que pone una nota diferencial. Ella procede de los vínculos de superior e intelectual amistad, que en su juventud lo unieron al doctor Julio Herrera y Obes. Lejanos y aun vivos recuerdos de su visión directa del hombre, de su casa, de sus costumbres y lecturas; reminiscencias de amables horas de tertulias, de



pláticas literarias y confidencias políticas, es decir: todo cuanto juzgó necesario para el trazado exterior e interior de este ilustrado hombre público, hallaron al ser exhumados de su memoria, cierto nostálgico sentido que le infunde inconfundible valor a la síntesis biográfica que de él traza. Los elementos de belleza literaria que hay en esta composición, los tonos de luz y de sombra a que apela para dar claridad y fuerza sugestiva a la composición, representan si así puede decirse, la forma musical de sus recuerdos y de su particular afección. La transparencia de la narración hace olvidar a menudo su mano maestra; logra frecuentemente, y sin ningún esfuerzo, desprender al lector de la deliciosa sonoridad e íntima relación de los vocablos, para conquistar su atención en la estimación del tema que desenvuelve. Estilo y fondo se diría que son acaso para él, lo que atmósfera y cielo. Si el "estilo es precisamente, como expresa Guyau, el arte de interesar, el arte de colocar el pensamiento a la luz que lo alumbre mejor", la semblanza acerca de la vida y actuación política del doctor Julio Herrera y Obes es además, por la sostenida relación de sus partes y calidad de estilo, un expresivo ejemplo que puede ilustrar esta verdad.

El clima de depurada emotividad con que el autor de los ensayos históricos relativos a nuestro período romántico, evoca y examina la vida íntima de este hombre público, en circunstancias en que ocupaba la primera magistratura del país, en sus años de ostracismo, y más tarde en sus últimos días de abandono y olvido de sus correligionarios y amigos, posee el inmenso y delicado atractivo de la realidad histórica unida a los tonos más suaves de su afección personal. Como el artista que pinta o modela, el autor de esta composición no pierde nunca de vista el fondo inconmovible del carácter de la personalidad. Todos los detalles de este escrito, todas sus líneas, concurren a poner de manifiesto, "sin desperdicios ni residuos", la sustancia inalterable del espíritu de esta personalidad tan controvertida. En realidad, puede decirse. que "no es poca la proeza literaria" que se alcanza cuando, como en este estudio, se logra tan íntima unión entre la figura corpórea del hombre y su espíritu, entre el estilo de su vida y la calidad de su alma.

El ensayo literario, tal cual hoy lo comprendemos, va dirigido precisamente a excitar el pensamiento y a conmover la sensibilidad. Diferénciase del trabajo de crítica y exégesis literaria en el cuidado especial que se le presta a la coordinación de las ideas, y a la elección de los elementos de belleza. Huye de los extensos y minuciosos análisis, de las dilatadas narraciones, de los penosos exámenes de períodos históricos, de obras literarias y circunstancias fortuitas. Se disimula el trabajo de gabinete, el encadenamiento real de los hechos, depositando en la limitada extensión de una cláusula el contenido espiritual de un período o de un volumen. La armonía de la forma celebra entonces la fiesta del espíritu. Querer explicar todo es oscurecer y quitarle vigor al pensamiento. La exposición prolija fatiga, y la forma difusa desorienta. Hay siempre para cada tema un término especial, un límite que es característico del ensayo, en donde lo natural se resume al conjuro de la belleza. Hallar para cada asunto ese punto, y saber permanecer cerca de él, es lo que caracteriza al ensayista. Este remeda así, puede decirse, a la naturaleza, que resume y deja en el menor espacio, y en cada cosa, la huella y la visión de la inmensidad. Se adueña del fondo de una personalidad o del sentido de un hecho histórico, con la misma prontitud, certeza y seguridad, con que el artista interpreta y llega, observando los rasgos fisonómicos, al carácter del modelo. De ahí que las lecturas de los escritos de Raúl Montero Bustamante, nos dejan siempre la impresión de haber pasado largo tiempo la vista en obras pictóricas, cuya verdad de conjunto cada una expone, o acaso de haber examinado bien esculpidos bustos, a la manera de Houdon, los cuales reflejan en sus fisonomías todo un pasado, su profesión, la clase social a que pertenecía, y el contenido del alma sujeta a su biografía.

"El estilo es el hombre", se ha dicho; y en realidad, cuando se considera la profusa y valiosísima producción literaria de este escritor, después de haber hecho, corriente pareja con el sentido espiritual de cada tema, ejercicios de observación de las particularidades inherentes de su estilo, y se recuerda al mismo tiempo al autor de tan bellas páginas en su vida ejemplar, en sus estudios, en sus afecciones y comercio in-



telectual con las obras literarias de su predilección, se halla con el ánimo dispuesto a aceptar todo el alcance natural y lógico que pueda encerrar este antiguo y afamado aforismo. El estilo y el hombre, aparecen entonces, ante la imaginación así asesorada, como constituyendo un todo armónico e inseparable. "El escritor, destaca Timón, tiene la fisonomía del estilo". Los elementos de cultura, los conocimientos científicos, el medio ambiente y la propia sensibilidad imprimen naturalmente honda e inconfundible huella en la expresión. Pero ese divino don de poder darle a las palabras "expresivo y sugestivo carácter"; esa facultad o "vista" para elegir en medio de la "confusión de las ideas lo que es melodioso" y sencillo, lo que exterioriza el fondo del pensamiento, representa la forma diferencial e innata del escrito. Carecer de un estilo propio es, tal vez, carecer de jerarquía literaria. La elección del tema interviene también, y acaso muy principalmente, entre las posibilidades de una mayor lucidez de estilo. Si la estimación de aquél no responde a una necesidad interior; si no es precisamente lo que el espíritu reclama, falta en el estilo esa cálida inspiración o asesoramiento del corazón, expresémoslo así, que constituye el vehículo que conduce a hallar las formas más emotivas e insuperables de la idea. Es preciso aunar previamente el tema; tener la convicción de su singular valor y transcendencia, para saber escoger los elementos concordes que, en un escrito, asumirán su representación.

La aparición de un escritor de notoria significación no constituye un mero hecho de azar. El está ligado al medio social que lo produce, a su evolución y sentido de su época. "Cuando se quiere comprender un arte, dice Taine, es necesario examinar el alma del público al cual se dirige". La obra de revisión histórica realizada por el señor Raúl Montero Bustamante, posee ese melancólico clima otoñal, que sucede siempre a los períodos sociales de agitación y efervescencia, el cual aparece siempre como tiñendo de suaves colores el alma de las generaciones que comienzan a mirar el pasado, una vez que la inquietud o pensamiento primario de la nación ha sido consolidado. De ahí el aspecto representativo y

simbólico que asumen sus obras; y de ahí también el mérito intrínseco que le asignamos.

En los estudios literarios que este autor compatriota reune en su obra intitulada "La ciudad de los Libros", se advierte así mismo al historiador de vocación. La mayor parte de los trabajos incluídos en este volumen, fueron escritos o esbozados en Europa, cuando le fué dado complementar el conocimiento de sus autores predilectos, con las fecundas sugestiones que siempre promueven las regiones y los lugares que a los nobles espíritus correspondieron. El itinerario de sus viajes puede seguirse atendiendo a las fechas dejadas al pie de sus escritos. Vése al escritor evocar la figura de Lord Macaulay, la del ensayista que admira, sobre la misma losa que cubren sus restos, y rodeado de los manes de aquellos hombres de la vieja Inglaterra, que constituyeron la materia sobre la cual asentó su universal prestigio el escritor y filósofo inglés; y se ve además a nuestro autor recorrer afanosamente los lugares tan frecuentados y queridos de Enrique Federico Amiel, trepar hasta el "Oasis" de Clarens, donde descansa el delicado maestro ginebrino, y describir admirado las bellezas del panorama regional, cual si hallara, bajo "la sombra de los castaños y de las hayas", y entre los floridos senderos, los acongojados y profundos pensamientos que dieron celebridad al penitente del "Diario Intimo". Pues en él, el hombre que piensa, que describe, comenta y reflexiona, no oculta nunca al hombre que siente. Las exposiciones sintéticas que hace de los lugares, el examen de las obras, y el enlace de los acontecimientos, de los momentos y circunstancias, representan para este ensayista la trama a la que confía la materia de sus pensamientos.

"En toda ciencia, tanto por su finalidad como por su material, el hombre se narra a sí mismo". Esta expresión relativa a la concepción del "mundo como naturaleza", alcanza igualmente a la estimación del "mundo como historia". Hay sin duda una particular orientación, una tendencia a revelar el fondo de sí mismo, en la aptitud primordial que se cultiva y desenvuelve. Lo que el espíritu considera, agrupa y organiza, lo que selecciona y acopia, concluye por manifestar el fondo anímico de la personalidad. Como Walter Scott, el célebre novelista inglés, que componía rodeado de todo el material histórico por él seleccionado, así Raúl Montero Bustamante, se diría que recoge en sus escritos, las ideas y los pensamientos que parecen trascender de los objetos históricos que, en su silencioso gabinete de estudio, representan al pasado. En el sereno ambiente de su hogar, la tradición del país ha hallado el más cálido y espiritual refugio. Antiguos retratos, "majestuosas consolas", "mesas de arrimo" y "desteñidos tapices", mantienen la visión de la antigua casa patricia a recomponer por su ilustre nieto.



Allí está la "vieja puerta" de calle del hogar de sus abuelos, "de aromada madera de los bosques nativos", nuevamente colocada en su firme y centenario marco; y también la reja del antiguo caserón colonial, donde el General José Artigas realizó el célebre Congreso del año 1813, salvada por él de ignominiosa indiferencia y del olvido; y la mesa que perteneció al general Juan Antonio Lavalleja, y una cantidad de pequeños objetos de arte, y libros antiguos primorosamente encuadernados y reliquias familiares, diseminados con gusto y especial esmero. ¿Qué multitud de ideas, y qué pensamientos nunca expresados, no habrá sugerido cuanto afectuosamente allí se custodia? Por la manera de sentir el tiempo, y los materiales elegidos para expresarlo, se reconoce el linaje del escritor y pensador moderno. La palabra "pasado", y sus objetos representativos, recuerdan siempre al alma sus involuntarios olvidos e "inocencia de la vida". Tal vez cuando la hora es propicia, y el silencio inunda el gabinete de estudio, donde nuestro eminente ensayista se recoge en sí mismo, se reinicia entonces su ininterrumpido diálogo con el pasado, y con aquellas sombras amigas que rodearon sus nombres de singular y relevante prestigio.

NOEL A. MANCEBO.

# De Ernesto Pinto

## EL GRAN ENSAYISTA

Uno de los géneros que Don Raúl Montero Bustamante ha cultivado con superior talento es el difícil del ensayo.

Como un ensayista insigne se nos aparece, no solamente ahora en la plenitud intelectual de su personalidad, sino de muchos años atrás, cuando el joven lírico alternaba el cultivo de los versos partióticos o amorosos, con las páginas de rica doctrina, en que se exaltaban la presencia de escritores, de artistas olvidados o negados; o bien defendía la figura de los héroes mal comprendidos y los episodios obscurecidos de nuestra historia nacional.

"La ciudad de los libros" — su última obra en la que ha recogido páginas antiguas con otras más recientes — dan testimonio de cuanto digo.

Hay una unidad perfecta de pensamiento y de forma, en todos los ensayos escritos en épocas distintas, lo cual revela, como desde la juventud, el escritor y el pensador ya sabía por qué y para qué escribía, seguro en el oficio y dueño de depurada técnica.

¿Cuáles son las características de los artículos que componen este bellísimo libro?

Será preciso repetir lo dicho con anterioridad: profundidad conceptual, riqueza de ideas, derroche de lírica sensibilidad, agudeza de observaciones, originalidad de enfoque, para tratar temas o personajes; todo ésto sostenido en una perfecta forma literaria, de giros armoniosos, de íntima musicalidad, salpicada de contínuo por la gracia leve de las originales imágenes, por el toque de fina ironía o de la comunicativa y electrizante emoción.

El que desempeña en la actualidad, con toda justicia, la Presidencia de la Academia Nacional de Letras, sabe todos los secretos del rotundo idioma español.

El primer beneficio, que reporta la lectura de estas páginas, es una docencia de estilo, de lengua, de buen gusto literario.



Luego están las ideas: ideas madres. vitalmente actuales y capaces de creaciones futuras.

ERNESTO PINTO.

# De Roberto Fabregat Cúneo

## TIEMPO E HISTORIA

*A propósito de un libro*

## LOS MODOS DE LA HISTORIA

Era la historia en la antigüedad un relato de los grandes sucesos — conquistas, migraciones, catástrofes, guerras — acaecidos desde tres o cuatro generaciones atrás, donde ya los hombres y los hechos comenzaban a confundirse con los seres de la leyenda y los episodios de la fábula. Para aquellos espíritus plenos de vida el pasado remoto era una sombra que se desvanecía frente a la reverberación del presente. Ya el siglo anterior ofrecía a sus ojos vaguedades de penumbra y jamás se trataba de evocarlo o representarlo; yacía para siempre en las sepulturas del tiempo. Era piadoso ofrecerle sacrificios, pero incomprensible o sacrílego fuera el exhumarlo.

Desde luego que esa crónica, asentada sobre una geografía de corto radio en torno al Mediterráneo, resulta hoy singularmente liviana. Entonces el pasado cabía cómodamente en la memoría y no era imposible abarcarlo en hexámetros. La faena del investigador constituía una empresa eminentemente personal basada en pesquisas directas; ninguna idea de método la complicaba ni tampoco lo que con el tiempo serían sus problemas llegaba a dificultarlas.

La reflexión hacia atrás con ánimo de inspiración, el esfuerzo comparativo y evocador vienen mucho después, cuando ya una civilización se ha estratificado y los intelectuales,

advertidos de que un mundo mejor ha desaparecido, tratan de evocarlo y conservar sus vestigios. Es este el momento de Plutarco, de los cronistas bizantinos y los escoliastas de Alejandría. Ya existe la sensación de un tiempo pasado y harto memorable; ya hay constancia de lo que se ha perdido. Preocúpanse los hombres de reverlo y quieren tener noción exacta de sus medidas y contornos. Incluso reconocen la tremenda superioridad de aquella brillante corte de antepasados y tratan ingenuamente de hacerle ambiente para que reaparezca. ¡Curioso momento éste, que culminará en el primero y el más estruendoso de los fracasos, el que quedará como definitiva comprobación! Los antiguos se han ido. Es inútil hablar su idioma, practicar sus ritos, comentar su filosofía, reabrir sus templos y sus academias. Bien pronto experimentará el Emperador Juliano, y será consignado por el cronista Ammiano Marcelino, que el dictamen del tiempo no admite apelación. La historia se manifiesta como tal; el pasado no vuelve; el presente empuja a formas desconocidas contra las cuales nada valen los conjuros de la tradición, el evocar las grandezas, la restauración de las ruinas.

Desde entonces se desarrollará la historia como organismo. Si el pasado ha sido mejor y es imposible que reviva, es menester consagrar mayores cuidados a su crónica, colaborar más en la conservación de recuerdos. Aquella empresa personal de los Tucídides y los Diógenes Laercio se afinará más y más en disciplinas, métodos y requerimientos. Mas por mucho tiempo conservará su sencillo sentido de relato, crónica, remembranza, con lejano fondo de edades de oro. El tiempo presente se sigue viendo como una prolongación de edades más felices.

Es preciso llegar casi hasta el siglo XVIII para que el hombre abra los ojos al proceso que está viviendo y a las etapas que ha cumplido; para que marque con paso firme la ruta seguida por occidentales y árabes. Entonces la visión se complica, se problematiza; incluso la perspectiva llega a invertirse y las costumbres de los antiguos llegan a considerarse bárbaras o disparatadas. Escritores de peluca rizada trazan juicios incomprensivos, jactanciosos e irreverentes sobre aque-



llos hombres que, considerados fuera de su medio ambiente — pues no existen todavía las ciencias auxiliares de la historia que permitirán reconstruirlo — resultan absurdos cuando se les mira desde París o Amsterdam. ¿Cómo no habría de errar Voltaire en sus apreciaciones sobre las lejanas culturas si ya no podía comprender a Shakespeare? Los juicios ligeros y petulantes de Fontenelle — "Esquilo parece loco" — flotaban en los salones y se complicarían inmediatamente con las arrogancias del racionalismo incipiente, el método experimental recién incorporado, la enciclopedia en formación. Por primera vez el hombre se sintió moderno y avanzado frente al pretérito y con esa emoción interpretó la historia. ¿No había anteriormente Samuel Johnson emitido un juicio despectivo sobre la cultura helénica, ya que desconoció la imprenta? El señor de Ferney concebirá a su turno todo el pasado como una gigantesca Comedia de Equivocaciones; un siglo después Augusto Comte remachará el concepto evolutivo con los tres anillos de las edades teológica, metafísica y positiva.

Este sentir histórico estaba amenazado desde todas partes. Casi en seguida el clasicismo, el romanticismo, la ilustración y las primeras investigaciones sistemáticas de las ciencias del espíritu le plantean preguntas que no puede contestar. Nuevamente la historia se vuelve un canto a la edad paradisíaca que va de Homero a Pericles. Su nimbo deslumbra a Winckelmann e inspira a Goethe; sus manes atraerán a Byron como a una emboscada. Este momento a su vez va a durar muy poco: la filosofía acecha, la arqueología excava, la paleografía descifra. Se registra y se compara. Un pasaje de Herodoto da a Bachofen las bases para la teoría del matriarcado. Un verdadero ejército de mirmidones se lanza a faenas de desentierro. Filólogos, numismáticos y epigrafistas investigan monumentos y panteones; leyendas, palabras y signos. Desfilarán Bopp, Curtius, Niebuhr, Mommsen, Schliemann...

Paralelamente a la severidad de esas disciplinas sobrevendrá en el siglo XIX una verdadera marea de historia sistemática. Asoman a la palestra los gigantes teóricos, los uni-

versalizantes que reducen todas las épocas y todos los hombres a una visión doctrinaria, a un concepto ideológico. Son los historiólogos y los metafísicos; los intérpretes y augures. Han pasado Herder y Fichte; vendrán Hegel y Marx — algo así como el Platón y el Aristóteles de esta empresa global, acaso un poco maniática. Vendrá Spencer exhibiendo una palabra de su invención que abarca todo cuanto ha sucedido y sucederá: evolución. Asomará también al espíritu histórico una horrible palabra muy de la época: objetividad. L. von Ranke, en nombre de la escuela histórica, pronunciará esta increíble frase: *quisiera despojarme de mi propia personalidad para ver las cosas tal como realmente han sido.* Se necesitarán algunas duchas heladas de buena psicología y las más revolucionarias comprobaciones de la física para curar los espíritus de esta nueva ambición, no menos imposible que la del Emperador Juliano.

En vano protestará Nietszche — ¡filisteos y beocios! — que la cultura histórica ha debilitado y tullido a los hombres; el siglo está en sazón para un nuevo fruto. La recolección prodigiosa de culturas, sistemas y tiempos tienta a nuevas empresas. Ahora es la filosofía la que se dirige derechamente hacia la historia para elaborar sobre ella la teoría de las visiones del mundo, la razón de ser de las ideologías, el porqué de pensamientos y temperamentos. Es el grande y típico momento de Dilthey, de Troeltsch, de Freyer. La enorme plasticidad del material, cada vez más evidente y más seductora, triunfará de nuevo en la morfología de Spengler y en las theasias de Latoslawski (1), como antaño había hecho el juego a Buckle o a Kern en sus teorizaciones sobre el clima y la raza. Y en fin, ya en 1940 encontramos a Arnold Toynbee con la más opulenta sistematización de épocas y culturas; tiende su línea desde quince mil años atrás y el arco recorre desde el Génesis de las Civilizaciones hasta su Némesis y Desintegración.

(1) Sobre Latoslawski véase el artículo de Fco. Romero en "La Nación" (mayo 7 de 1944).



## LA OTRA VERTIENTE

Mas junto a la temeraria empresa filosófica, a la inclausurable polémica de sistemas y doctrinas, se había ido formando otra corriente, clara y distinta, de pensadores que se preguntaban si al final de cuentas la historia no sería sencillamente eso: historia, crónica del pasado, evocación hecha a su propia luz. En vez de las abstracciones de Hegel, los retratos de Macaulay. Sus fines están en sí misma y no en la demostración de teorías y sistemas. En vez de querer agotar su sentido bajo presión dialéctica dejar que el pasado nos hable con todas sus voces. Y es curioso que ambas posiciones coexisten a veces en un mismo autor, porque tenemos a Taine doctrinario — que ya muy pocos leen — y al Taine de las crónicas vivaces — que muchos leerán todavía.

El reflorecimiento de este arte narrativo se operó en momento por demás oportuno. El prodigioso acervo documental de nuestra época, la perfección de sus trabajos analíticos y comparativos y demás valores congruentes permiten de nuevo los trabajos breves y vigorosos a la manera de los antiguos, que los realizaron así por la vivaz inmediatez del material a su disposición y la ausencia de problemas. Ahora se pueden decir mil cosas en contadas páginas de un ensayo biográfico. Sólo es cuestión de decirlas bien. El zumo pretérito, concentrado, adquiere extraordinarios sabores. A semejanza del gótico, el estilo moderno, con menos material, gana mayores alturas en relación a los precedentes. Pero el mismo ejemplo nos recuerda la superior calidad que requiere hoy el oficio de historiador. La más mínima falta disonará entre la tensión de las líneas y el error de interpretación amenazará la arquitectura íntegra. La crónica parte de supuestos: es selección y no acopio de datos. El sentido la consubstancia y —quiérase o no— con cada adjetivo se emite un juicio. La narración histórica tórnase, pues, arte singularmente esquivo, donde cada frase vale tanto que es menester trabajarla con metalúrgica precisión. Hay que marchar como en puntas de pie sobre el caudal de las ciencias auxiliares y la masa documental que sostiene el relato.

Estas son las características que apadrinan el moderno arte de los Houssaye y los Maurois, los Ludwig y los Zweig. Véselas en Luis Pfandl, el enjundioso evocador de los Felipe y los Carlos; en Lytton Strachey, impresionista e impresionante, que tan particularísimos giros sabe arrancar a la época victoriana, sus ministros y sus dandies; en Tor Andrae, que desde la Universidad de Upsala hizo surgir a Mahora y a su mundo en el papel; en Harold Lamb, que nos transporta con las caballadas de Gengis Khan sin que apenas nos demos cuenta de que no se trata de una novela; en Eduardo Schwartz, de cuya mano recorremos los mundos de Constantino, San Pablo o Eurípides.

Imposible sería, por razones de extensión, introducir aquí una reseña de los cultores de esta disciplina en América; sólo la enumeración de los correspondientes a la Argentina, Chile y Colombia desbordaría los límites de este artículo. Recordemos sólo —a título enunciativo y sobre ejemplos apartados entre sí que evitarán toda idea de antología— las magníficas tallas históricas de Rodó; la dinámica incisa, a veces mordaz, de Ricardo Sáenz Hayes; el sobrio y elocuente "Sarmiento" de Aníbal Ponce; las evocaciones anticuarias y eruditas de Alejandro Vicuña.

## OBRA DE MONTERO BUSTAMANTE

Alto exponente de ese género es en nuestro país don Raúl Montero Bustamante, cuyo reciente libro "Juan María Pérez" promovió las consideraciones que acaba de hacerse. Continúa en ella la serie de ensayos que, espaciados a lo largo de veinte años, ofrecen sin embargo la más inconfundible unidad de pensamiento y forma.

¿Qué obra es esa, cuyo singular poder evocativo llama la atención apenas se abra al azar cualquiera de las páginas? Es, en primer término, la de un maestro del estilo, con el cual muy pocos contemporáneos puedan compararse. Incluso se diría nuestro primer prosista después de Rodó. Con él y con Herrera y Reissig forma Montero Bustamante la cimera representación de un orden literario dentro de la cual las cosas



ya no pueden decirse mejor. Y pese a las genéricas diferencias del lírico de "Los Peregrinos de Piedra" con los dos prosistas, es innegable la afinidad de las obras; miradas las tres en su conjunto; apreciadas como fenómenos de creación. Allí se denuncian afinidades de impulso artístico; se acusa la pertenencia a un mismo momento cultural. Los trabajos y los días de esas obras fueron vividos en Montevideo. De nada vale apelar al cómodo expediente de las influencias francesas para eludir dificultades críticas e incógnitas de origen; que si Herrera debe algo a Samain, el discípulo sobrepasó de largo a su inspirador, y a no dudarlo éste, frente a los octosílabos relampagueantes de "La Torre de las Esfinges" se hubiese sentido tan asombrado como ante una visión oriental. Ni tampoco sirve toda la gloria de Guyau o France para tomar medidas en las profundidades de "Motivos de Proteo"; y queden estas líneas como necesaria reiteración de que no todo lo autóctono y lo nativo se encuentra en la campaña.

Lo propio y original de la obra de Montero Bustamante se atestigua por la unidad de sus ensayos, que quien escribe por influencia directa ha de variarla según la moda imperante. Apenas se notará al comparar los primeros con los últimos, que el estilo se dinamiza y enriquece; que las figuras evocadas completan su contorno mediante pinceladas cada vez más breves y potentes. Tal lo que surgiría de una confrontación entre los "Ensayos" de 1928 —por ejemplo, el de Melchor Pacheco y Obes— y los más recientes, como "La Emperatriz de las Indias" o "Encuentro con Lord Macaulay". La veteranía del oficio ha permitido al autor llegar hasta la miniatura, como lo es esa breve y deliciosa nota sobre Delmira Agustini niña, aparecida en la *Revista Nacional* hace dos años. Miniatura de talla directa que aprisiona una imagen difícil de olvidar.

La visión histórica de Montero Bustamante es ante todo clara y concreta, segura de sí misma. Muy pronto el lector se identifica con ella y puede creer que son suyas las imágenes que le ofrece. Se la advierte además singularmente concentrada sobre el tema, sin desviarse jamás en digresiones ni introducir elementos que no estén en directa relación con

el asunto a estudio. Paralelamente, su prosa es una continuada línea evocativa, cuya sonoridad se sostiene sin abdicaciones desde la primera a la última frase. Los eternos elementos plástico y dialéctico alternan acompasadamente en todos los pasajes, fundiéndose de pronto en justa metáfora.

En el planteo y desarrollo de los temas, y en lo que podría llamarse su escenografía —movimiento de personajes, abrir y cerrar de puertas episódicas— acusa Montero Bustamante la ascendencia del indiscutido maestro del género, Lord Macaulay; el gusto por la literatura francesa de fines del siglo anterior suele insinuarse también en el correr de la pluma. Empero estas señales deben leerse con las salvedades ya establecidas respecto al alcance de las influencias en personalidades que con una u otra base han llegado a formar su mundo intelectual y se mueven en él con entera propiedad.

Su último libro, "Juan María Pérez", sobrepasa con mucho las habituales dimensiones de los ensayos anteriores. Es una biografía in-extenso, desarrollada en trescientas páginas, con todos los documentos y las precisiones cronológicas que requiere una investigación de esa categoría.

En su amplitud de trazos ofrece esta obra todas las calidades que acabamos de revistar. La narración nos atrae y nos sitúa sin violencia sobre la ruta. Por momentos se diría que pasamos a través de la página y nos encontramos ya en aquella época, presenciando sus episodios, conviviendo con sus personajes. Cuando dejamos la lectura de Macaulay, de Saint-Víctor, de cualquiera de los príncipes del género, llegamos a preguntarnos si la historia no será sencillamente pintura; óleo o acuarela del espíritu sobre la tela irreal del tiempo pasado. Muchas páginas de Montero Bustamante promueven idéntica interrogación. Una tras otra sucédense, entre el bastidor documental y la ordenación cronológica, las estampas del Montevideo virreinal, de la vieja Universidad de Chuquisaca, del Cabildo de Otorgués y los campamentos de Artigas. Singular estela de altorrelieves en que hallamos descripto, desde nuevo ángulo, el proceso fundamental de nuestro país. Porque, y éste es otro motivo de atracción en la lectura de "Juan María Pérez", la vida del protagonista, que



va de 1790 a 1845 y por lo tanto coincide casi con la de Rivera, transcurre sobre los recios períodos de las guerras de la Independencia y la dominación extranjera hasta la Asamblea Constituyente y el Sitio Grande. Desde Artigas a Joaquín Suárez, pocas son las figuras patricias que dejan de mostrarse en uno u otro plano de la acción. Cabildante en 1815, constituyente en 1830, ministro en las primeras presidencias constitucionales, Juan María Pérez compendia en su vida las glorias e infortunios que entretejen la historia de las Provincias Unidas, de la Cisplatina, de la "libre y constituída".

Como literatura, esta obra es de acabado impecable. No falta ni sobra nada. Fiel a sí mismo, el relato descansa en sus propios elementos, sin desbordar jamás de ellos ni acudir a fuentes supletorias de inspiración, tan fáciles para el literato. Desde el magnífico exordio que abre la marcha hasta la melancólica escena final en que se desvanece el relato, todo es allí historia, tiempo evocado con justeza y comprensión. El tema queda exactamente en el foco y la nitidez de las figuras es incomparable. Mas este arte, aún dentro de las características concretas con que le vimos nacer frente a la historiología, supone al presente calidades mucho mayores de las que a primera vista se juzgan. Quien lo afronte sin el indispensable vigor espiritual será su víctima antes que su dueño. Sea éste el motivo de nuestras últimas consideraciones.

## PASION DEL HISTORIADOR

Como en todos los demás trabajos de Montero Bustamante, todo es en las páginas comentadas historia y descripción, mirada y sentido. Pero también es entereza. Tiene el pasado tremendas seducciones en las cuales corre el espíritu peligro de quedar prisionero. A veces sentimos su roce. Todos hemos intentado alguna vez, en grande o en pequeño, en lo personal o en lo social, la empresa desesperada de Juliano el Apóstata. ¡Volver hacia atrás! ¡Restaurar, revivir, renacer! Volver a la niñez, retornar a los años que pasaron, a las épocas que se fueron —que con su sutilísima *fata morgana,* pa-

recen siempre mejores—, reconstituir los mayorazgos, reintegrar las unidades de antaño: tales son las sirenas que pondrán a prueba el temple del historiador.

La experiencia inmediata nos enseña cuántas veces y en qué diverso grado cede el hombre a esa poderosa atracción. Se ha intentado la empresa en la familia y en las aulas; en la esfera política y en los mundos artísticos. ¡Cuántos honestos profesores soñaron con la vuelta a Aristóteles o el resurgir de las estrofas de Esquilo en escenarios especialmente levantados! ¡Cuántos talleres, academias, cortes monárquicas y círculos intelectuales suspiraron por el retorno a los modos greco-latinos o dieciochescos!

El historiador que se rinda a ese sortilegio y deje de ver el pasado como tal, está perdido. Porque entonces todo lo pretérito surgirá a sus ojos como una pérdida; el tiempo ido y sus culturas resultarán una deuda inconmensurable, a la cual habrá de sacrificarse el presente, sin rescate ni disminución posible. Entonces ya no habrá interpretación ni relato, sino gemidos.

Mas la historia no es eso; incluso se diría que es lo contrario. Ya lo enseñaron los helenos por la boca de Tucídides, cuando el presente era un goce y desde la altura se contemplaba el pasado con serena altivez. Y esta misma entereza anima la obra de Montero Bustamante. No se trata de llorar la pérdida del pasado; de querer restituir lo que se llevó; de ceder a las angustias del *fugit irreparabile tempus*. Tal sentimiento causa al espíritu heridas incurables; acaso es el único contra el cual tengamos defensa. Comprobémoslo en las poesías de Lamartine y en la prosa de Pierre Loti; en las novelas de Marcel Proust y en las teorías artísticas de Elie Faure.

La primera misión del historiador —que está inmediato a esa seducción— es la de sobreponerse a ella. Debe enseñar que esa angustia —que habitualmente se achaca a la historia— le es ajena, o a lo sumo constituye una enfermedad y no una condición normal de su arte. Sin esto —repitámoslo aún— estamos perdidos frente a la fórmula deletérea del "cualquier tiempo pasado fué mejor", la que, después de 25



siglos de crónica fascinante, bien pronto se tornaría de irresistible universalidad.

Hemos dicho que lo histórico es en el hombre una pasión opuesta a la del lamento por el pasado. Agreguemos que la proximidad de esta última tendencia torna singularmente difícil el arte de narrar el ayer. El legítimo historiador debe ofrecerla, sin más, en sacrificio: apoyarse en el presente con más firmeza que nunca. Sólo así vivirá lo histórico en su plenitud.

Es ésta una función servida desde la intimidad del espíritu; desde aquellas fibras indescriptibles que han desafiado la visión de los filósofos más profundos. Ya maravillábase Descartes de que el tiempo y las formas —lo extenso— pudiera estar contenido en el pensamiento, y Spinoza desplegaba su genial estrategia de metafísico para sortear, con un paralelismo, el misterio de lo psíquico en lo físico. Volvieron Bergson y los modernos sobre esta esfinge interior cuyo secreto utilizamos día a día sin poderlo descifrar, porque es nuestra substancia misma.

La memoria contiene al tiempo y lo reproduce en su mágica tela sin dimensiones. Lo histórico comienza con el goce de esta función, por la cual el tiempo es poseído fuera de sus límites y exigencias. El historiador dinamiza y ajusta esa función; le da una plástica y la sitúa en el orden cultural. Los cuadros creados en la matriz extratemporal de la memoria son realizados y entregados de nuevo al dominio del presente: eso es el relato, la narración, el ensayo. La memoria se sobrepone al tiempo y le impone disciplinas que lo hacen visible y fijo.

Así, el arte del historiador, al arrancar de la intimidad del espíritu, es por sobre todas las cosas vocación. Y vocación es mezcla de voluntad y destino. Tal la obra de Montero Bustamante.

ROBERTO FABREGAT CUNEO.

# De Ernesto Morales

## "EL PARNASO ORIENTAL"

La poesía nacional del Uruguay fué un producto genuino de la Revolución americana. — Raúl Montero Bustamante.

El Uruguay es tierra de poetas. Su parnaso puede marchar junto a los de Perú, Venezuela, Colombia, México, Cuba y Argentina, las naciones de Hispano América que más rica producción de poetas pueden exhibir. En toda época, desde su iniciación como nacionalidad, o sea desde que Mayo hizo vibrar los espíritus, hasta hoy, momento de incertidumbre y angustia, pero también de esperanza, Uruguay ha contado siempre con un nombre de poeta, voz de su sentimiento colectivo: Bartolomé Hidalgo en la Revolución, Juan Carlos Gómez en la proscripción romántica, Zorrilla de San Martín cuando la forja de la Patria, Herrera y Reissig en el modernismo... y como nativista el Viejo Pancho, y como expresión de alma femenina, Delmira Agustini.

Un viejo libro de mi biblioteca, guardado por mí celosa y amorosamente desde los lejanos — ¡¿ya?! — días de mis primeras inquietudes poéticas, cuando me probaba el primer pantalón largo, provoca en mí tales reflexiones. Torno a leer su prólogo y algunas notas y muchas de sus composiciones. Este libro lleva fecha de 1905. Se llama "El Parnaso Oriental". Antología de poetas uruguayos. Su autor es Raúl Montero Bustamante. Han transcurrido treinta y cinco años desde que lo leí por vez primera. ¡Toda una vida! Y quizás por procurarme el goce de releer mi juvenud, me propongo escribir sobre el viejo libro.

Treinta y cinco años son muchos, pero muchísimos años en la cultura del Plata. Lo que en tal sentido se ha andado desde aquel remoto 1905 es incontable. Llegaban a nuestras manos parnasos y antologías de todos los países de América. Rimeros informes todos, sin espíritu selectivo ni notas que ubicasen a los escritores, mas servían para estragar el gusto



y confundir nuestra mentalidad de adolescentes que para educarnos y orientarnos. De pronto, este "Parnaso Oriental" que, compuesto por un joven de menos de 25 años, entusiasta, devoto de la materia expuesta, ponía al alcance de nuestra sed poética un conjunto de versos en el cual podíamos seguir la parábola de la lírica uruguaya. Para aquellos años en que no existían historias de la literatura, o si existían eran deficientes, el libro de Raúl Montero Bustamante nos resultó un regalo. Le devoramos en rueda de amigos. Del papel, muchos de sus versos pasaron a nuestra memoria y hasta hubo alguien que, excesivamente entusiasta, se apoderó de algunas "cosas" — las más raras, las más audaces y extravagantes — de Herreira y Reissig, de Quiroga, de Minelli González; y las firmó, para asombro de otros muchachos bajo cuyas pupilas no había caído aún el recién descubierto "Parnaso Oriental".

Yo aprendí "Lamerre Vanier y Cía." de Horacio Quiroga. Y años después, en un viaje que hice a Montevideo, me procuré su casi inencontrable "Arrecifes de coral", que el autor ya hurtaba a la curiosidad de los admiradores de sus cuentos.

Quisieron los vaivenes de la vida que el fuerte narrador de Misiones apareciera un día, morador de un pueblo cercano a la capital, como vecino lindero de mi casa. Busqué aproximarme a él, trabajo nada fácil. De su boca, oculta por la maraña de sus barbas hirsutas, salían pocas palabras. Pero yo me había propuesto vencer su adustez, y una tarde en la que él, echado sobre una silla tijera, cara al sol, cerrados los ojos, respondía con monosílabos a mi largo discurso, comencé a recitar:

Bajo la curva, la noche plomo;
sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible rígido alambre.

Por la ventana que está entreabierta
la Luna muestra su faz de muerta,
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales.

Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subcrepitantes.

Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana.
Los negros perros, estremecidos,
lanzan al aire largos aullidos.

Chirrian los gonces de un modo adusto
y a la ventana se asoma un busto;
como los muros, en línea recta,
la Luna en negro disco proyecta
sobre la altura del macadam,
como un curvado, trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Nôtre-Dame.

A los primeros versos abrió los ojos; yo seguí recitando. Cuando terminé se había incorporado y hundía sus raros y bellos ojos en mí. Sentí yo que iba a decirme algo, tal vez una confidencia, y que lo había emocionado; pero en seguida volvió a tumbarse, cara al sol, cerrados los ojos, y escondido entre la maraña de su barba tornó a su habitual silencio. Yo, tímido, no supe encontrar la palabra oportuna. Y la emoción, después de rozarnos, se alejó de nosotros. Pero desde aquel día noté que Horacio Quiroga me hablaba con otra voz, más cálida, y me miraba con otros ojos, más blandos...

En "El Parnaso Oriental" trabé conocimiento con Matías Behety, bohemio que admiraba por ser bohemio, título de honor para toda juventud; con Antonio Lamberti, a quien desde lejos alguien me lo había señalado en un café de la calle Corrientes: "¡El amigo de Rubén Darío!", así, entre signos de admiración. Otros muchos. Por ejemplo: Rafael Fragueiro, alucinado; Elías Regules, gauchesco; Zorrilla de San Martín, portador de dos nombres que me anonadaban; Carlos Roxlo, detonante, hugoniano...

Pero tres poetas se me hundieron en la memoria: Julio Herrera y Reissig ("misántropo literario, rebelde intelectual, dandi sombrío y trágico de rara imaginación, macabra y alegre, enfermo de sonambulismo, que deja una perturbación vaga, un temor lejano de algo desconocido", al decir de Montero Bustamante), María Eugenia Vaz Ferreira ("la primera poetisa de América, heiniana, apasionada y sensitiva, alma que aspira al *más allá*") y Paul Minelli González, el más joven, el recién llegado con las últimas novedades de París expuestas en su libro "Mujeres flacas" ("snob, curioso, internacional, lleno de sprit, irónico, triste, inquieto, extravagante descendiente de Baudelaire y Verlaine").



Herrera y Reissig, Vaz Ferreira, Minelli González... Ya los tres han callado, pero no son tres nombres para mí. Un tumulto de sueños se precipitan al evocarlos. En una escapada que hice a Montevideo, volví con "Mujeres flacas". En otras conocí a la poetisa, una mujer singular, verdaderamente; descuidada en el vestir, el hablar condecorado de exabruptos. No había publicado libro. Nunca lo publicaría, por no haber menester de él para ser admirada en América. El año 1925 su hermano Carlos publicó lo que ella dispersara en periódicos y revistas. Y seleccionó. Por eso en este rosario póstumo no encontré "Para siempre", que del "Parnaso Oriental" había yo trasladado a mi memoria:

Aunque los agudos dardos
me claves de tus desdenes,
de tu luz seré la sombra
para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
a cada paso que sigo,
mi vida irá con la tuya
para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve, no más, como un fantasma
tras el supremo deleite
del amor y de la gloria
para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto
yo me volveré al olvido,

y te guardarán mis brazos
para siempre, para siempre, dueño mío.

Rodeaba a Herrera y Reissig, encerrado en su Torre de los Panoramas, una pavorosa leyenda. Los "paraísos artificiales" — los del macabro, alucinador Baudelaire — se encontraban en su "torre". Para un adolescente, lo genial es lo raro, lo que se diluye en el mundo de la fantasía, lo que se escapa a la realidad. La Intrusa, amenazante, se halla presente de continuo en los versos, por otra parte bellísimos, de aquel ritualista. ¿Cómo no aprender — aunque no las comprendiésemos — las décimas de su "Desolación absurda"? ¡Qué derroche de imágenes! Además, este romántico, discípulo de Heine y de Samain, se decía "decadente". ¡Qué epíteto! Saco a flor de pluma "El sueño":

Pediré, cuando me muera,
que me pongan por sudario
tu divina cabellera
y tu corazón a modo de divino escapulario;
a la fosa de tu alma iré más tarde a soñar.
Llegará el Día del Juicio... Cuando la tompeta austera
llame a los muertos — inútil — yo no querré despertar.

La composición cabría dentro del más plácido romanticismo, el de Musset, el de Bécquer. Pero no lo creíamos así; para nosotros eso era "decadentismo", algo nuevo, no dicho antes por ningún poeta. Herrera y Reissig descubría cómo se canta el amor; y con él, nosotros también lo descubríamos.

Llamarse "Pablo", pero firmarse "Paul". ¿Qué no podía acometer un poeta capaz de semejante originalidad y audacia? Los versos de Minelli González respondían a ella:

RETRATO...

Ven retrato, ven retrato;
solo estoy, pálido, y
mis ojos verdes de gato
quieren abismarse en tí.



Ven retrato a que te cuente
cómo mi pasión es cruel;
ven, quiero besar tu frente
y tus ojos de papel.

(Saliendo de esta orgía, ¿qué podía parecerme "Lecturas", el soneto de José Enrique Rodó, colocado a continuación? ¡Y qué profundidad, qué clara belleza hay en ese mármol del gran lapidario!)

Pablo Minelli González, elegíaco, en sus galanes y finos madrigales no habla de "María" ni de "Rosa". Son: la "Duquesa de X", "Madame la comtesse Le-Broyart", "Mimí Pinson", "Ninon", "Mademoiselle Louisette du Quartier Latin", un "affiche de París", las musas inspiradoras. Es decir, lo lejano, lo irreal, lo inalcanzable. ¿Cómo no sentir hondo todo eso si uno acaba de ponerse el primer pantalón largo y ha ensayado el primer poema, desolado y apasionado, aunque no se haya conocido la tristeza ni el amor?

Un lustro después de haber descubierto yo "El Parnaso Oriental" de Raúl Montero Bustamante, me hice amigo de un mozo que, a mi juicio, estaba un poco atrasado, ¡no había cumplido los 18 años!, y comenzaba a escribir. Sintiéndome algo magíster, puse en sus manos "El Parnaso Oriental". Leyó. Descubrió otro mundo.

Años han pasado, sí. Hace unos días aquel muchacho de entonces, siempre mi amigo, gran escritor ahora, llegó a mi casa, alegre. En su mano un libro acabado de comprar. Lo tremoló, himnante:

—Vengo de revolver libros viejos en una librería — me dijo — como cuando teníamos 18 años. ¿Y sabes lo que hallé, lo que traigo aquí?... ¡Adivina!...

Yo comencé a dar títulos y él a desenvolver su tesoro. Rápidamente lo pasó ante mi vista. Alcancé a divisar unas columnas rotas, una amplia mujer coronada de laureles, sentada frente al mar, unos escudos...

—"¡El Parnaso Oriental" de Montero Bustamante! — grité yo.

—"El Parnaso Oriental" de Montero Bustamante — re-

pitió él, saboreando el título—. El que yo tenía lo presté y lo perdí. ¡No te imaginas cuánto deseaba tenerlo! Para hojearlo de cuando en cuando...

Comprendí y, casi melancólicamente, le recité el endecasílabo con que José Enrique Rodó cierra su admirable soneto:

Vuelvo a Perrault, me reconcentro, y río!

ERNESTO MORALES.

## De Carlos Roxlo

Raúl Montero Bustamante es un ingenio con muchas y brilladoras facetas. Creyente, empeñosísimo, afanoso de gloria, muy puro de costumbres, de patricia prosapia y modesto en lo amplio de su saber, sube a fuerza de alas hacia la cima de que surgen las fuentes limpias y musicales del Helicón.

Es elegíaco y épico. Rimó clasicidades y decadencias. Su musa se envuelve con la misma elegancia en el español ferreruelo del octosílabo y en la amplitud mundial de las estrofas alejandrinas. Su prosa es medular, nunca tormentada, ni excesiva en tropos ni avarienta en luces. Si oficia de crítico, siendo muy seguro, peca de indulgente por bondad de ánimo y temor al yerro. Así se hace querer por la sinceridad, ecuánime y tranquila, con que se ocupa de nuestros autores y de nuestros libros. Es claro, que no todos le atraen con la misma fuerza; pero en todos halla su justo discernimiento alguna nota digna de encomio o recomendación. Esta suavidad de criterio, beneficiosa por el estímulo que va sembrando entre los que se inician, la tuvo también, a pesar de su ilustrada y dominadora personalidad, don Juan María Gutiérrez.

Montero Bustamante es hijo de la ciudad de Montevideo. Creo, no estoy seguro, que nació hacia 1877. Ha dirigido y ha redactado la *Revista Literaria* y la *Vida Moderna*. Fué, no hace mucho tiempo, corresponsal de *La Prensa* de Buenos



Aires. En 1905 dió a luz un libro voluminoso, popular, muy útil, que no morirá y que lleva por título *El Parnaso Oriental*.

Si en sus correspondencias se ocupó de política, de historia y de arte con discreción erudita y honrada, en las notas crítico-biográficas de su libro antológico, reseñó los orígenes y el desenvolvimiento de nuestra literatura poética sin sectarismos y sin estrecheces, como aquél que sabe que no necesita, para brillar y para subir, mermarles lucidez o robarles plumones a los agenos númenes...

Montero Bustamante, cuya facilidad se adapta a todas las variadas especies del decir literario, también cultiva el cuento. Por convenir a los gustos de hoy, transcribo el final de *El caso del Profesor Krause*...

Hablemos del poeta.

Si la belleza, como creían los platónicos y los escolásticos, es una propiedad de las cosas que nos hace amarlas por el placer espiritual que nos producen, bellas son las rimas de que voy a ocuparme, pues a amor nos mueven por el júbilo estético que nos ocasionan. Su musa íntima, su musa elegíaca, tanto por la esencia como por la factura, tiene aquel melancólico e indefinible encanto con que nos hechizó la musa de Bécquer...

Ese mismo encanto melancólico e indefinible, con que traduce las cosas de su yo, lo vierte de igual modo sobre las cosas que sus ojos ven. Leedle en los amplios cuartetos de *La Catedral*...

Ese elegíaco, como ya dije, es también un épico. Hay en sus odas aquel desorden de cascada que se despeña que hallaréis en las odas del heleno Píndaro. Su canto a Lavalleja, leído por su autor en la ciudad de Minas, fué premiado con medalla de oro en el concurso literario que se celebró el 15 de setiembre de 1902.

Oidle. Se asemeja a un resurgimiento de la juventud de Juan Zorrilla de San Martín...

Sigámosle aún en el vuelo condóreo de sus visiones... Leed ahora un fragmento de su canto a Artigas...

Las incorrecciones, las casi incoherencias de los trazos

épicos que anteceden, son hijas del desorden pindárico a que me referí. Las hallaréis, del mismo modo que en nuestro poeta, en Quintana y Olmedo. La unidad del asunto y el esforzado estilo, lo ardoroso de las imágenes y lo frecuente de las evocaciones, los cuatro atributos de más importancia en la oda heroica y en el canto triunfal, se encuentran y brillan en los himnos pindáricos que ha compuesto la musa ceñida de mirto y orlada de roble, de Raúl Montero Bustamante.

CARLOS ROXLO.

1914

## De Juan Carlos Gómez Haedo

Raúl Montero Bustamante, siendo casi un adolescente, fundó en 1900 "Vida Moderna", revista de literatura, arte e historia, que duró hasta 1904.

En los cuatro años que duró la publicación y al margen de diversos trabajos literarios, versos, cuentos, ensayos, Montero ejercitó también la crítica literaria, desde las notas bibliográficas de aquella publicación.

Espíritu abierto a las nuevas orientaciones del momento, influído por el modernismo francés, que imperaba triunfante y las sugestiones del arte nuevo, mantuvo, como crítico, el contacto de los grandes maestros que presidieron su formación espiritual: Taine, Emerson y Guyau; mientras en los ensayos de poesía prolongaba la palpitación de la hora romántica, ya cantara los héreos de la leyenda patria, a la manera de Zorrilla, o las desolaciones sin causa, a la manera de René.

Sobre la doble influencia de esas sugestiones que han guiado su formación intelectual, Montero, a quien su culto romántico del pasado ha llevado a veces por los senderos de la historia, se ha creado una técnica particular en que procura aliar, al sentido del color, el sentimiento y la emoción de la época.



Los esbozos y cuadros de crónica literaria o de personajes y de héroes —que ha trazado con devoción de artista— al margen de sus tareas burocráticas absorbentes, que no disminuyen su entusiasmo por la belleza y el arte, nos ofrecen un panorama de nuestras épocas pasadas, en que la evocación de los hechos se anima con una nota de emoción y de luz. Su pintura a veces desdeña la realidad para buscar, no tanto el hecho en sí, como el sentido moral y trascendente, no tanto la fisonomía estricta, cuanto la potencia de verdad y hermosura en el contenido. Como en los cuadros de Carrière, una ligera niebla envuelve en su gasa flotante la figura indecisa, para resplandecer la pura vibración espiritual.

En 1905 Raúl Montero Bustamante publicó su colección de poesías uruguayas que tituló "Parnaso Oriental". La tentativa había tenido, como es notorio, sus felices antecesores. Desde el primer "Parnaso", de 1837, que Gustavo Gallinal ha analizado desde esta tribuna, hasta la colección de las "Poesías Uruguayas" de Magariños Cervantes, publicada en 1878 con motivo de la inauguración del monumento a la Independencia, de la Florida, incluyendo también las compilaciones de Enrique Arrascaeta y la de Arreguine, no habían faltado ensayos en el sentido de ofrecer una antología de nuestro desenvolvimiento poético.

La novedad que introdujo Montero fueron las notas biográficas que acompañaban la selección de cada poeta. Allí por vez primera, dentro de un conjunto uniformado por el criterio de la época, se procura realizar una estricta valorización de los elementos más caracterizados del momento artístico.

JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO.

## De Julio Garet Mas

### UN GRAN ESCRITOR URUGUAYO: RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Navío de erguida proa hacia el Naciente; flama de sereno vigor; mano que siembra, recoge y prodiga; así nos

representamos la personalidad y la obra de Raúl Montero Bustamante, el insigne escritor uruguayo. Durante el medio siglo, hasta hoy, de su actuación literaria, singularmente proficua, ellas han sido mano, han sido navío, y han sido flama, sin asomo de declinación en la actividad, el avance y el fuego. Fausta hora nos parece, pues, la del cincuentenario en transcurso de su "Revista Literaria", y fecha propicia a una mirada abarcadora que recorra la vastedad de su labor.

*
* *

Entra tempranamente en la adultez el intelecto de Raúl Montero Bustamante con aquella publicación juvenil donde efectúa una de las tareas — rectora, guiadora— que a través del tiempo habían de seguir siéndole gratas. Empeño en que al presente se le ve aún — y réstale extenso lapso — dueño del brío de antaño, señor de sí mismo y siendo uno de los gestores indudables de los rumbos de la cultura del país. Raúl Montero Bustamante, nacido en Montevideo en 1881, erige a los dieciocho años la prenombrada revista de letras, que duró uno escasamente, y poco después "Vida Moderna", de la misma índole — cuya dirección comparte con Rafael Alberto Palomeque, literato de altas ejecutorias — que vió la luz de 1899 a 1904, y de 1906 a 1910. No eran aquéllas, por cierto, publicaciones de tipo común; vale decir, no constituían una aglomeración heterogénea de artículos, sin orden ni concierto, sino integrales revistas de su categoría, con plan, con organicidad, con horizonte, de las que emanaba nítido el criterio de la Dirección sobre textos y letrados, sobre los acontecimientos de proyección espiritual, sobre los problemas de la cultura. En los días subsiguientes a "Revista Literaria", colabora abundantemente en los periódicos del Río de la Plata, ya con poemas subjetivos o épicos, ya con narraciones o exégesis, labor diversa que, por acusar madurez prematura, motiva en su oportunidad este verídico aserto de Julio Lerena Juanicó: "Bien podría decirse de este escritor que no ha conocido los balbuceos; su pluma tuvo siempre treinta años en sus manos de niño". Innata dignidad trasciende a sus creaciones primigenias. Su prosa le conquista en seguida un lugar en el cotidiano "La Prensa", de Buenos Aires, cuyas columnas honrarían durante cinco lustros sus *Correspondencias*, registro puntual del acaecer literario y artístico del Uruguay. Sus rimas alcanzan de repente la esbeltez formal, la distinción del tono y, a pesar de la inspiración a veces dolida, cierto aire de energía anímica característico de sus páginas líricas reunidas en "Versos" (1900), y de su "Canto a Lavalleja" (1902), opúsculos que concretan su aportación al género poético.



El canto al vencedor de Sarandí — que recitábamos siendo escolares, cuidadosos de ajustarnos debidamente la corbata y de, a cada culminación de las estrofas, echar atrás la frente —, es a todas luces un dechado de poesía patriótica cuyo acento robusto le permite hombrearse a momentos con la "Leyenda" venerable.

En 1905, una editorial barcelonesa distribuye "El Parnaso Oriental", colegido y anotado por nuestro escritor. Abre el libro un prólogo, rico en substancia: *La poesía del Uruguay — Sus orígenes y su desenvolvimiento*, sipnosis que, arrancando de las Invasiones Inglesas llega a la promoción de Julio Herrera y Reissig y la subsiguiente. Cuanta individualidad de resalte por entonces había — y alguna sin resalte, es inevitable — encuentra cabida en el libro, que reúne piezas y noticias difíciles de hallar en otra parte; sesudas apreciaciones respecto de clacisistas y románticos; encomios sin mezquindad y certeras adivinaciones a propósito de los *decadentes* que advenían, logrados, definitivos o trayendo en la aljaba flechas visibles solamente al ojo zahorí. El conjunto de modernistas que agrupa reviste, por eso, enorme interés: alternan allí con el apolonida de primer orden, señero a la sazón y siempre, el artista impar que había de descubrir luego su camino de Damasco en otro género literario; y el que abandonaría el trato de las musas, absorbido por especulaciones ajenas a las letras. Tampoco se echa de menos al muchacho fervoroso, de aptitud inferior a su entusiasmo desbordante. Pero en todos ardía una chispa del fuego divino en tanto juraban por Verlaine y Rimbaud, Samain y Le Cardonnel; todos depositaban su alma misma en el altar del matiz, la ale-

goría y la música, cuando abierta y liberalmente los congresó el antólogo. Lunares incluiría, no es improbable, tal *parnaso,* si bien como fuente de consulta no se ha impreso aún el que lo aventaje.

A poco que se observe el cuadro de nuestra vida intelectual, se comprueba esto: coexisten en su ámbito, con los escritores sin raíces, sin origen en las viejas culturas, que exhiben irremediablemente su débil savia, los de raigambre sólida que en las literaturas madres tomaron los jugos convertibles en sangre y carne propias, en eficacia y temblor de su mensaje. ¿A cuál de esos sectores pertenece desde mozo Montero Bustamante? Un breve, sugestivo poema, *Grecia,* inserido en "El Parnaso Oriental", nos responderá:

Se agrietaron las columnas,
se desplomaron los templos,
y sobre la tierra dórica
reinó silencio.

Vinieron de todas partes
a ver los áticos restos:
el Partenón mutilado,
el Acrópolis desierto,
las columnatas caídas
junto a los plintos severos,
cual si un vendaval hubiera
arrasado el mundo griego.

La procesión de las razas
desfiló sobre el desierto
sin conseguir arrancar
a las piedras su secreto.
Nadie lo sabrá jamás;
sepultóse con el pueblo,
duerme acaso para siempre
en los mudos mausoleos.

En las colinas de Atenas
solitario, canta el viento,
y su voz dice: "—¡jamás!",
y dicen: "¡jamás!" los ecos.



Precozmente mayor, no se engrió suficiente: debía superarse. Leyó y releyó sin descanso, pero no con ánimo ligero como el que busca simple esparcimiento ante el panorama cambiante de las letras, sino poseído de una preocupación profunda: la de posibilitar la progresión de sus dones mediante una siempre dilatada cultura. Frecuentó a griegos y latinos en su lengua original; reacudió a la vena inexhausta de los clásicos españoles; al Quijote, las Novelas Ejemplares, Las Moradas; a la prosa sanguínea y majestuosa de Fray Luis de Granada y las liras extasiantes de Fray Luis de León; lo retuvo la móvil forma de Quevedo y Villegas y la plétora de comprimido pensamiento de Gracián. Atrajéronlo, además, irresistiblemente, los hontanares de Francia (él ha confesado después, cuánto aprendió a amar, de joven, la alígera flexibilidad gala); llamáronlo asimismo los que ofrecen Italia, Inglaterra, Germania. Hízose por tal manera su expresión, cada vez más suelta y transparente; su visión de las cosas fué adquiriendo mayor penetración cada día; y de ahí la seriedad de sus juicios y la iluminada donosura con que traslada a la urdimbre de una elocución undívaga y refinada la inquietud de su espíritu. Amante del color y la virtud melódica, hábil en la experiencia de arrancar a los vocablos el secreto de sus tintas y matices, y en la de trasponer la puerta de sus misterios eufónicos, Montero Bustamante posee en ancha medida, en cuanto prosista, los dones del pintor y el músico, en especial, creemos, los del pintor. Sus *Correspondencias* reseñan, pintan los sucesos de la cultura uruguaya de 1904 a 1929; gracias a ellas y mediante el amplificador del diario antedicho, supieron las naciones cómo, en la región de sonrientes colinas donde el charrúa comía hasta quedarse dormido, abrigábamos los orientales, anhelos de excelencia moral e intelectual, obedientes a la admonición emersoniana: "Ata tu carro a una estrella".

Pero si en su labor de corresponsal iba la impronta de las que se efectúan con afición tenaz y encorazonada, otro reclamábalo a la vez: sus estudios a propósito de antiguos valores literarios y políticos del Uruguay y de los países a los cuales debe el Uruguay aporte decisivo de ideas y sentimientos. Toda su faena en esos trabajos, eminentemente uru-

guaya, va de la simiente a la flor y el fruto. Prodigioso evocador es, en copiosa galería de figuras nacionales, americanas y europeas que bruñó *sin prisa pero sin descanso,* con rigor metódico, asistido de una versación acrecentada de continuo. Gran evocador, sin duda, porque escrudiñó en los personajes y circunstancias históricos con ojos limpios; porque percibe en su magnitud el impulso civilizador de los instituidores de nuestro civismo; sus luchas, sus derrotas, sus dolores callados; porque siente como propia la quemante sed de ideal de los escritores y artistas, cualquiera sea su época; porque consigue abarcar en su desmesura el espectáculo de las naturalezas universales, cosa al alcance de muy pocos; porque convoca, en fin, a las sombras epónimas en *la sede del arte severo y del silencio,* que nombró D'Annunzzio, destinando lo mejor de sus horas a redivivirlas, mientras al amparo de la grave y fiel soledad rinde su mente las síntesis más altas.

En 1908, publica la "Semblanza de Carlos María Ramírez", el *constitucionalista,* el reivindicador del *gran calumniado de la historia platense,* el revolucionario de los Palmares de Soto, el diarista polémico de "El Plata" y "La Razón", el ministro de Hacienda de Julio Herrera y Obes, cuando las finanzas públicas yacían en ruinas; el austero jurisconsulto, catedrático y legislador cuya oriundez bajo pabellón extranjero durante el exilio impuesto a sus padres por la Guerra Grande, diríase presagio de su destinación a los arduos deberes morales y las trascendentales empresas de bien público.

Es de 1909 su "Semblanza de don Bruno Zabala, fundador de Montevideo", que compuso a conciencia, yendo a fuentes insospechables y desechando todo dato confuso o incierto. Más tarde ejecuta nuevos perfiles de varones esclarecidos. Materia de sus estudios, a menudo exhaustivos, van siendo, en el plano de lo uruguayo, entre otros arquetipos Fructuoso Rivera, el guerrero indómito, fundador y defensor de la nacionalidad, sol de caudillos; Andrés Lamas, soldado, publicista y hombre de Estado, superior al desengaño y el infortunio; Melchor Pacheco y Obes, varón pundonoroso y templado, notable al par por la intrepidez y el ingenio... De ningún rasgo imprescindible carecen estas figuras, que



salen de sus manos semejando criaturas vivientes; cada arista de su modo de ser, cada hito de su acción emergen sin ampulosidad, pero tampoco descarnados, como retrotraídos que fueron por la magia de la simpatía y la comprensión. Y si excita y enardece al describir exaltadamente el auge cenital de sus héroes, conmueve hasta el enternecimiento cuando consigna sus fracasos, su decadencia, su desasimiento de bienes y lauros. Sorprende la sutilidad con que relaciona y liga sucesos, vincula épocas, aparta malezas que ocultaban el derrotero de un hombre o una generación; y la manera, cómo, tanto o más que su acción externa, delínea sus diferenciaciones temperamentales. De Fructuoso Rivera ha concebido una semblanza cabal y completa. Veamos cómo imagina al patricio en su hora meridiana:

"Estaba en la plenitud. La noble cabeza caucásica, virilmente erguida sobre el tronco fino y nervioso, proclamaba la pureza de su raza y de su hidalga estirpe española, que ya había figurado con lustre en la historia del Río de la Plata. La intemperie no había atezado su ancha y pálida frente, sobre la cual caía el pabellón de la cabellera oscura, cuyos tufos, al avanzar hacia las sienes, recuadraban el rostro vigorosamente modelado. El leve ceño, más pensativo que adusto, la amplitud de los arcos superciliares cubiertos de pobladas cejas, la nariz borbónica y el fuerte mentón acentuaban su masculinidad e imperio. El dejo de melancolía que se adivinaba en la mirada límpida y serena de los ojos pardos no lograba ser borrado por la traviesa sonrisa que, a menudo, plegaba sus labios, fina y graciosamente dibujados. Era de noble talla; energía de cuerpo y alma, dignidad y autoridad trascendían de su persona: de su hermosa cabeza, de su recio tronco, de la expresión de sus movimientos, de la elasticidad y fuerza de sus miembros, de su eléctrica mirada, de su palabra, de sus maneras simples y espartanas, de su actitud afable, a veces reservada, a veces imponente, siempre serena, signo éste del dominio de la sensibilidad y de la virtud soberana del valor".

. . . . . .

¿Es posible mejor definición del nativo, del baqueano y del jefe? Después de estos trazos definitivos, las hazañas del

prócer, su apogeo, sus vicisitudes. Convendría aquí, a objeto de no lejar idea un tanto vaga de esa monografía magistral, la inclusión de otros dos o tres pasajes de ella, aunque significaría — fragmentación al fin — una intención más o menos fallida. Retrotraigamos uno siquiera, sin embargo: el que relata el último regreso de Rivera a la dulzura de sus lares. Doña Bernardina ha salido al encuentro del compañero librado constantemente a la aventura y el riesgo. Recuerdos... Temores... Ternura... La esposa abnegada — que Montero Bustamante ha pintado con la reverencia que pone siempre en sus retratos de mujer — mira inquieta la lontananza que ha de restituirle al ausente, acaso mustio, derrotado; enfermo quizá.

Narra así el evocador:

"En las asperezas del Mansavillagra, ella divisó una fuerza de caballería que avanzaba haciendo escolta a un carruaje. Creyó al instante que iba a abrazarle, pero el coche venía cubierto de negros paños y sobre las banderolas de los lanceros que lo custodiaban flotaban fúnebres crespones.

Cuando el cortejo se aproximó, uno de los enlutados lanceros se adelantó a gran galope y dió a la soledad este grito: "¡El General ha muerto!".

El cuadro es más grande y primitivo que la escena homérica. Andrómaca sale con la muchedumbre a las puertas de Troya, a recibir el cadáver de su esposo Héctor; al verlo se lanza sobre él, estalla en gritos de dolor, y, en medio de la desesperación, se arranca los cabellos. Esta otra heroína tropieza con el cadáver de su esposo en medio de la soledad del campo, y aun cuando se siente morir de dolor, se bebe las lágrimas y vuelve con él silenciosamente a la ciudad para darle sepultura".

Es Montero Bustamante un pintor de idiosincrasias, sensitivo y enérgico, capaz de condensar las calidades de un carácter y sobre todo de sugerirlas; es asimismo un pintor substancial de estados de alma individuales y colectivos, poseedor de la facultad que vitaliza por igual la mancha sobria y rápida y el fresco de vastas proporciones y movimentada vivacidad. A él débese la fijación, en cuadros perdurables, de los actores de la actividad artística, política y social, y de los



acontecimientos cimeros de la historia uruguaya. La historia oriental en dos de sus períodos — la Independencia y la organización del Estado — alienta en el libro "Estampas", efigies de conductores y estadistas; una etapa captante de nuestra producción literaria es juzgada en "Ensayos", conjunto de medallones de escritores románticos.

"Detrás de los Andes", otra de sus obras, recoge las emociones de su excursión por Chile, traducidas a imágenes de espléndido cromatismo poseedoras de esa vibración cálida dable en el relato de los contactos reales con lugares que merced a las lecturas ya se conocían y amaban. Fruto también del viaje — esta vez por tierras europeas — es el volumen "La Ciudad de los Libros" (1944). De la manera como "Ensayos", "Estampas" y "Detrás de los Andes", resucitan el pasado uruguayo y americano, "La Ciudad de los Libros" retrotrae siluetas de Europa y momentos cruciales de sus letras, su filosofía y su política. ¿Cuál le sus capítulos — realizados con absoluto dominio psicológico — no se graba en el lector por su emotividad y colorido, por la validez de sus conceptos, o por una y otra virtud a la vez? De positiva utilidad fué al autor su romería a través del Viejo Mundo, de 1929 a 1936, pues sirvió para refirmar su culto por escritores, artistas, estadistas e instituciones que influyeron en él. Más feliz que Rodó, gustó la miel del coloquio prolongado con sombras amigas y sitios venerables; pudo contemplar morosamente paisajes que le eran dilectos porque circundaron la creación de tal poema o novela, o de cual ecloción de escuela literaria, o el desarrollo de determinada vida excepcionalmente luminosa. El reencuentro — removedor, tocante reencuentro — decide la concepción de estos estudios donde la erudición opulenta no obsta al discurrir de un estilo vaporoso y leve como un deslizamiento de alas de mariposa. Los "Recuerdos de la insurrección romántica", en ocasión del Centenario del Romanticismo en París, inflaman — ¡de qué modo! — en la exaltación que poseía por aquellos días a las gentes de la Ciudad Lux, en tanto rememoraban con todas las fibras de su ser la escuela literaria que más se encendió en las aspiraciones populares y en el fuego de la efectividad individual

El "Encuentro con Lord Macaulay", ¿qué es, en sólo sesenta páginas, sino un compendio eximio de buena parte de la historia de Inglaterra — de su pueblo, sus reyes y su parlamento, su voluntad de disciplina y de armoniosa convivencia?

Plenitud en "Dos renacimientos", penetrado del *espíritu del mediodía, hecho claridad y gracia;* plenitud en "Anotaciones sobre Goethe", por cuyas entrelíneas anda el señor de Weimar, grave, severo, fríamente majestuoso; plenitud en "Diálogos en el Museo", contentivo de las reminiscencias que despertaran en un observador inteligente e hiperestésico, que es al par ponderado filósofo de la historia, los cuadros de pintura francesa de la Exposición *De David a nuestros días,* organizada en Montevideo por la Comisión Nacional de Bellas Artes.

Si las evocaciones uruguayas y americanas de Montero Bustamante llenas están de subyugador encanto, no es menor por cierto el que se desprende de "La ciudad de los libros", ensayos, en la moderna acepción — francesa e inglesa al principio, ahora mundial — del vocablo; género que explica el autor en las consideraciones liminares de la monografía de Lord Macaulay, en quien admira al ensayista por excelencia: "El ensayo es el género más universal, el que permite al hombre de letras desplegar todo el esplendor del lenguaje y del estilo; toda su erudición; demostrar su sensibilidad; aplicar todas sus aptitudes para el cultivo de los demás géneros literarios. Participa de las características del género histórico, del género poético, del género novelesco, del género dramático y, sobre todo, del género crítico. Todos los conocimientos caben el él: las ciencias y las letras divinas y humanas; la filosofía, la moral, la historia, las artes, el derecho, la sociología, la economía política, y a ello se mezcla la poesía que todo lo embellece".

Cabal ensayista es entonces este escritor; ensayista de primera agua y, por tanto, crítico sagaz, historiador, sociólogo, filósofo, moralista y, en especial poeta cuyo lirismo esencial rezume su producción numerosa y substantiva que lo coloca entre los escritores hispánicos a los cuales hay que estar siempre atentos.



Resueltamente uruguayista, decide ofrecer a los ojos de propios y extraños, en un bloque, el examen de toda la producción mental de entidad que ha acumulado el país, cuando el Poder Ejecutivo establece y le confía, en 1938, la "Revista Nacional", dependiente del Ministerio de Instrucción Pública, pero donde goza el Director de absoluta libertad de movimientos. Viene apareciendo mes a mes, desde entonces, sin interrupción esta Revista en que fructifica el propósito "de crear —como dice el *Programa*— un repertorio de la cultura contemporánea e histórica del Uruguay, que sea en lo posible, especialmente en la parte que se refiere al pasado, de carácter crítico, a fin de poner en valor la producción nacional y demostrar que el país posee, además de los elementos actuales que le dan carácter diferencial y superior jerarquía en el cuadro espiritual de América, tradiciones propias que deben ser definidas, restauradas y cultivadas". (1)

La inmensa faena fecunda que cumple "Revista Nacional", empresa de perspectiva ilimitada, atestigua de qué manera es posible triunfar en intentos así difíciles cuando se aplica a ellos inteligencia y capacidad de trabajo infrangibles y poderosos. Esta Revista anunció, ha realizado y prosigue en su esfuerzo, "el descubrimiento, el estudio y la valoración crítica de nuestra cultura", lo cual, unido a la "clasificación y ordenamiento, dentro de un plan orgánico", revela la magnitud y calidad de nuestro caudal literario. Reflejan el Uruguay de antaño y el de hoy, la labor, firmada o no, del Director, y la de los colaboradores; las secciones *Bibliografía, Revista Literaria, Revista Social y Política* y las intituladas *Páginas Olvidadas* y *Páginas Desconocidas,* que reactualizan o difunden primicialmente documentos preciosos, cuyo hallazgo, fruto de tenaces inquisiciones en archivos públicos y particulares, permite dar a imágenes que corrían inacabadas el toque final.

—¡Qué grandes somos, siendo tan chicos!—, piénsase ante ese acervo de obras valiosas concebidas, las del ayer, en

(1) "Revista Nacional", Año I, Nº 1. Montevideo, enero de 1938.

su mayor parte, en el clima poco menos que mortal creado por la insignificante densidad de cultura, la continua amenaza de revuelta, la política sin timón; las actuales, pese a las circunstancias contrapuestas, las incertidumbres y zozobras de diverso orden que configuran los contornos de esta terrible hora de la humanidad. Por "Revista Nacional" sabrá el curioso de mañana cómo en nuestros abuelos, en nuestros padres y en nosotros mismos hubo conciencia de la dignidad del destino uruguayo.

*
* *

¿Cómo juzga a sus compatriotas escritores Montero Bustamante? Con la capacidad, entendimiento y lucidez de un Valera; con la perspicacia de un Sainte-Beuve, de un Azorín. Aparte de los estudios sobre historia de las letras nacionales recogidos en sus libros de ensayos, su cosecha crítica hay que buscarla principalmente en "Revista Literaria", "La Prensa", "Vida Moderna", y, de 1938 a esta parte, en "Revista Nacional". Hallan en él el exégeta más escrupuloso y eficaz: Reyles y Rodó, y Pérez Petit y Delmira Agustini y Frugoni, y además muchos otros escritores antiguos, nuevos y novísimos, algunos de los cuales no habían sido considerados todavía con el debido detenimiento ni con tanta agudeza y autoridad.

Los *Comentarios sobre Carlos Reyles,* como los *Comentarios sobre Rodó,* muestran lo hondo de sus caracteres de artistas y de hombres; evidencian de qué modo, en cada uno de ellos, un mismo estilo distingue por igual la obra y la vida; desentrañan sus respectivos temperamentos, ambos complicados y de distinta manera dolorosos. En la estampa de Delmira, ¿cuál elemento se echa de menos? ¿No trascienden enteras su ingenuidad y su tortura, de la niña silenciosa y enigmática que acompañada de su padre llevaba al escritor su cuaderno de versos inéditos, y de la mujer que éste nos hace ver sollozante y desgarrada en medio a las tempestades



de la pasión? Emilio Frugoni, ¿no surge de las páginas *El poeta de la ciudad y el dolor,* revestido de sus dones de lírico humanismo, al cantar la urbe materna, la compañera extinta y la desolación atroz sembrada por la segunda Gran Guerra? Una comprensión ilímite, casi sin antecedentes en nuestra crítica, hace a Montero Bustamante enjuiciar serenamente la obra de los escritores, no importa cuales sean su escuela y tendencia. Raro señorío del sentimiento permítele elevarse de las pequeñeces de grupo —digamos mejor, no conocerlas—; ingénita delicadeza guárdale de caer en la antipatía indiferente hacia quienes en determinados sentidos se sitúan lejos de él. Escapa, pues, del caso común del juzgador que se prodiga en almíbares, harto benévolo, para con los suyos, siendo acerbo, o peor todavía, mudo para con los extraños. No es capaz del silencio culpable, del silencio envenenado e inicuo que nos sobrecoje en algunos maestros de la crítica. Percatado, al consagrarse al género, de los deberes que impone, cúmplelos con sujeción a una severa ética, como consumado humanista que es. Ejerce a partir de sus comienzos la crítica genuina, la de finalidad noble, atenta menos a los defectos que a las bellezas, según la reclamaba Thibaudet; no a modo del espigador infrecuente de su campo, sino como su obrero perseverante en el empeño de descubrir, intuir, excoger, revelar. Va preferentemente a lo de médula uruguaya, pero aplica su estimativa también a cuanta labor de algún relieve rinden las letras del país. Ecuanimidad, precisión y síntesis ameritan las notas bio-bibliográficas previas al ingreso a "Revista Nacional" de los componentes del cuerpo de colaboradores. A veces se trata de sólo veinte o treinta líneas, otras de una acotación no tan breve; en todas las oportunidades de una información y juicio completos, donde caben la filiación del escritor, sus rasgos dominantes, sus títulos, su contribución, si la hubiere, al esclarecimiento de la índole uruguaya. Tras ese introito, la pieza con que se incorpora a "Revista Nacional", publicación benemérita que habrá de ser útil a cuantos deseen conocer el desenvolvimiento de nuestra vida intelectual desde su cuna a los presentes días y a las jornadas bellamente afanosas que vendrán. Es fuerza

recalcar aquí la jerarquía que asumen publicaciones como ésta, necesarias al desenvolvimiento de un pueblo en idéntico grado que el libro y la cátedra, y, como a cátedra y el libro, inseparables de su definición espiritual. ¿Cómo concebir la literatura francesa sin su "Revue des Deux-Mondes" y su "Mercure", o la inglesa amputada de su "Quarterly" y su "Edinburgh"? Gabriela Mistral llamó con justicia institución a "Repertorio Americano", del grande y tesonero Joaquín García Monge, apóstol de la americanidad. Por los motivos señalados, y para honra de la cultura uruguaya, lo es también "Revista Nacional".

*
* *

Naturalmente, emanan a menudo sugestiones para la conducta de los cuadros históricos, críticas de letras y arte y comentarios de actualidad de Montero Bustamante; pero le son debidos también ensayos de exclusivo carácter orientador, en los que, profesor de energía y optimismo, ofrece normas concretas, como artista que es paralelamente una mentalidad sana y un hombre práctico. Así *Vindicación de lo trivial*, en que previene contra el mareo del snobismo y enseña a no desdeñar el limo fecundo de lo cotidiano, lo acostumbrado y lo sabido de todos; así *Breve discurso sobre la evocación*, no recogido todavía en libro y que constituye por su expresión exacta como por la verticalidad de los conceptos que exterioriza, una verdadera obra maestra.

No es factible referirse entre nosotros a la vocación sin que acudan a la pluma los nombres de José Enrique Rodó y Clemente Estable, en especial el de aquél, porque elaboró en torno a sus problemas buena parte de sus predicaciones a la juventud. Ocupa, tratándolos, casi la mitad de su "Proteo", el joyario cuyas parábolas vivirán mientras viva el idioma castellano. "La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud;... Es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento" —asevera—. Prueba cómo existen distintas categorías vocacionales. Casos hay, extraordinarios puesto que sólo se refieren a espíritus rara vez aparecidos, en que falta la vocación determinada, por causa —largueza de los dioses— de la múltiple aptitud. Hay, por el contrario, ocasiones en que la vocación no concuerda con la aptitud; o aguarda el suceso suscitador que haga prorrumpir en el "Anch'io" del Correggio, arrogante y eufórico. Otras veces se ha dado con el género de la vocación, pero se fluctúa entre las distintas especies; o bien una vocación prevalece luego de eliminaciones sucesivas; o fortuitamente aflora a la conciencia; o una vocación sustituye a otra, se ignora por qué milagro interior. Aparte de estas vocaciones, llamadas a florecer pronto o tarde, las que no consiguen revelarse nunca; y a su lado las que una vez manifestadas, se malogran por no encontrar el sustentáculo de una voluntad fuerte. Aptitudes excelsas permanecen nonatas a veces por culpa del medio ahogante, el cual, en otros casos, bastardea "la función de aquellas mismas (aptitudes) a que consiente vivir"..., "por la adaptación a límites mezquinos". Remarca cuán lánguidamente suelen vegetar en el clima de América las vocaciones científicas, literarias o artísticas. Todo esto. Y bien, ¿será pecar de inconsecuentes con una de nuestras primeras preferencias literarias —que se mantiene, aunque sin la ceguedad de ayer— el manifestar como lo hacemos, que nos parecen al presente analíticas en exceso, poco determinantes, demasiado intelectualistas, las páginas a propósito de la vocación, del egrerio autor de "Ariel"? Sobrecargadas de la enumeración de hechos y circunstancias contradictorias, pueden —opinamos— confundir antes que orientar. El joven, necesitado del índice que le señale rutas, no de apercibimientos y recomendaciones agobiadoras, permanecerá ante éstas sin saber qué hacer. Acaso le alejen demasiado de la realidad, con la que no es razonable ni conveniente quebrar del todo. Es curioso: algún otro reparo a la admonición de Rodó, análogo a éste, recordamos haber controvertido años atrás. Era en una capital del Pacífico y en círculo camaraderil. —"No le toquen sus ídolos, que le duele"— exclamó un poeta presente allí, Barba Jacob, vista la vehemencia de la réplica. Ahora...

comprendemos que el mejor reconocimiento a un maestro consiste, tanto como en proclamar su alcurnia, en no callar disentimientos, objeciones, reservas.

Montero Bustamante, por medio de este enjundioso ensayo, complementa en cierto modo lo que concibió acerca de la vocación José Enrique Rodó, el esclarecido artista en cuya palabra henchida y ática poseen nuestros países uno de sus mayores orgullos. Atento a la realidad que nos circunda y conocedor de los deberes que a todos sin salvedad impone, Montero Bustamante juzga excesiva la insistencia de Rodó en que "cada cual investigue perseverantemente su propia personalidad, hasta encontrar en ella la veta de oro purísimo que casi siempre se halla escondida en los arcanos del ser". Afirma que "el hombre debe antes que nada trabajar y asegurar con su trabajo, cualquiera sea la índole de éste, los medios de subsistencia", y añade: "Sería tiempo lastimosamente perdido aquel que invirtiesen los jóvenes en entregarse a la morosa contemplación interior para buscar, en quién sabe qué oculto surco del alma, la semilla prodigiosa a que se refiere Rodó. Si esa semilla existe, ella germinará a su tiempo, al margen de las procupaciones utilitarias, y sino germina, es porque no existe". Sienta en seguida que muchas de esas semillas han resultado ficción; considera modalidades de las democracias hispánicas con seguro sentido de sociólogo; se refiere al individualismo pernicioso; afirma que al trabajo de adaptación conviene apliquen sus energías nuestros jóvenes. El pensamiento capital del ensayo está en esta cláusula: "No se ha de ahogar, pues, la vocación o inclinación personal, pero se la ha de subordinar a la actividad práctica, si es que no halla aplicación económica, como sucede en muchos casos." Y al finalizar exhorta vehementemente: "Demos frente, pues, a la vida; que la vocación trabaje el alma y la dote de mayores potencias, pero que cada cual acepte su destino, y junto al yunque que le depare la Providencia bata el hierro de la realidad, que es el trabajo". Persuasivas y despabiladoras palabras de pensador y de mentor.

Lo mismo que en el reconocimiento de los personajes históricos, los escritores y los artistas, al abordar los problemas de la conducta un rasgo distingue a Montero Bustamante: la elevación. Viénele esta elevación de la filosofía espiritualista que prende en su inteligencia en su albor mismo; viénele de su cristianismo sincero y hondo, y viénele de su sentimiento caballeresco, mantenido incólume no obstante el abajamiento y ordinariez de los tiempos que corren.



*
* *

Digamos algo ahora sobre su estilo. Este se ha formado en los clásicos españoles y en ciertos escritores franceses e ingleses, sobre todo Chateaubriand y Lord Macaulay. Seduce por su ductilidad y conceptuosidad, y por una que llamaríamos atmósfera de ensueño. El párrafo es jugoso en todas sus partes, así la principal como las accesorias; sin voces baldías, sin defectos de construcción, sin flecos; con savia en cada inciso y el estremecimiento de un aura de modernidad en todo él. Párrafo más o menos extenso, más o menos lujoso, según la oportunidad; ágil y cálido, armonioso y accesible siempre. Hacemos nuestro lo que dijo el cantor de "Acuarimántima" sobre la limpidez y claridad del lenguaje: "La limpidez y claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago, acusa excelsitud, virilidad, corazón seguro. A mí no me den escritores que no saben gramática o que, puestos a expresar un concepto no tienen nueve palabras que desperdiciar por una que aprovechan. Esa no es mi gente. Esos no saben español e ignoran la opulencia de los arcones de Castilla... Hay tesoros de formas poéticas y aun de la prosa de los vulgos, ya ennoblecida, que fulgen desde hace siglos con igual fulgencia en las formas de los clásicos. Esto no es posible sustituírlo. Lo difícil es poner en esas formas el temblor de hoy, la inquietud que nos envuelve en su onda, y hasta un poco de la inquietud que amanecerá mañana".

*
* *

Al margen de sus trabajos literarios —que llenarían treinta volúmenes—, ¿ha desarrollado otros nuestro escritor?

Muchísimos otros. Quien se sobrecarga de obligaciones, se da tiempo para todo; al que no hace nada o hace poco, no le queda tiempo para nada.

En el Liceo Universitario por breve lapso, y durante décadas en la Universidad, ha profesado Literatura e Historia, asignaturas que son, con la Filosofía y la Geografía, de las que suelen enseñar mejor que los demás los hombres de su estirpe mental. De 1902 a 1907, fué secretario del Museo y Biblioteca Pedagógicos y secretario del Servicio Meteorológico Nacional. Presidiendo la Comisión Nacional de Bellas Artes, ha impreso un ritmo nuevo a nuestra cultura plástica por medio de los salones anuales de pintura y escultura, y las exposiciones especiales, la de Blanes y la de Gallino, verbigracia, de las que fué alma máter. Con afán sin fatiga prestigió ese cargo, de los más delicados en el comando de la cultura superior. Además, absorbieron sus horas, que él positivamente multiplica, el Instituto Histórico y Geográfico, y la asesoría del Ministerio de Instrucción Pública, cometido este último posiblemente óptimo... para perder adhesiones, pues cada pendolista se reputa aquí por lo común el príncipe en su oficio, y no perdona por lo tanto el olvido de sus libros al discernirse los premios anuales.

*Reformarse es vivir*, sentaba Rodó. *Vivir es laborar*, podría ser el lema de Montero Bustamante, por cuanto laborando ha pasado toda su vida; laborando no únicamente en lo suyo, lo que se vincula a sus naturales tendencias, sus ideales, su misión cardinal, sino en el desempeño de otros cometidos en riña aparente con aquello.

Lució largos años el papel moneda uruguayo la firma —timbre de honor— del poeta de la patria, don Juan Zorrilla de San Martín. Y me decía a ese respecto un colega extranjero: —Hasta de lo más vil quieren hacer ustedes cosa noble. ¡Zorrilla de San Martín enalteciéndoles los billetes!— Sí —le contesté—. Para que esté obligado a ser algo poeta el que los haga circular.

También correspondió a Montero Bustamante estampar su nombre egregio en esos esquivos y trajinados o trajinables



documentos, como secretario del Banco de la República. Imagínese la responsabilidad de esta función. Calcúlese el agobio que recae sobre los hombros de quién la ejerce. No renegó, sin embargo, de esa tarea que le facilitaba una de sus varias formas de ser útil a la sociedad; ante bien, la amó, como debe ser, con toda su alma. Opreso —pero libre...— en la malla de los asuntos bancarios se le vió hasta hace poco. Mas no lo lamentemos. Los deberes cumplidos por él, aparte de sus inclinaciones entrañables, en vez de ahogar a éstas, tal vez las afirmaron y robustecieron; y, ¿quién certifica que no hayan contribuído a dar a sus frutos la completa sazón?

*
* *

Raúl Montero Bustamante... Hombre de esfuerzo múltiple... Mano, flama, navío...

Faltan en el acervo literario rioplatense los trazos de su valoración, y ello no es justo.

Hemos ofrecido, reflejados en nuestra emoción —temblante espejo— varias de las facetas de la personalidad y la obra de este humanista a lo Menéndez y Pelayo, a lo Andrés Bello; de este austero varón de Plutarco.

1949.

JULIO GARET MAS.

## De Julio Lerena Juanicó

Raúl Montero Bustamante es el más joven entre los literatos nacionales. Sin embargo en menos de cinco lustros de vida, ha realizado una labor considerable. Prosa y verso, —rimas y cantos heroicos, novelas y dramas, correspondencias y discursos —, he aquí su bagaje literario. El ha ascendido con brioso empuje el camino difícil para descubrir en pleno día la deseada cúspide, para llegar temprano a la hora definitiva. Y no se procure hallar en sus páginas, aún las pri-

meras, impaciente llamado al aplauso. El no declama para las multitudes, él piensa para los selectos y siente con ellos. Sería en vano, por tanto, buscar en sus manifestaciones iniciales la vehemencia amanerada del escolar que cierra los libros de estudio para exteriorizar sus primeros sueños, la expresión enfática con que — siguiendo extraño paralelismo — se singularizó la infancia del siglo al romper el viejo molde clásico. Bien podría decirse. pues, de este escritor, que no ha conocido los balbuceos: su pluma tuvo siempre treinta años entre sus manos de niño. Esto pensará sin duda quien haya seguido al poeta desde sus "Versos" hasta el "Canto a Lavalleja", que le valió los lauros de un concurso; desde la "Revista Literaria" en que Montero se ensayó como Director, hasta "Vida Moderna", cuyas páginas le han servido para confirmar sus aptitudes como tal. Hoy el talento de Montero Bustamante se ha lanzado a un campo que le es verdaderamente propicio: "La Prensa" de Buenos Aires. En sus "Correspondencias" — ya juzgue un libro, una obra dramática o un cuadro, ya aprecie la trascendencia de un suceso político — él sabe mantener sereno el criterio y la expresión amable. Más de una vez ha creído descubrir en ellas, aunque bajo forma más ligera, más nerviosa, algo de la elegante bonhomía de De Amicis...

1905

JULIO LERENA JUANICO.

# INDICE


Págs.

EN CASA DE CARLYLE. LA AMISTAD INMARCESIBLE. — I. Las sombras de Chelsea y la casa de Carlyle. — II. El diálogo y los interlocutores. — III. La amistad inmarcesible. — IV. Confidencias, juicios e impresiones. — V. El sueño de América. — VI. Soledad, luchas, silencio y melancolía. — VII. La visita de 1847. — VIII. La tempestad y la calma. — IX. El precio de la gloria. — X. La tarde cae ..... 5

GLOSA DE AMIEL. — I. El "oasis" de Clarens. — II. El "caso" Amiel. — III. La inquietud religiosa. — IV. El diálogo con el Rey de los Espantos .. 71

MARIA BASKIRSSEFF. — I. En el cementerio de Passy. — II. Non omnis moriar. — III. La sensibilidad y el espíritu de análisis. — IV. Dandismo... Narcisismo... Misticismo... — V. El amor y la religión. — VI. La artista. — VII. El vaso roto ..... 89

UNA VISITA A DELACROIX ..... 117

DIALOGOS Y MONOLOGOS EN EL MUSEO. — I. Cuadros parlantes. — II. Diálogo de las sombras. — III. Las tres G davidianas. — IV. El monólogo de Madame Recamier. — V. Delacroix, Ingres y Courbet. — VI. El alma de los cuadros ..... 125

RECUERDOS DE LA INSURRECCION ROMANTICA. — I. La historia del Romanticismo. — II. Los bocetos de Gautier. — III. El elenco romántico. — IV. Las grandes jornadas y el ocaso ..... 147

VINDICACION DE LO TRIVIAL. — I. El tema. — II. La defensa ..... 163

DEL VERSO Y DE LA POESIA ..... 169

DEL CANCIONERO POPULAR ..... 175

REFLEXIONES SOBRE LA SATIRA ..... 179

Págs.

LA SOMBRA DE MARTIN FIERRO ..... 185
CUADRANTES SOLARES Y DIVISAS HORARIAS 191
LA BATALLA DE MAIPO ..... 197
UN TESTIGO DE LA BATALLA DE ITUZAINGO 203
LA ACADEMIA Y LOS POLITICOS ..... 211
HACE UN CUARTO DE SIGLO ..... 217
GALERIA DE LA CONQUISTA. TABLAS DE SANGRE. — I. El Gran Justicia del Perú. — II. La revuelta de Hernandez Girón. — III. La afrenta y venganza de Fulano Aguirre. — IV. Un dicho de Martín de Robles. — V. La Quintrala ..... 223
SOLILOQUIOS LITERARIOS. — Son dos pequeñas palabras. — Dialogan las sombras. — Los fantasmas de la Cordillera. — La novia de los tristes destinos. — Dos ediciones póstumas. — Dos poetas hermanos ..... 253
CUENTO SIN NOMBRE. — Apuntes para una novela 287
UNO ..... 317
LAS COSAS MUERTAS ..... 339
LA PARADOJA DEL MIEDO ..... 342
A UNA VIEJA PUERTA ..... 347
LA CASA DE ORIBE ..... 355
LA LOCURA DEL MAR ..... 365
EN EL FESTIN ..... 367
GRECIA ..... 369
HISTORIA PUERIL ..... 371
EL HUESPED DE LA ALEGRE CIUDAD ..... 373
EL ABANICO ..... 375
BEETHOVEN ..... 377
LA CATEDRAL ..... 379
EL ROMANCE DE PETRONA MAGARIÑOS .... 381
DISCURSOS ACADEMICOS. — Recepción del Académico argentino Dr. D. Arturo Capdevila. — Homenaje a la memoria de los Dres. Víctor Pérez Petit y José Irureta Goyena. — Recepción del Académico peruano Dr. D. Víctor Andrés Belaunde. — Incorporación de los Académicos señores Juana de Ibarbourou, Carlos María Princivalle y Dr. Eduardo J. Couture. — Carlos Martínez Vigil. — Monseñor Barbieri en la tribuna de la Academia. — Recepción del Académico correspondiente en el Brasil Dr. D. Alceu Amoroso Lima. — El Congreso de Academias de la Lengua Española, de



Págs.

Méjico. — Recepción del Embajador de Méjico Don Pedro Cerisola. — El Académico D. Carlos M. Princivalle en la tribuna de la Academia. — Incorporación de los Académicos Dr. D. Eduardo Blanco Acevedo y D. Ariosto D. González. — El Académico Dr. D. Daniel Castellanos en la tribuna de la Academia. — El Académico Dr. D. José María Delgado diserta sobre "La triaca y el soneto". — Homenaje a José Toribio Medina. — Homenaje a Santiago Ramón y Cajal. — Recepción del señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras Dr. D. Aloyso de Castro. — Homenaje al Dr. D. Carlos Vaz Ferreira ..... 397
LA "REVISTA NACIONAL". — Programa ..... 427
*Páginas de críticas*: "Fermentario" por Carlos Vaz Ferreira. — "Chico Carlo", por Juana de Ibarbourou. — "La esfinge roja. Memorial de un aprendiz de diplomático en la Unión Soviética", por Emilio Frugoni. — "Aula magna o la Sibyla y el Filósofo", por Alberto Zum Felde. — "El Federalismo de Artigas y la independencia nacional", por Pablo Blanco Acevedo. — "Luz de otros soles. Anacreonte", por Daniel Castellanos. — "Escritos de Andrés Lamas". Tomo III. Biblioteca de Autores Nacionales del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Dirección, estudio preliminar y notas de Ariosto D. González. — "Latorre. La unidad nacional". por Eduardo de Salteráin y Herrera. — "José Serrato. Técnico del Estado", por Ariosto D. González. — "El Cabildo de Montevideo. El Arquitecto, el terreno, el edificio", por Carlos Pérez Montero. — "Civilización del Uruguay. Aspectos arqueológicos. 1600-1900. Bibliografía de viajeros. Contribución gráfica", por Horacio Arredondo. — "Artigas. Homenaje en el centenario de su muerte". Publicación del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay ..... 435
*Notas bío-críticas*. — José Artigas. — José Benito Lamas. — General Antonio Díaz. — General Lorenzo Batlle. — Bernardo P. Berro. — Manuel Herrera y Obes. — Eduardo Acevedo. — Pedro Bus-

INDICE


Págs.

tamante. — Juan Carlos Gómez. — Alejandro Magariños Cervantes. — Julio Herrera y Obes. — José Pedro Ramírez. — Francisco Bauzá. — Carlos María Ramírez. — Alberto Palomeque. — Gonzalo Ramírez. — Monseñor Mariano Soler. — Luis Melián Lafinur. — José Batlle y Ordóñez. — Juan Zorrilla de San Martín. — Carlos Roxlo. — José Enrique Rodó. — Julio Herrera y Reissig. — Juan Carlos Blanco. — José Serrato. — Monseñor Antonio María Barbieri. — Juan José Amézaga. — Luis Alberto de Herrera. — Juan Andrés Ramírez. — Eduardo Blanco Acevedo ..... 475

APENDICE. *Algunos juicios críticos.* — De Ramiro de Maeztu. — De Antonio Gómez Restrepo. — De Víctor Pérez Petit. — De Pablo Blanco Acevedo. — De Juan Antonio Zubillaga. — De Noel A. Mancebo. — De Ernesto Pinto. — De Roberto Fabregat Cúneo. — De Ernesto Morales. — De Carlos Roxlo. — De Juan Carlos Gómez Haedo. — De Julio Garet Mas. — De Julio Lerena Juanicó ..... 549



ESTA SELECCION, EN HOMENAJE A D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE, DE SUS ESCRITOS LITERARIOS E HISTORICOS, HA SIDO PUBLICADA POR EL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY, EN TRES VOLUMENES Y EN UNA EDICION DE SESENTA EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA Y DE DOS MIL EJEMPLARES EN PAPEL DE OBRA, DURANTE LA PRESIDENCIA DEL SEÑOR ARIOSTO D. GONZALEZ, BAJO SU DIRECCION Y CON PROLOGO DEL ACADEMICO DOCTOR DARDO REGULES. SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA NACIONAL EN MONTEVIDEO, CUAREIM Nº 2391, EN LA SEGUNDA QUINCENA DE JULIO DEL AÑO 1955, A LOS CIENTO TREINTA AÑOS DE LA CRUZADA LIBERTADORA ORGANIZADA Y DIRIGIDA POR EL GENERAL LAVALLEJA, EL HEROE CANTADO POR MONTERO BUSTAMANTE EN EL AÑO 1902